

# LA FRONTERA SALVAJE

FRANCISCO BALBUENA

PREMIO DE  
NOVELA HISTÓRICA  
CIUDAD DE ÚBEDA



Una saga ganadora del Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda. *La frontera salvaje* cuenta con maestría la historia de España y Europa durante cincuenta años del siglo xx, desde el desastre de Annual, en 1921, hasta la muerte de Franco.

El comandante Manuel Fernández Silvestre —al que la historia dio por muerto en Annual— sobrevive a dicha contienda y se desplaza, acompañado por un genio de la lámpara salido de su imaginación, hacia Canfranc, en el Pirineo Aragonés. Allí, refugiado en una cueva, empieza a vivir como un quijotesco ermitaño mientras planea su venganza contra aquellos militares que lo abandonaron en mitad de la batalla.

En Canfranc también conocerá a Lourdes, una jovencita perteneciente a una de las familias más influyentes de la zona, la familia Broto. Con Silvestre, Lourdes y su familia, asistiremos a la transformación de un país, viviremos más de cincuenta años de la historia de España y también reiremos con el personaje de Silvestre, a quien veremos perpetrar su venganza de una manera tan sarcástica como cómica.

Lectulandia

Francisco Balbuena

# La frontera salvaje

ePub r1.0

Titivillus 22.02.18

Título original: *La frontera salvaje*  
Francisco Balbuena, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mis padres, Miguel y María.

En la inconsolable noche tu voz, aullando me guía, yo solo estoy atado a tu  
frontera.

*LUIS ALBERTO SPINETTA*

\* \* \*

¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido.

*JUAN RULFO*

\* \* \*

Solo esta libertad nos conceden los dioses: someternos a su dominio por  
voluntad nuestra. Más vale que así lo hagamos, porque solo en la ilusión de  
la libertad, la libertad existe.

*FERNANDO PESSOA*

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

**A**ún no había sido aniquilado todo el ejército. En la noche ciega del monte Abarrán quedaban dos militares españoles que habían conseguido escapar de la llanura ensangrentada de Annual. Se escondían entre la oscuridad y las peñas, pisaban arena caliente, mordían matojos con los que humedecer sus bocas reseca. Estaban cerca, pero no llegaban a verse. De vez en cuando uno llamaba al capitán Broto, y el otro reclamaba a su general Silvestre. Ambos se hallaban heridos, extenuados por la lucha, la sed y el hambre. Pero sobre todo tenían miedo; no de morir a manos de los rifeños, sino de no vivir para contar al mundo la verdad del desastre.

Fantasmas de chilaba blanca merodeaban en la cercanía. Habían oído sus gritos de auxilio y los estaban buscando. El soldado se metió a rastras tras unos matorrales. Al cabo de un rato oyó voces moras, pasos apresurados, disparos y gritos. Supuso que los rifeños habrían dado con su compañero de infortunio y, aunque este se hubiera defendido como un valiente, habían acabado con él. Ahora estaba solo, pero al amanecer, cuando el sol implacable lo delatase, todo se habría acabado, porque no pensaba dejar que lo capturasen vivo.

Encontró refugio en un hueco entre dos peñas. Amartilló su pistola de cara a los fantasmas blancos, que tarde o temprano subirían por la ladera. Mientras esperaba recostado, buscó en la impedimenta que colgaba de sus correajes algo con lo que consolarse. Encontró una larga pipa, hierba de kifi, un mechero y un recipiente metálico. Todo un tesoro que allí de poco le servía. Pero quizá quedaba algo de agua en la cantimplora de latón que había logrado rescatar de las alforjas de su caballo muerto en la llanura. El soldado la tanteó en la oscuridad buscando el tapón. Se rio quedamente. Aquello no era su cantimplora, sino una lámpara oriental. Una lámpara que era maravillosa, según le aseguró un mercader del zoco de Tetuán meses antes, y que albergaba un genio que le concedería tres deseos.

El soldado lloró en silencio, sus ojos estaban tan reseca que no echaron ni una lágrima. En lugar de la cantimplora que le hubiese aliviado la sed, en el fragor de la lucha había arramblado con una estúpida lámpara maravillosa, el engaño de un mercachifle. Volvió a reírse sin emitir carcajadas, con una risa de desequilibrado. Después encendió la pipa, cargada con todo el kifi que le quedaba, procurando que la candela del mechero no lo delatase en la oscuridad. Dio unas profundas caladas. Al cabo de un rato se sentía mareado, como si flotase en un vacío sin dolor y sin sed. Creyó que la droga estaba provocando en su cuerpo debilitado unas alucinaciones que nunca antes había tenido. Le pareció que atravesaba una selva, fresca y frondosa, o que cruzaba un caudaloso río por un puente. Aquel era un fluir de la conciencia manso y apacible, como un atisbo de felicidad plena.

Sin embargo, al cabo de un tiempo indefinido volvió a distinguir a los fantasmas de chilaba blanca. Ya despuntaba el sol por el horizonte. Sus rayos iban revelando los



perfiles de las peñas y los recovecos del monte. Azuzados por esas primeras luces, los rifeños trepaban por la ladera con fusiles y gumías en mano. Pronto darían con él.

El soldado gastó sus balas en su última defensa. Un par de rifeños cayeron rodando vereda abajo. Solo le quedaba un cartucho. Lo guardaba para su propia cabeza. Sabía que, una vez hecho prisionero, el enemigo lo sometería a toda clase de atrocidades, empezando por arrancarle los ojos. Al cabo de un rato, de nuevo los moros volvían a la carga. Desesperado, el soldado echó mano a la lámpara. Se dijo que si el kifi lo había liberado por unos momentos con fantasías agradables, quizá la lámpara en verdad fuese mágica y le pudiese liberar de aquel horrible destino. La frotó, tal y como le explicó el mercader de Tetuán.

Un humo denso, azulado y aceitoso comenzó a salir de la lámpara. Era un humo que no se dispersaba, sino que flotaba en el aire como una pompa de jabón. Y que enseguida adquirió la forma humana de un ser lampiño y albino, rechoncho y de facciones rasgadas y burlonas. El Genio así despertado cruzó los brazos delante de él.

—¡Ho, ho, ho...! Soy el Genio de la lámpara. Tú, miserable soldado español, piojoso comedor de lentejas con gusanos, ahora eres mi amo. Te concederé tres deseos, así está escrito y estipulado en la fábula que no tiene principio ni fin. No, no hables, porque guiarás hasta aquí a esos zarrapastrosos moros que suben para degollarte. Me bastará con leer en tu mente de loco para atender tus deseos. Recuerda que solo te concederé tres, aunque no podrás deshacerte de mí hasta que no se cumpla el último.

De ese modo, el Genio le concedió a aquel amo demente sus tres deseos. El primero le hizo reír. Lo sacó del monte infernal de Abarrán, de aquel país árido y arenoso, lo transportó por los aires, sobrevolaron juntos el mar y otras tierras y lo llevó a donde le había pedido. El lugar era otro monte, aunque mucho más alto y frío, lleno de nieve. No estaba mal el paraje: fresco, abundante de agua y de fronda. Todo lo contrario que el desierto albero de África.

El segundo deseo se lo concedió en el fondo de la cueva donde lo había posado. Nada más oírlo en el cerebro del soldado loco, las carcajadas del Genio resonaron en la gruta como ecos de trueno. Aquel infeliz ya no moriría de las heridas que salpicaban su cuerpo, ni siquiera de aquel feo tajo de cimitarra en su frente. ¡Su nuevo amo le pidió cincuenta años más de vida! No exigió ser inmortal, no, como cualquier humano en sus cabales hubiese hecho. Tampoco vivir mil años, ni cien, sino vivir tan solo cincuenta años más. Le dijo que su honor de soldado le impedía abusar de la magia oriental, contraria a su religión.

El tercer deseo todavía le pareció más descabellado. Le pidió que el mundo conociese por su boca la verdad del Desastre de Annual. El pueblo debía enterarse de las responsabilidades del alto mando militar irresoluto y de esos políticos venales que habían traicionado a los combatientes. Como Genio experimentado que era, le replicó a aquel chalado que tal cosa no estaba en sus manos, porque equivalía a concederle millones de deseos, tantos como para hacer que cada español comprendiese por

ciencia infusa lo que las autoridades ya se afanaban en ocultar y arrinconar en el olvido. Tampoco podía llevarlo delante de cada ciudadano para que fuese contando su verdad de Annual, porque cada explicación equivaldría a un deseo. Ahora bien, y he aquí la sublime perfidia de los maravillosos cuentos orientales, el Genio de la lámpara sí podía embrollar las vidas de todos los hombres. Le bastaría con valerse de unos pocos individuos, de una sola familia, en la que unos fueran inocentes y otros fueran miserables. Así propiciaría que algún día su amo lograra proclamar a los cuatro vientos las circunstancias que habían provocado aquella matanza en un llano pelado y reseco. Podía llevar tiempo, mucho tiempo. ¡Ho, ho, ho...! Pero aún tenían cincuenta años por delante.

El soldado, resignado ante esos prodigiosos designios, se sentó al fondo de la cueva a esperar. Cansado de los trabajos mágicos del día, el Genio regresó a su lámpara en forma de reflujo de humo.

A la mañana siguiente, unas explosiones despertaron al soldado. Al principio creyó que aún continuaba la batalla perdida. Salió de la cueva, bajó un trecho del monte entre pinos y sabinas y, tras asomarse con precaución desde una cresta rocosa, descubrió unas obras gigantescas al fondo de un angosto valle. Cientos de obreros se afanaban en horadar con dinamita y picos una montaña. Era el túnel de Somport, destinado a unir por ferrocarril España y Francia a través de los Pirineos.

Las obras continuaron durante varios años más con el soldado por testigo. Se abrió el túnel, se tendió la vía férrea y se levantó una estación enorme, con bóveda de cristal y pizarra, rodeada de dependencias para aduanas, cocheras, talleres y almacenes. Se alzaba no lejos de grandes casonas enjalbegadas, viviendas para los empleados en torno a una iglesia nueva que ya formaban el nuevo pueblo de Canfranc.

Un día de fiesta comenzaron a llegar trenes del sur y del norte. Engalanados con banderas y escudos, traían a los reyes de España y al presidente de Francia para inaugurar la línea que unía Jaca y Pau. En la explanada se había congregado una muchedumbre de pueblerinos, compañías de soldados en uniforme de gala, rudos obreros del ferrocarril. Las bandas tocaron *La Marsellesa* y la *Marcha Real* ante las autoridades subidas en un podio. Luego el presidente Gaston Doumergue pronunció un discurso en francés, a lo que el rey Alfonso respondió con otro más breve. En los dos se alababa la amistad entre ambos países y se auguraba un brillante porvenir para la nueva línea.

Oculto en el bosque, el soldado no pudo evitar sonreír. Pensó que solo había que desviar la mirada de la huera ceremonia y fijarse, más allá de la bóveda de vidrio y el tejado de pizarra, en el fuerte de piedra llamado Coll de Ladrones, construido sobre uno de los empinados riscos que daban sombra al valle. Según su saber militar, estaba ideado para, en caso de hostilidades entre España y Francia, contener una posible

invasión gala por el túnel. Desde el principio había bayonetas reservadas para los amigos. Cuánta hipocresía en aquellos personajes tan envarados. El soldado se persuadió de que no merecía la pena presentarse al rey para dar parte del Desastre. No en vano, él había sido uno de los responsables de la hecatombe de Annual y tenía mucho que ocultar. Seguiría esperando su oportunidad, tal vez hasta la llegada de un príncipe menos comprometido.

Poco después el soldado se emocionó al fijarse con su aguda vista selvática en el grupo de oficiales que rodeaba al rey. Pese a su corta estatura, destacaba sobre todos el tirillas chulito a cuyo lado había combatido en Marruecos: el general Franco, que ahora estaba al frente de la Academia Militar de Zaragoza. Cualquiera diría, viéndole dirigir a las autoridades civiles y a sus camaradas, que estaba detrás de la organización de toda esa pomposa parafernalia. Allí estaba también otro general a quien había conocido en la corte y en África: Primo de Rivera, ahora en funciones de dictador, según había oído desde la espesura en las conversaciones hurtadas a los obreros del ferrocarril. Era el hombre que, años después del Desastre, en un desembarco de pantomima había derrotado a los rifeños, a los fantasmas de chilaba blanca de sus pesadillas. Pero tampoco él querría atenderlo, ni escuchar su verdad sobre Annual. La dictadura daba al pueblo pan y circo, o toros y vino, y procuraba que los demonios del pasado quedasen bien sepultos. Los fallos de estrategia del alto mando debían guardarse callados dentro de la casta militar de los llamados «africanistas». Además, el dicharachero y mujeriego dictador parecía centrado en asuntos baladíes, como repartir requiebros entre las damas con las que compartía el estrado.

Una de ellas, joven, alta y rubia, muy bella —de baja cuna, sin duda, a la vista de sus modales—, hacía reír de vez en cuando al dictador con sus chanzas. Con su oído afinado tras años de vagar por el monte, el soldado podía oír que la mujer lo llamaba «don Miguel». Don Miguel, fíjese en la maravilla de vidrios de la estación; don Miguel, vea cómo le adoran todos los labriegos del valle. Y él correspondía con halagos y la llamaba «querida Berta» o «chiquilla» con una familiaridad que denotaba algo más que campechanía.

El soldado ya conocía el nombre de la dama antes de aquella ceremonia. Lo había escuchado entre las picardías que se contaban los peones camineros cuando almorzaban en corro alrededor de una lumbre, en los claros del bosque, porque esa mujer comerciaba con ellos, les traía desde Jaca provisiones, mantas y cacharros de vivaque. Se llamaba Berta Broto. «Qué casualidad», pensó el soldado, ya que él había conocido en el Ejército de África a un oficial de intendencia con ese mismo apellido, el capitán Rafael Broto. La mujer era más rubia, pero se le parecía sobremanera. También había otro Broto por la zona, un tal Damián que vagaba por los cerros. Deducía que este no podía ser consanguíneo de la mujer, aunque todo podía ocurrir en aquellas montañas salvajes. Los había visto follando al lado del remanso de un riachuelo. Los espiaba, sí, no tenía otra cosa que hacer en el monte. Y le había

asombrado su manera de amarse, sin usar los brazos, sin tocarse ni besarse, tan solo ligados por la carne y retorciéndose uno frente a otro.

Damián Broto era un contrabandista, bien lo sabía el soldado. Traía de Francia género caro y de poco peso, como brocados, encajes y puntillas, relojes de pulsera y bibelots. A veces cruzaba los montes cargado de bultos con otros tipos, gente a sus órdenes. Pero generalmente lo hacía solo, conduciendo una mula con su mercancía prohibida. Era un artista para burlarse de las patrullas de la Guardia Civil.

El soldado había descubierto que Damián daba esquinazo a los civiles haciéndose invisible, como lo hace el camaleón, adquiriendo la apariencia y el matiz de su alrededor. Lo mismo se tornaba verde y húmedo como el follaje que blanco y frío como la nieve, o se sumergía en un arroyo y adquiría la consistencia y la transparencia del agua. Así permanecía inmóvil y sin respirar el tiempo que fuese necesario. Poco después la patrulla de capotas color de oliva y tricornos negros pasaba a su lado y no se apercibía de su presencia.

Damián le parecía al soldado un buen hombre, astuto y silencioso como las criaturas de la selva, y por ello noble. A veces le daba la sensación de que notaba que lo espiaba desde la espesura. Porque de cuando en cuando dejaba algún paquete de vituallas en una peña o en un nicho de ramas, como si esperase que, en cuanto hubiese desaparecido con su mula, él se haría con esa comida. Pero bien pudiera ser que esos alimentos ahí dispuestos fuesen para otros, una especie de tributo que Damián ofrecía a los espíritus oscuros y las bestias secretas del bosque, para que le permitiesen cruzarlo con bien.

Durante esos años de soledad refugiado en su cueva, el soldado había estado tentado en varias ocasiones de darse a conocer. Suponía que él al menos escucharía su historia y necesitaba alguien con quien hablar. Pero se refrenó cuando una mañana estuvo a punto de abordarlo mientras subía por una vereda en una ladera de hayas. En ese instante pensó que el día menos pensado Damián podía ser apresado por los guardias, por muy hábil que fuese en burlarlos, y acaso verse obligado a revelar su escondite.

Cuando descubrió al contrabandista acompañado de Berta Broto, desechó completamente la idea. Tal mujer, fuese su amante, su esposa o su hermana, al soldado le infundía gran recelo. Algo maligno exhalaba su persona. Sabía, porque los veía llegar en sendas mulas, que cada año por primavera Berta subía de Jaca y ambos se perdían por el monte durante una semana. Lo que menos les ocupaba era amarse de la forma en que lo hacían, retorciéndose uno frente a otro como dos culebras. Ella se tomaba su tiempo para realizar algo misterioso, algo que él todavía no había logrado dilucidar mientras la espiaba. Le parecía que debía ser mucho más revelador ese quehacer ignoto que el simple hecho de buscar hierbas raras y setas venenosas y guardarlas en su cesta.

Años más tarde, en el acto solemne de la inauguración, cuando la vio en la estación bromeando junto al dictador, el soldado se convenció de que debía ser

cuidadoso con ella. Y confirmó su mal palpito tiempo después, cuando subió desde Jaca en un furgón conducido por su hijo mayor, pequeño de talla y de mirada retorcida, acompañada de su otro hijo, un gigante a todas luces idiota, y de dos niñas, una rubia y espigada, la otra morena y grácil. Berta Broto llegaba a Canfranc para tomar posesión del cargo de inspectora de la aduana. Ahora veía bien claro el juego. Con tales favores a admiradoras sin empacho ni vergüenza se demostraba la munificencia del dictador. Y la sagacidad de aquella mujer. Cuánto había cambiado el mundo desde que estaba escondido al fondo de su cueva, que hasta una dama podía ocuparse de un puesto reservado a los hombres. Parecía una consecuencia de la reciente victoria francesa en la Gran Guerra.

A la primavera siguiente, ya afincada en Canfranc, la rubia Berta se internó sola por el bosque, sin la compañía de Damián. El soldado la tenía por una mujer resuelta y valiente; una persona a quien no amilanaban las bestias salvajes, sus gruñidos o sus pisadas furtivas, y mucho menos la arredraban las leyendas que corrían acerca de hechos ominosos del pasado, o los rumores sobre crímenes del presente.

Como todos los años, la mujer andaba buscando algo entre la maleza. Tal vez recolectara bayas, quizá fuera de visita al albergue de alguien misterioso y terrible. En todo caso, no dudaba en penetrar hasta lo más denso de la espesura, a donde ni los pastores más aventurados se atrevían a llegar. Pero en esa ocasión, sin que ella lo advirtiese, el soldado descubrió que iba siendo seguida por una de las dos muchachas que había traído de Jaca. Era la niña morena, de ojos grandes oscuros, pequeña para su edad, que sería de unos once años. No parecía ser su hija, al contrario que la otra, rubia y alta como Berta, y ya con los brotes de hermosos pechos.

Procurando que Berta no la descubriese, la muchacha seguía sus pasos a una distancia prudencial, escondiéndose detrás de los árboles o agachándose entre los helechos. Al soldado le pareció que también estaba intrigada por las misteriosas exploraciones de la inspectora de aduanas en el bosque. Pero al contrario que él, no era consciente de los peligros que corría. Había profundos agujeros apenas tapados por la hojarasca, que se podían tragar a un hombre para siempre, y había víboras cornudas que acechaban y cuyo veneno era mortal en cinco minutos. No obstante, la niña seguía avanzando de escondrijo en escondrijo, como se ocultan los ratones de mata en mata.

Después de un largo trecho, al tratar de salvar la cascada que formaba un torrente, la muchacha resbaló en la piedra húmeda, se cayó y a punto estuvo de precipitarse por un abismo. Se quedó colgada al borde de un peñasco, con el agua chorreando sobre su rostro. La niña podía haber llamado a la mujer en su auxilio, pues avanzaba despacio delante de ella a treinta metros, pero prefirió callar, como si temiese que su travesura tendría peor castigo que una caída sobre afilados guijarros.

Entonces el soldado salió del follaje, cogió una mano de la doncella, luego la otra,

y, con una fuerza difícil de suponer en un sujeto tan delgado, la atrajo hacia sí y la libró del precipicio. La chica estaba magullada, herida en una rodilla, pero no lloraba. Parecía atónita ante el ogro peludo y sucio que la había atrapado. El soldado, sin mediar palabra, la tomó en brazos y se la llevó a su cueva.

## Capítulo 2

**L**ourdes no contó a nadie su aventura por el monte, ni siquiera a su prima Sonsoles. Cuando regresó a Canfranc al cabo de tres horas, dio una excusa vaga sobre el motivo de su ausencia, acerca de que se había perdido río Aragón abajo, siguiendo la línea férrea para contar todas sus traviesas. No podía revelar que había hecho un pacto con el hombre salvaje del bosque, el mismo que le había salvado la vida. Más aún, ese hombre le había hablado de la desaparición de su padre, un misterio que la intrigaba desde muy niña. Durante muchos años, este enigma seguía siendo para Lourdes su olvido de vigilia y el recuerdo de sus pesadillas.

Tenía cuatro años, era de noche y no había dormido mucho. Había oído llorar, de modo que Lourdes se había levantado de su cama y ahora se encontraba escudriñando por la puerta entornada de la alcoba de sus padres. No se había atrevido a entrar para acostarse entre ellos, recibir sus caricias y calentarse. Algo la tenía inquieta y la refrenaba. A la luz de una lámpara de carburo en la mesita, su madre lloraba sentada en la gran cama, consolada por su padre, que la abrazaba por los hombros. A Lourdes le pareció más grande que nunca: alto, robusto, de pelo lacio y claro, con unos bigotes espesos de enormes guías. Su madre se asemejaba a una muñeca de porcelana recostada en su poderoso pecho. Papá le dijo que no llorase, que regresaría pronto, como lo había hecho hasta entonces. ¡Ah, solo era eso...! No se iba para siempre, sino que volvería, igual que la última vez. Despejados sus temores, Lourdes se dio media vuelta y los dejó así, murmurándose arrullos.

Días más tarde, en la cercana estación de ferrocarril, el padre poderoso, vestido de uniforme, la alzaba en brazos y la besaba. Era la despedida.

Transcurridos unos meses, su madre la cogió de una mano y cruzaron a pie el Guadiana a través de su angosto e interminable Puente de Palma. Ya en la ciudad amurallada, la madre callejeó entre sombras retorcidas hasta dar con el comercio de un pariente lejano.

Mientras ellos hablaban, Lourdes curioseaba entre los bonitos frascos que se alineaban por las paredes. Como había estado allí otras veces, sabía que esos botes contenían polvos mágicos, potingues y brebajes que servían para hacer cosas maravillosas con los cuerpos de las personas. Su tío el boticario tenía brebajes que, con un solo trago, podían hacer que a la gente le salieran alas y echase a volar. Había ungüentos para que los niños olvidasen que eran niños, y no supiesen quienes eran sus padres, y no se acordasen, por la mañana en la cama, de si habían dormido de veras o habían soñado despiertos. Y había cajas, allá en aquella estantería altísima, que contenían uñas de bruja, y pelos de duendes, y escamas de lagarto, que servían para curar las enfermedades más extrañas, que son las que no se ven, aquellas que se llevan dentro y no dicen nada hasta que ya es tarde.

El tío ofreció a Lourdes un caramelo mientras pormenorizaba a Soledad lo acontecido en Annual. Le decía a su prima que no debía desesperar. Y la consolaba con buenas palabras, tras repasar una y otra vez la carta del Ministerio. Eran unos ineptos esos del Ministerio de la Guerra. A lo mejor su esposo aún vivía, escondido en el desierto junto a otros muchos valientes. Nadie podría saber lo ocurrido allí hasta que los españoles no reconquistasen el Rif a ese bárbaro de Abd el Krim. Lo que tenía que hacer sin dilación era pedir con papel timbrado y sellado de pólizas la pensión a la que tenía derecho. Él se la redactaría. Ahora tenía que ser fuerte, debía pensar en su hija. Si necesitaba algo, allí estaban él y su esposa para lo que fuese. Caldo de gallina y un poco de valeriana, lo mejor para los nervios. Les iba a preparar unas raciones el mancebo. Besos, y fuese con Dios la prima Soledad, y la pequeña Lourdes. Y tranquila, que él iba a indagar entre sus amistades del Ayuntamiento sobre el paradero de su esposo.

La baja del capitán de Intendencia Rafael Broto colocaba a su viuda y a su hija en un estado muy precario. Debían abandonar la pequeña vivienda que ocupaban en el Fuerte de San Cristóbal, a las afueras de Badajoz, en la otra orilla del río, muy cerca de Portugal. Había que hacer sitio a otra familia de la oficialidad. A la postre, a ellas les quedaría una pensión de miseria, que no les alcanzaría para vivir si tenían que alquilar una nueva casa. Soledad pasó varias semanas de congoja, hasta el extremo de que un día sintió que algo se había quebrado en su salud. Entonces recordó lo que le había dicho su esposo la última noche antes de volver a Marruecos: si le pasaba algo, ella debía coger a la niña e irse a vivir con los hermanos de él a Jaca.

Pocos días después, madre e hija, ahora solas, volvieron a la estación. Soledad ya estaba enferma cuando llegaron a Atocha para transbordar al tren de Zaragoza. Al poco un hombre joven irrumpió en el compartimento que ocupaban. Iba cargado de maletas, con una cámara fotográfica de madera y su trípode, y con un violín en su funda. A pesar del calor, llevaba puesto un abrigo que parecía hecho de vellón pegado, oscuro y retorcido en mechones, tan largo que lo arrastraba, y una gorra de plato, aplastada y sin escudo.

Después de acomodar sus bártulos, el joven se fijó en ellas. Madre e hija no se parecían a los pobres que se apiñaban en tercera clase, en los vagones marraneros, pero enseguida advirtió que necesitaban ayuda. Les trajo agua, enjugó el sudor de calentura de la mujer enferma y compartió su comida con la niña. Agradecida, Soledad le explicó las circunstancias de aquel viaje, mientras el hombre asentía sonriente con extrañas palabras que ella no entendía. Algo aturdida por la absurda situación, Soledad también sonreía al extranjero más raro que hubiese podido encontrar, aunque en su cara se dibujaban muecas de dolor. Lourdes se sentía hipnotizada por el hombre envuelto en lana negra. Le parecía uno de los chinos rubios que, según le había contado su madre en la camita, habitaban la parte del mundo donde el cielo estaba cosido a la tierra. Y contemplaba fascinada el gran ojo oscuro y vidrioso de su cámara. Era un misterioso artilugio que, aunque no dejaba de



observarla desde el asiento de enfrente y de seguir despacio sus movimientos, prefería estar callado.

El hombre no se separó de ellas en la estación de El Portillo de Zaragoza. Ya era tarde, y corría un cierzo desapacible. Las ayudó a encontrar un taxi con exagerados gestos y saltos en medio de la calzada de adoquines. El taxista se apeó, se descubrió de su boina y se presentó como Antonio Beltrán, llamado *Esquinazao*, desde que había luchado con los franceses en la Gran Guerra. Era un republicano veterano y claro que había oído hablar de los Broto de Jaca; todo el mundo conocía a la más que echada para delante Berta Broto. Esquinazao abrió las portezuelas, acomodó a la mujer enferma, a su hijita, y colocó su maleta, una gran talega y los bártulos del hombre raro en el maletero.

Al cabo de unas horas de trayecto, los viajeros llegaban a Jaca en noche cerrada. La candela amarilla de los faros les abrió paso por callejas de mampostería sin enlucir. Torció en uno y otro sentido a lo largo de calzadas de piedra húmeda, a través de un laberinto de soportales claroscuras. Por fin el taxi paró junto a unos aparatosos caserones de tres plantas. Se hallaban frente a la cárcel. Esquinazao hizo sonar la bocina con insistencia y arrancó ladridos de todos los perros de la vecindad.

Ajena a aquel escándalo de la calle, Sonsoles se resistía a despertar. Se sentía a gusto acostada con su primo, arrebujada contra su costado mientras él dormía sin moverse durante horas y más horas, sin darse cuenta de que ella había buscado el calor de su cuerpo y el sonido de su corazón. La muchacha acababa de soñar que había libado de su sudor, revolcados ambos en un rocío de margaritas. Estaban hechos uno para el otro, los dos eran igual de respondones y traviosos. Nadie separaría ese abrazo en un prado moteado de blanco de margaritas, siempre de margaritas. Aunque fuese un pecado ese abrazo, ni siquiera la ogresa conseguiría desatarlo.

Entonces Sonsoles se despertó sobresaltada. Sito la meneaba por un hombro. Su primo la apremiaba divertido, ya había abierto el ventanuco del altillo, por donde penetraba el suave fresco de la noche y el sonido insistente de la bocina. Sonsoles se acercó a mirar. Abajo, frente a la puerta del colmado, al alcance de la luz de una de las farolas que circundaban la cárcel, estaba parado un vehículo negro, de alto techo cuadrado y con guardabarros como arcos de puente. Aunque el chófer no se había apeado, sabían sin lugar a dudas que aquel era el taxi de Esquinazao.

Poco después se abrió el portón de la casa en medio de una fanfarria de cerrojos y trancas. Se sentía la voz de Berta, dispuesta a despachar como se merecía a quien había roto su sueño. Sonsoles y Sito ahogaron sus risas, asomados por el ventanuco como dos pajarillos al borde de un nido. Temieron lo peor para el pobre Esquinazao. No había nadie con tan mal genio y tan mal hablado como Berta. En la comarca de la Jacetania no se conocía a alguien que pudiese igualar las procacidades de aquella bárbara montañesa. Aunque sus improperios podían ser un bálsamo comparados con su físico excitado, de tendones tensos, de ojos desorbitados, de piel enrojecida, con

una boca enorme que parecía tragarse a quien osaba encararse con ella.

Aun en agosto, las noches son frías en Jaca, pero Berta salió a la calle con apenas un *déshabillé* liviano. Eso sí, mucho más vestida que cuando dormía. Salía así sin pudor, sin pensar en los ojos que escrutaban en la oscuridad desde las ventanas de las casas vecinas, incluso desde las garitas y los ventanillos de la cárcel. Bajó los escalones del caserón como un alud de carne flaca y pálida. Antes de que alcanzase el taxi, su dueño salió a la acera y, con gestos perrunos, con su boina en las manos, trató de explicar su irrupción nocturna:

—Cálmate, Berta. Esto es una urgencia.

—¡Esquinazao, hijo de puta...! —gritaba la mujer mientras procuraba alcanzar al taxista con sus brazadas—. Andas borracho después de una de tus juergas. Pero esta noche acabas de hacer tu última carrera.

Desde su otero, los primos se reían de los precipitados manotazos y las breves carreras de Berta tratando de alcanzar a Esquinazao y de este rehuyéndola. Por fin hombre y mujer dejaron de bailar. El taxista se convenció de que aquella fiera no se calmaría si antes no se desahogaba. Así que se dejó atrapar.

—Está bien. Está bien... —Esquinazao bajó su bigote en señal de rendición—. Pero que conste que con esta carrera te he traído a unos parientes. Vienen de lejos, de muy lejos...

La nervuda mujer no pareció asimilar la novedad. Con el taxista bien sujeto contra el coche, se dispuso a propinarle un par de guantazos. Pero la detuvo un llanto infantil. Por supuesto que no provenía de la casa, los que la habitaban eran demasiado grandes para llorar así, y, además, lo tenían prohibido.

Berta arrimó sus feroces ojos azules a una ventanilla y escarbó con ellos a través de las sombras. En el asiento trasero del taxi descubrió a una niña que lloraba llena de pánico en medio de dos adultos. Uno era un hombre de delicadas facciones y de ojos algo rasgados; parecía rubio y barbilampiño, tal vez de escasos veinte años. En el rincón de la ventanilla opuesta se recostaba una joven vestida de negro, adormilada aunque sin cesar de toser. Se advertía en su piel morena el brillo propio de la calentura intensa.

—Son los parientes de que te he hablado, Berta —se explicó Esquinazao más aliviado, retorciendo su boina con diez dedos nerviosos.

—¡Ah, ya...! —exclamó Berta al tiempo que su aliento empañaba el cristal—. Soledad y Lourdes. La mujer y la hija de mi hermano Rafael...

A grito pelado Berta obligó a bajar a Sito del altillo. El muchacho se plantó en medio del zaguán de la casa mientras se remetía la camisa. Su tía le dio unas instrucciones tan contundentes que parecían sentencias de muerte. Sito salió por el portón como una centella y corrió a lo largo de las angostas calles. Si no volvía pronto con el médico, Berta lo despellejaría.

Ya amanecía cuando el doctor Ezequiel cruzaba precipitadamente el zaguán, con el sombrero en una mano y su maletín en la otra, mientras Sito lo apremiaba:

—Deprisa, don Ezequiel. Berta tiene poco aguante.

El médico encontró en la alcoba principal a una mujer forastera acostada en la gran cama. A un lado de la cabecera, Berta cuchicheaba con su hermano Nicanor y su cuñada Digna, recién llegados del hotel Mur, que regentaban. Al otro lado se encontraban los rapaces Cornelio y Rogelio, indiferentes ambos al dramatismo de aquel incidente tan madrugador. También se hallaba en un oscuro rincón la niña Sonsoles, bastante crecida desde que la viera por lo del sarampión.

—Matasanos, procura que mi cuñada salga de esta —le dijo Berta nada más verlo.

Don Ezequiel contempló su furibundo rostro, después observó desconcertado a su cuñada de siempre, la gorda Digna, y luego volvió a llevar su mirada a la señora de la gran cama. Parecía que esa pobre mujer era su nueva pariente. Al instante, a don Ezequiel le dio la impresión de que la forastera agonizaba.

—Haré lo que la ciencia médica pueda, Berta —dijo mientras pensaba que vaya embrollo le había deparado el nuevo día.

Mientras don Ezequiel exploraba a la enferma, Berta se dispuso a organizar un poco la casa. Salió de la alcoba, y con un gesto arrastró consigo al pasillo a los más jóvenes: Cornelio, Rogelio, Sito, Sonsoles y la recién llegada Lourdes, que gimoteaba. Sonsoles dedujo de las palabras de la ogresa que había adivinado sus sueños, y que la incomodaba que cada vez se sintiese más a gusto con su primo, porque ahora disponía que ella durmiera con su nueva prima. En cuanto a Sito, se tendría que instalar en el cuarto de sus primos Cornelio y Rogelio. Ya era casi un mozo, y su prima Sonsoles demasiado mayor como para dormir en la misma cama que él.

—Estoy bien donde estoy —protestó Sito bajo la sombra de su tía—. Echaré una manta en el suelo. Allí cabemos los tres.

—Condenado gañán... Y yo digo que no cabéis. Y si por casualidad quieres tirarte a una chica, ve al hotel de tu madre.

—¡Mi madre no me quiere ver por allí! —se quejó él con genio—. No quiere que vea lo puta que es.

Cornelio y Rogelio se rieron. Pero a Berta no le hizo la menor gracia. Propinó tal guantazo a Sito que lo hizo rodar por las baldosas.

—¡Que sea la última vez que hablas así de tu santa madre, que es la que te da de comer!

Sito se retiró dolorido, consolado por Paula, la solterona coja que servía en la casa desde hacía muchos años. Lo condujo escaleras abajo hacia la cocina, sabiendo que un buen desayuno calmaría su genio.

Asustada por lo que había presenciado, Lourdes había echado a correr hasta el otro extremo del pasillo sin saber adónde se dirigía. Subió una empinada escalerilla y, yendo a parar al altillo, fue a esconderse bajo la única cama que encontró, la de su prima. Tumbada en el suelo, vio que aparecía por la puerta una falda a media

pantorrilla. La enorme Berta se detuvo en el último escalón, seguida de su hija. Y dejó caer en el piso del cuarto la talega de la pequeña sobrina, a los pies de Sonsoles. Le ordenó que encontrase sitio para las cosas de su prima en su arcón. La muchacha obedeció sin rechistar.

—Y tú, ratoncito... —le dijo a continuación a la sobrina desde su imponente altura, sabiendo que estaba allí escondida, como si la oliese—. Has de saber que en esta casa no se llora. ¿Lo has entendido? ¡Nadie llora!

Lourdes no contestó desde su escondite, porque sus dientes rechinaban de miedo y trataba de sofocar el llanto y las ganas de gritar.

Desde entonces, Lourdes siempre asoció la muerte de su madre con la brutalidad de su tía Berta, persuadida de que había hecho algo maligno para buscar su fin. No se le ocurrió pensar que la ciencia de don Ezequiel poco pudo hacer por Soledad. Al cabo de cuarenta y ocho horas, la joven moría de pulmonía, y al día siguiente se la enterraría en el cementerio de Jaca.

Una prematura nevada cubrió las lápidas y los cipreses del cementerio, el pueblo entero y los alrededores hasta donde la niebla permitía escrutar. Lourdes veía la nieve por primera vez, pero la fascinación por aquel fenómeno duró poco. Tenía frío todo el día, tiritaba en aquel caserón enorme como el ratoncito que le había dicho Berta que era. Tardó en darse cuenta de que estaba sola. Llamaba a su madre y, como no aparecía, lloraba en silencio, procurando que su tía no la oyese. A veces se despertaba de noche para buscar a mamá. Avanzaba sonámbula hasta la fría boca de la escalerilla que conducía al tenebroso abismo de la casa. En cuanto su prima Sonsoles se daba cuenta de su falta en la cama, se levantaba y la volvía a acostar a su lado. Después la abrazaba y la apretaba contra su pecho, como había hecho con Sito, hasta que de nuevo se dormían juntas.

La ferocidad de su tía tenía espantada a Lourdes de día y de noche, pero también la mantenían asombrada los hechos curiosos que acontecían en el caserón. Observaba que Paula caminaba bien por los pasillos o en la cocina; sin embargo, cuando aparecía la tía Berta retomaba su cojera. De igual modo, el genio de la criada, agradable hasta hacía un momento, se transformaba ante la dueña en gestos bruscos y en agrias palabras, y entonces era cuando la regañaba a ella sin motivo alguno. Mientras tanto, sus primos Cornelio y Rogelio salían de la casa y volvían en un vaivén continuo, siempre con bultos sospechosos bajo los brazos. A veces se encerraban en la trastienda junto a Berta, y, al día siguiente, lo que a ojos de Lourdes habían parecido paquetes de dulce azúcar, se habían convertido en sacos mucho mayores, con un acentuado sabor a harina; o lo que había sido manteca de cerdo, después de calentado, había acrecentado el aceite de oliva de unas damajuanas.

De tarde en tarde los visitaba Damián, un hombre adusto de rostro cuarteado, escopeta al hombro. Y enseguida, invariablemente aparecían los civiles de verde

oliva preguntando por él.

—Por aquí, mi cabo Montoya, y guardias Heredias, Vargas y Amayas... —Los recibía Berta con una amplia sonrisa no exenta de sorna, y les convidaba a vino, y permitía que buscasen a su marido por toda la casa. Mientras, le aseguraba una y otra vez al cabo Montoya que hacía meses que no había visto el pelo a ese gañán, mal esposo y peor padre.

Lourdes, testigo mudo desde sus rincones y escondrijos, sabía que Damián estaba en la casa, escondido aunque sin ocultarse. Ella lo había visto acercarse al montón de sartenes que se vendían en el colmado, pero de repente había desaparecido, como si se hubiese convertido en hierro. Llegó a convencerse de que si los civiles no lo veían delante de sus narices era por unos polvos que Berta les había echado en el vino que les había servido nada más llegar.

La tía guardaba muchas hierbas del monte en la tienda y, sobre todo, en su alcoba. Lourdes lo había descubierto asomada por una rendija de la puerta, mientras la tía estaba abajo, en el mostrador del colmado. Al igual que su tío el boticario de Badajoz con sus ungüentos mágicos, ella con tales hierbas hacía polvos, que luego vendía a la gente del pueblo, o se los pasaba a Paula en la cocina, para que aliñase las comidas. Lourdes creía que alguna de las dos, Paula o Berta, todas las mañanas echaban polvos a su leche, para mantenerla callada y quieta durante el resto del día. Pero ella no necesitaba de esos polvos, porque sentía pánico ante la sola presencia de Berta. Cuando notaba sus pasos corría hacia el primer rincón, algo mareada, y allí se agachaba, movía la naricilla y se lamía las manos, hasta fingir que era el ratoncito de un cuento.

Lourdes solo encontraba consuelo a su desdicha cuando Sonsoles regresaba de la escuela. Arropadas en su cama, abrazadas una a otra, la prima mayor procuraba despejar sus temores. Le confiaba sus propias desdichas, cuyo origen lo relacionaba con el arcón donde guardaba sus cosas, donde guardaba sus sueños. Ella quería abrir el arcón cada vez que le viniese en gana, no cuando se lo mandasen, y le gustaría encerrarse en él para volar por los aires igual que los aeroplanos, e ir a las ciudades que veía en las revistas que traía Esquinazao de Zaragoza. Ahora que también guardaba sus cosas en el arcón, Lourdes podría acompañarla, bastaría con desearlo con todas sus fuerzas para que el arcón se elevase del suelo.

Pero su pequeña prima no comprendía el significado de tales deseos, o no atinaba a adivinar dónde estaba el problema. Si era facilísimo hacerse el pajarito y salir volando por el ventanuco. Sonsoles suspiraba, defraudada por la escasa agudeza de su prima, y a veces se lo recriminaba y la hacía llorar. Pero al poco la consolaba, arrepentida de que la sombra de la insidia de su madre llegara hasta meterse entre aquellas sábanas. Le decía que no debía preocuparse por Berta. Verdad que era ruda, que nunca besaba, que no acariciaba, y que nunca dejaba que nadie la tocase, pero no era mala.

—No, no es una bruja, Lourdes —aseveraba Sonsoles, sin mucho convencimiento

a ojos de su prima—. Todo lo hace por el bien de la familia.

En cuanto a Damián, para Sonsoles era sin duda el mejor hombre del mundo, aunque los civiles lo anduviesen buscando siempre. Berta y Digna habían corrido la voz por toda Jaca de que era su padre, y también el de Cornelio y Rogelio, pero había gente que lo ponía en duda. No que los tres niños fuesen sangre de su sangre, sino que en realidad estuviese casado con Berta. Cierto que ella nunca lo había visto tratarla como un esposo a su mujer: sus conversaciones eran distantes, nunca se tocaban, nunca se retiraban a solas a la alcoba.

Sonsoles había oído que los Broto provenían de una aldea perdida de las montañas, donde todos estaban emparentados, de ahí el que padre y madre tuviesen el mismo apellido. Sabía también que un día Berta Broto, apenas cumplidos los dieciocho años, ya con dos niños pequeños y embarazada de ella, bajó a Jaca para abrir su colmado frente a la cárcel. Mientras, Damián Broto prefería continuar sus andanzas por la frontera, de contrabandista. No porque estuviese obligado a ganarse la vida así —se comentaba—, sino porque no soportaba la compañía de los seres humanos. Decían que era como un animal del monte, noble, pero huraño por naturaleza. Aunque Sonsoles no lo creía. Para ella, sus padres estaban unidos por un nudo más fuerte que el de la iglesia, ya que siendo ella una mujer tan temida por todos, a él lo respetaba sobre todas las cosas. ¡Y ay de quien osase criticarlo!

Los Broto no eran salvajes, sino gente instruida, porque los abuelos, aunque pobres, los habían educado bien con las ganancias de sus vacas. La prueba estaba en que Berta había abierto un negocio que ninguna mujer hubiese osado sacar adelante, siendo todavía una moza y con tres criaturas auestas, y que lo regentaba con pulso firme, haciéndolo prosperar año tras año. Otro indicio de que no eran vulgares labriegos se deducía del hecho de que el menor de los hermanos, Rafael, el padre de Lourdes, había estudiado en la Escuela de Oficiales del Ejército de Toledo. Sonsoles había ignorado su existencia hasta que aquella noche Soledad y Lourdes habían aparecido en el taxi de Esquinazao. Tío Nicanor se lo había contado todo.

Así que tenía un tío oficial del Ejército... Sonsoles se había congratulado pensando que si había sido capitán de intendencia no podía tratarse de un rústico, sino de un caballero. Odiaba que, en la escuela, las niñas bien la trataran como una advenediza. Los Broto no eran unos patanes, eran gente fuera de lo común. Y ahí estaba como ejemplo el mayor de los hermanos, Nicanor, que lo mismo hablaba con el cura de teología que con los comandantes de guerras y de armas. El tío era un pedazo de pan, un hombre muy culto según los vecinos, que había trabajado en el Ayuntamiento como escribiente, a quien le gustaba la música y leer los periódicos de Zaragoza, e incluso de Madrid. Ella misma había comprobado en el hotel Mur que había hecho muy buenas migas con Vitali, ese artista extranjero tan raro que sabía hablar ruso, francés y alemán.

—No, no debes preocuparte, mi pobre primita. Digan lo que digan, Berta no es un monstruo, y los Broto no somos unos salvajes. Duerme tranquila. Mañana domingo,

después de venir de misa, las dos iremos al hotel Mur para ver de nuevo las fotografías y las pinturas de Vitali. Verás qué bien lo pasamos. Pero mantente callada, ni pienses en ello delante de Berta. Ella es muy lista y escucha dentro de nuestras cabezas. Ahora vamos a dormir. Anda, vamos a soñar que estamos volando dentro de ese arcón maravilloso...

Sonsoles continuó acunando a su prima Lourdes hasta que ella también se quedó dormida.

## Capítulo 3

**D**igna hospedó a Vitali en un cobertizo, en la parte trasera del establecimiento, pegado al gabinete de su marido. El hotel Mur era un caserón enorme de tres plantas, de gruesos muros de piedra que se levantaba en el centro de Jaca. Digna lo había heredado de su padre, un Mur de los caciques locales de la Restauración. Y, por aquel tiempo, lo regentaba junto a su marido Nicanor Broto, asistidos por dos pares de criados. El hotel nunca estaba muy ocupado con clientes convencionales, pues eran pocos los viajeros que caían por Jaca, una ciudad pequeña y apartada al pie de los Pirineos.

Allí lo que abundaban eran soldados de los cuarteles cercanos. En realidad, a fin de hacer frente a los gastos, hacía tiempo que dedicaban sus habitaciones a complacer y divertir a los militares de la numerosa guarnición local. Aunque solo a oficiales, exigía Digna; el Mur era un establecimiento de categoría. Para los simples soldados ya había antros acordes a su clase y posibilidades, como el salón de baile El Buen Gusto, de los socialistas, o el café Universal junto a la catedral, de los republicanos. Los oficiales contaban con su cantina en la Ciudadela, y frecuentaban el casino La Alegría Juvenil, pero para divertirse como hombres y no como caballeros acudían al hotel Mur. Venían en grupos desde el gigantesco pentágono de la Ciudadela, en las lindes urbanas, o desde fuera, del fuerte Rapi tán, con sus capotes, sus gorras, sus sables, sus guantes, sus botas de brillo duro. Y Digna se alegraba mucho al verlos llegar.

—Pasad al calor de mi casa, comandantes y capitanes —los recibía en el portal nevado y bajo un espolvoreado de copos que se precipitaba sobre su aparatoso peinado, acomodándose su echarpe bajo una luz trémula de invierno—. Yo siempre he sido de espíritu castrense.

Esa era la expresión favorita de Digna en infinitas variaciones. Si aparecía un viajante de comercio por su local, decía que siempre había sido de espíritu mercantil, y si se encontraba a un canónigo en la escalinata de la catedral, afirmaba que siempre había sido de espíritu monacal. La gente sonreía ante tales ocurrencias, y tal vez esa era la causa de que cayese simpática a todos. A todos menos a las verdaderas beatas, las viejas desdentadas que la criticaban a sus espaldas junto a la arquivolta del templo.

Todo el mundo creía en Jaca que el matrimonio de Nicanor con la gorda de Digna había sido la causa de que Berta consiguiese su tienda. Ya que ni con todo el dinero que le hubiese dado su supuesto marido, Damián, hubiese conseguido por sí sola en el Ayuntamiento y en la Gobernación la licencia del colmado. Antaño, la familia de Digna había sido muy influyente, ya que compraba más votos que ninguna en la provincia de Huesca. De modo que era lícito pensar que los otrora poderosos Mur habían hecho valer influencias reverdecidas a fin de conseguir permisos para la cuñada.



Lo que no estaba claro era de qué forma el taciturno Nicanor Broto había conseguido casarse con Digna Mur. A la gordita y bella de los Mur no le hubiesen faltado otros partidos mucho más enjundiosos, acordes con su posición. Porque todo el patrimonio de los Broto se componía de una casucha de pizarra sita entre los prados y el bosque, y de unas cuantas vacas. En cuanto al físico de Nicanor, no es que fuese feo o tuviese mal cuerpo, pero ninguna mujer podría suspirar por su estampa de leño seco. Había sido un ínfimo funcionario del Ayuntamiento, con las manos siempre manchadas de tinta y las antiparras yendo y viniendo a su nariz. Era buen paisano, pero las buenas personas no tienen atractivo. Así que aquella boda había sido el mayor de los misterios, y, a juicio de las beatas de la arquivolta, el peor de los sacramentos.

Aquellas viejas desdentadas aseguraban que Digna no se había unido a los Broto por el apocado Nicanor, sino por su enérgica hermana Berta, a quien había conocido cuando un día esta, encinta de Cornelio, bajó del monte a vender queso e infusiones de hierbas. Bastaron unas palabras en el mercadillo de la plaza entre ambas jóvenes para que la última soltera de una poderosa familia venida a menos viese en la vivaz salvaje un medio para encumbrarse de nuevo a la torre de aquella sociedad.

Hubo boda pues con el hermano mayor de los Broto, que de inmediato abandonó su puesto en el Ayuntamiento por una vida de encierro en el hotel, al que daba un marchamo de respetabilidad. Ya vendrían mejores tiempos, en los que el Mur retomase su actividad genuina en un rebrote de la prosperidad de la Jacetania. Digna llevaba doce años esperando ese cambio de fortuna atisbado cuando conoció a Berta, tiempo en el que solo había conseguido granjearse la peor reputación de la comarca al frente de lo que a todas luces era un prostíbulo. Mientras tanto, su cuñada seguía en el colmado que ella le había proporcionado, un negocio próspero y decente, pero que la mantenía sujeta a un mostrador.

La fama de Digna Mur había caído tan bajo en Jaca que a nadie escandalizaba ya que se acostase con sus clientes. Chicas bonitas no faltaban en el establecimiento, siempre había a mano mozas escapadas de su aldea que preferían ganar sus reales allí en lugar de emigrar a Barcelona, a Bilbao e incluso a Francia. Pero a veces Digna debía satisfacer el capricho de algún oficial melindroso o nostálgico, que no necesitaba el fragor de una escaramuza de alcoba con una jovencita, sino una imaginaria con su añorada madre o su querida mujer.

—Así que le recuerdo a su esposa, mi comandante... —decía Digna de cuando en cuando, a la vez que asía la mano del oficial para llevárselo escaleras arriba—. Venga, venga conmigo y cuénteme sus cuitas. Yo siempre he sido muy comprensiva.

A mitad del ascenso, abrazando al achispado militar contra el pasamanos de roble, volvía la cabeza y guiñaba un ojo a Nicanor, que no hacía el menor gesto, no replicaba nada, simplemente regresaba al salón a fumar y a leer, caliente junto a su chimenea. Nadie que compartiera con él tabaco y calor le comentaba nada al respecto. Todos deducían que había un trato en el matrimonio: la dueña consolaba

clientes mientras el dueño se holgaba con las nativas exóticas de piel pigmentada, del Raj británico o de los mares del Sur, que descubría en las ilustraciones de las revistas.

Nicanor apenas había pasado la treintena, aunque se diría que era un hombre mucho más antiguo que su edad aparente. Aún se empeñaba en lucir barba, espesa y puntiaguda como los villanos de las películas de Charlot, según el juicio jocoso de la gente que había ido al cine de Huesca. Él tampoco se alteraba por tales chanzas. No dejaba de ser un hombre moderado, de ideas tradicionales, que caía bien a los militares que lo frecuentaban.

Así, la gente pensaba que Nicanor prefería callar y consentir antes que remover el charco de lodo y provocar un escándalo, porque en tal caso tendría mucho que perder: su vida sosegada y muelle, el recogimiento de su gabinete, sus periódicos, sus revistas y sus libros. Se exponía a tener que regresar a su anterior oficio, si lo dejaban, en la escribanía del Ayuntamiento. Digna era su socia en el negocio, una esposa de conveniencia, no la pasión del mundo, que creía vedada a su persona. No la amaría, pero sí la respetaba. La veneraba como esposa, de modo que quienes propalaban habladurías podían reventar de logomaquia. Sin embargo, los sicofantes locales insistían desde la lejanía en que el hecho de que el matrimonio solo hubiese tenido un hijo, el inquieto y revoltoso Sito, era bastante elocuente de la profundidad de su relación marital.

Nicanor era un filósofo diletante, como tantos escribanos de provincias, un hombre que dejaba acontecer a su aire los hechos, por muy graves que fuesen. Le parecía mucho más interesante lo que imaginaba que lo que contemplaba del mundo aparente. Era feliz inmerso en sus meditaciones y sus lecturas. Le gustaba especialmente el *Moby Dick* de Herman Melville —la primera obra de más de cuatrocientas páginas que leyera—, en un tomo encuadernado en piel y con ilustraciones de Doré que atesoraba en su gabinete como si fuese su Biblia.

Con frecuencia, Nicanor se veía a bordo del barco ballenero *Pequod* en sus singladuras interminables, visitando lejanas y misteriosas tierras. En especial se sentía fascinado por el nativo Queequeg cubierto de tatuajes, que en medio de la alocada travesía del barco labraba su propio ataúd con ominosos jeroglíficos. Esa tarea macabra y a la vez trascendente de Queequeg le sugería a Nicanor un acto ontológico, como una vislumbre escatológica de su trágico destino. Aunque a menudo, en divagaciones más arriesgadas, se sentía más atraído por el muchacho Ismael, testigo mudo del delirio metafísico del capitán Acab. Emparejando situaciones tan dispares, Nicanor suspiraba en su torpor de digestiones mientras suponía que él era el observador silente y sensato de la singladura de aquella nave de perdición llamada hotel Mur.

A Nicanor le gustaba escuchar a los oficiales cuando hablaban de sus destinos en Marruecos o en las últimas colonias americanas recientemente perdidas; y le encantaba atender a los forasteros cuando se referían a sus exploraciones por lugares todavía más remotos. Todo ello abonaba una vocación viajera que alimentaba su

imaginación, aunque físicamente siempre hubiese sido un barco en el dique. Apenas se movía del hotel, como mucho para dar algún que otro paseo hasta el Ayuntamiento y saludar a sus antiguos compañeros de escribanía. Algunos murmuraban que, a edad más joven, había echado sus canas al aire, pero otros prorrumpían en risas ante tamaño disparate. Por el contrario, opinaban que su deambular más audaz se limitaba a ir de su alcoba al salón o a su gabinete del Mur, entre el terrible peligro de las pupilas de su esposa en enaguas.

Fue Nicanor quien tuvo la idea de hospedar a Vitali en su hotel la noche de su llegada con la difunta Soledad y su hija Lourdes. El ruso le pareció un vagabundo, lo suficientemente exótico como para alojarlo en su casa, no como un cliente o un empleado, sino como un fenómeno raro venido de allende mil fronteras. Desde el principio lo animó a que aprendiese pronto a hablar español, para que le contase de sus andanzas orientales. Vitali no lo decepcionó. Al poco de su llegada, el ruso comenzó a pagar su manutención y el hospedaje con las ganancias que sacaba de sus fotografías. Con su aparatosa cámara de madera empezó a hacer retratos a los oficiales que acudían al Mur, de medio plano y descubiertos, o de pie, tocados y con sable, en escorzo. Más tarde tomó sus fotos por grupos, por promociones, e incluso se largaba a la Ciudadela o al Rapitán para plasmar placas de compañías enteras. No faltaban tampoco fotos más ligeras, de los tenientes y los capitanes acaramelados con las chicas del Mur.

Con el transcurrir del tiempo, Vitali dispondría de un pequeño estudio en la antigua cuadra del hotel, adornado con paisajes pintados por él sobre lonas. Desde la torre Eiffel erguida sobre un París luminoso a la Muralla China extendida como dientes de dragón, o las pirámides de Egipto contra un cielo brillante en medio de dunas calientes. Cualquier imagen sugestiva y legendaria le valía, con tal de permitir a los oficiales pavonearse ante sus camaradas al lado de aquella beldad tan ligera de ropa, con tal de presumir cuando en sus ciudades recibiesen postales tan primorosas.

Pero esta faceta de tan singular huésped resultó ser solo el principio de las sorpresas para un deslumbrado Nicanor. Lo siguiente encantó incluso a una Digna a veces demasiado apegada a la tierra. Porque ella siempre había sido muy realista.

Una noche caía una copiosa nevada sobre Jaca. Los oficiales habían acudido en tropel al calor de la chimenea del Mur, pero no parecía que Digna, y mucho menos Nicanor, encontrasen argumentos, aparte del pacharán, para entretenerlos mientras las chicas no diesen más abasto a calentarlos en las plantas altas. Entonces Vitali, que sudaba con su holgada camisa de cosaco, fue en busca de sus muchos bártulos. De un estuche de forma femenina extrajo un violín. Regresó al abarrotado salón y, como si la nieve que se entreveía por las ventanas le recordase su lejana tierra, comenzó a tocar con tan peregrino instrumento en aquellas latitudes una música que por momentos sonaba animada y a veces melancólica. Sus melodías entusiasmaron a los presentes. Desde

entonces, a menudo Vitali amenizaría violín en ristre las largas veladas en el Mur dentro de la monótona vida de campamento y burdel de los oficiales.

Y aún deparó una sorpresa más para Nicanor. Ocurrió cuando una mañana este salió de su gabinete para tomarse un té en el pequeño alojamiento del ruso, como hacía a menudo, y lo descubrió escribiendo. Vitali había decorado el cuartucho con varios iconos de su religión y con fotografías de su país, como cosacos a caballo, un desfile de carrozas, un palacio de cúpulas semejantes a bulbosas cebollas. En un rincón se amontonaban novelas de Dostoyevski y de Tolstói, cuentos de Gógol y Pushkin, y tomos de ciencias naturales. Nicanor pasó al lado del samovar donde calentaba el té y, atraído por la extraña caligrafía que ejecutaba su huésped sobre una holandesa, se acercó a él. El ruso estaba sentado en su jergón, apoyado en una pequeña mesa rústica. Nicanor, con su bastón de petimetre, estiró el pescuezo dentro de su cuello duro, como si cometiese una indiscreción, y advirtió que el joven escribía poesías, no porque interpretase el cirílico sino por la disposición en persiana de las estrofas.

—¡Ah, Vitali...! Así que también eres un poeta... —comentó Nicanor mientras se atusaba su barba cabruna al otro lado de la mesa—. Espero pues con ansia que algún día me hables de las ilimitadas estepas rusas.

El andrógino Vitali alzó su cabeza de cabello pajizo y le sonrió con unos ojos igual de azules que el cielo reflejado en sendos lagos de latitudes boreales. Le habló en ruso aunque ya dominaba ciertas expresiones en español. El fascinado Nicanor se sentó a su lado y le escuchó tan atento como si oyese disertar a Unamuno o a Ortega. Entonces se apercibió de que poco a poco iba entendiendo algunas palabras de su lengua, de entonación parecida al gallego. Así fue cómo descubrió que tenía facilidad para los idiomas extranjeros. Y se regocijó por poseer don de lenguas, un toque evangélico, marinero sobre todo, el primer e imprescindible requisito para el gran viajero.

Al cabo de un año, mucho más suelto con el español, Vitali por fin pudo contar su historia de corrido y de forma inteligible.

Diría que era un noble, el heredero de un condado de la ciudad de Orsha depuesto por los bolcheviques, y había tenido que huir para librarse de la fosa común en donde yacía su familia. Había vagado por media Europa, ganándose la vida con su cámara fotográfica de abedul y su violín de cedro. Hasta que un día, cruzando aquel exótico país meridional, se tropezó en un vagón de tren con aquella joven mujer de negro y su pequeña hija que lloraba. La había visto tan enferma que se decidió a auxiliarla, aunque se desviase de su vagar. Lo demás ya era sabido por todos, dijo a una absorta concurrencia de oficiales pegados a sus cigarrillos, chicas llorosas con sus pañuelos, empleados que escuchaban atentos desde la puerta, y Digna y Nicanor fascinados a ambos lados de su sillón. Vitali concluyó que, ya que había llegado a Jaca, aquel era un lugar tan bueno como cualquier otro para dar un descanso a sus pies.

Por entonces el hotel Mur estaba de bote en bote todos los días. El parentesco de

sus dueños con el capitán Rafael Broto era un detalle que se tenía en cuenta en la Ciudadela. Se había convertido casi en una obligación castrense frecuentar a los seres queridos de un héroe, caído junto al legendario Manuel Fernández Silvestre en Annual durante una gesta memorable. Por otro lado, la situación política estaba tan alterada que no había cuartel en todo el país donde no se conspirase. Y puesto que era arriesgado conspirar en el cuarto de banderas de la Ciudadela o en su cantina, y tanto más en el casino La Alegría Juvenil, los sables inquietos se congregaban en las alcobas y entre las sedas y encajes que Digna ponía a su disposición.

Los militares silenciaban sus cuchicheos sediciosos y unos a otros se daban toques con el codo cuando veían pasar por el establecimiento a la huérfana del heroico capitán Broto. La pequeña Lourdes no tendría más de cinco años, y casi siempre iba acompañada de su prima Sonsoles, que le doblaba la edad. Los oficiales la observaban con respeto, incluso alguno que otro se cuadraba discretamente y sacaba pecho. Y así permanecían firmes hasta que las niñas se perdían por la parte trasera del hotel.

Aquellas visitas de las primas al Mur eran para ver a Vitali. Este procuraba acercarse por la casa de Berta, o por el colmado contiguo, siempre que sus muchas tareas se lo permitían, como si perdurase el afán de auxilio que les había brindado en el tren. Charlaba con las dos niñas adornando con ademanes afectados, muy aristocráticos, sus cuentos y andanzas. Desde el mostrador o desde la mesa de la cocina, Berta lo observaba de arriba abajo con condescendencia. Vitali le parecía un ser de sangre fría, sin sustancia y sin malicia viril, algo amanerado, un joven borrachín que se tragaba su vino como si fuera agua. Sonsoles y Lourdes lo recibían embelesadas, pero preferían encontrarse con él en su propio cuarto del Mur, o, mejor aún, en su estudio lleno de paisajes imaginarios y de ruinas de lona.

Aislados los tres del mundo agreste de los Pirineos, las niñas escuchaban con arrobo su vida como jovencito conde de Orsha en la Rusia de los zares. Vitali describía los palacios, los caminos nevados que había recorrido en trineo tirado por percherones con campanitas que sonaban al trote, los bailes de gala, la magnificencia de la corte imperial. Otras veces hablaba sobre inmensos bosques de troncos blancos como la plata, ríos de esmeralda surcados por velas de tafetán tártaro y océanos de mieses y girasoles.

—Recordad esto, señoritas —les decía mientras aprestaba la cámara sobre su trípode—. Lo más importante del mundo es la belleza. Pero no solo la de las caras bonitas y los vestidos elegantes, que solo son apariencias. Detrás de las cosas vulgares se encuentra ese mundo más verdadero, que guarda toda la sabiduría del arte, que es inmenso y poderoso como un imperio. Tenedlo siempre presente, niña Sonsoles, niña Lourdes.

A continuación las invitaba a que se acercasen a la cámara. Dejaba que metiesen sus cabezas bajo la tela negra y que escudriñasen por el visor, para que se diesen cuenta de lo extraño y engañoso que podía llegar a ser el mundo. Las niñas

descubrían que el decorado, una mansión campestre de Georgia de imponentes columnas blancas, se había dado la vuelta, que el cielo ahora estaba en la tierra y que el frontón picudo de la casa pivotaba hacia abajo. La casa se había convertido en un barco blanco que navegaba en un mar de azul claro, mientras que el paisaje verde del suelo ahora se diría que componía nubes alborotadas y tormentosas. Las primas se disputaban una y otra vez el turno por volver a contemplar aquel fenómeno, en tanto que Vitali les repetía su teoría de las apariencias de una verdad más profunda.

Sonsoles creía comprender su significado, Lourdes no del todo, pero ambas regresaban contentas a casa de Berta. Aunque si esta se enteraba de su aventura les esperaba lo peor, pues tenían prohibido ir al hotel de la tía Digna. No era un lugar para los niños, menos para dos niñas decentes como ellas. Si Berta las pillaba, no temían azotainas o bofetadas, ya que solo pegaba en casos muy contados, porque ni para castigar ni para premiar le gustaba el contacto físico. A veces Sonsoles y Lourdes hubiesen deseado una buena paliza en lugar de enfrentarse a sus ojos, inflamados de cólera, y a su boca grande, que las hería con sus horribles procacidades, sobre todo cuando las llamaba Sonsolitas y Lourdecitas en un tono malévolo. A muy pocos llamaba Berta por su nombre verdadero, pues empezaba por acogerlos, para luego poseerlos, mediante motes burlones y soeces apelativos.

Una tarde, alineadas las dos niñas ante ella —como a Berta le gustaba disponerlas para las broncas después de conjurarlas como Sonsolitas y Lourdecitas—, su sobrina no pudo contener el llanto. De inmediato se dio cuenta de que había caído en lo que más detestaba Berta, el lloro infantil, y que eso sería su fin, así que, desesperada, se precipitó hacia su tía para aplacar su enfado. No tuvo más ocurrencia que ir a agarrarse a una de sus manos, para besarla o acariciarla. Como en un calambre, Berta retrajo su brazo de aquellas manecitas temblorosas, de suerte que un trozo de pellejo en forma de medio dedo se quedó en poder de Lourdes. El estupor se apoderó de la sobrina, y Sonsoles, muda de asombro, se temió que ahora sí habría una paliza a golpes, brutal y definitiva. Sin embargo, Berta, no menos desconcertada que las niñas, soltó un bufido sibilante, de escalofrío, y se alejó hacia su cuarto a largas zancadas, tan torpes que la hacían dar tumbos.

Ya de noche, arriba en el altillo, ambas primas se sumieron temblando en sus sueños. No visitarían los palacios fabulosos de Rusia, ni a las princesas del Kremlin o de San Petersburgo rodeadas de pajes. No navegarían por el cielo a bordo de una casa de piedra blanca. Sino que se debatirían contra las sabandijas verduscas que Cornelio y Rogelio contaban que habían visto en el monte, a las que cortaban su gran rabo y, no obstante, este seguía moviéndose de forma angustiosa y horrible.

## Capítulo 4

**P**or toda la casa se oían los gritos y los golpes. Atraída por el alboroto y seguida de Lourdes, Sonsoles bajó del altillo, alcanzó el cuarto de sus hermanos y abrió la puerta. Cornelio y Rogelio se estaban peleando con Sito en el centro de la pieza que compartían. Era uno más de los frecuentes encontronazos que tenían los tres por piques y disputas de muchachos. Sonsoles siempre apoyaba a su primo en contra de sus hermanos, pues sabía que estos mencionaban a la puta y gorda de Digna, y al cornudo y estirado de Nicanor, y Sito no resistía la provocación sobre sus padres. Con una edad intermedia entre las de sus primos, era capaz de hacer frente a ambos. El gigante Cornelio resultaba demasiado torpe para la agilidad que desplegaba Sito, y al chaparro de Rogelio le impresionaba su coraje.

Avisada por el escándalo, Berta había subido por la escalera de la trastienda del colmado y se abrió paso en la puerta entre Sonsoles y Lourdes. Sin proferir denuestos, se plantó frente a los tres mozos esgrimiendo una cincha de cuero de su mula y la emprendió a verdugazos contra todo lo que se movía. Se hartó de cruzar caras, espaldas y nalgas hasta acogotar a sus dos hijos y a su sobrino contra las paredes. Cornelio y Rogelio gemían encogidos mientras Sito, sin emitir el menor quejido, aguantaba los azotes sin doblar las piernas.

—Cabronazo... Te crees muy macho, ¿eh? —le gritaba Berta—. Pues mientras estés en mi casa vas a tener que aguantar lo que no quieras oír. Se acabaron las peleas.

—¡No pienso aguantar más!

La voz de Sito, quebrada por la rabia, llegó a oídos de Lourdes y Sonsoles, escondidas ya y abrazadas en su altillo. A continuación sintieron que bajaba corriendo las escaleras y que cerraba el portón de la casa con estruendo.

—¡Ya lo creo que aguantarás, hasta llorar sangre, hijoputa! —gritó la tía desde una ventana.

A partir de aquella tarde las primas no volvieron a ver a Sito en la casa. Tampoco lo encontrarían por el hotel Mur durante sus visitas esporádicas y furtivas a Vitali. Preguntaban por él a su madre Digna, pero esta se encogía de hombros y volvía su sonrisa hacia algún teniente. Se excusaba con que siempre había sido una buena madre y pensaba que un rebelde como él se iría domando con las desventuras de la calle. Al fin y al cabo, le salía su vena salvaje del monte.

—Ya volverá con las orejas gachas, niñas —zanjó cuando Sonsoles insistió en preocuparse por su paradero.

Sonsoles averiguó más tarde que Sito pasaba los días dando tumbos por El Buen Gusto y el café Universal, junto a la gente más sospechosa de Jaca; o de aquí para allá con Esquinazao, un tipo a quien no le gustaba despertarse dos veces seguidas en la misma cama, y que a menudo lo hacía en el asiento trasero de su taxi. Al principio tuvo la esperanza de volver a encontrárselo en la escuela, pero pasaba el tiempo y

Sito tampoco aparecía por allí. Quizá como un gesto más de rebeldía frente a Berta, porque fue la tía quien lo había obligado a estudiar.

Berta quería que los chicos a su cargo se instruyesen. Prefería mandarlos a una de las dos escuelas nacionales, por detrás de los porches del mercado, y no a los colegios religiosos, escolapios o hermanas de la Caridad. No lo hacía por un sentimiento antirreligioso, pues Berta comulgaba todos los domingos, y estaba en su inteligencia sagaz de labriega no indisponerse con quien mandase. Más bien lo hacía porque no quería que la autoridad de Dios —o la de sus vicarios en la Tierra— prevaleciese sobre la del Estado, es decir, sobre la suya propia. Hacía años que Cornelio y Rogelio se habían alejado de la autoridad sucedánea de la instrucción pública, para ponerse a la sombra de quien ostentaba el poder directo, su madre. Sonsoles aún continuaría estudiando, y con buen provecho. Poco después la seguiría Lourdes.

Mientras tanto, la pequeña huérfana pasaba las mañanas al amparo de la sacrificada Paula. Detrás de ella mientras cumplía sus tareas. Y en cuanto detectaba la presencia de Berta, echaba a correr hacia el primer escondite que hallase. Así sería su sino hasta que llegase la escuela, ir de cobijo en cobijo dentro del caserón, huyendo de la taimada tía.

—Uy... Qué pequeñaja te vas a quedar, ratoncita Lourdecitas —le decía Berta en la mesa cuando observaba que no comía con las suficientes ganas—. No sé si así podrás ir a la escuela algún día.

Lourdes tragaba con dificultad, deseando que acabase el almuerzo. Por suerte, en aquella ocasión se acercaba el momento de su viaje y no la vería por unos días.

Cada cierto tiempo Berta partía a comprar mercancías agotadas o productos novedosos para la tienda. Se iba lejos, a Huesca, e incluso llegaba a Zaragoza. A veces Esquinazao la llevaba en su taxi, otras viajaba en un furgón más grande contratado al efecto, y entonces la acompañaban sus hijos mayores. Berta quería que Cornelio y Rogelio se fuesen fogueando en el ambiente de los negocios. Ya que los estudios les aburrían, debían aprender a regatear en los almacenes centrales de la capital. Ellos obedecían sin rechistar y se montaban en el furgón. Por sus caras de tribulación, parecían estar despidiéndose para siempre de sus cacerías por el monte, o de sus cortejos a muchachas que —según Berta— pescaban mejor que ellos. Su madre los veía como a un par de cretinos, en especial a Rogelio, que no tenía la excusa de ser tan tonto como su hermano.

Durante estas ausencias de la dueña, Sonsoles se quedaba a despachar en la tienda. Entonces la casa y su tienda se convertían, aunque fuese tan solo por unos días, en un gigantesco baúl semejante al del altillo, un objeto volador, lleno de artilugios fascinantes y no vulgares cacharros y podridas mercancías; un reino propio en el que las dos primas eran las reinas.

El colmado se hallaba en una esquina del caserón, mirando a la calle de la Torre del Reloj, frente a la cárcel. Era espacioso, aunque el sol no lo iluminaba de pleno en ningún momento del día. Berta lo tenía bien ordenado y abastecido de género.



Lourdes, que procuraba no entrar cuando lo atendía su tía, aprovechaba esos viajes, de dos o tres días a lo sumo, para acompañar a su prima y moverse a sus anchas por la tienda.

Le gustaba curiosear entre todos aquellos cacharros como lo había hecho en la botica de su pariente de Badajoz. Parecía un ratón que olisquease especialmente los paquetes de hierbas y polvos que la gente compraba a su tía como infusiones para los nervios o para las legañas de los niños. Pensaba que era así como Berta dominaba a esos incautos para que volviesen una y otra vez, emponzoñando sus cabezas y sus ojos, como había hecho con ella, pues lo que en realidad les vendía eran venenos y ungüentos malignos.

Cuando no había ningún cliente a quien atender, las primas se sentaban detrás del mostrador y jugaban con alubias o con las estampas que vendían. Y regalaban sus bocas con caramelos hurtados a unos botellones. Creían sentirse libres y por las noches volvían a soñar con los palacios y las princesas de Vitali.

Una tarde el sonido de un violín llegó desde la calle.

—¡Sonsoles, es Vitali! —exclamó Lourdes al tiempo que saltaba del pequeño barril de arenques donde estaba subida.

Pero quien primero entró en la tienda no fue el ruso, sino su primo Sito. Aquello se parecía al cuento que más gustaba a Lourdes, el de *El flautista de Hamelin*, que arrastraba tras él a los ratones del pueblo con su música. Si bien ahora era Vitali quien empujaba con la suya a Sito, para que aprovecharse la ausencia de la malvada bruja de Berta y viese a sus primas. Sito apareció en la puerta con dos ramos de flores silvestres, y con una sonrisa de oreja a oreja. El asombro inicial de Sonsoles y Lourdes dio paso al entusiasmo. Corrieron hacia él, lo abrazaron y rieron, mientras que bajo el dintel Vitali mecía el arco del instrumento, vestido de chaleco, camisa de seda abotonada a un costado y pantalones bombachos, y tocado con su sempiterna gorra de plato.

La siguiente vez que las primas volvieron a ver a Sito fue desde el ventanuco del altillo, durante una noche de intensa nevada. Supusieron que era él, pues la cortina de copos no les dejó apreciar con nitidez al mozo que, delante de la casa, se hacía con las riendas de dos mulas y se alejaba con ellas calle abajo. Eran las mulas de Damián. El hombre del monte estaba de visita, lo que significaba que había regalos para ellas traídos de Francia. Sonsoles y Lourdes bajaron por la escalera a saltos. Se encontraron a Damián en medio del zaguán. El hombre las elevó por los aires una tras otra, mientras Cornelio y Rogelio se llevaban hacia la tienda los paquetes que había traído su padre. Berta apreciaba mucho su contrabando. Eran productos imposibles de encontrar o demasiado caros en España. Tenía especial estima por los preciosos bordados de Brabante, que luego las mujeres más pudientes de la ciudad le compraban a excelente precio.

Las chicas recibieron sus regalos: una bonita caja de costura para la mayor, y una muñeca de cartón para la pequeña. Y en silencio, ambas confirmaron que eran ciertos

los rumores de que Sito andaba con su tío Damián por el monte. Si el primo no había entrado en el caserón, pese a la noche de perros que hacía, se debía a la presencia de Berta. La tía levantó sus ojos azules del rollo de brocados que inspeccionaba y sonrió por aquella complicidad ingenua.

Un rato más tarde, mientras cenaban en torno a la larga mesa, Berta aclaró su posición.

—Me parece bien que el imbécil de Sito ande contigo, Damián. Así se hará un hombre de provecho cruzando el monte.

—Casi siempre ocurre eso, Berta —contestó él, hombre de pocas palabras.

Damián juzgaba que ella siempre había sido demasiado severa con el muchacho, como si su mano castigase por partida doble, la suya y la de su madre Digna. Pero se callaba esas opiniones y seguía masticando. Al igual que nunca había un gesto de cariño entre ellos, tampoco lo había de discrepancia. Compartían un lenguaje sobrentendido, tal vez compuesto de secretos, en todo caso complicidades más fuertes de las que surgen con el cariño.

Mientras Damián rumiaba sus pensamientos, Sonsoles lo contemplaba con admiración. Tal vez si viviese con ellos, su sosiego natural pudiera frenar la furia de Berta, además de convertirse en un guía sensato para los idiotas de sus hermanos. Por su parte, Lourdes observaba de soslayo a su tía. Hacía ya tres años que estaba a su cuidado, y albergaba el convencimiento de que cada mañana, por medio de Paula, echaba polvos en su desayuno para que no llorase ni molestase. El temor cerval que le inspiraba Berta había ido derivando hacia una mezcla de fascinación y repugnancia placentera, como siempre fascinan y repugnan con agrado los malvados.

La veía comer y se maravillaba de que apenas masticase. Berta engullía los bocados, y casi no bebía nada, de modo que era la primera en acabar, para así vigilar mejor a los demás comensales. Lourdes también se había convencido de que la lengua de su tía podía adquirir una forma con dos puntas, así que estaba atenta a cuando la sacaba para medir el calor de un bocado. Aquella noche, entre dos parpadeos, logró atisbar por fin con claridad esas dos puntas carnosas y afiladas en la última cucharada que Berta se llevó a la boca.

Aterrada por el secreto, Lourdes se hundió aún más sobre su plato, temerosa de que su tía, que ahora los vigilaba a todos sin masticar y con las manos cruzadas bajo el mentón, se hubiese dado cuenta de su descubrimiento. Muy bien pudiera ser un monstruo bajo apariencia humana, como le había cuchicheado Sonsoles una noche bajo las sábanas. Aunque se alivió enseguida recordando lo que le había contado Vitali sobre hadas, trasgos y ogros del bosque, acerca de que las brujas y demonios son muy protectores de los suyos.



Cuando terminó el duro invierno jacetano, de nuevo Damián bajó de la sierra. Ningún

guardia lo descubriría, tan solo se veía a su bestia avanzar sola entre sombra y sombra de cada calle. Suponían que sería una mula de un pueblerino que se sabía de memoria el camino. Después Montoya y sus guardias averiguaban que aquello había sido un paseo de Damián Broto delante de sus mismas narices, pero entonces ya era demasiado tarde para seguir su rastro.

Una vez que el contrabandista había alcanzado el caserón, Berta se apresuraba a enjaezar su propia mula. Sin más dilaciones, emprendían el camino del monte. No cabalgaban mucha distancia, ya que los Pirineos enseguida se los tragaban en sus quebrados senderos, pero el periplo nunca duraba menos de una semana. Vestida con faldones remetidos en las botas, a modo de pantalones zuavos, y tocada de un sombrero ancho como un girasol, Berta se alejaba con ansiedad por llegar a su destino. Se la apreciaba cansada, marchita, con una tez macilenta y arrugada, como si el invierno dejado atrás la hubiese castigado más que a nadie. Entonces, perdida ya de vista por el fondo de la calle, en la puerta del colmado Paula saltaba de alegría por la acera como si nunca hubiese cojeado.

Según la criada, Berta aprovechaba ese viaje para recolectar algunas de las hierbas curativas que después vendería en el colmado y, sobre todo, para visitar en su aldea natal a sus parientes más mayores. Pero su cuñada Digna estaba escamada, pues sus padres hacía mucho que habían muerto, y esos viajes primaverales al monte solo acontecían desde hacía pocos años. En su opinión todo se debía a que Damián y Berta querían renovar en la soledad de los bosques el furor de su matrimonio, y Digna lo veía muy romántico, de modo que suspiraba y agitaba un pañuelo hasta que desaparecían por el fondo de la calle.

—¡Ah...! —suspiraba y se llevaba el pañuelo a los ojos—. Es que yo siempre he sido muy idílica...

Lo cierto era que a su regreso Berta aparecía muy cambiada. Sus energías parecían renovadas, y su aspecto era más lozano y juvenil que tan solo unos días atrás. Era la época en que su genio se hacía más soportable.

Cuando Berta regresó aquel año, notó a Sonsoles también transformada de un modo sospechoso, con una presencia de pudor casi obscuro en la expresión de su semblante. Berta pocas veces pisaba la cocina, pero fue allí para preguntar a Paula.

—¿Qué va a pasar, señora? —dijo la criada doliéndose de su pierna—. Su hija ya es una mujer.

Berta se sorprendió por lo que debería ser un hecho esperado, incluso venturoso. Anduvo inquieta durante varios días, como si la sangre derramada por su hija hubiese despertado en ella una pasión que necesitaba sofocar. La propia Sonsoles percibió la profundidad de su desasosiego y decidió evitar a su madre hasta que se hubiese calmado, al igual que una hembra de rebaño evitaría a otra dominante que se pudiese sentir amenazada por su celo. Así que procuró pasar más tiempo en el escondrijo secreto que compartía con Lourdes.

Las dos primas salían del altillo por su ventanuco y, gateando por el tejado del

caserón, iban a parar a un hostigo que formaba la chimenea y un paño de muro. Desde allí dominaban toda la calle, las techumbres y los corrales de las casas circundantes, incluso veían parte del patio de la cárcel. Pasaban las tardes sentadas y jugando, o tumbadas y observando los dibujos de las nubes, en los que imaginaban los palacios y carruajes fabulosos que les describía Vitali. En aquel rincón de tejas había devenido el arcón volador.

Frente a ellas se abría también la ventana del cuarto de Berta, en la parte alta del esquino que ocupaba el colmado. A menudo los visillos corridos les permitían espiarla. Berta era muy alta, rubia, delgada y de tez amarillenta. Sonsoles y Lourdes admiraban su belleza, que no se recataba en realzar ante los extraños. La veían extraer sus enigmáticos potes de una cómoda, y darse afeites por toda su piel, que se aplicaba con detenimiento hasta que quedaba brillante, con un lustre untuoso. Las niñas pensaron que tanta hermosura escondía a un ser que a veces podía ser horrible, pero también divertido y provocador.

Berta había sido de las primeras mujeres de Jaca en usar la nueva moda de los vestidos que solo caían hasta las rodillas, sin talle y escotados, acompañados por sombreros que semejaban corolas de campana. Había provocado un buen revuelo con esos modelos traídos de Zaragoza, incluso de Francia, aunque nadie osaría reprocharle nada directamente a la temible lenguaraz. Digna la imitaría poco después, aunque no con resultados tan espectaculares, y más tarde haría que sus chicas del hotel emulasen su ejemplo. No tardaron en seguirlas todas las mozas de familias pudientes. Al decir de las viejas de la catedral, Berta promocionaba así por toda Jaca el negocio de su cuñada. Berta se reía de tales infamias y, de acuerdo a lo que Digna y Nicanor le informaban sobre lo que a su vez oían en el Mur o averiguaban en las gacetas sobre sucesos graves e inminentes, seguía preparando su futuro.

## Capítulo 5

**J**aca se encontraba muy alborotada desde principios de año. Algo había pasado en la capital, de suerte que los soldados de la Ciudadela y del fuerte Rapitán se hacían notar mucho más por la ciudad. En las boticas y los cafés se decía que ahora eran los militares quienes mandaban en Madrid, por encima del rey incluso. Digna los agasajaba como nunca en el hotel Mur.

—Yo siempre he sido muy patriota —dijo una tarde muy ufana delante de sus pupilas, con los gordezuelos brazos abiertos en lo alto de la escalera de roble, sobre un mar de gorras de plato en el vestíbulo, cuyos dueños sonreían—. Por eso, caballeros, solo deseo lo mejor para el Ejército de España.

—¡Disciplina y placer, este es el orden nuevo! —clamaron a coro los divertidos militares.

—Entonces, queridos oficiales, placeros disciplinadamente con mis chicas —sentenció una radiante Digna.

Los oficiales respondieron con vítores al Ejército, a Primo de Rivera y, con las chicas ya soplándoles besos desde lo alto, con una carga escalera arriba.

Vitali no daba abasto con su cámara para atender a los recién llegados. Hubo enfrentamientos en su estudio por la prelación para posar ante sus decorados. Pero allí estaba Nicanor para poner paz a tiempo con la respetabilidad que infundía su estampa. Para eso se valía Digna de él.

—Por favor, caballeros... —Nicanor se abría paso con su bastón entre los uniformes—. Guardemos las líneas, o los derviches del Mahdi nos arrollarán como al coronel Gordon Bajá.

Sus palabras desconcertantes, con tales referencias a gestas exóticas, tenían el efecto de un bálsamo entre aquellos ímpetus belicosos. Se reían y aguardaban su turno para ponerse delante de la cámara de Vitali. Nicanor aprovechaba esas escaramuzas para entablar conversación con los oficiales recién llegados a la guarnición. Como si se tratase de un reportero, los fusilaba a preguntas, cuyas respuestas, anécdotas y aventuras escuchaba con embeleso, y por la noche las anotaba en la soledad de su gabinete. De ese modo, manteniendo el cordón umbilical con su frustrada vocación de escribiente, Nicanor se mantenía cuerdo y equilibrado en aquella casa sin concierto ni reposo.

Berta también amplió sus amistades uniformadas. A veces invitaba a tomar café al caserón a jefes de la Ciudadela, en ocasiones se iba con ellos a Huesca, en el taxi de Esquinazao o en sus propios vehículos. Se decía con fundamento en los mentideros que Berta estaba haciendo negocios con los gerifaltes del nuevo régimen impuesto por Primo de Rivera. No tardó en comprar un furgón con sus ahorros, poniendo a Rogelio de conductor a sus dieciséis años. Si ella lo había parido a esa jodida edad, él podía perfectamente conducir un vehículo. Pero él no quería sino vagar a sus anchas en pos del jabalí o del rebeco. Entonces llegaba el guantazo de su madre y a

fastidiarse, y sin llorar, así que manos al volante. Acomodada entre Rogelio y Cornelio, Berta partía hacia los hormigueros de obreros e ingenieros que rebullían en la sierra. Ya allí, aprovechando una pequeña contrata concedida, se dedicaba a vender toda clase de provisiones y utensilios a las empresas que estaban construyendo el Pueblo Nuevo de Canfranc y su estación.

Según las ausencias de su madre se hicieron más frecuentes, Sonsoles tuvo que prestar más atención al colmado. Prácticamente hubo de abandonar la escuela. Se veía de nuevo abriendo su arcón imaginario, donde suponía que debía entrar para escapar volando de su destino agobiante detrás de aquel sucio mostrador. Pero el baúl de nuevo cerraba su tapa con brusquedad en cuanto se oía el claxon del furgón, los quejidos de su motor al pararse y las voces destempladas de su madre. A su regreso, Berta le daba cuenta de algo parecido pero distinto de lo que había aprendido en la escuela: números de infinitos obreros, geografía moldeada por picos y dinamita, y mil historias de robos, venganzas y muertes. Así fue como para Sonsoles desapareció de golpe la fascinación mágica del arcón.



Con los primeros calores de aquel año, las autoridades locales planearon la celebración de un mitin. El dictador quería extender su nuevo partido, la Unión Patriótica, por todas partes. Para su fundación en Jaca, se procuró que el teatro estuviese lleno, labor de acarreo reservada a los capitostes locales. Varios oficiales de la Ciudadela, y otros venidos de fuera, hablaron a una atenta audiencia. También lo hicieron antiguos caciques y nuevos potentados. Aunque lo más sonado fue la intervención de Berta Broto en calidad de capitoste entre capitostes. Concluidas las intervenciones masculinas, se levantó de la fila de sillas dispuestas en el escenario para los oradores, donde había mostrado sus pantorrillas y un escote generoso al auditorio, se colocó detrás del atril, carraspeó y, con su verbo llano y procaz, no tardó en enardecer a una concurrencia que hasta entonces se había mostrado poco entregada.

—¡Orden, paz y trabajo, es todo lo que queremos en Jaca, amigos! —clamó al final de su breve intervención—. ¡En este país no necesitamos republicanos tiñosos ni pistoleros del Sindicato Único, sino los cojones de don Miguel!

Estallaron risas y se oyeron silbidos de entusiasmo. Todo el mundo excusó su lenguaje soez. Sus bríos y su sensualidad hacían que se lo perdonaran todo.

Más tarde, de noche cerrada, también con el mero arrebató de su energía, Berta arrastró a tres hombres al caserón. Los invitó a aguardiente y limonada de la comarca, y luego, con excusa del calor, subió con ellos a su cuarto, donde el aire era más fresco. Los dos hermanos, Cornelio y Rogelio, andaban de farra por la ciudad, disfrutando del postre bullangero del mitin. Paula dormía doliéndose de sus huesos. Pero Sonsoles permanecía despierta. No se hallaba en el altillo con Lourdes, sino

fuera, en el escondrijo de la chimenea al fresco de la noche veraniega.

Lourdes se encontraba enferma en la cama desde hacía varios días. En vista de las pintitas rojas de su piel, al principio creyeron en la casa que se trataba del sarampión propio de su edad. Más tarde don Ezequiel diagnosticaría que padecía la rubéola, nada grave, aunque muy contagiosa. Y, como advirtió el galeno, en las muchachas impúberes podía afectar a su descendencia. Berta en absoluto se preocupó por esa circunstancia, pero Paula exigió a Sonsoles que, aunque ya hubiera dejado de ser impúber, se mantuviese lejos hasta que la pequeña se curase. Poco caso hacía Sonsoles de tales advertencias; no podía dejar sola a Lourdes. Así pues, pese a que dormía en la cama de la criada, aquella noche se mantenía cerca de su prima, por si necesitaba algo.

Empapada de fiebre, Lourdes soñaba el mismo sueño que desde hacía un mes. Brotó en su mente cuando fueron con Berta a misa de ocho, como todos los domingos. Ese día Lourdes había querido despejar de una vez sus sospechas, así que había estado atenta a cuando Berta comulgaba. El cura llevó la sagrada forma a la boca de la mujer, y esta la abrió y sacó la lengua para recibirla. A la luz temblorosa de las velas, Lourdes advirtió que su tía alargaba la lengua hasta la desmesura y que recibía de forma bífida la hostia. Había sido una visión tan horrible, en la casa de Dios, que ahora laceraba sus sueños de calentura.

Mientras Lourdes se agitaba sobre la almohada por esa pesadilla, que perduraría por muchos años, Sonsoles asistía al nacimiento de una nueva ensoñación sobre el tejado. Desde su escondite fue testigo de cómo Berta introducía en su alcoba a los tres tipos. No eran de Jaca, desde luego, parecían ingenieros o contratistas de las obras de Canfranc. Los había visto en el teatro. Posiblemente habían bajado para asistir al mitin y no tenían albergue para pasar la noche hasta su regreso al monte por la mañana. Y su madre les ofrecía techo en su alcoba. Agachada en el alero de enfrente, Sonsoles oyó lo que Berta decía a sus invitados, plantados cerca de la puerta sin saber qué hacer.

—Cuando digo que en este país necesitamos los cojones de don Miguel lo digo en serio. ¿Entendido, caballeros?

Los invitados no sabían si reír o salir precipitadamente del cuarto, cohibidos como colegiales ante tan poderosa hembra. Berta los desnudó uno a uno, los dispuso alineados ante ella como los niños de la casa y les dio las instrucciones de cómo quería que se la tratase. Sonsoles se sentía abrumada por el proceder de su madre, que disponía de cuerpos desnudos como si fuesen mercaderías del colmado. Estaba paralizada por la fascinación que suscita todo quebranto de lo más íntimo, y que la obligaba a contemplar el apareamiento múltiple de una mujer que poseía la fuerza y el frenesí de un hombre. Berta no admitía ser tocada y, por su parte, no acariciaba. Solo se permitía retorcerse y ser envuelta en sus sábanas de seda, anclada únicamente por la unión de su carne abierta con la carne derecha de sus amantes sucesivos. Porque se aparearon con ella uno detrás de otro, en un orden que ella impuso para

evitar la orgía de la pasión desenfrenada. Nada de lo que Sonsoles había podido entrever a escondidas en el hotel Mur se parecía a aquello. Sin embargo, no censuró a su madre por lo que parecía pura bestialidad. Al contrario, le pareció más humana, vulnerable a las debilidades, susceptible de ser derrotada, y, en ciertos aspectos, un ejemplo a seguir.

Al año siguiente, al regresar Berta de su viaje primaveral a la sierra, lo primero que hizo, como siempre, fue subir a su cuarto para cambiarse de ropa. Nada más acercarse a la cama notó algo extraño. Descorrió la colcha, se agachó y olió sus sábanas de satén, exclusivas en la ciudad. Minutos después preguntaba a Paula si había lavado las sábanas de su cama en su ausencia. No, no las había lavado; había sido un lamentable olvido, contestó la criada, asustada bajo el furor de sus ojos. Berta sonrió, alguien las había lavado de forma inadecuada. A continuación gritó a viva voz:

—¡Sonsolitas y Lourdecitas!

Las niñas acudieron, se colocaron delante de ella como para pasar revista y esperaron una nueva bronca por haber ido al Mur a ver a Vitali. No sabían cómo, pero Berta siempre se enteraba de todo.

—¿Qué condenado hombre se ha acostado en mi cama?

Las primas se quedaron paralizadas, como si fueran dos estatuas santas de la catedral. Pero mientras que Sonsoles tan solo denotaba una expresión de asombro, de santidad engañosa, Lourdes telegrafiaba con el temeroso baile de sus ojos la respuesta. Berta se inclinó y se centró en ella.

—¿Sabes algo, ratoncito...?

Berta echó su aliento frío e inodoro sobre la carita redonda de la sobrina. Y Lourdes no pudo evitar decir lo que no debía.

—Yo... Yo no he visto nada, tía...

Así que era evidente que algo había visto. Lo había visto todo encaramada en el escondrijo del tejado.

Lourdes no necesitó mucha imaginación para deducir que Sonsoles había hecho entrar a Sito en el caserón por la escalera de la trastienda, burlando así la vigilancia de Paula desde la cocina. Sabía que su prima había ido en busca de Sito varias veces, al salón de El Buen Gusto y al café Universal, donde se entretenía con Esquinazao y sus amigotes. Pero como el Gobierno no toleraba más conspiraciones que las suyas, sus habituales parroquianos, los más revoltosos de Jaca, ya no lo frecuentaban tanto. Suponía, pues, que Sonsoles había encontrado a Sito en alguna de las tabernas cercanas a la plaza del Campo del Toro. Esa noche, por lo tanto, los dos primos se amaron en el lecho sedoso de Berta.

Fue algo desmañado. Sito tuvo la delicadeza de tratar de distinta forma a su prima intacta que a una puta de a real de los arrabales. Sonsoles, por su parte, no superó su impericia al querer imitar el apareamiento sin brazos de su madre. No consiguió ni



dar una vuelta sobre las sábanas con Sito pegado a su cuerpo, tan solo sentir una punzada en el bajo vientre. Para colmo, el primo impregnó torpemente y de inmediato su entrepierna, así como la sábana, ya manchada de sangre.

Enseguida el muchacho se levantó y se vistió.

—No deberíamos haberlo hecho, Sonsoles. Y menos en este lugar —dijo él desde la puerta, y se abrochó el botón de cobre del cuello de su camisa, listo para largarse.

—Pues yo lo quería hacer la primera vez contigo, Sito, y aquí, no en otra parte... —repuso ella sentada sobre la cama, con su pelo amarillo alborotado como el de un león bajo una tormenta de aire reseco, con expresión de triunfo.

—No me vuelvas a buscar.

Sito salió y se alejó hacia la escalera del colmado, dispuesto a no regresar. Sonsoles, en cambio, volvió a buscarlo al día siguiente.

Antes de que regresase Berta, volvieron a hacerlo un par de veces más, y allí mismo, sin que Paula sospechase nada. De todo ello fue testigo Lourdes, aunque después en ningún momento se atrevió a comentarle nada a su prima, que en la cama se comportaba como una princesa hechizada. Daba saltos de alegría injustificada cada vez que Sito la hería, reía sin motivo cuando la mordía en los pechos o la arañaba por las costillas. Luego, ya de pie, flotaba en el aire. Y, lo más inexplicable, después lavó las sábanas de su madre a escondidas.

Días más tarde, la expresión delatora de Lourdes ante Berta había confesado tanta peripecia clandestina. La madre desvió su mirada desde la sobrina hacia la hija, que se la devolvió con descaro.

«Bueno, bueno... Vamos a desenmascarar a esta pequeña uterina...», se dijo Berta tensando los músculos, de modo que fue como si gritase a viva voz. Sonsoles se alarmó, pero ya era tarde, porque su madre la había agarrado con dos ganchos de dedos. A una señal de la señora de la casa, Paula se echó sobre Sonsoles por detrás. La aprisionó fuerte por los brazos mientras Berta llevaba sus manazas a las piernas de la hija. Entre ambas mujeres, con un ímpetu feroz, la levantaron como un costal lleno y agitado por mil lombrices rabiosas, la tendieron sobre el mesón del comedor y, mientras la criada la sujetaba con fuerza a la madera, la madre le bajaba las bragas y le abría los muslos. Sonsoles pataleaba y braceaba, blasfemaba, pero no podía liberarse. A Berta le bastó una rápida exploración de las entrañas de su hija, y un toque añadido con uno de sus largos dedos, para cerciorarse de que había perdido sobre su cama lo que ella no encontraba.

—¡Te odio, te odio, bruja ogresa...! —le gritaba Sonsoles sudando caliente por cada poro—. ¡En cuanto me sueltes, me pienso ir con él!

Ambas sabían de quién hablaba.

—Pobrecilla, mi niña... —sonrió Berta y repasó su labio inferior con su lengua de doble pico—. Me importa un carajo lo que hagas, con él o con cualquiera, pero siempre que no se sepa. Esto tiene que quedar en la familia bien callado, porque las familias nunca se rompen en el silencio. Así que te prometo, Sonsolitas, que lo

tendrás más cerca de lo que piensas.

Al día siguiente, unos guardias civiles detenían a Sito Broto en una taberna de la plaza del Campo del Toro. Las sugerencias de una dirigente local de la Unión Patriótica como Berta se atendían sin dilaciones en el cuartelillo. Sito pasó tres meses en la cárcel, sin cargo alguno, sin juicio a la vista, sin más explicaciones que aquellas que pudiese imaginar. Entretanto, siempre que podía, Sonsoles trepaba hasta el tejado y escudriñaba cada ventanuco de la prisión. Pero no llegó a ver a su primo, ni siquiera su sombra paseando por el reducido patio que parecía un pozo donde daban vueltas y más vueltas los presos.

Cuando salió libre, Sito iba acompañado de un tal Ramiro, algo más joven que él. Era un inclusero que había robado un par de gallinas en el mercadillo y al que, de una manera estúpida, habían pillado desplumándolas no lejos de allí. En cuanto los vio asomar por la puerta, Sonsoles no tardó en dejar el colmado, cruzar la calle e ir al encuentro de su primo. Allí seguían ambos muchachos, esperando a que su visión nublada se acostumbrase a la luz del día y a ver las distancias largas. Sonsoles fue a abrazarse a Sito. Los guardias no perdían detalle, algo burlones, de lo que parecía el último acto de una bufonada. Los primos se saludaron con cariño, aunque se quejaron de su infortunio, aquel reencuentro parecía una despedida. Intuyeron que su separación sería muy larga, así que no quisieron comprometer unos sentimientos que quizá no supiesen sostener con el transcurso del tiempo. Sito dijo que no quería volver a sus andanzas esporádicas con el tío Damián para conseguir unas pocas pesetas. Ahora no, después de todo lo ocurrido entre ellos. Había pensado en subir al monte con su amigo Ramiro y ganarse la vida en el túnel del ferrocarril que se estaba construyendo.

—Adiós, Sito. Y no nos guardes rencor —dijo ella.

—Me voy sin nada, Sonsoles.

Cuánto lamentó posteriormente Sonsoles aquella decisión. No tanto por no acompañar a Sito, pues sabía que entonces ninguno de los dos hubiese ido muy lejos. Sino porque con sus palabras le daba la razón a Berta. Las familias nunca se rompían en el disimulo, y si había culpas eran potestad del silencio de todos.

## Capítulo 6

Los primos no se volverían a ver hasta pasados cuatro años. Sucedió con motivo de la inauguración solemne del túnel de Somport y de la estación ferroviaria de Canfranc. Hacía semanas que Berta había regresado a Jaca del viaje más largo que hasta entonces había realizado, y había vuelto de Madrid esplendorosa y triunfante. Formó parte en una delegación de la Unión Patriótica de Huesca que había sido recibida por Primo de Rivera, su admirado don Miguel. De ese encuentro con el dictador, Berta se había traído bajo el brazo el insólito nombramiento de inspectora de Aduanas para la nueva estación internacional de la línea entre Jaca y Pau.

A su regreso lo celebró por todo lo alto en el salón del hotel Mur. Después de los brindis y de que se aquietase el violín de Vitali, Berta alardeó de sus dotes ante una nutrida concurrencia de amigos y militares. Afirmó haber seducido apasionadamente a don Miguel para que le concediese el cargo, durante unos minutos en que se habían quedado a solas paladeando jerez en una salita. Todos se lo tomaron de modo festivo, menos Lourdes y Sonsoles, que tenían permiso para pisar el hotel aquel día. La hija de Berta, rencorosa hacia su madre, se tomó al pie de la letra sus palabras, pues sabía que era capaz de cualquier obscenidad, incluso en un palacio. La sobrina, en cambio, se persuadió de que la bruja de dos lenguas se había atrevido a echar sus polvos venenosos en la bebida de un hombre tan poderoso.

Más tarde, el día de la inauguración del ferrocarril, todavía la pócima de su tía surtía efecto en don Miguel. Lourdes comprobó que no se separó de ella ni siquiera durante los discursos del rey español y del rey francés, y vio que bromeaba a su lado en la tribuna. Berta parecía la mujer más dominante entre el enjambre de damas emperifolladas que habían venido de la corte.

Lourdes lo observaba todo asomando su corte *à la garçonne* entre los músicos de la banda, entre el bosque de curiosos o por detrás de las filas de soldados españoles y franceses. Deseaba acercarse hasta don Miguel, hacer una reverencia a sus pies y, con modestia, preguntarle por el capitán de Intendencia Rafael Broto. «Señor, usted que hace años reconquistó el Rif a los moros, ¿sabe acaso si mi padre estaba entre los prisioneros rescatados? ¿Está todavía cautivo, o tal vez han dado con sus restos? Necesito una respuesta, por favor, general». Pero Lourdes no se atrevía a tamaña osadía, ya que era un vulgar ratoncito curioso en medio de aquella multitud encopetada.

Cuando las autoridades entraron en la gigantesca estación para admirar su arquitectura y dar cuenta de un tentempié, en la explanada también se sirvieron refrescos para el gentío. Después hubo baile. Como entre trabajadores del ferrocarril y soldados, eran muchos más los hombres que las mujeres, hasta las más jóvenes sirvieron de pareja. Acompañado de Ramiro, Sito se presentó delante de sus primas.

Ellas salieron de su sorpresa con chillidos de alegría y lo abrazaron después de cuatro años de no saber nada de él. Ahora era un joven alto y fuerte, de manos callosas. Y no se tocaba con la boina de la gente del pueblo, sino con la gorra de visera del peón caminero. Sito y Sonsoles no tardaron en sumergirse en la barahúnda de parejas que danzaban. Ramiro ejecutó una exagerada reverencia y sacó a bailar a la pequeña Lourdes. Esta se dejó llevar, entre avergonzada y arrobada.

Poco después de aquel día inaugural, el furgón de Rogelio trasladó definitivamente a toda la familia a Canfranc. Las mujeres se instalaron en una de las casas destinadas a los funcionarios de la estación, espaciosa, de piedra, pegada al río, no lejos del puente.

Canfranc era una estación internacional bajo administración conjunta de España y Francia. Contaba, por lo tanto, con dos aduanas, la española y la francesa, a ambos extremos del enorme edificio de estilo art-déco que se decía había diseñado el mismísimo Gustave Eiffel, aunque en realidad fue obra del ingeniero barcelonés Dampierre que remató su colega bilbaíno Domingo Hormaeche. Entre las dos oficinas se extendía el gran vestíbulo del que fotógrafos de media Europa sacaron placas desde todas las perspectivas. Berta tomó posesión de su cargo con la energía que la caracterizaba, dictando disposiciones entre los funcionarios, mandando a los guardias, organizando el servicio. Si alguien tenía la osadía de rechistar se ganaba una buena bronca. A las pocas semanas nadie dudaba en llamarla «doña Berta», no solo porque sospechaban que era la protegida del Gobierno con su jefe a la cabeza, sino porque su genio natural se imponía. Entre los funcionarios se corría la voz de que había dejado la tienda de su propiedad en Jaca a sus dos hijos porque ya no necesitaba de esos magros y sacrificados ingresos. Con su habilidad de tendera, ahora doña Berta podía ganar mucho más en la aduana entre sisas de mercancías y apaños postales. Pronto dieron por sentado que guardaba remanentes y retazos de género muy variado, en su mismo despacho o en determinados almacenes cuyas llaves solo poseía ella.

A veces sus dos hijos, Cornelio y Rogelio, cerraban el colmado de Jaca, se montaban en el furgón y subían a la estación de Canfranc. Aparcaban el enorme vehículo detrás de los depósitos de carbón o en los muelles, donde paraban los convoyes mientras se ejecutaban los cambios de ancho de vía, y allí lo llenaban con mercancías que algún despistado se había olvidado. Era un método sutil de promocionar el comercio internacional sin pagar arancel alguno. A menudo también un legendario contrabandista, un tipo rudo del monte emparentado con doña Berta, y a quien muy pocos habían visto la cara, ponía a mejor recaudo mercancías extraviadas en las cocheras o en los andenes. Una forma hábil de quitar estorbos. Los empleados murmuraban sobre tales acontecimientos, tan exagerados que se dirían producto de la imaginación. Algunos los excusaban como peaje de los tiempos

modernos, otros los censuraban como vestigios de épocas pasadas. Pero cuando se veía aparecer a la señora inspectora con su paso vigoroso por el magnífico vestíbulo o por los extensos andenes, con su aire tan dinámico y moderno, las bocas de todos se cerraban remisas como picos de urracas.

Berta le agenció a Sonsoles un quiosco del vestíbulo, dedicado a prensa, revistas y chucherías para los pasajeros. Había que explotar cualquier venero de la mina. Aquel era un buen negocio, pero Sonsoles lo empezó a descuidar a los pocos meses. A menudo se iba a Jaca en el primer tren de la mañana, y no regresaba hasta que anochecía.

Su baile con Sito en la explanada de la estación había sido un encuentro tan fugaz como el vuelo de una efímera. Su pasión por él, una forma de rebeldía contra su madre, se había consumido y desviado hacia otras gorras con visera. Ahora frecuentaba sin tapujos el establecimiento de su tía Digna, buscando la compañía de jóvenes oficiales, aburridos de las chicas complacientes del Mur y deseosos de encontrar cimas más agrestes por escalar. Se veía a Sonsoles agarrada a brazos con galones y estrellas por el salón de baile El Buen Gusto, o en el teatro, o en la cafetería de la misma estación de Jaca. Simples relámpagos de besos y caricias a la luz del día, sin traspasar los límites de lo tolerable, porque siempre regresaba a Canfranc en el primer tren de la tarde que subía hacia la frontera. A veces Berta la esperaba en el andén, con los brazos en jarras y los pechos agitados por una respiración alterada.

—No te creas que tú eres la única que puede coquetear con sables —respondía Sonsoles retadora a las interpelaciones de su madre, refiriéndose a su aventura en Madrid con don Miguel, el mujeriego andaluz, y provocando un bufido en Berta.

—Y tú, condenada pelleja, no te creas todo lo que te cuenten. Que tienes muchos pájaros en la cabeza.

Los roces no pasaban de ahí. Berta, segura de haber dicho la última palabra, se daba media vuelta y se retiraba apretando sus albaranes. Ahora sus asuntos en la aduana, cada día más enrevesados conforme aumentaba el tráfico de la línea, no podían distraerse por los cascos ligeros de esa despendolada de hija suya. Así que con el tiempo dejó que la muchacha se divirtiese en Jaca a su antojo, siempre que regresase a la estación para dormir. Y si sobrepasaba su aguante, que no dudase de que era capaz de encerrarla en un correccional en la otra punta del mapa. No obstante, por si acaso, proporcionó a Sonsoles unas hierbas de las que recogía por el monte. Bastaría que se hiciese una infusión con ellas y que se la tomase en los días críticos del mes. No quería verla con una barriga por detrás del mostrador del quiosco.

—No te las tomes, Sonsoles —trató de persuadirla Lourdes, temerosa de los brebajes siniestros de su tía—. No podrás librarte de su hechizo.

—¿Todavía sigues con esas bobadas de niña? —comentó con desdén Sonsoles antes de llevarse el tazón a la boca.

Sonsoles ya había dejado atrás el influjo de los cuentos de la infancia. En absoluto creía que las infusiones y polvos de Berta sirviesen para mantenerlas a su merced.

Eran calmantes y laxantes, remedios de la gente de la montaña. El peligro de Berta no residía en lo que recogía de los bosques. Su verdadero peligro venía de que no quería hijos, sino esclavos.

Pensando pues en liberarse de la esclavitud para el siguiente sábado y domingo que bajase a Jaca, durante la semana Sonsoles se dejaba llevar como sonámbula por sus tareas del quiosco. Así fue como quedó fascinada por el mundo elegante y mundano que descubría en las revistas a la venta. Las leía con fruición, repasaba sus estampas de modas, se admiraba de sus reportajes fotográficos de París y de Nueva York, y aun de la legendaria Hollywood de Rodolfo Valentino y Vilma Bánky. Se imaginaba poseída por el caíd dentro de una tienda en medio de las dunas del desierto, y a Vitali tomando fotos de ella y su amante árabe mientras retozaban en un lecho de almohadones de seda. Ya sabía lo que había contenido el arcón de su infancia, una alfombra voladora que la llevaría a un oasis de sensualidad. Con estas elucubraciones pasaba la semana. Cuando llegaba el sábado, Sonsoles volvía a desaparecer de Canfranc en el primer tren que bajase al valle.

Berta había dispuesto que Anita, hija de un funcionario a sus órdenes, sustituyese a Sonsoles cuando esta faltaba del quiosco. Otras veces también se quedaba Lourdes para atender el mostrador. La tía se apercibió enseguida de que aquel ratoncito de su sobrina tenía especial disposición para llevar el negocio. Pese a su edad, era ordenada, minuciosa, sabía mucho de cuentas, escatimaba el género de los cucuruchos y no se entretenía en ridículos coqueteos con apuestos pasajeros. No había duda de que por sus venas corría sangre de los Broto. Al contrario que Sonsoles, seguiría sus pasos. Ya habría tiempo para encauzar a la díscola hija, en cuanto cometiese una pifia gorda.

La creciente confianza que Berta depositaba en Lourdes no era correspondida. El miedo cerval que sentía la sobrina por la tía había dado paso a una prevención reflexiva. Lourdes daba por supuestos sus engaños, su crueldad, su lengua bífida, y con todo ello contaba en su trato. Pero le asaltaban mil preguntas acerca de las artes de que se valía Berta para ocupar la posición maléfica que tenía por dondequiera que fuese. Serían sus palabras, duras y lacerantes, que acogotaban a sus interlocutores y los llenaban de temor; o serían sus hierbas, sus polvos secretos, con los que hechizaba a todo el mundo. Todos en Canfranc temían a Berta, igual que la habían temido en Jaca: el jefe de la estación, el inspector de Aduanas francés *monsieur* Aristide Cordelier, los maquinistas de las locomotoras, los jefes de tren, los mecánicos de los talleres, incluso el padre Cipriano, de la nueva parroquia del pueblo. Y con todos Berta había compartido café en su oficina, o vino en la taberna de la estación, o aguardiente al pie de las locomotoras. Parecía que a todos inoculaba una suerte de veneno que paralizaba sus voluntades y encogía sus corazones. Ahí residía su poder maléfico, en los brebajes y los potingues que suministraba a escondidas o en descuidos. Aunque, a decir verdad, Lourdes nunca había descubierto cuándo los vertía en su leche o en la sopa. Imaginaba que eran tan solo unas gotas, una pizca de

polvos, suministradas cuando la víctima menos lo pensaba, como el picotazo de un mosquito. Pero intuía que había algo más, como un secreto del trato, un toque añadido, que no atinaba a descubrir ni a explicárselo.

Lourdes se había convencido de que su tía dedicaba sus escapadas al monte, por esos días de cada primavera, a recolectar las hierbas y las raíces que necesitaría para el resto del año. Si tardaba tanto tiempo en regresar, sería porque en la profundidad del bosque y en medio de sus misterios, se dedicaba a exprimir, a secar y a moler. Y una vez llenos sus botes, regresaba con ellos a casa, disimulados con las hierbas del montón que vendía en el colmado.

Mientras vivieron en Jaca, a menudo pensó en el escondite donde guardaría esos botes de bruja. Y terminó descubriendo que los guardaba en su alcoba, junto a los frascos de los potingues con los que se embadurnaba. Estaban donde nadie podía entrar sin que ella lo supiera. Desde el alero del tejado, con sus ojillos de ratón curioso había tratado de distinguir esos botes a través de la ventana. No era posible; había que penetrar en su guarida.

Un día, cuando el caserón y el colmado estaban manga por hombro debido a la mudanza a Canfranc, Lourdes se sobrepuso al pavor, ganó el fondo del tenebroso pasillo, abrió la puerta de la alcoba y, ya dentro, iluminada la estancia por la luz del patio interior, olisqueó el aire encogiendo una y otra vez su naricilla de roedor. En su búsqueda olfativa, obvió la caja donde ya estaban guardados los potes normales para la mudanza y se acercó a una gran cómoda para abrir su cajón más bajo. Al fondo del mismo encontró otros tres potes, llenos de polvos pringosos y jugos resecos. Había descubierto el tesoro.

Entre nerviosa y excitada, se fijó en que cada pote tenía un letrero pegado. Como iba a la escuela desde hacía dos años y ya sabía leer bien, repasó con un dedo las palabras escritas. Un letrero decía: «Para los listos». Claro, para atontar a los listos. Otro decía: «Para los tontos». Por supuesto, para engañar a los tontos. Y, por último, el letrero del tercer pote decía: «Para las ratitas curiosas».

Lourdes chilló y cayó de culo sobre el piso. Llena de pánico por su propia alarma, salió de la alcoba de la bruja. Antes de lanzarse a la carrera por el siniestro pasillo, sintió que por las escaleras del fondo subía alguien. Sus finos oídos le dijeron que esas pisadas fuertes eran las de Berta y se precipitó por la única salida que le quedaba, la escalera que conducía a la trastienda del colmado. Pero los escalones llegaron antes de lo que había calculado. Tropezó y cayó rodando por aquel emparedado de tabiques oscuros hasta ir a dar contra un saco de garbanzos.

No se rompió ningún hueso pero sufrió diversas contusiones, la más fea fue un serio chichón en la frente que la mantuvo inconsciente durante dos días. Paula y Sonsoles temieron por su vida —pese a las palabras tranquilizadoras del médico—, mientras que Berta tan solo se mostraba inquieta por que un golpe así afectase al buen sentido de su sobrina. Como la mudanza no podía esperar, cargaron a Lourdes en el furgón, y dormida se la llevaron hasta Canfranc. Al día siguiente se despertó en una

cama desconocida, en un cuarto extraño, en medio de un paisaje malformado que se adivinaba por la ventana de la nueva casa. A partir de entonces tuvo la sensación de que algo de su vida se le había perdido. Era una pérdida que la acompañaría durante muchos años en forma de jaquecas y pesadillas.

Berta no le comentó nada acerca de sus botes desordenados, cosa que la intrigó bastante, y supuso que era otra consecuencia de esa pérdida de vida que había sufrido. Quizá la aventura en la alcoba de su tía había sido uno más de sus sueños, o algo imaginado mientras estaba inconsciente después de la caída. Con frecuencia tendría la impresión de haber hecho cosas que no recordaba, o de hacer cosas que no se revelaban en su plenitud.

Ya en Canfranc, Lourdes quiso asegurarse de que aquel episodio no había sido producto de su fantasía. Puesto que ahora vivían tan cerca del monte, se propuso descubrir con sus propios ojos cómo recolectaba Berta los venenos para sus embrujos.



## Capítulo 7

**E**n aquella ocasión Damián no acompañó a Berta, ya que desde la estación podía internarse a pie en el monte. Tocada de su sombrero y con su canasta al brazo, salió de la casa a media mañana. Lourdes estuvo atenta y la siguió con sigilo, de árbol en árbol, escondiéndose entre los helechos como un animalillo del bosque. Hasta que resbaló al cruzar por la cascada y fue rescatada por aquel extraño hombre que la llevó en brazos a su cueva.

El soldado presentaba un aspecto lamentable después de unos años de vida salvaje. El pelo le llegaba a media espalda, la barba le alcanzaba el pecho, su cara estaba demacrada por una alimentación pobre, su expresión se notaba ida por exceso de soledad. Las ramas agudas y las rocas afiladas habían convertido su uniforme en andrajos, mientras sus botas se habían deshecho en los senderos empinados que de continuo recorría. Se vestía con pieles de alimañas que habría cazado; no porque tuviese frío, pues no podía morir de congelación, ni de ninguna otra cosa hasta que no venciera su plazo, sino por pudor.

Pegada a la pared de la cueva y doliéndose de la herida de su rodilla, Lourdes no salía de su espanto. El soldado esgrimía media sonrisa. Trató de tranquilizarla: se cuadró delante de ella en medio de su cubil, saludó con una mano en su sien greñuda y se presentó:

—Señorita, soy el general Manuel Fernández Silvestre, comandante en jefe del Ejército de Marruecos. Para lo que ordene usted.

Lourdes tragó saliva y se atrevió a hablar con un hilo endeble de voz:

—¿No eres un ogro del bosque?

Silvestre dejó caer su huesudo brazo con desaliento. Cuánto había cambiado el mundo que ya ni su nombre ni su cargo significaban nada, hasta el extremo de que se le confundía con un ser fabuloso. Aunque, bien pensado, esa niña menuda no tenía por qué haber oído de él.

—No, no soy un ogro, señorita —contestó Silvestre al tiempo que se sentaba en un lecho de hojas y pieles, entre el crujir de sus huesos—. Soy un pobre soldado traicionado por todos, abandonado en este confín del reino.

Algo ensimismado, Silvestre siguió lamentándose por su suerte. No había caído cautivo de los moros, pero años después, en lo alto de aquellas montañas, era como si lo estuviera desde hacía una eternidad. Tal vez había hecho mal en Annual. Hubiese sido mejor perecer en la lucha, en lugar de librarse de su destino invocando sortilegios orientales.

Hasta entonces Lourdes había preguntado hasta el agobio por la suerte corrida en Marruecos por el capitán Rafael Broto de Intendencia. A Nicanor, a Esquinazao, a distintos oficiales que frecuentaban el Mur. Todos le habían respondido con evasivas, como si prefiriesen soslayar un asunto que más valía olvidar. La desaparición del padre que todavía recordaba, alto, fornido y cariñoso, era el principal de los misterios

de un mundo que no carecía de ellos. Ahora había encontrado a un hombre que no solo se refería al hecho de armas en el que su padre se había visto involucrado, sino que parecía haber desempeñado en él un destacado papel. Ese día estaba destinado a que Silvestre le despejase un buen número de enigmas, pero también a que le plantease otros tantos.

—¿Es que estuvo en Annual con mi padre, señor?

Lourdes se olvidó del dolor de su rodilla, intrigada por lo que contaba su salvador. Silvestre puso los ojos como platos antes de contestar.

—No, niña... Si acaso, *él* fue quien estuvo conmigo.

Algo despechado, se dispuso a explicarle quién era con más detalle, temiendo no ser entendido por esa mocosa. Delante de él tenía al cabo de tanto tiempo a la hija del oficial que había compartido sus últimos momentos en Annual. Desde que la niña pronunciara el apellido Broto, la había observado mejor y se daba cuenta de que poseía sus mismos rasgos agraciados. Se congratuló por la casualidad. Con ella sí que podría hablar sin correr riesgos. Más animado por esa perspectiva, mientras limpiaba la herida de su rodilla con agua y hierbas, Silvestre estuvo más de media hora relatando a Lourdes los pormenores de su cargo y lo sucedido al Ejército de Marruecos que él había mandado, víctima de la traición de políticos corruptos y militares sin honor.

Lourdes estaba fascinada con el relato de su amigo y, como todos los niños, hacía pregunta tras pregunta.

—General Silvestre, ¿está seguro de que mi padre cayó a pocos metros de usted?

Silvestre se azoró por una cuestión tan absurda como obvia. La mocosa le repasaba el semblante con sus ojos negros, demasiado grandes para un cuerpo tan pequeño. Aturdido por una mirada humana, miró al techo de sus propios ojos y sacó la lengua babosa, tratando de ordenar sus embrollados recuerdos.

—Bueno, yo... No te lo podría asegurar, señorita Broto. No vi su cuerpo, si te refieres a eso. Pero hubo tantos valientes que se tragó el Rif...

—¿Y cómo llegó usted aquí?

—Es una historia difícil de explicar. —Silvestre carraspeó forzosamente—. Algún día te la contaré...

—¿Por qué no me la cuenta ahora?

—No, ahora no... —Silvestre se incorporó como sacudido por un calambre—. Anda, levántate señorita, que te deben echar de menos en Canfranc.

El encuentro concluyó con un trato entre el general Silvestre y la hija del capitán Broto. Él le seguiría contando los hechos de su padre en África como oficial de Intendencia, sus expediciones para conseguir aprovisionar al Ejército, sus cambalaches con los jefes de las harcas, sus aventuras galantes con las moras en aduares apartados. Ella le traería información de lo que ocurría en Canfranc, y más allá, a un lado y al otro de la frontera, porque Silvestre necesitaba saber cómo iba el mundo para encontrar su oportunidad de salir a la luz pública. Finalmente, el hombre

volvió a coger en brazos a la niña y, con una fuerza y habilidad sorprendentes, la bajó del monte a través de la tupida maleza, hasta posarla no lejos de la vía férrea que conducía a la estación.

Ahora que Sonsoles era una joven hermosa con miras más ambiciosas en su vida sentimental, Lourdes se sentía más sola que nunca en aquel nuevo hogar de Canfranc. A Berta era mejor tenerla lejos; Paula era una gruñona, su esclava ciega; y los brutos Cornelio y Rogelio quedaban demasiado apartados, allá en Jaca, y era mejor no pensar en ellos. En cuanto a Vitali, lo veía de tarde en tarde, cuando se apeaba de un tren para hacer algunos retratos en la estación. Así pues, se entusiasmó por el amigo secreto que había hecho en el monte. Y debía seguir siendo secreto, le había advertido Silvestre, porque tenía poderosos enemigos en el Gobierno que querrían silenciar su boca para siempre, cosa que también perjudicaría a la memoria del capitán Broto. Pero ante todo, no debía insinuar nada a su tía, una mujer que le parecía muy taimada. Como estaban de acuerdo sobre el juicio que Berta les merecía, Lourdes se sintió aún más ligada a aquel hombre, su compañero de secretos que había sido amigo de su padre.

La noche de aquel primer día, Lourdes se propuso soñar con el general, para recordar su aventura. Sin embargo, por mucho que se esforzaba, no lograba que Silvestre apareciese entre enanos, ogros, brujas, ratones y lobos.

En cuanto el colegio y el quiosco de la estación se lo permitían, Lourdes no tardaba en subir a la cueva de Silvestre. Le llevaba bastante tiempo y un gran esfuerzo llegar hasta la gruta arriba del monte. A veces se tropezaba con alimañas que la asustaban, a menudo entre la maleza oía inquietantes gruñidos y crujidos, y miraba hacia atrás sintiéndose seguida. No se le olvidaban los cuentos de Vitali sobre hadas, ogros y lobos. Pero cuando alcanzaba el repecho previo a la cueva se olvidaba del cansancio y del miedo pasado, y se notaba llena de alegría. El hombre que parecía un salvaje de la antigüedad también se sentía más animado en cuanto la veía aparecer por el sendero. A su juicio era una niña buena, inocente, lista, que sabía escucharlo. Salía a su encuentro y se abrazaban en la boca de la cueva. Luego, sentados sobre pieles, charlaban, bebían y comían de las viandas que Lourdes le subía. Silvestre no necesitaba comer, ya que no podía morir de inanición según el segundo deseo concedido por el Genio, pero le gustaba matar el hambre.

Poco a poco, Silvestre le fue contando su vida desde que naciera en Cuba. Sus años en la Academia de Toledo, sus campañas en Cuba y en Marruecos, su amistad íntima con el rey, quien le había decepcionado al dejarlo en la estacada en Annual junto con el traidor y examigo Dámaso Berenguer, el Alto Comisario para Marruecos.

En una ocasión Lourdes le preguntó por la cicatriz que le cruzaba la frente. Él sacó pecho, entonó su voz y se dispuso a contar la que parecía ser su mayor hazaña.

—Me la produjeron los mambises en Cuba, señorita, cuando era joven. Mi unidad

cayó en una emboscada, y a mí me atacaron a machetazos. Uno de ellos me dio en la cabeza. Aquí. Toca, toca... —Hizo que Lourdes llevase una manecita a la cicatriz, que parecía de una herida mucho más profunda que la de su rodilla—. Los mambises me dieron por muerto y me colgaron por los pies de un árbol. Así estuve dos días, hasta que me rescataron. Como ves, soy difícil de pelar.

Otras veces, Lourdes subía junto a las provisiones de su cesta algunas fotografías que le había dado Vitali. Se las enseñaba a Silvestre con el mismo entusiasmo con que este relataba sus campañas.

Ahí, en esa primera foto, general, se la ve a ella cuando era pequeña, con su prima Sonsoles, sentadas en la escalera de roble del hotel Mur. Esa gorda tan sonriente era su tía Digna, y las chicas de detrás, que parecían no tener frío con esos exiguos vestidos, eran sus empleadas, muy cariñosas con todo el mundo. Ahora aparecía el tío Nicanor, sentado en su sillón de orejas cerca de la chimenea, atusándose su barba picuda mientras leía el *Heraldo de Aragón*. Era un hombre bueno, pero siempre parecía tener la cabeza en otra parte, demasiado lejana para los demás.

Quien se preocupaba de ellas era Vitali, ese que aparecía en medio de su estudio rodeado de pirámides pintadas y cúpulas rusas de cartón, porque Vitali era ruso, un ruso pintor, fotógrafo, músico y poeta. También inventor, porque había inventado un aparato para hacer fotos mientras él estaba delante de su cámara de madera —le bastaba pisar con disimulo un fuelle—, y porque experimentaba para conseguir fotografías al óleo. Parecía un poco chalado, pero les contaba cuentos maravillosos y les enseñaba misterios del espíritu, según decía él. Aunque luego tenía momentos terribles cuando se emborrachaba, porque bebía mucho vino, pacharán de la tierra, aguardiente, cualquier cosa. Y entonces no parecía un artista inventor sino un salvaje que escupía espuma y que blasfemaba contra todo el mundo. Debía de haber sufrido mucho en Rusia.

En la siguiente fotografía aparecían de nuevo Lourdes y Sonsoles, esta vez en el andén de la estación. Acompañadas por Cornelio, el tonto y bruto, y Rogelio, el malicioso y retorcido, aunque buenos primos los dos. Los cuatro posaban de pie alrededor de un jabalí muerto que los primos habían cazado en el monte, y al fondo aparecía un tren que llegaba de Pau. En otra foto, las primas se abrazaban a Sito junto al mostrador del quiosco del vestíbulo. Sonreían los tres, pero eran sonrisas agritudas, sobre todo las de Sonsoles y Sito, dolidos por una pasión que ya no volvería. Y menos ahora, que Sito andaba lejos, en la línea de ferrocarril del Caminreal, por Zaragoza, Teruel o Valencia.

A Lourdes le costó enseñar la última foto que le había dado Vitali. Porque en ella salía su tía Berta junto a Damián. Estaban uno junto al otro, aunque sin tocarse, delante de una locomotora Mikado en su cochera. Era difícil ver al tío Damián, las sombras del techo parecían ocultarlo, y se decía que el vapor de la máquina lo convertía en una nube de forma humana. Sin embargo, a su lado sí destacaba Berta. ¡Oh, Berta, general Silvestre! Cuánto miedo sentía por ella desde que la conociera.

Cuántos misterios la rodeaban, y qué corazón tan duro poseía. No obstante, se preocupaba por su sobrina la huérfana, el ratoncito, para que aprendiese mucho en la escuela, porque quería que de mayor también trabajase en la aduana, como ella. Qué guapa era, tan rubia, sin ninguna arruga en la cara, entonces, ¿por qué le producía escalofríos siempre que la miraba con sus ojos casi blancos de tan azules?

—A mí también me inquieta, señorita Broto —comentó Silvestre fijo en la fotografía—. Me recuerda una historia que me contaron en la misteriosa Tánger, a Yamlika, la princesa subterránea de *Las mil y una noches*.

Silvestre tuvo que explicar a Lourdes qué era *Las mil y una noches*. Y la niña vio abrirse ante sus ojos un nuevo e inmenso mundo de cuentos maravillosos, aunque casi siempre inquietantes.

Lourdes llevaba a Silvestre periódicos y revistas que hurtaba del quiosco. Este los acogía con avidez, se sentaba a la boca de su cueva y, al claro fresco del monte, leía cómo iba el mundo exterior. Parecía que por todas partes había agitación contra la dictadura, y que de nuevo se percibían conspiraciones en los cuarteles. Por otro lado, se había dado carpetazo al Informe Picasso, la investigación emprendida sobre el Desastre de Annual. Silvestre no se sorprendió: era una palada más de tierra en la fosa donde sus hombres caídos exigían justicia.

—General Silvestre, ¿y esto qué es? —Lourdes hizo su pregunta desde el fondo de la cueva.

Silvestre desvió su mirada del periódico y se fijó en la niña, que había extraído de debajo de unas pieles la lámpara maravillosa y la tenía entre las manos, acariciándola como a una muñeca. El hombre se precipitó hacia ella antes de que fuera demasiado tarde. Le quitó la lámpara con fiereza y se la pegó al pecho, como si fuese una joya de incalculable valor.

—¡Es mía, mía! ¡No vuelvas a tocarla!

—Solo quería verla... —gimió ella azorada.

—¡No, embustera! ¡Querías quitármela!

Lourdes se echó a llorar y salió corriendo vereda abajo. Atrás se quedó Silvestre atribulado, lamentándose de inmediato de su duro proceder.

Horas después, cuando ya el crepúsculo caía sobre el valle, Silvestre frotó la lámpara con ganas. El Genio salió de su morada en forma etérea, despezándose de un sueño que había durado varios años, pero que para él, una criatura de la eternidad, eran tan solo unos minutos.

¿Por qué me despiertas, andrajoso cristiano, ahora que estaba empezando a soñar encima de cojines de odaliscas desconsoladas?

—¿Cuándo se va a cumplir mi tercer deseo? —le inquirió Silvestre encorvado, con los pies abiertos y los dedos como ganchos que señalaban hacia el techo de la gruta—. Ya estoy harto de aguardar en esta montaña, Genio.

—Impaciente mameluco sin circuncidar, ya llegará la ocasión. Aún faltan muchos más personajes y muchos más avatares que propicien tu oportunidad. La familia de

los Broto será tu instrumento, así que está bien que hayas buscado la amistad de ese ratón de ojos como zafiros negros. Pero por ahora hemos de centrarnos en su prima de pechos ya granados, de pezones como higos dulces. Fíjate, fíjate lo que hace ahora...

Entre las latas, tablas, cajas o hierros que Silvestre había ido acumulando tras robarlos en las obras, se encontraba la fiambarrera de latón que había tomado prestada sin permiso a un peón caminero. Estaba llena de agua. A un gesto del Genio, en su superficie comenzó a reflejarse una imagen con movimiento: era Sonsoles Broto abrazada a un hombre de uniforme, ambos sentados a la sombra de un árbol entre hierbazales, un hombre que besaba sus tetas desnudas. Silvestre se quedó contemplando la escena con asombro, mientras el Genio le informaba con una sonrisa maliciosa.

—He ahí a nuestro siguiente personaje, soldado mirón. El personaje que está magreando a la díscola jovencita de los Broto como quien se place con la hija del califa. Es otro militar como tú, porque lamentablemente la vida de esta tierra de infieles está ligada a uniformes y galones. A él le corresponde dar un nuevo impulso a tu contencioso, pero todavía tardará unos meses. Entretanto, dejémosle que disfrute de esas carnes tan jugosas.

## Capítulo 8

**P**or medio de la influencia que Berta ejercía en Jaca y su comarca, Digna había recuperado para sí misma y los Mur la posición social de la que antaño habían disfrutado en el juego de relevos entre conservadores y liberales. Su activa cuñada hacía años que era la presidenta local de la Unión de Damas Españolas, una asociación afín a la Unión Patriótica que agrupaba a las señoras más acaudaladas y elegantes de la zona. Ninguna había mostrado en público el menor reparo en que la larga de los Broto las presidiese; no en vano, se decía, era una de las amantes secretas del viudo y mujeriego dictador. Pero el hecho de que Berta introdujese en la Unión a la gordita Digna Mur, la extraviada del burdel, y que además la hiciese miembro de la junta directiva, sobrepasaba toda iniciativa decente.

Las emperifolladas damas, como gallinas cluecas, se arremolinaron en torno a Berta para cacarear sus quejas, pero ella las espantó con una jaculatoria propia de un capitán ballenero:

—¡Mi cuñada Digna es tan respetable como cualquiera de vosotras! —les gritó—. ¡Que todas sois un hatajo de mal folladas! ¡Y no se hable más...!

Las damas se reunían en una sala del Ayuntamiento, el domingo por la tarde, cuando había menos tráfico en Canfranc y Berta podía dejar la aduana. Ese día se apeaba del tren en Jaca, se montaba en el Hispano Suiza que Digna se acababa de comprar y el chófer Fortunato —un mozo de apenas veinte años— las acercaba a la casa consistorial. Una al lado de otra, mentón altivo, pechos hinchados, llegaban a la sala, donde ya las aguardaban las demás señoras. Ninguna tomaba asiento hasta que las dos cuñadas se acomodaban en sus sitios reservados de la presidencia. Por encima de ellas en la pared había colgado un gran retrato de don Miguel, no el del rey, que Berta había hecho retirar en su momento.

Unos funcionarios les servían café o chocolate y pastas, de los que las damas daban cuenta con presteza. Después se pasaba al orden del día, que empezaba invariablemente por la lectura de las últimas declaraciones que don Miguel hubiese realizado a la prensa, o por la crónica de la última inauguración a cargo de su augusta persona. Luego se trataban los asuntos propios de su Unión, como las obras de caridad, la organización de los festejos del patrón local o la preparación de las procesiones y rogativas acostumbradas. Por último, levantada ya la sesión, las señoras se agrupaban en corrillos y se dedicaban por unos minutos a propalar los cotilleos que ardían como la yesca por Jaca. Ya que antaño, en los tiempos broncos anteriores a la dictadura, las habladurías se referían a Berta Broto y a Digna Mur, ahora trataban sobre las santurronas de la catedral que se negaban a ingresar en su organización patriótica y piadosa.

Antes de regrer a la estación de Canfranc, Berta se pasaba un rato por el establecimiento de su cuñada. Se encerraban en la alcoba principal del primer piso y charlaban muy quedo, sentadas ambas en la gran cama con baldaquino y dosel. Digna

reportaba a Berta toda la información que sus chicas habían cosechado durante la pasada semana entre revolcón y revolcón con los oficiales. Las quejas de la oficialidad, sus inquietudes políticas, sus sempiternas conspiraciones. Berta no tardaba en dar cuenta por teléfono a los dirigentes del partido en Madrid de aquellos oficiales despabilados que pudiesen resultar un peligro en tan importante guarnición como la de la Ciudadela de Jaca. En consecuencia, sin que los oficiales imprudentes supiesen por qué, al cabo de un tiempo los señalados eran inopinadamente trasladados de destino, o, en los casos más graves, arrestados sin contemplaciones.

Aquel año, sin embargo, las conspiraciones más decisivas tuvieron lugar en Madrid. Don Miguel había perdido el apoyo de sus camaradas generales y el favor del rey, de modo que en marzo había abandonado el poder. Ahora se encontraba exiliado en París, en el hotel Pont Royal, muy enfermo, se creía que con la sangre hecha melaza. Al frente de la dictadura le había sustituido otro general, Dámaso Berenguer, que no tenía su pulso de acero ni su temple de goma. Por precaución, Berta había descolgado el retrato de Miguel Primo de Rivera que presidía la sala del Ayuntamiento, pero se había negado a colgar el del nuevo dictador. Conforme pasaron las semanas procuró no asistir a las reuniones de la Unión de Damas, y con el transcurso del año la asociación fue languideciendo hasta morir.

Uno de los primeros gestos del nuevo Gobierno había sido indultar a todos los conspiradores arrestados por el anterior. Entre estos se encontraba el capitán Fermín Galán. Se le consideraba un revoltoso tan recalcitrante que había sido destinado donde pudiese hacer menos daño, a una guarnición tan apartada como la de Jaca. Él era el hombre que ya había probado la miel de los pechos de Sonsoles, el liquidámbar de sus labios y la ambrosía de su seno más recóndito.

Se había fijado en ella en el Mur, mientras Sonsoles hablaba con su tía en la galería de la planta alta, antes de regresar a Canfranc. Después de traspasar el vestíbulo, cuando ella iba a cruzar por la puerta, él le salió al paso, la saludó gorra en mano y con taconazo de botas, se presentó y se ofreció para escoltarla hasta la estación. Sonsoles aceptó sin sonrojo alguno. Así que descendió por la escalera de piedra seguida del galante capitán.

Durante las semanas siguientes se vio a la pareja en mesones, en el teatro, en el salón de baile o en el cine ambulante que se instalaba de vez en cuando en un descampado de los arrabales. Aquel romance iba más en serio que los anteriores, pues Sonsoles hacía pifia tras pifia en el quiosco, como si tuviese la cabeza en otro sitio y las manos atareadas con otra mercancía. Su prima Lourdes la veía como si flotase por el andén de la estación cuando, ansiosa y esperando el tren, se disponía a bajar de nuevo a Jaca para encontrarse con el capitán Galán.

Sonsoles no quiso acostarse con Fermín en una de las habitaciones del Mur, aunque Digna podía haber hecho la vista gorda a la debilidad de la sobrina. A un



reproche de Nicanor por la mera sugerencia de dar cobijo al furor carnal y prematuro de Sonsoles, ella le había dicho:

—¡Ea, son jóvenes, marido! Ella es una chica preciosa y él un oficial peligroso. Yo siempre he sido revolucionaria, Nicanor.

La hija de Berta se llevó a su conquista al viejo caserón del colmado, habitado ahora por sus dos hermanos solteros. Cornelio y Rogelio, entretenidos en sus oscuros apaños detrás del mostrador, limpiando sus escopetas, los dejaron subir a la planta alta sin chistar. Puesto que su hermana ya era una perdida, que buscase su barriga con quien quisiera y donde pudiese. Y además, Rogelio no quiso indisponerse con aquel oficial. No convenía a sus negocios andar a mal con la gente de la Ciudadela.

Sonsoles se acostó con Fermín en la antigua habitación de su madre, aunque en otra cama peor y entre sábanas más bastas. Parecía encadenada al rito voluptuoso que de niña había descubierto a escondidas. De nuevo intentó hacer el amor como había visto a Berta ejercer con sus tres amantes. Pero no pudo emular su cópula sin tacto porque no resistió ni unos segundos el arrebato de sus propias uñas y de sus propios dientes. Aquellos fueron para ella polvos insólitos, rebufantes de un placer que hasta entonces no había sentido con ningún otro hombre, mucho menos con Sito.

—Ay, mi Fermín... —suspiraba ensartada, imaginando lo que comentaría Berta si la viese así—. Qué bayoneta... La de un capitán rojo...

Al capitán Galán le bastaba con concluir la refriega entre resoplidos. Mientras caía herido, iba lamiendo las raíces del cabello amarillo de aquella montañesa. Y ya satisfecho de voluptuosidad, hablaba.

—Algún día... algún día, Sonsoles, todas las mujeres serán tan libres como tú.

Por supuesto que Berta no tardó en enterarse de aquel idilio fuera de lo corriente. Después le preguntó a Digna. Esta indagó entre sus chicas, y las chicas sonsacaron a sus oficiales. Por tales indiscreciones de lecho de mancebía, Berta supo que el capitán Galán había conspirado contra don Miguel, y que por ello había estado preso en el castillo de Montjuïc de Barcelona durante varios años. No parecía un hombre vulgar. Había luchado en Marruecos, donde se había distinguido por su indisciplina, tenía veleidades literarias y poseía gran ascendiente entre sus camaradas de armas. Lo respetaban y obedecían incluso oficiales de mayor graduación. Aunque —según dedujo Berta— sus ideas eran descabelladas, propias de un desequilibrado.

Así se lo comentó a Sonsoles una mañana, en su despacho de la aduana, a donde la había llevado desde el quiosco. La hija, moviéndose inquieta desde los archivadores metálicos hasta unas cajas de champán sustraídas, no encontró nada censurable en su novio.

—No me importa que esté casado y que tenga un hijo —repuso Sonsoles a los datos proporcionados por su madre desde detrás de su escritorio—. Fermín es republicano, y cuando llegue la República traerá el divorcio. Entonces se divorciará de su mujer y se casará conmigo.

—Eres más imbécil de lo que creía, Sonsolitas —comentó Berta sin mirarla,

mientras amañaba albaranes con goma de borrar y una plumilla—. ¿Has pensado que también podrá divorciarse de ti?

—A mí no trates de embaucarme como a esos imbéciles de Cornelio y Rogelio — replicó Sonsoles—. No quiero malgastar mi vida en una tienducha. Yo sé que detrás de estas montañas salvajes hay otro mundo lleno de libertad, y que pronto aquí también seremos más libres.

La madre levantó sus ojos del albarán.

—Te lo he dicho cien veces, jodida. Nunca serás libre si dependes de los demás. Escucha bien lo que te digo: la peor esclavitud de una mujer es el cariño por un hombre. Con los hombres hay que hacer tratos.

Sonsoles soltó media carcajada y dio un respingo. Se giró y, en un abrir y cerrar de ojos, ya había abierto la puerta y salido del despacho, a la oficina de los cotillas y timoratos empleados. Hizo caso omiso de las advertencias de su madre y siguió adelante con su idilio.

Tampoco Berta insistió al respecto y no puso ningún reparo cuando, una noche mientras cenaban, su hija le sugirió que pensaba traer a Fermín a la estación, para que lo conociese en persona. Lo hizo con el propósito de zaherir a la madre, de demostrar que sabía plantarle cara. Lourdes dejó caer la cuchara y Paula se santiguó, temiéndose ambas un postre de procacidades. Pero la actitud de Berta las desconcertó. Animó a su hija diciendo que estaría encantada de recibir al capitán, e incluso invitarlo a comer. Sonsoles se sumió en el desconcierto.

Así se lo comentó a su prima Lourdes cuando ambas se hallaban acostadas en su cuarto, ahora ya en camas distintas.

—¡A mí me va a engañar Berta! —decía Sonsoles recostada sobre su almohada—. Se imagina que dándome facilidades mi pasión por un hombre casado como Fermín se desvanecerá tarde o temprano. Está muy equivocada...

Al otro lado de la luz de la mesita, Lourdes la observaba bajo las mantas con sus ojillos oscuros y brillantes de luna, acurrucada y temblando de frío.

—Tu madre es más retorcida de lo que imaginas. Seguro que está pensando en algo para su provecho que nada tiene que ver contigo.

Sonsoles no quiso profundizar en lo que sugería su prima: estaba demasiado influenciada por Berta, para lo malo y para lo peor. Se arropó para soñar con su Fermín.

Al domingo siguiente, el apuesto capitán de artillería Fermín Galán, en elegante uniforme, se apeaba de un tren y ponía sus botas lustrosas en el espacioso andén de la estación. Lo recibió Sonsoles, toda alborozada, y lo condujo cogido de una mano al famoso vestíbulo art-déco. No tardó en aparecer por allí la mujer alta, guapa y rubia que era su madre, casi un calco de ella. La hija hizo las presentaciones. Fermín saludó muy cortésmente, con rasgos de exquisita galantería.

—Señora, si Sonsoles no me lo hubiese advertido, habría jurado que era su hermana.

Aquello hizo reír a Berta estentóreamente en medio del deambular cansino de los viajeros. Más que un cumplido, era la pura realidad, pues Berta se conservaba tan joven y fresca que en verdad podía pasar por la hermana mayor de Sonsoles.

—Veo que mi hija ya estaba enseñándole el lugar. Pero aquí yo soy quien manda. Venga conmigo, capitán.

Berta se coló entre Sonsoles y Fermín, a quien indicó el camino asiéndolo por un codo, y él obedeció con una inclinación de tronco.

De inmediato la mujer campechana y sagaz congenió con el oficial de carácter díscolo y extrañas ideas. Le fue enseñando todas las dependencias de la estación: su aduana, la aduana francesa de *monsieur* Cordelier, las cocheras, los talleres, los almacenes, la consigna, la centralita telefónica. A cada paso, el capitán Galán iba dando extravagantes sugerencias para mejorar el servicio, o para ponerlo en manos de obreros revolucionarios. Berta, sonriente como su hija, iba tomando notas en su cabeza.

—¿Y por qué quiere la revolución, capitán? —le planteó Berta cuando llegaron a las cocheras, donde varios obreros se afanaban en engrasar y ajustar unas locomotoras, al tiempo que guiñaba un ojo a Cordelier, que ahora los acompañaba en el recorrido—. Desaparecerían los oficiales como usted, y entonces todo el Ejército se compondría de soldados rasos.

—¿Por qué no, señora? Los soldados rasos nunca pelean entre ellos si no los obligan. Entonces se habrán acabado las guerras y serán innecesarios los ejércitos.

—¡Oh! Qué ocurrente la filosofía del capitán..., ¿verdad, Aristide?

Cordelier reaccionó al codazo de Berta.

—Desde luego, doña Berta —respondió el funcionario galo, de natural demasiado cuadrado para captar esas ironías, pero que al lado de Berta adquiría una vivacidad inusitada—. Serían como ejércitos de *sans coulottes*, la tropa de la anarquía.

La comida transcurrió con igual agrado. Estaban invitados también Cordelier y su mujer, la bella Claudine, y el imprevisible Vitali. Desde su silla, Lourdes percibió que la cojera de Paula, mientras servía los platos, desaparecía en cuanto debía de moverse por delante del guapo capitán. A cada minuto que pasaba su rígida formalidad castrense daba signos de deterioro, como si el vino fuese haciendo mella en su mente. Pero no había bebido en exceso. Más lo habían hecho Cordelier y su esposa, por no hablar de Vitali. Así que Lourdes se temió que su tía hubiese vertido ya en el vino del oficial alguna de sus drogas, o que hubiese mandado hacerlo a Paula.

Poco a poco la conversación de Fermín derivó de sus proyectos para una república anarquista a asuntos más personales. Sentado al lado de Berta, atendía más a sus ocurrencias un tanto soeces que a los comentarios desabridos y cursis de Sonsoles sentada frente a él. Incluso el capitán coqueteaba con la madre de un modo

que, aunque sutil, a nadie pasaba inadvertido. Lourdes se temió que ya había caído por completo bajo el embrujo maligno de la anfitriona.

Concluida la comida y tomado el café, mientras sorbían unos licores espirituosos, Vitali hizo cantar a su violín. Hubo un ligero baile informal en el salón, entre el matrimonio Cordelier y, sobre todo, entre Berta y el capitán Galán. Sonsoles los contempló mientras se mordía un labio.

Por la noche, despedidos los invitados, no paró de llorar en su cama ante una meditabunda Lourdes.

—¡Cuánto la odio...! —decía entre gimoteos—. Es una viciosa, siempre lo ha sido, y ahora quiere robarme a mi amor...

Durante los meses siguientes hubo muchas más invitaciones, ya directamente de parte de Berta. Sonsoles hizo de tripas corazón y no puso reparos, como si tratase de demostrar a su madre que, por mucho que viese a su novio, no lograría robárselo, y que ella aguantaría el envite. Si Berta era bella, su hija no le iba a la zaga; si la madre seducía, ella seduciría más.

Siempre que Fermín aparecía por Canfranc, allí estaba también Vitali para amenizar la reunión con su violín. Cabía suponer que venido ex profeso del Mur a requerimiento de Berta. El ruso no podía negarle nada. Ella le proporcionaba abundante vodka, exótica bebida que sustraía de la aduana, y además, Digna había dejado de cobrarle su alojamiento en el hotel, seguramente por sugerencia de la cuñada. Por otro lado, había surgido una relación distante y extraña entre Vitali y Fermín, de rivalidad de pareceres pero también de fascinación mutua, al igual que dos catedráticos que se odiasen y admirasen al mismo tiempo. A veces, después de la comida y el baile entre parejas que formaban Berta y el capitán, Cordelier y su esposa, y en ocasiones Digna y el acartonado Nicanor, Vitali se enzarzaba con Fermín en discusiones de carácter político. Se diría que el militar era un revolucionario de armas tomar, mientras que el antiguo noble ruso era un redomado contrarrevolucionario, pero en el fragor de la discusión tales posiciones no parecían tan claras, pues Vitali, quizá llevado por los excesos de la bebida, hacía parecer a Fermín algo parecido a un burgués conformista de casino.

—Habría que fusilar a todos los curas, usurpadores de las verdaderas palabras de Jesucristo —afirmaba Vitali provocando la sorpresa en su amigo Nicanor, al otro lado de la sala con su copa de coñac—. Los curas son bolcheviques con hábito, o más bien los bolcheviques son como curas. Todas las épocas tienen sus fanáticos religiosos para arrastrar a la gente al engaño y la perdición. Antiguamente eran los monjes con su doctrina, y ahora son los bolcheviques con sus ideas místicas.

—Pero, Vitali, qué barbaridades dice... —replicaba Fermín—. No se puede comparar el marxismo con la religión sin caer en el ridículo. El marxismo es una ideología científica, comprobada por hechos históricos. Mientras que las iglesias

hacen esclavos de espíritu, el partido del proletariado viene a liberar pueblos, a redimir trabajadores.

—¿Lo ve, capitán? Sin darse cuenta, usted mismo ha usado la palabra «redimir», que es un término religioso.

En la salita solo se oían las voces de los dos hombres. Todos se habían quedado en suspenso, atentos a su duelo. Digna se abanicaba algo sofocada, Cordelier se retorció las exiguas guías de su bigote, Claudine sorbía de su copa, Berta sonreía con regocijo, y a Nicanor le titilaban los ojos, puestos en Vitali. Bajo los finos rasgos del ruso, todavía perduraba el rencor hacia quienes le habían desposeído de muchacho. Nicanor lo comprendía, aunque no compartiese su exaltación, porque se imaginaba cuánto debía haber sufrido un hombre refinado como él a manos de sucios y brutales campesinos. Tanto se compadecía de Vitali que a veces pensaba si algo de la depravación de las costumbres en el Mur no se le habría pegado, impeliéndole a llevar su simpatía por él más allá de lo decente.

—Por favor, no tome el rábano por las hojas... —decía Fermín—. Lo que importa es que los camaradas no chupan la sangre del pueblo, como lo hace esa morralla de predicadores de mil religiones. Están para hacerlo progresar, tanto material como espiritualmente. Es más, Vitali, le diré que no venimos a fusilar por miles a nuestros enemigos, como usted desearía, a menos que se nos provoque.

Vitali apuraba su vaso antes de replicar:

—Les provocarán, capitán Galán. Porque ustedes necesitarán un río de sangre en el que bautizar a los conversos de su propia fe. Así está escrito que sean todos los amaneceres y los atardeceres, tintados por heridas abiertas.

Fermín daba unas caladas presurosas a su pitillo para sofocar sus palabras y dar por zanjada la cuestión. A su juicio —decía cuando hablaba a solas con Sonsoles—, no había manera de hacer entrar en razón al boyardo resabiado de Vitali.

Sonsoles estaba fija en Berta que, arrellanada en su sillón, mostraba una cara satisfecha bastante elocuente. Su madre pretendía humillar a su amor por medio de Vitali, a fin de provocar en él un rechazo a aquel ambiente, un desasosiego y una flaqueza de convicciones que lo alejasen de aquellas tierras. Ya veía por dónde iba, seguro que con la complicidad de Digna y tío Nicanor. A continuación observó a su tío, un hombre que no podía disimular sus sentimientos, y lo encontraba como abochornado.

El caballero de la barba picuda no se había sonrojado por lo que su sobrina suponía, sino por sentimientos más recónditos que volvían a asaltarlo. Su atención estaba puesta en Vitali, sonriente e inquietante, que ahora daba con una fina mano unas palmadas en la pernera del capitán y lo llamaba *tovarich* con una sonrisa, como si quisiese reparar la confianza deteriorada por la disputa dialéctica. Nicanor sentía celos, diría que intelectuales. Y notaba un escalofrío por el espinazo al considerar que le embargaba una atracción morbosa por Vitali, algo indefinible que no sabía cómo explicar sin recurrir al pasaje del Antiguo Testamento donde se habla de Sodoma.

Acaso por una debilidad viril inconfesable nunca se había sentido atraído por las carnes generosas de Digna con una pasión desbocada. Tal vez por eso ni siquiera se alteraba delante de sus tiernas pupilas del hotel cuando las veía casi en cueros. Lo suyo con aquella labriega, esa pobre mujer de antes de la gran guerra, tan solo había sido una locura pasajera. Ahora únicamente sentía arrobos por Vitali, tanto más cuando lo tenía cerca. Ah, qué condenado ruso, su vida estaba llena de morbosidad, de seducción, de contrastes, de misterio y de sorpresas.

Meses atrás, Vitali se había sorprendido por una foto publicada en el *ABC*. El temible ministro de la Gobernación, Martínez Anido, posaba de pie en su despacho, manteniendo bien sujeto con una correa a un guepardo, fabuloso animal que, como se afirmaba más adelante en *Blanco y Negro*, era un híbrido de gacela y leopardo. Dando tumbos por su estudio, Vitali apuró una botella de pacharán mientras contemplaba fascinado la página de la instantánea. Luego empezó a dar saltos y a cantar en su lengua. Desde su gabinete adyacente, Nicanor acudió de inmediato. Bailando en su derredor como una sílfide del Bolshói, el ruso le explicó entre risotadas que aquel guepardo amaestrado le había dado una idea deslumbrante para variar sus estampas fotográficas.

—Me inquietas, Vitali. Tu imaginación eslava no tiene límites —comentó Nicanor azorado por ese cuerpo esbelto y grácil.

—Quiero un guepardo, Nicanor. ¿No hay guepardos por estas tierras?

—No. Solo lobos...

Vitali se dejó caer en el suelo, entre decorados de China y Siam, evidentemente decepcionado.

De todas maneras, se puso en contacto por correo con la casa de fieras de El Retiro de Madrid. Le contestaron que su ejemplar de guepardo no estaba en venta ni por todo el oro del mundo. Así pues, ya que Vitali no podía hacerse con un guepardo, se buscó un sustituto. Se internó por el monte y logró atrapar un lobo. Apareció con él por la estación amarrado con una tira de cuero, provocando el pánico entre docenas de viajeros. Cordelier acudió con sus gendarmes armados, mientras Berta, sin parar de reír, retenía los fusiles de la pareja de guardias civiles.

—Tranquila, mi preciosa Lourdes —le dijo a la muchacha, que se había escondido tras el mostrador del quiosco—. Vitali sabe cómo tratar a los lobos. En Rusia hay enormes manadas de lobos.

Por medio de Berta, que echó una mirada furibunda al jefe de tren para convencerlo, el ruso regresó a Jaca con su lobo en la soledad de un vagón. Su entrada en el Mur produjo una estampida entre las chicas y el jolgorio entre una docena de oficiales. «¡Vitali, el conquistador de Asia!», gritaron divertidos con sus sables al aire. Alertada por el escándalo, Digna acudió desde el gabinete y, al pie de la escalera, nada más ver aquellas fauces le dio un sofoco. Nicanor la auxilió,

sosteniendo su vahído con un brazo mientras con el otro esgrimía su bastón contra la fiera. Durante un instante, se sintió transportado a los Urales, creyéndose Miguel Strogoff, el correo del zar que defendía a su dama de la acometida de un tártaro y su bestia. Aunque en el fondo, muy en el fondo, le producía una terrible inquietud su debilidad por aquel joven sorprendente.

Ya en su estudio, Vitali se sirvió del animal para, al modo de Martínez Anido, fotografiar a sus clientes en poses que sugerían aventuras más apasionantes que la monotonía de un cuartel de provincias. Esa novedad en su arte tuvo gran aceptación en la Ciudadela. Hubo montones de oficiales que se fotografiaron en la gran escalera del Mur con el lobo bien sujeto por su tosca correa, como si anduviesen explorando por un fabuloso lupanar de la bíblica Licaonia. Y otros, con el fondo pintado de un bosque en el estudio, cuando el lobo estuvo lo suficientemente amaestrado para hacerse el muerto, vestidos de campaña le ponían una bota sobre el lomo, igual que si lo hubiesen cazado. Con el mismo propósito, Vitali tomó una foto a Fermín en el andén de la estación, con Berta y Cordelier a ambos lados del oficial, que pisaba al animal. Berta insistió en que una placa resultase muy lograda de luz y composición. Fue aquella en que ella sonreía pegada al capitán Galán, delante de la puerta de la aduana española, justo debajo del cartel a la sombra de un escudo real donde ponía «Inspectora de Aduanas, señora doña Berta Broto Broto».

Aparte de las tribulaciones de su imaginación de enamorada, Sonsoles vio inconteniblemente acentuada su pasión por aquel hombre como resultado de la ambigua relación que se traían Fermín y su madre. Ahora bajaba a Jaca todos los días en que el oficial no estuviese de servicio. Asiéndolo de una mano, entraba con él a la carrera en el colmado, cruzaba por delante de unos sorprendidos Cornelio y Rogelio —que engrasaban sus escopetas o desollaban un rebeco en el mostrador—, traspasaban como el rayo la trastienda, trepaban a zancadas la escalera y se encerraban en su habitación. A los pocos segundos, sin apenas tiempo para haberse desnudado, llegaban hasta abajo los gemidos y los resoplidos de una incendiada Sonsoles y de un capitán degradado. La pareja, inagotable de energías, no cesaba su baile voluptuoso ni en el tren. Varios viajes a Canfranc los realizaron encerrados en un compartimento sin deshacer la cópula en todo el trayecto. Solo los dispersos pitidos de la locomotora habían ahogado los jadeos de los amantes, que habían subido rebotando entre los farallones de las montañas.

En una de estas visitas a la estación, Fermín mostró a Berta el manuscrito de una obra de teatro de carácter revolucionario y que había titulado *Berta*. La pieza trataba de una mujer moderna y progresista que ocupaba un puesto vedado a las féminas. Ella se mostró encantada y halagada, y lo celebró con más vino. Convenció al oficial literato para que le dejase el manuscrito, a fin de que alguna de las secretarías de su oficina hiciese una copia mecanográfica. Si quería dar a conocer su obra, debía estar

presentada con esmero, pues las editoriales burguesas eran así de remilgadas.

Cuando al cabo de tres semanas un día ventoso de otoño Sonsoles bajó a Jaca para devolver el manuscrito y la copia a Fermín, no pudo localizarlo. Según le informaron sus camaradas, *sotto voce*, el capitán Galán andaba de aquí para allá, por el fuerte Rapitán, o más lejos, en los cuarteles de Huesca, recabando adhesiones para sus planes.

—¿Qué clase de planes, Benítez? —preguntó ella alarmada en un rincón del Mur a un teniente.

—Revolucionarios, señorita.

Ya sabía ella que eran planes revolucionarios. Pero ignoraba qué alcance inmediato tenían.

Cuando por fin Sonsoles pudo encontrar a Fermín al cabo de tres días, lo hizo en una dependencia trasera del salón de baile El Buen Gusto. La estancia estaba en penumbra, llena de humo de tabaco de varios oficiales y algunos civiles reunidos en torno a una mesa. Entre ellos reconoció a Esquinazao, quien, con un pitillo deshecho entre los dientes, se levantaba excitado, despotricaba y se sentaba de nuevo. Fermín se levantó al verla aparecer por la cortina corrida, fue hacia ella y, asiéndola por un codo, la alejó de aquel tabuco hacia el pasillo. Entre ambos hubo preguntas y explicaciones. Sonsoles le aseguró que lo apoyaría en todo lo que hiciese, que compartía sus ideales, pero le rogaba que no la dejase abandonada tantos días. Iría a donde él fuese.

—Compréndelo, Sonsoles, nuestros proyectos contra la dictadura tienen prioridad. Además, esto es muy arriesgado para que andes cerca de mí.

—¿Es que ya no me amas, Fermín?

Nunca le había dicho que la amase. Tampoco aquella tarde parecía querer decírselo, sino que, abrumado por una carga ciclópea mucho más importante que la plasmación de un romance, sonrió, asintió y negó afirmando. Con un gesto abatido por lo que se traslucía de aquel silencio, Sonsoles le pasó el manuscrito de *Berta* y la copia mecanografiada, como si devolviese un anillo de compromiso. Fermín resopló de rabia y, sin despedirse, regresó a donde sus compañeros seguían trazando planes.

Sonsoles procuró aguantar el llanto hasta que alcanzó la calle.



## Capítulo 9

Conforme se iba acercando el invierno, los encuentros entre Sonsoles y Fermín se fueron haciendo más esporádicos. La joven buscó una explicación en Nicanor. Como su tío se leía toda la prensa que llegaba a Jaca, tenía fama de estar muy informado de los entresijos políticos que agitaban al país. La situación nacional era bastante seria, había conspiraciones republicanas por todas partes, incluso asaltos armados en la frontera. A juicio de Nicanor, al rey Alfonso le quedaba poco en el trono, aunque en su caída podía correr mucha sangre de aquellos que fuesen imprudentes. Puesta al corriente del extremado riesgo que corría Fermín, más serio que la aventura novelesca que ella había imaginado, Sonsoles desesperaba de angustia por las noches, abrazada a su prima Lourdes.

Y esta no dejaba de mantener informado a su amigo Silvestre. Se envolvía en un capote rojo que tía Digna le había regalado —indumentaria militar antigua que un comandante había dejado en el Mur como prenda del servicio recibido, a la que ella le había añadido una capucha para el frío— y emprendía la subida hacia su cueva. Seguía siendo tan prudente como el primer día, así que de vez en cuando echaba un vistazo a sus espaldas por si alguien del pueblo la seguía. Alguna vez creyó atisbar un bulto que se movía entre el ramaje, y alguna otra vez oyó pisadas que llegaron a romper una rama caída. Procurando dominar el pánico, se quedaba paralizada mirando al fondo de la senda, esperando que de un momento a otro apareciese un ogro, un lobo o, lo que sería peor, un intruso que quisiese descubrir su secreto. Lourdes se agitaba de escalofríos, apartaba el follaje y proseguía su ascensión. Ya en la boca de la gruta, encontraba el alivio de la presencia conocida de Silvestre. No tardaba en darle los periódicos, que el hombre recibía como agua en el desierto.

En una de aquellas visitas, al cabo de un rato de nerviosa atención a las noticias recabadas de Nicanor y los oficiales del Mur, Silvestre buscaba su sable, se erguía igual que un espantajo cerca de la hoguera que los iluminaba y, centelleando las brasas en sus ojos, clamaba como un iluminado:

—¡Ya se acerca la hora de la verdad! Prepárate, Dámaso Berenguer. Haré que un tribunal de honor te juzgue.

Lourdes le dejaba así excitado, y ella se iba con sentimientos encontrados. Veía que por fin se acercaba el momento en que podría saber algo oficial del destino de su padre, y al mismo tiempo temía que Silvestre la abandonase, una vez que pudiera salir a la luz pública, y que, tragado por los acontecimientos, se olvidase de ella.

Una tarde, de regreso a la estación después de bajar de la gruta, Lourdes fue testigo de un agrio enfrentamiento entre Sonsoles y Berta. Nada más dejar la cesta en el quiosco, acudió corriendo a las dependencias de la aduana, de donde provenían los gritos. Madre e hija discutían en el despacho abierto, mientras los empleados en su

oficina procuraban parapetarse detrás de sus escritorios. Lourdes se asomó por la puerta. Por lo que pudo deducir, su prima y su tía habían empezado su discusión por un asunto de celos con respecto al capitán Fermín Galán. No en vano, en Canfranc y en Jaca ya se rumoreaba que Berta la poderosa se había tirado al apuesto oficial que cortejaba a su hija. Se decía que lo había hecho en un vagón estacionado en vía muerta, un vagón de decoración suntuosa que se reservaba para las visitas del rey, aunque ya era improbable una nueva visita regia a Canfranc. Donde el rey había rezongado, ella había rendido a un capitán republicano y socialista.

Pero la pelea por celos había derivado hacia las actividades sediciosas de Fermín. Sonsoles amenazaba a su madre con que, en cuanto el movimiento revolucionario triunfase, que sería pronto, haría que su marido Fermín procurase su destitución de su puesto en la aduana, conseguido con malas artes entre sus enemigos. Desdichada, le decía Berta, un funcionario estaba fijo en su puesto hasta la jubilación, pero si conseguía que con sus intrigas estúpidas se la trasladase a una aduana lejana y más ingrata es que estaba buscando la ruina de la familia Broto.

—¡Y, además, mala hija, no creas que me chupo el dedo en este rincón de mierda de la montaña! Sé que ayer llegaron desde Madrid dirigentes republicanos a Jaca, a parlamentar con tu querido, o más bien a pararle los pies. Según Digna, andan como locos buscándolo por la ciudad y sus alrededores, pero el gran cabecilla no aparece. Vaya fante de amante que te has echado...

—Como siempre, tú y Digna os creéis que podéis manejar a todos con vuestras intrigas. Pero Fermín no está a vuestro alcance.

—¡Oh...! No estés tan segura, Sonsolitas...

Berta sonrió y echó mano a su teléfono. Se puso al habla con Anita, la telefonista de Canfranc que le debía el puesto. La conminó a que llamase inmediatamente a las autoridades, a Huesca, y que avisase que se había desatado una rebelión de oficiales traidores en la Ciudadela. Sonsoles trató de engancharse con las uñas en los pelos de su madre, pero esta reaccionó con unos reflejos inesperados.

—¿Qué ibas a hacer, calentorra? —preguntó Berta y sujetó a su hija por las muñecas.

—¡Arrancarte la piel a tiras!

—¡A mí no me amenaza nadie!

Berta la abofeteó varias veces, hasta que la dobló sobre el suelo en medio de la oficina, donde la remató a patadas. Mientras Sonsoles se retorció de dolor, Berta salía de las dependencias como un huracán lleno de truenos, llamando a Cordelier y a sus oficinistas para ponerles sobre aviso de lo que se avecinaba. Aprovechó Lourdes ese momento para acudir en socorro de su prima.

—¡Déjame, Lourdes...! —Sonsoles se zafó de sus manos con rabia—. El monstruo todavía no me ha hecho ningún daño.

A la mañana siguiente, parte de la guarnición del fuerte Coll de Ladrones, que dominaba el valle entre la estación de Canfranc y el túnel de Somport, había bajado de su atalaya y andaba por los andenes, las vías y las calles del pueblo en tareas de vigilancia. Lourdes lo vio desde la ventana de su habitación y se alarmó. Sonsoles no había aparecido en su cama. Se vistió de prisa y corriendo. Intuyó que Silvestre, al ver desde el bosque a los soldados desplegados, reaccionaría igual que su prima. Esta ya andaría lejos del pueblo, valle abajo, hacia Jaca. Pero todavía podía hacer algo por Silvestre. Su amigo podía cometer cualquier imprudencia, olvidarse de ella y dejarse arrastrar por la vehemencia. Con el capote rojo sobre los hombros y la capucha cubriendo su cabeza, cruzó rauda entre los vivaques de los soldados y enfiló hacia la cueva para tratar de contenerlo.

Poco después de salir del pueblo, cuando corría paralela a las vías en dirección a la estación antes de desviarse hacia el monte, Lourdes vislumbró al fondo del andén a su amigo salvaje. Silvestre abordaba el último vagón de un tren que emprendía la marcha. Tiritando y clavada en las vías, Lourdes lo vio pasar frente a ella, encaramado al vagón, esgrimido hacia el cielo su sable.

—¡General, bájese! ¡Le detendrán...! —le gritó Lourdes, rozada por la cola del efecto Doppler del silbato de la locomotora.

Pero Silvestre solo oyó los ecos del pitido que rebotaba en las montañas circundantes.

—¡Berengueeeeer...! —Fue el rastro de sonido que iba dejando el general.

Incomprensiblemente para el maquinista de la locomotora Garratt Doble Pacific, su convoy no respondía a las prestaciones que debía ofrecer. Pese a que iba cuesta abajo, al tren le costaba trabajo coger velocidad, incluso se diría que cada kilómetro que avanzaba iba más lento. El fogonero no cesaba de echar carbón, la caldera iba a tope, al borde de la explosión, y no obstante, parecía que las ruedas resbalaban en los raíles. Y no es que hubiese helado sobre ellos, pues el cielo estaba encapotado y amenazaba con una nevada.

El maquinista y el fogonero ignoraban que llevaban a un pasajero que iba reteniendo su marcha. Y no debido a su más bien escuálido peso sino porque, a causa del primer deseo concedido por el Genio, estaba ligado a su cueva con una fuerza telúrica irrompible, aunque elástica. Silvestre se podía alejar de ella, pero hasta cierto punto, pues había un magnetismo que tiraba de su cuerpo hacia la oquedad montañosa dejada atrás y que era su morada concedida. Cuando el tren alcanzó la estación de Jaca lo hizo a tan poca velocidad que Silvestre pudo saltar de él sin ningún problema. Entonces la locomotora, liberada de su rémora y con su máquina ahíta de vapor, dio tal tirón que descarriló y embistió contra un ala de las instalaciones. El maquinista y el fogonero salieron despedidos, y desde los vagones despanzurrados se oyeron multitud de gritos de pasajeros accidentados.

Silvestre no se interesó por el incidente y prosiguió su marcha. Sable en ristre en una mano y su pistola empuñada con la otra, atravesó Jaca con los movimientos espasmódicos de un maniquí articulado. Los vecinos que vieron a aquel hombre armado, barbado y de largas melenas, vestido con pieles, creyeron que era algún exótico turista allende la frontera que hubiese venido a esquiar en las pistas locales, y que avanzaba torpe como si llevase los esquís puestos sobre la tierra. Sin reparar en tales miradas de curiosidad, Silvestre avanzaba con ahínco y con una idea fija en la cabeza: unirse a los sublevados. Debía alcanzarlos, porque seguro que allí habría más tarde periodistas a quienes comunicar su identidad y su misión.

Por fin Silvestre salió de Jaca al cabo de doce horas de duro caminar. A lo largo de la ruta hacia Huesca fue hallando señales del paso de las tropas sublevadas por el capitán Galán, al que había conocido en Marruecos. No le había decepcionado el muchacho. Dejó atrás camiones abandonados, coches tiroteados, carros quemados y, de trecho en trecho, cadáveres acribillados.

La sublevación había fracasado a causa de la llamada de Anita a Huesca. De la capital había salido un contingente para cortar el paso a los insurrectos. Poco después se había producido un encontronazo entre los hombres de Galán y las tropas leales que había dejado entre estas varias bajas. Sin embargo, los sublevados no se aprovecharon de su iniciativa y del efecto sorpresa, y siguieron avanzando tan despacio —treinta kilómetros en dos días, como si la rémora de Silvestre también los afectase— que a las tropas gubernamentales les dio tiempo a reaccionar con más contundencia. Aumentaron sus efectivos, usaron artillería y desde Navarra y Lérida se les unieron refuerzos que rodearon a los rebeldes.

Cuando las patrullas leales vieron avanzar por la carretera a Silvestre no daban crédito al espectáculo. Por si acaso, fueron a parapetarse detrás de sus vehículos y en las cunetas para esperarlo con los fusiles prestos. Sin embargo, por más que esperaban, aquel rebelde rezagado que los binoculares descubrían no parecía llegar jamás. El comandante volvió a observar con sus prismáticos, al cabo de media hora, la misma imagen inmóvil, y parpadeó de incredulidad. Envió un pelotón al encuentro de aquel sujeto, pues creía que los locos eran los luchadores más peligrosos. Pocos minutos después, los soldados se plantaban ante Silvestre. Pero este ya casi no avanzaba, sus movimientos parecían los de una tortuga moribunda. Un sargento le mandó rendirse, que depusiese sus armas. Silvestre, paralizado, parecía estar en el instante previo al ataque contra el enemigo. Entonces, cuando los soldados se disponían a dispararle, la fuerza de tracción de la cueva alcanzó su punto álgido y, como si una goma se hubiese soltado de una pestaña de acero, Silvestre fue arrastrado hacia atrás con una velocidad tal que su cuerpo pareció desdoblarse en multitud de imágenes, en una variedad exuberante de bilocación. Su estela desapareció de la carretera en un segundo.

—Al primero que diga algo de esto al comandante, le meto cuatro balas en la cabeza —amenazó el sargento con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—Pero él también lo habrá visto con sus prismáticos, mi sargento —adujo uno de los soldados.

—Pues que se lo crea solo él.

Los últimos resistentes de la aventura fueron cayendo paulatinamente. Fermín Galán fue hecho prisionero, igual que su lugarteniente Ángel García Fernández, su estado mayor y todas sus tropas sacadas de Jaca, así como numerosos civiles republicanos que se les habían unido por el camino, entre ellos el jacobino Esquinazao.

Cornelio y Rogelio habían formado parte de la represión de la intentona, tras unirse como muchos paisanos a las tropas leales. Fue después de que se hicieran en la estación de Jaca con su hermana. Berta les había avisado por teléfono de que su hermana salía en el tren de las cuatro de la madrugada del día del levantamiento para unirse a su amorcito. La esperaron en el andén con sus escopetas al hombro y se la llevaron en vilo. Una vez que amarraron a una rabiosa Sonsoles a la cama de sus pasiones, salieron del caserón y partieron a la caza del republicano.

Con las columnas de prisioneros a los que no cesaban de apuntar, los cazadores desfilaron por las calles de Jaca en dirección a la Ciudadela recuperada. Vitali colocaba su cámara entre los vigías y tomaba instantáneas de los derrotados. Con esa excusa preguntaba por el capitán Fermín Galán, pero ninguno de los oficiales sabía de su paradero. Ellos solo conducían a la morralla, los cabecillas ya estaban a mejor recaudo en la Ciudadela. Vitali se alejó con la expresión descompuesta.

Transcurridas veinticuatro horas, entre los grises muros de la fortaleza hubo juicios sumarísimos contra los sublevados. Mientras tanto, Sonsoles se había escapado de la alcoba de sus gozos descolgándose por la ventana con las sábanas de la cama anudadas. No tardó en acudir al puente que salvaba el foso de la Ciudadela. Comenzó a caer una copiosa nevada, pero la joven enamorada permaneció allí dando golpes en el portón hasta que le llegaron descargas de fusilería desde el interior. Los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Fernández habían sido pasados por las armas.

Al día siguiente, del tren de las diez de la mañana se apeó en la estación de Canfranc una figura femenina que parecía un espantajo. Iba sucia, despeinada, mal abrigada, con las piernas manchadas de la sangre y otros humores de un aborto que había sufrido por la noche en lo más denso de la nevada. Antes de alcanzar su casa, delante de la iglesia, Sonsoles se subió la falda y se limpió los muslos y el sexo con un pegote de nieve. Vitali andaba por allí con su cámara y caballete al hombro. Iba achispado por una pena que nadie sabía entender de su boca. Incluso en su ebriedad supo calibrar la gravedad del estado de Sonsoles, dejó caer sus bártulos y corrió hacia ella. Con su abrigo de astracán trató de ocultar aquella muestra de impudicia. Dolorido, ayudó a su querida niña a que avanzase por el manto de nieve.

—No deben verte así... —se quejaba él lastimeramente con voz aguda como el pito de un contramaestre—. No... A una señorita no...

—¡Déjame, Vitali! —aulló ella como lo haría su lobo, y se deshizo de su brazo samaritano—. ¡Deja que se quede en este país toda mi inmundicia!

El ruso olvidó sus temblores y se quedó espantado en medio de la calle, como un muñeco de nieve de expresión traspuesta.

Sonsoles subió a su cuarto, llenó con sus cosas una pequeña maleta de tela y se abrigó con ropa más apropiada. Paula avisó por teléfono a la estación de lo que estaba ocurriendo, pero Berta ni se inmutó. En cambio Lourdes dejó su puesto en el quiosco y bajó corriendo a la casa. Pasó al lado del muñeco de nieve de Vitali y se tropezó con su prima en la escalera. Se abrazó a ella llorando, sin reparar en que el rostro de Sonsoles parecía una máscara de cera fría. Farfulló algo que se asemejaba a una seca despedida de su pequeña prima.

—No te vayas, Sonsoles —gemía Lourdes mientras trataba de cortarle el paso—. No me dejes sola...

Sonsoles la apartó y no volvió a hablar. Seguida por Vitali a cierta distancia, emprendió el camino del monte bajo una cellisca espesa. Torpemente, tras sus apresurados pasos, él le rogaba que se detuviese, pues las princesas no debían alejarse de sus palacios. Ella no lo escuchaba, tragada ya por el azote de la tormenta. El ruso finalmente hubo de desistir de seguirla más allá de los primeros repechos del monte, en cuanto comprobó la determinación de Sonsoles de cruzar a Francia.

Vitali pensó que su sitio estaba allí, en aquel lado de la frontera salvaje de los Pirineos, como la llamaban desde hacía un tiempo los franceses. Debía seguir al lado de la pequeña Lourdes y junto a su amigo Nicanor.

—Vete, princesa, pero no vagues tanto como yo... —susurró con la boca llenándose de copos.



En previsión de movimientos sospechosos, la autoridad militar había clausurado la frontera. El túnel de Somport estaba cegado por una compañía de soldados. También había patrullas por las montañas, por si acaso algún sublevado sin capturar trataba de huir a pie al país vecino. Vereda arriba, Sonsoles fue atravesando bosques blancos y oscuros. Luego dejó atrás el amparo de la espesura y se encaró con las laderas peladas. En ese trance se exponía a ser descubierta por los guardias civiles o soldados que de trecho en trecho distinguía deambulando entre los copos enloquecidos y el ulular enajenado del viento.

De repente algo la detuvo; una mano callosa tapó su boca. No trató de gritar ni de soltarse, ya que aquel tacto en su piel siempre la había sosegado. De soslayo descubrió los ojos agrisados de Damián, en cuyo rostro tropezaba la nieve. El hombre le mandó guardar silencio con la mirada y cubrió a ambos con su enorme pelliza de carnero. Se agachó, y ella con él, de tal forma que formaron un montículo nevado en medio de la ventisca. Poco después crujían muy cerca de ellos las pisadas de varios

guardias, que no apreciaron nada sospechoso alrededor y que no tardaron en alejarse.

Al cabo de unas horas, Damián puso a Sonsoles en la otra vertiente de la cordillera, en parajes más llanos y menos desahuciables. Un día más tarde se despedían en la estación de ferrocarril de Bedous. Damián acababa de dar a Sonsoles un buen fajo de billetes, una fortuna ganada durante años de duro trabajo de comerciante irregular. Ella los guardó en su maleta, se subió a la escalerilla del vagón y, con una sonrisa amarga, esgrimió una última pregunta.

—Dime la verdad, Damián. ¿Eres mi padre?

El hombre de mejillas hundidas y ojos grises también dejó ver una sonrisa.

—Anda, mañica, monta de una vez...

Transcurridas tres semanas, ya en el nuevo año, Nicanor recibió en el hotel Mur una carta desde París. Aquella «extraña epístola francesa», como dijo a Digna, le produjo una viva emoción, como si fuese el aviso providencial de un mundo mítico, glamuroso, incluso licencioso, pero cuyo significado trascendente él no supiese todavía interpretar. Era de su sobrina Sonsoles, que mandaba recuerdos para todos, menos —por omisión— para su madre Berta. Decía estar viviendo en una casa burguesa del centro de París, que pertenecía a su amiga Monique, a la que había conocido el año anterior en el quiosco de la estación de Canfranc durante una parada del expreso del Midi. Estaba muy bien, no debía preocuparse por ella, no padecía privaciones y tenía en proyecto trabajar en algo, ya se le ocurriría en qué. Besos para todos.

Nicanor corrió al cuartucho posterior de Vitali. Encontró al ruso escribiendo una nueva poesía. Durante los años pasados Nicanor se había preocupado de aprender ruso, y ya se había leído las gruesas novelas de Dostoyevski y Tolstói que le había prestado su huésped, así que no le fue difícil leer la persiana cirílica que su amigo le mostró a continuación. Era un poema dedicado a la «Sublevación de Jaca», como ya se conocían los sucesos del mes anterior.

*La rebelión de la Libertad  
yace allá en la Ciudadela.  
Caen sobre sus mártires cuerpos  
millones de heladores copos.  
Pero no será su sepultura  
tanta nieve manchada de sangre.  
Pues brotarán en la primavera  
libres y bravos cual torrente.*

Se abrazaron y se pusieron a llorar. Mientras Nicanor tenía entre sus brazos a Vitali, volvió a sentir por él la atracción que le conturbaba desde hacía años,

sentimiento que se exacerbaba por instantes, como si el contacto con su cuerpo, su carnalidad, la contemplación cercana de las raíces de su cabello claro, e incluso percibir su olor corporal, despertasen en él un deseo extralimitado. De nuevo le embargaba esa angustia prohibida que perdió a Alejandro en Asia. Se separó del ruso, se atildó su levita, recogió su bastón y se largó sin más explicaciones.



## SEGUNDA PARTE

## Capítulo 10

Cuando llegó la primavera, todavía las madrugadas parisinas se sentían frías. Las dos mujeres iban con sendos abrigos de visón por los muelles del Sena. La francesa se achuchaba a un costado de Sonsoles, procurando engancharse con las uñas a su abrigo, como si buscara un asidero en sus hermosas tetas. Después de unos pasos tambaleantes y divertidos, ella, escasa también de equilibrio, se daba el pico con la francesa, y así se sujetaban una a otra con el beso, igual a dos cañas sin raíces. Les hacía gracia su atolondramiento de champán. Aunque Sonsoles no estaba tan achispada como Monique, y se daba cuenta de que hacía horas que habían abandonado la fiesta. No recordaba qué se celebraba, tan solo que había oído muchos gritos de júbilo español por las calles de Montparnasse.

Un soplo de aire helado hizo volar una hoja de periódico que fue rodando por los adoquines hasta aterrizar a los pies de la pareja. Monique sacó una pierna desnuda de su visón y pateó el papel. La pirueta que produjo la patada en *Le Matin* reveló en Sonsoles, a la luz del día que estaba naciendo, una imagen tibia. Se agachó, procurando no caerse del mareo, y se hizo con la hoja. Tras dedicar su mirada vacua a una de las fotografías de la sección de Internacional, se echó a reír de tal modo que desconcertó a su acompañante.

A mediodía, ambas se encontraban envueltas en el satén de una gran cama, en un lujoso apartamento del bulevar Haussmann. Sonsoles apartó la sábana y la colcha guateada y rosa con la seguridad de que no turbaría el sueño de burbujas de Monique. Se levantó en cueros, con la piel llena de carmín y moratones de mordiscos, y se alejó arrastrando los pies por la mullida alfombra blanca. Su abrigo, regalo de Monique, estaba en el suelo. No quería imaginar dónde habrían dejado el resto de la ropa. De un bolsillo del visón extrajo la hoja de *Le Matin* y volvió a observarla. Comenzó a llorar en silencio, fijos sus ojos azules en una de las fotos.

El reportaje trataba sobre la proclamación de la República en España. Las fotos que lo ilustraban habían sido tomadas en las calles de Madrid, llenas de abigarradas multitudes que celebraban el acontecimiento. Especialmente espectacular era una de la Puerta del Sol, abarrotada de gente que agitaba banderas tricolores encaramada a camiones y tranvías. Sin embargo, la que interesaba a Sonsoles estaba tomada desde un plano más cercano, menos épico, incluso vulgar.

Delante de una pastelería, en la esquina de la plaza con la calle Mayor, se apreciaba un grupo de gente divertida. Eran clientes de la tienda o viandantes, menestrales, empleados, desocupados, modistillas, gañanes y mozos de cuerda. Y entre ellos, destacaba una mujer alta, de permanente rubia y ondulada, expresión decidida y vivaz. Tocada con un sombrero a la moda, estaba de cara a la cámara, como si se exhibiese ante la plaza y el mundo entero. Con una mano se apartaba la pechera de su vestido de tal forma que dejaba ver un buen seno de prominente pezón, y con la otra mano sujetaba el asta de una bandera republicana, que la envolvía entre

sus pliegues. Mordiéndose un labio, húmedo de lágrimas, Sonsoles se admiró de aquella demostración de vitalidad. Parecía la Libertad de Delacroix guiando al pueblo.

Sonsoles ignoraba por qué su madre se encontraba en Madrid y tan lejos de casa el 14 de abril, hacía dos días. En cambio, la causa por la que un fotógrafo extranjero se centrara precisamente en ella entre aquellas multitudes era fácil de imaginar. Berta lo habría agarrado de un brazo y le habría dicho: «Tú, jodido franchute, prepara tu cámara para la mejor foto de este día». A continuación habría arrebatado una bandera tricolor a cualquiera que pasara, «¡Quieto y chitón!», y finalmente le habría bastado con abrirse la botonadura de su vestido estampado de lunares. Sonsoles sabía que su madre nunca usaba enaguas, ni sujetador, ni bragas. Y sospechaba cuál había sido el propósito oculto de ese gesto desvergonzado. No pretendía exhibirse gratuitamente ni buscar notoriedad, sino enviar un mensaje a París, a una hija que desde hacía cuatro meses no contestaba a sus cartas. Era inconcebible para Berta que su propia hija la aborreciese, de igual modo que era posible que en su conciencia hubiese quitado toda importancia a una acción propia que había valido el pelotón de fusilamiento a dos jóvenes oficiales.

En la siguiente carta que Sonsoles envió a Nicanor, pidió a su tío que le contase las circunstancias de aquella insólita foto. Muy gustoso, su tío se apresuró a referir negro sobre blanco el viaje que Berta había realizado a Madrid, como si relatase el suceso más asombroso que cabía imaginar. Cogió pluma de ganso, tinta y papel, y, sobre el escritorio de su gabinete privado del Mur, donde reposaba el grueso tomo de *Moby Dick* junto a *La montaña mágica* que ahora estaba leyendo, le tembló el pulso cuando inició el rasgueo de palabras. Al cabo de un párrafo se dio cuenta de que estaba escribiendo en ruso aljamiado, así que tiró el folio y comenzó de nuevo su epístola.

Su hermana Berta temía por su cargo en la aduana de Canfranc, debido a la inminente crisis de la monarquía que auguraban las elecciones. De modo que no dudó en bajar a Madrid en el primer tren. Lo que hizo en la capital fue muy audaz, aunque bastante sencillo para ella. Ya que Digna había dado cobijo al dirigente socialista Casares Quiroga en Jaca durante los días de la sublevación —enviado para entrevistarse con Galán en un empeño inútil de pararle los pies—, se presentó en su domicilio recalando que era cuñada de la hostelera. Se declaró una leal republicana y socialista, temerosa de que el venturoso régimen que estaba por llegar no reconociese su trabajo soterrado en Canfranc a favor de la República. Sentados Casares Quiroga en un sillón y Berta Broto en otro, ella le mostró las fotos que se había hecho con Fermín Galán en la estación. Hizo hincapié en aquella tomada bajo el letrero que decía «Inspectora de Aduanas. Señora doña Berta Broto». El fotógrafo Vitali la había amañado con pericia, de forma que había borrado el escudo real sobre el letrero. Casares Quiroga se mostró muy impresionado y prometió interceder a su favor en cuanto cambiase el Gobierno.

No muy satisfecha con esa vaga promesa, Berta corrió por las calles de Madrid hasta la casa de otro destacado republicano. En esta ocasión se trataba de una mujer, de Margarita Nelken, una feminista radical. A ella le enseñó además una copia mecanografiada de la obra de teatro *Berta* escrita por Fermín Galán, para la que el héroe nacional se había inspirado en ella, una mujer moderna y progresista que ocupaba un cargo de hombre. La señorita Nelken se conmovió por su coraje y le prometió solemnemente que, en cuanto cayese la Monarquía, se reconocerían sus derechos al frente de la aduana de la estación internacional de Canfranc.

Días después caía la monarquía, mientras Berta aguardaba el acontecimiento alojada en una pensión de Lavapiés. Atravesó las callejas bulliciosas del centro y montó su numerito en la Puerta del Sol. ¿Qué periódico no iba a publicar una imagen tan chocante? Ese era todo el misterio, querida sobrina, un engaño de la historia.

Después de leer la carta de su tío, Sonsoles tuvo tal acceso de risa y de llanto que hubo de meterse bajo la ducha. Monique la encontró allí, encorvada y atravesada por las agujas de agua, con la expresión desencajada de histeria.

—¿Qué te pasa, querida?

A Sonsoles le costó trabajo despejar las babas, las lágrimas y el agua de su boca.

—Pasa, querida Monique..., pasa que he encontrado mi vocación.

Si con ese arte se podía emborronar tanto la realidad, Sonsoles decidió hacerse fotógrafa, como su admirado Vitali. No aceptó que Monique le comprase el equipo, con el dinero que le había dado Damián se proveyó de lo necesario. La cámara no fue una tan anticuada como la de Vitali, sino una Enevermann de fuelle que cabía entre las manos. Alquiló una buhardilla en el bulevar de Clichy, en pleno Montmartre, entonces un barrio barato, a la sombra del Sagrado Corazón y lejos de la bohemia y del agobio de Montparnasse. Era una buhardilla insólita, puesto que, ya en la última planta del edificio, había que descender una escalera de pino para alcanzar su gran pieza. Sería un estudio excelente, muy iluminado por una amplia claraboya.

Su primera modelo fue la propia Monique, en cueros sobre una otomana, encendidas sus carnes ebúrneas por el sol de la claraboya. Monique estaba entusiasmada por el giro que había dado Sonsoles a su vida. La besaba, la acariciaba toda la noche, le hacía mohines de cariño durante el desayuno. Alcanzado el mediodía, con el sol en su cenit, se desprendía de su albornoz como una sílfide del rocío de Arcadia, y se echaba sobre la otomana en posición hartamente sugerente. La fotógrafa se esmeraba, buscaba posiciones artísticas, ángulos evocadores de carne viva. Más tarde, en el cuarto oscuro, cuando se revelaban los papeles dentro de la cubeta a la luz roja, ambas gritaban de alegría y se besaban ante los resultados obtenidos.

Monique se encargó de distribuir reproducciones de tales fotografías entre sus numerosas amistades de Montparnasse, y aun de los barrios más burgueses. Decía

que eran obras de arte, y que ella era la modelo de una artista española, aún desconocida pero que daría que hablar. Al principio no cobraba por ellas, aunque a Sonsoles le entregaba un dinero sacado de su propio bolsillo. Así fue como Sonsoles pudo valerse de otras chicas, modelos profesionales y bailarinas en paro del Moulin Rouge, para desarrollar sus proyectos más ambiciosos y audaces. Monique no se mostraba celosa por la atención sensual de Sonsoles hacia las chicas, cuando colocaba sus muslos o arreglaba sus cabellos, sino que observaba cómo trabajaba desde un rincón de la espaciosa buhardilla, fumando con deleite en su pipa.

Y a veces se traía a algunos amigos para que conociesen a su descubrimiento, para que la admirasen mientras fotografiaba.

—¿Llevaba o no llevaba yo razón sobre tu preciosa paisana, Pablo?

El invitado puso sus manos en ángulo, como si encajase un cuadro sobre la otomana donde una bailarina hacía cabriolas sobre las nalgas de su compañera.

—Estoy impresionado, Monique. Sonsoles ha tenido buen gusto al instalarse en este barrio. Su luz de mediodía es inmejorable.

Poco después, Pablo Picasso instalaba su estudio en pleno Montmartre, a contados pasos de la buhardilla de Sonsoles. No tardaron en seguirlo otros artistas y escritores, basculando así la bohemia del decadente Montparnasse a la colina del otro lado del río.

Ya habían transcurrido dos años desde su llegada a París, y el nombre de Sonsoles Broto era sobradamente conocido en determinados ambientes. Intelectuales y artistas celebraban su sensual audacia, sus sugerentes enfoques, su iconoclastia contra la sociedad biempensante. Sin embargo, a juicio de la Gendarmería, sus fotos eran deleznable pornografía. De vez en cuando un par de agentes se acercaba por su estudio para meterle miedo y aconsejarle que se dedicase a naturalezas muertas o a trabajar en un periódico.

En una ocasión coincidieron con la visita de una influyente escritora. Al llegar hasta ella sus voces broncas, amedrentando a la fotógrafa, Colette acudió a la puerta tal y como estaba posando, con los pechos al aire.

—¡Caballeros, márchense inmediatamente de esta casa! —espetó Colette a los gendarmes haciendo bailar delante de sus narices un dedo admonitorio—. Si insisten en sus amenazas, mañana mismo publicaré un artículo sobre abusos de la Policía con los artistas extranjeros.

A la vista de aquellos dos pechos saltarines, los gendarmes se quedaron sin palabras para describir la decadencia moral del mundo. Allá los burgueses con su propia inmolación; así que no volvieron a molestar a Sonsoles. Su buhardilla ya se había convertido en un centro de reunión de la bohemia, en un ir y venir incesante de artistas, marchantes, magnates, sindicalistas y políticos. Según los informes de la Gendarmería, en su interior solo había depravación, en absoluto conspiraciones de

inspiración alemana.

Un día, Chantale —la recia criada normanda que Sonsoles había tomado— abrió la puerta a alguien que no parecía ni artista, ni marchante, ni magnate, ni sindicalista, ni político, y que hablaba francés con un marcado acento español, o tal vez era ruso, en todo caso una lengua sin pulir. Lo observó de arriba abajo: vestía de negro riguroso, con una camisa de cuello duro y picos vueltos totalmente pasada de moda y una corbata severa que lo ahogaba. Calzaba botines de charol y lucía una barba que ya nadie se atrevía a dejarse. Chantale hizo pasar al caballero y lo condujo hacia abajo por la escalera de pino, que crujía a cada paso antes de alcanzar el estudio de la buhardilla.

Nicanor quedó sorprendido por la escena. Su sobrina Sonsoles estaba vestida de hombre, enfocando con el objetivo a cuatro chicas que se masturbaban unas a otras sobre un sillón redondo de terciopelo rojo. Nicanor carraspeó, se mesó su barba a copa de ciprés y, sujetando bien su cartera, abandonado ya su bastón en el hotel Mur por ser un incómodo adminículo para sus viajes, descendió los últimos peldaños.

Aquella fue la primera visita que realizó Nicanor Broto a París. En realidad, era su primera salida de España, después de recorrerse en tren todo el país de punta a punta. Su nuevo trabajo se lo exigía. Sonsoles lo acogió con entusiasmo mientras las modelos, con sus vestidos sujetos al pecho, corrían desnudas hacia el cuarto de baño. Tío y sobrina se besaron, lloraron por unas penas que más valía explayar poco y se sentaron a tomar café en aquel sofá redondo.

—Lo compré en una almoneda del Mercado de las Pulgas. Según el vendedor, perteneció a la emperatriz Eugenia de Montijo.

No fue difícil para la sobrina explicar la naturaleza de su vocación, al fin y al cabo saltaba a la vista. Pero sí para el tío: ¿cómo le iba a explicar que ahora era vendedor de ataúdes?

## Capítulo 11

**E**n vez de burlarse del general Silvestre con toda clase de improperios orientales, ahora el Genio se deshacía en zalemas con la amiga de su amo. La llamaba «Hurí del Paraíso», «Ojos del Profeta», «Zobeida revivida». En lugar de soportar las greñas sucias de Silvestre, el Genio se extasiaba con los pechos en almíbar que ya despuntaban en Lourdes, con su culito tembloroso que se adivinaba bajo su vestido, o con su cabellera negra como la de una esclava de Nubia.

No había sido fácil para el Genio darse a conocer a la muchacha. Silvestre había contribuido involuntariamente a presentarlos llevado por la desesperación.

Después de su fracaso en la expedición con los sublevados de Jaca, el soldado había arrojado la lámpara lejos de su cueva, hacia un prado cercano. Sucedió que un águila vio el objeto brillante, lo agarró con sus garras y lo depositó en su nido, en la montaña de la cueva. Luego bastó un golpe de ala para que fuese a parar de nuevo a los pies del soldado. Silvestre la pateó y la golpeó con una piedra, lleno de rabia, pero el objeto resistía sus agresiones. Entonces lanzó la lámpara a un torrente de aguas blancas, con la esperanza de que se la llevara lejos, río Aragón abajo, a lo largo del Ebro hasta el mar Mediterráneo y, con un poco de suerte, hasta las arenas de Arabia.

Un día, pasaba Damián con su acémila por la orilla de un riachuelo y se agachó para beber del agua cristalina. Al elevar la vista, percibió en la orilla opuesta, entre el ramaje, aquel extraño objeto de metal dorado. Se dijo que tal vez pudiera venderlo, así que lo metió en la alforja de su mula. Cuando llegó a la estación de Canfranc saludó a todos como de costumbre. Lourdes sabía que su tío le traería algún regalo de Francia, como de niña. Dejó el quiosco y corrió hacia él. En el andén Damián le ofreció una cajita de música, pero ella se fijó en que por la boca de la alforja asomaba un objeto conocido. Se temió que le hubiese pasado algo a Silvestre, aunque no dijo nada, y pidió a su tío que le regalase aquello que parecía un candil cerrado. Damián le ofreció su hallazgo muy gustoso.

En cuanto pudo, Lourdes subió a la cueva a toda prisa. Para su alivio, a Silvestre no le había pasado nada, aunque este no la recibió con agrado.

—¿Por qué me devuelves esa lámpara maravillosa? —preguntó él de brazos cruzados en la boca de la cueva—. No la quiero, señorita Broto. Te la doy.

—Pero, general, ¿por qué dice que es una lámpara maravillosa?

Lourdes se temió que su amigo se estuviese volviendo loco tras tanto tiempo sin hablar con nadie más que ella de vez en cuando. Sin duda que los cuentos de *Las mil y una noches* que tanto repetía le estaban haciendo ver en la realidad cosas que solo existían en su imaginación. O tal vez solo quería burlarse de ella.

—Pues porque concede deseos —contestó Silvestre muy petulante—. Sí, señorita, concede deseos...

El general creyó que con esas palabras se lo explicaba todo, pero ella le exigió más sensatez. Una mocosa pedía sensatez a un general del Ejército. Aquello era el

colmo. Así que, después de esgrimir un gesto de contrariedad, Silvestre procuró zanjar la cuestión de forma expeditiva. Haciéndose de nuevo con la lámpara, la frotó delante de Lourdes. El Genio apareció.

—Vaya, vaya... Aquí tenemos a la pequeña de los Broto, que aunque ya no es un ratoncito, sigue siendo una delicada princesa —comentó el Genio relamiéndose los labios—. Y tú, vomitador de gachas llamado Silvestre, no intentes de nuevo deshacerte de mí. Seguiré siendo tu esclavo hasta que tu tercer deseo se cumpla. Tan solo entonces cualquier otro amo me podrá adoptar.

El primer impulso de Lourdes fue el de correr despavorida vereda abajo. Pero fascinada por el ser transparente que flotaba delante de ella, aguardó a que alguien la sacase de su estupor. Media hora más tarde, explicado todo lo que debía saberse por parte de Silvestre y del Genio, la muchacha, sentada cerca de la hoguera, quiso conocer el desenlace del misterio que la embargaba desde niña.

—Dime, Genio, ¿sabes dónde se encuentra mi padre, el capitán de Intendencia Rafael Broto?

El Genio se echó a reír, con los brazos cruzados sobre sus pechos de corpúsculos traslúcidos.

—¡Oh, oh, oh...! Hurí de los oasis de melcocha, bienaventurada por Fátima y Alí, con esa boca de membrillo pretendes forzarme a que rompa mis votos. Si te contestase sería como si te concediese un deseo, cosa que ahora no puedo hacer, porque contestar preguntas siempre es conceder deseos.

—Ya te he dicho que tu padre murió, señorita —intervino Silvestre con coraje al otro lado de la hoguera—. Si no lo mataron los moros en el monte Abarrán, seguro que pereció después en cautiverio.

—¡Pues debiste pedir también un deseo para él, general, que no estaba tan lejos de ti aquella noche...! —le reprochó con un enojo inesperado, se levantó y salió corriendo de la cueva.

Silvestre se quedó desconcertado por la reacción de su amiguita, mientras el Genio, repasándolo con una mirada sesgada muy aguda, le decía sin hablar que, en efecto, durante aquellos momentos dramáticos de Annual se había conducido de forma muy egoísta.

Lourdes tardó un tiempo en superar su enfado con Silvestre, y, en consecuencia, en regresar a la cueva. Cuando lo hizo su mundo se estaba transformando a toda velocidad.

Por esos días comenzó a suceder una cadena de hechos que cambiarían la vida de todo el valle del río Aragón, desde el túnel de Somport hasta Jaca. Acababa de terminarse la vía férrea conocida como Caminreal, que conectaba la Jacetania con el levante del país. Aquello fue como una bendición para la línea pirenaica, que había subsistido con muy poco tráfico de pasajeros y mercancías. La vía de Caminreal



proporcionó al ferrocarril de Canfranc el paso de miles de toneladas de naranjas desde Valencia y Alicante, en los llamados «trenes naranjeros» con destino al corazón de Europa. Asimismo, del levante llegaron también gentes emprendedoras que vieron en el valle una riqueza inmensa. Desde las ventanillas de los vagones se quedaban extasiados por lo que descubrían en las empinadas laderas de aquellas montañas: inmensos bosques de pinos, de robles, de abetos, de avellanos, de sabinas y de nogales. Esos hombres eran artesanos de la madera que provenían de una región con escasos árboles.

Poco después de proclamada la República, alrededor del Pueblo Viejo de Canfranc comenzaron a instalarse serrerías, carpinterías y ebanisterías. Se fabricaban tablones, paramentos, muebles, con fácil salida por medio de la vía férrea. Entre las nuevas industrias destacaba una harta singular. Pertenecía a Vicente Palop y estaba especializada en la elaboración de ataúdes, de féretros de todas las calidades. Y puesto que las cajas mortuorias no solo se componían de madera, sino también de hierros para las asas y los crucifijos, de colas, de barnices, de telas para los forros interiores, generaba a su alrededor un comercio floreciente de esos abastecimientos. Los hermanos Cornelio y Rogelio Broto ampliaron su colmado a otras dependencias del viejo caserón y ejercieron de intermediarios de cuanto Palop necesitara. Si ellos no lo tenían, su madre Berta echaba mano a las sisas de mercaderías que retenía en determinados almacenes de la estación. En cuanto a Damián, seguía con su comercio de prendas finas y valiosas, ahora adaptado a los nuevos clientes. Él traía de Francia adornos caros de muebles, que no se encontraban en el país, o crucifijos de plata mucho más baratos para las tapas de los ataúdes de gran lujo. Así fue como los Broto medraron también con los recién llegados.

A pesar de su edad y su cumplida estatura, Cornelio no daba muestras de salir de su retraso mental. Solo servía para hacer lo que le mandaba su hermano y para acompañarlo en sus transportes de mercancías. Aunque después su vigor físico solapaba cualquier defecto mental en las salidas de farra o en las cacerías. El chaparro Rogelio se había visto obligado a contratar a un par de empleados, Horacio y Virgilio, para que despachasen en el colmado mientras él se dedicaba a llevar los negocios más sustanciosos. Junto a su hermano subía con su nuevo furgón hacia las industrias madereras del valle, y con la ayuda de los músculos de Cornelio, descargaba el género. Concluido el trabajo, corría el vino en la taberna de La Haya, la de los señoritos, y a veces en la de El Roble, la de los trabajadores. De tanto hacer negocios y alternar, Rogelio Broto entabló amistad con el señor Palop, un hombre de unos cincuenta años, de bigote gris, viudo y que tenía una preciosa hija casadera.

Vicente Palop era hijo del enterrador de Sueca y había comprado una gran casa de labranza en Pueblo Viejo, al lado mismo de sus talleres. Ya tenía más de veinte empleados, amén de varios criados domésticos. Pese a la crisis mundial, su negocio marchaba con desahogo. No tenía problemas en vender sus féretros en Huesca o en Zaragoza, y a veces incluso desde Madrid le encargaban un ataúd especial. Era un

hombre emprendedor. Fue Palop quien de inmediato animó a los otros industriales a formar una asociación de mutuos intereses. Al poco, en un caserón de la plaza del pueblo se instalaba el Consorcio, donde se reunían los patronos.

Siempre ojo avizor en las formas de medrar, Digna enseguida se apercibió de las posibilidades que le brindaban tanta actividad y tanto negocio arriba del valle.

—Yo siempre he sido muy negocianta.

No tardó en abrir una sucursal del hotel Mur en Pueblo Viejo. El edificio había sido una amplia casa de labranza a un lado del pueblo, en el borde mismo de un risco que iba a dar al río. A tal establecimiento lo denominó Posada Mur.

Una vez a la semana, el chófer Fortunato llevaba el Hispano Suiza a Pueblo Viejo. Ya frente a la posada, se descubría de su gorra y abría la portezuela para que saliese su emperifollada patrona. Digna se apeaba y, cogida del brazo de un hierático Nicanor, penetraba radiante en su nuevo negocio. Iba de estancia en estancia como pasando revista, con especial atención a que sus chicas no defraudasen a los acaudalados industriales venidos de fuera. Después departía con los clientes.

—¿Está todo a su gusto, señor Palop? —preguntaba mientras agitaba su abanico sobre sus orondas carnes.

—Todo bien, doña Digna —contestaba el valenciano—. Aunque las cosas podrían ir mejor.

Varios clientes distinguidos estaban sentados en una terraza umbrosa por el follaje de una gran sabina, en la parte trasera de la posada Mur, una atalaya que desde lo alto del precipicio dominaba un buen trecho del río.

—¡Oh...! ¡Dígame su nombre y ahora mismo echo a patadas a esa putilla! —exclamó una escandalizada Digna.

Palop dijo que no se refería a ese aspecto del negocio, sino a otro menos pegado a la tierra. Sus compañeros solían burlarse de él siempre que su conversación tomaba esos derroteros, pues lo consideraban un hombre demasiado inquieto, ávido de proyectos nuevos. El valenciano explicó a unos atentos Digna y Nicanor que, con tantas defunciones como acontecían al año en el país, por no hablar de asesinatos políticos o de suntuosos funerales cardenalicios, él no tuviese acceso a ese sustancioso mercado. Debía conformarse con proveer los mediocres entierros de las cercanías.

—¿Cómo puede usted pensar en hacer negocio con la muerte de la gente? —le espetó un tipo bien parecido, alto y flaco, vestido de beige como un indiano y tocado con sombrero de ala ancha, que estaba apoyado en la baranda del mirador.

—Amigo don Deodoro... —repuso Palop lamiéndose las gotas de pacharán de su bigote—. La gente se muere inexorablemente, y según la ley, no se la puede enterrar a cuerpo descubierto, como a los musulmanes. Muchos quieren descansar eternamente en cajas de calidad, con maderas preciosas, con excelente tapicería. Así es la vanagloria humana respecto a la muerte. ¿Por qué no vamos a vivir de ella yo y mis empleados?

—Señor Palop, la ostentación siempre es obscena, y más en la última hora —replicó Deodoro Rivas—. Es una ofensa a la moral pública que unos individuos se gasten enormes caudales en fastos prescindibles, mientras muchos más mueren por no poder atender sus necesidades básicas.

—Pero, señor Rivas, el dinero sirve si se le da un empleo. ¿No será mejor que los potentados se gasten su dinero en sus caprichos póstumos que dejarlo dormido en los bancos? Siempre serán mejor unos capitalistas bien enterrados que unos rentistas que tienen enterrado su dinero.

Digna soltó un grito, no muy escandaloso:

—Calle, calle, don Vicente... Yo siempre he sido muy supersticiosa.

Aquella interrupción cortó las palabras de don Deodoro, de suerte que no quiso seguir polemizando y dejó morir el tema. Se volvió hacia el precipicio, por cuyo lecho, bordeando el río, se extendía el cementerio local en una franja de arena. Tuvo un escalofrío ante tal panorama. Dio unas caladas a su pitillo pensando en fosas comunes, en fosas igualitarias, en entierros dignificados por el anonimato, no convertidos en espectáculos clasistas. Había tanto que cambiar en el mundo.

Deodoro Rivas era el nuevo maestro de la escuela de Canfranc, centro que el Gobierno de la República había ampliado dadas sus crecientes necesidades de instrucción pública. Frisaba los treinta y tantos, pero con mucha vida por detrás. Había sido maestro en Madrid, y en Barcelona en los tiempos acres por la pólvora del pistolero. Siempre que la ocasión era propicia, no dejaba de recordar que había sido amigo del malogrado *Noi del Sucre*. Más tarde, evolucionó desde el anarcosindicalismo al socialismo, tuvo problemas políticos y policiales durante la dictadura de Primo y pasó largas temporadas extrañado en islas desiertas del Atlántico. Ahora se encontraba en Jaca, quizás en un nuevo exilio impuesto por suspicaces correligionarios de la naciente República. Aunque llevaba su nuevo destino con buen ánimo. Estaba casado con Jovita Lecumberri, también maestra en Canfranc, una mujer inteligente que, a causa de un accidente en un acantilado de Fuerteventura, se había quedado paralítica. La pareja no tenía descendencia. Ya que su esposa no podía salir de Canfranc en su silla de ruedas con facilidad, Deodoro aprovechaba los sábados y los domingos para acercarse a la posada Mur. Allí aprendía picardías de las chicas, daba lecciones a los magnates del pueblo y olvidaba su mala suerte.

De acuerdo con sus ideas políticas, hizo pronta amistad con los parroquianos de El Roble, una taberna frecuentada por los obreros de las serrerías y las carpinterías. Allí conoció a Sito y a su amigo Ramiro. Ambos habían pasado varios años tendiendo los raíles del Caminreal, pero ahora que la vía férrea había llegado a su destino habían decidido quedarse allí, en la tierra que conocían desde niños. Trabajaban en las serrerías que se sucedían a lo largo del río, aunque a veces preferían contratarse para talar árboles por el monte. La anterior rebeldía de la pareja se había ido acrisolando en su duro trabajo como peones camineros del ferrocarril, a cuatro

pesetas el jornal. Se habían afiliado a la UGT y, dondequiera que fuesen, no cesaban de hacer proselitismo o de agitar a los trabajadores para que exigiesen sus derechos.

En un rincón apartado de El Roble, con vino de por medio, Deodoro cultivó los espíritus en bruto de Sito y Ramiro, igual al formón que desbasta el tarugo hasta convertirlo en la pata de un sillón dieciochesco.

—Trotski es un hijo de puta —les decía Deodoro en su rincón favorito—. Su revolución permanente es falsa porque, según el camarada Stalin, solo hay una revolución verdadera que cambia de una vez la sociedad.

—Pero Stalin promueve el socialismo en un solo país, compañero Deodoro. ¿Qué vamos a hacer en España? —comentó Sito.

A lo que Ramiro, antes de que replicase Deodoro, repuso con media sonrisa:

—Trotski opina que el socialismo de Stalin es de un solo hombre.

A Deodoro no le gustaban las gracietas con la doctrina. Golpeó la mesa con su vaso.

—¡Basta de paparruchas! Pues claro que en el futuro habrá un único país en el mundo, la URSS, y un único socialismo, no puede haber contradicción en los términos.

Una vez aleccionados, la pareja de jóvenes se retiraba a descansar a una colonia de cobertizos de pizarra y tablas, que se extendía por debajo del puente de hierro de la vía férrea que cruzaba Pueblo Viejo. Los habitantes del poblado eran trabajadores solteros o sin suficientes medios para mantener una casa en el pueblo. Sito y Ramiro vivían con enormes necesidades, pero ya estaban curtidos en los duros campamentos del ferrocarril y cualquier chamizo era preferible a pasar solo un día en la cárcel de Jaca.

Hasta allí se acercaba Lourdes con una cesta y les llevaba comida. Puesto que Sito no quería encontrarse con su madre —a su juicio político, una ramera capitalista—, Lourdes recogía la aportación de Digna y añadía la suya para mejorar su pobre alimentación.

Por un ventanuco Ramiro la veía venir con su cesta bajo el brazo y, cuando hacía frío, arropada con su capa roja a modo de bandera revolucionaria. Lourdes llamaba a la puerta de tablas mal clavadas y pasaba sin más trámites a la penumbra pegajosa y polvorienta del interior. A Ramiro le encantaba contemplar cómo se descubría de la capucha dejando al aire esa melena negra que parecía carbón del Dombás. Por algo parecido, a ella le gustaba hacer esas visitas arriesgadas: Lourdes se notaba mareada cuando se sentía observada por Ramiro.

Aunque era una muchacha despabilada, procuraba no hablar de política con su primo Sito o con Ramiro. No tenía la elasticidad de mente para las cuestiones intelectuales demasiado complicadas. Recordaba que esa incapacidad a veces había sacado de sus casillas a Sonsoles cuando eran niñas. Ahora que se escribía a menudo con su prima de París, sus escritos eran escuetos, sobrios, meras relaciones de hechos cotidianos; y no las exuberantes meditaciones sentimentales o artísticas que le remitía

la parisina. No en vano Berta le había dicho que precisamente su carácter alicorto era el apropiado para trabajar en la aduana. Algún día sería su ayudante, e incluso llegaría a sustituirla, así que le había permitido que continuase sus estudios.

Por eso Lourdes ya no estaba tanto tiempo en el quiosco de prensa y golosinas del vestíbulo. Era de las pocas niñas que a su edad todavía estudiaba. Ampliaba sus conocimientos con don Deodoro, o con su esposa doña Jovita. A veces se las veía juntas por las calles de Canfranc y por la estación, siempre Lourdes empujando la silla de ruedas de la maestra. Avanzaban despacio entre los pasajeros que iban o venían, entre los maleteros y los mozos de tren. Se diría que a Jovita le encantaba sentir a su alrededor la movilidad de los cuerpos que el suyo había perdido. Pero en un valle tan angosto como aquel tales paseos tenían poco recorrido. Lourdes no podía llevar a su profesora más allá de las vías férreas o del puente, ni adentrarla en el monte para que contemplase las entrañas del bosque. Y mucho menos pensó jamás en acercarla hasta donde moraba su amigo el general Silvestre. Le había jurado que jamás revelaría a nadie su existencia.

Una mañana de domingo en que Lourdes también llevaba su cesta de comida al hombre de la cueva, Silvestre le salió al paso en medio de un sendero acortinado por el ramaje.

—¡Ay...! —exclamó Lourdes paralizada de la sorpresa—. Qué susto, señor general...

—¡Chist...! —le chistó él—. Ven. Sígueme...

Silvestre condujo a Lourdes por senderos del bosque que solo él conocía. La llevó lejos, bordeando los trechos ya talados por los leñadores, hasta que encontraron el rastro de Berta. Su tía, con pantalones zuavos y un chambergo, se abría paso entre los helechos sin sospechar que había sido descubierta. Hacía mucho que Lourdes había desistido de averiguar el misterio que ocultaba con tales periplos primaverales. Ella ya no podía librarse de su influjo. Pero con la tala de árboles, Berta no estaba tan amparada por la maleza como para pasar desapercibida a los ojos siempre acechantes de Silvestre.

Al cabo de mucho subir repechos y mucho bajar cuestas, de cruzar arroyuelos y sortear peñascos, Berta localizó el paraje que buscaba, recóndito, soleado, cerca de una cueva, lejos de cualquier mirada indiscreta. Se sentó en medio del pequeño calvero que se extendía junto a la boca de la cueva y se echó a dormir. Pasaron dos días y no ocurrió mucho más que simples acciones de mera subsistencia. Entretanto, los espías consumían la comida de la cesta y se relevaban para beber agua de una chorrera cercana.

Al tercer día, Berta se desnudó completamente, se tumbó al sol y, abierta de brazos y piernas, cerró los ojos y relajó sus músculos blancos, su tez cérea, sus tetas untuosas. Hasta quedarse inmóvil. Transcurrida una hora, algo comenzó a moverse tras unas rocas y a avanzar entre la hierba. Silvestre hizo notar a Lourdes con siseos que era una serpiente, exactamente una víbora cornuda de los Pirineos. La víbora fue

reptando hacia Berta, subió por uno de sus muslos, bajó de él, se acercó a sus genitales velados por un vello pajizo y, habiendo alzado su cabeza cornuda, picó allí. Dejó un punto de sangre en cada labio de la vulva. Después se largó por donde había venido.

Lourdes quiso chillar, pero ningún sonido salió de su garganta agarrotada de pavor. Silvestre, con los ojos saltones como huevos de zurcir, no se perdía detalle. Había agotado sus tres deseos, así que no podía desear el cuerpo de aquella mujer bellísima y oferente, pero se sentía como hechizado por ella.

Pese al picotazo serpentino en su sexo, a Berta no se le movió un pelo de su cabello dorado. Permaneció inanimada, y ya no se notaba su respiración. Los testigos se preguntaron si no habría muerto por el veneno de la víbora. Decidieron aguardar en su atalaya antes que bajar al ominoso calvero para averiguarlo.

Cuando amaneció al día siguiente, la luz reveló algo tan extraordinario que aterró aún más a Silvestre y Lourdes. El cuerpo de Berta seguía igual de estático, pero sobre él, envolviéndolo, había aparecido como una funda transparente, igual a una tripa que contuviese embutido. Al cabo de unas horas, cuando el sol hubo calentado el calvero, el cuerpo paralizado y amortajado comenzó a adquirir vida nueva. Se agitó dentro de su funda, se pandeó en todos los sentidos, hasta que, por donde se adivinaba su coronilla, comenzó a salir al exterior. Contoneándose, arrastrándose por la hierba con sus brazos adheridos a los costados, poco a poco Berta fue dejando atrás la envoltura que la había albergado durante un año entero. Y ahora se veía tersa y lustrosa, igual a la serpiente que ha cambiado de piel.

## Capítulo 12

**E**l noviazgo de Rogelio con Rufina, la hija de Vicente Palop, no duró muchos meses. Aunque la moza todavía no había cumplido los dieciocho años, su padre la animó a casarse con un joven tan prometedor como Rogelio Broto. No era guapo ni atlético, ni instruido, pero no había duda que sabía ganarse la vida como pocos. Siendo ellos forasteros en aquellas tierras, aquel matrimonio sería una buena forma de echar raíces allí, robustas como las de los árboles de los que vivían. Rufina obedeció el consejo paterno, se formalizó el cortejo y al poco se concertó la boda.

La ceremonia se celebraría en la nueva iglesia de Canfranc. Acudieron invitados de la estación, de Pueblo Viejo e incluso de Jaca. La madre del novio lo hizo con un vestido deslumbrante, que solo podía haber conseguido por su cargo en la aduana. Digna, que había engordado algo más, se presentó rutilante del brazo de un Nicanor que lucía chistera, traje de rayadillo y corbata de lazo. El nuevo párroco ofició la ceremonia delante de una congregación variopinta. En los bancos se sucedían los atildados miembros del Consorcio, funcionarios de la estación con cuellos duros, gerentes de la Compañía del Norte del ferrocarril y concejales de Jaca amigos de Berta. Por detrás, de pie, trabajadores de los aserraderos con chaquetillas raídas y pantalones de pana remendada, empleados de la estación con holgados blusones, aldeanos de los alrededores en trajes típicos y las estridentes y pintarrajeadas chicas de Digna.

En medio de aquellos dos mundos se encontraba Lourdes, al lado de uno de los pilares y acompañada de Paula, ambas con sus obligados pañuelos sobre la cabeza. Su atención no estaba puesta en la ceremonia, ni en la novia de traje blanco con diadema de florecillas de trapo, pegada a un novio más bajo que ella, pero erguido, robusto y orgulloso como Mussolini. Sus pensamientos se centraban en su tía Berta, aunque ya dudaba de que aquella mujer tuviera algún parentesco con ella, en caso de que fuese realmente una mujer.

Después de su cambio de piel en el calvero, Silvestre y Lourdes habían salido espantados de allí. Ya cobijados en su cueva, aún temblorosos, el militar volvió a referirse al cuento de *Las mil y una noches*, al de Yamlika, la princesa subterránea. No tenía ninguna duda sobre sus sospechas: su tía era mitad mujer y mitad serpiente, como la princesa.

Lourdes no dejó de darle vueltas a lo que había creído ensoñaciones de niña, aquello de la lengua de doble pico de Berta, de su piel suelta, de sus venenos, de su aversión al contacto. Todo había quedado confirmado con aquella prueba tan elocuente. Quizá desde siempre, cada año había estado realizando su rito solitario con la víbora de cuernos en lo más apartado del monte. Y con la complicidad de Damián. Tal vez no fuese mitad mujer y mitad serpiente como afirmaba Silvestre, pero a todas luces su relación con la víbora la convertía en una criatura monstruosa, afín a ella. Había picado a Sonsoles, que había huido de ella amargada. También a Sito, que

había sido humillado por ella para luego ir a parar a la cárcel. A Paula, que ante su presencia se hacía el animal herido y lastimero. A Cornelio y Rogelio, dos brutos sin escrúpulos, esclavos de sus deseos. Cabía suponer, pues, que el bueno de Damián también era una de sus criaturas poseídas. Como ella misma lo era ya sin remisión.

El mismo día de su descubrimiento, nada más regresar espantada a la casa para hacer un hatillo con sus cosas y huir de allí, Lourdes había tenido su primera menstruación. Empezó a sangrar en la cocina de la casa. Paula cesó de abroncarla por su ausencia durante tantos días, fija en los chorros rojos que caían por sus piernas. Se santiguó y se llevó las manos a la cara. Lourdes cayó desvanecida. De nuevo volvía a perder el sentido y la noción de cosas vividas.

Cuando despertó al día siguiente se hallaba en cama, y a su lado Berta en la cabecera. Le sonreía, la tocaba con una mano que no emitía ningún calor, la miraba con sus ojos casi blancos, de iris verticales, como si le dijese «bienvenida a mi reino subterráneo».

—Pobre ratoncito. Ya es una ratita... —le decía en realidad.

Y ahí estaba detrás de ella ahora en el templo, fija en su figura alta, como permanecen encandilados los ratones, inmóviles de terror y fascinación delante de la serpiente que les habrá de dar la muerte. Berta aparecía hermosa detrás de la pareja de novios, sin llorar como lloran todas las madres en las bodas, sino con una sonrisa desencajada. De entre todos los presentes, solo Lourdes conocía el secreto de que se conservase tan joven, hasta el extremo de que apenas parecía la hermana mayor de su propio hijo. Solo ella tendría la posibilidad de desenmascararla.

Una vez concluida la ceremonia, los novios Rogelio y Rufina salieron del brazo a la puerta de la iglesia. Berta, el señor Palop, Digna y Nicanor, Cordelier y su esposa Claudine, Cornelio, Paula y Lourdes se colocaron a su lado mientras la gente les aplaudía. Ya posaban para la fotografía de familia cuando un sidecar irrumpió en la plazuela.

Vitali se había comprado una moto con sidecar para moverse mejor por el valle y llevar su equipo sin esfuerzo. Saltó de su vehículo, cogió la cámara con su trípode y se plantó delante del grupo de novios y familiares. Al poco restalló la antorcha cebada de magnesio. Y continuó haciendo fotografías durante el convite, que tuvo lugar en el espacioso salón del Consorcio. Luego se perdió por ahí borracho.

Mientras en el centro del salón se bailaban pasodobles, en la mesa presidencial, ya amontonados los platos y desbaratada toda formalidad, Nicanor charlaba con Palop.

—Amigo Vicente, piense lo que acabo de proponerle. He leído que no hay empresa americana que no tenga al menos un representante de ventas.

—Sería algo novedoso en España, Nicanor —decía el industrial entre el humo de su puro—. Nunca había pensado que se pudiesen vender ataúdes antes de que se precisasen, al menos no a esa escala.

—En buena lógica así debe ser en todos los casos, ¿no?



Palop se echó a reír por la fina y lúgubre ironía de su nuevo pariente. Satisfecho, pensó que hacer socio de su negocio a Nicanor Broto era otra forma más de echar raíces en aquella tierra montañosa y prometedora.

De esta manera fue como Nicanor atendió por fin el mandato evangélico de levantarse y andar. No navegaría por océanos lejanos como el indio Queequeg, pero al menos recorrería tierras contiguas e inmensas y, en vez de labrar su propio ataúd, vendería sus féretros a los demás. Había llegado su hora de conocer mundo, de ver con sus propios ojos las ciudades que Vitali le había descrito, las que le habían referido los oficiales de la Ciudadela, o a las que pertenecían los pasajeros que paraban en la estación. Ya estaba bien de ser un mantenido de Digna, un monigote al que paseaba de vez en cuando el chófer Fortunato en el Hispano Suiza. Se acabarían los cuchicheos maledicentes y las risas a sus espaldas.

Al día siguiente, Palop y él firmaron un contrato de sociedad. De modo que desde entonces su carpintería de cajas para entierros pasaría a llamarse Ebanistería Palop & Broto, especializada en féretros de calidad.

Lo primero que hizo Nicanor fue confeccionar un catálogo de lo que ofrecería Palop & Broto a sus clientes. Los ebanistas trabajaron duro durante semanas para, según sus indicaciones y diseños, confeccionar un variado número de ataúdes. Se usaron las mejores maderas, tanto locales como importadas, los tapices más lujosos, los herrajes de orfebrería más elaborada. El resultado fue una colección de féretros recargados, llenos de arabescos y de detalles sentimentales, como angelotes y flores. Lo segundo que hizo Nicanor fue acordar con Vitali la realización de un catálogo fotográfico de cada pieza, desde distintos ángulos y por dentro.

Una mañana, Digna, Berta y Palop se despidieron de él en el andén de la estación de Jaca, mientras por detrás lloriqueaban los empleados y las chicas del hotel Mur.

—No te vayas, Nicanor —le dijo Digna un tanto melodramáticamente—. Cuando vuelvas me encontrarás muerta. Yo siempre he sabido que moriría en tu ausencia.

Sin replicar nada que hiriese a su esposa, y que acaso la matase en su presencia, Nicanor se montó en el vagón, acomodó en su compartimento su maleta y la cartera con el catálogo y, en una sombría despedida, movió una de sus manos por detrás de la ventanilla, sin sonreír. El tren se alejó parsimonioso.

Durante mucho tiempo no se supo nada de Nicanor en Jaca o en Canfranc. Cuando dio señales de vida al cabo de varios meses, se había recorrido en tren el país de punta a punta, estableciendo relaciones de Palop & Broto con las funerarias de las mayores capitales. La empresa les suministraría por vía férrea los ataúdes más originales y de la mayor calidad, a fin de atender la demanda de potenciales y acaudalados clientes. También estaba vendiendo féretros a gente respetable que se pudiese permitir un entierro suntuoso. Como hombre de cultura enciclopédica que era, y que se había leído durante los últimos veinte años todos los periódicos y las

revistas que caían en sus manos, Nicanor estaba al tanto de la vida social de Europa entera. Sabía qué edad tenían multitud de celebridades, dónde vivían, qué enfermedades padecían, qué riesgos corrían en sus respectivas tareas. En consecuencia, podía establecer quién necesitaría en un futuro previsible los servicios de un ataúd de categoría.

Nicanor sabía que Valle-Inclán se hallaba enfermo, así que se presentó en su casa de negro riguroso y con sombrero de copa. La criada, impresionada por aquella aparición de mal agüero en el quicio de la puerta, se santiguó y lo llevó sin vacilaciones a la alcoba de su patrón, donde el escritor guardaba cama. Ante aquella irrupción nefasta, Valle-Inclán puso cara de contrariedad. Pero luego le encontró gracia al asunto, como si fuese algo esperpéntico, y se interesó por la oferta de tan singular personaje.

—Vea usted, señor Broto, que me falta un brazo —le dijo Valle-Inclán, flaco como la hoja de una navaja—. Querría que me hiciese un descuento por mengua de material.

—Por supuesto, don Ramón María.

Su próximo cliente de fuste fue un distinguido científico, ya en la ancianidad. Santiago Ramón y Cajal no puso reparos al elevado precio de su féretro, aunque después de repasar detenidamente el catálogo, exigió una serie de detalles. Nicanor tomó nota en una libreta de tapas negras: la caja del premio Nobel llevaría un friso labrado con motivos científicos, tales como microscopios, probetas y ramificaciones de neuronas.

«Ah, Queequeg. Inspiras mi ardua tarea», se dijo Nicanor al cerrar la libreta.

Estaba de paso por Barcelona cuando Nicanor supo del fallecimiento de Francesc Maciá. No tardó en acercarse al velatorio y hablar con los familiares. Claro está que el eminente político ya descansaba en su caja, más bien modesta y adusta como había sido su vida, pero Nicanor consiguió que los deudos mudasen el cuerpo a un féretro de Palop & Broto, de una selecta remesa almacenada en un galpón cercano a las obras de la Sagrada Familia. Para promocionar su producto al principio, todo buen comerciante ha de mostrarse dispendioso: aquel ataúd gratuito reportaría posteriores encargos.

Antes de abandonar Barcelona un mes más tarde, con numerosas solicitudes en su libreta, Nicanor recibió en su pensión de Las Ramblas la visita de un caballero del consulado francés. El funcionario le comunicó que un ilustre personaje de Francia —donde ya se conocía de oídas el prestigio de Palop & Broto— deseaba contratar sus servicios. No le daría su nombre y debería viajar a París. De nuevo Nicanor subió al tren, y cruzó la frontera por primera vez. Días después, entraba en el chalé del que fuera presidente de la República, el señor Raymond Poincaré.

El anciano lo recibió sentado en una silla en medio de una rosalada, con una manta sobre las piernas. Había sufrido varias delicadas operaciones en los últimos años, y los médicos no le daban mucho tiempo. Hablaron sobre la futilidad de la vida.

Versado en la multitud de poetas y filósofos que había leído, Nicanor expuso réplicas ontológicas que deslumbraron a su interlocutor.

—Ciertamente —vino a decir—, somos humo de ilusiones, entes efímeros, cuyo único acto de verdadera soberanía se encuentra en la potestad de elegir en el momento postrero la forma de abandonar el rastro que dejamos en este mundo.

—Veo que no me he equivocado al elegirle, *monsieur* Broto —dijo Poincaré con voz desvaída—. Pues bien, sepa que hace tiempo que me preparan unas exequias de Estado faraónicas. Eso no lo podré evitar. Pero sí puedo elegir mi forma de estar presente en ellas. Hay distintas funerarias francesas que ya se disputan el honor de proporcionarme mi última morada. Yo no quiero elegir entre ellas, no solo por no agraviar a las descartadas, sino porque ninguna está dispuesta a complacer mi gusto. Opinan que un presidente de la República francesa merece el ataúd más espléndido que quepa imaginar. A mí no me parece bien.

—Comprendo, señor presidente —dijo Nicanor posando con suavidad su taza de café en el plato, con el meñique extendido, como sabía que hacían los ingleses a la hora del té—. Desea que su féretro sea de un diseño sencillo, aunque imagino que elegante, muestra de esa última voluntad soberana que reclama.

El enfermo asintió con una media sonrisa, a lo que Nicanor respondió con una sutil caída de párpados, de filósofo estoico que hubiese comprendido los más hondos y nobles sentimientos de aquel anciano. En ese momento Nicanor pensó que podría aprovechar la austera caja de Maciá que había cambiado a su familia por la más barroca de la empresa. Bastaría con agregarle una discreta y pequeña placa donde se leyera «Palop & Broto».

Transcurrida la entrevista, Nicanor aprovechó su estancia en París para visitar a Sonsoles, la sobrina descarriada a la que no veía desde hacía casi tres años.

Mientras regresaba a la frontera salvaje, en su compartimento del tren se entretenía en diseñar féretros en su cuaderno de tapas negras. Los carpinteros de fallas que Vicente Palop se había traído de su tierra nunca tenían problemas en interpretar con madera y gubias sus dibujos. Algunos pasajeros que se fijaban en aquellos sombríos trazos, sentían escalofríos y lo dejaban solo.

Nicanor hacía su vida de tren en tren. A bordo de ellos tomaba notas, repasaba los horarios de ferrocarriles, estudiaba los trayectos, indagaba en los folletos de propaganda sobre los hoteles y posadas donde pernoctar. De cuando en cuando, levantaba la mirada y se fijaba a través de la ventanilla en el paisaje: fugaz cerca del observador, y lento en lontananza. Por momentos se sentía feliz, como si aquel estado móvil que había adquirido desde su sociedad con Palop se hubiese inventado para él. Así era la vida del hombre: un monótono pase de paisajes inextricables delante de sus ojos. Con las cosas cotidianas demasiado cercanas y veloces en su transcurrir como para ser asidas por la reflexión. Con las cosas trascendentes demasiado lejanas, de un transcurso tan lento que la conciencia humana no podía dilucidar su esencial naturaleza. Y de repente, en medio de esa reflexión de una vida siempre dinámica

como el tren, llegaba un túnel, se iba la luz y el viaje del existir se había acabado.

## Capítulo 13

**D**amián subía de Jaca con su mula. No estaba muy lejos de la estación. Llevaba las alforjas vacías tras haber despachado su género en el colmado de Rogelio. Avanzaba orillando la vía férrea, a lo largo de la grava. No le gustaba regresar de vacío, así que nunca dudaba en cargar en sus alforjas cualquier cosa que se encontrase por el camino. Ya habría alguien que se interesase por ello, aunque fuese el cacharro más inútil. Ahora iba recogiendo el carbón caído de las locomotoras. Seguro que cualquiera se lo compraría para pasar caliente unos días del próximo invierno.

Al culminar una curva, Damián distinguió sobre los raíles tres o cuatro bultos de vaga semejanza con distintas partes de un cuerpo humano. Los observó mientras se acariciaba el mentón quemado. Luego los cargó en las alforjas y fue directamente al cuartelillo de la Guardia Civil en Canfranc.

El número de guardia en la puerta que lo vio acercarse se azoró y levantó su fusil. De inmediato llamó a su superior, que estaba desayunando.

—¡Mi cabo primero, salga, rápido...!

Atendiendo a la llamada de su subordinado Vargas, el cabo primero Montoya salió a la calle, seguido por el cabo Amaya. Ambos iban con las bocas grasientas y unas servilletas colgadas del cuello.

—Vaya, vaya... Parece que Damián Broto viene a nosotros... —comentó Montoya al tiempo que se limpiaba de salsa el bigote.

—¿Está seguro que es él, mi cabo primero? —dijo el cabo Amaya—. Yo es la primera vez que lo veo...

—Sí, es él, Amaya. Tiene la estampa inconfundible de todos los Broto.

Montoya era un antiguo rastreador del tráfico que se traía Damián entre ambos lados de la frontera. El contrabandista siempre le había dado esquinazo en Jaca. De eso hacía mucho, él era un simple guardia y luego un vulgar cabo. Antes de que se hubiese abierto el cuartelillo de Canfranc y antes de que Berta ocupase su cargo en la aduana. Montoya había dado por imposible a Damián y sus alforjas llenas de alijo. Al fin y al cabo, el daño que ocasionaba a la hacienda pública con su tráfico era ridículo, habida cuenta de que traía productos que de lo contrario nadie compraría. Ahora venía hacia él sin que lo reclamase, sin el menor gesto de preocupación en su rostro. Montoya desvió la mirada desde su adversario a la carga sangrienta que portaba.

Después de un primer vistazo, los seis guardias del cuartel concluyeron que el maestro de escuela Deodoro Rivas había sido atropellado la noche anterior por un tren. Seguramente mientras regresaba a altas horas de la madrugada a Canfranc desde Pueblo Viejo, de pasar el día en la posada Mur. Acabada la diversión de los sábados o los domingos con las chicas de Digna, placeres que su esposa Jovita no sabía o no podía proporcionarle, volvía borracho por el sendero que le marcaba la luz de la luna reflejada en los raíles. Algún convoy se lo habría llevado por delante.

—Fíjese, Montoya, en ese agujero —indicó Damián señalando un feo orificio que interesaba en el tórax partido del cadáver, al que le faltaba la cabeza, un brazo y el abdomen con los miembros inferiores.

El cabo primero se acercó a observar. Los ojos le bizquearon delante del agujero. Con la servilleta se enjugó el sudor que comenzó a brotar en su frente.

—¡Virgen de la Macarena...! —exclamó.

Horas después, Zacarías, hijo del doctor Ezequiel que había abierto consulta en Canfranc, certificaba que Deodoro, antes de ser descuartizado, había muerto por la herida de una bala que le había atravesado el corazón. A partir de ahí Montoya se desentendió de Damián y lo dejó marchar sin mirarlo siquiera. Bastante tenía con ese probable asesinato.

La tensión que se vivía en todo el país había alcanzado incluso aquel rincón de los Pirineos. Los veinticinco kilómetros que separaban Jaca del túnel de Somport se habían convertido en un hervidero de agitación sindical y política. Se decía que había llegado de Barcelona un dirigente de la UGT para calentar la sangre de los trabajadores de los aserraderos y de los talleres en caso de que las elecciones generales las ganase la CEDA. Montoya sabía que sus compañeros lo llamaban «Finito de Mataró». En su ficha constaba que era calderero y que había sido aspirante a maestro del toreo. Pero no pasó de novillero, ya que una cornada mal dada y un nervio dañado le habían provocado una ostensible cojera. En su nueva actividad de agitador no temía lidiar con astados quizá más peligrosos. Se hablaba de él en todas partes.

—Según dicen, ese cabronazo de Finito anda soliviantando a los leñadores del monte. ¿No piensa hacer nada, cabo primero? —había comentado Berta a Montoya una semana antes.

Casi todos los días el cabo primero se acercaba a la estación, no solo para supervisar que una pareja de sus hombres rondase como estaba mandado por sus dependencias, sino también para charlar con la inspectora de Aduanas. Se conocían de beber juntos durante aquellas visitas que realizaban los civiles al caserón de Jaca, cuando creían que Damián andaba por allí en negocios ilegales y aún albergaban la ilusión de echarle el guante. Aquella mujer vigorosa y mal hablada siempre había fascinado a Montoya. A veces pensaba en ella como guardia civil, y se decía que hubiese sido de los mejores. Pero no se la quitaba de la cabeza como mujer, como un compendio de tacto caliente y de textura blanda. Había oído los rumores sobre que Berta Broto no usaba sostenes, ni siquiera bragas. De imaginársela así, entre sus brazos aunque fuese vestida, por las noches Montoya daba vueltas de inquietud en su cama y despertaba a su mujer. Por eso, antes del amanecer era esta quien debía suplir con su cuerpo las fantasías del cabo primero. Durante el día Montoya debía conformarse con hablar de los asuntos cotidianos en el despacho de aquella belleza

rubia que poseía el genio de un volcán, pero que no reaccionaba a ninguno de sus velados requiebros.

—¿Y qué puedo hacer, doña Berta? —le contestó Montoya al tiempo que repasaba con los ojos la pechera de la mujer, donde adivinaba dos cúpulas de San Pedro terminadas en capulinos de carne divina, fuentes de leche consagrada—. No puedo detener a Finito. No hay ninguna orden de búsqueda y captura contra él. Y aquí no ha hecho nada ilegal.

Berta se movía de aquí para allá por su despacho, ordenando unos documentos, sirviéndole otro vaso de vino. Cuando se inclinó sobre unos archivadores metálicos para introducir unas carpetillas, mostró un trasero empinado. Desde su asiento, Montoya torneó con ojos inflamados sus caderas y sus nalgas, algo estiradas para su gusto, y rastreó por su vestido a media pantorrilla —de nuevo la moda había bajado el nivel de las faldas, aunque también las había ajustado— hasta comprobar que en sus glúteos no hallaba los bordes de braga alguna. Pensó que solo una fina tela separaba su visión de esos dos panes de carne, calientes gracias al horno del fondo de la hendidura, que a la vez los apartaba y los unía.

Entonces Berta se volvió, y Montoya no pudo retraer a tiempo su mirada de radiografía. Ella sonrió con disimulo y regresó a la mesa para seguir con sus quehaceres. Mientras, el cabo primero se enjugaba con un pañuelo el sudor frío que había brotado en el cerco que el tricornio le había grabado en la frente con los años.

—¡Ay, Montoya, para ser andaluz qué poca imaginación tiene...! —exclamó ella—. Ese tipo va a torear a toda la gente de orden del valle. Aguarde unos días y verá. Yo que usted no esperaría al resultado de las elecciones. Cogería a Finito con un par de hombres y, en medio del monte, lo atravesaría con una bayoneta de esas que usan ustedes. Cuando lo descubriesen, la gente creería que lo habría corneado un jabalí.

Montoya rio para sí. «Ah, rubia de labios carmesíes que ocultas sin bragas, yo sí que te cornearía a ti hasta las asaduras...». Cuánto le gustaba el genio de esa mujer, sin duda un reflejo pálido del verdadero furor que explotaría en su lecho. Lástima que el horno del pan perteneciese a Damián, aunque lo alimentase con carbón de tarde en tarde, si lo hacía. Por ese abandono podría abrirse un resquicio de esperanza. Habría que perseverar. En esa tesitura, Montoya deseaba haber sido contrabandista en lugar de guardia civil. Tampoco había mucha diferencia entre uno y otro, ya que el principal afán de ambos consistía en caminar. Solo los separaban ciertos caprichos de la ley que imponían los señoritos de las Cortes.

—Qué barbaridad, doña Berta... —repuso el cabo primero tras apurar su vaso—. Esto no es Barcelona o Madrid, es un lugar tranquilo. En cuanto Finito de Mataró se canse la boca de tanto hablar se irá como vino, en el tren. Verá como no pasa nada.

Berta se pasó un dedo entre sus labios al otro lado del escritorio, como si se insinuase. La luz intensa del vestíbulo de la estación, que penetraba por la ventana de cristales esmerilados a un costado, provocó que los ojos de Montoya titilasen.

—No lo creo, Montoya. Me huelo sangre. Como hace cuatro años con el

gilipollas de Galán.

Cuando días después apareció el cuerpo de Deodoro horriblemente mutilado y con un balazo, Montoya se acordó de aquella conversación con Berta. Todo parecía indicar que alguien más que ella se había puesto nervioso, no solo por la presencia de Finito, sino por el incordiante proselitismo revolucionario del maestro Deodoro Rivas a lo largo de las tabernas del río. Más de uno se la tenía jurada.

El asesinato del maestro de Canfranc provocó una gran conmoción en el valle. Se oyeron gritos en las carpinterías y los aserraderos, lamentos y murmullos cargados de sospecha. Lourdes acudió a consolar a la maestra viuda. Como las mujeres no podían acudir a los entierros de sus maridos, la alumna se pasó el día siguiente paseando en su silla de ruedas a una desconsolada Jovita, de un extremo a otro del andén francés de la estación.

—Móntame en el próximo tren que vaya a Pau, Lourdes —le decía de continuo la joven mujer, de luto como una uva pasa sentada—. No quiero cruzarme con su asesino.

Al entierro de Deodoro Rivas acudieron casi todos los trabajadores de Pueblo Viejo de Canfranc y de los aserraderos de alrededor. Entre quienes portaron su féretro se encontraban Sito, Ramiro y Finito de Mataró. Como este iba a la cabeza de los seis hombres, el ataúd no dejó de cabecear durante todo el trayecto a causa de su cojera. El cementerio se extendía por el margen derecho del Aragón, bajo los mismos refajos concupiscentes de la posada Mur. El río bañaba uno de sus costados de sólido muro de mampostería, mientras que el otro costado del camposanto estaba flanqueado por una pendiente de bosque bajo. El panteón se abarrotó aquella tarde con un sinfín de boinas y gorras descubiertas, con banderas rojas y puños en alto. Sito pronunció unas palabras en honor del maestro que había dado su vida por instruir a los hijos de los trabajadores.

En el momento culminante del acto, cuando se descubría la lápida de la tumba, donde se leía «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución», Vitali llegó al cementerio con su moto, acompañado de Cornelio en el sidecar. Se abrió paso entre el gentío con la cámara al hombro y trató de sacar unas fotos. Las voces de desaprobación significaban que nadie olvidaba los frecuentes denuestos del ruso contra los camaradas soviéticos en las tabernas de Jaca. Vitali arguyó que tan solo pretendía plasmar un momento solemne de la lucha obrera. A regañadientes aceptaron su argumento, no así la presencia del menor de los Broto, por muy idiota que fuese. No dejaba de ser hermano de Rogelio Broto, uña y carne de los patronos, casado con la hija del mayor industrial del Consorcio. Le silbaron y hubo puños amenazadores contra el gigante.

Dolido por aquel desprecio hacia a su amigo, Vitali recogió trípode y cámara y se alejó arrastrando su abrigo de astracán.

—¡Miserables...! —gritó con voz de tiple al volverse en la puerta del panteón hacia las mil caras hoscas—. ¡Los bolcheviques no aprenderéis nunca buenos



modales!

Desde que Rogelio se había casado parecía que el menor de los Broto hubiese quedado huérfano de hermano, sin compañero para sus andanzas por los burdeles infames o para las cacerías. Así que Vitali había sustituido a Rogelio. Empezaron a aparecer juntos por los antros de Jaca que antes habían frecuentado los Broto y que ahora Rogelio todavía no se atrevía a pisar por su reciente matrimonio. Luego se los vio ir de cacería los dos solos al monte. Eran unas cacerías especiales, pues Vitali prefería llevar como única arma un gran cuchillo. Decía que así era como se cazaba en su principado de Orsha. De ese modo el ruso y Cornelio capturaron tres lobos más, a los que se empeñaron en domesticar como al primero. Los ataban a un árbol y los dejaban pasar hambre durante días, luego Vitali cogía una rama y abrumaba a los animales a palos, hasta demostrar quién mandaba. Cornelio lo imitaría con tal entusiasmo que un par de fieras habían perecido a sus manos.

A Cornelio nunca le había importado mucho el colmado, como nada importa a los idiotas, y ahora ya no le excitaban los viajes en el furgón de las mercancías. Desde que su cuñada Rufina se había puesto detrás de su mostrador, él ya era más bien como un saco de patatas en medio del paso. Si pisaba la casa era para jugar con su pequeño sobrino, Amadeo, para comer a deshoras o para acostarse. El resto del día lo pasaba en su ir y venir montado en el sidecar de Vitali. Así era como ese hombre poderoso de físico pero escaso de luces se había convertido en el ayudante del fotógrafo artista. No parecía haber nada en común entre ambos. Uno era necio y rudo, incapaz de comprender conceptos medianamente complicados, con un cuerpo descomunal y tosco. El otro era un ser sensible, de conversación rica en conocimientos y meditaciones, de físico menudo, a veces con trazas femeninas. Sin embargo, una fuerza vital los igualaba en lo primario. Tanto uno como otro se emborrachaban por igual, peleaban contra los lobos con arrojo semejante, entraban en los burdeles con parecido ímpetu. Según comentaban las fulanas, el ruso prefería ver sentado y con una botella de licor en las manos las hazañas de su amigo antes que participar él en los lances de cama. Un extraño vicio más de aquel extranjero.

Hacía tiempo que Vitali no vivía en el hotel Mur. A raíz de los continuos viajes de Nicanor, se había sentido incómodo en aquel ambiente superficial, siempre lleno de oficiales estirados y agrios que ahora conspiraban contra la República. Una mañana recogió sus muchos bártulos y decorados de pega y se fue a una casa que había comprado frente al extremo sur de la cárcel, no lejos del caserón de los Broto. Allí instaló su estudio, la lobera para sus animales y el garaje para su moto con sidecar.

Muchas noches los vecinos de Jaca se escandalizaban por los aullidos de sus lobos capturados, otras el escándalo provenía del mismo inquilino, que cantaba en su lengua hasta caer rendido. A veces lo acompañaba Cornelio. Había días en que el sol del amanecer penetraba por el balcón y caía sobre sus cuerpos ebrios y atravesados en la cama de la gran alcoba. Las viejas desdentadas de la puerta de la catedral ya comentaban, entre persignaciones, que entre ambos había un pecado de sodomía.

Nada de extrañar desde que Azaña se había hecho el amo del país. Así que en las inminentes elecciones, donde ellas por primera vez podrían votar, habría que hacerlo por la CEDA o, Ave María Purísima, por Lerroux.

## Capítulo 14

**H**acía un tiempo en que el Genio veía venir a la pequeña hurí Lourdes sin pisar la tierra. Subía la cuesta flotando y, con su cesto de comida colgado del brazo, penetraba en la cueva con los pies a dos palmos del suelo. Creyó que debía estar dotada de poderes mágicos concedidos por un efrít de algún cuento del libro que él aún no hubiese leído. Pero recordando distintos episodios de bellas princesas y gallardos visires, cayó en la cuenta de que la joven amiga de su amo Silvestre estaba poseída por el peor de los hechizos, el más endemoniado y el más peligroso.

En la boca de la cueva el Genio dejó ver su dentadura de nácar con una sonrisa, mientras le cuchicheaba al general Silvestre lo que había descubierto sobre su amiguita. Ella, entretanto, se afanaba por poner un poco de orden en el desbarajuste de pieles y cacharros acumulados al fondo de la caverna.

—Si todavía es una niña... —comentó Silvestre incrédulo.

—Estúpido ciego de Gaza. Si te fijases bien, verías que ese cuerpecito ya podría producir estragos en un regimiento de jenízaros.

Sentado en una piedra, con ojos extraviados, Silvestre se fijó de nuevo en la muchacha. Vio que Lourdes se había parado delante de la fiambarrera de agua que el Genio usaba como cine, y que también podía servir de espejo, sobre cuyo reflejo la chica, con gestos coquetos a la luz de la hoguera, se peinaba con los dedos su cabello azabachado.

Ese descubrimiento fue un duro trago para Silvestre. Se dio cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, aunque se viviese en una prórroga de la vida como la suya. Temió que Lourdes se fuese con otro hombre, y que lo abandonase a él en aquella montaña desapacible, con la sola compañía de un genio burlón y rijoso. Pero lo peor para Silvestre fue una vaga sensación que anegó su ánimo, un sentimiento de nostalgia por un amor de juventud, quizá por una hija tan enamoradiza como aquella jovencita, pero que él no se acordaba de haber tenido. Durante ese tiempo no había querido preguntar al Genio por la suerte de su familia, no porque temiera que ese deseo de mentirijillas no fuese concedido, sino por no ahondar más su angustia rememorando hechos y personas ajenos ya a su existencia.

Después de atender al habitante de la cueva, Lourdes descendía del monte igual que había subido, sin pisar la tierra. Así cruzaba por las vías del tren, por el puente sobre el joven río Aragón, y llegaba a la casa, a la cocina donde volvía a dejar la cesta, ahora vacía. Por supuesto que la coja engañosa de Paula se apercibió también de ese fenómeno, y se lo chivó a la señora. Pero Berta se había dado cuenta de ello antes que nadie. Y se lo comentó a la propia sobrina días después, delante de testigos. Berta había invitado a Jovita a su casa, para que no se quedase viuda y desasistida en la vivienda trasera de la escuela. No estaba de acuerdo con las peligrosas y peregrinas ideas de su difunto esposo don Deodoro, pero no iba a consentir que una mujer valiente e inteligente como ella pasase más penalidades de las necesarias.

—Así que venga a vivir conmigo, Jovita. Y se acabó.

Jovita aceptó, pues esa mujer no sería mal escudo contra las maledicencias de la sociedad tradicionalista.

Una tarde estaban comiendo las tres, Berta, Jovita y Lourdes, servidas por la quejumbrosa Paula, cuando salió a colación el tenso ambiente que se vivía en el valle. La invitada no quiso replicar a los improperios que profería Berta contra los agitadores de los obreros, contra esas ideas radicales que iban a llevar al país al desastre. Jovita no estaba ni con unos ni con otros, ni con los miembros del Consorcio de Industriales ni con los parroquianos de El Roble. Creía que ninguno estaba libre de culpa. Unos por no ceder lo que por derecho pertenecía a todos, como la libertad y la justicia. Y los otros por exigir lo que nunca se puede pedir a nadie, que los demás crean en sueños ajenos. Había polemizado sobre esto con Deodoro muchas veces, en la cama, ella hecha un cuatro de parálisis, y él un basilisco de cólera.

Pero Berta no necesitaba interlocutores para seguir hablando. Amenizó la mesa con referencias a ese imbécil de su sobrino Sito, al bobo de Ramiro y a ese granuja catalán de Finito de Mataró. Los tres rojillos que compartían el mismo chamizo debajo del viaducto del ferrocarril. Para colmo, la idiota de su sobrina, que ahora comía a su lado, casi todos los días les llevaba provisiones o se presentaba allí para lavarles las zurrapas de los calzones y barrerles el piso de mierda. ¿A que era así, ratita? Pues claro. Si además se la veía acompañada por los tres gandules como perros en celo detrás de una galga caliente en los bailes de Jaca y en las verbenas de Pueblo Viejo. Iba por el mismo camino de puta que su prima Sonsoles, esa desgraciada que se dedicaba a los retratos pornográficos en París. Como iba a acabar la ratita con esos muertos de hambre revolucionarios. Solo esperaba que no se presentase en la casa con una barriga propiciada por su primo Sito el inútil o por el torero lisiado.

Lourdes no pudo aguantar más. Conteniendo unas lágrimas que hubiesen sido el colmo para Berta, levantó los ojos del plato y se encaró con su tía:

—¡No hables así de ellos, tía, son buenos muchachos!

Berta se echó a reír, provocando a su vez una risa de complicidad de Paula. Jovita estaba desconcertada por aquella escena.

—Desde luego... —comentó Berta con su lengua de doble pico—. Tú sabrás si son buenos cuando se quedan en pelotas delante de ti en su chamizo.

—Berta, por favor... —apuntó Jovita por fin una queja.

Lourdes se había sonrojado. Desde sus travesuras de niña con Sonsoles, su tía se enteraba de todo de un modo misterioso. Ahora sabía la causa. Por su naturaleza de serpiente olía el miedo de los demás, con su lengua viperina percibía los humores íntimos, veía el temblor en la oscuridad, oía el amor sin necesidad de sentir los latidos del corazón. Como no podía ocultárselo, decidió confesar de una vez.

—Te juro que Ramiro y yo no hemos hecho nada, tía. Te lo juro...

Berta puso cara de fingida sorpresa.

—Así que es Ramiro, y no Sito o ese banderillero de Finito... Eres más lista de lo

que creía, porque ese bobo de Ramiro es muy parecido a ti. También es huérfano, aunque ilegítimo, según dicen. Bueno, mi Lourdecitas, de todas maneras, tarde o temprano lo harás bien a gusto con él. —Berta volvió la cabeza y se dirigió a Paula, que de inmediato se dejó caer de caderas—. Paula, tráeme las hierbas para la ratita. Al menos que no tenga ratones hasta que se case con alguien decente.

Pero Lourdes se negó a tragar aquel mejunje que le sirvieron en un tazón. Bastantes drogas emponzoñadas había ingerido desde niña. Temía que con ese brebaje Berta intentase borrar de su corazón los sentimientos cálidos que ahora la conmovían de continuo. Y eso no.

Al día siguiente, domingo, Lourdes regresó a la casucha del viaducto con más determinación. Desde fuera comprendió que una morada tan frágil podía derrumbarse con un simple soplido. Por dentro el lugar se veía aún más cochambroso y sucio, mientras Sito, Ramiro y Finito fumaban recostados al cabo de una dura semana en el aserradero.

Los jóvenes vieron aparecer a Lourdes por el destartelado postigo como si deslumbrase. Desde sus catres carraspearon, tosieron, tiraron los pitillos y se abotonaron sus camisas sin cuello.

—¿A esta hora todavía estáis acostados? —preguntó Lourdes mientras se descubría de su capucha.

—Estamos cansados de trabajar —dijo Ramiro.

—Eso es, Lourdes —repuso su primo Sito—. Cuando consigamos una verdadera jornada de ocho horas, entonces iremos todos a misa de ocho.

Sito rompió a reír, y Ramiro también. Finito, en cambio, se incorporó y echó los pies sin calcetines sobre el tablado del suelo.

—No te burles de tu prima, Sito —comentó con un acento singular—. Ella trabaja el doble que nosotros, y sin embargo, mírala, parece una rosa recién abierta.

Lourdes se sonrojó, pero su arrebol se confundió con el color de su capa. Algo atolondrada, fue hacia el rincón donde guardaba la escoba.

—Lo que pasa es que sois unos vagos. —Dio unas escobadas enérgicas sobre la basura del suelo—. Y unos sucios. Tía Berta os llama «Los tres cerditos».

Después de unos segundos de sorpresa, los tres cerditos se rieron con ganas por tal ocurrencia.

—Ven aquí, moreneta, siéntate —le dijo después Finito y señaló con la mirada la única banqueta de la vivienda—. Cuéntanos qué pasa en Canfranc, qué le dice Montoya a tu tía. Y qué se rumorea en el Consorcio. Tu primo Rogelio te tiene que haber comentado algo.

—La gente no es tan chismosa como piensas, Finito —dijo Lourdes sentada a regañadientes.

—Bueno, tal vez no. Pero no querrás que por nuestra ignorancia nos pase algo. Cuéntanos, Lourdes, ¿están pensando las fuerzas vivas en declarar la ley marcial?

—Solo sé que hay mucho miedo en el Consorcio —contestó Lourdes con

ingenuidad—. Mi primo Rogelio se ha comprado una pistola.

Los tres cerditos, Finito, Sito y Ramiro, se miraron con inquietud. Parecía que las urnas, antes o después de las elecciones, estaban destinadas a romperse a balazos.

En la tarde de aquel domingo, el último día de la campaña electoral, Lourdes se dejó acompañar como siempre por sus amigos. Pero esta vez, para ser consecuente con la determinación que se había propuesto ante Berta, se arrimó más a Ramiro, quien a su lado se mostró más petulante que un pavo. Los cuatro acudieron a un mitin del PSOE en la pequeña plaza de Pueblo Viejo. Hubo dos oradores más bien mediocres, hasta que Finito subió al cajón. Era alto y muy delgado, de nariz aguileña y de ojos penetrantes como berbiquies, y llevaba el pelo echado para atrás y aplastado con gomina. Su oratoria enseguida electrizó a los numerosos asistentes.

—Sí, compañeros, hay que votar por la memoria de nuestro maestro Deodoro Rivas —concluyó—. De parte de Lerroux y de la CEDA, los del Consorcio nos privaron de su voto, un voto sabio quemado en una artera celada del camino por quien puede pagar matones. Matones que no tienen reparos en alardear de sus pistolas nuevas. ¡Pero en nuestras manos está que el voto de Deodoro se multiplique por mil, por millones, para que la República de los trabajadores no retroceda!

Hubo un clamor de aprobación y aplausos. La gente del Consorcio se asomaba por sus ventanas al otro lado de la plaza. Aquel mitin delante de sus narices les pareció una provocación.

Los socios del Consorcio de Industriales llevaban muchos días de reuniones y de cabildeos. La situación era muy preocupante. Algunos no sabían si votar por los suyos o si votar por los adversarios, pues los partidos de la morralla ya les habían advertido que se levantarían si ganaban ellos. Vicente Palop, arrellanado en su sillón favorito y con un puro en la boca, no mostraba gran inquietud.

—Cálmense, caballeros —decía tras una profunda calada—. Todavía hay más gente decente que de la otra.

Ese estado de temeraria confianza no lo compartía su yerno Rogelio. En su ir y venir por los aserraderos, había advertido que los carpinteros afilaban más de la cuenta sus formones, que los leñadores afilaban en demasía sus hachas, y que los tapiceros de ataúdes tenían demasiado prestas sus agujas. Temía que se fijasen en su estampa y que la tomasen con él. Por eso le había comprado la pistola a un tipo de un garito de Jaca, que las vendía robadas de la Ciudadela.

—Saben que van a ganar, suegro, y se preparan para la revancha —le comentó al lado del sillón.

—No te preocupes, Rogelio —le aconsejó Palop—. Aunque ganen una y mil veces, siempre habrá jerarquías en la sociedad. Lo que hace el barnizador no lo puede hacer el tapicero.

Rogelio no se quedó muy conforme. Pero las elecciones dieron el resultado

previsto por Palop: ganaron la CEDA y Lerroux. La noticia de Madrid llegó por telégrafo a las estaciones de Jaca y Canfranc. Hubo un entusiasmo contenido en el Consorcio, mientras que por los arrabales caía una nube sombría.

El humo de los puros llenaba el salón del Consorcio de Industriales en Pueblo Viejo. Sus miembros hablaban de pie, iban de un corro a otro sin saber cómo actuar. Habían transcurrido varios días desde las elecciones y no pasaba nada anómalo en las calles, pero en los talleres la tensión del aire quemaba la madera. Algunos socios, llevados por un incipiente pánico, voceaban en medio de la estancia, sugerían tomar la iniciativa, exigían que Montoya y sus guardias clausurasen El Roble. Alguno llegó a sacar una carabina que, en medio de un estupor generalizado, agitó en el aire como un hisopo. Detrás de aquel desconcierto apareció por la puerta del salón una figura negra, con chistera y el cuello duro de la camisa con picos vueltos. Nicanor regresaba de uno de sus viajes. A su alrededor había expectación general y un silencio que hacía daño. Le dejaron paso. Nicanor avanzó con el porte erguido y la expresión impávida.

—Hable, Nicanor, coño, ¿qué nuevas trae? —le preguntó por fin su socio Vicente Palop arrellanado en su sillón, envuelto en humo, sin perder la sangre fría.

Los demás industriales aguardaron ansiosos e inmóviles alrededor del presidente del Consorcio, de cara al recién llegado. El aire se había hecho tan denso que temieron que las palabras de Broto no traspasaran el espacio.

—¿Es que no se han enterado, caballeros? —dijo Nicanor tras quitarse despacio la chistera—. Por lo visto nuestras propias noticias internas llegan antes a Francia. Hace una hora estaba en Bedous cuando mi amigo el jefe de estación recibió un cablegrama de Hendaya. Ha estallado una revuelta de mineros en Asturias, y hay extrañas proclamaciones en Cataluña.

Se desató un rumor sordo y denso entre las cuatro paredes de recargado papel. Las inquietantes noticias coartaban los ímpetus de lucha que momentos antes habían mostrado algunos. A indicación de Palop, alguien llamó por teléfono al fuerte Coll de Ladrones. Su comandante le dijo que desconocía tales noticias y, aunque fuesen ciertas, no estaba dispuesto a moverse de su sitio. Tenía órdenes de Madrid de no hacer nada en esas circunstancias, por si los soldados tomaban un partido que no se esperase. En el salón del Consorcio, uno de sus miembros gritó «¡Traición!», otros se santiguaron, los más sintieron perdido todo el orden. Pero en medio de aquella excitación, un hombre seguía pensando.

—¡Que alguien llame a la Ciudadela, *collons!* —Se le ocurrió decir a Palop de improviso.

Casi todos los socios se precipitaron en dirección al teléfono. Vicente Palop y Nicanor se quedaron solos para platicar en un extremo del salón.

Mientras tanto, Rogelio arrojó su puro mordisqueado a un rincón, bajó a saltos la escalera, salió corriendo a la plaza, montó en su furgón y partió despavorido. Enfiló la carretera angosta que conducía a Jaca. Iba tan alterado que a veces el vehículo se le desviaba para el río, y otras se achuchaba contra los matojos del terraplén. Debajo del

cinto y sobre la bragueta se había puesto su pistola Star, por si algún piquete de carpinteros o leñadores lo paraba en el camino y se les ocurría afeitarlo más de la cuenta. Pero un bache en el camino le indicó que el arma podía dispararse sola y destrozarle las partes —tragó saliva con dificultad—, así que no tardó en colocársela en la culera del pantalón.

A través de la niebla que cubría la carretera vio que en sentido contrario se acercaba un carro tirado por unos bueyes. Iba lleno de heno, y el labriego a pie llevaba su guadaña al hombro. A Rogelio le pareció que aquella guadaña estaba demasiado afilada, como para rebanar su propio pescuezo, de modo que giró el volante y embistió al carro. El furgón dio tal topetazo que los bueyes y el labriego se precipitaron al río. Rogelio se rio con un timbre de histeria, agarrado bien fuerte al volante. Prosiguió su bajada y llegó con el furgón al colmado de Jaca. Entró como una tromba. Su excitación alarmó a Rufina e hizo llorar al niño Amadeo. Él ni reparó en ellos.

Lo primero que hizo Rogelio fue ir al mostrador y sacar de debajo una de sus escopetas de caza. La cargó con tal nerviosismo que se le disparó un cartucho, cuyos perdigones fueron a agujerear una sartén expuesta en una pared. Los lobos de Vitali en la casa vecina comenzaron a aullar. Se oyeron gritos en las celdas de la cárcel de enfrente. Entonces, por la escalera de la trastienda bajaron Cornelio y Vitali, también alarmados. El hombretón estaba a medio vestir, y el ruso tenía el cabello todo alborotado, como estropajo de seda, y los labios amoratados de besar. Rogelio no salía de su asombro por aquel cuadro, y cruzó una mirada de estupefacción con su esposa. Rufina se encogió de hombros.

—¡Ea, ahora no hay tiempo para gazmoñerías...! —dijo Rogelio y volvió a cargar el cartucho disparado—. Cornelio, Vitali, va a estallar la revolución arriba del valle. ¿Quién me acompaña?

Cornelio y Vitali salieron corriendo. Uno hacia la escalera de la trastienda, para acabar de vestirse, y el otro hacia la casa vecina.



## Capítulo 15

**L**ourdes había sentido el picotazo del vientre por encima de la dilatación que notaba en su sexo. Era una dilatación acogedora, envolvente de una carne tensa que compartía el mismo calor de su cuerpo. Supuso que el dolor del picotazo era semejante a aquellos que la víbora cornuda del bosque producía en Berta cada primavera. Acaso esa picadura que se infligía su tía todos los años era su forma de hacer el amor, como ella lo estaba haciendo con el hombre que ahora la poseía en medio de aquel redondel de pinos tumbados.

La pareja se encontraba rodeada del ramaje de varios árboles talados en mitad del monte. Así lo había querido ella. Aquel falso calvero formado por pinos caídos en círculo era el mejor escondite, aun sabiendo que cerca andaban los leñadores en sus tareas. Algunos les habían visto trepar por las ramas uno detrás de otro, y desaparecer en el centro mientras se encogían a besos. Sonrieron y siguieron con la tala, dentro del redondel alguien iba a dar más hachazos que ellos.

Aquel era un círculo embriagador, narcótico por el aroma del pino recién cortado. Formaba un anillo de agujas verdes en torno del cual danzaba una niebla densa nunca vista hasta entonces en el valle. Y allí, sumergida en olor de resina y envuelta por músculos duros y fibrosos, Lourdes amaba como si creyese estar aislada del mundo para siempre. Besaba a Finito, mordía su mentón, y este la empujaba sobre el ramaje llenándola más y más con su estoque. Pronto llegó la suerte suprema.

El hombre resopló y cayó rendido.

—Con tanta madera alrededor por un momento me ha parecido que lo hacíamos en medio de una plaza de toros —dijo por fin Finito de Mataró y se echó a un lado, como si descansase de una buena faena—. ¿Te ha gustado, Lourdes?

Ella tardó en contestar. No sabía cómo explicar las cosas complicadas. Su prima Sonsoles hablaría de éxtasis enervantes, de placeres estéticos a través de la pasión de la carne trémula.

—No lo sé, Finito. He sentido a la vez dolor y descanso. Es algo extraño.

Finito repasó con un dedo uno de sus pezones, negro como el carbón antes de los mordiscos, y ahora un ascua que se enfriaba por momentos.

—Es igual, *petita*. La primera vez no suele ser satisfactoria. Pero verás que habrá muchas más veces. He pensado instalarme en este valle y criar ganado bravo.

Lourdes no sabía por qué amaba a aquel forastero. Si estaba en los huesos, si su cara parecía el perfil de una moneda antigua, si cojeaba de veras, y no como la falsa Paula. Sería porque no había disimulo y falsedad en nada de lo suyo. Su cojera le hacía parecer un animalito herido del bosque, pobrecillo, a quien había que proteger de inmediato. Lourdes se incorporó sobre Finito y luego arrastró una mano por su esqueleto hasta llevarla a la cuenca apelambrada de sus genitales, donde encontró una masa dura y llena de calor. Deseaba comprobar si sus sensaciones habían cambiado. Finito suspiró. Evidentemente debía prepararse para el segundo astado de la tarde,

que ya salía con casta por los chiqueros.

En eso oyeron unas voces que se acercaban. Era Ramiro con otros dos compañeros. «¡Finito, Finito...!», decía el eco de la niebla. El invocado no tardó en vestirse a medias y en asomarse por el ramaje de pinos, mientras a sus pies, abochornada, Lourdes pedía al cielo que no la descubriese el bueno de Ramiro.

—Pero Finito, ¿qué haces metido ahí? —preguntó Ramiro al pie de los árboles caídos—. ¡Baja, rápido, hay que movilizar a la gente!

—Voy... No puede uno ni cagar tranquilo.

Los dos hombres regresaron a un pueblo que había desaparecido en la niebla de octubre. Finito impartió órdenes al grupo que se congregó a su alrededor frente a la puerta de El Roble: debían sacar a todo el mundo de sus casas. El plan prioritario no consistiría en tomar ni quemar los talleres y los aserraderos, que eran su sustento, sino que habrían de concentrarse en objetivos más estratégicos, como el apeadero del pueblo, el Consorcio y la estación de Canfranc. Ante todo, había que impedir que llegasen refuerzos de Jaca o del Coll de Ladrones.

El grupo se dispersó para transmitir consignas ante los obreros congregados en distintos puntos. Unos subieron hacia la estación de Canfranc, otros bajaron hacia el apeadero de Pueblo Viejo, y algunos se apostaron en torno al Consorcio. Los miembros que se cobijaban en el interior pronto se dieron cuenta de que estaban rodeados por multitud de espectros que surgían y desaparecían entre la niebla de la plaza, armados con afiladas herramientas de trabajo o con pistolas.

Palop se alejó del balcón y se sentó en su sillón. Encendiendo un nuevo habano, se mostró ajeno a la alarma de sus acompañantes.

—De estupideces como esta se nutre mi negocio, caballeros —comentó.

Media hora más tarde, se desató un tiroteo por las calles de Canfranc. Los guardias civiles no pudieron resistir la arremetida de los hombres que mandaba Sito y hubieron de abandonar el cuartelillo tras un cruce de disparos. Montoya, sus hombres, sus mujeres y sus hijos se llevaron hacia la estación algunos enseres personales y todas las armas que pudieron, acosados por estacas y martillos a través de calles neblinosas. Uno de los guardias cayó herido y dejó en manos de los asaltantes tres fusiles. Los trabajadores gritaron de júbilo por aquel botín.

Cuando el cabo primero y su gente alcanzaron la estación, los habituales del lugar los vieron entrar en tropel en el amplio vestíbulo como si fuesen forajidos, bufando y tosiendo, agotados de huir. Berta salió de la aduana y se abrió paso hacia los uniformes verdes.

—¡Ese condenado sobrino suyo de Sito serviría para mariscal, doña Berta! —dijo Montoya mientras recuperaba el resuello en medio de un corro de gente—. He oído entre la niebla cómo daba órdenes a sus hombres... Ni Napoleón lo hubiese podido hacer mejor. Nos han arrollado con cuatro pistolas oxidadas.

Berta se destacaba por su estatura entre el numeroso grupo congregado bajo la bóveda modernista. Estaban los guardias y los suyos huidos del pueblo, pero también había empleados del ferrocarril, de las aduanas y algunos viajeros sorprendidos por tal estallido de desorden en aquel rincón de los Pirineos. El servicio de tren desde Bedous acababa de ser interrumpido. Berta ya había tomado sus medidas para que el tumulto no se apoderase de su feudo.

Media hora antes, sin apearse del tren que lo conduciría a Pueblo Viejo, Nicanor había advertido a su hermana al borde del andén de lo que se avecinaba. Berta dirigió al grupo de trabajadores de los talleres con una sonrisa en la boca. El cabecilla de la UGT, avisado también de lo que se avecinaba, se había separado de sus compañeros para parlamentar con la patrona de la estación e imponer sus condiciones. Una vez frente a frente, sin mediar palabra Berta había cogido una llave inglesa que vio a mano y con ella le había dado al sindicalista en la cabeza. Antes de que el resto de los mecánicos reaccionase, dejó que los gendarmes franceses de la aduana les apuntasen con sus pistolas. Los revoltosos habían sido encerrados en un almacén, y *Monsieur Cordelier* se quedó con la llave de la puerta. Berta había telefoneado después al comandante del Coll de Ladrones, aunque recibiera igual respuesta que más tarde los miembros del Consorcio. También había llamado a Jaca, pero tampoco en la Ciudadela querían saber nada de revoluciones o asonadas. Todavía estaban abiertas las heridas de la malograda sublevación de hacía cuatro años.

—Ya le advertí, Montoya, que el valle estaba a punto de estallar —amenazó Berta en medio de aquel grupo de refugiados del cuartelillo—. Pero claro, usted, cabo de vara, lo único que estaba pensando era de qué color tengo el pelo del chocho. Ya le daré a usted chocho de Berta...

Rosario, la esposa de Montoya, lo miró horrorizada. El monstruo que todas las madrugadas la tomaba era peor de lo que había creído.

No hubo tiempo para más miradas ni más palabras. Berta se hizo con uno de los fusiles de los guardias y lo cargó. Alzó la cabeza y conminó a que la siguiesen quienes tuviesen redaños. El inspector francés de Aduanas Aristide Cordelier, también armado, se puso a su par, y luego todos los demás. Al poco un nutrido grupo de gente empuñando fusiles y pistolas salía al andén español. Berta iba al frente con vuelo en su falda, los dientes enclavijados. Bajaron por las vías hacia el Pueblo Nuevo.

Mientras avanzaban fueron distinguiendo figuras desvaídas. Los revolucionarios se afanaban en levantar raíles con palanquetas y picos. La primera que disparó fue Berta, y al momento alguien mordió una traviesa.

—Buen tiro, doña Berta.

Cordelier, que ya se veía de nuevo en Verdún, la jaleó y disparó él también a continuación. Pero su vista ya no era la que había sido.

Sito respondió al fuego con más fuego, de modo que aquel trecho de Canfranc se convirtió en un vendaval de plomo que silbaba de aquí para allá entre la niebla. La

refriega se trasladó de los cambios de agujas hacia los vagones en vías muertas. Una bala hirió en un brazo a Cordelier. El valeroso franchute no quiso darle importancia pero, debilitado por la pérdida de sangre, se tuvo que sentar en la grava. Berta llamó a Rosario para que le aplicase un torniquete. Viendo que la mujer del guardia improvisaba una venda de sus enaguas, Berta, que no tenía enaguas, se volvió hacia la refriega, maldijo con cólera a los revolucionarios y corrió hacia el bulto verduoso de Montoya, que disparaba casi a ciegas hacia los talleres.

—¡Tengo el chocho como la bandera de España, Montoya! —rugió Berta mientras volvía a cargar su arma—. ¡Amarillo de pelos y rojo de furia! ¡Sígame...!

Aquellas palabras de Berta produjeron en Montoya la imagen más excitante que había tenido en su vida. Si esa mujer no hubiese omitido el color morado de la bandera republicana —a saber qué cualidad carnal le hubiese dado—, tal vez habría caído fulminado de un colapso. Se llevó una mano al pecho, despejó sus divagaciones salaces y siguió a la hembra de la bandera desplegada, que ya corría con la falda arremangada por los muslos hacia lo más cerrado de la pelea.

Berta disparaba a bocajarro contra todo revoltoso que descubría. Y cuando no tenía balas, con la culata del fusil se abría paso sin contemplaciones. Golpe en el esternón, golpe en la mandíbula. El cabo primero de la Guardia Civil la imitaba, golpe en la mandíbula, golpe en el esternón, pero no perdía de vista el culo de Berta. Viéndola luchar, Montoya sentía una insoportable dureza en la entrepierna como raíz de olivo.

Por fin, el arrojó de aquella mujerona de expresión feroz, invulnerable a las balas, provocó que la resistencia de los revolucionarios flaquease. Sito dio órdenes de retirada a su gente.

—¡Tía, no creas que has ganado! —gritó después a la albura del aire—. ¡La lucha no ha hecho más que empezar...!

Sito oyó que Berta le contestaba, pero no desde la lejanía, sino como si le hablase detrás del vaho que emitían sus propios pulmones.

—Corre, hijo de puta, que no quiero que Digna me eche en cara tu suerte...

Un escalofrío impulsó a Sito a dar media vuelta y a perderse en lo más denso de las mortajas engolfadas en el valle.

Mientras tanto, al sur, al apeadero de Pueblo Viejo se acercaba un mercancías procedente de Jaca. Fue llegando muy despacio, igual a un enorme bizcocho humeante aún del horno que se introdujese en un gigantesco tazón de leche fría. Los cientos de trabajadores allí congregados no daban crédito a lo que poco a poco la niebla les iba descubriendo. Sobre la locomotora había colocadas diez o doce banderas rojas en sus mástiles, y del silbato sonaban unas notas que evocaban *La Internacional*. La mayoría creyó que en Jaca habría triunfado la revolución como en Asturias y Cataluña, y les enviaban refuerzos. Pero si se hubiesen fijado mejor en las

banderas rojas, habrían advertido que eran telas nuevas, de una remesa que Rogelio vendía en su colmado.

El engaño se había consumado. Las sonrisas y los vítores se les congelaron en la boca en cuanto la máquina cesó todo movimiento mientras ventoseaba vapor por sus bajos. De uno de los vagones se abrió una puerta, por la que se deslizó una rampa. Y por ella se arrojaron al apeadero cuatro lobos de enormes fauces que atacaron a los obreros. Y detrás bajó Vitali en su moto de sidecar con su gabán de astracán y su gorra de plato. Y de otras puertas y otras rampas surgieron más hombres, todos cazadores con sus escopetas, dirigidos por Rogelio y su hermano Cornelio.

El ataque de los lobos de Vitali provocó la desbandada entre los obreros. El ruso los iba azuzando con su moto, y parecía que le hacían caso, como si entendiesen su lengua. Luego los tiros de escopeta se sobrepusieron a los aullidos y los gritos de pavor. Los cazadores avanzaban en línea, disparando a todo bulto que se moviese delante de ellos. Por las calles del pueblo se desató una riada de carreras, tropezones y gritos despavoridos. También hubo réplicas por parte de los carpinteros o leñadores, algunos con pistolas, otros con hachas. Rogelio arrancó de un escopetazo el brazo de un leñador que, surgiendo de la bruma, pretendía seccionarle el pescuezo con su afilada herramienta.

Los dos hermanos Broto se separaron del resto de los cazadores, en pos de una figura seca y angulosa que les resultaba familiar. Finito de Mataró iba de aquí para allá tratando de poner orden en el desconcierto de sus hombres, pero su cojera y la niebla le impedían ser más diligente. Un puñado de perdigones impactó en la piedra de una pared, a pocos centímetros de su cabellera de gomina. Respondió con un par de disparos de su Browning, sin apuntar muy bien a las figuras desleídas que se le acercaban, una muy alta y otra muy baja.

La persecución de Finito por parte de los Broto se desarrolló por todo el pueblo y alrededores. Era como si los cazadores estuviesen ligados a su presa por una cadena que no se podía romper por muchas vueltas que diesen, y que siempre los conducía a su objetivo por mucho que este corriese. Cornelio y Rogelio disparaban y disparaban, y volvían a cargar sus armas con más cartuchos. Se tropezaron con cuerpos destrozados por los lobos. Vislumbraron a Vitali en medio de la plaza tratando de sacar fotografías de la pelea. Se tropezaron con un tipo barbado y de largas melenas, vestido con pieles y armado con pistola antigua y un sable mellado, que enseguida desapareció en el aire tal y como había surgido. Luego pasaron cerca del Consorcio, que ardía por los cuatro costados.

La cadena invisible condujo a los Broto a una vaquería de las afueras. Penetraron en los establos con sus armas prestas a vomitar perdigones. Avanzaron por el pasillo que formaban dos hileras de vacas, despacio, escudriñando cada rincón donde pudiese estar oculto el novillero catalán. Cuando alcanzaron el fondo, la luz brumosa de unos ventanucos les reveló una escena tan turbadora que los paralizó por unos instantes. Tumbado debajo de una vaca, Finito calmaba la sed de su ansiedad con la

leche del bovino, no ordeñando al animal, sino mamando directamente de un pezón de la ubre. En un acto reflejo, a Rogelio se le escapó un disparo antes de apuntar. El tiro fue a dar de lleno en la ubre, que estalló, y que bañó a Finito en leche y sangre. La vaca mugió de dolor, se revolvió y embistió a los dos hermanos, mientras Finito se arrastraba entre las inmundicias del piso y lograba escabullirse por el hueco que dejaban las tablas rotas de una puerta trasera.

La vaca herida alcanzó a Cornelio fuera del establo y lo corneó. Lo hubiese destrozado de no ser porque aparecieron los lobos amaestrados de Vitali y la emprendieron a dentelladas con el animal cornudo.

El escándalo de los mugidos y los gruñidos feroces llegaba al otro lado del establo. Pero sobre él se impuso una voz femenina:

—¡Finito, amor mío, por aquí...!

Finito se volvió y vio aparecer a Lourdes, que había seguido su propia cadena invisible. Se abrazaron, se besaron con ansia, impregnándose ambos de sangre y de leche. No tardó la muchacha en coger de la mano a su amante y conducirlo lejos de allí, por callejas y cuestas desaparecidas que ella conocía muy bien sin necesidad de verlas. Alcanzaron la ribera del río, cuya corriente estaba cubierta por infinidad de troncos llegados del monte para los aserraderos, volvieron a abrazarse, a llenarse de nuevo las bocas con la leche entre cuajarones rojos que empapaba sus labios. Sabían que aquello era una despedida, que él no podía permanecer en el valle sin riesgo de su vida. Y que ella no podía seguirlo todavía, porque no veía la forma de desprenderse del hechizo de Berta que la ataba a aquella frontera salvaje.

No se dijeron muchas palabras. Lourdes no sabía cómo despedirse de manera conmovedora. Le entregó a Finito un hatillo con provisiones y algo de dinero para la larga marcha que lo esperaba. El joven volvió a besarla, la dejó temblando y, saltando sobre los troncos flotantes pese a su cojera, cruzó el río. Lourdes dejó de ver su figura flaca en medio de la nube baja.

## Capítulo 16

Varias compañías de soldados descendieron de los vagones en el apeadero de Pueblo Viejo de Canfranc. Acuciados por los aullidos de sus sargentos, los soldados formaron. Luego, por pelotones, se desplegaron por todo el pueblo y por los talleres que lo rodeaban. Tal y como había imaginado Lourdes un día, el arrabal de chamizos debajo del viaducto del tren no resistió. Los militares iban buscando rojos, así que los sargentos se ponían frente a las casuchas y volvían a aullar para atraparlos. Aullaban, aullaban y los cuchitriles se desmoronaban como castillos de naipes. Cuando sus miserables moradores salían de debajo de las endeble ruinas, los soldados se echaban sobre ellos, les propinaban culatazos y los colocaban en filas.

—¡Llevad a esos cerdos fuera del pueblo! —aullaban sargentos y oficiales.

Y los soldados condujeron a sus prisioneros al borde de un barranco paralelo a la vía férrea. Allí mismo fusilaron a veinticinco hombres y a siete mujeres de forma un tanto atropellada.

El valle del río Aragón, como toda la provincia de Huesca, había quedado en el campo del bando nacional. De inmediato la vida del ferrocarril se vio muy restringida. Se interrumpió la circulación de trenes naranjeros desde Valencia y Alicante por una línea del Caminreal que ahora estaba dividida entre los dos bandos. Por falta de mano de obra, los aserraderos y las carpinterías bajaron su producción, de forma que ya no hacían falta tantas mercancías para transportar su madera, sus muebles y sus féretros hasta sus clientes. No se prohibió el tráfico de pasajeros con Francia, pero como se exigían muchos pasaportes y salvoconductos, menguó bastante. No por ello Berta dejaba de llevar su aduana con la meticulosidad y el rigor de antaño. Lo primero que hizo fue asegurarse de que los militares que habían dado el golpe de Estado no pusiesen en duda sus derechos para ocupar el puesto que ostentaba.

Berta sacó de un cajón el retrato de Miguel Primo de Rivera y lo volvió a colgar en su despacho, sustituyendo al del presidente Niceto Alcalá Zamora, que fue a parar a una papelería. También se había hecho con una fotografía de José Antonio Primo de Rivera, el hijo del exdictador, durante un mitin en el Teatro de la Comedia de Madrid lleno de coraje, como si se enfrentase en un cuadrilátero con Primo Carnera. Así que la enmarcó y la colocó en su escritorio de cara a las visitas. Pero no tardó en advertirle Nicanor, muy versado en la actualidad, que aquel pronunciamiento militar lo dirigía otro hombre, un general pequeño que había sido novio de la muerte, y no el Primo del primer Primo.

Alarmada, Berta buscó con desespero una efigie de ese personaje. Escarbó con ansia en las pilas de mercancía desechada del quiosco, hasta que encontró una fotografía de Franco en una revista de hacía unos quince años. Estaba tomada durante

una campaña de Marruecos, donde aparecía rodeado de otros oficiales. No era más que un pequeño recuadro sepia de imágenes borrosas. Trató de que Vitali lo reprodujese con su cámara, lo ampliase y lo limpiase de impurezas. Pero hacía días que el ruso había desaparecido misteriosamente de su casa en Jaca. Entonces Berta encargó a su hermano Nicanor que cruzase la frontera, y que en Francia un fotógrafo discreto y de confianza realizase tales operaciones.

El fotógrafo de Pau se aplicó con el encargo. No le gustó que aquel comandante menudo pareciese alguien insignificante en medio de un páramo árido de Marruecos, rodeado de camaradas más fornidos. Así que recortó su cuerpo y lo trasplantó a un marco más monumental: una fotografía de un jardín de Versalles. Todavía quedaba algo desabrida la estampa, con falta de grandeza militar. De modo que se las ingenió para poner debajo de Franco un caballo en corveta, mediante el recorte de un cuadro de David sobre Napoleón. Tomó una última placa sobre el arte final, la reveló y ya estaba lista la obra para el cliente. Nicanor, sin saber expresar intelectualmente su impresión por aquel trabajo, pagó hasta el último franco y llevó la nueva fotografía de vuelta a su hermana Berta. A esta no le interesaron los resultados artísticos, ni la verosimilitud, detalles ajenos a su personalidad dinámica, sino que le pareció tan espectacular y chocante el resultado que, una vez enmarcado, sustituyó con ventaja al retrato de don Miguel.

En su despacho, delante de un Franco muy joven y ecuestre, entre napoleónico y escipiónico, Berta se quitó su blusa blanca de lunares negros, dejando al aire sus tetas llenas como melones amarillos. Acto seguido, se puso una camisa holgada y de color azul oscuro, que disimularía su falta de sujetador. Entonces salió al andén español, a recibir al grupo de oficiales que venían a inspeccionar la estación.

Los militares llegaban acompañados de Montoya, que ya era sargento de la Benemérita. Descendieron del tren con relucientes botas de caña alta, cruzados de correajes, con gorros de pico o de plato, sudorosos por aquel verano tan caluroso, todavía en sus paladares con el regusto acre de la pólvora de los fusilamientos dejados atrás. A un lado de Berta se encontraba Cordelier, tocado con su pequeño chacó azul de jefe de aduana que le daba aspecto de gendarme. Su herida en el brazo de hacía dos años ya era tan solo una foto de él en cabestrillo hecha por Vitali, y que atestiguaba su valor. Al otro lado de Berta se hallaba Lourdes, también con camisa de falangista siguiendo una directriz de su tía. Era una joven de corta talla, pero bonita, de mirada vivaz. Aunque apenas llegaba a los dieciocho años, su tía la había colocado en la administración de la aduana como su ayudante. Dada la escasez de hombres, nadie pondría reparos a tal arbitrariedad administrativa.

Después de las presentaciones que hizo Montoya, todos pasaron al interior de la estación. Los cinco oficiales, que no eran de la Ciudadela sino venidos de lejos, se quedaron admirados por aquella construcción. Cordelier les explicó orgulloso todos los pormenores de tan magnífica arquitectura.

—El mismo Alexandre Gustave Eiffel la diseñó, caballeros —subrayó con



presunción señalando los nervios de acero y las taraceas de vidrio.

—¿Y por qué no construyó una estación en forma de torre? —preguntó el coronel Amundi Ferreira, que se quedaría al mando de la Ciudadela.

Cordelier no comprendió un comentario tan absurdo, tan poco cartesiano, y se quedó atribulado y sin saber qué responder. Tampoco ninguno de los demás hombres reaccionó. Pero Berta dio muestras de captar de inmediato la fina ironía galaica de Ferreira.

—Porque no podía ser, coronel... —le dijo muy risueña—. En ese caso, los trenes tendrían que ser como balas.

Montoya fue el primero en echarse a reír, por la burla sutil que esa mujer hacía de tales verdugos. La risa se hizo general, excepto en Lourdes, pues como todos los ratones, no tenía sentido del humor.

A continuación Berta invitó a los oficiales a sus oficinas de la Inspección de Aduanas, a tomar un refrigerio. Ya acomodados allí, les sirvió un borgoña exquisito, producto de sus sisas. Mientras Montoya relataba a los invitados castrenses los méritos de la mujer que tenían delante, que se había enfrentado sin temor a los revolucionarios marxistas dos años antes, el coronel Ferreira, sentado de cara al escritorio, no perdía de vista la composición de Franco colgada de la pared. Tenía la sensación de haber estado con el Generalísimo en aquel preciso momento, al lado de aquella pose en un monte del Rif. Sin embargo, algo había de anómalo y engañoso en aquel retrato, pero no sabía decir qué exactamente. Qué extraña región aquella, donde lo que debería ser una torre era una alargada nave de hierro, cristal y pizarra, y lo que debería ser un paisaje africano se había convertido en un jardín estilo Luis XIV.

De aquella entrevista salió algo bien claro: Canfranc y su estación quedaban militarizadas. Regiría la ley marcial, y habría castigos sumarísimos para quienes la transgrediesen. Por supuesto que la zona francesa de la estación conservaría su estatuto especial, pero, aconsejó Ferreira, no se toleraría que allí se acogiese a ningún prófugo de la justicia, es decir, a ningún resistente rojo. Cordelier, algo aturdido, le dio garantías de ello. Por la noche, Berta se reía del mal rato que había pasado su colega y buen amigo Cordelier. El sargento Montoya lo imitaba, recostado en la litera que les servía de lecho. Hacía tiempo que Berta había cumplido su palabra con él sobre que le dejaría besar la bandera roja y gualda de su entropierna.

Sucedió a los pocos días de la refriega con los trabajadores de Pueblo Viejo. Como si le agradeciese la colaboración prestada, ella lo condujo desde su despacho a aquel coche cama de la realeza, abandonado al fondo de la nave de los talleres. Le dio las instrucciones oportunas, y a continuación, como si se desprendiese de un telón teatral, se quedó en cueros con tan solo abrir la botonadura de su vestido. Cuando Montoya vio directamente todo lo que se había imaginado tantas veces, su cuero cabelludo se fue para atrás de un escalofrío, y de su pecho surgió un rebufo de aire incandescente.

«Por la Virgen de la Macarena», se dijo, ahogado de palabras, «esto no lo hubiese conseguido ni un señorito con cuarenta mil olivas».

El sargento se comportó de manera torpe cuando intentó seguir las indicaciones de Berta sobre el modo en que quería ser poseída. Pero a partir de aquel día hubo muchas más veces, hasta que el guardia fue adquiriendo pericia. Incluso pidió en su casa a Rosario que follase como su amante secreta, sin manos, sin doblar las piernas, retorciéndose como una culebra. Muchas veces la pobre mujer se levantaba llorando de la cama, avergonzada. No de su torpeza, sino convencida de estar cometiendo un acto impuro, un pecado concupiscente que su marido había aprendido de otras en aquella tierra salvaje.

—Es ella, la guarra de Berta, quien te está enseñando todo esto... —sollozaba la mujer, agachada en un rincón del cuarto.

—Que no, Rosario —replicaba una y otra vez él—. Lo que pasa es que no podemos perder la juventud con antigüedades. Debemos ser modernos, probar nuevas cosas.

Por su parte, Berta aseguró a Montoya que no debía preocuparse por su esposo Damián. Sin duda imaginaba que en sus prolongadas ausencias su mujer no pasaba sola todas sus noches. No era ninguna monja. Hasta quizá le haría gracia, si se enterase, que la esposa de un contrabandista se acostase con el hombre encargado de capturarlo.

—Sí que es desaboría su sobrina Lourdes... —comentó Montoya mientras se enjugaba las lágrimas de la risa—. No le ha hecho ni pizca de gracia ese gallego de Ferreira en la estación.

—Es que ella es así, Montoya, discreta y callada, como los ratoncitos... —Olvidándose de la insignificancia de su sobrina con un gesto, Berta alargó un brazo para coger su falda negra y su camisa azul—. Mucho cuidado con el coronel Ferreira, sargento, me parece que no está bien de la cabeza.

—¿Loco un coronel que ha servido con el Caudillo en Marruecos?

—Me huelo a los chalados. Tengo alguna experiencia en la familia.

Cierto que Nicanor era un hombre extravagante, como su oficio de vendedor de ataúdes, al extremo de que parecía salido de un cuadro de El Greco, pero de ahí a estar mal de la cabeza había mucho trecho. O eso le parecía a Montoya. Nicanor tenía ideas peregrinas, pero desde luego que nunca le había oído comentar, como a Ferreira en el despacho de la aduana, que aquel caballo de la fotografía no debería estar allí porque a él le constaba que Franco solo montaba yeguas. Todos se habían reído por la nueva gracia del coronel, picante y osada con el Caudillo. Si es que había sido una gracia deliberada; ahora, al cabo de unas horas, Montoya lo dudaba.

Berta ya había saltado de la litera. Procuraban acabar lo suyo antes de que llegase el tren de medianoche. Más tarde, cuando Montoya regresaba al cuartelillo explicaba su tardanza a Rosario alegando que había hecho una última ronda, pues no estaban los tiempos para dormirse. A Berta, en cambio, ni Paula ni Lourdes le pedían

explicación alguna. Aunque, cada una a su modo, se imaginaban lo que pudiera haber hecho por ahí fuera.

Jovita había dejado su casa de Canfranc. A los pocos días de la rebelión militar, las nuevas autoridades la habían destituido de su puesto en la escuela. La mujer de un rojo, que seguramente también era roja por dentro, por muy pálida de invalidez y negra de luto que apareciese por fuera, no podía enseñar a las nuevas generaciones. Postrada en su silla, sin esposo, sin trabajo, represaliada política, sin poder regresar con su familia a su San Sebastián natal, el futuro se le presentaba muy incierto. Berta le aseguró que siempre tendría un plato de comida y una cama en su casa. Y no cabía dudar de su palabra, cojones. Sin embargo, alguien la ayudó de otra manera al día siguiente.

Nada más enterarse de su situación, Digna llamó a Fortunato, bajó la escalera de roble, salió del hotel Mur seguida por el chófer y se montó en su Hispano Suiza. Abandonó Jaca y se presentó en Canfranc. Tras hablar a solas en un cuarto de la planta baja de la ya exmaestra, Jovita hizo su maleta y se largó con Digna en su Hispano Suiza; no al hotel Mur, sino a la posada Mur de Pueblo Viejo. Digna quiso que se quedase al frente de su negocio del pueblo, ya que a ella le costaba trabajo atender dos establecimientos tan distantes. Tenía plena confianza en que sabría sacar adelante la posada pese a sus impedimentos físicos.

Las viejas desdentadas de la catedral no tardaron en preguntarse por qué la golfa de Digna Mur tenía aquel gesto de caridad cristiana, y encima con una atea roja. La respuesta se la dio Digna a Nicanor una tarde en el gabinete, cuando este revisaba su documentación para un nuevo viaje.

—Podría decirte que no estamos seguros de quién ganará la guerra, Nicanor —dijo Digna a la vez que despejaba el calor de sus pechos con un abanico—. Pero no, querido, lo he hecho porque una mujer de buena familia como Jovita Lecumberri no se merece ir al arroyo. Y me importa un bledo lo que piensen los nuestros. Yo siempre he sido muy católica.

Nicanor se emocionó por esa actitud. Sin decir nada, se levantó y besó a su esposa en la frente. Sabía que durante tantos años de matrimonio nunca habían vivido en el mismo mundo. Ella era una casquivana, mientras que él era un hombre de profundas meditaciones filosóficas. Pero Digna poseía un grado de humanidad que él echaba en falta en su propio carácter. Él tenía la culpa de haber perdido a Sito. Digna había sido dura con su hijo desde niño, pero era una dureza maternal, compasiva, ya que lo había hecho para protegerlo, para mantenerlo lejos del ludibrio que el pueblo arrojaba sobre su familia. Pero él, como hombre, debería haberlo guiado, aconsejado sobre los pasos a seguir en la vida. En el mundo no todo podía ser rebeldía —le hubiese explicado quizá—, porque a menudo impera la resignación. Pero nunca se lo había dicho. Había sido un egoísta, un padre duro, siempre con la cabeza puesta en sus

propias inquietudes, en el destino de Queequeg, en la locura del capitán Acab, en las obsesiones de Raskólnikov, en las abstracciones de *La montaña mágica*, en cualquier ficción que lo alejara del existir cotidiano. La llegada de Vitali, con su mundo fabuloso, también había contribuido a apartarlo de Sito. Ahora era tarde para lamentarse, porque ya nada era igual a antaño. Vitali había desaparecido, llevándose consigo a Cornelio. Y Sito andaba en el bando republicano, jugándose la vida en algún frente por unas ideas disparatadas que tan solo eran el reflejo de su abandono. Lo que más temía Nicanor era tener que vender algún día un ataúd en una ciudad cualquiera para su propio hijo.

## Capítulo 17

**J**ovita se hizo con el gobierno del burdel llamado Posada Mur como si se hiciera cargo de una clase escolar. Exigió más limpieza a sus chicas, impuso horarios fijos de comidas, impartió reglas de buenos modales, prohibió los chismes, que tan solo ocasionaban enfrentamientos chabacanos en los cuartos. Además, arregló el tejado de la casa, la baranda del mirador y su camino serpenteante que conducía al cementerio. Y se proveyó con Berta de las mejores bebidas para los clientes. Como no podía acceder a su habitación en el piso superior, Jovita se alojó en una pequeña pieza cercana a la entrada. Todo lo hacía discretamente pero con decisión. Sorprendía a los clientes verla ir y venir en su silla de ruedas, erguida, sonriente, con buenas palabras para todos, ajena a su desgracia, y no de luto, pues Rufina le había proporcionado preciosos vestidos de París que Berta pasaba bajo mano por la aduana. Sin duda esa mujer, derecha y de pie, sería una espléndida hembra. Les admiraba cómo subía y bajaba por el sendero quebrado que descendía desde el mirador y llegaba a la orilla del río. Jovita no permitía que nadie la ayudase. Ella sola, con un esfuerzo titánico, le daba a las ruedas con la tenacidad de la carcoma. A los clientes que la observaban apoyados en la baranda, a la sombra de la sabina, les parecía que así expiaba la condena que las autoridades le habían impuesto.

Esas idas y venidas por la cuesta le servían a Jovita para acercarse al cementerio del pueblo. Ya dentro del recinto mortuorio, avanzaba hacia la tumba de Deodoro y permanecía sentada delante durante un buen rato. No se persignaba, tampoco movía los labios en señal de rezo, tan solo dejaba la mirada fija en la inscripción de la lápida que los sublevados todavía no habían borrado: «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución». Después salía como de un trance y se daba la vuelta para largarse, con mejor expresión en su rostro de facciones rotundas.

Digna no permitió que Jovita pareciese una curiosidad de feria. Una Lecumberri poseía más clase que todos los paletos de aquel pueblo. En cuanto podía, la recogía con el coche y la bajaba a Jaca para dejarse ver con ella delante de las viejas desdentadas y de la oficialidad de la Ciudadela. Y cuando visitaba la posada a modo de inspección, su propósito era que al fresco del mirador, mientras capitanes y comandantes bebían café o coñac, Jovita los deslumbrase con sus vastos conocimientos. Su encargada en Pueblo Viejo no era una aldeana cualquiera, sino una señora culta que había tenido un pequeño tropiezo en la vida. La antigua maestra se conducía con agudeza de ingenio y extremada cortesía. Y eso enorgullecía aún más a la dueña.

Poco después Rufina quiso celebrar la próxima partida de Rogelio a filas. No dudó en invitar a toda la familia, incluso a Jovita por indicación de Digna. Se preparó una comida en la gran cocina del caserón. En tiempos tan duros en aquella casa no faltaba de nada, Berta procuraba desde la aduana todo lo necesario. El festín sería espléndido. Acudieron tres oficiales de la Ciudadela, invitados por Rufina. También

asistió Montoya con su esposa Rosario, y Cordelier con su esposa Claudine. Berta ocuparía la presidencia de la mesa, porque aunque ya no viviese allí, no dejaba de ser su casa. Su hijo Rogelio se sentó a su lado izquierdo, con el uniforme recién estrenado de alférez provisional, graduación que no correspondía a un tipo que apenas poseía estudios, pero que su madre le había conseguido por medio de sus amistades. Al lado derecho de la anfitriona se sentó el coronel Ferreira, y Nicanor al otro extremo del mesón, impecable como siempre, flanqueado por Jovita y Lourdes.

A Nicanor se le hacía un nudo en el corazón por la ausencia en la mesa de Vicente Palop. El industrial valenciano había muerto quemado en el incendio del Consorcio, sentado en su sillón favorito. Enterraron los escasos restos calcinados en el mejor de sus féretros. Su hija Rufina había heredado su parte de Palop & Broto, pero ella dejó bien claro que le bastaba con estar al frente del colmado. Así pues, días más tarde del sepelio, a la hora de echar cuentas y de hacer planes se decidió que la administración del negocio pasara a Nicanor. Este no consintió en cambiar el nombre de la ebanistería, sería como traicionar a un buen amigo, un caballero de coraje. Por otro lado, Palop & Broto era una marca de prestigio consolidado. Tampoco quiso prescindir de su labor comercial en otras plazas o en el extranjero, de modo que para el manejo de los asuntos cotidianos del taller contrató los servicios del comandante Aguilera. Como la fabricación de ataúdes era una prioridad militar, todos tan contentos. También estaba Aguilera presente en aquella mesa, sentado a continuación de Ferreira y enfrente de Digna.

Avanzado el banquete, Digna alzó su brazo gordezuelo y brindó por su sobrino Rogelio, para que le fuese bien en el frente del norte y regresase sano y salvo. Todos levantaron sus copas por el triunfo del Caudillo y brindaron por su eterna salud.

—Yo, la verdad... —comentó después Digna llorosa y algo achispada—. Yo siempre he sido franquista...

Hubo voces de aprobación. Pero Ferreira se quedó desconcertado por el empleo de aquel nuevo término lingüístico. Le pareció evocador por desmesurado, como si la mujer hubiese dicho «yo siempre he sido sudanesa», o tal vez «yo siempre he sido budista». Todo lo de aquellas tierras salvajes al coronel le parecía tocado por la desmesura. A veces ese rincón de los Pirineos le recordaba su Orense natal, lleno de bosques tenebrosos, de meigas, de leyendas grotescas, de contrabandistas, aunque allá en su tierra fuesen contrabandistas con Portugal en lugar de con Francia. Había oído que el esposo de doña Berta era uno de tales sujetos, aunque ella dijese que se trataba de un simple buhonero, honrado, sobre el que nunca había caído la mano de la ley. En la Ciudadela se decía, además, que el renombrado Damián Broto poseía ciertas habilidades, poderes, medios mágicos para pasar inadvertido por la frontera. A Ferreira le recordaba al *home das bubas*, un fauno gallego que vagaba por los bosques y que perseguía a las pastorcillas hasta agotarlas.

Un comentario en otra parte de la mesa rescató al coronel Ferreira de sus pensamientos. Se había sacado a colación la ausencia del otro hijo de la anfitriona,

Cornelio. Nadie se explicaba la extraña relación que había surgido entre él y Vitali. El ruso había dejado libres en el monte a sus lobos amaestrados y se había pasado por el caserón para recoger a Cornelio, largándose ambos misteriosamente. Y ni siquiera se habían ido con el sidecar. Montoya apuntó de pasada que quizás hubiesen huido a Francia por temor de ser alistados.

—Ô, la lá...! —exclamó Cordelier con la boca llena—. Los muy pillastres seguro que ahora andan juntos por Argelia, en la Legión Extranjera francesa.

Rogelio y Rufina, que no se engañaban sobre la relación prohibida que existía entre Cornelio y Vitali, se observaron en silencio y decidieron continuar callados.

—¿Lobos amaestrados? ¿No tendrán que ver con la fiebre del *lucumón*? —preguntó Ferreira haciendo recular el tema a un punto ya superado.

Todos dejaron de masticar o se callaron, y se quedaron mirando al coronel como si viesan a un bicho raro. No se acostumbraban a sus ocurrencias desconcertantes.

—Nuestro amigo Ferreira se refiere al hombre lobo. «Lucumón», en gallego. ¿No es así, señor coronel? —aclaró Jovita.

El aludido asintió en silencio, como si hablando temiese invocar algo indeseable. Pero Nicanor, interesado siempre por las novedades exóticas, intervino al fondo de la mesa:

—Cuéntenos algo al respecto, señor coronel, se lo ruego. Nos tiene a todos sobre ascuas.

—Ay, Nicanor... —se quejó Digna agitada—. Tus inquietudes intelectuales a veces me producen escalofríos.

Ferreira tardó en hablar, pero cuando empezó ya nadie pudo pararlo. Se refirió a las personas que, por sus tratos con los lobos del monte, llegan a convertirse en miembros de su especie. En su tierra él había conocido a varios infelices convertidos en tales endriagos. No hacía falta que las fieras llegasen al mordisco, puras fantasías del cine, sino que bastaban unos lengüetazos infectados de rabia lobuna. Lo que con seguridad les había sucedido a Cornelio y al ruso Vitali. En Siberia se contaban por miles los hombres lobos. El *lucumón* vivía así encadenado a su naturaleza salvaje, vagando por los montes, internándose en los pueblos cuando el frío arreciaba y escaseaba su alimento, atacando a aquellos infelices al alcance de sus fauces. El único remedio que se conocía para rescatar a los hombres caídos en el estado del *lucumón* era que alguna vez llegasen a probar sangre de herida humana, no una ajena, sino la propia, que surtía el efecto de una vacuna. Pero eso era algo muy difícil, pues ya se sabía que perro no come perro.

Cuando terminó de hablar, Ferreira apuró su vaso y se volvió a servir. Inmersos en un silencio incómodo, a casi todos los presentes les dio la impresión de que el coronel trataba con el vino de borrar de sus retinas imágenes espantosas. Hubo, en cambio, una mirada y una sonrisa muy elocuentes de Berta a Montoya, como recordándole su advertencia en el vagón borbónico abandonado sobre la dudosa cordura de ese hombre.

Por la noche, en la soledad del vagón, recostados en la litera, intercambiaron impresiones sobre la comida y sus invitados. Montoya le hizo saber a Berta que sospechaba que los alféreces provisionales como su hijo estaban destinados a ser carne de cañón. Puesto que el alto mando se temía que aquella sería una guerra larga, seguramente querían preservar las vidas de los verdaderos oficiales.

—¿Y qué, Montoya? De todas maneras lo iban a mandar al frente. Al menos, que luche con una estrella en su pecho. Hará un buen servicio a la familia Broto. A pesar de ser más tonto, su hermano fue más pillo al irse con el granuja de Vitali a Francia a los pocos días del puto alzamiento. Ese ruso siempre me pareció un embaucador. Es más falso que sus fotografías con los jodidos lobos. Sabe Dios por qué huiría de los comunistas rusos...

—De lo que fuese, doña Berta. Alguna poderosa razón tendría. —Montoya observó de hito en hito el rostro de su amante, pensando que bajo esos rasgos bellos había muy escasos principios, a menos que fuesen lucro personal y ostentación social —. ¿O es que Stalin no le parece temible?

—¡Bah...! Ese hijo de puta es tan malo como cualquier otro gobernante. Amigo Montoya, todo régimen tiene su origen en la ilegalidad, es decir, en crímenes. Ahí tenemos a la estúpida República, que le dio un golpe de Estado al gilipollas del rey Alfonso XIII. Lo mismo que, sin ir más lejos, está haciendo ahora el imbécil de Franco con la República de los profesores cretinos.

Montoya tuvo un escalofrío ante tal sarta de invectivas. Esperó que nadie más las hubiese oído en el exterior del tren. Mientras se abrochaba los pantalones, abrió la portezuela del compartimento y, para cerciorarse, echó un vistazo al pasillo del vagón. Estaba oscuro y vacío como boca de lobo. Volvió a recordar el cuento de Ferreira y se conmovió de espanto.



## Capítulo 18

**H**acía semanas que Rogelio Broto había partido para el frente, así que su mujer Rufina se dedicaba en cuerpo y alma al caserón y su colmado. Pese a la ayuda de los dos empleados, convertidos en falangistas de nueva hornada, diligentes en sus tareas con tal de que no les echasen de menos en el frente, la joven se sentía muy agobiada por el trabajo. Decidió mandar al niño Amadeo al cuidado de su abuela en Canfranc. Berta lo recibió con alborozo, pero enseguida se lo pasó a la sufrida Paula. El celo por su familia era proverbial, pero Berta seguía con su sempiterno desapego sentimental.

Rufina aprovechó esos días para hacer una limpieza general del caserón. Al barrer bajo la cama que había ocupado su cuñado Cornelio, descubrió un matojo de pelos grises y pardos, que no parecían de cabellera humana. Dio un grito de horror. Los dos falangistas subieron alarmados.

Al día siguiente, Rufina le explicó a Ferreira las circunstancias de aquel hallazgo. Estaban frente a la cama, y ella le mostraba la extraña pelambre.

—Fíjese, coronel, en aquel rincón lo he encontrado.

El coronel se hizo con el mechón y se quedó observándolo con la expresión traspuesta. En silencio giró el torso y se lo enseñó al comandante Aguilera, que lo acompañaba. Su estafalario superior afirmó que eran pelos de lobo, de una primera muda. Sin duda, del hermano desaparecido. Entre Aguilera y Rufina se cruzaron unas miradas cómplices, que Ferreira no pudo ver por hallarse absorto en tan sorprendente rastro de lucumón entre sus dedos.

Tres días más tarde, el apuesto comandante Aguilera se presentó en el colmado con un libro de contabilidad bajo el brazo y una carpeta. Horacio bajó su mano alzada por el saludo y llamó a su jefa. Rufina apareció poco después por la cortina de la trastienda.

—Buenos días, señora —saludó el administrador de Palop & Broto—. Tiene que firmarme unos documentos de la ebanistería. Si es tan amable.

Rufina se sacudió el delantal y, con una sonrisa nerviosa, se tentó los rizos a tenacillas de la permanente castaña.

—Por supuesto, comandante. Pase por aquí.

La cortina bailó en el aire detrás de ellos. Horacio y Virgilio los oyeron hablar de los asuntos de la ebanistería. Después hubo un silencio absoluto. El libro había quedado abierto y solo.

La pareja había subido sigilosamente por la escalera trasera y se había encerrado en la alcoba del matrimonio. Cayó la tarde y ella seguía atenazada con las piernas a las caderas de él, que la asía por las axilas y los hombros atrayéndola hacia sí a cada arremetida. Habían echado tres polvos feroces, cuyos gemidos de placer Rufina solo pudo sofocar con un pico de la sábana entre los dientes enclavijados. Por fin el comandante resopló en sus oídos, con el cargador vacío.

—Es usted muy mala, Rufina —dijo después Aguilera, mientras se fumaba un pitillo a su lado—. No sé de dónde habrá sacado esos pelos de lobo, pero ahora el coronel anda obsesionado por ellos. Ha ordenado a la tropa batir el monte en busca de los lucumones de su cuñado y del ruso.

—Qué torpe es el coronel Ferreira —repuso ella con gesto de niña traviesa—. No hacía falta ir tan lejos, Aguilera. Yo encontré esos pelos en la casa vecina, en la lobera de Vitali.

Se rieron con tal fuerza que sus risas sí que llegaron a oídos de los dos empleados, que ya cerraban el negocio. Los dos falangistas se observaron con desconcierto y bochorno.

Cuando días después Lourdes se presentó en el colmado, notó que Rufina flotaba a dos palmos del piso. Se dijo que ella también había tenido ese mismo brillo de ojos antes de que Finito abandonase el valle. Lourdes se alarmó: si Berta se enteraba de que su nuera se la estaba pegando a su hijo podía ocurrir cualquier cosa.

A ojos vistas, parecía que Rufina tenía algo peor que un amante, tenía un amor, lo más difícil de disimular. Lourdes no quería imaginarse lo que pasaría cuando Rogelio regresase de permiso. Así que no quiso seguir especulando y contestó por fin a la pregunta que le hacía su levitante pariente al otro lado del mostrador. Venía a comprar ropa de abrigo para un hombre, pues ya se acercaba el invierno. Rufina se encontraba tan encandilada que no preguntó por qué quería ella ropa de abrigo para hombre, y por qué no se lo había pedido a su tía Berta, que guardaba toda clase de sisas textiles en un almacén de la estación. Por último, se hallaba tan mareada de idilio que ni siquiera le cobró las prendas.

—Anda, llévatelo, Lourdes —le dijo Rufina empujando el gran paquete de papel de estraza por el mostrador—. En la familia no nos debemos nada.

Lourdes le dio las gracias con un beso, cogió el paquete y regresó a la estación de Jaca.

El tren la llevó de vuelta a Canfranc. Pero una vez se hubo apeado del vagón, no fue derecha a la casa, sino que enfiló las vías, las cruzó, pasó el puente y, ya en la otra orilla del río, se dirigió a través de la maleza pendiente arriba. Las ropas del paquete debían servir para abrigar a un hombre que aún llevaba prendas de verano. Todavía manchadas con cuajarones negros de sangre, de todos aquellos que habían perecido fusilados a su alrededor.

Meses antes, en pleno verano, Lourdes había llegado presurosa al poblado de chamizos bajo el viaducto y, llena de estupor, vio que ya no quedaba ninguno en pie. Tampoco había rastro de sus moradores. Preguntó por ellos en el pueblo y alguien, cerca de El Roble, sin abrir la boca, le señaló con los ojos la dirección que conducía al barranco paralelo a la vía del ferrocarril. Nada más alcanzar su borde, Lourdes vio que al fondo del terraplén había una masa informe de cuerpos inertes, acribillados a

balazos, con las cabezas hacia el fondo. Presentaban la voluminosidad amorfa y contraída de todos los cadáveres caídos de forma violenta. Se temió que entre ellos estuviese Ramiro. Pensó que era tan bueno y despreocupado que habría pensado que no correría ningún riesgo si permanecía en el pueblo, en la creencia de que su participación en los sucesos del octubre del treinta y cuatro ya estaría olvidada. No en vano, él no se había destacado entonces como lo hicieron Sito y Finito de Mataró. Evidentemente se había equivocado.

Lourdes bajó por el terraplén sangriento y buscó el cuerpo de Ramiro entre el amasijo de cadáveres plagados de moscas. El hedor era insoportable. Las docenas de ojos vidriosos no la veían pasar por encima, tan solo desprendían reflejos fosilizados hacia un sudario lejano de azul celeste. Lourdes se sintió mareada mientras escrutaba, asaltada por imágenes de otra matanza que no era aquella. ¿De dónde venía esa imagen yerta? No lo recordaba. A trompicones, vomitando saliva, salió de aquel pudridero. Al poco comenzó a sentirse mejor, aliviada por la vaga esperanza de que Ramiro hubiese escapado del poblado antes de que los soldados llegasen de Jaca.

Al cabo de dos días, Lourdes volvió a llevar la cesta de provisiones a la cueva de Silvestre. Y entonces se dio cuenta de que habría necesitado echar más alimentos.

—Lo encontré vagando por el monte, sin seso y sin saber lo que hacía —le explicó Silvestre frente al pasmo de Lourdes—. Parece un muerto en vida, un *ghul* de los que habla alguna historia de Sherezade. Por mi honor militar, yo no podía dejarlo así, señorita.

Sentado en una roca del fondo de la caverna, Ramiro tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero no parecía ver a nadie delante de él. Tampoco hablaba, porque daba la sensación de no oír. Tras sofocar su alegría, Lourdes le limpió la sangre seca de su cara con un trapo y agua. Mientras pasaba el paño por sus facciones macilentas, apreció que en el brillo de sus pupilas había reflejos de otro lugar y otro tiempo. Se fijó detenidamente y comprobó con horror que todavía parpadeaban en sus ojos las imágenes del momento de los disparos al borde del barranco. De manera muy tenue se veía cómo Ramiro caía de espaldas, acompañado por la caída simultánea de sus compañeros de infortunio, ellos sí alcanzados por los proyectiles de una ejecución torpe y precipitada.

Como si Ramiro no pudiese escapar de aquel instante de su fusilamiento, permanecía inmóvil y ausente día y noche, entre la frontera de la vida y la muerte. Lourdes tenía que darle de comer y de beber, obligarlo a agacharse y a tumbarse, y debía limpiar sus deposiciones. El agua se la podía verter en la boca con paciencia, pero la comida, previamente masticada por ella, tenía que hacérsela tragar con su propia boca. Parecía un ave dando de comer a su polluelo.

Cuando a los pocos días llamaron al Genio y este salió de su lámpara, descubrió a ese nuevo inquilino de la cueva, a quien la muchacha acostaba en un jergón de paja y resguardaba del frío con una manta. Vio cómo ella cerraba con una mano sus ojos reacios a clausurarse, como si bajase los párpados de un muerto. El Genio se lamentó

en falsete, aquella cueva se estaba convirtiendo en una posada de El Cairo.

—Qué conmovedora es la debilidad humana —prosiguió el Genio mientras estiraba sus brazos translúcidos y bostezaba—. En fin... Hoy me siento generoso, así que me tomaré vuestras peticiones, en lugar de como un deseo a conceder, como una diversión.

Habían llamado al Genio para que les mostrase con su magia dónde se encontraban los miembros ausentes de los Broto. Silvestre no hallaba en algo así ninguna relación con su misión, pero había condescendido a los ruegos de Lourdes. Al fin y al cabo, la guerra que ahora desgarraba por todas partes al país de los secretos podría propiciar que se abriesen archivos y desempolvasen expedientes. Entonces habría llegado su oportunidad, aunque solo en el caso de que Franco, el jefe de los africanistas amigos de Berenguer, resultase derrotado.

—Sí, Genio, muéstranos cómo va la guerra —le dijo el general Silvestre más animado por esa idea—. Espiemos a las tropas sublevadas y después enviaremos al Gobierno de Madrid una relación de sus movimientos.

—¡Ho, ho, ho...! —rio el Genio de un modo tan fantasmal que hizo abrir los ojos a Ramiro en su lecho, aunque sin producirle ningún asombro, como si estuviesen ciegos—. Estúpido soldado de pacotilla. Veo que ignoras que los miembros del Gobierno de la República ya no están en Madrid, pues hace semanas que, como delicados eunucos de un serrallo, se han trasladado en tropel a Valencia. No esperes nada de esa lata de grillos, que no son capaces de acordar si los cañones de los fusiles han de ser huecos o macizos. La señorita Broto lleva razón. Habremos de fijarnos en sus parientes que, como ya te advertí, algún día girarán la llave que abra el arcón que guarda la verdad sobre Annual.

—¿De qué forma, Genio? ¿Qué tendré que hacer yo? —preguntó Lourdes algo ansiosa.

El Genio extendió un brazo de humo espeso y, con delicadeza, elevó con su mano el mentón redondeado de la muchacha.

—Ah, tierna princesa ya hollada en las entrañas por carne mortal... Tus artes de seducción son limitadas, pero encantadoras por inocentes. No me obligues, con esos ojos negros que marean, a romper el sexto mandamiento de la genialidad, que dice que las cosas sencillas han de recorrer un camino complicado. Me expulsarían del GAB, es decir, del Geniuses Association of Bagdad. Así que veamos, acerquémonos a cotillear.

Los tres, el Genio, Lourdes y un ansioso Silvestre, se congregaron alrededor de la fiamblera llena de agua, que era su pantalla de cine a color, como entonces se estaba probando en el remoto reino de Hollywood.

Ante ellos apareció Rogelio. El Genio explicó que su imagen se apreciaba clara porque no se encontraba muy lejos de aquel valle. Descubrieron al mayor de los hermanos Broto por una calle húmeda de San Sebastián, celebrando con un grupo de camaradas la toma de la ciudad. Se le veía bien de salud, fornido y vigoroso como

siempre. Su experiencia en trueques y chanchullos al frente del colmado le había valido para suministrar a los soldados tabaco, bebida y chocolate. Con los bolsillos llenos, avanzaba jovial de una tasca a otra tasca. Aunque Rogelio no andaba borracho por los *txikitos* que se iba tomando, sino por la adicción que entonces iniciaba.

Para vencer el miedo del frente, los oficiales rebeldes habían inventado un mejunje a base de coñac, pólvora y linimento para caballos llamado «revientafronteras». Bastaba con ingerir medio vaso por la mañana para sentirse como un coloso el resto del día. El revientafronteras era apreciado sobre todo entre los alféreces provisionales, cuyos miembros caían como moscas en la primera línea. No en balde en los mentideros se propalaba el dicho de que «Se es alférez provisional y muerto seguro». Debido a su robusta constitución, Rogelio se podía permitir un vaso entero de ese mejunje explosivo. Puesto que además contaba con abundante dinero, se tomaba dos o tres al día.

—Olvídate de ese fantoche, Genio —dijo Silvestre—. A mí me interesa el otro bando. ¿Qué hay de Sito?

El Genio gruñó por que lo distrajese de unas andanzas tan prometedoras. No obstante, satisfizo la impertinencia de su amo cambiando de canal con un chasquido de dedos.

La imagen de Sito Broto apareció débil en la pantalla de la fiambarrera. Estaba demasiado alejado de la cueva como para que la magia lo pudiese captar con nitidez. Se le vislumbraba por breves instantes caminando por detrás de parapetos de sacos terreros, se diría que en una región también montañosa, aunque más pelada de árboles. Quizá la serranía de Teruel. La imagen de Sito parpadeaba. Aun así, se apreciaba que iba con el uniforme republicano, con gorra de plato, en la cual se adivinaban un par de estrellas. Los soldados que se cruzaban con él lo saludaban llevándose un puño a la sien.

—Lo sabía. Ese muchacho llegará lejos en el Ejército —comentó ufano Silvestre, en cuclillas e inclinado sobre la fiambarrera—. Déjame hablar con él, Genio, le daré algunas instrucciones sobre táctica.

—Imposible, mameluco degradado. Contravendría el undécimo mandamiento del GAB, aquel que dice que el actor de un suceso jamás sabrá que está siendo observado a través de una pantalla líquida.

—¡Hazlo! ¡Yo te lo ordeno!

—No insistas. No me jugaré el carné por un amo como tú.

—¡A saber por qué motivos te admitieron en el gremio!

—¡Basta ya los dos! —intervino Lourdes con un coraje que desconcertó a hombre y criatura de cuento—. Ahora busca a Cornelio y Vitali, Genio. Seguro que no andan muy lejos de aquí, al otro lado de la frontera.

El Genio se relamió por aquel pronto tan sensual de la chica, tan propio de una gata de Angora, pero se centró en su trabajo. Nuevo chasquido de dedos y calambrazo en el agua. En esta ocasión las imágenes eran más pobres que nunca. Se

veían granuladas, como si hubiese un hormiguero alborotado dentro de la fiambarrera. Y a veces se cruzaban unos rayos negros por su superficie y desaparecía todo signo de movimiento. Ello significaba que la pareja debía andar más lejos aún que Sito.

Tras porfiar con los controles digitales de sus manos, por fin pudo dar el Genio con Vitali, que andaba por una calle de edificios vetustos. Aquello era Madrid, ya que de vez en cuando aparecía una boca de metro como abocetada de polvo, o una lengua de cielo sobre los tejados de una calle, sobre la cual se distinguían con esfuerzo unos puntos oscuros y veloces. Eran aviones «chatos» que estaban bombardeando la capital.

Lourdes preguntó por Cornelio. Pero por muchos esfuerzos que hizo el Genio, no aparecía en pantalla su primo, sino únicamente Vitali con su gabán de vellón arrastrado por el suelo, aunque sin cámara fotográfica y sin la funda de su violín. Solo llevaba un fusil colgado al hombro, uno pequeño de los llamados «naranjeros». Vagaba y vagaba a lo largo de calles caóticas, por donde se cruzaban camiones llenos de milicianos vestidos con monos azules, o gente espantada que huía de los bombardeos. Siempre iba solo, en una actitud acechante, lobuna.

Para averiguar dónde había ido a parar Cornelio, el Genio hubo de hacer virguerías con su aparato de latón y agua. Por fin logró que las imágenes retrocediesen en el tiempo, de forma que fueron ganando en calidad. Volvió a aparecer Vitali, esta vez sí en compañía de Cornelio, aunque también se veía a otro hombre a su lado. Era Esquinazao, con su bigote ya encanecido, que conducía su taxi hacia el sur. Habían pasado Huesca y se acercaban a la sitiada Zaragoza. Pero no penetraron en la ciudad del Ebro, sino que, dando un rodeo por caminos infames y polvorientos, el viejo republicano Esquinazao condujo su vehículo hacia el frente cercano.

Pronto se toparon con las vanguardias republicanas, que por aquella zona estaban formadas por anarquistas de la FAI. Al frente de ellos se encontraba Buenaventura Durruti, recién llegado de Barcelona con tropas de refresco. Nada más apearse de su taxi, Esquinazao saludó a Durruti con el puño en alto, se abrazó a él y le presentó a sus dos amigos de Jaca: el pequeñoburgués Cornelio y el soviético Vitali, dos bravos combatientes que venían a unirse a la causa revolucionaria. Pero además, eran artistas proletarios, artistas de la fotografía, que querían plasmar los logros de la revolución en el campo aragonés. Durruti, un hombre campechano y fascinado por la cultura, los acogió con los brazos abiertos. Al fondo tremolaban banderas rojas y negras.

El Genio procuró que aquella historia no se prolongase mucho, con un movimiento giratorio de índice hizo que los episodios aconteciesen a cámara rápida.

Se implantó el colectivismo en el campo aragonés. Ardieron los Ayuntamientos con los archivos municipales y los registros de propiedad. Hubo ejecuciones de gente obstinada y presuntuosa. Aconteció alguna que otra violación de rigor. Se sucedieron celebraciones de camaradas en patios bajo emparrados, bailes espontáneos en los que participó Vitali con su violín. De todo ello el propio ruso iba dando fe con su cámara

de madera. Pero Vitali y Cornelio no habían ido al encuentro de los libertarios por amor al arte, más bien habían bajado a aquel avispero del llano a dar rienda suelta a sus ímpetus dionisiacos, por el amor libre. Participaron en saqueos por pueblos resecos y apartados, degollaron a diestro y siniestro, y se divertieron en orgías que eran como hecatombes genitales.

Vitali estaba de pie, borracho, con su abrigo lleno de vómitos, en medio de un amasijo de cuerpos desnudos que se retorcían de frenesí dentro de un granero vacío.

—¡Sí...! ¡Yo, Ludmila Kabilina, soy el Rasputín de España! —resonó su grito en ruso.

Y la consiguiente carcajada sardónica, en la cueva de Silvestre. Así era la guerra revolucionaria a orillas del Ebro.

Después algo pasó con Cornelio que no advirtieron. El Genio hizo que los episodios transcurriesen más despacio. Entonces vieron que el bruto era conducido por los rudos hombres de la FAI. Lo metieron en una fila de curas, prostitutas e invertidos. La columna alcanzó un apeadero de ferrocarril. Los milicianos hicieron que los detenidos subiesen a un vagón de tren solitario en medio de la vía. Por un extremo de la pantalla, apareció Durruti con una ametralladora pesada en los brazos. Después de accionar el cerrojo del arma, se puso a barrer el vagón de mercancías con una ráfaga que parecía no tener fin. Los gritos de los infelices del interior desaparecieron del sonido ambiente, hasta que al final solo hubo humo acre de pólvora que sofocaba el aire del apeadero.

Vitali había tenido la suerte, o la habilidad, de escapar de la carnicería del apeadero. Así, al cabo de las semanas deambulaba solo y acechante por las calles de un Madrid sitiado por los fascistas. De nuevo vieron a los aviones bombardeando, a la gente correr hacia las bocas de metro, a los milicianos encaramados a los camiones con sus banderas tricolores o rojas.

En tiempo real, había una refriega seria en torno al hospital Clínico, en plena Ciudad Universitaria. Los de la FAI luchaban contra una nutrida vanguardia de regulares moros que había tomado el inmenso hospital, en tanto que no muy lejos, al fondo de la imagen, se veía el cerro Garabitas, desde donde los sublevados habían desencadenado su ofensiva. Después de una denodada resistencia, los libertarios comenzaban a flaquear en su lucha.

—¡Inútiles anarcosindicalistas...! —se quejó Silvestre—. Dejadles donde están y atacad sus flancos por el Manzanares. Dejad rodeados en el hospital a esos moros, a ver si así se les cura la sarna.

Ante tal ofensa, el Genio saltó:

—¡La única sarnosa fue la mulata que te dio de mamar en Cuba!

—¡Callaos los dos! —intervino Lourdes, fascinada por lo que veía en la fiambrrera.

A las cercanías del hospital llegó un Hispano Suiza negro mientras llovían disparos. Para evitar la retirada de sus hombres, Durruti bajó del asiento del copiloto

de su coche lujoso con un naranjero en ristre, dispuesto a acribillar a quien huyese. También se apearon sus guardaespaldas y lugartenientes y se cruzaron frases cortantes, ininteligibles a causa de la lejanía.

Y de repente algo llamó la atención del Genio.

—¿Eh? Algo no marcha bien —comentó—. Ahí hay como un extra que se hubiese colado en la toma.

Movió la cámara mágica hasta enfocar un punto que asomaba en el tejado de un edificio cercano, y aumentó el plano hasta centrarse en un torso de hombre con gorro de plato sin insignias. La imagen deficiente, borrosa, dejó adivinar a Vitali aplicado en apuntar con su fusil naranjero hacia el Hispano Suiza.

—¡No! ¡Vitali, no lo hagas! —gritó una espantada Lourdes en la cueva.

Como si a cientos de kilómetros Vitali hubiese oído el ruego de la muchacha, apartó su ojo del punto de mira y echó un vistazo a su alrededor. Comprobó que no había nadie más en el tejado, le sonarían los oídos por el tiroteo cercano. Silvestre se apercibió de que era más fácil de lo que suponía hablar con los actores de la pantalla. Vitali se rascó una oreja y volvió a su tarea. Apuntó, disparó y, a cien metros de él, Durruti caía abatido cerca de su coche, en medio de sus hombres, con un tiro en el costado del corazón.

Lourdes no lo pudo soportar y dio una patada a la fiambarrera. El agua saltó, y con ella las imágenes, que enseguida se deslizaron por la pared de la gruta en mil facetas animadas. Silvestre gritó de rabia contra una señorita tan mojigata:

—¡Estúpida niña! Ese ruso ha hecho bien. Los anarquistas siempre lo embrollan todo con su insensatez, acaban peleándose con todos y apoyando al bando equivocado. Durruti hubiese perjudicado nuestra causa marroquí.

Con aquel jaleo, Ramiro se había incorporado de su lecho. Boqueaba de espanto, como si aquella escena fuese un acto del infierno donde creía que había ido a parar después de morir.

—¡Eres malo, Silvestre, malo! ¡Todos los hombres sois malos! —gritó Lourdes antes de romper a llorar.

El Genio cruzó sus brazos, apesadumbrado no por el estropicio de su aparato, que en cuanto de nuevo se llenase de agua estaría arreglado, sino por el dolor que había causado en su preciosa hurí.

Lourdes se alejó sollozando hasta la boca de la cueva. No podía creer que Vitali fuese un asesino. El hombre que de pequeña le había relatado bonitos cuentos y que le había hablado de la bondad, ahora andaba por ahí convertido en un criminal vengativo. No comprendía que un artista como él hubiese podido caer tan bajo. Tendría razón el coronel Ferreira: ahora era un hombre lobo, un lucumón sediento de sangre. Lourdes no entendía nada, ni de Vitali, ni de Silvestre, ni de lo que había hecho su padre antes de desaparecer. Si al menos estuviese Sonsoles con ella para explicarle las cosas de un mundo tan confuso. Pero su prima estaba en París, y ya no contestaba sus cartas. Bien es cierto que posiblemente ella había dejado de escribirle.



No se acordaba.

## **TERCERA PARTE**

## Capítulo 19

Un salvoconducto especial, expedido por el Gobierno de Salamanca, permitía a Nicanor moverse a su antojo por todo el territorio franquista. De igual modo, había conseguido un pasaporte del Gobierno de Valencia que le franqueaba el menguante espacio republicano. Pese a la guerra, los ataúdes de Palop & Broto seguían distribuyéndose por ferrocarril en ambos bandos. Porque la muerte, y más en tiempos de guerra, no tiene lindes. Lo mismo había que sepultar a Durruti en Barcelona que al general Mola en Pamplona. Tampoco tenía Nicanor problemas para cruzar la frontera internacional, ya fuese por Irún, el túnel de Somport o Portbou.

Por sugerencia del administrador Aguilera, Palop & Broto había establecido un segundo taller en Bedous. Nicanor estuvo conforme desde el principio, pero le preguntó al comandante por el motivo de esa sorprendente iniciativa.

—Señor Broto, ¿es que cree que la guerra se va a acabar en España? Las guerras son contagiosas.

Tales palabras ampliaron en Nicanor sus meditaciones obsesivas, mientras al otro lado de la ventanilla del vagón iban pasando los panoramas de la vida. Las guerras le parecieron como terremotos en el paisaje: se desmoronaban ciudades, se elevaban dictadores como montañas, se quebraban ríos, que eran meras corrientes de sangre, sucumbían millones de paisanos, que apenas percibían que formaban parte de esa transformación sísmica y eugenésica. Y de repente podía haber un descarrilamiento del convoy propio, lo que significaba que el frente de combate le había alcanzado a uno. «La guerra es un descarrilamiento transversal de muchas vías», apuntó Nicanor en su cuaderno de tapas negras.

Hojeando las anotaciones y los dibujos de años atrás, Nicanor descubrió con nostalgia bocetos de trabajos hechos en tiempos no tan groseros como los presentes. Sonrió por el dibujo del ataúd propuesto a Marie Curie, toda una dama. Había sido un féretro singular, ya que por fuera tenía apariencia de caja corriente, pero estaba forrado con una capa de fósforo. Delante de Nicanor, en medio de su laboratorio, la anciana *madame* Curie se había introducido en su féretro, y dentro había permanecido unos minutos, rodeada de una luminiscencia verdegay que hacía olvidar la angostura y la lobreguez del habitáculo. La premio Nobel había salido entusiasmada por la experiencia, más sosegada para afrontar sus últimos días.

Pero el encargo más estrambótico había sido ese ataúd cuyos trazos ahora repasaba con sus dedos manchados por la tinta de su estilográfica. Tenía forma de baúl y se lo había encargado un poeta portugués llamado Fernando Antonio Nogueira Pessoa. Cuando se entrevistó con él en Lisboa, era un hombre en la flor de la vida, lejos en apariencia del destino final. Pero como era de carácter sombrío y melancólico, ya quería preparar su tránsito hacia el horizonte que riela al fondo de cada línea ferroviaria. A Nicanor le pareció uno de los hombres más singulares que había conocido. Además tenía varios nombres, cada cual con su propia biografía.

—Es por ello que necesito un baúl, señor Broto —le había dicho el poeta, sentados ambos en una mesa del café Montanha—. Cuando muera tendré que enterrar a todos los demás poetas que también he sido, y con ellos a la obra de cada uno. Solo Palop & Broto puede proporcionarme una última morada semejante, y su prestigio profesional servirá para disuadir a las autoridades eclesiásticas de censurar mis propósitos.

Nicanor hizo amistad con Pessoa, tenían muchas cosas en común. A él también a veces le embargaba la sensación de ser varias personas al mismo tiempo, no en vano antaño se había creído Queequeg, también Ismael, incluso el capitán Acab, qué decir de su doble literario, el filósofo italiano Settembrini del balneario de Davos. Y a menudo había tenido la sensación de estar dentro del cuerpo de Vitali, cuando dormía cerca, en el cobertizo del hotel. En estos tiempos más prosaicos y violentos, en más de una ocasión había estado tentado de sacarse un pasaporte para cada una de sus identidades. Una personalidad para el bando franquista, otra para el republicano, una más para Francia, y así sucesivamente. Pero enseguida comprendió que sería contraproducente, puesto que ante todo lo avalaba la marca Palop & Broto, su propio nombre. Ya encontraría alguna vez la forma de solucionar ese desdoblamiento tan bien como lo había resuelto Pessoa.

De nuevo Nicanor tenía que volver a colocarse la levita. El tren perdía impulso y el paisaje adquiría concreción. Ya alcanzaba la estación de Austerlitz. Cuando aquel día llegó a París, después de alojarse en su hospedaje habitual, el Hôtel D'Isly de la Rue Jacob del barrio Latino, lo primero que hizo fue cruzar el Sena en taxi, llegar a Montmartre y pasarse por el estudio de su sobrina Sonsoles. En la puerta lo recibió como siempre la criada Chantale. La anciana mujer estaba llorosa, enjugándose las lágrimas con el delantal.

—¡*Mademoiselle* Broteau no aparece por aquí desde hace varios días, señor Broteau...! —le explicó la normanda entre gimoteos—. Así lleva mucho tiempo. Temo... Temo por ella...

—Me inquieta sobremanera, *Madame* Chantale.

Nicanor oteó el interior de la buhardilla desde la escalera: la decadencia incipiente del estudio que había notado en visitas anteriores se había acentuado.

Ya habían pasado los días novedosos de la fotógrafa venida del sur. Sonsoles aún conservaba cierta fama, poseía algo de dinero, contaba con muchos amigos, pero el esplendor de antaño se había apagado. Sus fotografías eróticas adornaban calendarios atrevidos, ilustraban barajas de carácter pornográfico que circulaban por los casinos y en determinados garitos con la firma de Sonsoles Broteau. Sin embargo, no había conseguido destacar lo suficiente como para que el mundillo de Montmartre la considerase una verdadera artista.

Así se lo había confesado Picasso meses antes a Nicanor en su estudio —donde se había presentado para hacerle una póliza de Palop & Broto—, mientras el pintor ejecutaba los últimos trazos de su *Guernica*.

—Su sobrina se esfuerza, señor Broto —le dijo el malagueño—. Pero carece de esa voz propia inconfundible que distingue al genio. Y es una lástima, porque podría conseguirlo si percibiese de otro modo el latir del mundo.

Nicanor asintió en silencio, aunque sin darle toda la razón. Se apartó del pincel de Picasso y retrocedió varios pasos para contemplar el extraño y desmesurado lienzo a través de su monóculo. Delante de aquella mamarrachada gris prefirió callarse lo que pensaba sobre el arte moderno. Se calló que en Guernica no había toros bravos sino acaso vacas lecheras, ni quinqués de petróleo sino luz eléctrica, ni caballos que parecían cebras, ni madres con hijos muertos en los brazos, sino hijos que preparaban la venganza de sus madres muertas. Qué vulgaridad. Qué presunción del arte llamado de vanguardia, que trastocaba y cuarteaba la realidad en regüeldos emocionales, en simbolismos cataclísmicos, hasta hacerla irreconocible y despojarla de toda belleza racional. La belleza del arte residía en su capacidad de mimesis con el modelo real, jugando al engaño con la función primordial de la mente, que es un proyector de diversión, no un órgano encargado de reinterpretar ese modelo del mundo por medio de grotescas suposiciones.

Pero en el fondo, Nicanor sabía que a Picasso no le faltaba razón sobre Sonsoles. Había algo en el espíritu de su sobrina que le impedía atravesar la barrera de lo chocante y lo pintoresco para ir a dar a lo plenamente artístico. Con seguridad ella misma lo sabía, y por eso se estaba consumiendo en su esterilidad.

Cuando aquel día de su llegada Nicanor se despidió de Chantale, mientras ella se enjugaba las lágrimas en el quicio de la puerta con un pañuelo que el caballero le había dejado, recorrió las callejas de Montmartre y pudo localizar por fin a Sonsoles, esa circunstancia le pareció aún más evidente.

La encontró al fondo de un *bistrot*, entre claroscuros y humo de tabaco, apoyado su rostro macilento y sucio sobre una mesa de mármol que también soportaba dos botellas de vino vacías. Hundida en su ebriedad, Sonsoles apenas pudo reconocer a su tío, parado frente a la mesa con mirada severa. Le pareció el presentador charlatán de un circo ambulante, y se rio entre hipidos. Nicanor se esforzó por sacarla de aquella cueva birriosa de la bohemia.

—Sonsoles, debes levantarte, por el amor de Dios.

—¡Déjame, sepulturero...! —farfulló ella torpe y sin fuerzas—. Vuélvete a tu cementerio de España...

Nicanor no tuvo en cuenta la multitud de ojos que se fijaron en él a través del cargado ambiente.

—¡Sobrina, te conmino en nombre de la decencia a que te incorpores! —insistía él con su lenguaje relamido y antiguo, sin perder su compostura de caballero.

—¡Bah...! —rezongaba Sonsoles.

Avanzando entre las mesas, se acercó un yanqui calvo y alto, que miraba a través de dos ranuras azules y llevaba una camiseta a rayas de marinero. Posiblemente era algún escritor mendicante que se habría tirado a Sonsoles hasta dejarla escocida. Puso

una manaza en la pechera de la levita de Nicanor y lo detuvo.

—Tú, burgués de mierda. Esta es mi chica.

Al fondo del local se oyó la voz de una mujer, también con acento extraño:

—Déjale, Miller. Debe de ser pariente de Sonsoles...

—Claro que sí, Anaïs —repuso Miller con una sonrisa ladeada hacia su paisana—. Le debe tocar hasta el botoncito...

Nicanor no replicó nada y, haciendo gala de una parsimonia desconcertante, con la mano libre se colocó su chistera en la cabeza. Entonces dirigió sus dos profundas cejas a las ranuras de Miller. Como aterrado por una imagen demasiado macabra, el escritor retrocedió mascullando y le dejó el paso libre. Nicanor pudo levantar por fin a Sonsoles y hacerla avanzar hacia la salida, mientras por detrás oía cómo discutían Miller y Anaïs. Se oyó el chasquido de una bofetada y una risa femenina de gusto.

Nicanor y Sonsoles volvieron a recorrer juntos las callejas costrosas de Montmartre y, tras una meada de ella por sus pantalones en una acera, el tío logró meterla en el portal de su vivienda. *Madame Simone*, la *concierge*, los vio pasar por delante de su ventanillo, con una mirada de censura a través de una nube de tabaco. No había ascensor, así que la pareja subió a tropezones las cuatro plantas. Nicanor dejó que Chantale asease a Sonsoles en el cuarto de baño. Mientras tanto, él se tomaba un par de cafés en el sofá redondo de terciopelo rojo donde se revolcaban las modelos en las sesiones fotográficas. Desde allí oyó que su sobrina vomitaba y lloraba bajo la ducha.

Al cabo de media hora, la joven aparecía con el pelo amarillo mojado y peinado hacia atrás, con ojeras azules, enfundada en un kimono de seda rosa que le llegaba por las rodillas. Chantale, encorvada por el esfuerzo supremo de aliñar a la señora y con un brillo de emoción en los ojos, cruzó con Nicanor una mirada de agradecimiento.

Como sospechara Nicanor, debajo del desbarajuste emocional de Sonsoles se encontraba un hombre. Aunque la historia poseía unas facetas más complejas que la simple pasión amorosa o la atracción erótica. Sonsoles señaló una cámara fotográfica sobre una mesa. Era pequeña, muy moderna, de la marca Leica, alemana.

—Si no hubiese sido por ese artilugio, tío, si no hubiese sido por él ahora seguiría viviendo en la inopia y feliz.

Nicanor observó con su monóculo la cámara que asía con la otra mano, como si escudriñase a través de un microscopio, o como si fuese Hamlet meditabundo con la calavera del enano Yorick.

La Leica era una cámara fotográfica revolucionaria que los nazis habían presentado hacía unos años como un acontecimiento científico mundial. Con película de treinta y cinco milímetros, era manejable, versátil, con un enfoque por fotómetro acoplado que daba imágenes de incomparable calidad. A su lado, las Enermann y las Goertz parecían cacharros de feria barata.

Sonsoles había ido a una tienda de los Campos Elíseos a comprar una Leica. Allí

coincidió con un cliente moreno, recio y atractivo que compraba carretes para su propia Leica. Con un dependiente metijón de por medio, ellos dos entablaron conversación con motivo de tan extraordinaria cámara. Después se fueron juntos a una cafetería cercana a la Opéra y departieron. El hombre se había presentado como Robert, aunque su verdadero nombre era Endre Friedmann, judío de origen húngaro. Por su parte, claro que él la reconocía a ella, a Sonsoles Broteau. Se había divertido mucho con sus atrevidas fotos en calendarios y barajas.

Ya de noche profunda, después de una prolongada ronda por distintas tabernas, Sonsoles y Robert se acostaron en el sofá redondo. Ella quiso deslumbrarlo, de modo que lo amó como lo haría su madre. Si no con su pericia, sí con más pasión. Él se sintió desconcertado.

—¿Qué te pasa, Robert? —le preguntó Sonsoles después de desocupar la boca bajo su vientre—. ¿No te gusta así?

—Oh, sí... Es muy divertido. —Robert se interrumpió, como para pensar lo que iba a decir—. Perdóname, Sonsoles. Lo que ocurre es que tengo la cabeza en otro lugar.

Sonsoles lo observó con desilusión en sus ojos claros a través de una maraña de vello negro.

—Comprendo. Hay otra mujer...

La había, y Sonsoles no tardó en conocerla. Robert las presentó durante un mitin del Frente Popular en Saint-Denis. Se llamaba Gerda Taro, y también era fotógrafa. Una fotógrafa como Sonsoles, del montón, una artesana de posturitas audaces y luces sugerentes. Nada comparable al trabajo de Robert, que destilaba el don de la genialidad. Una tarde le mostró a Sonsoles fotografías suyas en la modesta pensión donde se hospedaba, a la luz del balcón, mientras Gerda se cepillaba su cabello sentada en la cama. No eran fotografías de estudio, sino hechas en las calles, en lugares públicos, en campos, en los muelles del Sena. Por ejemplo, una simple fotografía de trabajadores bebiendo a la puerta del café Marx de Marsella dejó pasmada a Sonsoles. No había nada particular en la toma, nadie hacía nada extraordinario, ni había nadie conocido, solo obreros pobres que bebían y charlaban de pie o sentados después de una dura jornada de trabajo. Pero aquella imagen desprendía una sugerencia extrema, un halo que hacía que lo cotidiano se trascendiese en una idea simbólica de vidas estrechamente unidas en un existir inalcanzable, morboso y turbador para el observador ajeno al grupo del café.

Robert estaba continuamente de viaje, por encargo de la agencia periodística para la que trabajaba. Sonsoles llegó a amarlo como lo amaba Gerda, que, al contrario que ella, era correspondida. En consecuencia, el suyo se conformaba con ser un amor secreto, acaso más profundo que el de Gerda, o eso creía, porque pensaba que solo ella sabía interpretarlo. Eso solo podía derivar en una admiración enfermiza y obsesiva.

Cuando Robert regresaba a París, los tres se iban a los rincones de moda de la

bohemia, los cafés de Saint-Germain-des-Prés, las galerías de arte del barrio Latino. A veces se marchaban en coche más allá de Versalles, a alguna casa de campo donde un amigo acaudalado daba una fiesta a la intelectualidad. En una de ellas Sonsoles les presentó a Miller y a Anaïs, quienes entablaron una animada conversación con Robert y Gerda sobre las maravillosas posibilidades fotográficas de Nueva York. Sonsoles se reconcomía viendo la felicidad de sus amigos, sonrientes entre los dos americanos, pero no por su deseo físico hacia Robert, a quien había poseído el primer día, aunque en cierto modo su respuesta había sido igual a la de cualquier otro hombre de los muchos que había conocido. Un monje comparado con el duro de Miller y la tierna de Anaïs. Se torturaba por no participar de su secreto, por no empaparse de su arte embebiendo su espíritu por las calles recónditas, en los muelles sucios o en los cafés de los obreros.

No obstante, Sonsoles procuró absorber los pocos consejos que a veces rezumaba Robert cuando explicaba cómo se las había apañado para sacar tal o cual instantánea. Ella después cogía su Leica y salía a la calle, a hacer lo que antes él había hecho. Luego le presentaba las fotografías para que le diese su opinión.

—Muy divertido, Sonsoles —opinaba Robert con las cartulinas ante sus ojos—. Tienes mucha maña.

—Muy divertido, tío... —repitió Sonsoles a Nicanor tiempo después, al aroma de aquel café amargo—. Todo lo que yo hacía le parecía divertido. Nada más que eso. Pero Robert llevaba razón. Qué cojones. En mi obra solo hay vulgaridad y lugares comunes. Compara esas fotos mías de la pared con estas...

Nicanor se fijó en unas fotos enmarcadas de su sobrina; no en las pornográficas, sino en otras de temas convencionales. No supo qué opinar de aquellas imágenes insustanciales, así que se abstuvo de hablar por no herir. Entretanto, Sonsoles alcanzaba un álbum del aparador. Volvió a sentarse al lado de su tío y le mostró copias de trabajos realizados por Robert Capa. Le señaló una instantánea tomada en la guerra de España, donde se veía a un soldado republicano en el momento exacto de caer muerto por un tiro en los alrededores de Córdoba. Eso era arte sublime, y no lo que ella hacía.

Nicanor se conmovió por el instante de la muerte de ese tal Federico Borrell, según rezaba en el pie de foto. Esa imagen le sugirió una idea extraordinaria: una especie de ataúd portátil, de bolsillo, para los que caían en el frente.

La guerra había deshecho aquel triángulo de perfiles borrosos que formaban Robert, Gerda y Sonsoles. Porque, al contrario de lo que esta había supuesto, Gerda también había padecido a la sombra del genio. De ello se enteró Sonsoles demasiado tarde, cuando supo que Gerda también se había echado al mundo para captar su arte natural. Así viajó sola a España, para realizar un reportaje para su agencia en los frentes de lucha. Y como si el genio tuviese una regla no escrita que dijese que es intransferible, ocurrió la catástrofe. Gerda había muerto atropellada por un tanque republicano en la batalla de Brunete.



Cuando llegó la noticia a París, Robert estuvo a punto de volverse loco. Se maldijo, se torturó, quería sacarse los ojos por la amada muerta. Sonsoles quiso consolarlo y acudió a su pensión, impulsada por el deseo de ocupar el hueco dejado libre, de ser el hueco mismo.

—Sí, tío Nicanor, yo quería que Robert fuese mi evangelista, que me anunciase la dicha, que me enseñase a mí y solo a mí. Porque estaba persuadida de que algún día podría hacer una obra comparable a cualquiera de las suyas.

Pero Sonsoles no pudo llevar a Robert siquiera a las sábanas frías y secas de su cama. Incluso tuvo que acudir al cuarto la dueña del hospedaje, y entre las dos mujeres evitaron que el fotógrafo se arrojase por el balcón, como a unas manzanas de allí lo había hecho Jeanne, la amante de Modigliani, después de la muerte del pintor. A las pocas semanas Robert partía a China, silencioso y amargado, a cubrir con su Leica la guerra entre chinos y japoneses.

Y así estaba Sonsoles, perdida y abandonada, a veces entre las manos perversas de Miller dentro de un excusado, en ocasiones consolada por Anaïs en el sofá redondo. En todo momento sin esperanza de salir de la mediocridad.

—Vuélvete conmigo a Jaca, sobrina —le dijo Nicanor y acarició con ternura su melena de paja húmeda—. Sí, ya sé que Berta te ha hecho mucho daño. Pero no necesitarás vivir con ella. Digna te acogerá en el Mur. Desde que Vitali desapareció necesitamos un fotógrafo en el pueblo. Además, tendrás una guerra cerca.

—No puedo, querido tío. España me arrebató al primer hombre que amé y al hijo que no pude tener. Y mucho más. Y mucho más...

Nicanor salió de París todavía más dolorido que cuando la encontró.

Pensó en Sonsoles sentado en su compartimento, mientras el paisaje reanudaba su movimiento al otro lado de la ventanilla. A raíz del aborto del hijo que esperaba de Fermín, había quedado estéril, como si su mente torturada por tanto sufrimiento hubiese secado sus entrañas. Sin contar a las mujeres, había conocido a toda clase de hombres, y ninguno había conseguido que su vientre diese un fruto. Nicanor apuntó en un margen de su libreta: «Cada mujer lleva un ataúd en su seno». Bien lo sabía él.

Cerró la libreta, resopló y cerró los ojos húmedos de lágrimas.

## Capítulo 20

**D**urante los siguientes años Nicanor visitó regularmente a Sonsoles. Cada vez confirmaba que su estado depresivo no se agravaba, como si se hubiese detenido al borde de un precipicio. Daba la sensación de encontrarse en una especie de letargo, en espera de mejores tiempos. A Nicanor, que había enterrado a toda clase de suicidas, le pareció aquella la peor de las situaciones. Su sobrina se dejaba llevar por los días, y trabajaba lo justo para mantener mal que bien el estudio y a Chantale. Había dejado de hacer las fotos de actitudes procaces con chicas cargadas de carnes. Ahora vivía de hacer retratos convencionales, tanto de amigos artistas como de magnates mundanos. Y en ocasiones eran esos amantes quienes le pagaban los gastos de la vida cotidiana.

Un día Nicanor bajó del tren en Austerlitz y se encontró los andenes llenos de enormes germanos. Vigilaban, pedían pasaportes, de vez en cuando detenían a alguien con malos modos. El oficial que revisó los documentos de Nicanor exclamó «*Kaput!*», le devolvió los papeles y dio un paso atrás en cuanto se fijó en la actividad fúnebre a la que se dedicaba. Nicanor cogió un taxi y se dirigió al barrio Latino. También había controles germanos en la entrada del Hôtel D'Isly. Después de asearse y de descansar un rato, cruzó el Sena en otro taxi y se acercó a Montmartre para ver cómo iba su sobrina. Temió que la nueva situación le hubiese afectado más de lo conveniente.

Llamó al timbre de la buhardilla. Sabía que tenía que esperar mucho para que alguien subiese la escalera del estudio. Al cabo de un rato sintió pasos endebles en el entarimado y la puerta desconchada se abrió despacio.

—Hace días que no aparece, *Monsieur* Broteau —le explicó Chantale mientras le daba paso—. Pero no se preocupe, ya no anda por esos garitos del demonio, sino en los salones elegantes.

—¿Cómo es eso, Chantale? Explíqueme, por favor... —le pidió Nicanor mientras bajaba la escalera, que gañía bajo sus botines.

Una tarde, igual que el caballero descendía ahora al estudio, lo hicieron tres oficiales alemanes, llenos de insignias y tocados de altas gorras. Eran los jóvenes Kurt, Otto y Tom, admiradores de la fotógrafa Sonsoles Brotenn. Chantale los condujo junto al sofá redondo, y allí, derechos y quietos como cariatides, aguardaron a que la señora los atendiese. Chantale, mientras tanto, había desaparecido discretamente hacia la cocina, pues sabía cómo actuar cuando se presentaban admiradores apuestos.

Minutos más tarde, Sonsoles salió del cuarto oscuro y, cuando se puso al alcance de la luminosidad cerúlea de la claraboya, tres fuertes taconazos la sobresaltaron. Levantó los ojos de sus negativos y se encontró con tres capitanes del Ejército ocupante, altos, rubicundos, de semblante apolíneo.

Después de más taconazos y de besos de mano, los capitanes de la Wehrmacht

explicaron un tanto ampulosamente que habían conquistado Francia, que habían tomado París con tal de conocer a su admirada *Frau* Sonsoles Brotenn, cuyos calendarios y barajas de temas picantes coleccionaban desde sus tiempos en la academia. No se podía imaginar tan encantadora artista con cuántos seguidores contaba su obra en el victorioso Reich. Sus barajas y calendarios eran fetiches para las Juventudes Hitlerianas. Abrumada por el alcance de su fama allende el Rin, Sonsoles les pidió que volvieran a sentarse. Entonces Kurt, Otto y Tom se fijaron mejor y reconocieron el sofá redondo que había servido de marco a tantas deliciosas tomas. Y no se atrevieron a hundir sus posaderas de acero en su mítico terciopelo rojo. Sin poder evitar la sonrisa, Sonsoles se sentó decidida, dejando ver por el minúsculo kimono abierto sus largos muslos rubios. Dio con ambas manos unos ligeros toques en el terciopelo a sus lados, parpadeó con picardía repetidas veces como si airease sus ojos azules, y los capitanes obedecieron sin rechistar.

En sucesivas semanas *Madame* Simone vio a los tres capitanes del Ejército invasor que, tras subir las escaleras del portal, pasaban por delante del ventanillo de la *conciergerie* acompañando a *Mademoiselle* Broteau. Volvían de divertirse con los encantos de la gran ciudad, que Sonsoles se encargaba de mostrar a los capitanes como si fuera su cicerone. Fueron por los teatros de moda, por el Trocadero, por el Louvre, por el Moulin Rouge. Acudieron para ver actuar a Mistinguett en el Casino de París. Contemplaron al gitano Django Reinhardt, que triunfaba en el Club de France. Y naturalmente, estuvieron en lo alto de la torre Eiffel, gritando los cuatro en lecciones de alemán *Ach, ja!, Ach, ja!, Ach, ja!*, hasta desgañitarse de risa.

De cuando en cuando, Sonsoles alineaba delante de ella a Kurt, Otto y Tom frente a un monumento y les sacaba una fotografía con su Leica. Especialmente estuvieron ocurrientes bajo la dorada estatua ecuestre de Juana de Arco, a quien mostraron duros puños de amos. Ellos se reían y ella disfrutaba con las bobadas simples de esos tres aguerridos soldados. Muchos días regresaban al estudio a las tantas, cuando ya la luz del ventanillo de la *conciergerie* hacía tiempo que se había apagado. Parecían una cuadrilla de estudiantes gamberros que subía en estampida por la escalera del vetusto edificio. Ya hacía mucho que Chantale se había retirado prudentemente a su cuarto. Con la luna asomándose por la claraboya, Sonsoles daba las instrucciones precisas a sus admiradores. Ella se quitaba su guerrera sin insignias, que no cubría ni enaguas ni sujetador, se desprendía de sus pantalones que llevaba a pelo, se quedaba en cueros y esperaba a que los caballeros teutones se hubiesen desnudado. Luego se revolcaba con ellos de uno en uno sobre el sofá redondo.

Mientras Kurt, Otto y Tom se imaginaban actores de las fotografías de sus colecciones, Sonsoles recordaba la noche en que descubrió a Berta con sus tres amantes. O se imaginaba poseída por un solo capitán, no uno de aquellos tres, sino por su Fermín, al que habían fusilado en Jaca hacía ya diez calendarios. Pero siempre al final acababa formando naipes de una nueva baraja, con ella de as, y con Kurt, Otto y Tom completando doses, treses y cuatros.

Por encima de los capitanes había oficiales de más alto rango. Así sucedió que una noche de farra un coronel, Walter Zeller, ocupó el lugar de Kurt, Otto y Tom con una simple orden durante un descanso de una representación en el Palais Royal. Ya solo con Sonsoles, Walter disculpó la tardanza de sus camaradas en regresar del baño, y no tardó en exponer sus intenciones emocionales.

Zeller no era un joven palurdo y torpe como los capitanes, sino que era un hombre maduro, cultivado y de familia aristocrática. Formaba parte del Estado Mayor de los ocupantes de la ciudad. En lugar de llevar a Sonsoles a un *bistrot*, el coronel la invitó a cenar en Maxim's. Zeller pasó por delante del escondrijo de *Madame Simone*, visitó el estudio, contempló el sofá redondo, aunque, sentado en él con la dueña, no quiso pasar de la conversación entretenida con su agradable y bella compañía. Prefirió llevar a su conquista a la alcoba principesca del palacio de Lauzun, donde se hospedaba junto a otros altos mandos.

Docenas de veces se revolcaron en la alcoba hasta el éxtasis mientras los soldados cambiaban la guardia de la puerta cada dos horas. De vez en cuando, los soldados elevaban sus ojos hacia la ventana entreabierta por donde se escapaban gemidos. Otras veces temieron que su coronel hubiese rendido sus armas demasiado pronto, porque solo oían el débil murmullo de sus conversaciones.

—Nunca imaginé que una española pudiese ser tan rubia —comentó Walter en una de las primeras ocasiones mientras besaba la espalda de Sonsoles—. Si lo tienes todo amarillo...

Recargadas paredes de estilo rococó rodeaban una inmensa cama con dosel y sábanas de seda que antaño habrían acogido a duques guillotizados.

—Porque debo tener sangre aria, Walter. Los Broto no sabemos de dónde venimos.

Walter rio brevemente. A continuación le besó una sutil pelusa que le bajaba desde la nuca hasta perderse por donde la espalda comienza a ser divertida.

—Yo sí sé de dónde vienes, *Frau* Sonsoles Brotenn —dijo él tras enjugarle con los labios unas gotas de sudor entre los glúteos—. Has bajado volando del Walhalla.

Esas palabras sirvieron para retrotraer la mente de Sonsoles hacia el lugar del que creía venir. Pensó en sus días de Jaca, en las montañas nevadas, en los bosques y en el ferrocarril. Le vinieron las imágenes de la bruja rubia de su madre y del esquivo Damián de barba quemada, que no quiso aclararle si era su padre. Recordó a Cornelio, desaparecido con Vitali, convertidos ambos en lobos, según los rumores. Y recordó a Rogelio, que había vuelto al colmado cargado de medallas. Pensó en el peregrino Nicanor, su enlace con aquel mundo remoto, y en la gordita tía Digna y sus chicas rellenas. Le vino a la memoria Sito, su primo y primer amante, ya que los Broto debían aparearse entre sí, del cual no se sabía nada, porque acaso había sido víctima de una saca en alguna cárcel al acabar la guerra.

Pero sobre todo pensó en Lourdes. «¿Cuántos años debe tener ya? Oh, qué rápido pasa el tiempo...». Se arrepentía de haber dejado de contestar sus cartas, pero es que

no quería ni verse correspondida en el espejo del baño, solo quería rozar con la punta de un dedo la sombra luminosa del arte, o de lo contrario consumirse como el celuloide en una hoguera. Ella era fotógrafa, era lo único que sabía hacer bien. Había albergado la esperanza de realizar la foto maestra que la redimiese de tanto tesón y esfuerzo. Pero los hados se la habían negado una y otra vez, y ella poco a poco había dejado escapar tal ambición. En realidad, lo dejaba escapar todo, como el cariño de su prima Lourdes, como el amor de Robert.

A Robert lo había vuelto a ver durante unos días a su regreso de China, antes de la ocupación. Entonces había conseguido poseerlo de nuevo, en el mismo lecho de la pensión donde él había amado a Gerda. Y después habían mirado abrazados, desde el balcón de las tentaciones, hacia el balcón donde Modi y Jeanne a su vez se habían asomado. Habían sido momentos dichosos, pero ella había reincidido en pedir lo que no se puede otorgar. Tuvo que dejar a Robert solo en el balcón, mientras ella cerraba la puerta sin hacer ruido. Ahora él andaba con su Leica por Inglaterra, o tal vez por América o África, siguiendo el rastro de la guerra que se los había tragado a todos. Una guerra que todavía ella no había visto, porque todo se le escapaba.

Walter la rescató de sus pensamientos cerniéndose sobre sus pechos, cuyas cúspides duras y de limón anaranjado cimbreado una después de otra con la punta de su lengua.

—Mi adorada diosa del Walhalla... —Descansó su apéndice ensalivado—. Creo que es hora de que conozcas a tus lejanos parientes del Olimpo.

—¿Qué quieres decir, Walter?

—Que nos vamos al Mediterráneo.

El coronel Walter Zeller lo dispuso todo en un par de días para que un Heinkel de la Luftwaffe los recogiese en un aeródromo de Gonesse. Sobrevolaron París, se adentraron por la Francia ocupada, hicieron escala en Marsella, lamieron el mar de los romanos y alcanzaron Roma. Un Mercedes pasó rozando la columnata de la plaza de San Pedro. Dentro iba Sonsoles con un precioso vestido con hombreras y mangas abullonadas, tocada de un sombrero de disco con florecillas de tela, y luciendo su melena de oro rizado que le caía hasta los omóplatos. A su lado se encontraba Walter, vestido de paisano con sombrero pardo. El chófer, un camisa negra, cruzó la península con el Mercedes, hasta Brindisi. Allí la pareja se hospedó en Il Arlequino, un hotel de altos techos y gruesos muros pintados a la romana, cobijo de sonoros ecos, con ese aire de calor fresco de los viejos caserones italianos. En sus salas y sus habitaciones se entrevistaron con más alemanes de paisano y con más camisas negras del Gobierno italiano.

Una noche, después de cenar en una *trattoria* y de dar una vuelta por la ciudad, ya de regreso en la alargada habitación que ocupaban en Il Arlequino, Walter le hizo un regalo a Sonsoles.

—¡Pero, Walter, es... es asombrosa! —exclamó Sonsoles delante de una cámara Meiser, tan diminuta que podía copar con una sola mano.

—Es un logro más de la técnica alemana, encanto —dijo Walter—. Alto secreto, por supuesto. Acércate, Sonsoles. Te voy a explicar lo que harás con ella.

Había extendido sobre una mesa el plano de una isla. Walter se pasó media hora señalando con un lapicero distintas partes de Creta. Después le enseñó las prestaciones de la pequeña Meiser. Sonsoles la estrenó con uno de sus pequeños carretes de película, tomando distintas posturas de su amante en el lecho, y de ella misma con él, desde ángulos que parecían inverosímiles.

Al día siguiente, Sonsoles abordaba un yate en compañía de un grupo de turistas americanos, ricachones de Brooklyn descendientes de alemanes e italianos, fieles a sus ancestros. Walter despidió a Sonsoles desde el muelle de Bríndisi con un movimiento de sombrero. El yate bajó costearo las convulsionadas Albania y Grecia sin contratiempo alguno. A la altura de la pequeña y pelada isla de Anticitera, les salió al paso un torpedero de la flota del almirante Cunningham. Los ingleses abordaron el yate e interrogaron al grupo de golfos yanquis que malgastaba sus dólares dentro de la caldera del Mediterráneo. Ya les alcanzaría a ellos la guerra. Aduciendo una aparente avería, les permitieron recalar en el puerto de La Canea, en Creta.

Las cuatro parejas estadounidenses se divirtieron hasta el escándalo por las calles encaladas del pueblo, vigiladas por la guarnición inglesa. Pero Sonsoles y el patrón del yate Bruce Pascuali se escabulleron varias noches seguidas para recorrer en destartalados camiones las crestas de la isla. Se centraron en los aeródromos de Canea y Maleme y en los fondeaderos de Sfakia. Agazapada entre los matojos del campo, cerca de las alambradas, Sonsoles sacó un buen partido a su cámara Meiser. Fotografió las defensas antiaéreas, las pistas y los hangares, los cañones y los blocaos que protegían las playas.

Una vez arreglada la avería del yate, los turistas yanquis se dispusieron a abandonar Creta. En el puerto de La Canea los despidió con gran pesar el contramaestre Harvey, que había compartido con ellos excelentes botellas de *bourbon*. Al cabo de unos días, la nave estaba de regreso en Bríndisi. Sonsoles saltó al muelle, brincó por encima de una estacha de amarre y corrió a abrazarse a Walter.

—¡Gracias, Walter...! —dijo ella enganchada al cuello de él, mientras Walter le daba vueltas y más vueltas muy divertido—. Son las mejores fotos que he tomado en mi vida. Seré la admiración de todos.

—Claro, preciosa, estoy seguro. Pero habrás de aguardar a que ganemos la guerra para que salgan a la luz pública.

—Vaya... Qué contrariedad.

La expresión de Sonsoles, feliz y payasesca, hizo reír a Walter.

—Anda, ven, subamos a Il Arlequino —dijo él—. Te he echado mucho de menos.

Durante dos días se resarcieron en la cama por el tiempo de la separación. Luego, desde Italia la pareja voló a Austria. Walter era de Salzburgo, y llegaron a tiempo para asistir a su festival. Después de deleitarse con Mozart, el coronel llevó a su

agente femenino al cercano Berchtesgaden, un complejo hotelero y de espectaculares miradores donde disfrutaban de las últimas nieves multitud de jerarcas nazis. Presentó a Sonsoles a Leni Riefenstahl. Leni era coleccionista de los calendarios y barajas procaces de la legendaria Sonsoles Brotenn, y esta era admiradora de su largometraje sobre los juegos olímpicos. Ambas jóvenes pasaron días muy agradables entre los bosques de abetos.

Cuando Walter regresaba de algún corto viaje, se unía a ellas dondequiera que estuviesen: en la sauna, en la cama o bañándose en un arroyuelo como walkirias perdidas. Una tarde estaban comiendo los tres en un mirador cuando un teniente llegó frente a la mesa, se cuadró, taconeó y pasó un mensaje escrito a Walter.

—Chicas... —dijo levantando unos ojos iluminados—, Creta acaba de ser conquistada por una lluvia de paracaidistas del Reich.

Leni aplaudió y Sonsoles se rio mientras Walter pedía una botella de champán al camarero. Aquella contribución al esfuerzo bélico de los alemanes prometía abrir muchas puertas a Sonsoles.

Un día Walter la llevó al vecino Obersalzberg, el nido de águilas donde la iba a recibir el propio Hitler para felicitarlo por su trabajo en Creta. El lugar era monumental, lleno de jardines y pabellones cobijados entre montañas de denso bosque. Sonsoles se dejaba llevar con una difusa sensación de pérdida: el arcón de su infancia había volado sin ella, y dentro se había llevado el sentido de la pertenencia. Sabía que ya había perdido las fotos de Creta; de gran audacia, pero no de belleza apreciable. Sabía que tarde o temprano perdería a Walter, a quien no amaba con locura, pero que era una agradable y culta compañía. Sabía también que algún día la abandonaría ese mundo de jerarcas nazis, extraño, ritual, simbólico, opresivo, hasta convertirse en retazos de una ensoñación no plenamente vivida.

Con este ánimo, Sonsoles no se conmovió en especial cuando, en un jardín, Hitler alargó una mano para saludarla y felicitarla, y besó caballerosamente la mano ofrecida. Sin más palabras, el Führer se dio media vuelta y siguió con sus asuntos rutinarios rodeado de su corte uniformada. Sonsoles Brotenn solo era para Hitler una artista decadente, como él lo había sido en su juventud, una insignificante ardilla que se movía nerviosa a su alrededor y cuyo nombre muy pronto olvidaría. Sonsoles pensó que él se parecía mucho a su madre Berta. Poseía el mismo halo de inhumanidad producto de la soberbia. Pero mientras que en su madre ese halo era pequeño y mezquino, acorde con sus limitadas ambiciones, el de Hitler parecía grandioso y colosal, mucho más preñado de peligro.

Walter presentó a Sonsoles a un colega que también había admirado sus calendarios y barajas: Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler. Sentados en una terraza en torno a unas tazas de café, Hoffmann alababa a Sonsoles por su arte, expresión de la belleza y del vigor físico de la raza aria, cuando llegaron al mirador dos *fraulein* y todos los caballeros uniformados se levantaron en señal de respeto. Una de las señoritas era Henriette, hija de Hoffmann y casada con un jerarca nazi de

Viena, amigo de Walter. La otra era Eva, amiga íntima de Hitler y antigua empleada en el estudio de Hoffmann. Ambas se sentaron muy divertidas junto a Sonsoles. Nunca se hubiesen imaginado que una chica rubia, alta y preciosa como ella fuese la autora de esas escabrosas imágenes. Sonsoles tuvo que explicar muchas cosas en francés entreverado de alemán a su entregada audiencia.

—Ignorábamos que hubiese una rama de los Brotenn perdida en los Pirineos, *Frau* Sonsoles —comentó un tipo de rostro emaciado, con el uniforme negro de las SS.

Walter se tapó la sonrisa con la mano de su pitillo. De soslayo, Sonsoles apreció su gesto, se rio para sus adentros, parpadeó despacio y respondió al oficial con toda la seriedad del mundo:

—Así es, Obergruppenführer Burckhardt. En tiempos remotos una horda magiar nos echó de nuestro hogar primigenio en el corazón del continente. A partir de entonces vagamos por Europa hasta que aquel espinazo de montañas nos detuvo. Y hasta ahora, allí los Brotenn hemos vivido libres y desnudos como los antiguos germanos en sus bosques.

Semejante revelación, llena de encanto y sensualidad, levantó cejas de asombro en los oficiales y risitas de picardía en las chicas. Dados los antecedentes de Sonsoles, nadie puso en duda sus palabras. Walter, apoyado en una baranda, la miró asombrado, más que por su ingenio, por su capacidad de evocación. Entonces ella, que captó esa mirada cálida mientras respondía a otra curiosidad de Eva, supo que en verdad aquel hombre casado y con hijos la amaba con locura.



## Capítulo 21

**L**a pareja regresó a sus divertimentos de París, donde Walter Zeller tenía su radio de operaciones en la inteligencia militar. Una noche, mientras cenaban en un Maxim's muy concurrido, Sonsoles descubrió reflejado en uno de sus barrocos espejos a una figura conocida. Pidió disculpas a Walter, se levantó de la larga mesa, se abrió paso entre uniformes, fracs y vestidos de noche, y, en el centro del gran salón, detuvo por un brazo a uno de los camareros.

—Ramiro, querido Ramiro... ¡Qué alegría volver a verte! —Como viera que el hombre de chaquetilla blanca y expresión estólida no contestaba, Sonsoles insistió—: Soy yo, Sonsoles, Sonsoles Broto. ¿No me reconoces?

—Perdón, *madame*, he de atender mis obligaciones... —Ramiro elevó la bandeja por encima de su cabeza y se perdió entre las mesas.

Sonsoles había estado ausente de París más de un año con Walter, de forma que no había visto a su tío Nicanor en todo ese tiempo. Los recados que este le había dejado a Chantale no tenían el mismo valor para ella, y sus epístolas eran de una sintaxis enrevesada, escritas en términos demasiado vagos y recatados como para dejarla bien informada. Así que al cabo de dos días de aquel encuentro fortuito en Maxim's iba en búsqueda de Ramiro. Seguro que él le daría noticias de primera mano sobre Jaca, Canfranc y, especialmente, sobre Lourdes.

Se presentó en la Rue de Rennes, las señas que le habían dado en el restaurante. Vestida a la última, calzada con zapatos topolino, enfundadas sus largas y bellas piernas con sedosas medias de costura, aquella mujer atrajo sobre sí todas las miradas de los moradores del legendario Patio del Dragón, la cuna de todas las revueltas obreras desde la Revolución. Las paredes eran cochambrosas, se amontonaba la basura por los rincones, había carros desvencijados, miseria en las expresiones de los curiosos. Un portal, una escalera y un pasillo la condujeron a una sucesión de cuartuchos fríos. Uno de ellos, con la puerta entornada por carecer de cerrojo, estaba ocupado por tres hombres. Cuando vieron aparecer a aquella espectacular mujer en el quicio de la puerta buscaron sus camisas y se abrocharon botones. Ramiro despidió a sus compañeros de cuarto e hizo pasar a Sonsoles.

—¿Por qué has venido? —le espetó a Sonsoles sin saludarla—. ¿Es que quieres que me detengan tus amigos nazis?

—Por favor, Ramiro. Solo son amistades de diversión. Confía en mí.

—¿Por qué he de confiar? Tu madre y tus hermanos nos traicionaron en el treinta y cuatro. Por su culpa murieron muchos camaradas valientes.

Sonsoles se apartó el exiguo velo de lunares que colgaba de su sombrero.

—Te recuerdo, Ramiro, que yo he sufrido más que nadie, antes que ninguno. A mí me mataron a Fermín, y perdí un hijo.

—Perdona, Sonsoles, es que estoy algo confuso... Desde hace años me duele la cabeza, y veo... Veo cosas horribles en mis ojos... —Ramiro se llevó una mano a la

frente.

Poco a poco los momentos tensos dieron paso a la confianza que se profesaran de muchachos. Se cogieron de las manos y se sentaron en dos sillas rudimentarias a hablar con más calor.

Sonsoles supo que Ramiro, como refugiado en Francia, sospechoso por lo tanto de simpatías rojas, tenía que andarse alerta con los alemanes y su títere, la policía francesa. La Gestapo podía deportarlo a un campo de trabajos forzados en Alemania. Por su parte, Ramiro comenzó a desechar los rumores que corrían sobre Sonsoles Broteau como una colaboracionista. Le pareció que se divertía con ellos, como tantas otras muchachas que debían buscarse la vida como mejor podían, pero no que los ayudase a aherrojar al pueblo.

Ramiro sabía muy poco de lo que estaba sucediendo allende los Pirineos. Había estado muy enfermo durante mucho tiempo después del golpe de Estado llamado «alzamiento» por Franco y los suyos. Tiempo en que lo había cuidado su prima Lourdes en la espesura del bosque, cerca de la estación de Canfranc.

—Yo siempre la he querido, Sonsoles. Aunque me temo que ella nunca se ha fijado mucho en mí. Lourdes es una chica rara, como si anduviese entre espejismos y no reparase en la realidad. Me trató como a un hermano... —Ramiro se interrumpió de repente, como alterado por una idea desagradable—. Hablando de hermanos...

Sonsoles dio una calada parsimoniosa a su pitillo con boquilla al tiempo que negaba con la cabeza.

—No te apures, Ramiro. Mi tío Nicanor ya me contó hace años lo de la desaparición del pobre Cornelio.

Pero Ramiro no había pensado precisamente en el hermano tonto, sino en el mayor. Rogelio había regresado de la guerra muy cambiado. Mostraba poco interés por su esposa Rufina, incluso por su hijo Amadeo. No cesaba de pelearse con su madre y tenía la idea fija de largarse a Rusia, según le había contado Lourdes cuando subía a la cueva para atenderlo.

Con el transcurrir del tiempo, las imágenes macabras de sus ojos acabaron por borrarse —al menos en la vigilia—, y la conciencia de Ramiro fue despertando hasta que comprendió que había sobrevivido a los fusilamientos del barranco al lado de la vía férrea. Lourdes había seguido cuidándolo con tesón, alimentándolo con lo mejor que sisaba en la aduana, vistiéndolo con ropas que hurtaba de envíos de la Cruz Roja o que le regalaba Rufina del colmado. Por su parte, Silvestre lo entretenía con sus andanzas en Marruecos.

En su mutismo, Ramiro supuso que aquel viejo desdichado de largas barbas debía de ser un infeliz como él, alguien que había escapado de la represión fascista, a quien la bondadosa Lourdes también ocultaba allí.

—Pero ya he perdido toda esperanza, joven —se lamentaba Silvestre mientras

comía de su plato de latón con la lumbre de por medio—. Con Franco no habrá forma de que se sepa la verdad sobre el Desastre de Annual. Él fue uno de los responsables de que no se me prestase la ayuda que solicité cuando Abd el Krim nos tenía rodeados. Temía que yo, si salía con bien de aquella campaña, le hiciese sombra para su futura carrera. Y vaya carrera... Ahí está ahora, instalado en El Pardo y protegido por su Guardia Mora. Sin embargo, si los alemanes perdiesen la guerra y los ingleses echasen a Franco, entonces...

Ramiro dejó de masticar y lo interrumpió:

—¿Es que hay guerra en España, viejo?

Esas fueron las primeras palabras de Ramiro después de varios años. El general Silvestre lo observó como si mirase a un camello con mitra. Se dijo que ese joven jamás recuperaría la normalidad.

—No, muchacho, ya no la hay...

Cuando por fin Ramiro dio muestras de salir plenamente de su postración de cinco años largos, Lourdes le fue relatando con más detalle lo que ocurría en el mundo exterior. Por ella sabía que ahora en la estación había gran actividad, pero no de trenes naranjeros del levante o de pasajeros como antes de la guerra, sino de convoyes de minerales estratégicos o de cereales que los alemanes sacaban de España. Era el pago por su ayuda a Franco.

Aunque el departamento de los Altos Pirineos caía bajo la tutela de la Francia de Vichy, los ocupantes nazis, mediante la anuencia del Gobierno de Madrid, se habían hecho con el control de su aduana en Canfranc. Aquella vía férrea de tierra adentro les ofrecía más garantías para su tráfico de materiales estratégicos que las de ambas costas de la Península, en Irún o en Portbou, susceptibles de ser bombardeadas desde el mar por los aliados.

Cordelier era un muñeco en manos de los oficiales alemanes, que lo controlaban todo en los muelles, las oficinas y los andenes. Ahogaba pues su amargura de francés ocupado con vino de Burdeos. En cambio, Berta era quien emborrachaba a los oficiales germanos en su despacho, o los enviaba a la posada Mur de Pueblo Viejo, a que conociesen a Jovita, incluso más allá, al hotel de su cuñada Digna en Jaca. Ahora para Berta no resultaba tan fácil sisar tungsteno como antaño sacos de naranjas, o amañar albaranes ante los ojos rigurosos de los alemanes que controlaban la aduana francesa. Pese a ello, seguía sacando provecho de su puesto. A menudo dejaba a cargo de la oficina a Lourdes y, rodeada de oficiales de la Wehrmacht, se montaba con ellos entre bromas en el primer tren que bajaba a Jaca.

Los ya comandantes Kurt, Otto y Tom estaban encantados con su anfitriona. Era una suerte para ellos haber conocido a la madre de su admirada Sonsoles Brotenn. Habían hecho méritos para recalar en el «hogar primigenio» de su diosa germana. Tras luchar como leones en los frentes de Ucrania, comparando aquellos trigales ondulados por el viento de la estepa con el cabello de *Frau* Sonsoles, recibieron su recompensa en forma de aquel destino en suelo ibérico.

Firmes los tres al pie del vagón, esperaban que desde la escalerilla Berta les diese una orden, aunque supusiera arrojarse de cabeza entre los raíles bajo las ruedas del tren. Sería una muerte sublime. Verían a Ana Karenina con las facciones de Sonsoles Brotten.

—Parecéis tres jodidos pasmarotes ahí plantados —les dijo Berta volviendo su cabeza y luego su trasero sin bragas hacia ellos, mientras desde la puerta acristalada del vestíbulo Lourdes observaba la escena—. Vamos, subid, condenados teutones, que os voy a mostrar el altillo y la cama donde dormía Sonsoles de niña.

Lourdes los vio partir. No se explicaba cómo los comandantes se dejaban engañar por su tía, por qué no se daban cuenta de que era una mujer que parecía más joven que la hija que habían conocido en París. Ni siquiera percibían la ligera descamación en sus manos de la piel vieja de ese invierno. Era como si solo ella pudiese verlo. Berta debería subir pronto al monte para realizar su ritual del calvero como cada primavera.

El año anterior Lourdes había hecho acopio de valor y la espío de nuevo, sin la compañía de Silvestre. No le resultó difícil dar con el calvero. Se apostó en el mismo escondite y esperó a que su tía apareciese. Berta apareció acompañada de Damián, pero este se limitó a decirle algo que Lourdes no pudo oír desde la lejanía y, con su zamarra llena al hombro, se perdió en la cueva adyacente al calvero, ajeno a lo que se avecinaba.

Berta se desnudó, se abrió de piernas y esperó a que apareciese la serpiente. El ofidio despertó de su sueño invernal entre unas piedras que formaban escalones ante la gruta, reptó por la hierba y picó sobre Berta, donde más dolía, pero también donde más placer debía de sentir.

Aquel año de la desgracia, otra vez Lourdes quiso asistir al cambio de piel de Berta. Había comprado un ejemplar de *Las mil y una noches* en una librería ruinosa de Jaca solo con el propósito de leer el episodio de Yamlika, la princesa subterránea. Como le había dicho Silvestre, quizás el misterio de su tía encontrase explicación en el cuento de la mujer serpiente. A la luz de una vela en su cuarto, lo había leído una y otra vez. Sin embargo, por más que lo analizaba no entendía nada. Ante todo porque debía seguir leyendo para delante y para atrás de aquel cuento, en una lectura que no tenía ni fin ni principio. Tan solo veía la aventura de un leñador que va a parar al reino subterráneo de Yamlika, la princesa serpiente, que se gana el favor de esta y que sale de nuevo al aire libre por la puerta mágica de una cueva para llevar una vida dichosa. Lourdes se dio cuenta de que necesitaba ayuda, así que bajó a Pueblo Viejo. Ya en la posada Mur, habló con Jovita sobre el libro, y en especial acerca del cuento que la preocupaba. A la antigua maestra le complacía aleccionar a Lourdes, a su juicio una muchacha ingenua pero lista y deseosa de aprender.

—Voy a tratar de explicártelo de forma sencilla... —Le fue diciendo Jovita por el sendero que iba del burdel al cementerio, mientras Lourdes empujaba su silla—. *Las mil y una noches* es una cadena de vórtices narrativos en forma de cuentos, de manera

que cada uno remite a todos los demás. Si faltase uno cualquiera, los mil restantes no tendrían sentido, porque se habría roto la cadena. Me preguntas por el de Yamlika. Pues bien, en mi opinión la princesa de las serpientes representa el principal vórtice del libro. Fíjate bien y verás que Yamlika, con otro nombre, es también Sherezade, la narradora. Y me preguntarás, ¿por qué Sherezade toma precisamente esa identidad de mitad mujer y mitad serpiente? Porque así el lector avisado pensará que, al igual que la propia narradora que se ha convertido en personaje de sus cuentos sin advertirlo, acaso él mismo también sea otro personaje sin saberlo, mitad realidad y mitad ficción. Tendrás que reconocer conmigo que es muy original y perverso ese libro.

Las dos mujeres llegaron frente a la tumba de Deodoro. Jovita, como siempre, se quedó fija en la leyenda de la lápida con expresión traspuesta: «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución». Detrás de ella, Lourdes pensaba que, en efecto, si su tía equivalía a Yamlika, significaba que era también la propia Sherezade, es decir, la dueña de todo el relato. Pudiera ser. Su tía era la dueña de todas las vidas del valle. Y acerca de ella misma, ¿qué papel tenía el ratoncito en el cuento, el de una mera observadora? ¿Y el tío Damián? ¿Por qué aguardaba oculto en la cueva al borde del calvero? Debía seguir observando con más detenimiento. Así que tiempo después Lourdes se aventuró de nuevo por los senderos más remotos del bosque detrás de Berta y Damián.

Pero esa vez, cuando subía por una cuesta alfombrada de helechos en pos de sus tíos, se tropezó con alguien inesperado. El coronel Ferreira, sable en mano y con los ojos desorbitados, la señaló con la punta de su arma:

—¡Ah, lucumón, por fin te he capturado...!

Lourdes se descubrió de su capucha roja y dejó ver su rostro a la luz de uno de los rayos que atravesaba el techo de la floresta de robles.

—Deje, señor coronel. Soy yo, Lourdes Broto.

Por entonces ya era evidente para todo el mundo —y no solo para Berta— que el coronel de la guarnición de la comarca de Jacetania no estaba bien de la cabeza. En la Ciudadela se rumoreaba que si Ferreira no había participado directamente en la pasada contienda había sido a causa de su desequilibrio. Por ser paisano y amigo de francachelas del Generalísimo, lo destinaron a aquella región apartada de los teatros de operaciones, hasta que le llegase el retiro. En consecuencia, por mucho tiempo que transcurriese, no se le incluiría en el generalato.

Una tarde, cuando Lourdes visitaba a Jovita en la posada Mur, escuchó los comentarios de un grupo de oficiales a la sombra del mirador. El comandante Aguilera —que ya era teniente coronel— afirmaba que Ferreira había perdido la cabeza en Marruecos, de andar en los fumaderos de kifi, una hierba que hacía dar saltos de locura a los moros y que luego, babeantes de espumarajos, exánimes, los encogía como cochinillas. Ferreira habría estado internado en un hospital de Ceuta una larga temporada, preso de delirios y alucinaciones. Si no fuese por su amistad con su poderoso paisano, ya se le habría apartado del servicio.

Con tales informaciones en la memoria, Lourdes insistió ante Amundi Ferreira para que saliese de su engaño:

—Baje el arma, señor coronel. Yo no soy un lobo, sino la sobrina de doña Berta.

Ferreira no salía de su estupor por ver a una joven morena, baja y bonita, en lugar de un cuadrúpedo peludo. Después de unos segundos de parálisis, envainó su sable como si se rindiese ante la evidencia de sus ojos. Derrotado por un nuevo fracaso, se alejó unos pasos y fue a sentarse con desánimo sobre un peñasco. Lourdes lo siguió. Sentía lástima por él, como por tantos hombres.

El desdichado coronel abandonaba a menudo sus obligaciones en la Ciudadela para perderse en el bosque en busca de lucumones. En cuanto algún labriego o leñador contaba algo extraordinario en la taberna y llegaba a sus oídos, Ferreira obligaba a compañías enteras a batir el monte en busca de los animalizados Cornelio y Vitali. El general Silvestre había confesado a Lourdes que en una ocasión se había visto perseguido por ese chalado, que gritaba a sus divertidos hombres: «¡Aprisa, muchachos! ¡Ved cómo se escabulle ese animal peludo por el follaje!». Y los soldados, sin parar de reír, debían cruzar entre ramajes y saltar sobre hojarascas en pos del supuesto lobo.

—Bien recuerdo a Ferreira... —comentaría Silvestre a su amiga—. Formaba parte de un grupo de juerguistas que probaron todos los vicios del Rif. No me extraña que haya acabado mal de la cabeza.

Ya había capturado Ferreira un par de lobos verdaderos, aunque muertos, y se los había llevado a la Ciudadela. Esperaba que regresasen a su anterior estado de seres humanos. Pero pasaban los días y del cobertizo donde se hallaban tan solo salía la insoportable pestilencia de la pudrición. En otra ocasión Ferreira había atrapado a Rogelio, que andaba borracho de revientafronteras por la espesura desde hacía días. Berta tuvo que acudir a la Ciudadela y, a fuerza de insultos, rescatar a su hijo del infame cobertizo.

Pobre Ferreira, siempre de fiasco en fiasco. Lourdes se sentó a su lado para consolarlo, pero sobre todo para hablarle de su padre, el capitán Rafael Broto de Intendencia caído en Annual. Sin duda Ferreira había oído que aquella joven era hija suya, pero pareció que ahora escuchaba una novedad. La evocación de aquellos tiempos juveniles de África surtió en su ánimo un efecto balsámico, como si regresase momentáneamente a la cordura.

—Era un buen soldado el capitán Broto, muchacha, compañero mío de promoción —dijo el coronel con voz queda—. Valiente, arriesgado, gallardo con las mujeres. Pasamos juntos muy buenas jornadas por los adueros más apartados del Rif. Le gustaban las costumbres de los moros. No en vano era oficial de Intendencia, tenía que tratar con ellos a menudo para comprarles provisiones, agua y toda clase de cacharros. Por lo que he visto aquí, a los Broto se les dan bien los trapicheos en todas partes.

Lourdes tragó saliva y, haciendo un gran esfuerzo, se atrevió a formular una

pregunta comprometida:

—¿Es cierto, coronel, que en Marruecos los soldados fuman kifi y se vuelven locos? ¿Le pasó eso a mi padre? A lo mejor se hizo moro de tanto fumar kifi y no se acuerda de su pasado.

Ferreira se echó a reír. La mirada que dedicó a Lourdes por encima de su hombrera produjo un escalofrío en ella.

—Esos son infundios de las fuerzas derrotistas, muchacha. ¿Es que acaso está loco el Generalísimo? Corren muchas leyendas absurdas sobre aquellas tierras. El kifi es tan inofensivo como el tabaco. Las lámparas no son maravillosas, sino vulgares candiles de aceite. Las alfombras no vuelan. No hay puertas mágicas en las cuevas, ni genios que concedan deseos.

—Pero suceden cosas inexplicables, coronel Ferreira. ¿Por qué no se encontró el cuerpo de mi padre después de Annual? ¿Por qué no estaba entre los prisioneros liberados años después? A lo mejor alguien lo ayudó a escapar... Yo sé...

Ferreira la interrumpió con un movimiento brusco para levantarse. Ya de pie estiró las piernas y repasó con las manos las arrugas de su uniforme.

—¿Quieres oír la verdad de ese asunto, rapaza? Pues bien, te la voy a contar. Yo estoy seguro de que en Annual hubo muchos supervivientes, aquellos que supieron evitar el desastre con una pronta huida. Me juego el pescuezo a que el general Silvestre, tu padre y otros avispados escaparon de aquella ratonera, cruzaron África de punta a punta y ahora andan por Ciudad del Cabo. Se deben de estar riendo de nosotros mientras toman el sol en alguna playa abanicados por negritas en cueros.

La muchacha se volvió enojada hacia Ferreira.

—¡Cállese! ¡No diga tales barbaridades! Todos ellos fueron unos valientes...

—Todos ellos ahora son unos lucumones, niña, con colmillos postizos de diamantes y garras de oro.

Lourdes chilló y se tapó las orejas con ambas manos. No quería oír tal sarta de infamias por boca de aquel loco. Entre llantos, salió corriendo ladera abajo hacia Canfranc. Atrás quedaba la risa de Ferreira.

Aquella noche Lourdes no pudo dormir entre horribles dolores de cabeza. Y cuando al amanecer, derrengada, le vino el sueño, tuvo la pesadilla de una puerta mágica en una gruta que conducía a mundos terribles de luz y de sombras. Chilló hasta que se despertó delante de Paula, alarmada y encorvada en la puerta del cuarto, sin acordarse de ese ensueño.

## Capítulo 22

**R**ogelio había regresado a Jaca cubierto de honores. Como lo habían herido en la batalla del Ebro en una acción harto meritoria —algunos testigos opinaron que suicida—, se le había concedido la Cruz Laureada de San Fernando. Aunque no había pasado de alférez provisional en cuanto a grado, Berta y Digna, y con menor entusiasmo Rufina, celebraron una fiesta por todo lo alto para recibirlo. Rogelio repartió besos entre todos. A Berta, que por una vez se dejó tocar el rostro, a Digna, a su esposa Rufina y a su hijo Amadeo, a Lourdes y a la vieja Paula. Pero Rogelio no parecía un hombre feliz. Había visto caer a tantos alféreces que parecía el único sobreviviente de una hecatombe. Las verdaderas recompensas se las habían apropiado los señoritos de las academias militares, que habían dirigido las batallas desde sus prismáticos, y no pisando el barro ensangrentado de la primera línea.

Conforme fueron transcurriendo los meses desde su llegada, se fue acentuando la mella que la guerra había producido en el ánimo de Rogelio. Ya que Rufina estaba a cargo del colmado junto a los dos empleados falangistas, él se desentendía del negocio. Se levantaba entrada la mañana. No pensaba en el desayuno, sino que su primer afán era prepararse el revientafronteras que consumiría el resto del día. No le faltaba coñac pese al racionamiento, ni el linimento que vendía en la tienda. En cuanto a la pólvora, ningún suboficial de la Ciudadela o del fuerte Rapi tán era capaz de negársela. La fuerza de la camaradería sobrevivía a la guerra.

Rogelio mezclaba los ingredientes sobre una mesa de la alcoba con una mirada brillante y obsesiva, mientras los recipientes temblaban en sus manos durante todo el ritual. Con el mejunje resultante rellenaba una botella plana que le cabía disimulada en el interior de su chaqueta. Antes de guardarla, echaba un par de tragos. Tragos que podían haber tumbado a un caballo, pero que a esas alturas a él tan solo le producían un momentáneo ahogo. Tosía y se golpeaba el pecho con un puño. Luego bajaba la escalera y salía por la puerta principal, sin siquiera pasarse por el colmado a echar un vistazo. Se perdía por el casino La Alegría Juvenil, por el salón de El Buen Gusto de la Falange y por media docena de tabernas de Jaca hasta que volvía a aparecer por el caserón de noche cerrada o al cabo de dos días.

—¡Vete, Rogelio! ¡Súbete a la alcoba, que no te vea así tu hijo! —le decía Rufina cuando Rogelio volvía en un estado tan lamentable que su esposa debía tapar los ojos del pequeño Amadeo.

—¿Qué quieres que no vea, eh? —farfullaba él entre tropezón y tropezón contra los sacos de garbanzos racionados y las damajuanas de aceite adulterado—. A lo mejor no quieres que vea lo que haces tú... He oído rumores en el casino, Rufina... He oído rumores...

A una señal de su patrona, los dos empleados de camisa azul, bigotito recortado y cabellera aplastada como abdomen de cucaracha, se hacían cargo del patrón. Horacio y Virgilio cogían al señor Broto en volandas, lo subían a la alcoba y lo acostaban.



Rufina optó por remitir de nuevo a Amadeo a su abuela de Canfranc. Bajó del tren con él, alcanzó las oficinas de la aduana, dejó al niño en manos de su tía Lourdes sin muchas explicaciones y, saliendo al andén francés, montó en el siguiente tren que bajaba para Jaca. Rufina estaba persuadida de que la vida de Amadeo entre el tráfico de tungsteno, trigo, siniestros oficiales alemanes, el estraperlo de su abuela, un Cordelier que desvariaba y que, tocado de gorro frigio, cantaba en el vestíbulo *La Marsellesa* acompañado de un tambor, sería más instructiva y tranquila que junto al borracho de su padre.

Pero Berta no tardó en bajar hasta su antiguo caserón para pedir explicaciones. A Rufina no le gustaba que su suegra metiese las narices por allí pero, ya que había despertado su curiosidad, debía darle una explicación solvente. Puesto que no podía mencionar siquiera la verdadera causa por la que quería preservar la inocencia de Amadeo, optó por escudarse tras la vida de crápula de Rogelio.

—¡Jodido cabronazo...! —le gritó Berta a su hijo mientras lo zarandeaba en la cocina, mientras Rufina asistía a la escena reconcomida por el remordimiento—. Estás echando a perder tu vida, la de tu mujer y la de tu hijo. Y a mí me estás arrancando el corazón por la garganta. Tanto esfuerzo como he hecho para verte ahora así, como un degenerado...

Rogelio, que era fuerte, se zafó de sus manos.

—Tú tienes la culpa, madre. Sonsoles huyó de ti, Cornelio pudo escapar a tiempo, y yo hubiese preferido caer muerto en el Ebro antes que regresar a tu lado.

—Pero si solo he mirado por vosotros, idiota.

—No, no es así. Me mandaste al matadero de los alféreces provisionales, tan solo por halagar a tus amigos del Régimen. ¡Eres un monstruo...!

Hubieron de acudir desde la tienda Horacio y Virgilio para sujetar a Berta, de lo contrario podía haber matado a Rogelio a escobazos contra la chimenea.

Aquel encononazo solo sirvió para que Rogelio llevase su vida de disipación con más discreción. Así transcurrieron dos años más. Se le veía dando tumbos por Jaca y sus alrededores. Muchas veces durmió la mona bajo un billar del casino. Ferreira lo confundió con un lobo en pleno bosque y se lo llevó a la Ciudadela. Pasaba semanas enteras en los burdeles más sórdidos, nunca en los de su tía Digna, que estaban llenos de despreciables oficiales.

Una tarde llegó la noticia a Canfranc de que Rogelio, bien temprano y muy aseado, había traspasado el puente levadizo de la Ciudadela con un alegre silbido militar entre sus labios y había penetrado por su portón en el sombrío recinto amurallado. Al salir ya se había alistado en la División Azul, la fuerza expedicionaria de voluntarios que se enviaría a Rusia para combatir junto a los alemanes.

Transcurridos tres días, Lourdes sacaba a Ramiro de la cueva donde había permanecido escondido varios años. Ramiro quería salir de allí para no volverse loco definitivamente al lado del abuelo Silvestre y para hacer algo en una Europa en ebullición. De modo que Lourdes había pedido a su tío Damián que lo ayudase a

cruzar la frontera y que lo pusiese a salvo en Francia. Damián no preguntó nada y esperó con su mula en un punto convenido. Hacia allí condujo Lourdes a Ramiro por un sendero enmarañado. En el trayecto le contó la novedad de Rogelio y la División Azul. Ramiro se limitó a comentar que su primo solo podía estar en el mundo corriendo el riesgo del frente.

Cuando meses después Sonsoles habló con él en el inmundo cuchitril de la Rue de Rennes, esta fue la última noticia que Ramiro le pudo proporcionar de su hermano. Sin embargo, aquella jornada no había hecho nada más que empezar para Rogelio.

Al anochecer, se bajó de un tren en la estación internacional. Nadie le pudo reconocer, pues iba embutido en una gruesa pelliza de cazador con el cuello subido y tocado con un holgado sombrero de piel sin curtir. No entró en el vestíbulo, sino que, en dirección contraria, cruzó las vías y se dirigió hacia el poblado. Esquivó a una pareja de civiles de Montoya, «Putos andaluces, vosotros abristeis la puerta a la casta de Franco», pasó por delante de la iglesia, frente a cuyo pórtico dobló una rodilla y se santiguó. Llegó a la altura de la casona de su madre y, dando un rodeo por sus gruesos muros de piedra, se detuvo en la parte trasera, debajo de una ventana de la planta alta. Entonces, del interior de su pelliza, sacó una granada de mano y la lanzó contra la ventana. Se alejó corriendo antes de la explosión. Piedras y pizarras saltaron por los aires. Al poco ardía la casa por los cuatro costados, con llamas que parecían lenguas de lagarto. El fuego se extendió a las casas vecinas de Canfranc, de forma que se temió que ardiera todo el pueblo.

Satisfecho, Rogelio cruzó corriendo las frías calles, deseoso de coger el primer tren que bajase a Jaca. Fue un error por su parte, puesto que, en su sutil embriaguez, se había equivocado de casa, de suerte que la de su madre quedó indemne después de aquel devastador incendio que conmocionaría a todo el país.

El tren nocturno hizo su parada en Jaca. Rogelio se apeó de un salto y salió raudo de la estación. Seguía preso de un pronto semejante a aquel en que, en el otoño del treinta y cuatro, lo había llevado a arrollar con su furgón a un labriego y su carro. Minutos más tarde alcanzaba el caserón. Lo único que hizo dentro fue acudir a su armero y coger su mejor escopeta. Salió a la calle como si fuera de cacería, pero no fue muy lejos, solo tuvo que llegar a la casa vecina, la que abandonara Vitali hacía años. No le resultó difícil forzar su puerta con un manajo de llaves de las que vendía en el colmado.

Ya dentro, Rogelio siguió el camino que le marcaban unos lejanos gemidos femeninos. Mientras subía la escalera se detuvo para revisar los dos cartuchos de los cañones de la escopeta. Luego sacó su botella plana y echó un prolongado trago de revientafronteras. Su pecho macizo sufrió espasmos antes de recuperar el resuello. Una línea de luz por debajo de la puerta de la alcoba principal le indicaba dónde se desarrollaba la actividad amorosa.

Los amantes se encontraban en pleno trasiego, aunque no en la forma convencional, sino en otra de la que se valía el teniente coronel Aguilera para

burlarse de su superior Ferreira.

El administrador de Palop & Broto era un hombre desdeñoso, un presuntuoso que censuraba las debilidades humanas de la forma más cruel. Y Ferreira era el blanco preferido de sus pullas, ya fuese en la Ciudadela o en cualquier habitación del hotel Mur. Afirmaba, en voz baja, que el único licántropo de los alrededores era él mismo. Y se echaba a reír. En ese momento Aguilera estaba poseyendo a Rufina como el lobo posee a la loba, atravesados ambos en la cama, con ella de rodillas y apoyada sobre sus codos, y él también de rodillas detrás. Con las manos la tenía bien sujeta por las caderas, mientras ella sentía desgarros gustosos en su interior. En el instante culminante, para escarnecer mejor al lobo de Ferreira, el teniente coronel se puso a aullar alzando la cabeza hacia el techo.

—¡Auuuuuu...!

Rufina chilló de frenesí:

—¡Hiiiiiiii...!

Entonces se abrió la puerta bruscamente, irrumpió Rogelio y apuntó. Disparó desde tres metros y la cabeza de Aguilera saltó cercenada de su cuerpo y fue a parar contra un icono ortodoxo de la Virgen María y el Niño Jesús que Vitali había colgado sobre la cabecera de la cama. Toda la pared se tiñó de una mano de sangre caliente. Mientras, como el cuerpo de la víctima se regía por órdenes ya dadas, siguió con su vaivén hasta terminar su orgasmo sobre una Rufina que ahora gritaba de espanto sin poder librarse del cánido nudo.

Lo consiguió cuando ya Rogelio apuntaba hacia ella. La siguiente perdigonada se precipitó hacia su sexo, del que colgaban hilachas de semen recién vertido. Pero el tiro falló. El colchón reventó bajo ella, inundando el aire de la sangrienta estancia con una nube de borra ennegrecida. La mujer trató de huir de su enloquecido esposo y, como no podía hacerlo por la puerta, no tuvo otra opción que lanzarse a través de la ventana. Rogelio se asomó segundos después. Allí estaba Rufina, despanzurrada al fondo del patio. Echó un gargajo sobre ella.

La pobre Rufina no murió de aquella caída, aunque sí sufrió graves fracturas de las que tardó en reponerse en el convento de las benedictinas. Las autoridades juzgaron que era culpable al menos de adulterio, así que se la condenó a pasar el resto de sus días en el claustro. En cuanto al asesino, no se pudo dar con él en una semana. Mientras tanto, tenía lugar el entierro del teniente coronel Aguilera. Nicanor se ofreció a costear todos los gastos y dispuso el ataúd más espléndido de la empresa, por tratarse de un destacado empleado de Palop & Broto, aunque en el fondo lo hizo para ablandar la severidad procesal que caería sobre su sobrino.

A Rogelio lo identificaron lejos, en la estación de El Portillo de Zaragoza. Llevaba el pelo echado para atrás con brillantina y un fino bigote que estilizaba algo sus bastos rasgos. Iba vestido con el vistoso uniforme de los expedicionarios de la División Azul. Una pareja de guardias civiles cruzó entre las filas de soldados que esperaban formados en el andén para subir al convoy, se acercó a él y lo detuvo sin

miramientos.

—Pero... pero... —farfulló Rogelio—. Yo... yo tengo que ir a Rusia...

El ya brigada Montoya lo recogió al día siguiente con tres de sus hombres en la estación de Jaca y lo llevó a la Ciudadela. Se le sometería a un consejo de guerra sumario, por el asesinato de un militar en tiempos de excepción. A nadie se le ocurrió pensar que pudiera ser el responsable del devastador incendio de Canfranc que había costado varias vidas.

El tribunal castrense estaba presidido por Amundi Ferreira, cuya expresión parecía más comprensiva con el reo que las de sus cuatro colegas de estrado. Rogelio se sentó en el banquillo escoltado por dos soldados, apenas vestido con unos calzones de pana sin correa, una camisa sucia de labrador y unas vulgares abarcas, sin calcetines. No obstante, se le notaba íntegro, animoso para apechugar con su destino. Por el contrario, en los bancos del público había un llanto quejumbroso de mujeres. Su tía Digna se había presentado con todas sus chicas para tratar de impresionar al tribunal con sus lágrimas. Pero el tribunal solo tenía ojos para la madre, una doña Berta que ni siquiera parpadeaba, seria, vestida de negro y azul y tocada de boina roja de la Sección Femenina, sujeta a su bolso en el regazo.

Como todo indicaba la culpabilidad de Rogelio Broto en el asesinato del teniente coronel Aguilera, los trámites procesales se desarrollaron en un cruce de frases lapidarias y centelleantes entre los miembros del tribunal, el fiscal y el abogado defensor, que mostraba cierta animosidad hacia su cliente. Lo único que atinó a alegar en su favor fue que aún no se había reenganchado cuando mató al amante de su mujer. Algo inexacto y que sentenciaba a su cliente. Hubo testigos, en cambio, que hicieron vacilar algo el juicio de Ferreira. Esos vecinos declararon haber oído, antes de los dos escopetazos, que un aullido se escapaba de la casa en la noche de autos, no como el de los perros del vecindario, sino más salvaje, parecido al del lobo. Oído esto, Ferreira se disculpó ante sus camaradas de tribunal y se tuvo que ausentar durante unos minutos para respirar aire fresco.

Con tal de salvar a Rogelio de la pena de muerte a la que había sido sentenciado, Berta inició un largo peregrinar. Ya que ella le había dado la vida no podía quitársela nadie más. Y menos por un acto en defensa de su honra, que cualquier hombre en su lugar también hubiese llevado a cabo. El único hijo que quedaba a su lado, su heredero, no podía terminar fusilado como un rojo cualquiera de las sacas. Debía evitar que tal oprobio cayese sobre los Broto.

Berta se acercó a Zaragoza y habló con jefes de la Academia Militar. Luego fue varias veces a Madrid, alguna acompañada de Nicanor, a entrevistarse con jefes del Régimen que ella conocía, o a entrevistarse con antiguos amigos militares que hubiesen mandado en la Ciudadela. En todas partes enseñó la Cruz Laureada de San Fernando que había ganado su hijo en la batalla del Ebro. Y presentó testimonios rubricados de que se había comportado como un verdadero español frente a los revolucionarios del treinta y cuatro. Por último, remitió un escrito de súplica a

Franco. No hubo respuesta.

Poco después se trasladó a Rogelio Broto al durísimo penal de El Puerto de Santa María, en Cádiz, en espera de su ajusticiamiento, que podía demorarse años, como era habitual. Pero Berta no estaba dispuesta a aguantar ese destino, así que no dudaría en atravesar el país cuantas veces fuese necesario para tratar de salvar a su hijo.

Debido a las prolongadas ausencias de su tía por tierras meridionales, Lourdes fue adquiriendo más responsabilidades en la aduana. Como era muy metódica, aquel trabajo no impedía que cumplierse con los demás deberes que se había impuesto. Seguía atendiendo a Silvestre en su cueva a diario, y cada domingo bajaba a Pueblo Viejo para empujar la silla de Jovita por el empinado sendero que conducía de la posada Mur al cementerio pegado al río. Hablaban de las desgracias que se habían abatido sobre la familia, porque ya se consideraba que Jovita Lecumberri era una más de los Broto. El asesinato de su esposo había sido también una tragedia de todos, comentó la maestra en uno de esos paseos.

—Sí, amiga... —explicó Jovita—. Yo también estoy ligada de por vida a esta tierra a causa de la sangre derramada.

Detrás de ella, Lourdes no supo interpretar sus palabras. Pero Jovita se empeñó en que comprendiese de una vez por todas su afán por recorrer a diario el endiablado camino que conducía a la tumba de Deodoro. A la mañana del domingo siguiente bajaron al cementerio con un paraguas. Jovita no había querido quebrar su ritual pese al tiempo de perros que hacía. Y continuó con sus razonamientos interrumpidos la semana anterior.

Mientras todo el mundo a esa hora estaba en misa, ella, que era agnóstica aun siendo vasca, también estaba expiando su pecado sobre aquel camino binado por las ruedas de su silla. Su penitencia se remontaba al día en que se cayera por el acantilado de Fuerteventura. Desde entonces había sufrido lo indecible al lado de un esposo cruel. No es que Deodoro la pegase, no, hacía algo peor, que era lacerar su dignidad personal.

—Me decía que ya no le servía como mujer, que era un peso muerto incapaz de proporcionarle algo de consuelo físico —continuó Jovita con el paraguas alzado de tal forma que procuraba que también cubriese la cabeza de Lourdes a sus espaldas—. Así era en realidad el revolucionario de Deodoro Rivas, Lourdes, un ser mezquino lleno de frustraciones. Yo lo veía partir hacia Pueblo Viejo en silencio, convencida de que se revolcaría durante horas con las fulanas de la posada. Y ya de madrugada, lo sentía regresar dando tumbos por el cuarto. Hecha un nudo en la cama, olía a mi lado el vino que había manchado su cuerpo, el tufo del tabaco exhalado, el sudor de otras mujeres, la pestilencia de sus propios humores resacos en la entrepierna. Yo lo hubiese soportado hasta la náusea, Lourdes, le hubiese perdonado todo, pero él se regodeaba exhibiendo esos aromas ante mi olfato. Me decía que era tan parálitica

como un felpudo, donde había que desprenderse de esos inmundos rastros.

Un sábado nocturno, le confesó Jovita, salió del cuarto de la trasera del colegio y emprendió con la silla una subida a su Gólgota particular. Con un esfuerzo supremo fue avanzando por el sendero de grava paralelo a la línea férrea. Los callos de sus manos se habían abierto de girar las ruedas, y sangraban. Pero siguió hasta que alcanzó el lugar que creía más oportuno. Aguardó oculta entre las sombras densas de un árbol que crecía al borde de la ladera. Al cabo de interminables minutos, oyó el crujir de la grava, pisada por alguien camino de Canfranc. Sabía que era Deodoro de regreso. Su sombra tambaleante y alargada por la luna ya salía de la curva. Jovita sacó de su gabardina una pistola Browning que aún conservaban de sus años de agitadores contra la dictadura de Primo de Rivera. Disparó y su esposo cayó en el acto. Ella sabía que el entonces cabo primero Montoya averiguaría la causa de su muerte, de modo que quiso que aquel asesinato pareciera algo más evidente que un crimen pasional: una represalia política. Una mujer despechada mata, y después se lamenta o huye, pero un enemigo político, si puede, se regodea con la víctima caída. Así que Jovita procuró arrastrar el cuerpo hacia las vías. No podía desde la silla. Pero sacando fuerzas de flaqueza, se arrojó a la grava y, arrastrándose sobre un brazo al tiempo que tiraba con el otro de un Deodoro muerto, al cabo de media hora pudo colocarlo atravesado sobre un raíl. Antes de alcanzar el pueblo, cuando ya despuntaba el alba, sintió pasar a sus espaldas el tren que habría atropellado el cadáver de un canalla.

—El resto ya lo sabes, querida Lourdes. Nadie sospechó de mí. En cambio, no pude prever las consecuencias que tendría para todos aquel crimen. Ahora, por una ironía del destino, me veo al frente de las chicas que yo, ya entonces, tan bien conocía a distancia por sus vulgares perfumes y el hedor acre de sus partes.

Habían llegado frente a la tumba de Deodoro. Lourdes dejó de empujar la silla y se apartó a un lado, conmocionada por lo que acababa de escuchar.

Creyó ver imágenes grotescas a través de la cortina que formaba la lluvia. Supuso que serían angelotes o ánimas dispersas. No pensó que pudieran ser vislumbres que su cerebro se esforzaba por aprehender, fogonazos de una dimensión subterránea de su conciencia. Entretanto, Jovita había cerrado el paraguas. Con su mango ahora recogía del suelo andrajos de barro, los llevaba frente a la lápida de su esposo y con ellos embadurnaba las letras labradas de la leyenda: «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución». Ella seguiría allí, encadenada a aquella tumba, pero también regodeándose de una memoria tan falaz.

## Capítulo 23

**P**or aquel entonces el régimen del mariscal Pétain jubiló a un envejecido Cordelier al frente de la aduana francesa, y puso en su lugar a Didier Galvauder. Hacía tiempo que Aristide ya no regía como debiera, fuese por el vino, fuese por la ruina de Francia. Un hombre que durante la Gran Guerra se había pasado cuatro años enterrado en las trincheras de Lorena tratando de contener el empuje germano, como un legionario de Roma en el limes, no había podido soportar que la patria hubiese sido borrada del mapa de un plumazo. Ya que era natural de Thonon-les-Bains, por lo tanto un *Matagassier* de su martes de carnaval, se colocaba en medio del vestíbulo de la estación y, con el típico vestido de cuadros rojos y blancos, la blusa azul, el gorro rojo con borla blanca y una máscara de cartón en forma de gato, aporreaba el tambor como si tocase a rebato. Querría convocar a los cordeleros revolucionarios de la Francia eterna para levantarse contra el invasor. Su esposa Claudine debía hacerse cargo de él y llevárselo abrazado hacia su domicilio, entre las risas de la gente. Una vez, por respeto a su amigo, Berta partió la boca a un mozo de cuerda, y las burlas se hicieron más discretas. Claudine sintió un gran alivio cuando llegó el retiro forzoso para su marido. Ella lo cuidaría lo que le quedase de vida, lejos, donde los franceses siempre tienen puesta la mirada, su pueblo de provincias.

Galvauder no tenía los escrúpulos patrióticos de su antecesor. Mucho más afín a las ideas de Vichy, enemigo declarado de la Francia Libre, procuró borrar todo rastro de Cordelier en la aduana francesa. Ni siquiera dejó colgado en su despacho el retrato de Robespierre. Junto a algunas pequeñas pertenencias olvidadas por Aristide, entregó ese retrato a Berta. Esta lo recibió con muy mal semblante, viendo que ahora tenía por colega a un redomado hijo de puta. Aprovechó el marco y dejó que su sobrina se quedase con la lámina de Robespierre.

No tardó Lourdes en bajar a Jaca, pasar el torno de las benedictinas y enseñarle el retrato a sor Rufina del Perdón de Dios: aquel hombre, si se le quitaba la peluca blanca con la imaginación, tenía un parecido asombroso con el decapitado Aguilera. Rufina hizo el esfuerzo hasta que ante sus ojos se operó una asombrosa transustanciación. Se emocionó y se santiguó, mientras pensaba que no guardaba ningún retrato de su amor malogrado. Así que le pidió a Lourdes que le regalase la lámina. Durante muchos años, aquella monja orzada guardó en el colchón del catre de su celda el retrato de Robespierre, que era la viva imagen de su amado teniente coronel Aguilera. Y cada noche, mientras rezaba arrodillada, con Aguilera posado en la almohada y medio tapado por la sábana como si la esperase para yacer con ella, daba gracias al Señor porque *Monsieur* Cordelier hubiese abandonado la estación tan precipitadamente.

Pero los Cordelier no dejaron de estar presentes físicamente en el valle, pues Nicanor había contratado a Cordelier hijo para dirigir la administración de Palop & Broto. El joven Arthur Cordelier poseía una excepcional inteligencia y altas

notas del Liceo de Saint-Louis en París. Vestía con elegancia y lucía ademanes de caballero. No obstante, había algo que desequilibraba tanta prestancia: su cuerpo estaba contrahecho, con una exagerada joroba y un leve pecho de pichón que le daban un aspecto lastimoso. Quizá por ello Nicanor sintió simpatía por él cuando lo vio aparecer por Canfranc hecho un mozo.

A causa de su tara, Arthur Cordelier no había sido llamado a filas por ningún bando, ni por el Gobierno títere, ni por De Gaulle ni por la Resistencia. Su hermano mayor hacía un año que se escondía en los Alpes con el maquis, y su hermana casada vivía en Argel. Uno y otro lo habían reclamado. Pero él había preferido quedarse por aquellos parajes que conociera de niño. Ahora que estaba sin empleo en un país devastado, viviendo de lo poco que le podía enviar su madre Claudine, había acogido con gusto la propuesta de Nicanor Broto. Se instaló en Bedous.

Pese a la guerra europea, el negocio parecía ir basculando hacia la otra vertiente de la frontera salvaje. Las autoridades españolas contribuyeron al definitivo empujón. Inmersas en una cruzada contra los extranjerismos, le habían puesto reparos a Nicanor sobre el nombre de su empresa, respecto a que la «&» comercial inglesa era impropio entre los apellidos españoles de los fundadores. Nicanor no quiso indisponerse con el Régimen, así que transigió con el nombre que la firma de ahí en adelante llevaría en España: «Palop y Broto». Pero desde entonces procuró que el grueso del negocio pasase al taller de Bedous, donde se conservaría la marca acrisolada en toda Europa. Cordelier hijo se mostró de acuerdo.

Nicanor partió enseguida hacia Vichy para ver la forma de conseguir un cliente en la persona del anciano mariscal. Durante el viaje, en su ánimo se asentó la convicción de que había que combatir contra el régimen franquista, que disponía normas tan absurdas y arbitrarias. En la soledad desapacible de su compartimento, Nicanor apuntó en su cuaderno: «El generalito debe caer».

Pero cuando Nicanor llegó a Vichy se encontró con que había caído Pétain. Desde el tren vio venir a los alemanes por las vías férreas y las carreteras, como una avalancha de fuego que se precipitase desde el norte, rematando la conquista interrumpida un año y pico antes. Por delante de ellos escapaban riadas de refugiados, y contra ellos comenzaron a levantarse muchos resistentes. En ese ambiente de desorden y peligro pasaron tres años. También para aquellos pocos que, como Ramiro, habían doblado el pulso al devenir en el instante supremo donde no hay tiempo ni apenas espacio.

En medio de una Francia efervescente de combates regulares e irregulares, Ramiro llegó al convencimiento de que estaba de más en París. El riesgo de que lo cogiese la Gestapo había aumentado y, sobre todo, sentía la llamada de sus Pirineos. Dejó su empleo en Maxim's sin pedir la cuenta, abandonó de noche el Patio del Dragón, salió de la ciudad al alba por los arrabales del sur, anduvo de noche por caminos secundarios y descansó de día en pajares y cobertizos, hasta que al cabo de dos semanas se presentó en Bedous. Unos exiliados que lo conocían se hicieron cargo



de él, le dieron cobijo y avisaron en Palop & Broto de que un conocido quería hablar con su presidente.

Al cabo de unos días, en un *bistrot* cercano a la estación, Ramiro se encontró con Nicanor. El caballero de la barba picuda, de natural comedido, se emocionó al verlo en aquel estado lamentable y lo abrazó con una intensidad que lo desconcertó, pues incluso llegó a acariciarle el rostro. Ramiro echó de menos las caricias de unos padres que no había conocido, y que ahora le brindaba un hombre de reconocida frialdad. Se fueron a la mesa de un rincón y pidieron unos vinos. Acabados unos prolijos circunloquios sobre la dignidad de las personas y la integridad de la libre iniciativa, Nicanor le sugirió el inicio de una resistencia armada a Franco, ahora que los aliados estaban a punto de ganar la guerra a los alemanes. Aseguró que conocía en Pueblo Viejo y en Jaca a veteranos del treinta y cuatro que estaban dispuestos a luchar, al igual que ocurría en otras regiones. Tan solo necesitaban a alguien que los mandase.

—Ese hombre eres tú, Ramiro. Te conoces el monte como pocos. Además, eras amigo de mi hijo... —sus palabras trastabillaron, en un tono sentido—, de... de Sito y de Finito de Mataró... Muchos exiliados que se ocultan por Bedous, Pau y Toulouse te seguirían.

Ramiro echó un trago de vino. Había estado en el mundo de las tinieblas durante varios años, cuidado por la chica que siempre había querido. Ella permanecía allí, al otro lado de esas montañas que asomaban por la ventana. Sentía que debía estar junto a Lourdes, y conseguir por fin su amor. En algún momento estuvieron a punto de cuajar sus sentimientos, pero algo inexplicable los había desbaratado. Había llegado el tiempo de recomponerlos. Sí, lucharía por un país libre para su chica.

—De acuerdo, don Nicanor —contestó Ramiro—. Pero no será sencillo. Necesitaremos organización, contactos, armas...

—Déjalo de mi cuenta.

El resto de la conversación trató de temas menos comprometidos. De Sonsoles, sobre todo. Ramiro no sabía nada de ella. Se había pasado por su estudio antes de dejar París, pero estaba cerrado. La *concierge* del inmueble, *Madame Simone*, ignoraba por dónde pudiera andar su inquilina más afamada. Aunque era de suponer que con los boches. Más le valía no aparecer por allí. En cuanto a la criada, Chantale, hacía poco que se había vuelto a su pueblo de Normandía, a un lugar tranquilo lejos del conflicto bélico que se preveía sobre la gran ciudad.

Poco más sabía Nicanor de su sobrina. La había visto por última vez en Alemania hacía seis meses. El marco del encuentro había sido un lugar evocador de tiempos un poco más decadentes y mucho más refinados, menos convulsos.

Nicanor se presentó en Baden Baden para hablar con tres jerarcas nazis. Se citaron en el salón de un balneario. Fue un encuentro de cariz grotesco, como un ensayo teatral de arte dadá, pues los cuatro interlocutores se valían de monóculos. Nicanor sacó su muestrario para ver la forma de convencer al Führer de que Palop & Broto le proveyese de un féretro digno del conquistador del mundo. Los

uniformados escudriñaron las lúgubres fotografías de ataúdes, asombrados de su diseño y acabado, pero también contrariados por que el genio alemán no hubiese explotado esa industria como debía. Al final se mostraron remisos a la compra, no por admitir que Hitler pudiese ser mortal, cualidad en tela de juicio desde los últimos atentados fallidos contra su persona en Múnich y la Guarida del Lobo, sino porque se habían enterado de que Churchill ya había realizado su encargo a Palop & Broto. O su empresa renunciaba a prestar sus servicios al inglés o no había trato. No lo hubo. Nicanor no se engañaba sobre cuál de ambos contendientes pudiera ser más solvente en el futuro. Los germanos gruñeron, dejaron caer sus monóculos, se levantaron de la mesa de cristal y se largaron ondeando los faldones de sus uniformes.

Cuando Nicanor guardaba su muestrario en su cartera negra, alzó por un momento la cabeza y se le cayó el monóculo: Sonsoles cruzaba el salón cogida de la mano de una rubia tan alta como ella, ambas con pantalones tan holgados y livianos que parecían cortinas de organdí. Iban seguidas por un oficial alemán de elevada graduación.

El abrazo entre tío y sobrina fue muy emotivo.

—Tío, esta es Leni. Él es Walter.

El general tuvo que sofocar una sonrisa cuando se enteró de la singular actividad de Nicanor.

—¿De qué se asombra, general Zeller? —dijo Nicanor, de nuevo sentado a la mesa de cristal—. Formamos parte del mismo negocio. Su beneficio se deriva de matar a gente, y el mío de enterrarla decentemente.

—No sea tan susceptible, *Herr* Broto —repuso Walter mientras hacía girar su vaso—. Lo que pasa es que nunca había imaginado que pudiese haber algo artístico en un vulgar ataúd.

—¡Oh, vamos, Walter! —exclamó Leni y le dio un golpecito en la pernera derecha—. El cuerpo humano es lo más bello del mundo, y ni incluso el absoluto estatismo de la muerte destruye esa belleza. Un ataúd simplemente es un ornamento de madera que embolsa una estatua griega.

La directora cinematográfica impresionó a Nicanor. Media hora más tarde, a solas con su sobrina en su habitación del balneario, le hablaba sobre ella:

—¿Qué haces con esa... esa tortillera, Sonsoles? Y, además, con ese hombre casado. ¿No te parece que has llevado demasiado lejos tu «abandono bohemio»? —Nicanor dibujó con dos dedos de ambas manos sendas comillas en el aire, tal y como antaño había visto hacer a un viajante de comercio americano en el cine.

Sonsoles se rio por aquellos reproches tan cursis y a la vez tan yanquis. Dio unos pasos de vals por la moqueta de la *suite* y cogió a su tío de las manos con la intención de hacerlo bailar. Qué antiguo le pareció en ese momento; con barba que ya nadie llevaba, con cuello duro de picos vueltos, con botines de charol, con levita y sombrero de copa, con monóculo. ¡Si parecía un villano de cine mudo!

—¡Ay, tío Nicanor, no seas así...! —Lo sacó de su estatismo tirando de sus brazos

—. ¿No te das cuenta de que estamos viviendo el fin del mundo? La guerra nos va a tragar a todos, y pronto todos estaremos muertos. No habrá suficientes enterradores para tus ataúdes, así que tu negocio quebrará. Anda, disfruta de los últimos días.

Nicanor se dejó llevar por el vals de su sobrina, aunque él tuvo tendencia a bailar un minué. Luego se despidió de Sonsoles, dejándola en ese estado de inconsciente despreocupación.

Nada más acomodarse en su compartimento al salir de Baden Baden, Nicanor escribió en su libreta: «El ataúd es una bolsa de madera. Extraño pensamiento germánico». Entonces sonaron unas explosiones por delante. Abrió la ventanilla y se asomó. La aviación aliada estaba bombardeando la vía del ferrocarril.

## Capítulo 24

**N**i siquiera una ciudad balnearia como Baden Baden podía preservar su encanto para siempre ante las atrocidades de la guerra. Sonsoles y Walter no tardaron en salir también de allí e internarse en el acosado territorio del Reich. Volvieron a encontrarse con Leni en los estudios de la UFA de Múnich, y después continuaron viaje hacia Viena. Parecía que el trabajo de Walter en el Abwehr —el servicio de espionaje de la Wehrmacht— había dejado de tener sentido, como si el exceso de información catastrófica que llegaba de todas partes hubiese colapsado la inteligencia que la comprendiese. Se dedicaba a hacer llamadas telefónicas, siempre y cuando no estuviesen cortadas las líneas, a entrevistarse con altos mandos y pedir informes inútiles que luego remitía a Berlín sin la seguridad de que fueran a llegar. Daba vueltas por un mundo que se desmoronaba.

En su deambular, Walter se acercó a la mansión familiar de las afueras de Salzburgo. Del Mercedes bajaron él y una espigada rubia de elegante vestido blanco, tocada con una pámela. Walter no tuvo empacho en presentar a Sonsoles a su familia, como agente del servicio extranjero, pero todo el mundo entendió que era su amante. La señora Zeller prefirió conservar la apariencia de matrimonio. Sonriente y con sus ojos grises tristes, trató a Sonsoles como a una amiga. Arrojados todos por el apocalipsis, las convenciones sociales ya nada importaban.

Esa misma expresión de abandono resignado la había visto Sonsoles poco antes en Eva, durante unos días que pasara en el Obersalzberg. Ahora, a la mesa de la desangelada mansión de Salzburgo, Sonsoles creyó ver delante de ella a Eva en lugar de a la triste señora Zeller. Debido a su afición a la fotografía por su antiguo trabajo con Hoffmann, la amante del Führer se había hecho amiga de Sonsoles. Ahora era la confidente para una mujer perdida en una vorágine de oficiales patibularios, saludos marciales y despachos cifrados. Mientras los jerarcas y generales copaban la atención de Hitler, ellas dos paseaban por los bosques cercanos, y Sonsoles le hacía alguna que otra fotografía con su pequeña cámara Meiser. Eva le confesó que amaba a Adolf, sí, pero que también lo temía. Temía su desapego del mundo sensible, de las cosas entrañables, porque siempre tenía puesta la mente en planes colosales. La trataba con cariño pero no le hacía mucho caso, aunque era extremadamente posesivo, y entonces explotaba su ira terrible. Temía que alguna vez Adolf le hiciese a ella lo que se rumoreaba que había hecho con su prima Geli, a la que había querido sin amarla, esclavizándola, asfixiándola. Hasta que la prima apareció muerta de un tiro en la propia casa de Adolf, se dijo que por accidente.

—Yo lo amo, Sonsoles —le dijo Eva mientras posaba al borde de una pequeña laguna—. Deseo casarme con él, pero Adolf solo desea poseerme a distancia, aunque me quiere ver siempre sometida a su voluntad.

—Sí, Eva, me lo imagino... —comentaba Sonsoles a la vez que disparaba la Meiser con una pierna arrodillada y pensaba en su madre Berta—. Es como el

terrateniente, que necesita saber que tal granja de su propiedad está en su sitio, aunque no la visite casi nunca.

Eva sonreía por la comprensión que encontraba en su amiga. Se abrazaba a ella y la besaba. Luego, seguidas a prudencial distancia por escoltas de la SS, regresaban al pabellón.

Sonsoles recordaba que había dejado a Eva en su puerta con lágrimas represadas en los ojos, semejantes a las que adivinaba ahora en la esposa de Walter en su despedida en la casa de Salzburgo. Le dio la impresión de que aquella mujer ya no esperaba ver otra vez a su marido, y no porque acaso muriese en combate.

Transcurridas unas semanas, la pareja abandonó precipitadamente el hotel de Viena donde habían contemplado el crepúsculo de mil años en unas cuantas tardes de gozo. Los soviéticos subían arrollándolo todo por el Danubio. Había desbandada general del Ejército alemán. Con un informe detallado de la situación del frente meridional, Walter se decidió a ir a Berlín para presentarlo personalmente al OKW, el alto Estado Mayor de la Wehrmacht. Era la única forma de garantizar que llegase. Empezó el viaje con una escolta compuesta de un teniente y cuatro soldados, además de la compañía de Sonsoles.

—No sé si podremos llegar, preciosa Sonsoles —le dijo Walter, ya acomodados ambos en el asiento trasero de su Mercedes—. Pero hay que intentarlo. Es lo único que podemos hacer para mantenernos a flote, ¿no crees?

—Sí, Walter. Es mejor nadar antes que hundirse.

Walter dejó escapar el humo de su pitillo y se giró hacia ella.

—¡Ah, *chiquilla*..., walkiria de los Pirineos! —suspiró, y siguió con un tono de amargura—: Si mi tribu germánica también hubiese sido arrojada de su hogar primigenio por los magiares, si hubiese ido a parar a aquellas montañas de los Pirineos, si yo hubiese nacido cerca de ti, entonces haría mucho que andaríamos desnudos por sus selvas, despreocupados, felices, amándonos en los lechos de los riachuelos en una cópula sin fin. ¿Por qué la realidad ha tenido que ser tan diferente al mundo ideal? Zaratustra no habló de ello, Sonsoles, no dijo ni pío...

—Déjalo, Walter, pensemos solo en lo que nos queda por recorrer, que es mucho.

—¿Para qué pensar, encanto? Esa es la gran falta de los alemanes, que nos calentamos la cabeza demasiado. —Walter dio unos golpes en el asiento del conductor—. ¡Aprieta el acelerador, Bruno!

Pero el itinerario que se había planeado en línea recta requirió muchas revueltas. Los frentes se desmoronaban en todas partes, las carreteras y las vías férreas estaban cortadas, los puentes se hallaban hundidos. Se tropezaban con ríos de refugiados que escapaban del océano rojo que avanzaba desde el este. Los cadáveres de los que no habían podido seguir se pudrían en las cunetas. De vez en cuando, al atravesar un pueblo en ruinas, se encontraban con ahorcados por la Gestapo en cualquier farola o árbol, o con desertores escondidos entre los escombros. No obstante, todavía existía algo de presencia militar ordenada, porque de tarde en tarde debían pasar un control

de soldados con uniformes hechos jirones. De todo ello Sonsoles iba tomando instantáneas. Después, en los contados y obligados descansos, allanando estudios fotográficos de cualquier pueblo, se las ingeniaba para revelar sus fotografías.

Como tantas veces había soñado pensando en Robert, esa era su oportunidad de conseguir unas imágenes verdaderamente portentosas. Pero cuando ya estaban reveladas siempre la defraudaban. Eran buenas, no había duda, pero no traspasaban el umbral del simple reportaje gráfico. Tenían una carencia de significado, de alma, de un simbolismo que ella seguía sin saber definir bien.

Los dos vehículos de la expedición se tropezaron con el Elba. No había puentes en pie, tan solo un par de barcazas que los podían llevar de una orilla a la otra. Emprendieron así el cruce del río. Entonces aparecieron unos aviones, que se pusieron a bombardear las instalaciones ribereñas. Atronaban las explosiones, y a su alrededor se elevaban gigantescas columnas de agua quemada. Una de las bombas dio de lleno en la barcaza posterior, donde iba Walter con dos soldados y el coche militar. Todo saltó por los aires. La primera barcaza también sufrió el impacto, de suerte que el Mercedes comenzó a hundirse a la par que el casco destrozado. Sonsoles tuvo los suficientes reflejos para salvar su maletín, mientras que el teniente Koeppen se hacía con el portafolios de Walter.

Sonsoles alcanzó la orilla a nado, junto al teniente Koeppen y el conductor Bruno. Los dos jóvenes contemplaron a la mujer tumbada, exhausta por el esfuerzo realizado, tan empapados sus pantalones y su blusa que sus carnes sin más velos se transparentaban a través del tejido.

—¿Qué hacemos, *Frau Brotenn*? —le preguntó un Koeppen no menos empapado, que se había confesado uno de sus admiradores de calendarios y barajas picantes desde los campamentos de las Juventudes Hitlerianas.

Sonsoles tenía la mirada perdida en el río revuelto y humeante. Pensó que no había llegado a amar a Walter, pero que sí le había profesado verdadero cariño de amiga. Sentía una inmensa pena, no solo por Walter, que tal vez buscaba un final así, en un acto de servicio algo disparatado, sino también por su mujer en Salzburgo. No era ella quien se lo había arrebatado, sino la jodida guerra, un jodido torbellino que empezó con una estúpida herencia de Carlomagno entre tres hijos imbéciles que dividieron el corazón del continente. Ahora estaba sola en medio de esa Europa cuarteada desde hacía siglos. Pero debía algo a Walter: tenía que seguir nadando antes que hundirse definitivamente como tantos millones.

—Teniente Koeppen, Bruno... —contestó Sonsoles al tiempo que se levantaba de un brinco—. Sigamos nadando hacia Berlín.

Koeppen y Bruno se quedaron mirándola con caras de bobos. «Nadar hacia Berlín» tierra adentro se le antojó a Koeppen una expresión digna de una prodigiosa saga. Su admirada Sonsoles Brotenn no dejaba de sorprenderlo.

A trompicones entre escombros, muertos y humo, el trío fue acercándose a Berlín. Ya la gran ciudad era una mosca atrapada en un bote de pintura colorada que la iba

absorbiendo paulatinamente. Varias unidades mermadas defendían, en fútil resistencia, las calles del avance del Ejército Rojo. Los mensajeros del sur se tropezaron con sus puestos atrincherados, preguntaron para orientarse y continuaron atravesando esqueletos de edificios. Al cabo de unas horas, Bruno desertó y dejó solos a Sonsoles y a Koeppen. Estos sabían ya que el OKW se había trasladado, como último reducto, a un búnker cercano a la Cancillería. Era de noche cuando alcanzaron la avenida Unter den Linden, doblaron hacia el sur cerca de la puerta de Brandeburgo y llegaron a las ruinas de la antigua Cancillería. Les salieron al paso siniestros espectros negros de las SS armados hasta los dientes.

A través de los escombros del Ministerio de Asuntos Exteriores, Sonsoles y Koeppen fueron conducidos por los SS al subsuelo. A lo largo de tenebrosos pasajes de hormigón armado, tras pasar una sucesión de puertas blindadas y explicar el propósito de su presencia allí a sus amorfos custodios, la pareja descendió interminables escalones siguiendo a sus guías y llegó al búnker. En la planta alta les llevaron ante un coronel del OKW amigo de Walter. El coronel se lamentó por su suerte, se alegró cuando vio que de la mano de Sonsoles le llegaba su último informe del frente meridional, dio las gracias a la rubia y al teniente, cogió el portafolios y se perdió en una agobiante cámara llena de oficiales.

—¿Y qué hacemos ahora, *frau* Sonsoles Brotenn? —repetía el teniente.

Sonsoles contempló a Koeppen llena de ternura. Ese ingenuo y abnegado oficial le recordó a su prima Lourdes. Ya no la volvería a ver, y poco quedaba para seguir al lado de tan valiente compañero. En fin..., se merecía un premio. Cogió su cabeza con ambas manos y lo besó en los labios con pasión. Luego enjugó el sudor de su frente con los dedos.

—Koeppen, jodido, ¿sabes lo que vas a hacer? Vete de aquí en cuanto puedas.

El teniente se había quedado atónito. Besado por su ídolo, la diosa rubia oficiante de tantos momentos de placer solitario, trató de aguantar unos pucheros de llanto, y vio cómo Sonsoles descendía por una escalera de mampostería hacia el núcleo duro del búnker.

Cuando alcanzó el corredor central de la planta baja, Sonsoles percibió un espeso, aunque lejano, sonido de risas. Lo siguió, mientras de trecho en trecho se cruzaba con soldados que fumaban pegados a las paredes, o con secretarias que escribían a máquina al fondo de cuartos teñidos de luz ámbar. En el búnker reinaba tal ambiente crepuscular que la disciplina se había relajado, nadie se fijaba en nadie, ni preguntaba qué hacía o adónde iba. Si alguien estaba allí es que tendría permiso para ocupar un puesto dentro de aquel sepulcro de hormigón.

Las risas llevaron a Sonsoles a la puerta de una sala oscura. Al fondo, los destellos de una pantalla de vez en cuando descubrían que la estancia era larga y estrecha, más grande que las otras. Había un par de docenas de personas viendo una película que emitía un pequeño proyector. Sonsoles ya había visto tal película en los estudios de la UFA con Leni, de tapadillo, ya que se trataba de una producción

americana y el director era un judío llamado Ernst Lubitsch. La había traído Goebbels de ultramar: *Ser o no ser*, una comedia donde se escarnecía con agudo humor al Tercer Reich, y al propio Führer.

Sonsoles distinguió a este durante una secuencia luminosa, sentado en la primera fila con Eva. Se reía del otro Hitler que en la pantalla se burlaba de él. Y los demás espectadores también soltaban sus carcajadas. A Sonsoles le pareció una escena desconcertante, como si en realidad el Hitler de la película fuese el verdadero y el que se reía fuese su imitador pagado por el enemigo.

Terminada la proyección, Eva se entusiasmó cuando vio a Sonsoles. La abrazó y la besó entre innumerables preguntas. Hitler la saludó con su exquisita y fría cortesía, y, rodeado de una cohorte de aduladores y ayudantes, se dirigió a la sala de mapas para una sesión informativa del OKW. Su ofuscación iba a despachar el penoso informe de Walter.

Durante los días siguientes, más mensajeros aturridos y demacrados fueron llegando al búnker para reportar noticias confusas del exterior, nada halagüeñas: los rusos se acercaban a la Cancillería calle a calle de forma inexorable. Hitler tenía accesos de ira, y de abatimiento. A veces creía que la guerra daría un providencial vuelco, y de cuando en cuando mandaba ejecutar a algún derrotista.

Para apartarse de aquel asfixiante ambiente, Sonsoles se retiraba con Eva al cuarto que esta tenía junto al del Führer. Excepto algunos momentos de esparcimiento, la amante pasaba encerrada todo el día en aquel cuarto, donde comía a solas.

—¿Sabes una cosa, querida Sonsoles? —le dijo Eva llorosa en un momento sin tiempo, recostadas ambas en la cama—. Creo que Adolf ya lo da todo por perdido. Sí, definitivamente, baja el telón sobre nuestro escenario de sueños.

—No digas eso, Eva, no lo pienses. Ya verás cómo salimos todos de esta.

—Me ha pedido que me case con él. Solo espera la noticia que le certifique que todo está perdido para llevarlo a cabo. Qué tristeza, Sonsoles. La boda que tanto he deseado será el acto que nos dirá que no hay futuro para nosotros.

La noticia llegó al búnker al cabo de tres días: Himmler, el sanguinario criador de pollos al frente de la Policía, estaba negociando con los aliados una rendición por su cuenta para salvar su propio pellejo. Nada más oírlo, Hitler se revolcó en medio de sus generales y soltó espumarajos por la boca. El doctor Morel le tuvo que administrar un sedante.

Horas más tarde, Sonsoles escuchó desde el cuarto privado de Eva una conversación que mantenían los amantes en la cámara adjunta. No era una declaración de amor eterno, sino tan solo planes efímeros para unas pocas horas. De madrugada se celebró una sencilla ceremonia en una de las salas de la planta baja. Hitler vestía de civil. Eva de negro, como le gustaba a él. Un funcionario del Ayuntamiento de Berlín los casó ante los testigos Goebbels y Bormann. También estaban presentes las secretarias, varios oficiales, ordenanzas y el perro pastor *Blondi*,



el favorito del jefe. El fotógrafo Hoffmann tomó algunas instantáneas, mientras que Sonsoles, en un rincón de la estancia, no se atrevía a sacar su cámara Meiser. No quería desperdiciar su oportunidad levantando suspicacias.

Después hubo un magro festín nupcial, interrumpido varias veces por aciagas noticias del exterior. Durante las siguientes horas Hitler redactó su testamento y se despidió del personal a su servicio. Sonsoles iba de aquí para allá observándolo todo. Notó que en aquel laberinto subterráneo se hacían preparativos para el desalojo. Muchos destruían papeles, otros recogían sus enseres personales, algunos escribían cartas de despedida para familiares en paradero desconocido. Con una excusa u otra, la gente comenzó a escapar del búnker por las distintas salidas que tenía. Sonsoles sonrió aliviada al comprobar que no encontraba a Koeppen. Ella prefirió permanecer dentro del túmulo, aguardando su oportunidad.

Cuando Sonsoles encontró al perro *Blondi* muerto, sin duda envenenado por orden de su amo, comprendió que el último acto de la tragedia había comenzado. Corrió por los pasillos, cruzándose con generales y secretarias que iban y venían como hormigas desconcertadas en la boca pisada de su hormiguero.

En sus aposentos, Hitler y Eva mantuvieron otra conversación. Había llegado la despedida final. Él, con camisa verde y traje negro, proporcionó a Eva, de azul con lunares blancos, una cápsula de cianuro, que ella, temblorosa, se llevó a la boca carmesí. La masticó y al instante cayó fulminada. A continuación, Hitler cogió una pistola de una mesita y, sin pensárselo mucho, se disparó en el paladar. Aquel momento único, semejante al que tomara Robert Capa del soldado republicano de Córdoba, lo captó Sonsoles con su Meiser por la rendija de la puerta entreabierta del cuarto de Eva. «Robert, cabronazo, lo tengo...». Irrumpió en la estancia y con su cámara ametralló a los dos cuerpos caídos una y otra vez hasta que acabó el carrete. Iba a cambiarlo cuando sintió que se abría la puerta principal. Salió corriendo hacia el cuarto de Eva justo a tiempo. Tal y como se había convenido, los soldados se habían dado unos minutos para entrar desde que sonara el disparo.

Entre unos cuantos soldados y jefes nazis sacaron los dos cuerpos al jardín de la Cancillería. Allí echaron unas latas de gasolina sobre Adolf y Eva y les prendieron fuego. Al cabo de un buen rato se acabaron las llamas y aún había restos reconocibles, así que —mientras cerca se sucedían los impactos de la artillería rusa— volvieron a rociarlos con más gasolina. No muy lejos, Goebbels, su esposa Magda y sus cinco hijos corrían igual suerte.

Acabadas las incineraciones, la desbandada en el búnker se precipitó. Sonsoles prefirió aguardar debajo de la cama de Eva, sin apenas respirar, esperando que las órdenes y las despedidas a voleo se esfumasen. Se acordó de Lourdes, cuando huyendo de Berta el día de su llegada al caserón de Jaca, se escondió bajo la cama del altillo. Procuró retener unas lágrimas rebeldes.

Cuando hacía un buen rato que no oía nada, Sonsoles se decidió a salir de su escondite. Con cautela comprobó que no quedaba nadie más en el subterráneo.

Todavía tenía otro carrete en su maletín. Lo aprovechó para plasmar las estancias más significativas del búnker, detalles esclarecedores, el cadáver de *Blondi*, todo lo que la convertiría ante el mundo entero en la fotógrafa del siglo.

Acabado el carrete, Sonsoles se decidió por fin a salir al aire libre. Lo intentó por la salida del jardín, pero cuando subía por las birriosas escaleras sintió voces que provenían del exterior. Eran palabras en ruso; las reconocía de haber oído de niña hablar a Vitali con su tío Nicanor en su estudio del hotel Mur. Dio media vuelta. A grandes zancadas regresó a los siniestros pasajes, subió a la planta superior e intentó salir por la puerta del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se tropezó con sonidos de pisadas que venían hacia ella. No tenía escapatoria, así que se olvidó del esfuerzo físico y optó por usar la inteligencia. Se deshizo de la cámara que la delataría, corrió y llegó a la sala de proyecciones. Puso el proyector en marcha. Minutos más tarde, poco más de media docena de soldados del Ejército Rojo irrumpía en la sala. Todos eran kalmukos, buriatos, chechenos y tártaros de Crimea. Aunque pequeños de talla, su aspecto era feroz. Se refrenaron en la puerta cuando descubrieron a una rubia de larga melena y con pantalones, sentada en una silla, fumando un pitillo con parsimonia. Sobre la pantalla del fondo se proyectaba la película de dibujos animados *Blancanieves y los siete enanitos*, que Goebbels había robado a Walt Disney. Sonsoles se volvió y les habló en español:

—Después de Vitali, vosotros sois los primeros rusos que veo, muchachos. Espero que seáis unos caballeros como él.

Los soldados tardaron en salir de su desconcierto, pero cuando lo hicieron se aprestaron a cumplir el ritual obligado que venían cumpliendo de ciudad en ciudad. Como no había cama y el suelo de cemento era demasiado duro, la estamparon contra la pantalla de tela. De pie habían vencido a los nazis, de pie forzaban a sus mujeres. Se arremolinaron sobre Sonsoles cuando a su vez los enanitos se congregaban en torno a la cama de Blancanieves y, entre sus propias sombras aturdidas de excitación, le arrancaron los pantalones y la camisa. De inmediato apareció su espléndido cuerpo ante sus ansiosos ojos. Empezaron a sacar sus vástagos.

Quien primero se quiso servir fue el sargento checheno que los mandaba, quien, como Mudito, solo gruñía de la excitación. Enseguida retiró su miembro acerado de ella sin haberlo ablandado. Su expresión venía a significar que era verdad lo que se decía en las estepas de las alemanas: todas eran unas estrechas. Sus hombres se rieron de él. A continuación lo intentaron dos tártaros, Gruñón y Dormilón, pero también fracasaron. Por último, sin caer en la desesperación de sus compañeros, un kalmuko parecido a Sabio se agachó para investigar entre las piernas de la chica.

Sonsoles no había tenido más remedio que cometer ese error, pues no hubiera encontrado otra forma de sacar su tesoro del búnker. En su rostro amoratado por los besos voraces se dibujó una expresión que aturdió aún más a sus captores. Sonsoles denotaba burla, por ver que esa patulea de enanitos asiáticos era incapaz de consumir su propósito. Mientras tanto, en la estancia sonaba un coro:

*Heigh-ho, Heigh-ho!*  
*It's home from work we go! (silbidos).*  
*Heigh-ho, Heigh-ho!*

Pero también el rostro de Sonsoles estaba embriagado de pavor, ya que el kalmuko Sabio con sus dedos estaba descubriendo los dos carretes de película ocultos en su vagina.

## Capítulo 25

**L**a oscura masa de un convoy dormitaba en una vía muerta, cercana a las naves de talleres y almacenes. A su alrededor, como luciérnagas de luz intermitente en la noche neblinosa, de trecho en trecho los mecheros encendían cigarrillos. Esas candelas descubrían a la docena de alemanes que desde hacía varios días custodiaban aquella locomotora, con sus tres vagones cerrados y uno de plataforma. Eran soldados de la Wehrmacht, aunque cuando llegaron de Francia a través del túnel de Somport ya vestían de civiles.

En medio de la agonía del Reich, el convoy había atravesado Francia de norte a sur con cierta impunidad. Sus conductores habían tenido la ocurrencia de pintar enormes enseñas de la Cruz Roja sobre los techos de los vagones y sus flancos. Con ese camuflaje perfecto, se habían librado del ataque directo de la aviación aliada en su largo periplo. En cuanto a las vías férreas destruidas, las habían ido sorteando como el topo esquivando las raíces duras bajo tierra, a fuer de explorar todos los caminos. Así fueron a dar a la línea que atravesaba la frontera salvaje. Ahora el convoy aguardaba en Canfranc a que desde Madrid se recibiese el permiso para proseguir su viaje. Pero parecía que Franco estaba pensándose mucho el paso a dar.

En las dependencias de la estación tenía lugar un tenso intercambio de pareceres.

—Le aseguro que ese convoy no le compromete en nada, señora Broto —decía el inspector Didier Galvauder en su despacho de la aduana francesa.

—Pues claro que no me compromete, Monsieur Galvauder. Faltaría más... Pero me gustaría saber por qué jodida clase de mercancía tengo que hacer la vista gorda.

El francés rio entre dientes antes de sorber de nuevo el café que la señora Broto le había proporcionado. Se estaban permitiendo ese lujo asiático mientras que el resto de Europa no tenía para llevarse a la boca ni un caldo de boniato. Su colega guardaba en su despacho más de treinta estuches de plumas estilográficas, dispuestos sobre los archivos metálicos llenos no de expedientes sino de valiosos botes de perfume parisino. También le vinieron a la mente a Galvauder las varias cajas de burdeos amontonadas en un rincón discreto, y cincuenta jamones que escondía en un cuarto cercano. Sin duda que esa mujer se aprovechaba bien de su cargo en esos tiempos de escasez general, y por ello se interesaba con esa insistencia en la mercancía del convoy varado en vía muerta. Lástima que no hubiesen congeniado. Ya era tarde para intentarlo.

—A veces es mejor ignorar ciertas cosas, ¿no cree, señora? Ya se lo explicarán algún día sus amigos de Madrid.

Berta entornó sus ojos azules y repasó la figura alargada y pelirroja del franchute. «Hijo de la gran puta. “Mis amigos de Madrid...”. ¿Por quién me has tomado?». Supuso que la tomaba por una palurda, una funcionaria monigote en manos de los avispados de la capital. Ya no le cabía la menor duda de que Galvauder estaba conchabado con los alemanes que aguardaban fuera. Nunca le había caído simpático.

Al contrario que Cordelier, ese presuntuoso nombrado por el Gobierno de Vichy, en los tres años pasados en la aduana siempre la había tratado con desdén, más que por ser mujer por no considerarla digna de confianza. No creía que sus convicciones fascistas fuesen muy consistentes, sino que sospechaba que tenía su alma entregada al latrocinio de baja estofa.

Berta se levantó de su butaca y dio a entender que estaba apurada de tiempo. Tenía que hacer el equipaje para partir en el tren de las ocho hacia Cádiz.

—Lo comprendo, doña Berta —dijo Galvauder y se levantó también—. Espero que consiga el indulto para su valeroso hijo.

—Ya sé que lo comprende... —Rechinaron los dientes de Berta.

Solo por aquellas palabras, llenas de doble intención, de buena gana hubiese destrozado a bocados a aquel tipo, pero prefirió no complicar más las cosas. Regresó a sus oficinas a grandes zancadas.

Su posición en Canfranc no era tan sólida como antaño. El asunto de su Rogelio era un lastre importante. Además, ya no tenía el empuje de antaño. Pero confiaba en que su sobrina Lourdes llevase la aduana con pulso firme en su ausencia. Nunca antes la había decepcionado.

En el exterior de la estación Lourdes atravesaba gasas de niebla al borde de los raíles. Se acercó al convoy de la Cruz Roja en vía muerta, aunque procuró mantener cierta distancia. Su figura menuda no pasó desapercibida para los vigilantes germanos, metralletas en ristre, que se calentaban alrededor de pequeñas hogueras. Sus jefes, Kurt, Otto y Tom, que fumaban en corro, también advirtieron que *Frau* Brotenn, la prima de su venerada Sonsoles, se había detenido a observarlos al otro lado de un haz de cuatro vías. Así que se giraron hacia ella, se pusieron firmes y la saludaron con taconazos e inclinaciones de cabeza. Eran tres chalados, como decía Berta. Lourdes sonrió, les devolvió el saludo con la mano y prosiguió su camino hacia las cocheras. Poco después llegaba al vagón de lujo borbónico abandonado desde tiempos inmemoriales.

Primero se lo insinuó Paula, y después lo averiguó ella por medio de una observación tenaz. De modo que Lourdes sabía que Berta y el brigada Montoya habían tenido un lío. Por imprudencias hurtadas a Digna en el Mur, había llegado a la conclusión de que su tía Berta era una mujer más ardorosa de lo que aparentaba. La gordita estaba enferma, pero tenía fuerzas para sugerir que por eso Damián, un hombre tranquilo y con sus años, procuraba andar por el valle lo imprescindible antes de correr la suerte del zángano. Por otro lado, Sonsoles en sus cartas —interrumpidas ya hacía una eternidad sin que recordase por qué— había evocado determinadas formas de amar que había aprendido de su madre. Su tía seguía tan joven y bella como siempre. Sin embargo, le constaba que hacía tiempo que Montoya y Berta habían dejado de verse, precisamente allí, en aquel vagón abandonado que lucía

escudos reales. Un cuerpo tan hermoso como el de su tía no se podía olvidar de un día para otro. Acaso habían discutido; Montoya era un hombre casado y debería rendir cuentas a Rosario; o tal vez, desde el crimen de Rogelio, el guardia civil había preferido distanciarse de una familia tan peligrosa.

Lourdes abordó el vagón y, avanzando por el pasillo, vislumbró entre las sombras una cabeza con boina que asomaba desde uno de los compartimentos. Ese era Ramiro, fusil en mano, alerta ante quién pudiese entrar en las cocheras a esa hora. Se abrazaron, tal como habían hecho montones de veces en los últimos seis meses.

Con la ayuda de Nicanor, se había formado una partida de maquis mandada por Ramiro. Habían hecho algunas incursiones por los caseríos, habían atacado el Coll de Ladrones y algún que otro camión militar. Nada de importancia hasta ese momento. Aunque lo suficientemente contundente como para mantener en una actividad frenética al coronel Amundi Ferreira. Este creía que aquel extraño fenómeno de guerrilla asilvestrada era una manifestación más de una plaga de lucumones por el espinazo de los Pirineos, algo muy grave.

Después del primer abrazo la pareja se encerró en el compartimento y prosiguieron sus besos. Los dos eran torpes en esos juegos, pero se compenetraban bien. No en vano, Lourdes había estado alimentando a Ramiro boca a boca durante años en la cueva de Silvestre. Copularon deprisa y sin desnudarse —bragueta abierta él, y braga ladeada ella—, en la misma litera donde aún se apreciaban restos reseco de los amores entre Berta y Montoya.

Después, sentados y abrazados, se pusieron a departir.

—No has debido venir, Ramiro. Esta noche no.

—Ya estoy harto de hacerlo en la cueva, y delante de ese loco de Silvestre.

—Los alemanes de ahí fuera son demasiado peligrosos como para andar merodeando cerca de ellos con armas.

—Precisamente de eso te quería hablar. En Bedous nos hemos enterado de cosas sobre ese convoy tan extraño que guardan.

Les habían llegado noticias de la Resistencia francesa acerca de que un jerarca nazi, tal vez Goering, había juntado todas las obras de arte que había arramblado por el continente y las había embarcado en aquel convoy. Su propósito era, una vez alcanzada España, poner tal tesoro a buen recaudo, quizá en Sudamérica, lejos de la investigación de los vencedores. Al maquis no le cabía duda de que ese convoy era precisamente aquel disfrazado de Cruz Roja, parado ahí fuera en vía muerta en espera de permiso para proseguir su marcha. Y habían decidido atacarlo para apoderarse de él. Cualquier Gobierno extranjero les compensaría espléndidamente, aparte de que sería un golpe señalado contra el régimen de Franco.

—¿Y si nadie reconoce vuestro ataque aunque tengáis éxito? —dijo Lourdes tratando de persuadir a Ramiro por medio de la inteligencia—. Sería como si nunca hubiesen existido esos tres vagones.

El argumento tardó en hacer mella en Ramiro, que nunca había sido un hombre

brillante.

—Eso es absurdo. Ya mostraremos al mundo el material capturado.

Lourdes insistió, ahora apelando a los sentimientos:

—No lo hagas, Ramiro, corres muchos riesgos con esos alemanes. Y no quiero perderte a ti también.

—Descuida, ratoncito... —Separó unos mechones negros que bajaban desde el rostro de Lourdes hasta sus areolas oscuras—. Todo va a resultar más sencillo y menos arriesgado de lo que supones. Hemos pensado que una sola orden tuya podría facilitarnos las cosas.

Lourdes escuchó, y luego abandonó el vagón con ánimo apesadumbrado. No durmió muy bien esa noche pensando en la responsabilidad que le había caído encima. De nuevo la asaltaron extrañas pesadillas.

Por la mañana, Berta debía partir hacia el sur. Acudió a la estación con dos maletas, una con sus cosas y la otra llena de objetos caros, para sobornar voluntades políticas y penitenciarias, y de alimentos escasos para que su hijo Rogelio mantuviese un modesto mercado negro en el penal.

Cuando Berta se estaba despidiendo de Lourdes y Paula, aparecieron por el andén tres figuras larguiruchas conocidas. Debido a su vigoroso taconeo, pese a sus gabardinas por los tobillos, parecía que avanzaban al paso de la oca. Kurt, Otto y Tom también venían a despedirse de la madre de Sonsoles. Ya frente a las tres mujeres, extrajeron de un cartapacio una carpeta muy vieja, que a su vez contenía una lámina amarillenta. Dijeron que era un grabado antiguo y muy valioso. Se lo regalaron a Berta.

—¡Ah, bribones...! De dónde lo habréis robado...

Berta echó un vistazo fugaz a la lámina, rio de forma ostentosa, abrazó a los tres alemanes y le pasó la carpeta a Lourdes para que se hiciese cargo del regalo. Su sensibilidad no estaba orientada a apreciar detalles artísticos.

Lourdes supuso que los tres chiflados habrían sisado el grabado del alijo que vigilaban en el convoy misterioso, al igual que habían robado iconos en Ucrania, caviar en Crimea y copones de oro en los monasterios de Rumania. Con razón, teniendo esas tendencias saqueadoras, habían caído simpáticos a Berta. Lourdes se apartó un poco del grupo y echó un vistazo más detenido a la lámina, sorprendida ante la escena que representaba.

Había un hombre y una mujer en cueros, ambos de pie con sus partes pudendas ocultas por hojas, y en medio de ellos una serpiente que desde un árbol ofrecía una manzana a la mujer. En torno a la pareja se encontraban más animales, aunque en actitud plácida y distante. Y por detrás de todos comenzaba un bosque. Pero lo que más llamó su atención fue una cueva lejana que se abría en un extremo superior de la estampa, se diría que en una ladera de la montaña de ese bosque. Le recordó algo que no podía identificar bien, que no se concretaba en su de repente dolorida cabeza. Por último, se fijó en el letrero escrito en una pequeña pizarra que colgaba de una rama:

«Albertus Durer Noricus faciebat 1505». Al término de la cual había un dibujito hecho con letras superpuestas.

El pitido de la locomotora arrancó a Lourdes de su observación. Kurt, Otto y Tom se despedían de Berta sacando pecho y elevando el mentón mientras el tren se alejaba.

Un día más tarde, el tren alcanzaba la estación de Príncipe Pío en Madrid. En la capital Berta se acercó a la calle de San Bernardo y se entrevistó con el subsecretario del Ministerio de Justicia.

Debido al resultado inesperado de la Guerra Mundial, el Régimen había aminorado sus fusilamientos sumarios y, puesto que todavía contaba con millares de presos en lugares infames, procuraba aligerarse de esa carga comprometedora dulcificando las penas. A los condenados a muerte se les conmutaba la pena por cadena perpetua. A los de cadena perpetua se les rebajaba a treinta años. Y a veces se indultaba a los de treinta años —raro era quien tenía menos encima—, previa revisión de su proceso y una declaración de lealtad del penado. Berta esperaba conseguir para Rogelio alguno de estos beneficios.

Trasasó el portón del Ministerio ataviada con el uniforme de la Sección Femenina y cargada con sus dos maletas, bien repletas y pesadas, pero que ella llevaba con donaire. Un ordenanza, bigote a raya, la condujo por pasillos y cámaras hasta la secretaría del subsecretario. El subalterno cerró la puerta a sus espaldas, como si encerrase a una fiera en su jaula.

—¡Arriba España! —dijo Berta de cara al escritorio.

Nada más bajar el brazo que había saludado al subsecretario, Berta abrió una de las maletas en el centro de la alfombra y, como un chamarilero de El Rastro en medio de la Ribera de Curtidores, expuso a la vista su valiosa mercancía.

—Pero, señora... —Atinó Carvajal a farfullar—. Esto es un Ministerio...

—¿Es que piensa que me he equivocado de dirección? —replicó ella con una mirada que producía inquietud.

Berta extrajo de la maleta tres latas de caviar Beluga triple cero de a medio kilo, rapiñado por los tres chalados alemanes en el cerco de Sebastopol. Como un mago de su chistera, sacó dos botellas de burdeos e hizo aparecer cinco plumas estilográficas Wilkinson de las muchas que almacenaba en su despacho.

—He oído, señor Carvajal, que tiene ínfulas literarias —fue diciendo mientras depositaba en el escritorio la mercancía escogida—. Pues le aseguro que se escribe muy bien con la boca llena de caviar regado con buen vino.

El señor Carvajal no salía de su estupor por el desparpajo de tal mujerona. Aunque en realidad aquello no parecía una descarada incitación al cohecho, sino un simple apoyo a la literatura. Después de repasar las etiquetas francesas de las botellas, las inscripciones cirílicas de las latas y el brillo británico de las plumas, el subsecretario juntó sus diez dedos al otro lado del escritorio, enarcó su bigotito con una sonrisa y se dispuso a oír detenidamente a tan encantadora señora. Berta habló



sin parar durante diez minutos.

—Comprendo, señora Broto —dijo por fin Carvajal—. El teniente coronel Aguilera manchó lo más sacrosanto de nuestra sociedad, que es la familia católica y unida. Su hijo, con su arranque de celos, no hizo más que recordarnos a nuestro admirado Calderón de la Barca.

—En efecto, señor subsecretario, mi hijo es un quijote.

Las aletas bermejas de la nariz del hombre temblaron de risa sofocada.

De aquella visita Berta sacó el compromiso de la conmutación de la pena capital de su hijo. Más no podía esperarse por el momento, habida cuenta de la condición militar de la víctima.

Más animada, Berta no tardó en coger el primer tren en la estación de Atocha que fuese al sur. Dos días más tarde llegaba al penal de El Puerto de Santa María. Puesto que ya la conocían de otras visitas, el mismo alcaide salió a recibirla con una espléndida sonrisa. Atravesaron un patio reseco y penetraron en un edificio de cal costrosa, donde se encontraba el despacho del funcionario. Berta le proporcionó una baraja picante de Sonsoles que también le habían regalado los tres chalados alemanes, medio kilo de betún de Armenia y un brazo de mortadela navarra envuelto en papel encerado.

Poco después, Berta se encontraba con Rogelio a solas en un cuarto amplio, iluminado por altos ventanucos, enjalbegado de lepra, de vigas desnudas, con tan solo dos sillas de anea como únicos muebles. El hijo presentaba un aspecto lamentable, no porque estuviese tan flaco como el resto de los presos —que no lo estaba—, sino por los trasquilones de su pelo y por sus ropas raídas. Al menos, a su madre le cabía el consuelo de que hubiese abandonado su vicio del revientafronteras.

—¿Y a mí qué me cuentas del perdón? —dijo Rogelio más tarde, sin importarle que sus palabras altas llegasen a oídos de los guardias—. Ahora me has condenado a pudrirme hasta la muerte en este infierno.

—Pues veo que no te va tan mal...

Rogelio trató de replicar, pero Berta lo obligó a callar con un dedo sobre sus labios al tiempo que miraba de reajo hacia la puerta.

—Tú aguanta como un soldado en la trinchera. Seguro que algún día Su Excelencia el Generalísimo tiene la gracia de perdonarte del todo. Tu madre, fundadora de la Sección Femenina en Huesca, no descansará hasta conseguirlo.

—Con lo bien que yo andaba por mis montes con la escopeta al hombro... —suspiró Rogelio de nostalgia—. Los cazadores del valle nos bastábamos para mantener a los rojos a raya. Pero el puto alzamiento vino a fastidiar nuestra vida de siempre...

—¡Chist...! —Berta echó una mirada asesina a su hijo—. Si no hubiese sido por el Caudillo, las misas se cantarían en ruso, cosa que en Jaca solo entendería tu tío Nicanor, las hostias se harían con pan de cebada y las monjas llevarían pantalones.

Rogelio enseñó unos dientes no de sonrisa por tales despropósitos, sino como un

perro al gruñir. Había comprendido que no debía seguir por aquel camino.

—¿Cómo se encuentran Amadeo y Rufina?

Antes de contestar, Berta se tocó, como si las desmenuzase, las borlas del cordón de penitente que ajustaba su larga bata negra a su talle.

—¡Oh...! El niño ya está para la confirmación. Creo que va para cura. Y tu santa esposa, sor Rufina del Perdón de Dios, cada día se halla más feliz en el seno de las benedictinas. Es una monja ejemplar, y con hábitos... Ven, hijo mío, arrodíllate a mi lado. Recemos por la paz de España.

Berta tironeó de un brazo a Rogelio. El hijo, rumiando blasfemias, se reclinó frente a la madre y se unió a su padrenuestro.

## Capítulo 26

**P**or Canfranc, por Pueblo Nuevo, incluso por Jaca, resonaban en las piedras de las calles los cascotes de docenas de mulas en un ir y venir incesante. Si alguien seguía el sonido o lo esperaba al final de un callejón, no descubría a los animales que lo producían, solo oía el trasiego cadencioso del avance de las bestias. Era como un desfile invisible, fantasmal, de cientos de mulas hacia un destino incierto y escalofriante. Las viejas desdentadas de la catedral huyeron despavoridas, las iglesias se llenaron de beatas temerosas de ese fenómeno demoníaco y la gente cerró las contraventanas de sus casas mientras las fuerzas de la ley buscaban en vano el origen de tan enigmáticos sonidos.

Solo Silvestre, escondido entre dos naves de las cocheras, pudo descubrir una mañana quién provocaba esa marcha al transtrán caballar.

De cuando en cuando, Silvestre bajaba a la estación, a Canfranc o a Pueblo Viejo, en especial si había niebla. Buscaba un buen escondite y observaba. A veces vigilaba el ir y venir de su señorita Lourdes Broto —como si fuera su ángel de la guarda—, pero sobre todo estudiaba a los paisanos, a los viajeros que salían y entraban de la estación, a los clientes que frecuentaban la posada Mur o El Roble. Le gustaba comprobar el transcurso del tiempo en la gente, en su indumentaria, en su forma de hablar, en sus gestos. El mundo estaba cambiando, mientras que él continuaba arrinconado en el olvido de los días. Esto le alteraba el ánimo, a veces con fases depresivas, otras con estados de excitación, rabia y sarcasmo. Y de vuelta en la cueva, era el Genio —desalojado a disgusto de su confortable lámpara— quien debía aguantar sus reproches al Gobierno, a los militares, al mundo entero. Silvestre acababa riéndose de forma algo histérica, tendido por el suelo sin fuerzas, mientras el Genio lo contemplaba con lástima.

Aquella mañana su agudo sentido de la observación pudo descubrir la causa del fantasmal traqueteo de cascotes. Como vivía de forma más lenta, Silvestre podía ver mejor los movimientos subrepticios del espacio que el resto de los mortales, igual que sucede con el kinetoscopio, que al ralentizarse permite apreciar las divisiones de sus imágenes, antes invisibles. Oculto detrás de los establos de una vaquería, oyó el traqueteo de los enigmáticos sonidos. Lo siguió por las afueras de Canfranc hasta que entre las dos cocheras pudo descubrir que era Damián Broto quien conducía una larga recua de mulas entre los pliegues del aire brumoso. No solo llevaba la suya propia del contrabando, sino todas las de la comarca.

Por la tarde se lo comentó a Lourdes en la cueva. La sorpresa de ella fue sincera, pues tampoco se explicaba ese proceder de su tío.

—A menos que... —meditó en voz alta Lourdes mientras se calentaba las manos en la hoguera.

—¿A menos qué, señorita? —preguntó Silvestre receloso.

Lourdes comenzó a atar cabos, a relacionar a Damián con los planes de Ramiro.

A la postre, hubo de confesar a Silvestre todo lo que se preparaba para el asalto al falso tren alemán de la Cruz Roja. La perplejidad inicial de Silvestre dio paso a ese estado febril de excitación que bien conocía el Genio. Este fue a esconderse a su lámpara en cuanto su amo empezó a reír.

—Pero ¿qué mamarrachada es esta? —se preguntó Silvestre divertido—. En la vida el necio de Ramiro podrá asaltar ese convoy. Él no tiene preparación militar, es un destripaterrones que no tiene ni idea de estrategia, de táctica y de logística. ¿A qué talento comunista de París o de Moscú se le ocurriría poner al frente de una guerrilla a un analfabeto?

—¡No digas eso de él, Silvestre...! —se quejó Lourdes.

—¡Digo y hago lo que me da la gana, niña!

Asomado por la piquera de su lámpara, el Genio vio que su amo se levantaba y comenzaba a gesticular como un vendedor de alfombras de Basora. No solo la había emprendido contra Ramiro, a quien a continuación llamó incapaz y bobo, sino que ahora extendía sus censuras contra todos aquellos que pretendían pasarse por soldados. Así había perdido España su imperio, por dejar sus Ejércitos en manos de militares incompetentes. Había mucho aficionado: como Franco, que había necesitado tres años para acabar una guerra de tres meses; como Berenguer, que entregó el Rif a los moros...

—Como tu propio padre, señorita —dirigió Silvestre su mirada encendida y extraviada hacia Lourdes—. Solo sabía de mercancías, de provisiones y cacharros, nada de un buen fusil, ni del temple de un sable. ¡Ah, el capitán Rafael Broto, de Intendencia nada menos, que para colmo se hartó de saborear moras y de fumar kifi! Él era otro chalado, como esos tres alemanes de ahí abajo, un drogado por cuya negligencia el Ejército que yo mandaba se quedó sin agua de boca ¡en medio del reseco monte de Abarrán!

—¡Cállese, cállese...! —exclamó Lourdes escandalizada—. No le consiento que diga eso de mi padre.

—¡Sí, señorita Broto! Loco de kifi estaba, y hartó de correrse juergas. Si yo contara las cosas indecentes que hizo con sus amigotes en Tánger. ¡Los tres estaban tan salidos que mancillaron el honor de una doncella!

Silvestre inició una grotesca danza a base de brincos como si estuviese poseído por algún estupefaciente, igual que los morabitos enajenados a las puertas del desierto. Saltaba sin cesar alrededor de la hoguera, sus brazos muertos ejecutaban aspavientos, comenzó a babear, a reír, sus labios se llenaron de espuma y sus ojos se pusieron en blanco. Lourdes retrocedió espantada hacia la boca de la cueva. Era un espanto producido más por el descubrimiento de lo desagradable, de la decepción, que del miedo.

—¡Detente, detente! —gritó—. Tú no eres así...

Cuando Silvestre cayó al suelo, donde fue presa de horribles convulsiones, Lourdes echó a correr entre llantos monte abajo. Al poco, el morabito de los Pirineos

comenzó a soltar carcajadas.

—Vaya niña... —le dijo por fin Silvestre al Genio, que dejaba ver un ojo por la piquera de la lámpara—. No admite ni una broma...

Entrada la noche, Lourdes había olvidado aquella escena con Silvestre, como a menudo le ocurría. Aunque algo en su interior la quemaba, como un rescoldo sin apagar, y la obligaba a preguntarse de continuo el origen de ese malestar que le impedía estar con sus cinco sentidos alerta en tan graves momentos. Porque a su oficina acababa de llegar en forma de telegrama la autorización de Madrid —no de Hacienda, ni de Comercio, sino del Ministerio de la Gobernación— para dar vía libre al convoy de la Cruz Roja. Ella debía actuar ahora, y correría un gran riesgo.

Salió de la estación y se acercó a Kurt, Otto y Tom y sus hombres para llevarles unos bocadillos y café caliente en un gran perol, a la sombra de la locomotora de su tren en vía muerta. Y de paso les comunicó la novedad. Los tres chiflados se congratularon y decidieron partir a las doce en punto del día siguiente, en cuanto se hubiese levantado la niebla matinal.

Antes del amanecer, Lourdes ya se había entrevistado con Ramiro en el nido de amor de su vagón real, aunque no pasaron de unos besos. Deprisa y corriendo Ramiro se largó del hangar y regresó al monte para poner a punto a sus hombres.

El sol del día fue levantando poco a poco la niebla. Las vías, las traviesas y la grava de la línea se quedaron húmedas, con un brillo hecho añicos. El tren de la Cruz Roja maniobró entre las vías muertas y cogió la vía principal. Salió de la estación, pasó bordeando Canfranc y enfiló valle abajo. En la locomotora, junto a los dos ferroviarios españoles impuestos por el Gobierno, viajaban los tres chiflados, en tanto que Galvauder y una decena de soldados de escolta iban parapetados detrás de sacos terreros del vagón de plataforma que seguía a los tres vagones cerrados que custodiaban. Los montes difuminados de niebla iban quedando rezagados. Pasaron por las serrerías, cruzaron cerca de las carpinterías —muchas abandonadas ya— y dejaron atrás el apeadero de Pueblo Viejo. Todo parecía ir bien. Hasta que una señal de tráfico ferroviario al borde de la vía indicó al maquinista que debía detener su tren. El hombre, diligente con la palanca de frenada, comenzó a aminorar. Los tres chiflados no estuvieron de acuerdo con ese proceder y, con el lenguaje claro de las pistolas, lo obligaron a proseguir.

—Hay una señal que me obliga a detenerme, señores... —se quejó el maquinista—. ¡Nos arriesgamos a sufrir un accidente!

Los germanos no atendían a razones. *Nein, nein, nein!* El convoy debía seguir avanzando, no podía detenerse en medio de aquellas soledades. Aunque, después de un tira y afloja, consintieron en que continuara a baja velocidad.

Aquel tramo de la línea era una sucesión de pequeños túneles a través de las faldas de los montes de Collarada y Vacún. Muy propicio para las emboscadas, como

la que el maquis tenía preparada. Cuando el tren salía de un túnel y entraba en otro, cayó una lluvia de balas sobre su locomotora y el vagón de plataforma. Más de cincuenta maquis atacaban desde el follaje de la ladera. Los tres chiflados pudieron resistir algo con sus pistolas, parapetados tras el ténider de la caldera y los cuerpos muertos del maquinista y su ayudante, aunque no pudieron impedir que la locomotora fuese perdiendo fuerza. Mientras tanto, en la cola del tren sus hombres poco a poco caían abatidos implacablemente. Viendo inútil toda resistencia, pistola en mano, Galvauder saltó de la plataforma a tierra. Corrió seguido del silbido de balas y el rechinar de la grava, perdió el sombrero, rodó por un terraplén y trató de huir a lo largo de la orilla del río. Sus jadeos se entreveraron con risas histéricas. Al cabo de un trecho, surgiendo de entre unos carrizos, un guerrillero le salió al paso con su fusil. Sonó una detonación. El franchute de Vichy besó el agua ensangrentada.

Por su parte, Kurt, Otto y Tom lograron escapar adentrándose en un túnel. Al cabo de unas horas llegaban a pie a la estación de Jaca, jadeantes, ofuscados, maldiciendo en gótico. Dieron aviso del ataque del maquis. Poco después, la alarma llegaba al cuartelillo de Canfranc.

Cuando Montoya y sus hombres alcanzaron el tren asaltado solo encontraron cuerpos muertos o malheridos, y los tres vagones con grandes insignias de la Cruz Roja vacíos. El brigada de la Benemérita se puso a investigar por los alrededores. En un par de senderos descubrió numerosas huellas de cascos y múltiples pisadas humanas. Parecía que el maquis se había valido de recuas de mulas para alejar de allí lo que transportase el convoy de los alemanes —fuese lo que fuese, con seguridad valioso— y ponerlo a buen recaudo en el monte.

Siguió averiguando más cosas. En especial que el convoy de los alemanes atacado había debido parar porque un tren francés que lo precedía —ocupado por colaboracionistas que huían del avance aliado— había tenido que detenerse antes de alcanzar Jaca. La causa había sido una llamada urgente desde la estación de Canfranc. No tardó Montoya en presentarse en el despacho de Lourdes, a pedir explicaciones a la persona que había hecho esa llamada.

—Pero, señorita Broto... —rechinaron los dientes bajo el bigote del guardia civil—, ¿cómo cojones no se acuerda del motivo de esa llamada? Si no hace ni cinco horas que la hizo.

—No sé... No sé... —respondió ella algo aturdida, mientras buscaba en el montón de papeles de su escritorio—. A veces yo olvido las cosas...

Montoya iba de aquí para allá aireando el capote oliva de su uniforme, convencido de que esa chiquilla pretendía torearlo a base de mantazos.

—No lo dudo —replicó—. Pero yo he oído y no lo olvido que usted es la querida de ese cabronazo de Ramiro. Bien pudiera ser que le hubiese avisado para dar el golpe de este mediodía, y que le haya facilitado las cosas.

Por fin Lourdes localizó un albarán concerniente al tren francés de la mañana. Mientras lo repasaba, explicó que había hecho esa llamada porque habían quedado

sin cumplimentar los aranceles de unas cajas de mantequilla que transportaba en un vagón de mercancías. No podía ser que la hacienda pública se quedase sin percibir unos ingresos que le correspondían. Eso era responsabilidad de ella.

—Vea, Montoya, vea... —dijo Lourdes mostrándole el papel.

—Métase eso por donde le quepa, desaboría. —Montoya se daba cuenta de que no habría manera de cogerla en falta, por eso llevó su cólera más allá de lo razonable—. Es más, le diré que por donde le cabe se está metiendo ese malaje de Ramiro, que es su primo. ¡Su primo! ¿Es que él no se lo ha dicho? ¿O es que usted ya lo ha olvidado?

Antes de que Montoya acabase de hablar, Lourdes había perdido el sentido. Cayó a los pies del brigada. Más tarde, tres empleados de la aduana hubieron de llevarla inconsciente a la casa.

Cuando al cabo de dos días Berta regresó a Canfranc de su provechoso viaje meridional, se la encontró delirando en su cama, bajo los cuidados de Paula. La criada le explicó que el médico no le encontraba nada grave, tan solo cansancio. Sin duda que su sobrina padecía una de sus frecuentes jaquecas que la atormentaban desde niña.

—Ese hijo de puta de Montoya... —Gruñó Berta, seguida de Paula—. ¿Qué le habrá dicho?

—Alguna indecencia andaluza, señora.

Al cabo de un rato, la conversación que seguían manteniendo señora y criada en la planta baja llamó la atención de Lourdes. Acababa de despertarse. Había olvidado las palabras de Montoya, solo recordaba el telefonazo a la estación de Jaca. No obstante, ahora de súbito creyó oír la conversación entre su madre y su padre que mantenían en su cama en la noche previa a su partida, hacía ya veintitantos años. Se levantó de su lecho, trastabillante, salió al pasillo y, siguiendo el murmullo de las voces, se acercó al vacío de la escalera. De nuevo estaba encarada ante una oscuridad que la aterrorizaba y que al mismo tiempo la atraía. Hasta ella llegaron nítidas las palabras de Berta y Paula en la cocina. Tardó en discernir la identidad de quienes las pronunciaban, aunque su mente dolorida fue discriminándolas antes de retenerlas. Oyó «caída por la escalera», «cesta de comida», «jodida cueva», «habrá que llamar a Damián». Frases que ella iba separando de su contexto, demasiado terrible para aceptarlo, de modo que de inmediato las borraba de su memoria.

## **CUARTA PARTE**



## Capítulo 27

Un amanecer turbio, de humedad suspensa, iluminó la celda a través del ventanillo. Sonsoles llevaba despierta un buen rato. Tumbada en aquel camastro, cubierta con una manta de pulgas, fue contemplando la paulatina toma de consistencia de su entorno. La luz lechosa iba avivando los perfiles del cubículo hecho de troncos, sus nudos, su tosco desbaste, hasta que se destacó al fondo el marco de la puerta de tablas, rasgado por trazos de claridad. A un lado de ella, en un rincón, pudo distinguir sus excrementos amontonados en la tierra. Por último, se hacían patentes sus propios pies, recubiertos de calcetines rotos y asomándose por el borde de la manta que los soviéticos le habían dado a modo de privilegio.

Sonsoles se retorció como un gato perezoso para estirar sus músculos y soltó un «iiiiii» harto sensual. Salió vestida del camastro y se puso de pie sobre él, para mirar por el ventanillo. Ese nuevo día la pesadilla del exterior seguía igual al día pasado, y al antepasado. Allí estaba la alambrada del campo con gotas de rocío que colgaban de sus espinos, y más allá el bosque de abedules, con sus hojas amarilleando ya. Más acá de la alambrada, por debajo de la torre de los guardias y en el barro, se desperezaban cientos de soldados alemanes, de uniformes rotos, sucios e incompletos, muchos de ellos heridos. Pensó en la suerte de todos aquellos infelices pernoctando al raso en cuanto llegase el inminente invierno ruso. Porque debían estar en Rusia.

En los últimos meses Sonsoles se había preguntado muchas veces en qué lugar boscoso la tenían prisionera los rusos. También se lo había preguntado a Sito, pero su primo no le había aclarado nada. No estaba autorizado por motivos de seguridad.

Se sentó en el camastro y suspiró resignada. Volvió a preguntarse qué harían con ella. Tal vez la fusilarían cuando ya no les sirviese, o quizá la mandarían a Siberia, a que la anónima inmensidad del horizonte helado la tragase para siempre. Así acabaría Sonsoles Broto, también conocida por Broteau y Brotenn. Por haber seguido la pasión que de pequeña le insuflara Vitali, la del arte por encima de cualquier apariencia grosera. Pero ya Vitali le parecía muy lejano en la memoria, y las nevadas de Jaca o de Canfranc se le antojaban calientes en comparación con las que tendrían que soportar pronto.

Un ruido de cerrojos sobresaltó a una Sonsoles abismada en sus pensamientos, aunque sabía que todas las mañanas a esa hora sus guardias le traían de comer. Era un rancho que, por lo que veía a través del ventanillo, parecía mucho más sustancioso que el de sus compañeros de infortunio. Por haber sido capturada en el búnker, era una prisionera especial. Sin embargo, aquel día por la puerta abierta no apareció el guardia con el plato diario de latón, sino su primo Sito, con el uniforme del Ejército Rojo que tan bien le quedaba. Sonsoles sonrió levemente. Un mocoso de Jaca se había convertido nada menos que en comandante de los rusos. Debía de haber sido muy dura su lucha desde las trincheras de Teruel.

—¿Qué tal, Sonsoles? —preguntó Sito con una ligera y peculiar acentuación

eslava.

Se cerró la puerta a sus espaldas, y él se acercó a la cabecera del camastro.

—Ya ves, Sito. Espero el tren de Pau.

Se rieron brevemente por aquel chiste particular. Se dieron unos besos, que ella hubiese preferido que hubiesen sido a la rusa, en la boca, pero que Sito desvió hacia las mejillas. Ahora uno frente a otro, después de tanto tiempo, parecían más que extraños, enemigos en tregua. Hacía apenas unas semanas que se habían vuelto a ver después de quince años. Las circunstancias que habían propiciado tal encuentro solo se podían atribuir a un cuento de Gógol.

La mujer alta y rubia capturada en el búnker de la Cancillería no reclamó los carretes extraídos de su seno en alemán, sino en español, y con las palabras más soeces que recordaba de su madre. Aquellos insultos para chechenos y tártaros seguían siendo el lenguaje procaz de una entretenida nazi. Se la llevaron al cuartel general del Ejército de Chuikov. Allí la interrogaron de forma expeditiva, pero Sonsoles no contestaba en alemán sino que seguía profiriendo denuestos en español.

Se habían hartado de darle correazos cuando alguien que pasaba cerca del calabozo, el capitán Rezimov, un hombre cultivado a la vieja usanza, se sorprendió al oírla. Rezimov avisó a sus superiores de que no les respondía ni en alemán ni en francés, sino en una lengua todavía más lejana e inextricable. Intrigados por la nueva sorpresa de la prisionera, los superiores reclamaron colaboración entre sus voluntarios extranjeros. Sito Broto mandaba el batallón compuesto de españoles, portugueses e italianos que acampaba en Furstenwalde. En cuanto le describieron a la mujer, algo le dijo que debía verla como fuera y se ofreció de intérprete.

Allí estaba ahora el *tovarich* comandante Broto, delante de la prisionera especial, prima suya, que el alto mando cuidaba con tanto esmero. Cuanto más la observaba, más se asombraba Sito del parecido que guardaba Sonsoles con Berta. No solo por la natural semejanza entre madre e hija, sino porque recordaba a la madre como Sonsoles era ahora. Le pasó un cigarrillo, encendió el suyo y el de ella y dieron unas caladas profundas. Sito se sentó en el camastro, cerca de las piernas de su prima.

La visitaba cada semana, más o menos, a fin de informarle sobre cómo iba su asunto y para darle ánimos. No debía preocuparse por su suerte, estaba en buenas manos, las del victorioso Ejército Rojo. Él desconocía muchos detalles de su detención, y era mejor que ella no se los contase por la seguridad de ambos. Nadie en el alto mando pensaba que fuese una entretenida de algún jerarca nazi, eso eran ideas calenturientas de la soldadesca. Más bien se inclinaban a creer que se trataba de una audaz corresponsal de la agencia periodística fascista Efe. Pronto se aclararía todo y sería puesta en libertad.

Sonsoles, por su parte, se callaba qué distinto le parecía aquel hombre al primo Sito que había conocido. Tal vez siempre fue así, y el transcurso de los años había ido revelando su plena imagen antes solo entrevista, hasta hacerse más intensa y contrastada, como el papel fotográfico mordido en un momento dado por un negativo

y al que le falta una inmersión en la cubeta del fijador. Qué habría mordido a Sito para dejar al descubierto unos perfiles tan descarnados. Mucha rabia y mucha humillación, pensó, y tanta sangre vertida allá arriba en los Pirineos.

Antes de terminar su cigarrillo, Sito extrajo unos papeles doblados de su guerrera. Eran unos folios escritos en caracteres cirílicos, que Sonsoles reconoció mientras un escalofrío recorría su espinazo. Ella le había recordado a Vitali en una visita anterior, y él había caído en la cuenta de que tenía algo que le pertenecía.

Aquellos papeles estaban cubiertos por versos que Sonsoles tantas veces había visto componer a Vitali, y que este habría dado a Sito sin duda antes de los sucesos del año treinta y cuatro, cuando su primo abandonó el valle siguiendo sus pasos prófugos. Entonces él no conocía el ruso, pero ahora sí lo dominaba. Sonsoles quería creer que esa donación versificada había sido, pues, como un gesto premonitorio, un atisbo del destino y un mandato de aprendizaje.

—No me los dio Vitali —explicó Sito—. Lo hizo mi padre, que se tropezó conmigo en Portbou cuando los combatientes tratábamos de pasar a Francia. Él entraba y nosotros salíamos. Yo entonces no comprendí por qué me daba esos versos, si no sabía ruso. Y ahora que lo sé, me temo que fue una broma de mal gusto por su parte. Mi padre siempre me juzgó como una anécdota intrascendente en su vida, graciosa y tal vez hasta molesta.

Una sombra amarga había apagado la expresión de Sito.

—¿Por qué crees que fue una broma? —preguntó Sonsoles entornando los párpados tras una cortina de humo, en espera de la respuesta que no estaba segura de querer oír.

—Son versos bonitos, Sonsoles, suenan bien en ruso. Hasta admitiría que son bellos. Aunque hoy nadie los apreciaría. Vitali escribía una poesía decadente, propia del aristócrata reaccionario que era. Habla de mundos soñados, de gestos caballerescos, de princesas encantadas, en lugar de referirse al pueblo común y heroico por el que tantos hemos luchado. Te los pasaría si no fuese porque no se te permite leer o escribir. Por precaución. Compréndelo.

Sonsoles asintió despacio, algo aliviada y apurando el humo de su pitillo. Claro que comprendía. Veía perfectamente en qué había devenido el primo rebelde de su infancia. En un soldado más de un ejército implacable, forjado a base de obediencia ciega y hermético de secretos. No había amado al primer Sito, pero sí le había querido como a un hermano, como nunca apreció a Cornelio y Rogelio. Se habían amado con el amor informe de los varones, con deseo y sin intimidad. Sito ahora estaba casado con una rusa, incluso tenía un hijo. Ella, en cambio, no podría tenerlos. Y echaba de menos a Robert, del que supo en París que andaba por Sicilia con Patton y Montgomery.

Pese a todo, aún podrían ambos regresar a la cama de Berta, a envolverse en sus sábanas de seda. Ella separaba las perneras de los pantalones de cosaco que le habían dado, sugiriendo su sexo hermoso bajo la costura, se pasaba una mano por la camisa

militar que cubría sus pechos tersos y sin sujetador, escrutaba los ojos de Sito para ablandarlos. Ya estaba lista para yacer en aquel camastro con él, aunque fuese sin cópula, solo abrazados como de niños en el altillo, y así escapar durante cinco minutos antes de que la fusilasen o la enviasen a Siberia.

Pero Sito ahora se levantaba, al tiempo que volvía a guardarse los poemas de Vitali en la guerrera. Se había evaporado el hechizo. Había concluido el tiempo de su visita.

—Ah, se me olvidaba... —comentó antes de llamar al guardia de la puerta—. Te van a trasladar a otro lugar. Seguro que será un sitio mejor.

—Pero si yo no soy importante, Sito. Diles a tus superiores que estaba en el búnker de casualidad, que...

—Calla. No quiero saber nada. Adiós, Sonsoles.

Sito golpeó con una palma callosa la puerta. El guardián del Círculo Polar Ártico abrió el cerrojo. Por detrás Sonsoles se despedía en silencio. «Adiós, Sito, y vete al cuerno. Y no sepas nada, no hace falta que sepas nada...». Intuía que no lo volvería a ver.

## Capítulo 28

**D**e aquel campo de la Prusia oriental Sonsoles fue llevada a una dacha en las afueras de Moscú. Llegó el terrible invierno, pero su existencia material no fue tan insoportable como había supuesto. Al igual que otras mujeres importantes del Reich, compañeras suyas de cautiverio, era tratada con tiento por los soviéticos. En unos casos les pedían colaboración para determinadas tareas, en otros esperaban de ellas información secreta. En el caso de Sonsoles, el general del NKVD que la interrogaba trataba de dilucidar por qué era tratada con tanta consideración desde su salida de Berlín.

—Señorita Broto, o Broteau, o Brotenn —le decía el general Kubski en el francés aristocrático de un San Petersburgo desaparecido en su juventud, sentado frente a ella en una mesa rústica—, es usted poco amistosa. No está colaborando de acuerdo a los privilegios que le otorgamos. De nuevo le pregunto, ¿qué sentido tenía una corresponsal de la Agencia Efe del régimen fascista de Franco en un Berlín sitiado por nuestras tropas? ¿Qué ayuda pensaba obtener, y de quién, para albergar la esperanza de escapar a nuestro cerco?

Sonsoles no estaba menos angustiada. Había oído aquellas preguntas cientos de veces en los últimos meses. Lo que había sido una mentira para justificar su presencia en el búnker, y su «mercancía íntima», se había convertido en lo esencial de su condición.

—Estaba allí por las fotos que hice de Hitler y su amante Eva Braun, general Kubski... —repetía ella maquinalmente—. Pregunte por las fotos a sus superiores. Dígalas que son mías, y que me las habrán de devolver.

—Pero ¿qué fotos, señorita? —Kubski apuró su vaso de vodka para reblandecer sus boqueras reseca—. Recuerde que se la encontró desnuda, sin nada encima. Si en realidad existiesen tales fotos, debió pasárselas a alguien. Díganos su nombre, por favor. Diga el lugar donde se oculta ese alguien.

Sonsoles se desesperaba y se tiraba de los pelos amarillos.

—Ô...! *Contes bleus...*

Por la primavera, Sonsoles había perdido el sentido de las cosas. Trataba de recordar el nombre que le pedían, un espía o un traidor al que había ayudado, y a veces creía estar a punto de decirlo. A esas alturas, prácticamente se había olvidado de las fotos, y hasta del búnker. Tenía la convicción de que, como corresponsal de la agencia EFE, era agente de una misión secreta ante Hitler, cuyo objetivo había borrado de su cerebro.

Sin más contemplaciones, de la dacha la llevaron a una isba aislada en el vientre plano y frío de Rusia, azotada por inacabables rachas de nevisca. Comenzaron a tratarla peor, y los interrogatorios no fueron tan exquisitos como los de Kubski.

Vestida con una elemental sarga de arpillera, Sonsoles se arrastraba por un suelo lleno de desperdicios, con la mente desvariando sobre un tal Robert.

—Robert, mi Robert... Nos iremos a vivir a la casa de Modi, desde su balcón miraremos abrazados hacia Saint-Sulpice...

Después entraban sus dos guardianas y, levantándola por los brazos, la ponían de rodillas delante de un comisario.

—¿Quién es ese Modi, camarada prisionera? —le preguntaba el siniestro personaje, con las piernas abiertas y los brazos en jarras al trasluz de la puerta.

—Un pintor judío... Se arrojó por el balcón. No, no, fue su novia quien lo hizo... Yo... yo ignoro por qué... Sí, lo sé... El amor aturde los instintos... —Sonsoles seguía farfullando respuestas que embrollaban cada vez más su situación.

En la sede del NKVD por fin se supo el nombre que se exigía de la prisionera especial: Robert Capa. No les sonaba, aunque se desprendía de sus balbuceos que también, como el misterioso Modi, era de origen judío. Se trataba de un detalle muy revelador, teniendo en cuenta que la confabulación de los Protocolos de Sión parecía estar cuajando en Oriente Medio desde la Declaración de Balfour. Un asunto muy delicado. Estaban avanzando, así que había que perseverar.

Sin embargo, al cabo del tiempo en aquella misma sede se abrió con el ímpetu de una orden del Kremlin otra línea de actuación.

Sito no se había olvidado de su prima. Como miembro del comité para los asuntos de Europa meridional del NKVD, había entrado en contacto con varios intelectuales occidentales del Partido. En Berlín oriental se reunió con algunos y les dejó caer que la antaño renombrada Sonsoles Broteau, amiga de Picasso y de Gide, había encontrado refugio en el seno de la patria proletaria, y que tal vez anhelara regresar a la lucha directa en el territorio del enemigo de clase. Su comentario llegó a quien correspondía en París. Al cabo de unas semanas, los popes Breton y Aragon fueron recibidos por Stalin en Moscú. Al final de una animada fiesta, con fondo de balalaikas, vestidos de blanco y calzados con botas de caña alta, recostados sobre pieles de reno, ambos intelectuales de izquierdas recordaron al camarada Secretario General que tal vez estaba bajo su protección una artista revolucionaria, que con sus fotos había puesto en jaque el sistema burgués de creencias. Posiblemente fuese más útil su presencia en Francia, ahora que el Partido se jugaba mucho en las próximas elecciones llamadas democráticas.

El Secretario General se lo pensó durante unos segundos, y después se rio bajo su bigote espeso. Se puso de pie, dio unas palmadas, gritó, y, a los sonos de las balalaikas, prosiguió el baile.

Una mañana la puerta del cuartucho de Sonsoles se abrió e irrumpieron las dos matronas bestiales que la vigilaban. La cogieron en volandas y la sacaron a un exterior luminoso y verde. La arrastraron hasta una alberca de agua helada, donde la zambulleron. Sonsoles chapoteó entre cristales de hielo. Luego las matronas la vistieron con ropa basta y pobre, pero decente.

Un mes más tarde, Sonsoles llegaba a su antiguo estudio de Montmartre. Debido a su lamentable aspecto, sus amigos debieron explicar a los curiosos arremolinados

en torno al coche que había sido rescatada de un campo de concentración nazi por el Ejército Rojo. Tras unas semanas de reposo en un hospital de Moscú, volvía a su hogar.

Una hora más tarde, Sonsoles fumaba recostada en el sofá redondo, rodeada de una pequeña multitud de bohemios, artistas, soldados americanos, veteranos de la Resistencia y vecinos. La *concierge* recordaba que durante la Ocupación la había visto acompañada de oficiales alemanes, pero prefería callárselo. Quizá entonces trabajaba para la Resistencia camelando a incautos nazis. Había sido una época muy confusa, sí señor.

—Ay, señorita Broteau... —le decía *Madame* Simone emocionada, con un vaso de vino en la mano—. Me da un sofoco de pensar lo mal que lo ha podido pasar en manos de los nazis. Pero ahora ya está de vuelta, y pronto nos alegrará de nuevo a todos con sus fotos.

Hubo un rumor de asentimiento general. Sí, les alegraría la vida con sus fotos. Viva la valiente camarada Sonsoles. Ella farfulló algo.

—¿Fotos? Creo recordar que...

En ese momento Sonsoles pareció salir de un letargo invernal, y sus ideas comenzaron a descongelarse. Se incorporó un poco y se dispuso a hablar entre la veneración expectante que la rodeaba. Iba a hablar de las dos matronas de pechos como ubres que la habían pateado cientos de veces con sus *katiuskas*, iba a hablar de las pieles de patata podrida de los Urales que se había visto obligada a tragar, iba a hablar del comisario del pueblo que la había poseído sin permiso y sin límite. Sin embargo, unas voces por la escalera ahogaron sus primeras palabras. Pronto un clamor la acalló por completo. El gentío fue formando un corredor: alguien se abría paso con decisión para ver a la recién llegada.

El pitillo se cayó de la mano de Sonsoles cuando descubrió que Robert avanzaba sonriente hacia ella. Muchos comenzaron a aplaudir al señor Capa. Todavía estaban frescas en la memoria de todos los presentes las fotos que había publicado al poco de la Liberación, sobre la muchacha de Chartres colaboracionista de los alemanes que había tenido un hijo de ellos, y a la que el populacho había rasurado en la calle. Sonsoles se levantó ante la expectación suspensa de los testigos y, sin decir palabra, se arrojó a los brazos de Robert.

—¡Mi Robert...!

—Pero Sonsoles..., veo que los nazis no han aguantado tu sangre —dijo Robert y la abrazó por el talle flaco.

—Robert, amor mío... Yo... yo he pensado tanto en ti...

*Madame* Simone se sacó un pañuelo de la manga y sollozó de emoción. Francia siempre vencía con el amor. Sonaron aplausos y exclamaciones de regocijo.

Cuando pocos minutos después Nicanor traspasó la puerta abierta del estudio, encontró al gentío que lo abarrotaba cantando *La Madelon*. Había regresado a París para apalabrar el ataúd de De Gaulle: los disparos efectuados contra su persona

mientras recorría los Campos Elíseos en medio de una multitud le auguraban un futuro incierto que deseaba preparar. Después del negocio con el general, una llamada telefónica al Hôtel D'Isly avisó a Nicanor de que su sobrina estaba de vuelta en París. Pero ahora que se la encontraba en absoluto le pareció la cautiva de un espantoso campo de concentración nazi. Sonsoles estaba subida al sofá redondo de terciopelo rojo, abrazada a un tipo moreno y recio, descalza, cantando y con un vaso de vino.

La sobrina se fijó en Nicanor y le gritó desde el centro de aquel vórtice de cuerpos que danzaba a su alrededor.

—¡Baja, tío Nicanor! ¡Ven al mundo de los supervivientes!

*La Madelon* se fue acallando mientras las miradas se volvían hacia el fúnebre hombre aparecido en la escalera.

Nicanor estaba tan azorado que solo se le ocurrió descubrirse de su chistera y saludar al gentío. Parecía un fantasma de tiempos remotos. Muchos supusieron que debía tratarse de un extravagante resistente, que con ese atavío se burlaba de tiempos tan trágicos. Estallaron las risas y continuaron los cánticos y los brindis.



## Capítulo 29

**E**n la siguiente ocasión que Nicanor fue a Montmartre, su sobrina estaba muy atareada en las fotografías que compondrían los carteles del Partido. Era un dispendio en esos tiempos de escasez, pero los camaradas se lo podían permitir en virtud de la solidaridad internacional. Sonsoles no le hizo mucho caso a su tío. Con un fondo de altas chimeneas pintadas o de mieses recién cortadas, iba de aquí para allá colocando a los modelos, doblando apropiadamente los pliegues de las banderas rojas, ensuciando sus monos con grasa *ad hoc* o rociando agua sobre los rostros de los rudos obreros de la Comedia Francesa, para que pareciese que sudaban en medio de la fábrica o de la cosecha.

—Sí, tío, ya me lo has dicho —comentaba al tiempo que enfocaba la cámara—. Era de esperar que Lourdes tuviese un hijo. ¿No es una chica normal?

—Pero no está casada...

Sonsoles se echó a reír, así como los comediantes falsamente sudados y burdamente sucios que aguantaban delante del caballete.

—Eso en París no sería ningún problema, tío. Dile que aquí la esperamos.

Gracias a aquellos carteles, el Partido ganó las elecciones, aunque a la postre no llegase a gobernar. Por esta causa Sonsoles no permaneció mucho más en Montmartre. Como un colaborador de los nazis llevaba mucho tiempo ausente de la Ciudad de la Luz, por medio de sus amigos en la alcaldía Sonsoles aprovechó para hacerse con su vivienda en los Campos Elíseos. Era una simple requisa proletaria. Se trataba de un apartamento enorme, que ocupaba dos plantas, con ventanas al Arco de Triunfo de la plaza de L'Étoile, con sitio de sobra para instalar un estudio muy ampliado.

Ya entonces Robert se había ido a Nueva York a fin de fundar una agencia fotográfica con otros colegas, idea que había surgido en torno a una botella mágnam de champán. Había ofrecido a Sonsoles que fuese con él, con la idea de que una mujer fotógrafa sería muy bien acogida en la nueva agencia, que se llamaría Magnum. Pero ella había desechado la propuesta. Sonsoles Broteau no era una fotógrafa de agrestes reportajes, sino de sofisticados interiores, y no quería engañarse más al respecto. Ahora que los modistos Balenciaga y Balmain se la disputaban para que fotografiase sus colecciones de moda, sería estúpido perder el tiempo con una especialidad que sabía que no dominaba.

Sin embargo, aquello solo había sido una mera excusa. Si tenían que romper de una vez, más valía aprovechar la ocasión. Hacía tiempo que Sonsoles había reconocido por fin que un espacio de incomprensión la separaba del prestigioso Robert Capa, un espacio que los avatares de la guerra no habían hecho más que agrandar. Era la incomprensión del receloso que guardaba su talento bajo siete llaves, haciéndolo hermético. Y ella, la celosa de ese talento, trataba de forzar el cofre que lo contenía, como una vulgar saqueadora.

En una de las noches posteriores a su reencuentro, Sonsoles reveló a Robert la existencia de su reportaje en el interior del búnker. Se encontraban en una espléndida *suite* del lujoso Hôtel Claridge, donde se hospedaba el ahora famoso y rico Capa.

—Deberías ver esas fotos, Robert —contaba ella con los ojos húmedos de emoción—. Eva estaba tendida en el sofá con los labios azules por el veneno, y Hitler a sus pies con la cabeza destrozada por el disparo. Las tomé desde todos los ángulos. ¡Chash...! ¡Chash...! Por fin habían confluído las dos circunstancias que necesitaba mi arte: el interior de un cuarto opresivo y la tragedia de una pareja. Algún día, Robert, algún día recuperaré esas fotografías.

Él fumaba sentado al otro lado de la cama, no muy impresionado.

—Es curioso, Sonsoles, los investigadores soviéticos afirman que Hitler también murió envenenado, como su perro *Blondi*. Tuvo la muerte propia de un cobarde.

Desde la almohada ella lo observó perpleja. Robert no creía sus palabras, que era como no creer en su talento. Entonces se dio cuenta de que a su lado, teniendo casi la misma edad, ya parecía una mujer vieja. La cabellera rubia le disimulaba algo sus matojos de canas, pero su rostro era una fotografía arrugada. El precio que había tenido que pagar por su descenso al infierno donde se cocía la obra maestra. Pero al contrario que Dante, la prueba de ese tránsito infernal no podían ser sus arrugas, ni su mera palabra en forma de canto, sino dos carretes de celuloide que habían desaparecido en medio de la vorágine de una ciudad devastada. Siete demonios enanitos, kalmukos, buriatos, chechenos y tártaros, tenían la culpa.

Así pues, cuando tiempo más tarde Robert le propuso que lo acompañase a Nueva York, junto a Cartier-Bresson, ella declinó la oferta con una sonrisa de soterrado rencor. «Vete al cuerno tú también, Robert, y tu puta Magnum», le dijo mientras lo besaba cuando se despedía de él en el muelle de embarque de El Havre, sin separar los dientes ni los labios.

Con el transcurrir de los meses poco importaron a Sonsoles las noticias que llegaban de Nueva York sobre Robert y la Magnum. Ella ya había tenido su ración de penalidades en el gran guñol del mundo. Al cuerno con los redentores de la humanidad como Robert Capa, la vida tenía otras facetas satisfactorias. El estudio de Sonsoles Broteau en los Campos Elíseos tenía ya más trasiego, sorpresas y hechizo que cualquier conflicto lejano y sangriento, y ella era la araña dorada que lo dirigía todo en el centro de esa enorme tela de seda, costuras y brillantes. La eclosión de modistos geniales de aquellos años, como Lucien Lelong, Elsa Schiaparelli o Jacques Fath, suponía para Sonsoles un trabajo descomunal que le reportaba ingentes ganancias y que, lo más importante, le hacía minusvalorar cualquier pretenciosidad más artística.

Desde bien temprano hasta altas horas de la noche, el apartamento era un incesante ir y venir de modelos en cueros o en prendas menores, modistillas con tijeras en ristre y las bocas llenas de alfileres, mozos que llevaban cortinajes y muebles para componer un nuevo decorado. Seguida de maquilladoras, ayudantes de

iluminación y decoradores, Sonsoles se plantaba tras los trípodes de sus cámaras a plasmar las colecciones de aquellos genios de la alta costura. Luego venían los agotadores procesos del cuarto oscuro. Y, por último, noches ligeras de insomnio que cruzaba en compañía de los allegados del láudano.

Sonsoles apechugaba con un trabajo ciclópeo, que sobrellevaba con una energía y una tenacidad que sorprendía a sus agotados colaboradores. Sin embargo, ella no podía hacerlo todo, como llevar los asuntos cotidianos del estudio y de la casa, más las gestiones administrativas del negocio. Para lo primero se había buscado la ayuda de Monique, su primera amiga francesa y quien primero creyó en ella. Ahora Monique era una dama de mediana edad, venida a menos a causa de los deslices de la guerra. Seguía fumando en pipa, lucía pantalones anchos como cortinajes y escotes que le caían hasta las vértebras lumbares, y a menudo en los vestuarios enjugaba con la boca los pezones sudados de las modelos. Y seguía hablando por los codos.

—Yo siempre supe que su sobrina dominaría París, *Monsieur* Broteau —le decía Monique a Nicanor, sentados ambos en el viejo sofá redondo y rojo, símbolo del estudio, frente a decorados del Directorio por donde desfilaban recargados trajes de Balenciaga en cuerpos esculturales.

Nicanor anotaba mentalmente frases lapidarias que le inspiraba aquel mundo de oropel y cartón piedra, para luego pasarlas a limpio en su libreta. Monique de vez en cuando pasaba unos dedos por su barba entrecana igual que lo hacía por el pelaje de su pequeño caniche adormilado en su regazo, *Molotov*, como si sintiese un placer insólito en acariciar aquel apéndice piloso de dos guerras pasadas. Bien sabía Nicanor que no tenía ningún ánimo provocador, pues había visto más de una vez a esa ama de llaves besar con la boca abierta a alguna de las chicas. Qué ciudad tan degenerada era aquella. Pero algo tendría París cuando los alemanes se habían abstenido de que corriese la suerte de Sodoma y Gomorra.

«Que no se me olvide la frase», se dijo Nicanor.

—En cierto modo también es usted un sastre, *Monsieur* Broteau —le comentaba luego Peletier desde su escritorio, sito en otra planta del edificio—. Diseña el último traje que han de llevar sus clientes en su viaje al otro mundo.

—*Monsieur* Peletier —repuso Nicanor ajustándose su monóculo—, al otro mundo viajamos desnudos. Yo solo vendo el vehículo.

—¡Oh...! No lo había pensado así. Qué idea tan profunda e inquietante. Es usted un existencialista, como Sartre.

—Precisamente, a ese caballero todavía no he logrado venderle un ataúd de Palop & Broto, pero algún día lo conseguiré. No se puede reflexionar sobre la existencia sin preparar la inexistencia.

Desde el principio a Nicanor le había caído bien *Monsieur* Peletier, el administrador que se había buscado Sonsoles. Era un hombre menudo, de modales exquisitos y ademanes delicados. Aunque lo había descubierto guiñando ojos a ayudantes de iluminación y a imberbes meritorios de estudio, no le importaban sus

inclinaciones, pero —recordándole a Vitali y la debilidad que sentía por él— procuraba mantener cierta distancia, siquiera fuese física. Por otro lado, estimaba en mucho su capacidad de organización, y la forma inteligente en que administraba los caudales de su sobrina. Peletier procuraba que sus inevitables amistades bohemias y soviéticas no la echasen a perder, ni dilapidasen sus ganancias con juergas proletarias. De modo que a veces Peletier lo invitaba a su despacho, para tratar algún asunto delicado financieramente hablando. Y en estas ocasiones, como hombre sensible que era, le hacía partícipe al tío de su querida jefa de sus inquietudes respecto a Sonsoles. Juzgaba que una vida tan agotadora de trabajo como la suya no era conveniente, que debía tomarse un respiro.

—Y usted ¿a qué achaca ese modo de huir del mundo cotidiano? —le preguntó Nicanor mientras desprendía la ceniza de su pitillo sobre una concha de plata.

—Hay algo en su interior que la tortura, y que solo puede sobrellevar con la vida ajetreada. Me atrevo a conjeturar, MonsieurBroteau, y usted perdone mi osadía, que la causa reside en la ausencia de maternidad.

Sonsoles se había teñido el pelo, otrora amarillo como la flor de la retama, de un rubio platino. Y no se recataba en proclamar en público que lo había hecho para esconder sus canas. Además, su belleza de tez, antes siempre limpia de afeites y pinturas, ahora la resaltaba hasta lo grotesco con carmines, sombras y coloretes. Ella misma le había anunciado a su tío que pensaba adoptar a varios negritos y chinitos. Una forma de admitir que se resignaba un tanto despreocupadamente a su deriva estéril.

Una mañana de verano, mientras Sonsoles, Nicanor, Monique y Peletier desayunaban en el balcón que hacía esquina a los Campos Elíseos y la plaza de L'Étoile, volvió a salir a colación una polémica periodística e histórica que se arrastraba desde el final de la guerra: los historiadores británicos sostenían que Hitler se había suicidado de un tiro, pero los soviéticos aseguraban que había muerto envenenado igual que su perro *Blondi*. Para entonces, todo el que conocía a Sonsoles había sido puesto al corriente de su supuesta aventura en el búnker y la suerte que había corrido Hitler.

—Pero ¿qué interés tienen los rusos en demostrar que Hitler tuvo una muerte de cobarde? —se preguntó Sonsoles con ojos de Cleopatra, arrugando su *Le Monde*—. Si ya sabemos que Hitler fue un hijo de puta en vida, ¿por qué los rusos pretenden devaluarlo hasta en la muerte?

—No se dice rusos, querida Sonsoles. Se dice soviéticos —comentó Monique, al tiempo que extendía mantequilla en una tostada y su perrillo saltaba a sus pies. Se rio y prosiguió aleccionando al caniche.

—Sonsoles, querida, ¿qué importa lo que realmente ocurrió? —intervino Peletier, que hojeaba su *Le Monde* mientras sorbía un café—. La verdad siempre es un bajorrelieve esculpido en el aire, una apariencia. En política lo que cuentan son las apariencias.

Nicanor enarcó las cejas al tiempo que partía su cruasán. Le pareció que *Monsieur Peletier* era una mina de frases profundas, cuando menos ingeniosas.

—La verdad, Peletier, la plasmé yo en dos carretes de película —repuso Sonsoles—. Que se atrevan los rusos a sacar esas fotos a la luz pública.

—No se dice rusos, querida... —repitió Monique, ocupada ahora en echar un trozo de tocino a su caniche *Molotov*.

Peletier movió una mano con desdén y Nicanor carraspeó, convencido de que en ese asunto residía el tormento de su sobrina, un asunto que acaso era un espejismo de su época de cautiverio que se había enquistado en su cerebro. Deseó terminar con ese tema para hablar de otro mucho más grave.

—Perdona, sobrina, pero Sito no me ha comentado nada al respecto en sus misivas de Moscú. Comprendo que es un tema delicado y que él debe andarse con pies de plomo, pero, debido a su cargo, algo habría sugerido a su padre.

—¡Oh, dioses del Walhalla! —clamó Sonsoles entre aspavientos y se levantó como un resorte—. ¡Tú tampoco me crees, tíooo...!

Llena de rabia, arrojó la bandeja con la valiosa porcelana a la plaza, dio una patada al encantador *Molotov* y salió corriendo del balcón vomitando denuestos. Monique se echó a llorar de histeria, y Peletier no salía de su estupor. Creía que era una exageración lo que le había contado *Monsieur Nicanor Broteau*, acerca de que su sobrina Sonsoles tenía el mismo genio que su madre. Un carácter tal era irrepetible. Nicanor rehusó la mirada espantada del administrador aprovechando que con la servilleta se limpiaba las comisuras de los labios.

De cuando en cuando Nicanor se reprochaba no saber entender a sus seres queridos, ni siquiera comprendía a Sonsoles, que acaso era la más cercana a él. Digna llevaba enferma mucho tiempo. Cuando lo veía aparecer por el Mur se quejaba, esperaba de él unas palabras de consuelo. Sin embargo, él se limitaba a citarle alguna frase del capitán Acab, sobre la perseverancia y resignación ante las desgracias, o se remitía a alguna escena de los dolientes de la montaña de Davos. En cuanto a Sito, no solo era culpable de no haberlo educado como correspondía y de no haber sido su guía en la dura travesía de la vida, como Queequeg con Ismael en pleno océano, es que ni siquiera de adulto supo hablarle de hombre a hombre. Ahora recordaba la última charla entre ellos, mucho antes de que establecieran una correspondencia epistolar, cifrada en cierto modo, que no era sino la relación entre un jefe del NKVD y un agitador antifranquista, alma de una guerrilla en los Pirineos.

Sucedió cuando se había hundido la resistencia de Cataluña.

Una riada sin fin de refugiados cruzaba la frontera por Portbou, gente desharrapada, cansada, desfalleciente, herida. El Ejército derrotado pasaba por delante de los risueños gendarmes franceses, arrastrando los pies por el barro, aterido de frío. Y entonces, como si hubiese surgido de la niebla del lado francés, apareció por el

camino una figura de levita negra, barbado como un babilonio, con chistera. Caminaba tieso, con paso seguro, frente a las miradas estupefactas y hambrientas de los refugiados. Nicanor, con su maleta y su maletín, entraba a pie en España. Parecía el encargado de dar sepultura a cuantos habían quedado atrás, muertos o vivos. Los combatientes se apartaron a su paso.

Nicanor se había enterado de que Antonio Machado había muerto de pena cerca de allí, en el pueblo costero de Collioure. Fiel a su principio de ayudar a los poetas, se acercó para proporcionarle un féretro de lustre, de una remesa que Palop & Broto guardaba en su delegación de Perpiñán. No era posible el cambio —le dijeron las autoridades—, habría que exhumar el cuerpo, lo que conllevaba muchos trámites y papeleo. Pero Nicanor no se fue de vacío, ya que durante su estancia en Collioure murió la anciana madre del poeta. Para ella hubo pues un ataúd de categoría.

Puesto que ya estaba en las estribaciones de los Pirineos, Nicanor optó por seguir hacia el sur y, dando una revuelta, regresar a Jaca. Pero se había interrumpido el servicio de ferrocarril con la España convulsa, y el mal tiempo hacía de las carreteras impracticables lodazales para los vehículos de ruedas. Por eso cruzó a pie la frontera. Y en medio de aquella riada de espectros desharrapados con la que se tropezó, se encontró con Sito, comandante del Ejército republicano.

Padre e hijo se abrazaron ante el asombro de la columna famélica. Sin embargo, aquel encuentro después de tantos años de separación no fue muy emotivo, tampoco duradero. Se despidieron allí mismo, al pie de la cuneta. Nicanor no supo cómo decirle a Sito lo que sentía por él, cómo expresarle cuánto lamentaba haberlo abandonado siendo un muchacho. Tan solo se le ocurrió sacar del interior de su levita unos pliegos de papel, y se los entregó. Eran unas poesías que en tiempos del Mur le había dedicado Vitali, y que él siempre llevaba encima. Estaban en ruso, incomprensibles para Sito, pero presentía que de algún modo un día sabría interpretarlas. De esa forma, a la distancia del tiempo y del espacio, se enteraría de los sentimientos de su padre.

Ahora, al cabo de casi siete años, el caballero triste se encontraba en una tesitura parecida.

Después de aquella escena en la que el juego de porcelana había volado por los aires, el caniche había soltado un gáñido de dolor y Sonsoles había desaparecido del balcón llevada por las furias, Nicanor veía más difícil que nunca expresar con palabras lo que tenía que decir. Creía dominar el lenguaje, había hecho acopio de valor antes de llegar a París y durante su estancia allí. Pero pasaban los días y no encontraba la forma de describir a su sobrina el espanto que había dejado atrás.

## Capítulo 30

**E**n una de sus visitas de negocios a Portugal, Nicanor se había comprado una casa en Lisboa. Era una desvencijada vivienda encaramada en el último piso de un edificio de Barrio Alto, cerca de la estación de Rossio. Desde allí, al pie de una empinada colina de tejados pandeados, se contemplaba en todo su esplendor la muerte del Tajo.

A Nicanor le encantaba pasar cada ciertos meses unos días de asueto en esa ciudad somnolienta, taciturna y esquinada del mundo. Desde la desaparición de su admirado Pessoa, había hecho amistad con los heterónimos que este había dejado deambular a su aire por la ciudad, un grupo de poetas también de aspecto sombrío que compartían con él mesa en el café Montanha.

A Nicanor le gustaba la poesía bucólica de Alberto Caeiro o las odas horacianas de Ricardo Reis. Los escuchaba como traspuesto; otros clientes del local dirían que borracho. Luego llegaba a la mesa el ingeniero Álvaro de Campos, mundano y aventurero, que recitaba poemas vanguardistas, y también conmovía a Nicanor. Por último se presentaba, desasosegado por su tardanza, Bernardo Soares, que pedía un vino al camarero y terminaba cantando fados. A veces, ya de noche avanzada, los cinco se perdían por las callejas empinadas y decrepitas, dando tumbos, recitando, cantando.

—Hijo mío... ¿Por qué te abandoné desde tu nacimiento? —farfullaba Nicanor agarrándose a las farolas—. Fue un crimen. ¡Soy un criminal, muchachos...!

Por las mañanas aparecía solo y tumbado en la cama de su modesta casa, y no se acordaba de cómo había ido a parar allí, avergonzado de su borrachera. Aquellas andanzas en la apartada capital lusa eran las únicas licencias que entonces se permitía, de las pocas que se había permitido durante toda su vida. Pero solo duraban unos días, hasta que de nuevo partía en el tren.

Antes de regresar al valle, Nicanor traspasaba otra frontera en Irún y se pasaba por Bedous. En las oficinas de Palop & Broto, Arthur Cordelier lo ponía al día de los asuntos de la empresa, siempre de forma ordenada y pormenorizada, exhaustiva, con una educación exquisita.

—Dado que no había tiempo que perder, y puesto que las comunicaciones, debido a los desastres de la guerra, todavía dejan mucho que desear, humildemente me permití esa iniciativa, don Nicanor. Usted perdone si invadí sus competencias —le explicaba Cordelier mientras ambos tomaban café de achicoria en su despacho. El joven adaptaba su giba a la forma curva del asiento.

—¿Los americanos tuvieron algún capricho en especial? —preguntó Nicanor, derecho en su sillón como una estatua románica.

—Por supuesto, don Nicanor, es gente muy antojadiza. Exigieron que el féretro para el general Patton habría de tener un friso acorde a sus gustos. Yo me malicio que más bien lo pidieron convencidos de que, a causa del inesperado accidente y de la

premura del traslado del cadáver a su país, no podríamos satisfacerlos. El alto mando americano quería rechazar nuestra oferta, legítima a todas luces de acuerdo a sus licitaciones públicas, pero no encontraba razones convincentes, así que se sacó de la manga ese detalle. Miré en los archivos y caí en la cuenta de que usted había guardado, hacía años, un féretro destinado a Tom Mix en nuestro almacén de París en el barrio Latino. Por las causas que fueran no llegó a embarcarse en El Havre para Hollywood en su momento, y allí se encontraba arrinconado. Así pues, ese ataúd, con friso adornado de pistolas, rifles, caballos, tomahawks y lazos corredizos, lo enviamos prontamente al depósito alemán donde se guardaba el cadáver del infortunado general Patton. El alto mando americano no salía de su asombro, con gratulado sin disimulo. Ha quedado tan satisfecho de nuestros servicios que nos han prometido tenernos en cuenta para el futuro.

—Le felicito, Cordelier. Los americanos ahora son los amos de medio mundo, y tenga por seguro que tendrán muchos conflictos en adelante para hacerse también con el otro medio. Presiento que darán mucho trabajo a Palop & Broto. —Nicanor suspiró melancólicamente, relajó su cuerpo y estiró sus piernas, de modo que puso en alerta a un siempre atento Cordelier—. ¡Ah, los yanquis! Queequeg, Pilón y Popeye... Qué turbadora república. Mi féretro habrá de ser como el casco del *Pequod*...

Aparte de los asuntos de la empresa, Nicanor se puso al corriente de cómo iban las actividades del maquis. Como siempre que Ramiro se encontraba a este lado de la frontera salvaje, recuperándose de una incursión o evitando la presión del coronel Ferreira, se entrevistó con él en un cuarto del *Savoir-vivre*, un pequeño hotel en las afueras del pueblo, cercano a la estación. Hablaron de cómo iban las operaciones, de los suministros de combate que se necesitaban y de los golpes de mano futuros. La lucha contra el Régimen no era tan fácil como habían previsto, se quejaba Ramiro. Cierto que en un par de acciones habían ocasionado mucho daño, más de amor propio que de índole militar, y cierto que la vía férrea permanecía cortada buena parte del año, pero de ahí no pasaban. El pueblo no se levantaba, parecía indiferente, paralizado todavía por el golpe demoledor de la guerra.

—Al final, va a resultar que tenía razón su sobrina Lourdes —prosiguió Ramiro recostado y fumando sobre el edredón, junto a una pistola—. Ni siquiera el golpe del tesoro de los alemanes nos ha servido de nada. La prensa de Franco no ha dicho nada al respecto, y la de aquí no quiere dar crédito a lo que les parece una fábula.

Nicanor fumaba cerca de la puerta, sentado en una silla de barniz oscuro, sin olvidarse que al otro lado de la puerta uno de los hombres de Ramiro, con una metralleta bajo la pelliza, vigilaba que nadie los molestase.

—Comprendo, Ramiro... —asintió levemente—. Pero como dicen las palabras evangélicas, tendrán que tocar la llaga para creer.

—Eso es muy arriesgado, don Nicanor. El grueso de la mercancía, lo más valioso a nuestro juicio, lo tenemos escondido allende la frontera. Nos resultaría extremadamente difícil pasarlo a este lado, porque una cosa fue requisarlo y



esconderlo en un lugar a mano, y otra muy distinta sería transportarlo en recuas por las cumbres. Llamaríamos la atención de Montoya y su gente igual que un circo en un cementerio. —Ramiro se calló por unos instantes, temiendo que esa expresión podría molestar a Nicanor, dada su actividad; pero este permaneció con expresión estólida detrás de la danza gitana del humo, regocijado, animándose a no olvidar anotar esa frase chocante—. Ni qué decir si lo intentásemos poco a poco... Los riesgos se multiplicarían por diez. Tan solo hemos traído algún que otro cuadro y estatuilla para demostrar a los camaradas investigadores que no mentimos. Pero nos dicen que eso no demuestra nada, pues tales rumores del «gran expolio» también corren por Italia, Grecia, Suiza o Dinamarca. Y sugieren que esas obras de arte pueden provenir de simples saqueos, de uno de tantos miles como se han producido estos años por toda Europa.

—¿Habéis pensado en llevarlos hasta el escondite?

—Imposible, don Nicanor. No, no es aconsejable... Mientras la mercancía esté en suelo español nadie debe saber de su paradero, por si acaso. Solo unos pocos sabemos dónde se encuentra exactamente, y es mejor que ni siquiera usted, que va y viene tanto y que se expone como nadie, lo sepa, por su seguridad.

—Entonces, Ramiro, me temo que solo saldrá a la luz pública en caso de que el generalito caiga.

—Por el momento, cabe pensar que así será, camarada Nicanor.

Nicanor se dolió por esa denominación, tan fría y distante. Después de tanto tiempo, únicamente había conseguido entablar con Ramiro un trato formal, de negocios más que de camaradería. Y, no obstante, le gustaría ser para ese muchacho más que un camarada.

En aquella entrevista en el albergue de Bedous, Ramiro le entregó una de las obras de arte que había pasado por la frontera para enseñárselas a los propagandistas y camaradas de Francia, por si podía hacer algo con ella.

Se trataba de una tabla pintada al óleo, de Hans Baldung, llamado Grien, discípulo de Durero. Su título era *La armonía de las tres Gracias*, donde tres jóvenes bellas y rubias, a medias veladas por túnicas de muselina y tocadas con pequeñas cofias negras, posaban con instrumentos musicales en sus manos o dejados en el suelo, delante de un bosque nocturno, mientras a sus pies se hallaban tres niños desnudos, uno de ellos sujetando una serpiente chata. Varias veces Nicanor se quedaría a solas en aquel cuarto observando aquella belleza: con unas cuantas tablas renacentistas como esa, convenientemente trabajadas, se podría construir y vender el ataúd más fabuloso. «Sí, papá Nicanor...», se decía amodorrado al anochecer, con ella puesta encima y a lo largo de su cuerpo tendido, como si las tres doncellas lo abrigasen, o más bien como si la tabla fuese la tapa de un féretro. «Rodeado de Renacimiento, esa sería la mejor forma de estar muerto». Y se echaba a reír con moderación por la ingeniosa, e incluso poética, inventiva que iba adquiriendo.

Una vez revisados sus asuntos en Bedous, Nicanor cubría la última etapa del viaje

de regreso. Ahora a menudo no llegaba al valle del Aragón en el tren, pues las autoridades habían suspendido el tráfico ferroviario. Así que alquilaba unas monturas en Francia y, conducido por el mulero, atravesaba el túnel de Somport a lomos de la bestia. Las patrullas del lado de acá sentían avanzar el ruido hueco de los cascos sobre las traviesas, sentían el rechinar de la grava levantada que granizaba sobre los raíles y luego, tras una espera interminable en la boca del túnel, distinguían la luz de la linterna que le abría paso, hasta que lo veían surgir encabalgado entre las sombras, derecho y oscuro, con sus maletas en los capazos del segundo mulo. A su paso se apartaban con respeto y ni siquiera le pedían el pasaporte. Nicanor entraba en la vertiente meridional con los ojos momentáneamente cegados por la súbita claridad, como si aquella fantasmagoría de país no mereciese una contemplación detenida.

A lomos de la mula había tomado cuerpo en las meditaciones de Nicanor un drama mudo, de personajes negros como sombras del túnel. Igual que ese teatro japonés del No, cuyos tres únicos actores —por el momento— actuaban solamente con gestos, con vagas indicaciones mímicas que el espectador privilegiado se esforzaba en comprender.

Ahí estaba su sobrina Lourdes, tan frágil y al mismo tiempo tan entera siempre, con ese hijo que, al cabo de casi un año del parto, se veía que no podría ser normal. Y ella, con su imaginación aún puesta en un hombre que había desaparecido del valle hacía más de doce años, se había olvidado del hijo que acababa de parir, puesto al cuidado de un ama de cría, y, por el contrario, se acordaba de un amor fugaz de su adolescencia.

Casi siempre, al regreso de sus viajes, sobre todo si venía de Cataluña, Lourdes le preguntaba como de pasada si había oído algo de Finito de Mataró, o si lo había visto tal vez rondando por alguna plaza de toros, pues era fácil de reconocer por su cojera y su perfil de moneda antigua. Cuando Nicanor le contestaba que no había tenido el placer de conocer a ese caballero, ella ejecutaba un mohín de desaliento y volvía a su habitual silencio.

Ahí había una pasión enquistada como un tumor, a juicio de Nicanor. Un corazón rehén de un desaparecido, cuyo sofoco alcanzaba al segundo personaje de la obra. Porque Ramiro, pese a saciarse en las mieles de su sobrina, pese a ser el padre de la criatura sin duda alguna, percibía en ella una mengua de entrega, un retraimiento de emociones que parecían reservadas para otro.

—¿Se encuentra enferma su sobrina, don Nicanor? —le había preguntado Ramiro la última vez en Bedous, mientras bajaban la escalera de la posada—. Me preocupa su estado. Parece tener la mente en otra parte.

—Ya lo superará, Ramiro —le contestó él procurando eludir el fondo del asunto—. Ten en cuenta que está viviendo una tragedia como madre.

Pero si a Nicanor le parecía que estas indagaciones, estos mensajes indirectos entre los dos amantes, eran incluso groseros, ¿qué pensar de las alusiones sutiles de su empleado Arthur Cordelier?

El hombre contrahecho de cuerpo pero coloso de espíritu, enterado del nacimiento aciago ocurrido en Canfranc, se interesó por la salud de su sobrina Lourdes aparentando mera cortesía, pero a continuación levantó del sillón su cuerpo giboso y se volvió hacia la ventana de la oficina. Nicanor quiso creer que para que no viese cómo brotaban unas lágrimas en sus ojos. Y a fin de que el silencio dramático no lo delatase ante su patrón, Cordelier pasó a evocar un tanto atropelladamente su infancia, cuando con su hermano y su hermana vivió algunas temporadas en la estación, hasta que los estudios en los liceos de París enseguida los reclamaron.

Él era ese muchacho pequeño a quien su madre Claudine vestía a la moda del Antiguo Régimen: calzones dieciochescos por las rodillas, con medias blancas, con camisa de chorrera, con librea de escarabajo. La señora decía que así su joroba adquiriría una prestancia noble, como la de Ricardo III. Pero Arthur no dejaba de ser esa «garrapata» de la aduana francesa, como lo llamaban entre otras burlas los hermanos Broto, en especial el resentido Rogelio. A su lado, el apelativo de Arturito Corcovado acuñado por Berta resultaba clemente. Arthur Cordelier era también ese contrahecho franchute que se acercaba tímido al quiosco de golosinas y le pedía a Lourdes un cucurucho de avellanas garrapiñadas, mientras la emoción le ahogaba de gozo. Nunca habían jugado juntos; en realidad, él nunca había jugado con nadie, siempre inmerso en sus estudios, y estaba persuadido de que ella tampoco lo había hecho, siempre atareada en el quiosco, entre escapadas veloces hacia el bosque y paseos de aquí para allá llevando la silla de ruedas de la maestra doña Jovita. Nunca encontró valor para pasar de ese estado de relación abocetada, para entablar una conversación con ella. Pero la recordaba como una niña misteriosa y encantadora. Ahora, en su desgracia, le pedía a su tío que le transmitiese ánimos.

—Lo haré, *Monsieur* Cordelier, gracias por su interés —le había dicho Nicanor.

Cuando este alcanzó la estación, después de despedir al mulero lo primero que hizo fue acercarse por la aduana española. Sabía que ahora no había mucho trabajo allí, desde que las acciones de sus hombres del maquis obligaban a interrumpir el servicio, a veces por trimestres enteros, pero sin duda Berta estaría al pie del cañón, tratando de mantener en pie un edificio tambaleante. Sin embargo, su hermana no se encontraba en Canfranc, los primeros empleados con los que se tropezó le informaron de que hacía días que había partido de nuevo a El Puerto de Santa María, a visitar y vigilar a su hijo Rogelio. Fue una sorpresa para Nicanor cuando, al entrar en el despacho, descubrió sentada en el escritorio a Lourdes. No porque ignorase que la joven llevaba los asuntos de papeleo de la tía en su ausencia, sino porque otra vez se hallaba preñada.

—¡Ah, tío Nicanor! —exclamó ella al incorporarse con su tripa de seis o siete meses—. ¿Cómo estás? ¿Hay alguna novedad por Francia? ¿Se nota ya el Plan Marshall?

Nicanor la besó en la frente, y luego observó sus ojos de abismo negro.

—¿No me preguntas por Ramiro?

—Oh, sí, Ramiro... Qué despistada estoy...

Bien sabía Nicanor que su actitud no contenía malicia, pues la indiferencia no es igual al desprecio. El desprecio supone una degradación del otro, en cambio, la indiferencia parte de un valor nulo, aséptico, limpio. En cierto modo, era parecido a lo que él sentía por Digna. A Nicanor le constaba que ese nuevo hijo que estaba gestando Lourdes también se debía a sus momentos de goce con Ramiro. Pero el aprecio no tiene nada que ver con el placer, siendo el aprecio un escape de la muerte, y el placer una búsqueda de lo eterno. Dos movimientos que dibujan la misma línea, aunque en sentidos inversos.

—Pero, sobrina, ¿otra vez así? —le comentó Nicanor—. De nuevo una señorita como tú se encuentra encinta...

—¿Y cuándo quieres que tenga hijos? —dijo sonrojada, mientras colocaba un expediente cualquiera en uno de los ficheros metálicos, entre los botes de Chanel número 5 que su tía guardaba allí—. Ya he cumplido los veintinueve, tío. ¿Cuando alcance cincuenta años, aunque ya por entonces esté casada?

«No era esa la cuestión, Lourdes», pensó Nicanor. El problema derivaba de la advertencia que había hecho el doctor Ezequiel allá en Jaca hacía tantos años, acerca de que la rubéola que padeciera de niña podría tener graves consecuencias en su futura descendencia. Y las había tenido. Heriberto se había ido revelando con el transcurrir de sus primeros meses de vida como un niño deficiente. Sus ojos achinados —«mongólicos», decía el doctor Zacarías— eran prueba de ello, además de que todavía, con un año cumplido, no gateaba ni emitía sonidos mínimamente articulados. Aparte de unas lágrimas en su lecho de parturienta, Lourdes había encajado el golpe con una sorprendente entereza. Más tarde, en Pueblo Viejo, le había dicho a su amiga Jovita, y esta se lo repitió a una postrada Digna en su cama con baldaquino y colgajos de tul, que a su vez se lo comentó a Nicanor después, que también tía Berta había tenido un hijo medio tonto, Cornelio, pero Rogelio y Sonsoles habían salido normales.

De nada le valió a Lourdes que Berta alegase en contra de esa aventurada suposición que ella jamás había sufrido la puta rubéola. Criada en la dura y sana vida de la montaña, nunca había padecido jodida enfermedad alguna. La cuestión era que en toda familia tenía que haber un tonto —aseveró la tía escarbando en la herida, congregada toda la familia en torno a la enorme cama de Digna—, y si desaparecía uno se traía otro de lejos. Lourdes se tomó sus palabras como una ofensa, recordando que hacía más de veinte años a su cama había ido a morir su madre Soledad. Don Ezequiel la podía haber salvado de una simple neumonía, ella era joven y fuerte. Pero algo anómalo lo había impedido: era Berta, con su mundo ilegal, secreto y emponzoñado, quien propiciaba que sobre ellos cayesen toda clase de desgracias. Pero la sobrina se calló ese reproche, reducido a un mohín de disgusto mientras se llevaba a los labios la taza de café moca que entonces ni un ministro se podía permitir.

Después de la visita a la enferma Digna, todos bajaron al salón del Mur. Primero descendió Berta la escalera de roble, con la agilidad de una muchacha, gesticulando, bromeando con los clientes que pululaban por el vestíbulo. Los oficiales y estraperlistas sonreían nerviosos por sus picardías, fumaban atolondrados y procuraban que la tierra se los tragase.

Después bajó Jovita Lecumberri, aupada en su silla de ruedas por dos criados del hotel. Iba tiesa con ese aire ábrego en sus rasgos atractivos que levantaba la admiración de los clientes cuando los dejaron libres las chanzas de Berta. Para ellos la maestra vasca era el ideal de todo polvo: un cuerpo inerte de cintura para abajo, donde trajinar sin ser sentido, mientras el rostro duro y turbador, ajeno a ese quehacer lúbrico, contemplaba el propio, desencajado por el placer.

A continuación apareció Rufina Palop en su hábito de benedictina, con una cara alba y regordeta por mor de la meditación espiritual y el reposo de la celda. Llevaba de la mano a su hijo Amadeo, porque la madre superiora, previa dispensa del obispo, dejaba que la hermana sor Rufina del Perdón de Dios abandonase de vez en cuando el claustro para verse con los suyos. Nada podía negarle, ya que el obispo de la diócesis de Jaca, don Atanasio Mur, era primo lejano de Digna y rendido admirador de Berta desde los tiempos candentes de la República, cuando aún él era diácono.

Detrás del espigado Amadeo, estudioso y aplicado, con gafas, bajó su tía Lourdes. Iba vestida como Berta, de la Sección Femenina, de azul y negro, con su boina roja prendida en una hombrera, aunque sin el cordón de borlas de beata que llevaba su tía anudado al talle. Ninguno de aquellos testigos, oficiales o estraperlistas, sabía que era la hija de un héroe de Annual. Conforme Lourdes iba madurando, su rostro iba perdiendo el semblante de inocencia y candidez, de ratoncito curioso, para hacerse de expresión más profunda. Un desequilibrio interior brotaba hacia fuera en forma de mirada incisiva, boca severa y mejillas marcadas.

Casi a la par que ella descendió la vieja Paula, de moño blanco en la nuca, llevando en brazos envuelto en su toquilla al niño que momentos antes se había presentado a Digna. Daba la sensación de que la mujer, en su torpeza de andares cojos, podría caerse rodando por la escalera, y la criatura con ella. Poco importaba a nadie esa eventualidad.

Por último, aparecieron al inicio del barandal del corredor, hablando entre ellos muy quedo, el doctor Zacarías y Nicanor, el esposo de la enferma. El médico trataba de explicarle que Digna no tenía cura para la sífilis que la aquejaba, una enfermedad espantosa, acompañada de manchas, de caída de pelo y de uñas, de dientes incluso, una consunción mental y a menudo física que, por lo común, derivaba en la locura antes de la muerte. Nicanor creía que esa desgracia se debía a las faltas de su mujer. No a sus vicios en el burdel de aquella casa, sino a su negligencia con Sito. Y estaba persuadido de que el destino le reservaba a él un castigo mucho peor, más espantoso, y a no tardar demasiado. Por ello ya se afanaba en la soledad de sus viajes ferroviarios en diseñar en su cuaderno negro el ataúd de su propio entierro. Pero antes

de rendirse él debía tratar de salvarla a ella. Se lo debía a Digna, y también a Sito.

El doctor Zacarías le recordaba a Nicanor la noticia sobre el invento de la penicilina por el doctor Fleming. Ese «antibiótico», como se llamaba, era lo ideal para curar las enfermedades infecciosas como la sífilis. Ahora bien, era imposible encontrarlo en España.

—Según sé, don Nicanor, los aliados han utilizado la penicilina en la guerra con gran éxito para sus soldados heridos. Incluso se la suministran para combatir las enfermedades venéreas de la despreocupada posguerra.

—Pues habrá que comprársela a los aliados, don Zacarías.

El doctor resopló al tiempo que se ponía el sombrero.

—¡Uf...! Creo que es alto secreto, don Nicanor. Ya sabe, no quieren que caiga en manos de los rusos.

Desde aquella conversación, Nicanor se hizo el propósito de conseguir la misteriosa y secreta penicilina. En todos sus viajes indagaba entre sus amistades y conocidos, muchos de ellos personajes influyentes en la Administración y el Ejército de los países aliados occidentales. Pero hasta entonces sus gestiones habían sido en vano, como si el nombre prestigioso de Palop & Broto no bastase para acceder a ese arcano de la medicina. Al cabo de los meses sucedió el asunto de Patton, y entonces Nicanor vio que, aprovechándose del ascendiente ganado, podría acceder con mayor facilidad a los americanos. Antes de salir de Bedous dejó encargado a Cordelier que se volviese a poner en contacto con el alto mando yanqui, con el mismo general Eisenhower si fuese preciso, a fin de que le proporcionasen cuanta penicilina requiriese. Puesto que los americanos solo entendían de tratos, les bastaría ofrecerles uno: por ejemplo, penicilina a cambio de servicios funerarios gratuitos para el grado de coronel en adelante.

Regresó de ese viaje que había partido de Lisboa, que había pasado por Irún, que se había entretenido en Bedous para hablar con Cordelier y Ramiro, y que a través de Somport había llegado en mula a Canfranc. Ya en Jaca y en el hotel Mur, Nicanor subió la escalera de roble con mejor ánimo. Sin embargo, se encontraba en la duda de si contárselo a Digna, porque el asunto con los americanos todavía estaba en pañales. En todo caso, no había seguridad de que aquella medicina milagrosa funcionase, teniendo en cuenta el estado avanzado de su enfermedad. Así pues, sin saber qué decir, como siempre, porque la vida carecía de la claridad de la poesía, sus perneras de rayadillo y sus pies con botines cruzaron por detrás de la hilera de balaústres, hasta que alcanzó la puerta de la gran alcoba. Llamó con unos toques sutiles y entró en la habitación sin esperar respuesta.

Minutos más tarde, el matrimonio se encontraba en penumbras con las manos agarradas bajo el cuadro decadente y mórbido que transmitía el baldaquino con dosel, de columnas salomónicas a semejanza de las de San Pedro. Digna se hallaba

recostada sobre un montón de almohadas, vestida con un camisón que no cubría todas las manchas rojas que salpicaban su piel, otrora blanca como el queso, y aparecía tocada con una cofia que disimulaba algo su calvicie total. Aún no parecía loca, pues sonreía, aunque con desgana, y sus ojos no habían perdido la viveza de cuando con un movimiento de abanico hacía reír a oficiales o ponía firmes a sus chicas. Nicanor estaba sentado en un puf a la cabecera, monóculo en el ojo, con sus cejas espesas y alborotadas y su barba puntiaguda, ya más cana que negra. Parecía un disoluto de la Belle Époque seduciendo a una damisela al pie de su lecho. Le había dado a Digna noticias de Sonsoles, que triunfaba en París con el Estudio Broteau de fotos de modas, le había hablado de los negocios en Bedous, más boyantes que nunca, y del buen hacer de Cordelier hijo, que se estaba construyendo una extraña casa a las afueras del pueblo. Por supuesto se había callado la compra de aquel altillo en Lisboa, y las noches de farra que se corría con los cuatro heterónimos de Pessoa. La mujer que había compartido tantos años con él debía seguir creyendo en su dignidad.

—Y de Sito, ¿qué sabes de él? —preguntaba Digna con voz desvaída—. ¿Están bien su mujer y sus hijos? ¿Cómo se llaman, Nicanor? Nunca me acuerdo de esos nombres rusos tan complicados.

Nicanor tragó saliva. Siempre le costaba hablar de Sito, mucho más delante de su madre. Prefirió no referirse al cargo que Sito ocupaba en el NKVD, ni a la estrecha relación que mantenía con él desde hacía dos años, que no consistía solo en esporádicos encuentros en Berlín Oriental, sino que abarcaba una correspondencia secreta por medio de agentes del Partido, en virtud de su responsabilidad al frente del maquis en los Pirineos de Huesca. Que Digna siguiese ignorando todo eso; a sus ojos su esposo debía seguir siendo un respetable agente comercial, socio mayoritario de una industria floreciente, y no un forajido comunista.

—Ella se llama Natalia Goncharova, querida, ahora de casada Natalia Brotova, por el Brotov de Sito, porque ha rusificado nuestro apellido. Es encargada de una fábrica de conservas sita en Dolgorukovskaja Ulica, Moscú —explicó pacientemente Nicanor con una ligera y circunstancial entonación rusa—. Y sus hijos son Viktor, de cinco años, y la niña Kalinina, de dos, muy majos.

Temió que, como otras veces, Digna le pidiese una foto de ellos. No sabría cómo explicarle que Sito nunca había querido dársela siempre que se reunía con él en aquella gris oficina de Pankow donde se citaban a modo de tapadera, alegando motivos de seguridad. Solo consentía que la contemplase durante unos minutos. Alegaba que no convenía que en Occidente se conociese el rostro de un alto cargo del NKVD, y mucho menos de su familia.

—Cómo me gustaría conocerlos, Nicanor. Si estuviese buena, iría contigo a Moscú. Pero en este estado, me temo que jamás los veré. Y menos a Sito, para pedirle el perdón de un hijo hacia una mala madre.

—Calla, mujer...

—Me queda poco, Nicanor. Yo siempre he sabido que moriría así.

Nicanor permaneció en silencio, besando las manchas de sus gordezuelas manos. Bien sabía él que nunca se sabe nada con total seguridad, y menos del último acto antes de desaparecer del escenario. Por eso tenía que seguir luchando por Digna, no se daría por vencido, aunque, previsor, ya hubiese preparado en Bedous para ella el ataúd más espléndido.



## Capítulo 31

**D**e cuando en cuando, Ramiro dejaba Bedous y traspasaba la frontera salvaje por los caminos más agrestes del monte, solo o acompañado de algunos de sus hombres, para mantener la presencia del maquis en territorio español. De ese modo se decían, algo ilusoriamente, que habían liberado el terreno que ocupaban. Iban a establecerse en escondrijos inaccesibles, perdidos en lo más profundo del bosque. Eran chozas construidas con ramas y hojarasca, a veces cubiertas de lona o de pieles en los días más fríos, con pequeñas lumbres en su interior cuyos humos, al elevarse entre el follaje, en la lejanía se confundían con las hilachas de niebla. Allí mantenían a punto sus armas, hacían prácticas de tiro, algunos aprendían a leer, se planeaban los futuros ataques. Y desde allí partía un incesante ir y venir de vigías o comandos que se adentraban en terreno hostil para recabar información.

En su incesante deambular con su mula, Damián a menudo se tropezaba con aquellos guerrilleros mal afeitados y peor comidos, que a él le parecían patéticos híbridos de pastores y soldados. Hablaba con ellos, les vendía artículos, les proporcionaba información, y también les servía de mensajero a un lado y a otro de la frontera. Era Damián quien a menudo avisaba a Lourdes en la estación o en Canfranc de que Ramiro había regresado y quería verla, donde ella ya sabía. Los tórtolos no necesitaban dar más detalles, por si Damián era detenido por el coronel Ferreira —o acaso por el brigada Montoya— y no podía mantener la boca cerrada.

Lourdes no tardaba en ponerse su capote rojo con capucha y salir hacia el monte con su canasta al brazo. Puesto que la aduana estaba prácticamente paralizada, tenía todo el tiempo del mundo para sus aventuras. Mientras tanto, Paula quedaba al cuidado del bebé Heriberto, para el que había contratado a una aldeana como ama de cría. Lourdes podía haber evitado su nueva preñez, le hubiese bastado con tomarse las infusiones que Paula, a indicación de Berta, le preparaba al efecto. Pero se había negado, convencida de que no tendría problemas con el próximo hijo. El hecho de que no estuviese casada y de que —oficialmente al menos— no se supiese quién era el padre no parecía preocuparla en absoluto.

—Vaya con el ratoncito, si parece una coneja...

Berta no evitó el sarcasmo cuando fue patente su nueva gravidez. Aunque en el fondo le parecía que con ella la sangre de los Broto se abría camino a dentelladas, o más bien royendo. Si Sonsoles había secado su vientre en una vida de vicio parisiense, Lourdes, en cambio, con trabajo y modestia en aquellos montes de siempre, de los Broto, demostraba que una mujer sola podía sacar adelante una familia. Respecto a las habladurías, a los celos de las autoridades sobre una madre soltera en tiempos de renovación espiritual, Berta se encargaba de santiguarse ante el obispo Atanasio Mur o de escupir por encima de los inspectores de Hacienda o de la Gobernación que se pasaban por Canfranc. Chitón y a callar, eminencia o ilustrísimas, que no estaba el país para censurar a cristianos nuevos y soldados

futuros.

Bajo su capa y con su cesta bien llena, Lourdes subía los intrincados senderos del monte que conducían a la cueva de Silvestre. Siempre que la veía subir, como caballero galante que era, el general salía a su encuentro para ayudarla a sortear los peñascos y los matojos de los últimos metros. Ya había pedido Silvestre al Genio que hiciese algo por su amiga, porque no podía ser que la chica se diese tales palizas a través del monte con su gravidez. El Genio le repetía lo de siempre: que en su actual estado de invocación ya había cubierto su cupo de deseos concedidos. Respecto a una alfombra voladora que la ayudase a moverse, ni soñarlo si pensaba que podía pedir una a la central de Bagdad. Tendría que dar demasiadas explicaciones sobre doncellas preñadas.

—Esos tres deseos no están concedidos, Genio —le replicaba Silvestre con coraje en medio de la gruta—. Al menos el último solo está expuesto. Te recuerdo que cada año que pasa más y más cadáveres de olvido se amontonan sobre el Desastre de Annual. El rey hace cinco años que murió, y Berenguer está dando sus últimas boqueadas. Solo quedan en pie, por ahora, Franco y Millán Astray. Cuando se cumpla el deseo ya no quedará nadie a quien exigir responsabilidades.

—Tendrás que tener paciencia, mi greñudo amo. ¿De qué te serviría proclamar a los cuatro vientos la verdad si ahora este reino, o lo que sea, está acallado por la tiranía? Sería como si clamases en el desierto de donde provengo. Todo este cuento que vivimos habrá de dar más vuelcos, y habrán de contarse dentro de él otros cuentos y dentro de estos otros más, para que tengas la oportunidad de ser oído.

—¿Sabes lo que pienso, geniecillo de tres al cuarto? —Gruñía Silvestre paseando por la dura piedra—. Que posiblemente se te ha ocurrido aprovechar todos los años que todavía me quedan por vivir para no esforzarte entre tanto. No habrás pensado en esa cabeza calenturienta y pelona que coincida mi muerte con el cumplimiento del deseo, ¿eh?

El Genio silbó como distraído.

—Todo está escrito —dijo, y luego se echó a reír.

Oyeron que se acercaba alguien a la gruta y, cuando vieron que era Ramiro, de inmediato el Genio regresó a su lámpara. Se fiaban de la discreción de un revivido como él, pero no así de sus ojos: al igual que durante años habían estado reflejando el instante de su fallido fusilamiento, a menudo reflejaban sus charlas con Nicanor en Bedous, sus entrevistas con camaradas venidos de París o sus largas jornadas en los refugios del monte. Bastaría que Ferreira lo capturase y que supiese observar sus retinas para descubrir al Genio y a Silvestre en medio de la gruta. Quizá un hombre como Silvestre no hubiese llamado la atención, pero un Genio flotante en el aire alarmaría a cualquiera.

Ramiro, con su fusil al hombro, saludó a Silvestre, comentó algunas menudencias, le dio tabaco, y luego, como era de pocas palabras, se acomodó en un lugar apartado de la cueva, a esperar. Silvestre lo observaba con cierta lástima, viendo

que su ridícula cuadrilla de gente armada era como un mosquito en la piel del elefante de Franco. Más de una vez le había dado consejos sobre táctica y estrategia militar, pero Ramiro, que no parecía tener muchas luces, siempre se equivocaba en las maniobras y metía a sus hombres en encerronas incomprensibles. Suerte que tenía, pues Ferreira no era un Julio César precisamente.

Al cabo de un rato, según el aviso de Damián, apareció Lourdes subiendo la ladera, con la fatigosa marcha que le imponía su barriga. Ya en la cueva, se abrazó a Ramiro, se besaron sin pasión y se sentaron a charlar. Silvestre aprovechó para hacerse con la cesta, no por la comida, sino por los periódicos franceses que Damián había traído allende la frontera. El soldado se retiró a la luz del exterior para leerlos, donde no interfiriese el desabrido juego amoroso de los dos jóvenes. Sabía bien cómo se desenvolvían en tales menesteres.

Alguna vez había preguntado a su amiga, la señorita Broto, qué encontraba de atractivo en ese hombre que hasta había sido rechazado por la muerte. Porque un hijo suyo podía deberse a un descuido, pero procurarse otro de su sangre suponía arrostrar una penitencia demasiado dura.

—Ramiro es bueno y me quiere, Silvestre —le contestaba Lourdes a tales ironías, en absoluto molesta—. Yo necesitaba un hombre que me hiciese el amor, o que esperase de él que me lo hiciese. No quería estar angustiada todo el día con esa necesidad física. Solo he conocido a otro hombre además de él, y te aseguro que Ramiro me desahoga el cuerpo como lo hizo aquel.

Silvestre se quedaba con los ojos saltones y la boca abierta. En su época ese lenguaje no lo hubiesen empleado ni las meretrices del Malecón de La Habana.

—Pe... Pero ¿tú lo amas? —preguntaba el viejo.

—Yo amé a Finito de Mataró. Pero como sé que no lo volveré a ver, me conformo con tener cariño a Ramiro.

Su amiga había adquirido una variante del desvergonzado lenguaje de su tía Berta. A fuer de directo y descarnado, engañoso para sí misma. Esa chica se había quedado rezagada en el mundo ilusorio de su pubertad. Y como no era muy exigente en cuestión de amante, pues así vivía feliz. Silvestre sabía que Lourdes y Ramiro, tras los primeros contactos, se retiraban al fondo de la cueva, donde no llegaba la claridad del día. Allí retozarían tan apasionadamente como dos pingüinos, durante un breve rato —tal vez dos, o, como mucho, tres ratos—, para luego pasar a platicar o a mirarse en silencio durante unas horas.

Ya al fondo de la cueva, se tendían en un lecho de pieles, se besaban someramente, se acariciaban poco, y apenas había arrumacos entre ellos. Sin desvestirse ninguno, en condición de su preñez, Lourdes se sentaba sobre Ramiro y dejaba que la carne que debía conectarlos se elevase desde la tierra y se abriese paso entre la bragueta de él y la pelambre de ella, pues, preparada para el evento, ya se había deshecho de las bragas durante la subida. Silvestre se asomaba a cotillear, pero no los veía, tampoco sentía sus gemidos o sus bufidos. Vana esperanza. En fin —se

rascaba la coronilla—, se amaban igual que si fuesen de cartón. Nada parecido a lo que había oído de Berta Broto, o a lo que se contaba de su hija Sonsoles en París. ¡Ah..., París! En ningún momento del acto Lourdes perdía el dominio de sí. Se dejaba mecer por las caderas de Ramiro, que sopesaba con sus manos sus pechos prietos, girando con sus dedos los pezones como diales de radio bajo la camisa azul y el sostén. Ella ni siquiera cerraba los ojos de un placer que sentía hondo, pero que no la arrebatava. Prefería fijarse en la oscuridad, en la masa tenebrosa de la roca del fondo de la cueva. Caía en la cuenta de que ahora la cueva le parecía mucho más profunda que cuando la visitaba hacía años. A cada cita con Ramiro esa galería en la roca viva le daba la sensación de ir ahondándose un poco más, y ya su boca luminosa, lejana a su espalda si volvía la cabeza en el trasiego de la cópula, se asemejaba a una pálida luna llena en noche cerrada.

Una vez desarmada la tensión genital, la pareja se echaba sobre las pieles a descansar. Comentaban los asuntos del maquis, sin profundizar mucho, así como las andanzas de Berta por la capital con sus amigos jercas. Había conseguido para Rogelio que de nuevo se le rebajase la pena, ahora de cadena perpetua a treinta años, aunque no se daba por satisfecha, pues quería la libertad para él. Proseguían con los viajes de Nicanor, con las novedades en la enfermedad de Digna, con los éxitos de Sonsoles en París, con Jovita y su mano de hierro para llevar los asuntos que había ido abandonando su jefa Digna Mur. Siempre trataban de minucias, nunca, por ejemplo, de su hijo Heriberto o del que estaba por venir.

Aquella tarde, pensando en el extraño efecto que le producía el fondo de la cueva, Lourdes se refirió al contenido de los tres vagones de la Cruz Roja que, hacía ya dos años, Ramiro y sus hombres habían arrebatado a los alemanes.

—Dime, Ramiro, ¿guardasteis esas obras de arte en una cueva como esta?

—No me preguntes esas cosas, Lourdes. —El hombre se recostó y apartó mechones de cabello del rostro claro de ella—. Ya te he dicho que cuantas menos personas sepan de su escondite, mejor. Ten en cuenta, pequeña, que por ese tesoro artístico hasta gente en la que tú confías podría traicionarte.

—¿Qué quieres decir? Yo nunca te traicionaría.

Ramiro soltó una breve risa, cosa que suscitó la atención de Silvestre. El viejo dejó la lectura y asomó su animalizado rostro por la boca de la cueva, sorprendido de que un lance carnal hubiese provocado esa reacción en un sujeto medio muerto como su huésped.

—Ya lo sé, mi amor. Anda, móntame de nuevo. Necesito sentir tus adentros otra vez —repuso Ramiro.

Y Lourdes, insatisfecha con su respuesta, procuraba aliviar la comezón de su entrepierna.

Ese asunto del expolio de las obras de arte de Goering no se le iba de la cabeza.

Acomodada definitivamente en el despacho de Berta, detrás de su mesa había colgado el grabado de Durero que le regalaran los tres chiflados de Kurt, Otto y Tom. Muchas veces, en un descanso del trabajo sobre su escritorio, se giraba a observar esa imagen de Adán y Eva en el paraíso, rodeados de animales, con la serpiente entre ellos, delante de un bosque y con una cueva al fondo. Nuestros primeros padres habían sido expulsados por Dios del paraíso por querer saber más, concluía Lourdes su observación con un ligero dolor de cabeza. Al final iba a resultar que llevaba razón tía Berta cuando hablaba de los curas: que los muy granujas guardan como un tesoro aquello que Dios les ha contado y que no comparte con los demás mortales.

Una tarde en que Jovita la visitó en la aduana, Lourdes le preguntó sobre el tema del grabado de Durero.

—¿Por qué Dios quiere que no sepamos más?

Ahora que Digna se encontraba postrada bajo su baldaquino, Jovita se valía de su viejo y lujoso Hispano Suiza para inspeccionar los negocios de la patrona. Casi a diario Fortunato la trasladaba de Pueblo Viejo a Canfranc o a la estación. El chófer le abría la portezuela trasera del vehículo, la sacaba en brazos y la sentaba en la silla que previamente había extraído del gran maletero. A partir de ahí, Jovita prefería arreglárselas sola con su vigoroso girar de ruedas.

—Porque entonces, Lourdes, descubriríamos que no existe Dios.

—Vitali nos decía algo parecido a Sonsoles y a mí cuando éramos niñas. Contaba que existe un mundo maravilloso ajeno a los hombres, que no es propiedad de Dios, un inquilino más. Es un mundo tan codiciado y escaso, y tan inalcanzable, que siempre alguien tratará de que no lleguemos a conocerlo, para no desenmascarar la impostura de su anhelo.

—¡Vitali...! —suspiró Jovita y se limpió la boca con una servilleta—. Ese borracho estará ahora en el infierno pervirtiendo a Satanás.

Lourdes, que sabía que podría ser cierto, teniendo en cuenta el asesinato que le había visto cometer en la persona de Durruti, prefirió no comentar nada al respecto.

Concluida la visita —besos y recuerdos—, Jovita regresaba donde Fortunato la esperaba, apoyado en el enorme guardabarros del Hispano Suiza. Después de acomodarla, el chófer la llevaba de vuelta a la posada Mur de Pueblo Viejo. Pese a sus otras obligaciones en Jaca, Jovita seguía regentando el burdel con la misma determinación que al principio. Incluso había cortado de cuajo con un genio inaudito algún que otro conato de pelea entre falangistas arribistas y antiguos lechuguinos del Consorcio venidos a menos. Se plantaba delante de los hombres en su silla de ruedas y, empuñando la Browning que todavía guardaba debajo de su almohada, retaba a cualquiera a que diese el primer paso. Todos retrocedían, asombrados de la belleza torturada de esa mujer. Especialmente les fascinaba ese carácter indomable, que alcanzaba su momento álgido durante ese hábito inmemorial de bajar todos los días al cementerio para visitar la tumba de su marido, el maestro rojo don Deodoro Rivas.

En una de estas visitas, un comandante de la Ciudadela, que había oído de ella,

que la había visto de aquí para allá en la posada, que la había observado a la sombra del mirador mientras tomaba pacharán, apareció mientras Jovita se encontraba ensimismada ante la lápida. La saludó. Ella se sobresaltó. Él se disculpó, y, para reparar su torpeza, le regaló unas florecillas que crecían al pie de otra tumba.

Estos encuentros forzados entre el comandante Matamoros y Jovita se repitieron hasta que las evidentes pretensiones del oficial se concretaron en una proposición.

—Deseo amarla más de cerca, Jovita —dijo Matamoros y clavó una rodilla de su uniforme a sus pies—. En todo momento la tengo presente, de día o de noche, de guardia o en maniobras. No me importa su invalidez, yo sabría hacerla dichosa.

Jovita, que ya había traspasado los cuarenta, aunque conservaba una hermosura que, a costa de su tez, emanaba de un interior torturado, no perdió su habitual sangre fría.

—Comandante Matamoros, ¿ve esta lápida que adorna el sepulcro de mi esposo? —Señaló el mármol labrado con la leyenda «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución», que un día cientos de obreros habían colocado allí—. Pues será suya si se la lleva de aquí.

Al principio Matamoros se quedó estupefacto. Lo que le pedía esa mujer era una profanación, un sacrilegio para la santidad de su matrimonio, un acto que ni siquiera en los tiempos convulsos de la guerra nadie había osado cometer en esa comarca. Pero el comandante, ya fuese en el cuarto de banderas, ya fuese en el casino La Alegría Juvenil, no se quitaba de la cabeza la imagen de Jovita Lecumberri. Estaría parálitica de cintura para abajo, pero él no. Ese furor rabioso que desprendían sus ojos, pese a su aparente amabilidad y evidente cultura, le hablaba de un alma femenina tan poderosa que valía la pena combatir por ella tan salvajemente como se pudiera estar haciendo en China.

Una noche, Matamoros y dos amigos de la Ciudadela escondieron su vehículo militar en un bosquecillo cercano al cementerio de Pueblo Viejo. Armados con cortafríos y martillos, bajaron al camposanto dispuestos a arrancar la lápida de su tumba. Habían pensado dinamitarla, al fin y al cabo allí descansaba un comunista, pero desecharon esa idea pensando que una explosión en un recinto religioso podría motivar una investigación. Así que había que hacerlo a mano, para que todo el mundo creyese que unos patriotas que repudiaban esa inscripción provocadora habían cometido un acto de justicia. Les llevó más de tres horas de martillazos, golpes y empujones desencajar la lápida de mármol y arrancarla de su sepulcro de mármol. Los tres oficiales la envolvieron en sogas y, por medio de ellas, la arrastraron fuera del cementerio. Lograron llevarla hasta el coche, con la intención de deshacerse de ella en el fondo de algún barranco.

El vehículo, conducido por Matamoros, enfiló la carretera de vuelta a Jaca. Al cabo de un trecho vieron que en medio de la oscuridad venía hacia ellos una línea de luces. Eran los faros de una columna de camiones cargados de soldados, que enviaban de la Ciudadela al Coll de Ladrones para relevar a su pequeña guarnición.

El coche empezó a cruzarse despacio con los camiones que subían la carretera. Matamoros y sus compañeros estaban tensos al mismo tiempo que se sintieron aliviados por encontrarse con su gente. Los soldados de los camiones se preguntaban qué haría ese coche militar por allí a esas horas, conducido por unos tipos vestidos con mono de trabajo de obreros.

Entonces, desde la espesura de la ladera, comenzaron a sonar disparos. Un salpicón de impactos recorrió las cabinas de los camiones y las lonas de sus cajas. El maquis los atacaba en una emboscada. Los soldados se pusieron a repeler la agresión. Y en ese momento ocurrió algo raro. Uno de los oficiales del convoy supuso que aquel extraño coche militar —que no debería estar allí y que circulaba demasiado despacio conducido por obreros con mono— era un señuelo del enemigo, una especie de quinta columna que se introducía en su retaguardia para rodearlos. Asomado bajo la lona, sacó su pistola y disparó. Murió en el acto uno de los compañeros de Matamoros. Este trató de acelerar. Entretanto, a imitación de su jefe, desde los camiones otros soldados también la emprendieron a tiros contra los ocupantes del coche. Herido de muerte, Matamoros dio el último volantazo, precipitando su vehículo por el barranco que iba a dar al río. El coche dio tantas vueltas de campana como si tocase a muerto, los cuerpos salieron despedidos, y la lápida, que iba en el maletero, rodó sobre los hierbajos hasta ir a dar a la orilla fluvial, entre unos matojos de lirios silvestres.

Aquella noche hubo refriegas a todo lo largo del río Aragón. Desde la Ciudadela, el coronel Ferreira ordenó una batida a gran escala, pues parecía que los lucumones con esa bajada al valle auguraban un duro invierno. Mientras tanto, el brigada Montoya, creyendo que podría cortar la retirada de Ramiro y los suyos, desplegó a sus guardias desde las vías del tren hasta los pasos del monte menos expuestos.

A esa hora, con las detonaciones que llegaban a Canfranc en su quietud nocturna, Lourdes estaba de parto. La atendían su tía Berta y la vieja Paula. En la cama de su habitación, sin apenas quejarse, sin sudar casi, pensaba tan solo en el riesgo que debería estar corriendo Ramiro en ese momento. El aire de la estancia estaba cargado de humedad, impregnado de un olor ferroso. La criatura ya salía de sus entrañas. Paula tiró de cabeza y hombros y se hizo con ella. Después de limpiarla y envolverla en un paño, Berta y la criada se pusieron a observarla mejor debajo de la bombilla. Era un niño, un niño a quien le costaba arrancar a llorar, y que con sus rasgos de inmediato provocó el estupor de Berta y Paula. En cuanto vio su expresión desde la almohada, Lourdes preguntó por su retoño, pero no le dijeron nada. La criada solo tenía lágrimas de dolor en los ojos, mientras que Berta, siempre dura como el pedernal, no podía dominar un temblor en su gran boca.

Abajo, en la calle, cerca de la puerta del caserón, había una figura encorvada que se ocultaba en las sombras y que miraba hacia la ventana iluminada del primer piso. Era Silvestre, atento a lo que pudiera estar sucediendo con la señorita Lourdes Broto. Hacía dos días que ella no subía a la cueva, y él, imaginándose que ya estaría en los

albores del parto, comido por la incertidumbre, no había podido evitar acercarse lo más posible a su lecho. De repente Silvestre oyó llorar al bebé recién nacido, y pronto se le unió otro quejido de mujer. Al momento reconoció el llanto de Lourdes.

Al poco, la puerta de la casa se abrió y Berta apareció descalza y apenas vestida. No es que la tragedia que acababa de contemplar la arrojase a la intemperie, es que no podía soportar esos lloros. Salía a perderse por el pueblo. Y se tropezó con la mirada de Silvestre. Por unos segundos hombre y mujer se quedaron quietos y observándose mutuamente a la luz floja que llegaba del interior. La sorpresa dio paso a una suerte de sutil reconocimiento. Tal vez hubo un amago de hablar entre ellos, aunque, a la postre, ninguno dijo nada. Berta, con su habitual desdén hacia el prójimo, se olvidó de él enseguida y salió corriendo hacia las vías del ferrocarril. Mientras, Silvestre se quedaba allí, farfullando entre lamentos, tirándose de sus largas barbas.



## Capítulo 32

**A** causa de aquel ataque del maquis al convoy hubo cuatro muertos entre la milicia, aparte de Matamoros y sus dos compañeros de aventura. Enviaron refuerzos al coronel Amundi Ferreira para que intensificase la represión, aunque a nadie se le ocurrió relevarlo en su puesto. La protección que disfrutaba por parte del Caudillo seguía siendo muy sólida. Montoya también contó con más guardias, que se instalaron en un segundo cuartel en Pueblo Viejo. Tenía carta blanca para actuar como quisiera, por encima incluso de Ferreira. Nadie le pondría cortapisas o le pediría cuentas.

Por de pronto, nadie investigó mucho las circunstancias de la muerte del comandante Matamoros y sus compañeros. Habrían estado esa noche con fulanas, y luego la casualidad quiso que el ataque del maquis les pillara en medio. Tampoco nadie reparó en aquella lápida casi sumergida entre lirios silvestres, no lejos del coche siniestrado. Pero aquella profanación sirvió para liberar a Jovita Lecumberri de una losa que el asesinato de su marido Deodoro había puesto en su conciencia. Dejó de recorrer aquel vía crucis diario que se había impuesto en su viudez, subiendo y bajando con su silla por el terraplén, de la posada al cementerio y viceversa, bajando y subiendo, escupiendo sobre el epitafio, manchándolo de barro, arrancando las florecillas, y aun las hierbas, que crecían a su sombra, porque todo su entorno debía aparecer desolado y yermo.

A raíz de aquel premio gordo, Jovita no tendría la pedrea del cuerpo de quien le había liberado de tal peso, el atractivo comandante Matamoros. Sí consiguió el consuelo no despreciable de Fortunato. El chófer de Digna, maduro y viudo, ahora estaba más a su disposición que para otras tareas de la casa, y no solo para los viajes. Como de súbito el carácter de Jovita dio un cambio, haciéndose más tenue, más entrañable, cualquier contacto entre él y ella, mientras la levantaba y la sentaba, cualquier cruce de miradas a través del retrovisor fue suficiente para hacer explícito el sobreentendido. Pronto las chicas de la posada Mur comenzaron a murmurar picardías sobre que «la maestra vasca» estaba aprendiendo con Fortunato todo lo olvidado durante tantos años de soledad.

Fortunato la llevaba y la traía en el Hispano Suiza. Sus fuertes brazos salvaban los escalones, sus conocimientos de mecánica mantenían la silla siempre engrasada y a punto. Luego, un día u otro, ya fuese en el coche, perdido aposta entre la maleza del camino, ya fuese después de haber depositado el cuerpo inválido de Jovita en su cama, respondía a los requerimientos que su circunstancial patrona le sugería. La señora maestra estaba de buen ver, y él había perdido a su mujer antes de la guerra. Como ante cualquier fulana con las que desde entonces había tratado, se desvestía con brusquedad masculina y se tumbaba sobre ella. Sin embargo, Jovita no permitió que Fortunato la tomase de la forma acostumbrada. Se lo advirtió desde el primer momento en que su cuerpo insensible de cintura para abajo había quedado extendido

sobre el edredón como una lubina en la arena de La Concha. Asqueada por el recuerdo de Deodoro, no quiso ser penetrada, lo que poca cosa le hubiese reportado, como habían imaginado tantos hombres, antes bien quiso que Fortunato excitase cada poro de su piel con su propia boca, o con lo que tuviese a mano. Así fue que, mientras en las otras habitaciones del burdel seguían completándose cópulas de estilo ancestral, en el cuarto de Jovita su chófer, con la lengua o con extremos a veces más húmedos y calientes, siempre más duros, iba conduciéndose por aquel cuerpo de burguesa altiva de San Sebastián, cuerpo gemebundo a cada curva y a cada frenada.

Tal relación debió de llegar a oídos de Digna en el hotel Mur. Pero la enferma no dijo nada. Jovita la visitaba tres veces a la semana como mínimo para interesarse por su salud y tratar los asuntos cotidianos de los negocios.

—Yo siempre quise ser paralítica —le decía Digna mientras le agarraba una mano sobre las sábanas—. Al menos, no hubiese padecido vicios venéreos.

A Jovita le dio la sensación de que Digna sabía mucho de lo suyo con Fortunato, no solo de la relación que con seguridad alguien le habría contado, sino de unos pormenores que solo se podían conocer siendo testigo de lo que sucedía dentro de su alcoba. Ya que no mantenía contacto carnal íntimo, no podía coger ninguna enfermedad, venía a decir la gordita. Así que, o Fortunato se lo contaba todo a su patrona, o Digna había entrado de lleno en la presciencia demente propia del enfermo de sífilis. Vinieron a abonar esta última hipótesis algunas frases y algunos hechos más.

Como prácticamente Digna ya se daba por muerta, en la pudrición de la tumba, se le antojó comer únicamente gusanos. Lanzaba espantosos gritos a los criados cuando le subían cualquier comida del día, tiraba los platos por el aire y exigía que le trajesen gusanos para comer. La cocinera del hotel se tuvo que aplicar en preparárselos, gusanos que todos los criados y varias chicas de la casa se encargaban de buscar afanosamente, abriendo frutas pasadas, rebuscando entre las lechugas. Se puso carne a pudrir para criarlos. Alguien trajo gusanos de seda de unas explotaciones cercanas a Huesca, otros avispados buscaron lombrices de tierra, convencidos de que la señora no haría distinciones. Digna se los comía a puñados.

Pero lo que más inquietó a Jovita fue cuando, en una de sus charlas privadas, su jefa quiso hacerla socia del negocio, porque una Lecumberri de San Sebastián «se merecía ese estatus». Le hizo firmar unos papeles de dudoso valor legal. Y después de besarla, le dijo:

—Jovita, querida, yo siempre he sabido que algún día entrarías por esa puerta con tu propio pie.

La nueva socia de los establecimientos Mur llegó al convencimiento de que Digna había entrado en una fase crítica de su enfermedad. Nicanor estaba desesperado, pues todas las gestiones para hacerse con penicilina habían fracasado. Incluso lo de los americanos había resultado un fiasco, a causa de que se habían enterado de sus estrechas relaciones con el mundo rojo de París y de Moscú. Una

cosa era que les proveyese de ataúdes, y otra muy distinta era que le proporcionasen a un potencial enemigo una medicina que seguía siendo estratégica. Él argumentó que esas relaciones soviéticas eran una servidumbre necesaria, pues todo empresario ha de pagar el chantaje de quien lo pone en cuestión. Nada, nada. *Goodbye, Mister Nick Brouty*.

Sin darse por vencido, de nuevo Nicanor partió en busca del preciado elixir. Había oído que en Viena ciertas mafias se dedicaban a vender penicilina en el mercado negro, y hacia allí se dirigió en el primer tren de la Compañía del Midi que salió de Pau.



Durante su ausencia alguien que siempre estaría agradecida a Digna no permaneció de brazos cruzados. Aprovechando sus estrechas relaciones con el mundo del estraperlo de Madrid, inficionado de oficialidad, Berta se trajo de la capital una docena de botes de penicilina. Aniceto, el practicante de Canfranc, salió entonces a la palestra. Era un jovenzuelo del Frente de Juventudes, un cantamañanas que lucía un bigote tan fino como la meada de un conejo. Y era tan aficionado a los toros que llevaba un brazalete negro en señal de duelo por Manolete. Aniceto se encargaría de meter la penicilina en el cuerpo de la enferma, bote tras bote.

—Jodido arribista de Aniceto —le advirtió Berta—, como hagas algo mal te juro que te ves en Lisboa con el anormal de Hedilla.

A Aniceto le temblaba el pulso cuando untó con alcohol el glúteo derecho de Digna, que parecía un enorme pandero pululante de mariquitas. Pinchó delante de muchos testigos, le convenía para su salvaguardia, que se habían congregado alrededor del baldaquino como si esperasen que cada inyección tuviese un efecto taumatúrgico. La enferma ni notó el agujonazo.

Al cabo de seis botes, Digna dio signos de mejora, lo que levantó exclamaciones y aplausos de alegría. La enfermedad no la había hecho enflaquecer, sino que más bien la obligada postración y la dieta a base de proteínas de gusano la habían engordado aún más, así que cuando se levantó de la cama, apenas cubierta por un camisón liviano, parecía una enorme peonza que no pudiese mantener el equilibrio. Berta y Fortunato, asiéndola uno de cada brazo, la condujeron en unos primeros pasos indecisos por el cuarto, ante la admiración de allegados y sirvientes.

—Yo siempre he creído que reviviría —dijo Digna provocando sonrisas—. Cuando regrese Nicanor, podrá llevarme a Moscú, a ver a Sito y su familia.

Las manchas de su piel comenzaron a perder su desagradable color cárdeno, hasta que desaparecieron. Y al cabo de una semana, empezó a crecerle el vello de axilas y pubis, el pelo de las cejas y el cabello de la cabeza. Aunque enseguida se vio que aquella fina pelusa blanquecina se desprendía con facilidad. Bastaba la caricia de una mano o el roce de la ropa para que la pelusa echase a volar, como el polen del pino en

día de ventolera. Pero seguía creciendo, y cada día que pasaba con más fuerza, hasta que en poco tiempo todo el cuerpo de Digna —excepto los ojos— se vio cubierto por una alfombra de filamentos blanquecinos, semejantes al moho del limón pasado. A los criados les espantaba verla deambular como una pepona de terciopelo cándido. Berta trató de estrangular a Aniceto sobre la cama, con sus propias manos. El practicante logró zafarse de la fiera como un banderillero arrinconado contra las tablas por el astado, y pudo alegar que aquella medicina que *ella* se había traído, quién sabía de donde, debía estar en mal estado.

Cuando regresó Nicanor a Jaca, contento de traerse dos docenas de botes de penicilina de Viena, ya en el mismo umbral del hotel se topó con manchas blancas de fino polvo. No tardó en descubrir que el vestíbulo, el salón, la escalera de roble, su pasamanos, la balaustrada, todo el hotel Mur, se hallaba cubierto por esa pelusa blancuzca, que parecía agitarse como mies sin segar. Nada más entrar en la alcoba y ver a Digna, la fuente de ese polvo, en medio de la estancia y delante del espejo de pie, tuvo una arcada y cayó de rodillas. Supo que llegaba tarde, que aquella bola de plumón que bailaba como una obesa sílfide del Bolshói, esparciendo sus esporas a cada salto, un día había sido su esposa Digna Mur.

Como el estado de Digna ya no requería atención ni búsqueda de remedios, sino espera y paciencia, en la conciencia de Nicanor se despejó la sensación de culpa que lo había embargado cuando se alejaba de su esposa. Puesto que no podía darle comprensión ni consuelo, al menos no el que necesitaba, procuró que su propia pena no acongojase aún más la sensibilidad de Digna, porque pese a sus desvaríos mentales, debía de darse cuenta de todo. Así pues, Nicanor procuró entretenerse más de lo habitual en su buhardilla de Lisboa con sus amigos poetastros, en el Hôtel D'Isly del barrio Latino, en la extraña casa de Cordelier o en el Savoir-vivre de Bedous. Fue aquí donde se concertó un encuentro con Sonsoles, siendo Nicanor, por así decirlo, el anfitrión.

Su sobrina se había enterado del empeoramiento de Digna y se había mostrado muy afectada. Monique, siempre dispuesta a las novedades, le había sugerido que la visitase, pero Sonsoles, en un pronto de genio, se había negado sin dar más explicaciones. No quería romper su juramento de no pisar suelo de España, al menos mientras viviese su madre Berta.

No obstante, hubo alguien que maniobró bajo cuerda para que Sonsoles, al menos, se acercase a la frontera. Arthur Cordelier, con la excusa de una revisión en el almacén de Palop & Broto de París, se dejó caer por el estudio de los Campos Elíseos esquina a la plaza de L'Étoile. Delante de unos receptivos Monique y *Monsieur* Peletier, ansiosos de un respiro, sugirió la posibilidad de un encuentro entre Sonsoles y su prima Lourdes en Bedous. La fotógrafa dio por hecho que Lourdes ya había decidido cruzar los Pirineos, de modo que, ilusionada de repente, cambió de idea.

Monique besó el hocico de *Molotov* mientras Peletier daba palmas con manos borrachas.

Cordelier era muy temerario en su osadía, ya que Lourdes no sabía nada del encuentro, y aun sabiéndolo no era seguro que aceptase. Pero el contrahecho Cordelier no se quitaba del pensamiento a aquella niña morena y menuda que le había encandilado de niño. Con tal de verla de nuevo y estar con ella un buen rato merecía la pena llevar a cabo un pequeño truco, un inocente engaño. Por medio de Nicanor, trató de convencer a Lourdes de que se reuniese con su prima Sonsoles en territorio francés. Lourdes se lo pensó. Había estado tantos años sin salir de aquel valle, a la sombra de Berta, que no sabía si encontraría fuerzas para alejarse de Canfranc rumbo norte. No veía a su prima desde hacía casi veinte años, seguramente estaría muy cambiada, y no sabía si le agradarían esos cambios. Pero necesitaba hablar con quien de niña había compartido con ella sus alegrías y sus penas, que viese con sus propios ojos el pozo sin fondo en el que se hallaba metida y que le diese algún consuelo.

Uno de los escasos trenes que circulaban por la línea salió del túnel de Somport a la vertiente más suave y verde de los Pirineos franceses. En él iban Nicanor y su sobrina Lourdes. El tío había recorrido ese trayecto cientos de veces, de modo que a través de la ventanilla ya nada le sugería ese paisaje que antes no hubiese anotado en su libreta negra. Ella, en cambio, se sentía como despojada, plenamente huérfana al cabo de tantos años de perder a sus padres. Pensaba en Silvestre, y en el Genio, para que en su ausencia la sensatez de la criatura de cuento evitase alguna pifia del general. Pero sobre todo no se quitaba de la cabeza a Berta, que le había dicho:

—Te lo advierto, Lourdecitas. —Y esgrimió un dedo en el andén, mientras ella subía al vagón delante de Nicanor—. No quiero que hables de mí con esa golfa de Sonsoles. Ya sabes que me enteraré si lo haces.

Qué retorcida era su tía. Retorcimiento en el que ella estaba envuelta sin escapatoria, por muchas fronteras que cruzase, y cuya prueba más evidente habían sido los frutos de su vientre. Suspiró con desasosiego mientras el tren bajaba las revueltas de la pendiente.

En el andén de la estación de Bedous esperaba Sonsoles, vestida y maquillada como un maniquí expresionista. A ambos lados de ella se encontraban Monique, fumando en pipa, con atuendo de china y abrigada su pechera con las lanas de *Molotov*, y el elegante Peletier, con boquilla en su pitillo, sin sombrero que protegiese su calvicie. Detrás de ellos se hallaba Arthur Cordelier, inquieto por su reencuentro con Lourdes. Una vez que el tren se hubo detenido, se apearon seis viajeros, los últimos de los cuales eran Nicanor y una mujer pequeña de rasgos agraciados, de mirada perdida, ataviada con ropas muy pasadas de moda.

—*Merde!* —exclamó Sonsoles.

A lo que Monique, tapando las orejas de su perro, añadió:

—*Damné!*

Mientras que *Monsieur* Peletier, girando la boquilla entre sus labios carnosos, no

pudo evitar decir:

—*Mon Dieu!*

Cordelier no dijo nada, simplemente su giba adquirió una curvatura más amplia, como si su cuerpo se hubiese encogido por un pesar súbito. Fueron momentos muy duros para él, porque comprobaba que Lourdes seguía turbándole el conocimiento, pero sobre todo porque era evidente, bajo la giba de seis meses que se adivinaba bajo ese abrigo pasado de moda, que no tenía una vida fosilizada como la suya, sino que disfrutaba de vivencias de lo más sugerentes con otro hombre.

No fue necesario que Nicanor hiciese muchas presentaciones. Las primas se abrazaron, aunque no con mucha efusión. Monique, llorando, besó a todos. Y Peletier acarició a todos, incluso la cara barbada de Nicanor. Fueron a pie al cercano hotel *Savoir-vivre*, donde se alojaban los parisinos. Las primas iban cogidas de la mano, una espigada aunque ya algo cargada de espaldas, semejante a una madre, y la otra de cuerpo recogido, con pasos titubeantes de niña tímida. Ya en el hotel, se sentaron a una mesa de su salón. Tomarían unos aperitivos en espera de la comida.

Sonsoles y Lourdes, pegadas una a otra, hablaron de todo lo humano y callaron de lo diabólico, es decir, de Berta. Aunque por razones diferentes: una pensaba que tenía prohibido mencionarla, y la otra se tenía prohibido pensar en ella.

—Pues sí, mi Lourdes, ya he adoptado dos chinitos y un argelino, pero pienso seguir buscando más criaturas desvalidas —contaba Sonsoles sin parar de hablar entre trago y trago de pipermin.

Que si Cristóbal Balenciaga le había prometido sus próximas cinco colecciones, que si *Paris Match* ya la había sacado en tres portadas, que si François Mitterrand, ese sátiro socialista, no la dejaba vivir con sus requiebros de vampiro. Todo era cháchara por parte de Sonsoles con tal de no referirse a lo que no se podía soslayar.

Lourdes la hizo callar llevando una de sus manecitas a una de las largas extremidades de Sonsoles, cargadas de anillos y brazaletes, al mismo tiempo que cruzaba su aguada mirada oscura de funcionaria de aduanas con la mirada vidriosa y celeste de la fotógrafa que había visto de todo en este mundo. Cordelier apreció ese gesto, cargado de gracia y sensibilidad, sin dejar de echar vistazos a Lourdes mientras atendía con sonrisas forzadas los animados monólogos que se cruzaban Nicanor, Peletier y Monique, a veces esta ayudada por los ladridos en mi bemol de *Molotov*. Pensaba que si no hubiese sido un hombre contrahecho se la hubiese disputado a cualquiera, guerrillero o matador de toros, incluso se la hubiese disputado a sus propias ensoñaciones.

—No te dé apuro referirte a lo mío, Sonsoles —comentaba Lourdes en ese momento—. He tenido dos hijos subnormales, Heriberto y Alberto, y ahora encima espero otro, y del mismo hombre. Pensarás que debo ser la mayor boba del mundo.

—No, querida Lourdes, no... —Sonsoles la acarició y la besó en la frente, tratando de contener unas lágrimas—. Eres mi prima, mi única y verdadera amiga, y todo lo que sufras tú lo sufro yo. Pero si dices que ya te has acostumbrado a tus

desgracias, pues qué bien. —Le pasó una mano por la barriga—. Verás cómo este bebé es tan listo como tío Nicanor. Acuérdate de lo que nos decía Vitali de niñas: las cosas más maravillosas ya han pasado, pero siempre están por venir. ¡Qué complicado era ese ruso! Yo poco a poco lo voy comprendiendo cada vez mejor.

Lourdes asoció ideas, con tal de cambiar de tema.

—¿Sigues pensando en tus fotografías de Hitler? —soltó de sopetón, alterando algo a su prima.

—¡Bah...! No me gusta hablar de eso. Que les den por culo a los soviéticos. —Y Sonsoles echó un vistazo malévolo a Monique que, azorada, cesó en su cháchara con Nicanor—. Para ellos lo único que cuenta son los decorados del gran teatro del mundo, todo su poder se basa en la apariencia de la verdad, en la ilusión de que son un pueblo industrial y científico, civilizado, procurando que los demás se avergüencen de sus Constituciones y sus culturas milenarias, de su arte acrisolado durante generaciones, cuando ellos no dejan de ser mongoles venidos a menos. Bien es cierto que casi todos mis amigos son comunistas. Aunque todos creen que mi pretensión sobre las verdaderas fotos de la muerte de Hitler y Eva son una *boutade*. Sonsoles Broteau es la excéntrica de la *gauche divine*. Al fin y al cabo somos demócratas populares, tenemos tendencias para todos los gustos. Al fin y al cabo, querida, yo tengo que vivir. —Sonsoles dio unas caladas a su pitillo y se echó el pelo platino por detrás de una oreja, ribeteada con tachuelas de oro y diamantes—. ¿Has sabido algo más de Vitali después de su desaparición?

Ese era otro tema que Lourdes no quería tratar. No quería que la pavorosa última imagen que tenía de Vitali viniese a emborronar sus agradables recuerdos de Jaca en el estudio del hotel Mur.

—Muy poco, Sonsoles... —contestó Lourdes, pero como le pareció poco convincente, se creó una nueva mentira—. Hace meses, Esquinazao, moribundo de viejo, llegó a Jaca. Nos contó que había visto a Vitali por última vez en los días finales de la resistencia de Madrid. Eso es todo.

Sonsoles siguió fumando con la mirada azul perdida entre aquellas montañas que se entreveían entre las pequeñas cortinas a cuadros de las ventanas del salón, montañas que ella no pensaba volver a traspasar jamás.

No tardó en llegar la comida. Cordelier, en lugar de dejarse tragar por el abatimiento, producto de un amor de muchacho por una persona que pronto sería madre de tres criaturas de otro, estuvo muy ocurrente y divertido. Parecía conocer toda clase de anécdotas, especialmente sobre enólogos borrachines. Monique se reía por sus ocurrencias, Peletier quedó fascinado por ese hombre de joroba tan sensual y Nicanor sonreía ante la agudeza de su empleado.

Después del café, Nicanor no pudo evitar que Monique lo sacase a bailar un pasodoble. La pareja parecía compuesta de una momia bailando una danza macabra con Josefina de Beauharnais.

Permanecieron en el *Savoir-vivre* un día y medio. Por la noche, Lourdes supo que

Sonsoles se inyectaba morfina en la soledad de su cuarto. Sentadas ambas en la cama, la prima mayor mencionó a la gran ausente, bien que sin nombrarla.

—No se lo cuentes, Lourdes. Ni pienses en esto delante de ella, por favor.

Lourdes la abrazó y estuvieron sollozando un buen rato.

—No, Sonsoles. Solo pensaré en el baile de tío Nicanor y Monique. Para que rabie de envidia.

Por la mañana, Ramiro, un par de sus hombres y Damián se acercaron por el hotel. Hubo más presentaciones, saludos y besos. El encuentro entre el viejo contrabandista y Sonsoles fue muy emotivo, y para ellos, padre e hija, fueron los puestos de honor en la larga mesa a la hora del almuerzo. Lourdes y Ramiro se sentaron juntos. La situación para Cordelier se hizo muy incómoda; con la excusa del trabajo, después del primer plato se despidió y se largó en dirección a la fábrica de Palop & Broto, sita a unos tres kilómetros del pueblo, perdida en un bosque.

A los postres, un tipo de extraño acento preguntó por Nicanor en recepción. El recepcionista se lo comunicó al señor Broteau de forma discreta, aclarándole al oído que se hacía llamar Federico y quería hablar con él. Nicanor se disculpó y salió al pequeño vestíbulo. El sujeto era alto, bien parecido, iba vestido con una gabardina larga y tocado con un sombrero tan grande que velaba sus ojos. Sin apenas saludarse, después de unas breves palabras, subieron a su cuarto.

Federico —evidentemente un seudónimo o un alias— era un camarada del PCE, además de un activista del Kominform, posiblemente también un agente del NKVD. Transmitió a Nicanor un breve mensaje de parte del coronel Brotov, del Comité para Europa Meridional en la Lubianka. Debido a la evanescente situación internacional, y puesto que el Politburó había decidido cambiar de estrategia en su acoso al fascismo español, se le ordenaba que lo antes posible desactivase sus guerrillas de los Pirineos. El maquis debía disolverse.

Federico desapareció antes de acabar su cigarrillo. Nicanor se quedó sentado en la cama, sin saber cómo actuar. Como siempre, le faltaban las palabras para expresar sus sentimientos. Solo se le ocurría pensar que él, un vendedor de ataúdes, sería el sepulturero de una esperanza, si no su traidor.



## Capítulo 33

**L**o que al principio pareció simple polvillo que caía del cuerpo de Digna como reacción a la penicilina —al fin y al cabo la medicina se extraía de microscópicos hongos, explicó el doctor Zacarías—, comenzó a preocupar más. La enorme bola de plumón blanco en que se había convertido la mujer no dejaba en todo momento de desprender esa pelusa ligeramente urticante, suave al tacto como el talco. El polvo invadió cada estancia del hotel Mur, la calle, Jaca entera, se asentó en los bancos de la catedral y sus capillas, penetró por las ventanas de las casas, cubrió con un manto blanquecino los campos cercanos, hasta que los bosques en torno al río Aragón parecieron nevados antes del invierno. Ya no era posible entrar en la alcoba de Digna para llevarle sus gusanos de seda de comida sin tener que abrirse paso a través de montones de pelusa que emanaba al menor movimiento aquella criatura alba, amorfa y como flotante sobre la cama con baldaquino. De vez en cuando unos empleados tenían que recoger a paladas esa pelusa espolvoreada y llevarse varios sacos llenos.

Presas definitiva de su locura, Digna parecía ajena a la situación matricial de esporas en que vivía. Cualquiera que le hablase, debía taparse la boca si quería respirar sin ahogarse. Vano empeño, pues Digna ya no sabía expresar nada inteligible: su boca, un hoyo de pólipos de creta, solo emitía un chorro de ese polen a cada articulación de sonidos.

—Ozzz summsssbezz iiizz azz anzzzbleeeezzz... —decía Digna de forma enigmática.

Pero como Nicanor poseía don de lenguas, con el tiempo llegó a interpretar su farfullar sibilante.

—Dice que ella siempre quiso ser un ángel —explicaba a los demás, reunidos en el salón del hotel.

Pensaban en Digna, hacían planes para el futuro. Nadie lo quería mencionar, pero todos sabían que algún día, tal vez cercano, dejaría de bajar pelusa por la escalera de roble, lo que significaría que todo habría acabado. Ya se habían tomado algunas medidas.

Jovita pasaba más tiempo en el Mur de Jaca para llevar más de cerca los asuntos de su patrona. Berta se maldecía por dentro, aunque no se sentía responsable de haber comprado aquella jodida penicilina en el ropero del Teatro Real a un facultativo del hospital San Carlos, al fin y al cabo, si no la hubiese traído quizá la suerte de Digna hubiese sido peor y más rápida. Nicanor acababa de dar órdenes a sus carpinteros más diestros para que elaborasen el ataúd que su esposa merecía. Sería de madera de teca, todo él labrado con motivos que había descubierto en las ilustraciones de una enciclopedia de arte, bajorrelieves de carácter erótico de un templo hindú de la dinastía Gupta. Esperaba que su pariente el obispo Atanasio Mur no pusiese ningún impedimento por semejante inhumación.

En la catedral, las viejas desdentadas que se cobijaban bajo su arquivolta por fin después de tantos años cantaban victoria sobre la pécora de los Mur. Bien estaba aguantar por una temporada esa pelusa que todo lo cubría con tal de ver a Digna entrar en el infierno por su puerta grande. Sin embargo, lo que se creía un castigo divino sobre quien se había ciscado en todos los mandamientos, no tardaría en convertirse en un suplicio general.

Al final de la primavera, repugnantes hileras de marrón verdoso entreverado de amarillo negruzco, peludas y con infinidad de patas, se vieron desfilar por las calles de Jaca así como por todo el valle hasta el túnel de Somport. Eran millones, trillones de orugas procesionarias que caían de los pinos y que reptaban por todas partes. El practicante Aniceto, de imaginación demasiado encendida —había llegado a la conclusión de que Manolete todavía vivía, en el anonimato—, afirmó en el casino La Alegría Juvenil que el fenómeno se debía a un conjunto de factores: la radioactividad latente en la atmósfera desde Hiroshima y Nagasaki; la caza indiscriminada de pájaros, predadores naturales de sus mariposas, a causa del hambre general; y, sobre todo, el moho que emanaba Digna Mur, que servía de caldo de cultivo a tales insectos. En eso que se desprendió una procesionaria de la lámpara del salón y fue a caer por el cuello de la camisa azul de Aniceto. El practicante, víctima de la urticante oruga, empezó a saltar, a contorsionarse entre gritos, a tratar de quitarse la camisa. Los demás socios se carcajearon. Finalmente, un empleado pudo arrancar la procesionaria de su espalda con el chorro de un sifón.

La plaga de procesionarias adquirió caracteres bíblicos. Una a continuación de otra, pululaban en filas interminables por las cocinas, por las camas, por los confesionarios de la catedral, por el cuarto de banderas de la Ciudadela, por las carreteras, embarrándolas con una papilla nauseabunda que producían las ruedas de los vehículos al pasar por encima de ellas. Esa papilla, extendida por los raíles de la vía férrea, hacía resbalar las ruedas de los trenes. En cualquier momento podía caer una procesionaria sobre cualquier cabeza, o subir unas cuantas por el culo de alguien mientras cagaba, o una mañana aparecer cualquiera en medio de miles de ellas en su cama, envuelto ya en la tela de su nido. La gente debía estar alerta las veinticuatro horas del día. Algunos optaban por huir del valle, otros se aislaban en el fondo de sus alacenas. A Nicanor esas columnas interminables de procesionarias, avanzando por el manto blanco que cubría las calles, le evocaban el Transiberiano atravesando la nevada estepa rusa.

Solo había una manera de combatir las: destruyendo sus nidos de seda en lo alto de los pinos. Todo el mundo que tenía una escopeta se echó al monte para disparar contra esas asquerosas urdimbres blancuzcas que amortajaban las ramas. Por aquí y por allá se repetían las detonaciones en los bosques, y saltaban los nidos deshechos. Pero de este modo las procesionarias supervivientes se expandían por todas partes.

Aquellos disparos habían venido a sustituir a los tiros que resonaban esporádicos entre el maquis y los guardias de Montoya.

Puesto que el coronel Ferreira, poseído por sus delirios, era un inútil para combatir a esos bandidos —bajo su mando, durante días una compañía entera había seguido huellas de lo que parecía un lobo, para ir a dar con un perro de caza asilvestrado—, el brigada de la Guardia Civil creía haber dado con la clave para capturarlos. Según se decía, el maquis se estaba replegando, pero Montoya no se lo creía. Achacaba su menor actividad a la plaga de procesionarias, que hacía impracticables determinados senderos. Camuflado entre el follaje con un par de hombres, aguantando las procesionarias que avanzaban por sus botas, por sus capas y sus tricornos, vigilaba a quien sabía que podía conducirlo a la guarida de Ramiro Broto.

Desde su escondite Montoya vio caminar hacia lo alto del monte a la pequeña de los Broto, en estado de avanzada gravidez, con su capota y su capucha roja y llevando su cesta.

—Dejadla pasar, muchachos —susurró a sus flancos—. Esa mujercilla me la jugó una vez, pero ahora no está para juegos.

Había transcurrido un mes desde su regreso de Bedous, todo había seguido su marcha normal en espera del parto, pero aquel día Lourdes subía hacia la cueva muy preocupada. No encontraba a Silvestre desde hacía tres días. No sabía nada de él, de forma que estaba decidida a que el Genio le revelase su paradero. Ella nunca lo había llamado, entre otras razones porque había creído que la lámpara no respondería a sus manos, pero ahora se encontraba en una situación desesperada. Llevaba dos noches sin dormir de pensar que al general Silvestre le hubiese ocurrido algo.

Una vez en la gruta, después de una ascensión terrible entre procesionarias que caían sobre su barriga, Lourdes cogió la lámpara de su escondite y la frotó. Se llevó una sorpresa cuando de inmediato el cuerpo traslúcido del Genio se hizo visible en su chorro de humo.

—¡Aaaumm...! —se desperezó el Genio—. ¿Por qué me despiertas, zurrapa con barbas, ahora que estaba soñando con cariñosas bubús del Sind de ojos color lila? —Se fijó mejor y se dio cuenta de que estaba ante Lourdes—. ¡Ah! ¿Eres tú, pétalo de la corona del Comendador de los creyentes? ¿Qué quieres de este humilde sirviente que no te podrá complacer, no en ese estado de saciedad en que te encuentras? —Rio malévolamente, con rijosidad, para a continuación descubrir filas de procesionarias pululando por la cueva—. ¡Qué asco! ¿No me digas, Lourdeshar al Brut ibn Jaccah, que nos hemos trasladado al antiguo Egipto, y que esta es una de sus plagas?

Lourdes le hubo de explicar someramente el porqué de tanta oruga por allí. Enseguida pasó a lo que más la preocupaba.

—Te lo ruego, Genio. No te pido que lo busques, sino que me digas donde está

Silvestre —dijo Lourdes con ojos grandes de lástima—. Él es mi amigo, y tengo que ayudarlo.

—Está bien, Lourdeshar. Un genio del GAB siempre es sensible a las palabras de quien Alá, el misericordioso, el magnánimo, ha bendecido su vientre. ¡Hum...! Veamos si por medio de la pantalla líquida descubrimos qué ha sido de ese desharrapado.

Fueron al rincón de la cueva donde se encontraba la fiambarrera, pero la fiambarrera, en lugar de contener agua, estaba llena de procesionarias. Lourdes la vació sin muchos escrúpulos, salió al exterior y la volvió a llenar del agua de una chorrera. Poco después, los pases mágicos del genio comenzaron a animar figuras en su superficie.

Como si el general Silvestre hubiese esperado que recurrirían a la pantalla mágica, había grabado unas palabras para ella, de pie en la boca de la cueva, aprestando las pieles de su vestimenta, su sable y su pistola colgados de una cinta de cuero, preparándose para emprender un viaje.

«Señorita Lourdes, este mensaje va dirigido a ti, y no a ese cagón de Genio que no me sirve para nada. Como sabrás, ya han pasado más de veinticinco años del Desastre, del momento en que pedí un deseo disparatado: que un día se aclarase ante la ciudadanía tal oprobio. También han transcurrido más de veinticinco años de mi vida prolongada, así que me quedan menos de la mitad. Pero no estoy dispuesto a aguantar tanto. He leído en el *Heraldo de Aragón* —que tú me traes amablemente— que Su Excelencia el Generalísimo, cansado de velar por los españoles en su despacho de El Pardo, piensa pasar unas jornadas de asueto en un parador de Biescas, no lejos de aquí. Ya sabes, el Caudillo es muy aficionado a la caza y a la pesca. La bestialidad humana siempre necesita un desahogo animal. Pues bien, he tomado la determinación de ir a su encuentro y, con el máximo respeto, exponerle la siguiente cuestión: o transmite una alocución con su propia voz por Radio Nacional de España, en la que contaría al detalle los pormenores del Desastre de Annual y denunciaría la ineptitud de sus compañeros de armas —no míos, que los repudié hace mucho—, o me veré obligado a denunciar ante la prensa internacional que Francisco Franco Bahamonde tuvo un hijo natural producto de una relación con una adolescente judía de Tánger llamada Genoveva Casanova. Puedo presentar testigos de esa ciudad aún vivos. Lo he dispuesto todo para que tu amante Ramiro lleve un escrito mío, firmado y rubricado, a los medios extranjeros relatando dichos pormenores. Ya verás, mi querida Lourdes, cómo el Generalísimo, por el bien de su buena fama y la decencia de su familia, atiende a mis razones. Adiós, señorita Broto, y cuida de ese bebé».

El Genio rompió a reír como un niño de diez meses, y no pudo evitar revolcarse sobre las procesionarias del suelo. Pero Lourdes no le encontraba gracia al asunto, más grave de lo que había supuesto. Pidió al Genio que de una vez le mostrase dónde podía encontrarse Silvestre. Con su oronda panza todavía temblorosa de la risa, el Genio movió un índice para que la acción de la pantalla progresase.

Llevó la acción al tiempo actual, al valle del Tena, paralelo a aquel en el que estaban, donde se encontraba Biescas. Apareció el caserón del parador, custodiado por la Guardia Mora. Se veía que allí también estaban llegando las plagas de pelusa y de procesionarias. Unos cuantos lacayos de amplia boina roja cargaban el agosto equipaje, las escopetas de caza y las cañas de pesca en camiones militares y en grandes coches negros. Franco se largaba asqueado sin cazar ni pescar. Todo parecía indicar que por allí no había aparecido Silvestre.

—Todavía no habrá llegado, Genio —le dijo Lourdes—. Búscalo más cerca.

En efecto, en virtud de la rémora de la cueva que lastraba sus pasos, Silvestre llevaba tres días a pie monte a través para cubrir lo que, en circunstancias normales, a cualquiera le hubiese llevado unas horas. A cada paso que daba, sus piernas se hacían más lentas, sus movimientos se ejecutaban más despacio.

Recordando el episodio de la Rebelión de Jaca, Silvestre había tomado sus prevenciones. No le importaba que lo detuviesen, con tal de que fuese en Biescas, aunque entonces ya solo podría emitir sonidos demasiado lentos. Así pues, del cuello llevaba colgado un papel donde se decía:

Soy el General Manuel Fernández Silvestre, héroe de Annual.  
Quiero hablar con Franco (le conviene).

Por aquellos parajes había desplegado a sus hombres el coronel Ferreira para proteger a su poderoso paisano y amigo. Solo faltaría que, cazando por el bosque, Franco sufriese el ataque de un lucumón en territorio de su jurisdicción. Entonces, a causa de su negligencia, el jefe del Estado devendría en un hombre lobo gallego.

Uno de los soldados —desganados, aunque divertidos de participar por enésima vez en esas expediciones al mando del chalado de Ferreira— gritó y señaló a un bulto que se movía a través de la maleza.

—¡Por allí, mi coronel! ¡He visto un lucumón!

Evidentemente no había visto un lucumón, sino a Silvestre trepando por una ladera entre nogales y hayas. Pero Ferreira columbró a través de las sombras a una criatura llena de pelos por todas partes que gateaba despacio, como avanzan los lobos que acechan.

—¡A él, muchachos! —gritó y desenvainó su sable—. ¡Tres meses de permiso a quien lo atrape!

Eso fue suficiente para espolpear a los soldados, que se lanzaron hacia aquel ser medio hombre medio animal. Silvestre se dio cuenta de que lo seguían y trató de huir, pero poco podía hacer dada su movilidad de camaleón. Dio un paso en falso, perdió pie y se precipitó rodando como a cámara lenta por un terraplén cubierto de hojarasca y procesionarias, hasta que fue a dar a un hoyo. Allí lo encontraron los soldados, que enseguida lo encañonaron. No tardó en llegar el coronel Ferreira, jadeando, ufano por la pieza cobrada. Le puso la punta del sable en el pescuezo.

—Por fin... te he atrapado, lucumón... El Caudillo me lo tendrá en cuenta...

Al oír aquel título, Silvestre quiso decir algo y, desde el fondo del hoyo se revolvió para hacerlo. Ante sus captores aquello pareció el encogimiento de una alimaña herida y exánime. Se pusieron en guardia. Y lo que a continuación dijo, si bien fue claro y preciso, se oyó tan pausado que a todos se les antojó que emitía gruñidos. Para Ferreira aquel intento de hablar era una reminiscencia de su anterior vida humana antes de caer en la licantropía. Sus ojos se iluminaron. Con aquella prueba viviente de lucumón ya nadie pondría en duda sus palabras.

## Capítulo 34

**A**l cabo de duras jornadas de intensa espera, la paciencia de Montoya tuvo su recompensa. Soportó horas de vigilancia en su escondite, mientras las procesionarias pasaban por encima de él y sus hombres. Padeció una insoportable urticaria que no se podía rascar. Aguantó una insaciable sed apenas calmada. Esperó relevos esporádicos para estirar las piernas y echar una cabezada en el cuartel. Pero por fin Damián aparecía delante de sus ojos. No lo veía, como nunca lo había visto desde hacía décadas en sus intentos por detenerlo, pero ahora estaba seguro de que iba avanzando por ahí abajo, por ese sendero que serpenteaba entre helechos y hayas. Montoya sabía que, en su ir y venir por la frontera salvaje, el viejo contrabandista mantenía contactos con el maquis. Y sabía que lo hacía por motivos sentimentales. Porque esta vez tampoco iba a dejar de ver a Ramiro.

Desde Francia se había dado orden a los subversivos de retirada, y muchos, en efecto, habían cruzado la frontera con sus armas, no así Ramiro y unos cuantos de sus hombres. Montoya no creía que fuese por un acto de rebeldía con la dirección del Partido en París, ni con las consignas de Moscú, más bien se inclinaba a pensar que estos rezagados estaban cubriendo la retirada de sus compañeros, o que les costaba abandonar la vida que habían llevado durante tantos años. O que podrían estar custodiando el lugar donde habían guardado el botín del asalto al tren de los alemanes.

Lo que ignoraba Montoya es que, antes de salir de Canfranc, Damián y Lourdes habían hablado entre sí. La sobrina, pese a su avanzado estado de gestación, había descendido de la cueva, presurosa y a trompicones, a resbalones sobre las procesionarias pisadas, embadurnándose con la pelusa de Digna que se levantaba de las hojas a su paso. No fue ella quien localizó al tío, sino que fue Damián quien, advirtiéndole que la embarazada corría en dirección a la estación, le salió al paso al doblar un vagón en vía muerta.

—¡Tío Damián...! Gracias a Dios que te veo... —dijo ella casi sin resuello, atropellándose en las frases—. Tienes que avisar a Ramiro. Si yo no estuviese así, iría en su búsqueda. Cuéntale... dile que tiene que ayudarme. Dile que el coronel Ferreira ha capturado a Silvestre.

—¿Quién es Silvestre, mañica?

Lourdes tragó saliva reseca.

—No me pidas que te lo explique, tío, por favor. Dile a Ramiro que Ferreira y sus soldados llevan a Silvestre por el cerro de las Canales en dirección a Jaca. Pero que tardarán mucho en llegar, tal vez varios días. Dile que haga todo lo posible por liberarlo.

Oído el mensaje de su sobrina, Damián emprendió la subida del monte con su mula. No se quiso preguntar mucho quién pudiera ser ese Silvestre, tal vez un maquis amigo de Lourdes y Ramiro, pero lo que sí se planteó seriamente fue ese hipotético

rescate. No veía cómo Ramiro y los pocos compañeros que le quedaban podrían hacer frente a Ferreira y su tropa, por mucho que se aprovecharan de la sorpresa. Y, sobre todo, no se explicaba cómo podrían tardar varios días Ferreira y su prisionero en ir del cerro de las Canales a Jaca, cuando les bastarían unas pocas horas. En fin, su sobrina Lourdes siempre había tenido muchos pajaricos en la cabeza.

Lo que ignoraba Damián es que los soldados de Ferreira encargados de llevar al lucumón no podían con él. Cargaban a la fiera apresada entre dos, jóvenes y vigorosos, pero sus piernas apenas podían moverse, como si la rémora que padecía Silvestre se transmitiese a sus cuerpos. Ferreira los insultaba, los amenazaba, escupía a los gandules y ordenaba que otro par de soldados cargase con el lucumón. Sin embargo, esta nueva pareja tampoco podía avanzar más aprisa que la anterior. No es que el hombre lobo escualido que llevaban, envuelto en cuerdas, pesase mucho, es que parecía negarse a moverse. Tanto más teniendo en cuenta que en dirección a Jaca se iban alejando poco a poco de la cueva.

—¡Sois todos unos flojos! —bramaba Ferreira—. ¡A ver, un pelotón entero, que se haga cargo del lucumón!

Ataron al lucumón a una recia rama de pies y manos, a modo de jabalí cazado, y ocho hombres lo levantaron. Se echaron la carga al hombro y trataron de seguir la vereda. Pero no había forma de que aquellos aguerridos mozos avanzasen dos o tres pasos en un minuto. Ferreira y sus oficiales no salían de su asombro, de contemplar cómo el pelotón, con su carga al hombro, parecía un grupo de actores cinematográficos de una sucesión pausada de fotogramas. Y no tenía explicación tal fenómeno, habida cuenta de que el lucumón era un saco de huesos —hambriento en el bosque por su impericia en cazar presas—, y que le habían quitado de encima todo lo que llevaba de peso, un sable y una pistola —detalles cuya presencia no tenía fácil explicación para Ferreira—. Ofuscado por lo absurdo de la situación, el coronel se precipitó sobre el lucumón para ver si llevaba algo más de peso bajo las pieles con las que se cubría. Lo registró, y encontró debajo de sus barbas y colgada del pescuezo con una guita un rollo de papel. Sin salir de su sorpresa, Ferreira leyó el papel:

Soy el General Manuel Fernández Silvestre, héroe de Annual.  
Quiero hablar con Franco (le conviene).

La perplejidad se apoderó de Amundi Ferreira. Él había estado a las órdenes del general Silvestre en Marruecos, en la campaña de Larache, aunque años después no había llegado a participar en aquella aventura que condujo al Desastre de Annual. Acuciado por una sospecha, apartó las greñas lobunas del hocico del lucumón, descubriendo lo que se temía: la fea cicatriz que en su juventud los mambises de Cuba le habían producido con un machete.

Aturdido, con babas que se escurrían de su boca abierta, Ferreira ordenó a sus hombres que dejasen al lucumón en el suelo. Montones de orugas murieron



aplastadas. A indicación de su jefe, los soldados liberaron de sus ataduras al preso y luego se alejaron. Se pusieron a fumar en corros o apoyados en los troncos de los árboles, atentos a que no les cayese encima ninguna procesionaria, cuchicheando entre ellos, esgrimiendo sonrisas de desprecio y sofocando risillas de burla acerca de su coronel. Ferreira se sentó en cuclillas cerca de Silvestre, que lo miraba con un brillo extraño en los ojos, como si en su interior, por fin, hubiese encontrado un camarada que lo comprendería y ayudaría. Empezó a hablar, pero tardó varios segundos en pronunciar la primera «a» de «ayúdame».

Lo que ignoraba Lourdes en ese momento —de aquí para allá por el andén español de la estación, indecisa sobre si esperar allí o regresar a la casa de Canfranc— era que Ferreira pegó su oído a la boca de Silvestre, y que, así durante más de una hora, estuvo escuchando lo que decía, sin dejar de hablar él también. Y que como resultado de esta misteriosa conversación, con la expresión demudada y el habla trastornada, Ferreira le devolvió el sable y la pistola y ordenó a sus hombres que dejaran libre al prisionero. Una vez suelto de sus ataduras, el prisionero no escapaba pese a moverse, no se alejaba de su lecho de procesionarias aplastadas, de modo que Ferreira optó por dejarlo allí solo y volver con su tropa a la Ciudadela.

Para el coronel aquel episodio había dado un vuelco a su locura, retrotrayendo su mente a los días de sus primeros dolores, cuando en el Rif se corría sus juergas en aduanares apartados o en reservados de cafetines de Tánger, en compañía de otros oficiales que, al igual que él, también habían encontrado su perdición en el kifi, en visiones descoyuntadas, en ilusiones contrahechas, en sueños malditos. Ahora que iba de regreso a la Ciudadela, que su pasado lo había alcanzado, Ferreira no sabía si acabar ya sus padecimientos. Tal vez en la soledad de su cuarto con su pistola de reglamento, o quizá, lo más socorrido, con una carta de renuncia a su amigo Paco, en espera de un pronto retiro, con la esperanza de regresar a las frondas recoletas de su Orense natal y perderse para siempre.

Ignorante de estos acontecimientos, en particular de que su sobrina Lourdes había bajado de la estación al pueblo con los primeros dolores del parto, Damián proseguía su escalada por las trochas y las quebradas del monte. Asimismo, no podía imaginar que varios pares de ojos lo iban siguiendo. No es que lo viesan, pues su pelliza de camuflaje y la manta de la bestia los confundían a él y a su mula con la maleza circundante, pero sabían perfectamente por dónde iba avanzando.

Montoya había advertido días antes que el paso de Damián por Canfranc iba dejando un sendero en la tierra vacío de procesionarias, y que este sendero tardaba en ser invadido de nuevo por las orugas. Monte a través él y sus hombres, despacio, prevenidos, alertas, con las armas prestas, caminaban ahora por ese sendero despejado de procesionarias, con la seguridad de que Damián avanzaba camuflado a cien metros delante de ellos. El contrabandista condujo a Montoya y sus guardias al

antepecho rocoso de una hondonada abrigada por árboles, como un poyo al borde de un pequeño precipicio. Era la guarida ideal. Los guardias civiles se pusieron a cubierto. Desde allí observaron varias cabañas de lona apenas camufladas con ramaje, tres mulas paciendo en un pequeño claro, una chorrera de agua a un extremo, una fogata apagada y varios tipos armados. Uno de ellos, Ramiro Broto, salió al paso de Damián. Se saludaron con un apretón de manos. A ojos de Montoya, padre e hijo estuvieron hablando durante unos minutos. Le pareció que el contrabandista le transmitía algún mensaje, quizá de alguien del pueblo: el misterioso organizador de aquella banda de rufianes. Damián se despidió de Ramiro y prosiguió su marcha cadenciosa hacia los pasos de la frontera.

Cuando Montoya estuvo seguro de que Damián se encontraba lo suficientemente lejos, pues no tenía nada contra él, incluso lo admiraba por haber poseído a una mujer como Berta, además de por su burla de la ley de los señoritos, ordenó a sus hombres que rodeasen el campamento de los maquis rezagados y que actuaran sin contemplaciones.

Dos horas más tarde, cuando el crepúsculo bermellón se adivinaba por el horizonte, una fila espantosa hizo su entrada en Canfranc. La encabezaban ocho guardias civiles, Vargas, Amayas y Heredias, todos al mando del brigada Montoya. Iban sucios y rasguñados de haber participado en una reciente refriega, y a uno de ellos se le veía herido en un brazo. Tiraban de dos mulas emparejadas por sus arreos, que a su vez, por medio de sogas, arrastraban cuatro cadáveres en fila india, uno amarrado a los pies del otro por la cabeza. Los cuatro, destrozados por los guijarros del camino, manchados de la sangre de sus heridas, embadurnados de la carne verdosa de las procesionarias que habían ido aplastando. A algunos vecinos de Canfranc que fueron testigos de aquello les pareció que los muertos formaban cuatro gigantescas y abominables procesionarias.

El quinto guerrillero no estaba muerto, ni siquiera herido de gravedad, tan solo tenía una luxación en una pierna. Iba amarrado y cruzado sobre la grupa de una tercera mula.

Montoya estaba seguro de haber disparado dos veces seguidas contra Ramiro, sin posibilidad de fallar; sin embargo, este había salido indemne del lance. A continuación, el rebelde había intentado escapar saltando por una quebrada, con tan mala maña que al caer se había hecho daño en la pierna izquierda. Así fue como Montoya pudo capturarlo. Ahora, detenida la macabra fila en medio de la plaza ante docenas de vecinos, para ejemplo y escarmiento, Montoya se acercó a un Ramiro cruzado de cuerdas y, tirándole del cabello, le levantó la cabeza.

—Huy, huy..., chiquillo... —le dijo mientras le mostraba con la otra mano la carta que días antes le había dado Silvestre en la cueva, denunciando a Franco por su hijo ilegítimo dejado en Marruecos, con rúbrica y lista de testigos—. Estos papeles no se pueden llevar encima, machacao. Quemán en los bolsillos. De todas maneras, chiquillo, ya te habías ganado tu buena ejecución.

Ramiro no dijo nada. Apenas miraba con unos ojos que parecían los vidrios oculares de un muñeco, unos espejos sin alma. Si Montoya se hubiese fijado, habría apreciado, grabado en el reflejo de sus iris oscuros, el instante en el que él mismo, con los dientes enclavijados, disparaba su Browning casi a quemarropa contra Ramiro.

—Bueno, bueno, chiquillo montañés... —suspiró Montoya—. ¿Por qué no completamos la faena de la tarde y me cuentas dónde guardáis el tesoro de los alemanes? Vamos, malaje, dilo, que no tienes nada que perder.

Ramiro seguía sin contestar, abismado en su segundo ensayo de muerte. Desde una ventana lo observaba Lourdes, la madre de sus hijos. Vio que Montoya, escupiendo rabia, golpeaba con la culata de su pistola la nuca de su prisionero, como si le diese la puntilla. Lourdes se volvió espantada hacia el interior. Ya había roto aguas, ya había dilatado, aunque los dolores no le impedían moverse de aquí para allá por el cuarto, inquieta por lo que le pudiera estar pasando a Ramiro. Por fin Berta y Paula lograron echarla en la cama.

La criatura ya llegaba, asomaba su coronilla entre las piernas abiertas. Lourdes no dejó que Paula la tocara.

—¡Dejadme las dos...! —gritó a su tía y a la criada—. No quiero que lo encantéis con vuestras manos y salga como los otros.

De modo que fue la propia Lourdes, sentada y doblada hacia su seno, quien con sus manos sanguinolentas se extrajo del vientre, tirando y torciendo, al nuevo bebé que traía al mundo. En esa ocasión tuvo una niña, que se llamaría Roberta, pero que no se diferenciaría en nada de sus dos hermanos.

## Capítulo 35

**A**l comienzo del otoño de aquel mismo año, Montoya se presentó en la estación con una maleta de lona y dos cajas de cartón empaquetadas con cordeles. Ahí llevaba todo su equipaje. En el andén se despidió de sus hombres, en especial de aquellos veteranos que habían compartido con él los días más difíciles. Luego se permitió dar unos consejos a quien lo sustituía al mando del cuartelillo de Canfranc, su paisano el sargento Heredia.

Como el maquis había desaparecido de aquellos parajes hacía meses, de nuevo se había restablecido el tráfico regular por la línea ferroviaria que conectaba Jaca con Pau por Bedous a través del túnel de Somport. Habían vuelto a circular los legendarios naranjeros de Valencia y Alicante, con cítricos para la renaciente Europa. En aquel tren de vagones de mercancías variadas que regresaba de Francia —trigo, patatas y cerdos para una hambrienta España—, se había enganchado un vagón de pasajeros que iba justo detrás de la locomotora. A él se subió Montoya como único pasajero. Esa suerte solo le duraría hasta llegar a Jaca. Se despidió de su gente por una ventanilla y, ya con el convoy en marcha, se sentó a sus anchas, sacó su chisque y se puso a fumar.

El paisaje boscoso e inclinado del valle, con las primeras manchas doradas de la caída otoñal, comenzó a pasar por delante de sus ojos. Más de veinticinco años de servicio en aquella perdida raja del mundo y ahora, pasados los cincuenta, por fin la abandonaba para no volver. Todavía no se jubilaba, aún le quedaban unos años, pero lo habían destinado a Sevilla para que los pasase en su tierra. Era la última recompensa. Allí lo aguardaba una casita en Utrera, con naranjos y arrayanes. Su esposa Rosario hacía tiempo que se había trasladado a ella, para adecentarla ayudada por sus cuñados. Respecto a los dos chiquillos, uno tenía destino en el Cuerpo, en un sitio tranquilo como Rentería, y el otro estaba a punto de terminar sus estudios en la Academia de Santa María de la Cabeza.

Montoya exhaló el humo con satisfacción. Salía por la puerta grande de aquel valle del demonio, satisfecho del deber cumplido, con menciones honoríficas y una medalla por la desarticulación de aquella última partida del maquis. Sí, señor. Podía dar gracias a Jesús del Gran Poder por su suerte. A otros en cambio, como el coronel Ferreira, devoto de Santiago Apóstol, el destino les había deparado peor cara: un sanatorio para enfermos mentales del Ejército. Pobre hombre.

Lo único que sentía de lo que dejaba atrás era la desdicha de esa chiquilla, Lourdes, la pequeña de los Broto. Verdad que había tenido algún que otro roce con ella, pero su corazón era tan grande que se apiadaba de su infortunio. No solo por los tres churumbeles subnormales que había parido, sino porque el padre de ellos, su amante Ramiro, su propio primo, había caído en manos de la justicia. Pero es que ese machacao nunca había tenido suerte, ni maña para salir adelante, ni perspicacia para evitar las malas compañías. Él lo había capturado porque era su deber, porque el

maquis había hecho mucho daño a España. Esperaba no arrepentirse de eso nunca.

—Montoya, malaje, no te rompas la cabeza pensando en gilipollas que se buscaron su destino a conciencia —se dijo esto en voz alta, sabiendo que, excepto los maquinistas de la locomotora, demasiado lejanos y con demasiados ruidos a su alrededor, no había nadie en el convoy.

Encendió otro pitillo, poco antes de que el tren penetrase en uno de los quince túneles de la línea. Como si la súbita oscuridad le evocase momentos íntimos, la imagen de Berta le vino a los ojos a través de la intensa candela del cigarrillo.

—¡Aaah..., Berta! ¡Hembra de carnes espléndidas, hendidura colorada y gualda asaz dominante como nuestra bandera, manantial de jugos calientes, succionadora de energías agónicas, qué buenos momentos pasamos en aquel vagón de Alfonso XIII...! —exclamó Montoya sin pudor de que alguien pudiese escuchar su florida verborrea andaluza.

Qué extraña familia la de los Broto, si es que alguna vez habían formado una familia, y no un clan, una difusa horda que dominaba sutilmente aquellos montes que iban pasando delante de su vista. De nuevo en la claridad, el reflejo de la ventanilla le recordó el reflejo de la ventanilla de aquel vagón mucho más lujoso. Ese fue el momento en que le hizo ver a Berta el expansivo dominio de los suyos, no como un reproche a su familia, sino como una curiosidad que hasta producía gracia.

Después de retozar de la manera insólita que ella exigía en la litera del vagón real, Montoya se refirió a lo que aquel día uno de sus guardias, un Vargas destinado a Canfranc hacía poco, le había contado. Que un tal Esquinazao, un viejo rojo anarquista de la FAI, había sido detenido en plena guerra. Se pasó el resto de la contienda en un campo cercano a Zaragoza. Antes de que le llegase la saca que lo llevaría muy lejos, a los Campos Elíseos de la Hélade, fue sometido a un duro interrogatorio acerca del paradero del peligroso comandante republicano Sito Broto, también de Jaca como él. Esquinazao, mayor, debilitado y deshecha su resistencia, se había referido delante de sus verdugos a todos los Brotos del mundo. Los nuevos Broteau de París, los viejos Brotenn de la Selva Negra, los descarriados Brotti de Florencia, los distantes Brouty de Sheffield, los discretos Broteira de Lisboa, los lejanos Al Brut de Egipto, los errantes Brotopoulos de Grecia y, por supuesto, los numerosos Broto de los Pirineos. Entre estos mencionó a Damián Broto, de profesión contrabandista, que había tenido numerosos hijos por esos parajes, no solo con su compañera —los interrogadores sonrieron por tal denominación libertaria—, sino de aventuras ocasionales. Uno de ellos, a quien él conocía personalmente, se llamaba Ramiro Broto, un huérfano que siempre había estado dando tumbos, que había pasado por la cárcel de Jaca de niño, que él a veces había amparado y dado de comer, y que después había sido cabecilla de la revolución del año treinta y cuatro.

—¿Se imagina, doña Berta? —preguntó divertido Montoya al tiempo que se abrochaba la bragueta—. Nosotros dos aquí reconcomiéndonos de culpa, mientras su marido anda por ahí diseminando el apellido Broto por todas partes.

Berta, que remetía sus tetas bajo la camisa azul, le echó una mirada de muerte.

—Cabronazo de Montoya... ¿Sabe lo malo que tiene usted? Que escucha lo que no debe.

Y desde entonces no se habían vuelto a citar en aquel vagón en medio de un hangar que por varios años había sido su nido de amor. Su posterior relación había sido distante, esporádica y, si los acontecimientos lo requerían, cortés.

De repente un desasosiego acudió a Montoya. Tiró la colilla al río que se divisaba allá abajo y se levantó a estirar las piernas. Durante los años posteriores le había pesado esa ruptura desabrida con Berta, una mujer que le fascinaba, aunque jamás se hubiese casado con ella pues a él le gustaban para la convivencia las mujeres discretas y menudas como Rosario.

Para colmo, él mismo había capturado y puesto ante el paredón a Ramiro, tal vez un lejano pariente suyo. Aunque, para su alivio, por esa fecha todavía no estaba muerto, y eso que ya lo habían intentado ajusticiar un par de veces. Montoya no quiso pensar que cuando le disparó en aquella hondonada del monte las balas de su Browning habían ido a su cuerpo. No, no debía pensar en eso. Era una alucinación de aquellas malditas tierras del norte.

El juicio de Ramiro —expósito, pero de apellido Broto, según palabras de su captor el brigada Montoya de la Guardia Civil en el sumario— había tenido lugar en la Ciudadela. Las acusaciones eran gravísimas: rebelión armada, asesinato de militares y guardias civiles, estragos en haciendas y en vías públicas, y, algo enigmático que el sumario no concretaba, difusión de injurias contra la Jefatura del Estado. Se le condenó a muerte, como no podía ser de otra forma, y se fijó la fecha de su ejecución para un día cercano. Lo llevaron al paredón en muletas, a causa de su pierna vendada, de modo que de esa manera aguardó a que procediese el pelotón de fusilamiento. Pero en opinión de los testigos, Ramiro Broto no parecía contemplar la escena. Su mirada estaba ausente, no murmuraba nada, no respondía al auxilio espiritual que le prestaba el capellán, ni siquiera se dio cuenta cuando un oficial le tapó los ojos con un pañuelo morado con flores amarillas. La posterior descarga rompió sus dos muletas, y él cayó al suelo. Cuando un capitán fue a darle el tiro de gracia, comprobó que no solo tenía un hilo de vida, sino que conservaba toda la madeja intacta. Aquello era extrañísimo, lo nunca visto, aunque en absoluto descartable por las leyes de probabilidades o de la cinética balística. Se probó a ejecutarlo de nuevo una semana más tarde. Y otra vez las balas habían esquivado su cuerpo. Enterado de los hechos, el obispo Atanasio Mur intervino escandalizado ante las autoridades castrenses. Exigió que se interrumpiese ese macabro juego, puesto que si Nuestro Señor Jesucristo había querido que no le llegase su hora ante el paredón, debía hacersele cumplir su castigo de otra manera.

Usías y excelencias tomaron la palabra a monseñor, y se condujo a Ramiro Broto al garrote vil. Una vez sentado delante del palo, y la argolla puesta alrededor de su cuello, el verdugo giró el tornillo. Como si el metal se hubiese resentido de una

fuerza telúrica, la mordaza se resquebrajó y se rompió, y el cuello de la víctima se liberó. Puesto ante la evidencia de que no había forma de ajusticiar a aquel individuo que más bien parecía ya muerto, el tribunal militar optó por atender a los ruegos del señor obispo.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Montoya, tan intenso como aquella noche en que la lengua de Berta despotricó contra todo lo divino y lo humano, contra todos los regímenes políticos, y él tuvo la sensación de que alguien los había escuchado al otro extremo del vagón de Alfonso XIII. Sacudiéndose, echó a andar por el pasillo de su vagón particular. A la izquierda quedaban los compartimentos vacíos, a la derecha la sucesión de ventanillas. Se detuvo a contemplar el paisaje boscoso.

Imaginó que por ahí lejos debía andar ese vivo en muerte de Ramiro, por algún presidio del demonio, llevando en su mente espectral el secreto del escondite del tesoro de los alemanes. Desde el asalto al tren de la Cruz Roja, Montoya había pensado muchas veces en su misterioso contenido, que el maquis había arramblado en un audaz golpe de mano. Solo podía tratarse de algo muy valioso, algo adquirido durante la guerra de modo poco limpio, acaso un tesoro de origen incriminatorio para sus poseedores. Tal vez se trataba de un cargamento de oro sacado de los campos de concentración nazis. ¿No decía la prensa roja que habían muerto gaseados seis millones de judíos? ¿Y no afirmaba que se les había despojado de todo lo valioso? Teniendo en cuenta que la mayoría de ellos era gente acomodada, muchos debían tener dientes y muelas de oro. Seis millones de judíos, a una muela de oro de media, daban seis millones de muelas de oro, a cincuenta gramos cada una, ¿cuántas toneladas serían?

¡Trescientas toneladas!

Estaba Montoya tan excitado por esa visión dorada que creyó sentir un ruido a sus espaldas. Se volvió. Evidentemente no había nadie más en el vagón.

¡Trescientas toneladas de oro! Suponiendo que solo hubiese la décima parte en aquellos tres vagones asaltados, amén de montones de piedras preciosas y perlas, quien lo poseyese sería el hombre más rico de todos los tiempos. Si cayese en poder del Estado sería la salvación de España, el fin de todas sus calamidades, la restitución del Oro de Moscú que se llevaron Negrín y su mujer rusa. Y para él habría una recompensa. Se conformaba con una milésima parte, lo suficiente para comprarse un cortijo cerca de Utrera de veinte mil olivas, con tierras de regadío, con dehesas para ganado bravo. Ya veía la Ganadería de Montoya e Hijos anunciada en los carteles de La Maestranza, un hierro con una M grande encima de una H pequeña. Se reiría de todos esos señoritos de los casinos con sus caballos jerezanos. Tomaría ante sus narices a las mejores gitanas, con labios carmesíes, dientes de nácar y cabellos de azabache. Y, por último, con lo que le sobrara, bañaría de oro el trono de Jesús del Gran Poder, plagaría de perlas el manto de La Macarena. ¡Ea...!

Entusiasmado por sus ensoñaciones, Montoya se llevó una mano para enjugarse el sudor que fluía por el cerco que le había dejado el tricornio en tantos años de

servicio. Fue entonces cuando, directo a su cabeza, un hachazo le vino a cortar media muñeca.

El golpe lo echó al suelo. De la muñeca le manaba abundante sangre. Pero en lo que más se fijó Montoya, aturdido y espantado, fue en Damián, allí delante de él en el pasillo, empuñando un hacha de leñador. Había ido con él desde que el tren saliera de la estación de Canfranc y, una vez más, no lo había visto.

Damián intentó rematar su trabajo con el filo de su arma, pero Montoya, una vez recuperado de la sorpresa, era mucho hombre para acabar con él tan impunemente. Pudo esquivar sus hachazos, levantarse, forcejear con el contrabandista valiéndose de una sola mano hábil, e incluso con los cartílagos al aire de la mano herida logró sacar de la cartuchera su Browning. Durante medio minuto que parecía interminable los dos rivales pelearon a lo largo del pasillo.

El convoy enfilaba el puente ferroviario situado a la salida del largo túnel del monte Aposol. Entonces se produjo un disparo en el vagón de pasajeros, que los maquinistas de la locomotora no oyeron. Poco después, sobre el río que fluía arrugado de blanco al fondo de la quebrada, su puerta trasera se abrió, y por ella se precipitaron al vacío dos hombres enganchados de furor.



## QUINTA PARTE

## Capítulo 36

**A** «través de las ventanillas de los trenes se es testigo de todo, todo se contempla con un necesario distanciamiento. Las cosas pasan o se quedan durante unos minutos, se observan, se estudian y luego desaparecen. El pasajero invade con su mirada escrutadora intimidades de estaciones, donde las parejas se despiden o donde los padres reciben a sus hijos. Descubre las miserias de los lugares, la pobreza de sus viviendas, advierte de la distinción en el vestir entre los pasajeros que aguardan con su billete de primera clase, y percibe con pesar los atavíos remendados de aquellos muchos que irán en tercera, dentro de los vagones marraneros. Así es la vida: escrutación y distingo».

Nicanor no sabría decir cuántos cuadernos habría rellenado con pensamientos, eslóganes, máximas, dibujos de ataúdes, diseños de adornos y esbozos de mapas. Todos los guardaba en su buhardilla de Lisboa, que estaba dejando atrás en ese viaje. Solo sabían de su existencia los cuatro heterónimos de Pessoa, sus amigos y compañeros de farra por las viejas y empinadas calles que miran de soslayo al Tajo. A veces alguno los hojeaba, los leía, y de ellos sacaba inspiración para unos poemas póstumos que irían a engordar el gran baúl del poeta lusitano.

Desde su ventanilla, siempre en primera clase, Nicanor observaba los cambios que se iban produciendo en el mundo, o más bien las inmovilidades, que a su juicio siempre resultaban más vistosas. Había recorrido casi toda Europa con su catálogo de féretros convenientemente actualizado y su cuaderno de pedidos. En todas partes había encontrado actividad, empeño en salir de la catástrofe, había adivinado la decencia de la gente para superarse con pundonor, por eso las ciudades devastadas por la guerra se reconstruían rápidamente, se volvían a tender las vías férreas, a alzar los puentes, a levantar los viejos edificios derruidos. Estaban construyendo una recreación de la antigua y monumental Europa. Sin embargo, cruzando las soledades de España, como en ese viaje, su vista indiscreta e insolente tras el monóculo solo se tropezaba con ruinas de una guerra mucho más vieja, pueblos postrados en su miseria, paisanos enflaquecidos del hambre, mal vestidos, roídos por la pelagra. Se diría que en ese país que tanto recorría de punta a punta nunca pasaba el tiempo. Pero el tiempo, bien lo sabían Nicanor y sus poetas no nacidos, siempre transcurre, y a despecho de quien lo siente.

Digna había muerto hacía ya cuatro años, y él no había podido enterrarla en su féretro hindú. En realidad había desaparecido, deshecha, difuminada en la pelusa de moho que su cuerpo había desprendido durante los meses últimos de su enfermedad. Había muerto como el capitán Acab y su tripulación, sin sepultura, tragada por las profundidades de la insondable inexistencia, sin dejar rastro.

Una tarde, después de que se hubiese advertido que la pelusa había dejado de afluir de su alcoba, dos criados y Jovita Lecumberri se habían abierto paso hasta llegar al baldaquino para descubrir que la cama solo contenía una montaña de polvo

blanco, como si espolvoreándose a alrededor con generosidad, Digna Mur hubiese abandonado este mundo. No se pudo enterrar lo que —en palabras de su pariente el obispo don Atanasio Mur— ya había subido al cielo. «Lo que fue polvo, polvo es», fueron las últimas palabras de su responso, y tratándose de la *madame* Digna Mur, levantó una oleada de escándalo en los bancos de la catedral. Las viejas desdentadas de la arquivolta renegaron del prelado, se santiguaron y prometieron no volver a aquella santa casa. Pero volvieron, por temor de la muerte.

Nicanor procuró a su respetada esposa un cenotafio, donde introdujo el ataúd vacío, labrado con las escenas eróticas de la dinastía Gupta. Y lo hizo lejos de la maledicencia de su ciudad natal, en un panteón que construyó en el modesto cementerio de Canfranc, entre los bosques que cubiertos de nieve cada año recordasen su ausencia.

Luego pasó a los trámites más sencillos. Habló con Jovita a fin de hacerla socia de los negocios que su difunta esposa le legaba. Bastante tenía él con llevar los asuntos de Palop & Broto, pese a la inestimable ayuda de Arthur Cordelier. Jovita aceptó muy agradecida, de modo que dejó definitivamente la posada Mur de Pueblo Viejo —en decadencia desde que las industrias de la madera estaban en declive— y se mudó al hotel Mur. Se le acondicionó el antiguo estudio fotográfico de Vitali de la parte trasera, al fondo del corredor, un lugar de fácil acceso, amplio, por donde podría dar pequeños paseos con su silla.

Una tarde, no lejos del estudio, Nicanor le hizo una sugerencia:

—Jovita, perdóneme mi insolencia, pero no puedo dejar de exponerle un asunto delicado antes de partir hacia Bedous —dijo Nicanor con sus manos juntas sobre su barba clara, como si orase en voz alta, ambos sentados en su gabinete—. En mi modesta opinión, convendría que la relación entre usted y Fortunato la llevaran más discretamente. No es que a mí me importe, respeto sus querencias, pero para el negocio no sería bueno que la *madame* de un prostíbulo de lujo se acostase con uno de sus empleados cerca de donde trajinan los clientes. Eso no es elegante, y ya sabe lo pejugeros que son todos esos oficiales de la Ciudadela. Jovita, mientras haya gente que coma de este negocio, y el Gobierno nos tolere, nuestro deber consiste en que funcione lo mejor posible.

—Me hago cargo, don Nicanor —repuso ella con una sonrisa—. No dejaremos nuestro refugio de la posada.

—Bien, Jovita... —suspiró Nicanor, se levantó y besó la frente de la parálitica—. Es usted encantadora.

Aclarados esos asuntos domésticos, al día siguiente Nicanor tomó el primer tren que lo llevaría a Bedous.

Últimamente, siempre que hacía ese trayecto, su ánimo se deprimía al contemplar por la ventanilla esos montes medio pelados donde antes había habido frondosos bosques. La causa había sido el incendio que algunos mentecatos habían provocado hacía cuatro años para librarse de la procesionaria. Todo el valle ardió por mil focos.

Y esas llamas se habían llevado buena parte de su riqueza: las industrias de la madera, las serrerías, las carpinterías, todo se había venido abajo. Así era España, inmoderada y autodestructiva. Ahora solo unas pocas de esas industrias subsistían mal que bien, entre ellas un pequeño taller de Palop & Broto. Nicanor estaba muy agradecido a aquel teniente coronel, el infeliz Aguilera de la insensata Rufina, que durante la guerra le había recomendado abrir una nueva ebanistería en Bedous.

Mucho se había perdido hacía cuatro años. Nada se sabía de Damián desde entonces, bien es cierto que se tardó más de un año en echarlo de menos. Fue cuando un parroquiano de El Roble recordó que desde el otoño pasado no oía los cascos de su mula sonar a lo largo de la vía férrea. El eco de la observación llegó a Canfranc. Berta se mostró muy preocupada y mandó a todos los cazadores del valle, antiguos camaradas de su hijo Rogelio, a que lo buscasen por las cumbres, por si había tenido un percance con la traicionera naturaleza. Pero ni ellos ni Heredia, con sus avezados civiles Vargas y Amayas, pudieron dar con él. El sargento no encontró ni huellas de sus pisadas ni rastro de cascos. En cuanto a su predecesor en el cuartelillo, el brigada Montoya, su desaparición había sido mucho más misteriosa y desconcertante. Nunca había llegado a Jaca. Tan solo se hallaron en aquel vagón solitario y vacío su equipaje, su tricornio, unos chisques, unas colillas de cigarrillos y, lo más sorprendente, abundante sangre manchándolo todo.

Pero la pérdida de aquel año que más dolía a Nicanor había sido la desaparición del maquis. El maquis, el maquis... Había sido como un hijo suyo, un hijo combativo que peleaba contra Franco como lo habría hecho Sito años antes. Sin embargo, había sido el propio Sito, ahora Brotov, quien le había dado la orden desde la extrema lejanía para que cesase en su lucha. En sus visitas posteriores a París y a Berlín, los del Kominform no le habían querido dar razones convincentes. El Politburó —la manera divertida de llamar a Stalin— había decidido una nueva estrategia europea, ahora que había engullido diez países orientales. El maquis no había pasado de ser un simple sarpullido de escozor en la piel paquidérmica del Régimen, pero había sido una esperanza, una lucha por no resignarse a caer en la tumba a campo abierto en que se había convertido la patria. Y por esa lucha muchos valientes habían dado su vida, e incluso la muerte, como Ramiro, a quien no se había podido ejecutar en sucesivos intentos.

Pobre Lourdes, la madre de sus hijos —suspiraba Nicanor—, su querida sobrina, quien había sufrido más que nadie en la familia, y quien menos se había quejado de las adversidades. Tras la muerte de la vieja Paula, Lourdes había ido dejando a sus tres hijos deficientes al cuidado de sor Rufina del Perdón de Dios. La falsa monja, pues nadie creía en su vocación sino en su sentencia, no había tenido más remedio que alejarse de su hijo Amadeo, un joven apuesto que estudiaba en Madrid, de modo que en el claustro de las benedictinas recibió con los brazos abiertos a los tres niños, Heriberto, Alberto y Roberta. La madre superiora, Gertrudis Ave María, no puso ningún impedimento. Por el contrario, cuando supo de la película *Marcelino pan y*

vino se sintió conmovida y tendió a identificarse con aquellas tres desvalidas criaturas del Señor. Además, un generoso diezmo de Palop & Broto servía para la manutención de los huéspedes y el arreglo de algunos desperfectos en el claustro.

Y por último quedaba por evocar su hermana Berta, a quien seguro que vería ahora que iba hacia Madrid en ese tren. Berta, Berta... La diva del Teatro Real, la *vedette* del Pasapoga de la Gran Vía, el alma del tiro al pichón del monte de Somontes, la más chulapona de la verbena de La Paloma, la más vociferante del hipódromo de La Zarzuela, la que más mueras a la ONU gritó en aquella multitudinaria manifestación en la plaza de Oriente y, sobre todo —según se rumoreaba—, la asidua de El Pardo. Su actividad febril en la capital, buscando el indulto de su hijo Rogelio a través de gerifaltes de la Falange y capitostes del estraperlo, la había llevado a entablar amistad con doña Carmen Polo. Le había llevado a la primera dama desde Canfranc —seguramente sacado de aquellos archivadores metálicos donde guardaba sus sisas más preciosas— un espléndido collar de perlas que los tres chalados alemanes, Kurt, Otto y Tom, habían arramblado en sus correrías por las estepas del Frente Oriental. Sería el collar de una princesa fusilada. Y parecía valiosísimo, aunque no consintió que la mujer de Franco se lo pagase.

Berta parecía tener recursos para todo. Se había comprado un gran piso en el barrio de Salamanca, en plena calle de Serrano, que ocupaba una planta entera. Lo había decorado con los objetos más lujosos y exóticos que durante veintitantos años había ido atesorando en la aduana. Porcelana de Oriente, cristalería de Bohemia, platería de Damasco, tapices belgas, lacados japoneses, muebles georgianos de Londres, e incluso objetos personales valiosos que no habían llegado a su destino. No es que todo aquello que reposaba sobre las alfombras persas, que cubría las paredes y que llenaba los aparadores del salón, del saloncito, del estudio, del cuarto de costura, de los cuatro baños y de las seis alcobas lo apreciase por su valor intrínseco, sino para impresionar a las visitas. Marquesas, jefazas de la Sección Femenina, clérigos y militares eran asiduos de la casa a la hora de la merienda, invitados siempre con un único propósito por la anfitriona. Salían tan impresionados de ese museo cosmopolita que, en lo que estuviese en su mano, le daban seguridades de ayudarla.

—Figúrate, Nicanor —le había contado Berta en el saloncito, adornado con lo más *kitsch* que cabía imaginar—, que doña Carmen, que el martes pasado estuvo otra vez aquí, me ha confesado que está apretando las tuercas a su marido para conseguir el perdón de nuestro Rogelio. Es posible que esa percha de pellejos algún día consiga algo. Pero...

Pero como Nicanor sabía que su hermana nunca daba puntada sin hilo, preguntó lo que seguramente ella estaba esperando que preguntase:

—Entonces, Berta, ¿qué problema hay?

Berta se limpió el chocolate de sus grandes labios con la servilleta.

—Pasa, Nicanorcito, que el malparido de tu sobrino Rogelio no quiere pedir

perdón. Es un requisito imprescindible para conceder el indulto que el reo se arrepienta por escrito de su crimen y que jure lealtad a los principios del Movimiento Nacional. Él se niega a hacerlo ¡Con lo fácil que es el perjurio! ¡Ah...! Pero ya le buscaré yo las cosquillas a ese cabrón...

Nicanor se temía lo peor para Rogelio por parte de su amantísima madre. Berta, Berta..., que con sus ambiciones los había arrastrado a todos a una existencia cataclísmica. Pero ¿quién en este mundo no está exento de bajezas? Él mismo, Nicanor Broto, a menudo se reprochaba bastantes, en especial una, que era el sanctasanctorum de su pesar, el zancajo de su corazón. Suspiró en la soledad de su compartimento, se arrellanó en el asiento y dio unas caladas a la boquilla de su pitillo. Ojalá no tuviese fin ese viaje, deseó con los ojos cerrados, pero sabía que lo tenía.

Poco después, con el convoy parado, algo llamó su atención allá abajo, en el apeadero de Alcañizo, mero barrizal al lado del pueblo. Rara vez aquel tren paraba en ese lugar misérrimo, por donde habían pasado las tropas de Franco en su avance desde Badajoz hacia Toledo y Madrid. Pero ese día pudo ver —colocándose su monóculo— que una pareja de la Guardia Civil se montaba llevando preso a alguien. Y el modo de andar del preso, su estructura ósea, algo indefinible, le resultó familiar a Nicanor.

Ya con el tren de nuevo en marcha, Nicanor salió de su compartimento —que era como si fuese privado, pues compraba todas sus plazas— y recorrió el pasillo del vagón. No necesitó llegar a los vagones de segunda clase, ni siquiera a los marraneros. Los guardias civiles estaban sentados con su preso en el último de los compartimentos, apartados así de la morralla. Se detuvo Nicanor en el umbral de la portezuela y se presentó a la pareja. Enseguida les mostró su carné de miembro de FET y de las JONS, cuando el partido solo era FE, lozano y sin afeites. Su número era bajo, a pocas cifras del carné del Fundador, indicativo de que había sido uno de los privilegiados que asistieron al mitin del Teatro de La Comedia. Ese carné que le abría todas las puertas del país lo había elaborado Domingo Malagón en París, de acuerdo a un original robado a un pasajero en un tranvía de Barcelona cuando bajaba por Las Ramblas. Malagón trabajaba para el Partido Comunista de España y era un artista de la falsificación. Podía copiar a la perfección cualquier documento del mundo, como la identificación del Rotary Club de Chicago o la partida de bautismo de Balduino de Bélgica. Además de aquel carné de la Falange y el del Partido —falso por necesidad clandestina—, a Nicanor también le había proporcionado un buen puñado de pasaportes, casi todos los de la Europa conocida, de modo que le solventaba un grave problema de logística para sus viajes. En agradecimiento, con un metro de sastre que siempre llevaba, tomó las medidas de Malagón y le aseguró que tendría un ataúd de primera calidad de Palop & Broto cuando lo precisase.

Nada más fijarse en el carné, los guardias se levantaron algo azorados, tiraron sus colillas, obligaron a levantarse a su prisionero y, con los fusiles de pie y los brazos libres cruzados sobre las clavículas, saludaron a aquel caballero con levita de

rayadillo, camisa de cuello de picos vueltos, corbata negra de seda, botines de charol, barba puntiaguda hasta medio pecho y monóculo con cinta azul mahón. Para el observador novelesco, ese semblante evocaba un parecido al caballero andante que había dado fama mundial a aquella gran comarca llana que bordeaban.

El generoso hidalgo les preguntó por aquel preso. El mencionado alzó la cabeza antes humillada y llevó su mirada celeste y extraviada a Nicanor, y el corazón de este le dio un vuelco bajo la barba. Aquel hombre, de mediana edad, rubio verdoso con alguna cana, demacrado, de facciones rasgadas y lampiñas, algo rufianescas, vestido con pantalones de pana raída que se sujetaba a la cintura con una guita, con camisa blanca sucia y rota, calzado con abarcas mugrientas y viejas, presentaba algunas heridas en el rostro, sin duda que ocasionadas por el celo de los civiles, pero sobre todo era Vitali.

El cabo, tirando del barboquejo de su tricornio como si le faltase aire, explicó las circunstancias de aquella detención.

—Este quinqui, porque es un quinqui, caballero, andaba merodeando por los alrededores de Alcañizo. Nosotros sabíamos que por nada bueno: para robar gallinas y lechones de los corrales. Pero no lográbamos dar con él. Hasta que un paisano nos avisó ayer que se encontraba en un pajar con el Efesio, un buen mozo del pueblo. Los sorprendimos a los dos sobre la paja y besándose. Ya me entiende... Así que ahora lo llevamos al juzgado de Talavera de la Reina, acusado de maleante y pervertido, a ver si el juez le saca el nombre de pila y lo pone a la sombra una buena temporada.

Nicanor le escuchó silente, convertido en estatua de pellejos y tegumentos. Pero salió de su estupefacción por medio de la audacia.

—Cabo... —carraspeó—, ¿me permite hablar un momento con el prisionero?

—Claro, caballero —contestó el guardia, receloso de que ese falangista importante se interesase por un quinqui—. Aunque tenga en cuenta que esos moratones y esos rasguños se los ha hecho él, al tratar de escapar.

Como se daba cuenta de la aprensión que suscitaba su presencia, Nicanor pidió que los dejaran solos. Los dos guardias civiles no tardaron en salir al pasillo, aunque dejaron abierta la portezuela del compartimento. Ya frente a frente, Nicanor comenzó a hablarle a Vitali en ruso, cosa que dejó pasmados a los captores, que creyeron que era un lenguaje de los bajos fondos. Supusieron que ese Camisa Vieja, sin duda algún catedrático de Lenguas de Salamanca, conocería la germanía de los quinquis.

—Pero, Vitali, amigo mío... —dijo Nicanor con la voz quebrada por la emoción—. ¿Qué ha sido de ti durante todos estos años? Te dábamos por muerto en la guerra. ¿Por qué se ve un hombre como tú en una situación tal?

Con voz desamparada, Vitali habló también en ruso, aunque ya no con la misma fluidez de Nicanor.

—Ya ves, Nicanor. La vida... —Despegó los brazos del flaco cuerpo, como diciendo «Aquí estoy, en las últimas»—. Tengo ganas de abrazarte, amigo, pero me temo que no sería conveniente, ¿no te parece?

—*Niet, niet...!* —repuso Nicanor algo atropelladamente, pensando en las circunstancias de la detención, acordándose de los rumores que habían corrido sobre Vitali y Cornelio en Jaca, rememorando sus ambiguos sentimientos hacia él—. Será mejor que refrenemos nuestras efusiones en presencia de estos caballeros. Sentémonos, Vitali.

Nicanor sacó un paquete de Gitanes y repartió tabaco a todos. Ellos dos se sentaron uno frente al otro, pegados a las ventanillas. Los guardias se desentendieron del catedrático y del quinquí y comenzaron a fumar en el pasillo algo más refinado que sus Celtas cortos. Mientras daba sus primeras caladas, Vitali comenzó a relatar su vida desde su salida de Jaca con Cornelio en el verano del año treinta y seis.

—¿Que por qué lo hice? —contestó a una primera e impaciente pregunta de Nicanor—. Ahora que lo pienso, me parece que fue una locura de juventud. No, más bien fue un gesto desesperado de alguien ya en la edad madura y que no quería consumirse en aquel valle de lágrimas. A Cornelio y a mí nos pareció que la guerra, con su caos y el trasiego de gente, se nos brindaba generosa para alcanzar la liberación que ansiábamos.

—Pero mi sobrino Cornelio era un deficiente... —Nicanor se quiso callar lo que pensaba sobre sus inclinaciones sexuales—. No creo que él comprendiese esas sutilezas, digamos que existenciales...

—¿Qué importa, Nicanor? —Vitali exhaló humo con una gracia que conturbó a su interlocutor—. Él disfrutaba conmigo. Eso lo comprendía perfectamente.

Unidos como uña y carne, llegaron de la mano de Esquinazao a encontrarse con los anarquistas de Durruti. Aquella sería una vida plena de libertad. Pero incluso en la anarquía siempre hay fuerzas que tratan de poner orden. Vitali había leído que existe una ley física llamada «entropía», según la cual todo tiende al desorden, a degradarse, a descomponerse, a desmenuzarse, y hace falta una fuerza grande y constante para mantener las cosas en pie, ordenadas, comprensibles al entendimiento y eficaces a la acción. Del miedo o de la aversión a la entropía se aprovechan siempre los maestros y los dictadores. Esas dos fuerzas habían chocado en el campo aragonés cuando los de la FAI trataron de imponer su sociedad libertaria. Fracasaron porque siempre alguien recoge la entropía. Durruti, tratando de poner orden en contradicción con la entropía anarquista, masacró en un vagón a curas, prostitutas e invertidos, ya que para él esa gente degradaba la sociedad —otro orden, quizá el mismo orden— que trataba de construir sobre los escombros de la anterior. Así sería toda la guerra. Y entre aquellos masacrados en el vagón se encontraba el pobre Cornelio. En cambio, él, Vitali el ruso exacerbado, pudo escapar.

Vitali hizo una pausa para apurar el pitillo. Se callaba lo ocurrido con Buenaventura Durruti, por no embrollar aún más su relato. Nicanor desvió la mirada hacia el paisaje llano cuajado de viñedos para tratar de contener unas lágrimas. Cornelio, Cornelio... Otro miembro de la familia al que no había podido enterrar.

—A partir de entonces, anduve solo por distintos escenarios de la guerra, ora en



un bando, ora en otro. Me daba igual, pues sabía que el mundo había dejado de pertenecerme hacía mucho, quizá desde que salí de Orsha. Después de la guerra me gané la vida como pude. De chatarrero con lo que encontraba en las ruinas. De labrantín en alquerías perdidas, supliendo al hombre de la casa caído en el frente. He estado unos años viviendo en Tánger, como orfebre en la calle Ez Saguin. Hasta que hace poco los disturbios nacionalistas me echaron de allí. Ahora andaba vagando por estos campos de La Mancha, sin jamelgo y sin panza. —Hizo sonreír a Nicanor, que estaba extasiado por la fascinación y la elegancia que Vitali imprimía a sus palabras—. Hasta que estos buenos hombres me detuvieron ayer con excelentes modales.

—¿Por qué mataron a Cornelio, Vitali? —preguntó Nicanor—. ¿Fue porque era amante tuyo?

—Pues claro, Nicanor. Éramos amantes. Cada uno a su manera, nos queríamos mucho. Cornelio no tendría mucha inteligencia, pero físicamente poseía todo lo que una mujer podía desear.

Nada más oír eso, Nicanor mordió tan fuerte su boquilla de carey que la crujió. La pareja de la Benemérita se alarmó. Los civiles sospechaban que algo grave estaba sucediendo delante de sus narices. Se miraron con desconcierto, hasta que volvieron a llevarse los pitillos a las bocas, a seguir con sus susurros, aunque sin dejar de vigilar de soslayo al catedrático y al quinqui.

Vitali se dio cuenta de que había llegado el momento de desvelar a su amigo, al hombre por el que siempre había sentido más que afecto, su verdadera naturaleza. Poco le importaba ya que la conociese, porque en verdad estaba en las últimas. Procurando no despertar la suspicacia de los guardias civiles, Vitali trató de hacer ver fehacientemente a un estupefacto Nicanor la esencia de su cuerpo. Con disimulo, se aplastó su holgada camisa por debajo del esternón, dejando que a través de la tela se notasen los dos garbanzos de unas tetas no muy desarrolladas, no obstante enhiestos ellos por la excitación del momento. Luego separó las perneras de sus pantalones de pana y, con las manos en los bolsillos, se los estiró hacia la cintura, de tal manera que la forma de los dos labios de sus genitales se adivinaron bajo la tela basta. Nicanor contemplaba esa demostración de impudicia sin respirar, con un brillo casi malsano en sus ojos. Cruzó su mirada con la de Vitali, provocadora como la de una cortesana cogida en falta, comprendiendo ya por qué se ahogaba siempre que lo tenía demasiado cerca, y por qué padecía escalofríos al sentir su olor, y por qué sus gestos y sus ademanes de «ruso aristocrático», llenos de sensualidad, lo habían hechizado desde que llegó al hotel Mur.

Primero fue como si una tos tísica pugnase por salir de su pecho, luego como si los vasos capilares de su rostro hubiesen reventado y hubiesen tintado de rojo su piel. Y por último, en un acceso incontenible, Nicanor rompió a reír. Era una risa desbocada, bañada de lágrimas, salvaje, impensable en un catedrático de germanía. No tardó Vitali en acompañar sus carcajadas con una risa rusa propia, intensa y de timbre femenil. Los guardias, con las bocas abiertas, sintieron acrecentada su

inquietud y observaron las colillas de sus cigarrillos, como si sospechasen que ese tabaco francés —Gitanas o algo así— contuviese alguna mezcla sospechosa. Aunque el cabo estaba por inclinarse a pensar que ese quinquimarica había logrado pervertir también al catedrático. En fin..., los Camisas Viejas, como el ministro Girón, siempre habían confraternizado con el pueblo llano.

Cuando ya la risa floja remitía, Nicanor sacó un pañuelo fino de su levita y se lo ofreció a Vitali para que se enjugase las lágrimas de sus preciosos ojos de cobalto. Ella lo usó con delicadeza, igual que las damas de Chéjov cuando se extraen una mota de polvo prendida entre sus pestañas y sus párpados.

—¿Por qué, Vi... Vitali...? —preguntó Nicanor sin saber cómo llamarla.

—Los bolcheviques me habían despojado de todo, de mi familia, de mi título, de mis posesiones, de mi virginidad. Mientras vagaba por Europa comprendí que seguiría siendo una persona menospreciada y sin oportunidades si no me hacía pasar por hombre. Me acostumbé, y hasta ahora, Nicanor.

—¿Cómo te llamas en realidad?

—Ay, ay, Nicanor, no quieras saberlo todo. ¿No decías a menudo antes, cuando empezaste con el negocio de Palop & Broto, que el hombre no se lleva nada al otro mundo? No es cierto, Nicanor. Nos lo llevamos prácticamente todo, porque ni siquiera los esposos que han convivido durante cincuenta años, que han pasado infinidad de noches en vela contándose su pasado, sus cuitas, sus inquietudes, sus gustos, sus ideas, sus temores y sus proyectos se conocen más allá de lo anecdótico. El ámbito de la conciencia individual es inmenso, inabarcable, tal es su vastedad que hasta el más atento de los observadores solo percibirá una ínfima parte. El mismo Proust, en esa gigantesca indagación de su búsqueda del tiempo perdido, solo consigue sacar del anonimato unas briznas de sentimientos y de pensamientos, es decir, de identidades. Su obra es mera escarcha de un inconmensurable iceberg. Nicanor, Nicanor..., dejemos que la tumba se trague esas reservas, esos secretos y esos misterios que conforman la identidad de cada individuo, de lo contrario, seríamos como hormigas. Yo tengo una vida pasada muy dura que prefiero sepultar en el fondo de mi ser. ¿No es así cómo te gusta mi personalidad? Misteriosa, seductora, enigmática, sorpresiva. Porque, vamos a ver, Nicanor, querido, ¿qué más te podría contar de mí, de una exiliada rusa que lleva dando tumbos treinta y tantos años? Tal vez te podría contar que yo soy Anastasia, la hija menor del zar. Tú has comprobado que tengo educación, edad y parecido para haberlo sido. Sin duda que esa Anastasia que ahora anda por medio mundo diciendo que es Anastasia es una impostora de la verdadera Anastasia fusilada en Ekaterimburgo. Y Hollywood va a hacer la película de una comedianta. ¿O es que los bolcheviques fusilaron a una falsa Anastasia, y a unos falsos zar, zarina y zarevich? Algún día se sabrá si hubo engaño, pero no en este siglo. El siglo xx, mi querido Nicanor, es el siglo de la impostura. Siempre ha habido impostores: Rubén, el hermano de Jesús que predicó haciéndose pasar por él después de su muerte; los múltiples Neronés que surgieron después de la

muerte de Nerón, un comediante, un falsario; el supuesto profeta Musaylima respecto al profeta Mahoma; Cagliostro y el conde de Saint-Germain, que tal vez fueron la misma personalidad adulterada; Onegin y el falso Onegin que pretendieron suplantar a un zar ilegítimo; el falso gemelo de Luis XIV... Pero esta época supera a todas, ¿y sabes por qué? Precisamente por los documentos de identidad. Este es el siglo de los carnés, de los pasaportes, de los visados, de las cartillas de racionamiento, de los salvoconductos, de los currículos. Paradójicamente, lo que pretende ser constancia inequívoca de identidades es lo más susceptible de falsificar.

Nicanor pensó en Domingo Malagón y su docena de pasaportes que llevaba en la maleta, en el carné de FET y de las JONS que le quemaba en el bolsillo, en el carné del Partido que le escocía en el otro bolsillo, y al escuchar las palabras de Vita... creyó entrar en éxtasis.

—Fíjate, querido Nicanor, que en los países donde más carnés y controles han existido, como la Italia de Mussolini, la Alemania nazi, la actual Rusia soviética, o la España de... —dijo «Franco» de reajo hacia los guardias, con labios silenciosos, en movimientos que a Nicanor le parecieron muy pícaros y eróticos—, es donde las falsedades de la vida corriente más abundan. Todo es pura fachada y simple teatro. Te lo dice una fotógrafa que vivió durante años de trucos e ilusiones. Nicanor, cualquier cosa susceptible de ser manipulada, maquillada y desvirtuada lo será. Mussolini mostraba a los corresponsales extranjeros ejércitos enteros de tanques y aviones de cartón piedra. Hitler trató por medio de una gigantesca eugenesia de revivir una raza desaparecida. Stalin retocó las fotografías de los tiempos aurales para borrar de ellas a Trotski y a todos sus adversarios. En cuanto a... —volvió a pronunciar «Franco» sin sonidos, con una gracia decididamente jugosa—, el generalito, con reportajes, hagiografías, la película *Raza* y el NO-DO, se está inventando a sí mismo.

—Caballero... —lo interrumpió el cabo sacando a Nicanor de su gozo—. Ya estamos llegando a Talavera.

Acompañó a los guardias cuando llevaron a su detenido a los juzgados. Se presentó ante el juez con el propósito de avalar a aquel infeliz. Puesto que la casa Palop y Broto era suficientemente conocida en las clases acomodadas del Régimen, y Nicanor se había encargado de difundir durante años en casinos, hoteles, ateneos y círculos intelectuales falangistas que su empresa había proporcionado el ataúd de José Antonio, al juez le mereció la mayor de las confianzas. El magistrado se guardó como oro en paño su tarjeta de presentación y, ante una oferta de Nicanor, no admitió siquiera una rebaja en un féretro de primera calidad. Sin más trámites dejó libre al quinqui, y a su cargo.

Nicanor hospedó a Vitali en una pensión decente que conocía, luego hizo que se tomase unas fotografías. Más tarde, él solo reanudaba su viaje. Transcurrido un mes, Nicanor estuvo de regreso en Talavera de la Reina, con abundante ropa parisina femenina y con unos cuantos documentos falsos para Vitali salidos de las manos mágicas de Malagón. Nicanor se había permitido la licencia de ponerle en los mismos

el nombre de Vita Broteira, para que le recordase el nombre que tanto le gustaba y para que llevase un apellido parecido al de los Broto, pues era casi de la familia. Ya vestida como una mujer madura de la bohemia sofisticada de principios de los años cincuenta, Vita se entusiasmó con su nueva identidad y llenó de besos a Nicanor. El hombre, aturdido por esa efusión inesperada, todavía con la imagen mental de un Vitali macho, se dejó tumbar en la cama, y Vita cayó encima de él con una sonrisa algo licantrópica.

Entonces él comprendió la causa de los constantes escauceos de la rusa con otros hombres, y a continuación empezó a conocer la verdadera pasión erótica. Vita fue delicada con su amante, pero también se mostró audaz y sorprendente, casi caníbal. Su cuerpo flaco ya no era joven, aunque poseía una elasticidad y una tersura de seda que abrumó a un comedido Nicanor. El caballero de la triste figura se dejó desnudar, se dejó lamer, manipular, sobar, dejó que ella se le encabalgase y, por primera vez desde que conociera a aquella desdichada granjera de Jaca que al poco moriría, creyó perder el sentido, de tanto placer.

—Ay, Vita, Vita, querida... —se lamentaba él recostado en la cabecera de la cama, abrazado a una Vita arrebujaada entre su pecho y su barba—. Tantos años juntos, amándonos secretamente, y tantos años perdidos...

—No pienses en ello, Nicanor —repuso ella formando caracoles con sus dedos en la pelambre pectoral de él—. No te podría enumerar cuántas noches he pasado en vela pensando en ti: te he sentido siempre en mi seno, te sentía con mis dedos, y así me has hecho gozar de momentos agradables. Apuesto a que tú tampoco has perdido el tiempo.

—Lo mío era distinto, mi rusa. Yo te veía como un joven de un atractivo morboso. Sufría y me laceraba tanto... Sin embargo, pensaba en tus palabras, en tus fotos, en tus poesías y en tu música, y me transportabas a mundos que me parecían de ensueño.

Vita se incorporó, poniendo sus menudas tetas apenas balanceantes sobre el pecho de Nicanor.

—¿Y quién te ha dicho que eran sueños, eh?

La loba volvió a arrojarse sobre el gazonate del cordero.

Al día siguiente, la pareja cogió de nuevo el tren e hizo un recorrido inverso. Traspasaron la frontera occidental por Badajoz y llegaron a la buhardilla de Lisboa. Allí se instalaría Vita, allí soportaría sus largas ausencias. Además, Nicanor le compró un pequeño local en el mismo inmueble, donde ella montaría el apañado estudio de Fotos Broteira.

## Capítulo 37

**E**l libro contaba que la Pitonisa de Delfos era una mujer del montón, escogida por los sacerdotes por su inteligencia vulgar. Vivía en lo alto del monte Pito, en una cueva. El peregrino que requería su consulta la hallaba sentada al fondo en un trípode de bronce, sobre una grieta abierta por los dioses en la roca. Una vez formulada la pregunta, de la grieta emanaba un vapor narcótico, sagrado, que poseía al instante a la adivina. La Pitonisa se convulsionaba, echaba espumarajos por la boca, emitía horribles aullidos, y luego respondía con palabras entrecortadas e ininteligibles. El peregrino no comprendía nada, pero los sacerdotes de Delfos que lo habían acompañado le interpretaban la respuesta.

Muchas noches Lourdes se veía sentada en el trípode: la Pitonisa era ella misma. Emitía su respuesta sin poder entender la pregunta que la suscitaba.

La respuesta críptica era bien sencilla: «Por eso estás encadenada a estos montes». Sin conocer la pregunta, se convulsionaba, temblaba, escupía espumarajos y, sin saber cómo, lograba despegarse del trípode.

—Pero, señora... —La llamó una voz lejana—. ¿Otra vez con esas pesadillas?

Anita la meneaba por el hombro hasta que se despertó. El marido de Anita andaba lejos con otra, las hijas se habían casado y los hijos trabajaban en Jaca, de modo que la antigua empleada de la estación había entrado en la casa para hacerse cargo de las labores en sustitución de la difunta Paula.

—Gracias..., gracias, Anita... —replicó Lourdes empapada en sudor frío.

—Debería dormir mejor, señora Broto. Todavía tiene sueños de niño.

Habían sido amigas cuando una era muchacha y la otra joven. Lourdes no tenía en mucha consideración sus palabras, tampoco guardaba con ella mucha intimidad, porque sentía recelos hacia ella. Esa Anita sería para siempre famosa por transmitir telefónicamente el chivatazo del que se valió el Gobierno de Berenguer para abortar la Rebelión de Jaca.

—Está, bien... —Lourdes se incorporó—. Hazme una tisana, por favor.

Esa mañana, puesto que era domingo y había poco tráfico en la estación, Lourdes salió de Canfranc decidida a encontrar de una vez por todas el calvero y la cueva. Abrigada con su capote y su capucha roja, fue rodeando el Coll de Ladrones, se internó por un tajo que dividía dos farallones, por donde corrían unas hebras de agua, y comenzó a escalar entre peñascos. Hasta allí recordaba que ese era el buen camino. Por delante se extendía un paisaje irreconocible, sembrado de esqueletos de árboles quemados, de tierra suelta y negruzca, donde ya comenzaban a brotar algunos pinochos. No había querido recurrir a la ayuda de Silvestre, porque este ya no se acordaba de que él mismo la hubiese conducido hasta allí para que fuese testigo del ritual de su tía con la serpiente cornuda.

—Pero, Silvestre, acuérdate de que a raíz de ello me hablaste de Yamlika, la princesa subterránea de las serpientes de *Las mil y una noches* —le había comentado

mientras él, haciéndose el desentendido, se afanaba en su escritura.

—Claro que me acuerdo de Yamlika, señorita, pero todo el mundo sabe que Yamlika es el personaje de un cuento oriental.

—Me dijiste que Berta era Yamlika... —insistió ella—. Esa cueva es su hogar.

—Tu tía es una bruja —sentenció él— que vive sobre una escoba.

Lo dejó allí a la luz de la tarde, encorvado sobre un grueso libro de contabilidad que ella le había traído, trazando palabras con una pluma estilográfica olvidada por Berta en un cajón de su escritorio.

Después de la carta que le había entregado a Ramiro, sobre la aventura extraconyugal de Franco en Tetuán con Genoveva Casanova, a Silvestre se le había ocurrido que muy bien podría redactar la historia de su vida. Empezando por su infancia en El Caney, sus estudios en la Academia Militar de Toledo y en la Academia de Aplicación de Caballería, sus campañas en Cuba, la campaña de Larache, su vida en la corte con el rey, sin omitir sus calaveradas conjuntas. Y luego, lo más importante, la campaña del Rif, con todo lo que implicaba, que si Annual, que si el Gurugú, que si Igueriben, que si Dar Drius, que si la matanza de monte Aruit, ¡lo más gordo y grave! Por último, su vida durante esos años de Franco en el poder, como observador distante de la patria, para denunciar las iniquidades de su Régimen. Se iban a enterar todos los que preferían no saber. Si bien apenas tenía esperanzas de que el tercer deseo concedido por el Genio se llevase a cabo algún día, seguramente antes de que expirase su prórroga de vida conseguiría publicar sus memorias en Espasa Calpe. Las de Churchill se quedarían cortas a su lado.

Aquello parecían desvaríos propios de un anciano. Lourdes sintió curiosidad por sus aventuras en el Rif, pero Silvestre cubrió el libro mayor con sus brazos y el caparazón de su espalda. No traería buena suerte leer lo que todavía estaba incompleto. Para más seguridad, el viejo Silvestre lo escondía cuando salía a hacer algo pues temía que en su ausencia ella lo buscara. Lourdes creyó que lo guardaba al fondo de la cueva, donde años atrás hacía el amor con Ramiro, y se había aventurado hasta aquel oscuro fondo alumbrándose con una linterna ferroviaria. Volvió a tener la impresión de que año tras año la gruta se iba ahondando más y más en la montaña. Un escalofrío la había hecho detenerse mucho antes de llegar al final y volverse rauda hacia la claridad de la boca.

Tampoco cabía esperar ayuda del Genio y sus artes televisivas para encontrar la otra cueva.

—Qué más quisiera yo que dar con ella, Lourdeshar al Brut ibn Jaccah, alhelí de los vergeles perfumados del Guadiana —le había dicho el Genio, flotante sobre su lámpara—, pues sería bueno cambiar este infecto antro de ese soldado asilvestrado por otro hogar. Pero mis poderes no tienen virtualidad sobre las cosas inanimadas mientras no pidan nada. Ya lo dice el decimoquinto artículo de la Genuisses Assosiation of Bagdad: «El Genio solo entablará relaciones directas con los personajes que posean diálogos, no con los decorados silentes».

Así pues, Lourdes buscó sola la cueva de tía Berta. Cuando aquel domingo la descubrió, después de varios intentos, se sintió profundamente decepcionada: no aparecía tal y como la recordaba. Para entonces Lourdes ya había aprendido que el transcurso de los años transforma la visión de las cosas, y lo que en la infancia se creía grande y misterioso, de cualidades mágicas, de adulto se torna en un lugar pequeño, vulgar y sin gracia. Sentada al borde de la atalaya donde de rapaza había espiado a Berta en su renacimiento de cada primavera, su posición de vigía ya no le parecía tan escondida ni tan alta, sino un simple escalón de dos metros en la ladera. Y la cueva era un hueco más angosto de lo que había supuesto, mientras el calvero de alrededor resultaba un pedregal donde no crecía nada, ni hierba ni flores, y los árboles del entorno se habían consumido por el fuego de hacía cinco años, de forma que ahora eran meros alambres de carbón. Tuvo que reconocer que todo aquello, lo de su tía y la serpiente, la bruja, la lengua de doble pico, sus hierbas narcóticas, el ratoncito, todo había sido producto de su imaginación infantil. Ilusiones y temores que todavía torturaban sus sueños.

De vez en cuando, Lourdes levantaba la vista de los albaranes, los certificados, los aranceles y los libros de contabilidad, y se quedaba fija en la mesa de Berta, allí abandonada y desangelada frente a la suya. Todavía no se había jubilado, aún le faltaban unos años. Sus amigos de Hacienda le habían apalabrado que, cuando llegase el momento, su sobrina pasaría de subinspectora de Aduanas a ocupar su puesto de inspectora. Mientras tanto, como todos los funcionarios en la recta final de su carrera, pasaba ausente de su despacho la mayor parte de sus días, y muy lejos. No solo por el asunto de Rogelio, sino porque había comprobado que en esos tiempos se ganaba más con los trapicheos de altos vuelos del estraperlo en Madrid que al frente de la aduana de una estación que no levantaba cabeza desde el fin de la Guerra Mundial.

También a Lourdes ya se le había disipado la ilusión del cuerpo de Berta, igual que cuando un amante, desenamorado, descubre que su pareja no era tan bella y perfecta, y va encontrando defectos por todas partes. Berta no aparentaba su verdadera edad, pero ya no era tan joven, no había engordado, pero ya no era esbelta, su cutis ya no era tan terso, aunque la expresividad de su rostro conservaba la energía de sus años mozos. De ese modo, madura y atractiva, dicharachera e insolente, con buenas amistades, se había convertido en una de esas damas emperifolladas que se movían por el Ritz de Madrid, la plaza de Las Ventas o las tiendas de Serrano, dueñas del mundo provinciano de la capital. Se decía viuda y, como Amadeo vivía en su mismo piso, lo hacía pasar por su sobrino con tal de no dar explicaciones en la alta sociedad madrileña acerca de su madre Rufina del Perdón de Dios.

Sobre aquel escritorio abandonado, donde Lourdes tenía puesta su mirada, se alzaba en la pared el retrato oficial del jefe del Estado. Hacía mucho que Berta había sustituido aquel falso retrato ecuestre de Franco en los jardines de Versalles por aquel otro de Franco arropado con una enorme pelliza que le daba un aire de romántico balcánico, y más tarde por aquel en que aparecía vestido de armadura, sin yelmo,

arrodillado, con una espada a modo de cruz. Pero lo mismo le hubiese dado colocar la foto de Eisenhower. Así era Berta, mudable, insolente, sin prejuicios, siempre en pos de sus planes. El último tenía a su hijo Rogelio como víctima. Preso desde hacía doce años por un crimen pasional, cosa verdadera, ella no se achantaba si salía a colación el tema en alguna de las fiestas o recepciones a las que asistía. Su hermano mayor Rogelio —decía— se merecía ese castigo por haber descuidado a su bella y apasionada mujer. Y entonces guiñaba un ojo, y la sociedad pacata que la rodeaba se echaba a reír por esas historias que excitaban su imaginación de cartilla de racionamiento. Pero tras ese aire de burda sofisticación, ella laboraba bajo cuerda para liberarlo. Por fin consiguió que en un tendido de Las Ventas el nuevo subsecretario de Justicia, su amigo Riquelme, aficionado a los toros, tomase la decisión de trasladar a Rogelio Broto del penal de El Puerto de Santa María hasta la sierra de Guadarrama, a las obras ya avanzadas del Valle de los Caídos. Como si fuese un rojo más. Rogelio cambió su vida de tratante intramuros en el soleado presidio gaditano por la dura intemperie de la cordillera central, a pan y agua prácticamente, con pico y pala para trabajos forzados.

Al cabo de unas semanas, Berta lo fue a visitar al despacible campo de concentración donde pernoctaba, escondido tras los peñascos de granito y las cortinas de abetos de Cuelgamuros.

—¡Tú... tú con tus maniobras has conseguido que me traigan aquí! —gritaba Rogelio agarrado por el otro lado a la alambrada de espinos.

—Pues claro, Rogelio, que te morirás de imbécil. A ver si con esta vida de más sacrificios te decides de una vez a arrepentirte y a firmar esos papeles.

—¡Escupo en tu cara! —Y Rogelio escupió, pero el salivazo se quedó colgado de los espinos—. ¡Nunca te lo perdonaré!

—¡Aquí el único que perdona es el Caudillo, idiota!

Con su vestido de Coco Chanel que en París había fotografiado su hija Sonsoles Broteau, Berta se alejó con media sonrisa por el sendero nevado. Hacía tiempo que había dejado arrinconado el uniforme de la Sección Femenina para los actos políticos, así como el cordón de beata para las procesiones del Cristo de Medinaceli. No obstante, siempre que pasaba por la calle de Alcalá, donde se alzaba la sede central del Movimiento con un enorme yugo y cinco flechas en su fachada —por ejemplo, para ir a la cercana Casa Chicote donde hacía frecuentes tratos—, Berta se paraba y, con fervor, levantaba la mano hacia el gran cartelón rojo a la vista de los viandantes, los cuales, por si acaso, la imitaban algo azorados.

Lourdes se olvidó de madre e hijo peleándose, de Berta con su estraperlo por los locales nocturnos de Madrid, o apostando a las carreras en el hipódromo de La Zarzuela. Y volvió la cabeza. Encima de ella, colgado de la pared, debajo de su correspondiente retrato del jefe del Estado, permanecía el grabado de Durero. Berta nunca había sabido apreciar aquel regalo de los tres chiflados alemanes, Kurt, Otto y Tom. Otra cosa hubiese sido una lata de caviar. Ahora Lourdes creía encontrar en esa



estampa un significado simbólico que de algún modo le concernía a ella: Damián y Berta convertidos en Adán y Eva, y el resto de la familia Broto transformado en los animaluchos de su alrededor.

Jovita se reía por esa ocurrencia: debería centrarse en su vida, en sus hijos, en buscar un hombre ahora que todavía estaba a tiempo. A Lourdes le embargaba el desaliento. No encontraba la comprensión de antaño en Jovita, debido quizá a los negocios que le legara tía Digna, o bien porque el chófer Fortunato conseguía que olvidase a don Deodoro y sus pasadas penas. Se la notaba más jovial, más dicharachera con los oficiales de la Ciudadela, y hacía mucho que había dejado de visitar la tumba de su marido. Ni tan siquiera se preocupaba en reponer la lápida misteriosamente desaparecida.

Tendría razón Jovita: las cosas no poseen significados trascendentes, sino que hablan de lo que simplemente muestran. De todas maneras, Lourdes se había acercado a una librería de Jaca y había comprado algunos tomos sobre mitología y leyendas antiguas, tratando de poner en claro sus ideas. Lo único que consiguió fue que, como en el caso de la Pitonisa, sus sueños se viesan perturbados y regresasen los dolores de cabeza y las pesadillas de antaño.

De este modo, con noches agitadas y desabridas, y monótonos días de trabajo, con tres hijos deficientes al cuidado de la caridad de un convento, con el padre de esos hijos en paradero desconocido, más muerto que vivo, con las ilusiones y las fantasías cercenadas, así iba transcurriendo el tiempo para Lourdes al frente de la aduana de Canfranc.

Un día, mientras revisaba el papeleo corriente sobre los movimientos de mercancías, descubrió en cierto albarán un nombre que alteró su pulso. Se trataba de un envío desde Burdeos a Barcelona, consistente en la cabeza de un toro. Era un toro negro zaino y de imponentes astas, tal y como media hora más tarde lo descubrió embalado en un vagón de un convoy en vía muerta. Se remitía desde el taxidermista Paul Ghorí al destinatario Finito de Mataró. Le faltó aire para respirar. Su amor, su primer amor, su único amor. El nombre del amor volvía a aparecer escrito en un documento contable que acompañaba a una mercancía. Después de tantos años sin saber nada de él, ahora sabía que vivía, y que residía en Barcelona. Se extrañó de que a pesar de su cojera Finito hubiese regresado a los toros y hubiese triunfado, habida cuenta de aquel encargo a un taxidermista francés de prestigio. Tal vez se hubiera operado de la pierna. Debía tener cuarenta y tantos años. No muy mayor para torear, según había oído comentar al practicante Aniceto. ¿Qué aspecto tendría ahora? Quizá existieran fotos suyas en la prensa, o habría salido en el NO-DO. Ella no estaba muy atenta al mundo de los toros en ese rincón aislado del Pirineo. En su librería de Jaca encontró una revista sobre el tema, *El ruedo celtibérico*. En efecto, en un número atrasado se hablaba de Finito de Mataró. Pero no aparecía ninguna fotografía suya.

Nicanor no se sorprendió cuando, nada más aparecer por Canfranc para saludar a su sobrina, esta le hizo el encargo de buscar a Finito de Mataró en Barcelona. Qué

carajo, él mismo había albergado un sentimiento semejante durante décadas respecto a Vita, que ahora lo aguardaba en Lisboa en una espera dichosa y anhelante. Le prometió a Lourdes que indagaría.

Al cabo de diez días, Nicanor estaba de vuelta. Lourdes salió a su encuentro en el andén de la estación, algo ansiosa. Su tío no traía buenas noticias para ella, por eso no había querido llamarla por teléfono, para que no pensase que con la distancia eludía ese duro trance. Prefería comunicar los pésames personalmente, esa era su profesión.

—Lo siento, Lourdes —le explicó mientras pasaban al vestíbulo—. Finito de Mataró es un torero de la mitad del escalafón, aunque puede llegar a todo lo alto, porque aún es joven. No tiene más de veintitrés años.

—Pe... pero ¿lo has visto en persona?

—Querida sobrina, Palop y Broto tiene como clientes a casi todos los espadas del país —replicó Nicanor algo molesto por que dudase de su profesionalidad—. Nunca se sabe cómo puede acabar una corrida. Que se lo digan al desdichado de Manolete, por fortuna cliente nuestro. De modo que fui a visitar a Finito a su residencia de Mataró, abanicada por la suave brisa del Mediterráneo. Me pareció un joven muy amable. Después de tomar unos finos, su apoderado, el comedido señor don Joaquín Monzón, firmó un contrato con Palop y Broto. El joven maestro se costeará un ataúd y un entierro de primera categoría en cómodas mensualidades hasta el momento en que lo requiera.

—¡Ay, tío...! —Lourdes braceaba de desespero—. ¡Tú siempre con tus negocios! No has pensado en mí, en lo que estoy padeciendo.

Nicanor se quedó perplejo en medio del vestíbulo por ese pronto histérico de Lourdes. Ahora que él era feliz con Vita, y que Vita, en sus noches de insomnio y charla le hablaba sobre todo lo cognoscible, comenzaba a entender un poco mejor el alma femenina. Pues claro que sabía lo que su querida Lourdes debía estar pasando. Se acercó a ella con un gesto conmisericordioso y la abrazó.

Ya en las oficinas, le enseñó una foto dedicada del nuevo Finito, de nombre Jorge, o Jordi (prohibido), Margarit. Ni siquiera se parecía a aquel Finito que ella había conocido. Nicanor le explicó que era corriente entre los toreros ponerse nombres artísticos iguales, como Chiquito, Joselito, Jesulín, Espartaco o Cordobés. Una lamentable coincidencia le había hecho imaginar que un romance fugaz podría tener su continuación al cabo de tantos años.

Una ilusión más de Lourdes que se quedaba en el limbo.

## Capítulo 38

**L**ourdes volvía una y otra vez al borde del terraplén desde el que observaba la cueva de la serpiente y de su tía. Sentada en los matojos chamuscados, a veces llorando en silencio, se dejaba invadir por una melancolía inabarcable. Todos, uno de detrás de otro, se habían ido yendo; la habían dejado sola en aquella estación apartada de un ferrocarril que languidecía. Primero su padre y luego su madre habían desaparecido. Después Sonsoles emprendió la huida, seguida de Sito. Más tarde, por una u otra circunstancia, Rogelio, Cornelio, Vitali, Paula, Digna y Ramiro habían ido abandonando su vida. Por otro lado, ya hacía tiempo que tío Nicanor apenas aparecía por allí, y Berta solo regresaba de Madrid durante unas semanas para justificar su puesto en la aduana. Llegaba acompañada de sus amigotes de la alta sociedad, y se los llevaba al casino La Alegría Juvenil, de cacería o a esquiar a las cercanas pistas de Candanchú. Al menos, tenía el consuelo de la compañía de Jovita, tan encadenada al valle como ella. Ciertamente también contaba con Silvestre, y con el pícaro Genio. Pero a veces se preguntaba si ellos no serían dos productos de sus ensueños, de sus miedos, de una vida tan tasada siempre que había inventado mil y un cuentos para poder respirar.

Si al menos no le faltase su Finito. Ya ni se acordaba de su aspecto cuando lo vio por última vez cruzar el río por los troncos en aquel aciago día de espesa niebla, mientras por todas partes resonaban los disparos. Su rostro se había desdibujado, su cuerpo había perdido proporciones, su extraño acento tan solo era un eco ahogado.

En ese momento Lourdes sintió un ruido en el silencio del bosque devastado. Alguien había pisado una rama. Se volvió hacia la pendiente sembrada de troncos quemados y vio aparecer una figura que caminaba algo renqueante.

—¿Eres tú, Finito? —preguntó a la vez que retrocedía algo medrosa hacia el borde del talud.

—No se asuste, *madame* Broto —le pidió una voz de acento francés—. Soy yo, Arthur Cordelier.

Su figura se encorvó aún más, desapareció su cuello, sus piernas se alargaron y al mismo tiempo enflaquecieron, y su tronco se recogió sobre sí mismo hasta componer una masa informe. A Lourdes le pareció un maléfico duendecillo del bosque. Poco después el jorobado Cordelier se plantaba a un par de metros de ella, elegante con su traje de rayadillo, corbata de nudo doble Windsor, con el sombrero en una mano y un ramo de flores silvestres en la otra. Su criada Anita le había dicho que tal vez ella anduviera por aquellos parajes.

—Resulta que su tío, *Monsieur* Nicanor Broto, me ha mandado para aclarar con usted un asunto de aranceles de una partida de madera que ha pasado por su oficina. Bueno..., yo lo podía haber solventado con una llamada telefónica desde Bedous, pero su tío ha insistido en que viniese en persona. Se encuentra preocupado por su estado de ánimo.

—¿Y por qué no ha venido él mismo?

—*Monsieur Broto* está muy ocupado. A Palop & Broto nos ha ocurrido algo bastante asombroso...

Cordelier esperó que ella se interesase, pero la mujer permanecía indiferente, como si su visita fuese una molestia. Ambos sabían el verdadero motivo por el que se encontraban frente a frente en aquel pelado monte. Nicanor, había casi obligado a Cordelier a ir en busca de su sobrina, tal vez tenía la esperanza de que un caballero de su finura, y que la amaba en secreto, le hiciese olvidar a un novillero revolucionario de los años treinta. Lourdes olió con pereza el ramo de flores que le acababa de ofrecer, pero no podía, no podía ver a Cordelier hijo más que como un remedo contrahecho de su Finito.

—Pues verá... —se explicó Arthur pese al desinterés de ella—. Resulta que de repente, su tío, revisando antiguas libretas suyas, encontró una frase pronunciada en su presencia por una tal Leni Riefenstahl, en la que decía que «un ataúd es un ornamento de madera que embolsa una estatua griega». Y luego recordó una fotografía que su prima, *Mademoiselle* Sonsoles Broteau, le había enseñado un día en París, la del soldado republicano tomada por su amigo Robert Capa. Se acordó de que esa imagen después le había sugerido una suerte de ataúd portátil. Pues bien, uniendo ambas circunstancias, su tío tuvo la feliz idea hace meses de fabricar unos ataúdes en forma de bolsas portátiles. Los diseñó, con cremallera y todo, y no tardó en ir a los registros de la propiedad intelectual e industrial para asegurar su invento. A continuación tuvo la genial ocurrencia de ponerse en contacto con el Departamento de Defensa de Washington, antiguo cliente de Palop & Broto, y ofrecerle nuestro novedoso producto. Tenga en cuenta que ahora con la guerra de Corea los americanos necesitan un medio de encapsulación de cadáveres abundante, ligero y fácil de transportar. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando hace quince días recibimos una comunicación del Pentágono, en la cual aceptaban estudiar nuestra propuesta, sugiriéndonos la posibilidad de encargarnos diez mil unidades de tales bolsas mortuorias. Así que ahora su tío *Monsieur Broto* anda negociando en Múnich, en el Cuartel General del Army en Europa, con enviados de Washington DC. Por eso no ha podido venir a Canfranc personalmente.

A Lourdes esa historia le pareció tan rebuscada e increíble que a punto estuvo de echarse a reír. Pero se frenó, por no herir su susceptibilidad. Bien sabía ella —lo había visto durante su estancia en el *Hôtel Savoir-vivre* de Bedous— que Cordelier hijo era un maestro en contar anécdotas y ocurrencias divertidas. Sería porque así desviaba la atención desde su joroba a su hábil lengua. Lourdes se giró y volvió a mirar hacia la cueva. Al cabo de unos segundos, al comprobar Cordelier que se había quedado como extasiada, fija en esa boca oscura, comentó algo al respecto con tal de no hacer de su presencia un asunto insoportable.

—Así que de nuevo ha vuelto a esta cueva... —dijo Arthur con un tono algo sombrío—. Ya me lo imaginaba... Por desgracia todo está muy cambiado.

Lourdes lo miró muy sorprendida.

—¿Y usted cómo sabe que yo conocía esta cueva?

Cordelier carraspeó antes de contestar.

—Perdone mi atrevimiento, Lourdes, entonces éramos unos muchachos, y ya sabe las travesuras que se hacen. Yo la seguí un par de veces a través del bosque. No crea que la sorprendí haciendo nada comprometido, no, simplemente se quedaba así como está ahora, quieta, mirando, como si esperase algo que no acontecía. Volví a venir solo aquí una vez, para intentar averiguar el motivo de su curiosidad. Incluso llegué a internarme en la cueva.

Llena de asombro, Lourdes se incorporó. Estaba tan nerviosa que apenas salían las palabras de su boca. Él había entrado en la cueva, como si la mera posibilidad de hacerlo a ella antes le hubiese parecido inimaginable. Después de algunos titubeos, como si le diese vergüenza, Lourdes le pidió que la acompañase a la gruta. Él se mostró encantado. Rodearon el terraplén por una cuestecilla, subieron la suave pendiente del pedregal y llegaron a la boca oscura. A Lourdes le costó decidirse, hasta que Arthur la cogió de una mano y la encaminó hacia el interior.

Aquella era una cueva vulgar, de piedra calcárea horadada por alguna corriente subterránea ya desaparecida. Había cientos iguales por aquellas montañas.

—Por esta región se cuentan historias muy sugerentes sobre las cuevas —dijo Arthur, pendiente de iluminar sus pasos con su mechero de petróleo—. Que si esconden fabulosos tesoros de las guerras carlistas, que si son puertas mágicas que permiten acceder a reinos fabulosos, o que si son moradas de bestias feroces. Posiblemente sí lo eran cuando había osos por aquí.

—¿No oye nada, Arthur?

Él dejó de avanzar, y de arrastrar a Lourdes, que parecía aterrada. Permaneció atento a los sonidos, pero solo captó los ecos de un débil goteo.

—¡Bah...! Debe ser alguna corriente de agua. No sé si estas cuevas guardarán tesoros, pero lo que sí sé es que son larguísimas, tanto como ríos subterráneos. Aquella vez de muchacho yo no pasé de aquí...

Lourdes, en cambio, notaba que, a través de los ecos, cada vez más sonoros e intensos, ese sonido se iba acercando. Parecía que el fondo de la cueva *corría* hacia ella con una estridencia sobrecogedora que tan solo ella podía oír. Comenzó a agitarse. Arthur la abrazó antes de que cayera, pero ella ya no atendía a sus palabras. Solo tenía oídos y atención para una voz familiar que, como un trueno telúrico, resonó en su cabeza. Su tía Berta le dijo a pocos centímetros de su naricilla de roedor:

—¡Para los tontos, para los listos y para las ratitas curiosas!

Lourdes se desvaneció a los pies de Arthur, y este no pudo evitar que el mechero se le cayese y se apagase.

Al cabo de media hora, arrastrándola mal que bien en la oscuridad de la cueva, Arthur había podido sacar a Lourdes hasta la boca pedregosa. Llenó su sombrero del agua de una chorrera y la reanimó. Pero era una reanimación parcial, pues, mojada su

cara y su cabello, ella reprodujo unos reproches que debería haber realizado de niña, en caso de que hubiese tenido oportunidad:

—¿Por qué me espiabas, Arturito Corcovado? —dijo con gesto hosco y se incorporó—. ¿A quién esperabas descubrir?

—Pero, señorita..., yo...

—Él solo es amigo mío. ¡Eres un duendecillo travieso! ¡Muy malo, muy malo...!  
—Y echó a correr cuesta abajo con una agilidad de niña.

—Usted perdone... —dijo Arthur por detrás—. ¿Quién es él?

No hubo respuesta. Él se quedó allí arriba, convertido en una piedra más del paisaje, resquebrajada por una pena de fábula.

Cuando tres días después, proveniente de Múnich, Nicanor retornó a Bedous y preguntó por *Monsieur Cordelier* en las oficinas de Palop & Broto, su secretaria le dijo que había regresado de España pero que no había aparecido por su despacho. Embargado por un funesto presentimiento, Nicanor se acercó a la bonita casa que Cordelier poseía en las afueras del pueblo. Era una casa con paredes pandeadas, de caramelo, con enjalbegado de azúcar y cruzado por listas de chocolate, con tejado también de chocolate a dos aguas, con chimenea floja de regaliz y con un jardín sembrado de gigantescos hongos rojos con pintitas blancas. Todo como de cuento infantil. Encontró a su administrador desnudo y borracho en una bañera, en un intento de suicidio ahogándose con el vino de cientos de botellas de su bien surtida bodega. Mientras la boca de Arthur burbujeaba al fondo de la bañera, Nicanor observó una a una las etiquetas de las botellas, como calibrando el alcance de aquel estropicio: Traminer, Pinot negro, Château-Lynch-Bages, Château Trotte Vieille, Pomerol... Ah, su hombre de confianza, además de un dispendioso, era un sibarita. «Hum... Parece que Cordelier ha fracasado en su propósito de conquistar a mi sobrina Lourdes», se dijo Nicanor mientras, con esfuerzo, sacaba la giba de su empleado del fondo de la bañera, chorreante de los mejores caldos.

Una vez repuesto Arthur, mientras inhalaba vapores de café se lamentaba de su suerte y de su condición. Decía que era el jorobado Quasimodo de Notre Dame, y su sobrina era Esmeralda la Zíngara, la bella morena que no le hacía caso. Sí, eso era él, un monstruo creado por la pluma de Victor Hugo.

—Dígame, don Nicanor —preguntó luego con un tono patético y una mano sobre su pecho de pichón—. ¿Es que yo no tengo ni una pizca de *sex appeal*?

Nicanor lo observó de arriba abajo, y prefirió guardar silencio. Arthur se echó a llorar y su jefe tuvo que consolarlo con unos golpes en su espalda, en plena joroba.

—Vamos, vamos... Compórtese, Arthur. Usted tiene grandes virtudes. Debería saber que el sexo es una porquería, una mera exudación de hormonas. Y que el amor a menudo defrauda.

—*Monsieur Broto* —musitó con un tono menos lastimero, tras sorber sus mocos

—, me temo que su sobrina Lourdes ya no podrá amar a nadie, porque su corazón se lo llevó un día un fantasma del toreo que nunca regresará para devolvérselo.

Nicanor no quiso dejar en ese desánimo a su administrador. Le infundió esperanzas de que algún día Lourdes saliese de su mundo de fantasías y afrontase la realidad. Se acercó a la chimenea de turrón y volvió a encender con un ascua otro cigarrillo. Para elevar la moral de Cordelier, le comunicó entusiásticamente que acababa de firmar el contrato de las bolsas negras con los americanos. Diez mil unidades para empezar, con la opción preferente de otras tantas antes de un año. Solo habían puesto una condición —consignada en el contrato—: que a tales bolsas ellos las denominarían *brouty's bag*.

—Así son los yanquis, estimado Cordelier, me han vuelto a cambiar el apellido, igual que niños... —Y no había acabado de hablar cuando comenzó a ejecutar por el saloncito unos pasos de baile como si fuera Fred Astaire.

Ninguna de sus excentricidades escandalizaba ya a Arthur. Algo raro había ocurrido con aquel hombre otrora comedido para que de un tiempo a esta parte se comportase igual que un galán de arrabal. Se había afeitado la barba, vestía trajes corrientes, si bien formales, había desechado su chistera por un sombrero hongo, había cambiado su monóculo por unas gafas, y, de vez en cuando, se dejaba arrebatado por esos chispazos de jovialidad. Arthur pensó que tal vez habría hecho alguna conquista en uno de sus muchos viajes. Aunque a él, su hombre de confianza, casi un amigo, nunca le había sugerido nada al respecto. Qué dolor infinito. Hasta *Monsieur Broto* tenía una aventura secreta, en cambio él seguía tan solo como siempre.

## Capítulo 39

**T**ranscurrido un mes, con las primeras cuchilladas del invierno, un misterioso mensajero se acercó por las oficinas de Palop & Broto. De casualidad Nicanor se encontraba en Bedous, así que, avisada la secretaria por el interfono de que le franquease la entrada, lo recibió en su despacho. Se trataba de Federico, el agente del PCE y enviado del NKVD. A raíz de aquel encuentro, Nicanor se montó de nuevo en el tren, rumbo a Moscú. Según el mensaje que le había transmitido Federico, requerían su presencia a orillas del Moscova desde las más altas esferas. Y no había querido ser más explícito.

Cuando Nicanor llevaba viendo pasar por su ventanilla cientos de kilómetros de paisaje elongado, todavía se sentía inquieto por dos incertidumbres. La primera consistía en un temor difuso, respecto a que una vez en Moscú lo eliminasen, al igual que a muchos trotskistas y republicanos, bobos ellos, que habían acudido a la patria proletaria reclamados en parecidas circunstancias. Nunca se había sabido nada de sus cuerpos. Tal vez en el Kremlin quisieran acallar para siempre a un testigo incómodo, a un jefe del maquis, movimiento que ya convenía olvidar. Pero no, el Secretario General se habría vuelto loco al dar esa orden, pues sería muy arriesgado para su prestigio asesinar al propietario de la mayor empresa de pompas fúnebres de Europa. Qué escándalo. Quizá se hubieran enterado de su relación comercial con el Pentágono, y querían explicaciones. En ese caso bastaría con argumentar que la cifra de pedidos de *brouty's bags* sería una constante y fiable fuente de información para el NKVD sobre las bajas del Ejército americano.

El segundo pesar era de índole más íntima. Nicanor no sabía si vería o no a Sito la primera vez que pisaría Moscú. Le había mentado a Digna cuando le contaba que visitaba a su hijo de vez en cuando en su casa de Moscú, donde vivía con su familia. Solo sabía que estaba casado y que tenía dos hijos. Ignoraba el nombre de su mujer, qué oficio tenía ella, en qué calle vivían, qué nombres habían puesto a sus dos hijos. Por mor de la piedad, se había inventado esos detalles para conformar a Digna en su lecho de enferma. Ah, pobre Digna; qué poco se parecía a Vita. Y sin embargo, con sus prejuicios y sus mojigaterías, con su cuerpo mullido, era el complemento de la naturaleza vivaz, incisiva y un tanto salvaje de Vita, de su cuerpo de contorsionista.

En Estrasburgo, cuando hacía el transbordo de un convoy a otro, Nicanor se encontró con uno de los vendedores de Palop & Broto, el comercial que llevaba la sección de féretros de segundo nivel para el este de Francia. Se saludaron respetuosamente e intercambiaron unas palabras en medio del andén. A veces Nicanor se cruzaba en alguna estación o en una vía paralela con algún vagón cargado de ataúdes de la empresa. Entonces le embargaba una sensación ambivalente, de orgullo por ver el empuje de Palop & Broto, y de desasosiego al comprobar que todo podía funcionar sin necesidad de su concurso. En tales momentos se sentía más frágil que nunca, y por lo tanto, ansioso ante la eventualidad de no poder continuar la tarea



secreta que se había impuesto. Cuando se encontraba con empleados suyos, como aquel de Estrasburgo, muchachos valiosos, emprendedores, sagaces, que se ponían nerviosos en su presencia, y que a veces dejaban caer unas lágrimas de emoción por conocer en persona a su legendario presidente, íntimamente se sentía prescindible, un mojón del pasado que los tiempos iban dejando atrás. Pero Nicanor hacía de tripas corazón y les daba consejos sobre la profesión, les preguntaba sobre sus familias, de las que lo conocía todo. En aquella etapa de tan largo viaje, ante aquel representante de segunda se mostró más locuaz que de costumbre, más cordial y humano, como si intuyese que, después de traspasar el Rin, adentrándose en el profundo Este, no volvería a ser el mismo aunque regresase íntegro.

Ya en la estación de Bonn, Nicanor se sintió vigilado. Impresión que se acrecentó al llegar a Berlín, en la reconstruida estación Lehrter, donde una señorita muy amable se sentó a su lado para leer el *Pravda*. A partir de la estación Kalisz de Varsovia su vigilancia se hizo descarada cuando un sujeto, un tal Remizov, se le presentó como miembro de un extraño comité de bienvenida, aunque no volvió a decir nada el resto del viaje. Nicanor iba bien provisto de los pasaportes gemelos de Malagón, pero en los frecuentes controles, en las estaciones o en el mismo vagón, los funcionarios apenas se fijaban en sus documentos, y a veces ni se los pedían. Tuvo la sensación de llevar estampado en la frente un mensaje en el que se leía «Envío urgente».

Atravesando bosques sombríos y planicies blancuzcas, el tren llegó a Minsk, pasó por Smolensko y por fin alcanzó Moscú. En la estación de Belorussky del noroeste de la ciudad, cuatro sujetos fornidos le salieron al paso. Se presentaron sin dar nombres, aduciendo que serían sus guías. Se hicieron cargo de su equipaje. Lo llevaron a un coche enorme, negro y con cortinillas de terciopelo verde en los cristales. A pesar de su abrigo de chinchilla y su gorro de astracán, Nicanor sentía el frío de las calles, el crujir de la nieve cuajada bajo los neumáticos del automóvil. Los dos sujetos sentados a ambos lados le impedían con su presencia estatuaria descorrer siquiera un poco una cortinilla y observar la ciudad. Si los guías pretendían que no supiese por dónde lo llevaban se equivocaban, pues Nicanor se había informado previamente sobre el plano de tan enigmática ciudad. Ya que el coche apenas hizo maniobras, supuso que desde la estación habrían enfilado la larga avenida Tverskaya Jimskaya Ulika. Después, tuvo la sensación de que salían de la ancha avenida y cruzaban el empedrado gris de la Plaza Roja. Pararon en un patio donde se amontonaban los copos que caían perezosos. Se apearon y entraron en un hotel grande, obviando su recepción y el registro. Lo condujeron a su habitación en la planta tercera, con vistas a una fachada interior.

Pasada una hora, una camarera se presentó en la habitación para servirle la cena, bajo la atenta mirada de los guías desde la puerta. El menú consistía en una rodaja de pan negro, una patata cocida, un huevo cocido y dos salchichas fritas con manteca, amén de una botellita de vodka sin marca. En un descuido de sus custodios, Nicanor puso sobre la mano de la camarera cien rublos —cambiados entre sus amistades de

París— a fin de que le informase de dónde había ido a parar. Estaba alojado en el hotel Moscú, en la misma Plaza Roja. No era el gigantesco hotel Metropol, un poco más allá, a doscientos metros, reservado para jercas del extrarradio de visita en la capital.

Más tarde, Nicanor comenzó a adormilarse vestido. Sintió el temor de que hubiesen echado algo en su cena. Dejó caer su cabello entrecano y pulcramente cepillado en la almohada, que le sonó a paja aplastada. Soñó que lo recogerían inconsciente de la cama, que lo matarían de un estacazo en la nuca, o que le darían el descabello, como hiciera Manolete con los presos republicanos. Luego lo harían desaparecer, sin ataúd y sin tumba, quizá arrojado su cuerpo al Moscova, como el de Rasputín al Neva. Creyó deambular muerto por una montaña alpina, cerca del balneario de Davos, charlando con Settembrini, el filósofo cínico de *La montaña mágica*. Así debía ser la muerte, un rumiar filosófico con esbirros de Dios en un cielo de aguas salutíferas. Y, soñando esa duermevela de muerte, creyó ver el último suspiro de una mujer. Supuso que debía ser la camarera rusa, con la que habría gozado ya yerta en una isba de un bosque plateado. Pero aquello era más bien una casucha del Pirineo, donde una rústica acababa de morir de parto.

—Digna... ¿qué haces ahí, en un lecho y en una tumba que no te corresponden? —musitó agitado por calambres—. Hijo, hijo... Desde tu nacimiento te abandoné...

Entonces alguien llamó a la puerta, pero Nicanor solo oyó el portazo de un convento que se cerraba. Su visitante entró con tal brusquedad que lo rescató de su terrible pesadilla. Con los ojos entreabiertos, empañados por lágrimas represadas, Nicanor vio en medio de una habitación que no reconocía a su hijo Sito: el general Sito Brotov, jefe del NKVD, antiguo GPU.

—Papá, me parece que ves demasiadas películas americanas... —le dijo Sito en ruso sin mediar saludos ni más palabras de bienvenida.

—¿Qué diablos...? —Atinó a decir Nicanor, ya incorporado y perplejo, empeñado en que la humedad de sus ojos se evaporase con un repetido.

Sito se acercó a la cama y le puso los rublos de la camarera en una mano.

—Pero, hombre, si hubiese sido para solicitar sus favores... Pero para averiguar esa estupidez... Mañana mismo podrás ir de visita por donde te apetezca. Eres un invitado ilustre de la Unión Soviética.

Nicanor vació sus pulmones y Sito lo abrazó con vigor, con una efusión muy eslava, aunque él parecía no querer tocarlo. A continuación el hijo le ofreció tabaco de Turkmenistán, de la marca Oblomov. Fueron a sentarse en dos sillones en torno a una mesa baja, por delante de una ventana que dejaba entrever una noche boreal. Después de las preguntas de rigor sobre el viaje y la salud, se refirieron a los distintos miembros de la familia desperdigados por España y Francia. Sonsoles, la hechicera de la alta costura parisina. Lourdes, la hechizada de Canfranc. Y la bruja... El recuerdo de Berta parecía que ahora dejaba frío a Sito. Hablaron de la difunta Digna, aunque Sito, como durante sus entrevistas en Berlín, procuró ser breve al respecto.

Tampoco Nicanor quiso explayarse con su recuerdo. De modo que hubo un brusco cambio de conversación.

—Y bien, Sito... —Nicanor miró de reojo a ambos lados—. ¿Se puede saber por qué me habéis llamado?

—Te van a conceder la Estrella de la Orden de Lenin.

La cara de asombro de su padre provocó la risa en Sito. De nuevo entró la camarera en el cuarto llevando una bandeja, con té caliente de Uzbequistán y pastas de polenta letona para los dos. Cuando se iba, la joven guiñó un ojo a Nicanor.

—Sito, Sito... No me he adentrado en los hígados de Asia para que te burles así de mí. ¡Y, córcholis, háblame en español!

Sito le detalló muy poco del asunto, pues no correspondía a su sección. Iba a ser convocado al Kremlin —bajó su tono de voz, lo que hizo pensar a Nicanor que los que escuchaban tras las paredes también les entendían perfectamente en español—, a hablar en persona con el camarada Secretario General, quien le había hablado de él, de su empresa decadente y decrepita de pompas fúnebres Palop & Broto, a quien por otro lado admiraba por su tesón en derribar a Franco. Así que por medio de su hijo se había puesto en marcha toda la maquinaria para que se llevase a cabo esa entrevista. Un honor concedido a muy pocos occidentales.

—¿Crees que se deberá a mis negocios con los ame... —Nicanor iba a decir «americanos», pero se corrigió como si hubiese oído la voz admonitoria de Monique—, con los estadounidenses yanquis?

—¿Por qué? Estamos seguros de que, en su momento, nos facilitarás el número de unidades de esas bolsas negras que te encarguen. ¿A que lo habías pensado?

Nicanor asintió algo indeciso, ruborizado. Sito se largó del hotel con la impresión de que su padre ya chocheaba. En cambio, Nicanor constató una vez más que Sito seguía tan renegado como siempre.

Los días siguientes Nicanor los dedicó a conocer los placeres de Moscú. Llevó una corona de flores al monumento del Soldado Desconocido. Visitó el mausoleo de Lenin, sobrecogiéndose por el trabajo egipcio que habían hecho en su cadáver, convencido de que tareas así no eran buenas para su negocio. Contempló las cúpulas acibolladas de la catedral de San Basilio. Asistió a una representación en el teatro Bolshói de *El cascanueces* de Chaikovski. Recorrió las salas del museo Pushkin de Bellas Artes. Todo alrededor del Kremlin.

Una mañana de espesa niebla y frío intenso, un coche impresionante lo recogió en la puerta principal del hotel. No llevaba cortinillas de terciopelo verde, y Nicanor fue solo en el asiento trasero. Pero poco pudo ver desde allí, solo fragmentos de edificios ciclópeos barnizados de niebla. El vehículo atravesó los trescientos metros de la Plaza Roja como una cucaracha un tazón de leche, y enfiló solemne uno de los enormes portones rojos del Kremlin.

Mucho tiempo después, cuando Nicanor pasaba sus últimos años leyendo *El señor de los anillos*, pensaba reiteradamente en aquel extraordinario acontecimiento.

Nicanor Broto fue recibido en la fortaleza del Kremlin como un magnate de la industria occidental que, sin embargo, era *tovarich*, amigo de la URSS y propagandista del socialismo. Los magníficos salones, los sorprendentes corredores y las espléndidas escalinatas fueron sucediéndose ante Nicanor y la cohorte de guías grises que lo acompañaba. Según avanzaban por las distintas dependencias palatinas, fueron desapareciendo los guías, hasta que Nicanor se encontró solo en medio de un lujoso y blanco salón de altos ventanales. Entonces, un sujeto de indumentaria mitad castrense y mitad monacal apareció por una puerta lateral y lo saludó. Nicanor supuso que debía ser un cortesano de primera categoría, pues se permitió charlar con él más de diez minutos. La charla concluyó cuando varios oficiales con el pecho tachonado de condecoraciones se asomaron por un portón lacado en blanco y oro. Ellos fueron quienes lo condujeron a las estancias privadas del Secretario General.

La suntuosa decoración del tiempo de los zares fue dando paso a una sencillez pasmosa. Los muebles estaban pintados en las paredes, las lámparas de araña se dirían dibujos que producían la ilusión de colgar de los techos, mientras las sucesivas puertas eran reproducciones ejecutadas en los gruesos muros. Incluso los lujosos relojes dieciochescos eran meras representaciones pictóricas, si bien parecían dar la hora exacta —él consultó su reloj para comprobarlo—. Nicanor no salía de su asombro. Todo eran trampantojos, engaños de la perspectiva, ilusiones de la vista.

La última puerta falsa lo adentró en un paisaje montaños, es decir, en un trampantojo gigantesco plasmado en paredes, suelo y techo, de modo que tuvo la ilusión de encontrarse entre las escarpadas cumbres del Cáucaso. A un lado, por detrás de hierba decorada, se alzaba una tienda nómada, guateada de tafetán y fieltro. Una voz lo llamó a su interior por su nombre.

—*Tovarich* Nicanor Brotovich Brotov, pasa, te lo ruego.

Nicanor se armó de valor y penetró en la tienda doblando la espalda. Por su piso se extendían montones de pieles de borrego armenio, alfombras turcas de lana merina, pufs sirios forrados de cabrito. El camarada Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili, conocido por José Stalin, se encontraba recostado en medio de todo ello, vestido con su uniforme austero, con un vaso de vodka en una mano, montones de papeles cerca y, a su vera, una lata de caviar abierta con una cuchara sopera. Nicanor se hubo de arrodillar para besar a su anfitrión en la boca, según la costumbre eslava entre familiares o camaradas.

Aunque lo viese allí recostado —aseveró Stalin mientras llenaba dos vasos de vodka—, no estaba enfermo, simplemente esa era su manera de descansar mientras despachaba los asuntos de Estado, al modo tradicional georgiano. Su salud era de acero —dijo entre risas—, aunque últimamente los años le pasasen ciertas facturas que él no estaba dispuesto a pagar, porque la salud es ladrona, como todas las propiedades.

—Por eso te he llamado, *tovarich* Nicanor Brotov. En el Cáucaso mis paisanos suelen vivir más de cien años. Debe ser por la vida sana y natural de sus montañas.

Mi padre murió a los ciento tres, y mis abuelos pasaron de los ciento quince, alguno incluso conoció a Iván el Terrible. Yo no creo que llegue a tanto, pues las obligaciones de mi cargo son muy duras y el aire de Moscú malsano, aunque puede que me queden otros diez por vivir. En todo caso, he pensado en preparar mi último viaje, que para un ateo como yo no conduce a ninguna parte, tan solo al nicho que me aguarda en los muros del Kremlin. No estoy dispuesto a que se me embalsame como a mi antecesor, aunque yo fui quien dio la orden para ello, ya que en esta joven URSS estamos escasos de iconos laicos. Sin embargo, había pensado en un buen entierro, si no fastuoso, sí al menos elocuente, donde quede bien presente mi personalidad. Algo original, nada que ver con los ataúdes de los ritos religiosos. Entonces me acordé de que el padre de uno de mis oficiales más eficaces, el general Sito Brotovich Brotov, se dedicaba a tal menester en el corrupto Occidente. Y por eso te he llamado, para poner en tus manos ese trance.

Nicanor carraspeó antes de hablar.

—Perdona, *tovarich* Secretario General, estoy seguro de que en tan gran país hay excelentes artesanos que podrían llevar a cabo esa tarea con resultados encomiables.

—No lo creas, mi buen amigo. De solo pensar que ese recipiente, llamémosle así, sería para mis restos, los paralizaría y les espesaría las ideas. Al final acabarían construyendo una imitación de féretro ortodoxo, o una cápsula hipervanguardista a lo Aelita reina de Marte que sería el hazmerreír de todos los reaccionarios y el sonrojo del mundo progresista. No, Nicanor, necesito la inventiva original de Palov & Brotov. Ya me he enterado de la venta de *brouty's bags* a los imperialistas. —Stalin no pasó por alto que Nicanor se removi6 inquieto sobre su puf—. *Niet*, note censo, ya que me agrada que mientras nuestros kalashnikov se los van cargando, un discreto camarada los vaya enterrando. —Stalin se carcajeó, lo que hizo soltar breves y tímidas risas a Nicanor—. Por eso me admiro de los recursos de la imaginación, espirituales, por así decirlo, de tu empresa.

—La clave está en leer poesía, *tovarich* —repuso Nicanor aliviado—. Ya lo dijo el poeta esclavista Edgar Allan Poe: la imaginación es el estadio superior de la realidad.

—¡Ah, la poesía...! Lástima que nuestros poetas se hayan muerto de calistenia o anden perdidos por esos andurriales de Siberia. Hace poco aquí hemos fundado una Academia de poesía, pero sus primeras promociones todavía tardarán en licenciarse. En fin... —Stalin suspiró. A continuación cogió la cuchara y se sirvió del caviar de la lata. Probó la mitad de la cuchara, la otra mitad se la ofreció a Nicanor.

Este agachó la cerviz y la apuró.

—Excelente caviar, *tovarish* Secretario General.

—Cambiaría un millón de esturiones del Caspio por las brillantes iniciativas de Palov & Brotov —su tono de voz se hizo más metálico—. Basta recordar el entierro del general Patton...

—¡Bah...! Eso fue casi una imposición yanqui... —El nerviosismo regresó a

Nicanor—. Son unos prepotentes. Los Estados Unidos pasarán, pero Palop & Broto permanecerá. Nuestro lema es: los imperios pasan, sus cadáveres perduran.

Hizo reír al Secretario General, que le sirvió un nuevo vaso de vodka para ayudarlo a bajar las huevas de su garganta.

—Qué buen miembro del Politburó hubieses sido, incluso podías haberte encargado del comité para entierros del Estado. —El georgiano apuró de un solo trago su vasito—. Bien, bien... Estoy seguro de que por esa cabeza ya se te ha pasado alguna idea original y sugestiva. ¿Eh...? ¿Eh..., Nika?

—Bueno... Algo me ronda por las meninges, *tovarich* José. Aunque necesitaré tiempo para presentar un proyecto.

—Tómate todo el tiempo que quieras. —En ese momento llegó a la estancia la sorda fanfarria de los cuernos de las murallas—. ¡Ah...! Llega una nueva visita. Discúlpame, *tovarich* Nicanor Brotovich Brotov, pero debe ser ese pesado del camarada Aldous Huxlevich Huxlev con una nueva utopía que ofrecerme.

Nada más levantarse Nicanor, desde su lecho de borregos Stalin llamó su atención con un chasquido de dedos de sonido ruso.

—Ah, se me olvidaba... Ni qué decir tiene, *tovarich*, que esto se ha de mantener en el más estricto secreto.

—Por supuesto, *tovarich* Secretario General. Máxima confidencialidad profesional.

Nicanor se retiró por donde había llegado. En la antecámara blanca y de altos ventanales de nuevo le salió al paso el mismo cortesano, que insistió en hablar de nuevo con él unos minutos. Tras unas desabridas palabras, en esta ocasión Nicanor le despidió con malos modos.

Tal vez a causa de ese disgusto, a medio día Nicanor comió mal. Al retirarle la bandeja, la camarera Natacha lo observó con aprensión y simpatía. El resto de la jornada lo pasó tumbado en su cama, pensando en lo que había oído en el Kremlin, ya fuese por boca de Stalin o de aquel cortesano que lo había abordado dos veces. Como no podía dormir, mientras apuraba la botella de vodka que le había traído Natacha, consumió las horas nocturnas abocetando el proyecto de ataúd que se le había ocurrido para el camarada Secretario General.

A la mañana siguiente, por medio de sus custodios que se hospedaban en los cuartos contiguos, Nicanor mandó un mensaje al Kremlin en el que se comunicaba escuetamente: «El proyecto ya ha sido pergeñado».

Por la noche —recordó muchos años después Nicanor cerrando con un suspiro el libro de JRR Tolkien—, de nuevo traspasó los grandes portones rojos de aquel sucedáneo de Minas Tirith. Poco después, elfos del Volga lo condujeron a un comedor gigantesco, y allí cenó en la mesa de José Stalin. A los postres, de higos de Abjasia en almíbar, acompañados de ostras de Vladivostok, con la melodía nostálgica de unas balalaicas lejanas, Nicanor introdujo un par de folios plegados entre su servilleta y, discretamente, la corrió por el mantel hasta el sitio de su único

acompañante. Stalin entreabrió el lienzo despacio y contempló los dibujos. Sus ojos cetrinos centelleaban de sorpresa y admiración. Con una sonrisa satisfecha se los guardó en un bolsillo interior de su austero uniforme.

—No me has adjuntado ninguna cifra, amigo Nika... —dijo acto seguido.

—Me conformo, *tovarich* Secretario General, con que una pequeña placa de Palop & Broto vaya adherida a los pies.

—Por supuesto —sentenció el anfitrión—. No habrá problemas con ese alarde capitalista de Palov & Brotov.

Rieron, bebieron y bailaron hasta que sonó el cuerno de retreta.

Al día siguiente, a media mañana, Nicanor se disponía a emprender el viaje de regreso a casa. Mientras los custodios se encargaban de bajar su equipaje por las escaleras —el ascensor del hotel solo ofrecía servicio de subida, para ahorrar energía—, él paró a la camarera Natacha y le pasó todos los rublos que llevaba encima. La obligó a aceptarlos y a mantener cerrados esos labios de pichón. Emocionada y agradecida, la chica lo besó en la boca y se alejó llorando por el corredor. Entonces el ascensor se abrió y apareció Sito enfundado en su uniforme gris verdoso.

Nicanor no esperó a que su hijo comenzase a hablar, sino que fue a su encuentro, lo agarró de la solapa de su abrigo y, con una fuerza impropia de su edad, lo arrastró hasta el cuarto.

—Pero... ¿qué pasa? ¿Te has vuelto loco, papá?

—¡Hablemos en español, jodido cabronazo, porque los epítetos que te voy a escupir no los sé en ruso! —Nicanor se separó de Sito, con la respiración alterada, y empezó a retorcerse unos dedos con otros—. Hay un hombrecillo en el Kremlin, un tal Lorenzo Siberia...

Su hijo lo corrigió, con un repentino rictus de preocupación.

—Laurenty Beria...

—Sí, Beria... Pues bien, ese tipo, que por lo visto es tu jefe directo del NKVD, me ha hablado de cosas que me han abochornado. ¿Sabes lo que pienso de todo ello? Que en el sofisticado sistema político soviético, Beria, tú, imbécil, y otros muchos cortesanos del Gran Jefe, mantenéis una lucha sorda en vista de su probable desaparición y eventual sucesión. Pero hete aquí que me presento yo en Moscú, un honrado viajante de comercio de los Pirineos, y me veo envuelto en esas intrigas palaciegas, todo por culpa de mi hijo. Ese Beria quería saber qué es lo que he tratado con el Gran Jefe, en la suposición de que lo hacía en tu nombre. Naturalmente, yo le he mandado a tomar por el culo. Pero él ha insistido, y para presionarme, para hacerme ver la verdadera calaña del general Sito Brotov, me ha mostrado un dossier de su departamento, que tú mismo habías ordenado componer hace años.

En ese dossier se hacía constar, entre multitud de datos, que Nicanor Broto mantenía una casa en Lisboa, en la que desde hacía dos años había comenzado a convivir con una mujer madura de exótica planta. Dicha mujer, a quien Broto llamaba «Vita», y que en una época anterior se hacía pasar por Vitali, un aristócrata del

antiguo régimen zarista, había desaparecido al estallar la Guerra Civil de España, durante la cual, se sospechaba, aunque no había pruebas concluyentes, que había luchado con las tropas fascistas. La investigación reciente del Comité para Europa meridional del NKVD confirmaba que Vitali-Vita era Ludmila Kabilina: procedente de la baja nobleza provinciana del principado de Orsha —actual *oblast* de Vicebsk—, de educación esmerada por su origen privilegiado, pero con tendencias sociales muy disolventes incluso para la sociedad decadente de los zares. Estas tendencias criminales se habían manifestado en ella siendo casi una niña, y fueron consentidas por una familia embrutecida por las lacras de su clase. Ludmila Kabilina había participado en orgías, se decía entre los ancianos de Orsha que con papas y judíos, había formado parte de un movimiento nihilista de nobles petimetres que, a imitación de Rasputín en la corte, arrastraba a las masas de campesinos a manifestaciones supersticiosas, arrasando dependencias oficiales, provocando muertes en medio de excesos sin nombre. Afortunadamente, la Revolución había cortado de raíz ese movimiento, provocando la huida de la justicia popular de la susodicha Ludmila Kabilina.

—Compréndelo, padre —se explicó Sito ante ese torrente de datos—, no podíamos dejar de investigar las relaciones de un destacado miembro de la resistencia antifranquista. ¿Quién nos aseguraba a nosotros que un agente de Franco, tal vez de Washington, no había entrado en tu círculo más íntimo? Como puedes ver, no estábamos desencaminados.

—¡Canalla...! —replicó Nicanor y recogió con genio su gorro de la cama—. ¿Cómo se te ocurre espiar a tu propio padre, y escarbar en el pasado de esa mujer? ¡La has injuriado! ¡Me has infamado a mí! En mala hora eché el polvo que te concibió.

—Pero si fue un trabajo rutinario... Lo hacemos con toda nuestra gente en el exterior. Ten en cuenta las relaciones de tía Berta con el régimen de Franco, por no hablar de las pintorescas amistades de Sonsoles en París. ¿Es que crees que tú puedes moverte con seguridad en ambos ambientes a no ser por la cobertura discreta que te hacemos? ¿De qué, si no, el camarada Domingo Malagón te hubiese proporcionado todos esos documentos falsificados? —Sito se quitó su sombrero de amplio plato y lo agitó a un costado como si espantase moscas, lamentando esa escena tan violenta en un momento como ese—. Papá, papá... Te estás haciendo mayor, y no te das cuenta de la verdadera naturaleza del mundo por el que te mueves. Eres un hidalgo a la antigua, y te crees que toda la gente con la que tratas son poetas, heterónimos, bohemios, quinquis, capitanes de balleneros, Settembrinis de Davos, administradores jorobados que viven en casitas de cuento, estrafalarios y ricos personajes que buscan entierros originales. Pero no es así. A nosotros, por la seguridad del Partido, del Estado, nos corresponde ver por ti la realidad objetiva, y sin titubeos.

Hubo unos segundos de un silencio desencajado, con ambos hombres observándose plantados uno frente a otro en medio de la habitación.



—¿Sabes cuál es tu problema, Sito? —Nicanor se acordó de una frase anotada en su libreta que había copiado de una película americana, tal vez de Bogart—. Que todavía no sabes que eres Dios.

Nicanor se puso el gorro de astracán y salió de la habitación a grandes zancadas y sin despedirse. Esa fue la última vez que se vieron padre e hijo.

Pasó el trayecto de vuelta prácticamente postrado en sus sucesivos compartimentos. Apenas comió, casi no durmió en la litera, ni anotó nada en su libreta. Solo pensaba en todo lo que dejaba atrás. A un hijo convertido en un ser sin corazón, que era capaz de usar a su padre como peón de brega de sus manejos policiales. En el fondo, la culpa era suya, por no haber sabido educarlo en las cosas sensibles del mundo, haberle enseñado lecturas, haberle comprado enciclopedias, haber charlado con él después de su primera polución, haberle explicado que los fines no justifican los medios. Su negligencia como padre había alimentado a un monstruo.

«El hombre debería nacer enseñado», se dijo obsesivamente. «Sin embargo, vive aprendiendo, en un bregar constante contra la entropía, preparándose para dar el do de pecho en una vida que nunca llega plena, que ya ha transcurrido sin darse cuenta cuando se apercibe de ello. Ay, Vita, ten piedad de mí, porque siempre nos alcanza el desbarajuste y nos gana la entropía».

Nunca había creído mucho Nicanor en las ideas soviéticas, entre otras razones porque pronto se iría a pique el ballenero *Pequod* si toda la tripulación pretendiese ser el capitán Acab, o si el capitán Acab quisiese estar en el lugar de cada tripulante. Pero así era su carácter. Con tal de llevarse bien con todos, como buen comerciante, era capaz de tolerar todas las ideas. No obstante, ahora estaba pensando en romper su carné del Partido, el falso y sus imitaciones de repuesto. Pero entonces también tendría que deshacerse del carné de FET de las JONS, del DNI, de la *carte d'identité* francesa, de todos los pasaportes, de modo que su vida estaría en precario, la existencia misma de Palop & Broto se pondría en peligro, porque todo —como le decía Vita— estaba sustentado por las apariencias de los documentos.

Qué lista era Vita, cuando en el tren que se acercaba a Talavera le había abierto los ojos a esos aspectos del mundo moderno. Pero qué amantísima mujer era cuando la primera noche en Lisboa, después de retozar ambos hasta empapar de sudor las sábanas, le había relatado toda su vida, desde que naciera como Ludmila Kabilina.

## Capítulo 40

**N**icanor siguió llamando Vita a Ludmila, pues con ese nombre la había amado desde el principio. Y, pese a sus muchos viajes, continuó visitándola regularmente en Lisboa. En el otro extremo de Europa acontecía pocos meses después que el Secretario General caía fulminado por un ataque cerebral. Al poco también caería Beria, y su cuerpo desaparecería sin dejar rastro, sin tumba y sin féretro. Nicanor no pudo cumplir el contrato apalabrado que había hecho con Stalin sobre su ataúd, porque por medio surgieron demasiadas trabas burocráticas y oscuros recelos políticos. La embajada de la Unión Soviética en París se limitó a contestarle que ese proyecto tan solo había sido el capricho de un anciano todopoderoso. Así que en el almacén de Palop & Broto del barrio Latino se quedó la caja especialmente diseñada para Stalin. Nicanor la había ideado pensando en la momia de Lenin. Puesto que este había sido embalsamado a la manera egipcia, había tenido la audaz ocurrencia —el «espíritu imaginativo» que echaba de menos el georgiano entre los suyos— de construir un sarcófago momiforme a semejanza del que guardara los restos del faraón Tutankamón, es decir, una carcasa con su efigie de cuerpo entero que contendría los restos mortales de su propietario. En su desfile por las calles de Moscú, todo el mundo hubiera visto que allí, sonriente, paternal y saludando, seguía presente su venerado Secretario General. Frustrado el negocio, Nicanor se lamentó que para un ataúd así, llevando por fuera el rostro de su morador, sería imposible encontrarle otro cliente, como había hecho con regularidad. De modo que allí, en el almacén del bulevar Saint-Michel, aguardaría aquel original sarcófago hasta que un día llegaran unos momentos imprevistos y convulsos.

Al cabo de un año, en pleno proceso de desestalinización por parte de Nikita Kruschev, el misterioso agente Federico, ahora ligado por ósmosis al nuevo KGB, traspasó la puerta con campanilla de la tienda de Fotos Broteira. Desde luego que no fue una casualidad que por esos días se encontrase Nicanor en Lisboa y que Federico pudiese entregarle un grueso sobre de color crema. Nicanor, desconcertado, se quedó contemplándolo inmóvil en medio de la trastienda. Vita, sospechando de qué pudiera tratarse, lo animó a que subiera a la buhardilla y allí lo abriera a solas. Así lo hizo él. El sobre se lo enviaba Sito, que ahora era uno de los altos jefes del nuevo KGB, que acababa de sustituir al NKVD, que a su vez provenía del GPU. Con una sonrisa amarga, Nicanor supuso que la «B» de KGB debía referirse al «Brotov» de su hijo.

El sobre grande contenía otros dos más pequeños. En uno de ellos estaba escrita —en caracteres latinos— la siguiente frase: «Para mi padre Nicanor Broto». El otro presentaba una leyenda parecida: «Para mi prima Sonsoles». Algo nervioso, Nicanor se apresuró a abrir el sobre dirigido a él. Contenía una carta, una fotografía y unos papeles verdes y rojos algo arrugados. La fotografía parecía reciente, y en ella se veía al completo y sonriente a la familia Brotov de Moscú: Sito con su esposa Yelena —su nombre real escrito al dorso—, y sus hijos Iugeni y Nadezda. La carta decía:

*Perdóname, papá, por las ofensas que te infligí. Te ruego que pidas perdón en mi nombre a Vita. Sé que he cometido muchos errores, y que seguramente los seguiré cometiendo, pero, y esto no es una disculpa, a veces es más cómodo vivir en el error que en el esfuerzo de la verdad. Ya me comprendes. Tengo una familia a la que proteger. Te envío esta foto de todos nosotros, para que nos vayas conociendo. Lamento no habértela dado cuando mamá vivía. Nunca me perdonaré mi indiferencia hacia ella en sus últimos días. Quiero reparar en algo mis faltas, aunque con esta sinceridad de palabra e imágenes vea comprometida mi carrera. Correré ese riesgo. Tú lo posees todo: la riqueza, la sabiduría y una mujer a la que amas. No sabría qué darte, acaso el cariño de un hijo, cariño que nunca te demostré como merecías. Sin embargo, en mis manos ha estado devolver algo a un miembro de la familia que por justicia le pertenecía. He buscado, me he ganado voluntades, he registrado archivos en virtud de mi cargo, y por fin me he hecho con lo que un día había sido de la prima Sonsoles. Te ruego que el otro sobre se lo remitas a ella. Por otro lado, en parecido afán he hecho desaparecer de cartapacios y carpetas amarillentas una historia fantasiosa de una tal Ludmila Kabilina de Orsha. Los policías somos dados a la usura de datos inútiles, y eso no es bueno. Ya sé, papá, que pese a los últimos cambios los tiempos se están volviendo cada vez más duros y fríos, pero confío en que algún día nos volvamos a ver, tal vez en aquella cervecería de Pankow. Adiós.*

*Postdata. Te devuelvo el dinero que entregaste a nuestra camarera, la capitana Natacha, con la mejor voluntad. ¡Tus amigos de París te habían cambiado francos por rublos falsos!*

Nicanor se echó a reír mientras asía con una mano los billetes rojos y verdes devueltos. Cuando al cabo de una hora Vita volvió a la buhardilla, se lo encontró tumbado en la cama riendo y llorando, con los rublos por el pecho, con los sobres y la fotografía a los costados. Fue a abrazarse a él.

Semanas más tarde, Nicanor se presentó en el estudio de Sonsoles Broteau de los Campos Elíseos esquina a la plaza de L'Étoile. Como habitualmente, la encontró ganándose las habichuelas doradas entre trípodes, decorados, maniqués y perchas con modelitos a la última. Después de una bienvenida a vuelapluma —¡muá, muá!—, la ocupada Sonsoles se desentendió de su tío para centrarse de nuevo en las modistillas y los técnicos de iluminación. Monique le hizo un gesto de resignación a Nicanor. Qué le iban a hacer, la jefa era así. Pero Nicanor insistió, hasta que en un descuido puso sobre las manos de Sonsoles el sobre de Sito.

—¿Esto qué es, tío Nicanor?

—Es de tu primo Sito para ti —dijo él con un punto de orgullo.

Los labios corinto de Sonsoles adquirieron una severa expresión, como si intuyese la importancia suprema de ese envío. Ante la expectación de las dos docenas de testigos que ocupaban el salón, abrió el sobre con algo de nerviosismo. Contenía un fajo de fotografías. Fotos que, con ojos de corindón derretido, Sonsoles fue viendo de prisa una detrás de otra, hasta que no pudo más y cayó desvanecida al suelo. Las fotos se esparcieron por la moqueta, mostrando a todos los estupefactos presentes las imágenes de Hitler y Eva Braun muertos.

—*Monsieur Broteau* —le espetó Monique apretando las lanas de *Molotov* contra sus pechos—. Esto es una broma de muy mal gusto por parte de un sepulturero como usted.



Pasados unos meses de aquel incidente, *Monsieur Peletier* se ponía en contacto con Lourdes.

El Expreso del Midi de la SNCF entró en la estación de Cornavin de Ginebra a las doce en punto de aquel mediodía. De un vagón descendió una mujer menuda, morena a media melena con un tocado discreto, de cara ovalada, más que bonita gracias a las primeras arrugas de la madurez. Iba bien vestida, aunque con ropa algo pasada de moda, y llevaba una pequeña maleta de buen cuero.

Nada más pisar el andén, Lourdes se quedó parada en medio del tráfico de pasajeros que iban y venían. Por su experiencia de tantos años en Canfranc, sabía que más valía esperar quieta unos momentos al lado del convoy antes que perderlos entre empujones y encontronazos.

«Ay, Sonsoles, ¿por qué me haces esto?», pensó entretanto. «¿Qué te ha pasado?».

Había dejado a cargo de la aduana a uno de sus subordinados; los tres hijos estaban seguros con su tía sor Rufina del Perdón de Dios en las benedictinas; la casa quedaba atendida por Anita; había dejado provisiones suficientes a Silvestre, aunque apenas las probaba. Nunca se había alejado tanto de una frontera, ella que había nacido cerca de una y que había vivido siempre pegada a otra, pero, qué carajo — como diría tía Berta—, ya era mayorcita para afrontar esas aventuras. Al fin y al cabo, Ginebra le parecía sobre el mapa una ciudad sin tierra.

El señor Peletier no había querido ser más explícito por teléfono, temeroso de que alguna indiscreción azuzase las maledicencias de las revistas de sociedad. La gran fotógrafa Sonsoles Broteau, madre de chinitos, negritos y moritos, amiga de Malraux, de Hemingway y de Orson Welles, debía cuidar su imagen. Ciertamente que sus borracheras eran bien conocidas en Montparnasse y en Montmartre, que se rumoreaba que era una morfinómana, que se la había visto en Cannes, en yates u hoteles, muy acaramelada con amigas esculturales del vodevil, pero de ahí —según

Peletier— a que la gente sospechase algo más profundo había una diferencia. Por su lado, Nicanor no se lo había sabido explicar mucho a Lourdes durante su vuelta a Canfranc meses antes. Simplemente, su prima había visto aquellas fotografías suyas de Hitler y de su amante y, en lugar de dar albricias por ese hallazgo tantas veces deseado, después de despertar de su soponcio anduvo por las tres plantas de su estudio como un vendaval de penas.

Solo pudo salir Sonsoles de ese febril estado de excitación haciendo el equipaje y emprendiendo un largo viaje. No quiso que la acompañasen Monique ni *Molotov*.

Al cabo de los días, un destartalado avión DC 10 aterrizaba en Saigón. Sonsoles llevaba un pañuelo en la cabeza bajo un sombrero de paja, gafas de sol achinadas ocultaban sus ojos, pantalones vaqueros y camisa anudada sobre el ombligo. Y fumaba sin cesar. Sus amigos del Ejército habían conseguido que su llegada a Indochina pasase desapercibida. No obstante, se hospedó en el hotel Continental, el tugurio donde se concentraba la prensa que cubría la guerra, con la esperanza de que allí encontraría a Robert Capa. Pero este a la sazón no se hallaba en la capital, le dijeron, sino mucho más al norte, cubriendo para la revista *Life* una ofensiva francesa en respuesta al Viet Minh por el desastre de Diên Biên Phu.

Esperaría a Robert. Mató su tiempo mañanero en distintas exploraciones en sampán por el delta del Mekong, a lo largo del cual tomó numerosas fotografías. Y por las noches, como si fuese el negativo de Ava Gardner gozosa de su Capa, esperó limpiando con los codos la barra internacional del hotel. Luego los botones la veían traspasar el vestíbulo, trastabillante bajo los ventiladores, y subir a su habitación acompañada de algún fornido fotógrafo escocés, o abrazada a dos reporteros italianos.

Transcurridos unos diez días, le llegó la funesta noticia en forma de comunicación verbal de un comandante del Cuartel General, allí mismo, en el bar del hotel. A Sonsoles le fallaron las piernas, y con los codos apenas pudo sostenerse en la barra. Su amigo Robert Capa se había adentrado con una columna de infantería por el delta del río Rojo. Mientras atravesaba un arrozal desecado camino de Thai Binh, había pisado una mina. Su muerte había sido instantánea.

Los reporteros del Continental y los empleados aseguraron más tarde que no habían vuelto a ver a la señorita Broteau a la mañana siguiente. Tres días después, la madre superiora de las monjitas de Notre Dame de Tan Qui Dong se ponían en contacto con la Gendarmería de Saigón. Habían encontrado a una europea varada e inconsciente en la orilla de uno de los caños del delta. Avisado por las autoridades coloniales, al cabo de una semana *Monsieur* Peletier llegaba desde París a la misión donde Sonsoles estaba acogida. Se hizo cargo de ella, procurando que su jefa, ausente su consciencia del mundo, regresase a Francia con suma discreción.

Todo esto fue lo que le contó Peletier a Lourdes en su habitación del hotel Basilea, no lejos de la estación de Cornavin. Después la invitó a comer. Más tarde, se montaron en un taxi. El vehículo bajó por la Rue du Mont Blanc, atravesó el puente

de igual nombre sobre la isla de J. J. Rousseau, con el lago Léman a un lado y el Ródano al otro, y se internó por la Rue de Marché en la parte vieja de Ginebra. El taxi se dirigía al final de la Route de Chêne, donde se levantaba la Clinique du Dr. Porisme. La clínica no era exactamente un manicomio, sino un centro de reposo para graves casos de depresión y alcoholismo. Había que tener mucho dinero para alojarse en la clínica del doctor Porisme. A Sonsoles Broteau le sobraba.

El taxi se detuvo en la cima de una colina de abetos nevados, desde la que se divisaba a sus pies la ciudad y el lago. El doctor Porisme, un hombre estrábico y calvo, salió a recibirlos a una salita de espera. Después de unos minutos de charla los invitó a seguirlo por un corredor y una escalera. Al fondo del pasillo de la primera planta se encontraba la habitación donde se hospedaba la paciente Sonsoles Broteau, si bien con otro nombre, para no llamar la atención de la prensa. Puesto que había sido la propia Sonsoles quien había llamado a su prima, ella debía traspasar sola esa puerta, aunque Porisme le advirtió que debía tener mucho tiento con sus palabras.

Como nadie contestaba a sus toques en la puerta, Lourdes pasó. Sonsoles se encontraba sentada en una mecedora, en camisón, pegada a uno de los visillos que empañaban el jardín nevado que se entreveía por la ventana. Estaba terriblemente cambiada; casi no reconocía a la prima que había visto ocho años antes en el Savoir-vivre de Bedous. Y no por el lógico envejecimiento, ni acaso por el alcohol o la morfina, sino por una laceración interior que supuraba por cada una de sus arrugas, por los huesos que se adivinaban en su semblante. Si parecía la madre de Berta, su madre. Lourdes se estremeció y salió de su estatismo. Entonces Sonsoles se dio cuenta de su presencia.

Se fueron a abrazar en medio de la habitación.

Poco después ambas primas charlaban sentadas, Sonsoles en la cama y Lourdes en el borde de la mecedora, corrida hacia el lecho. Se sonreían, se acariciaban las manos, reconociendo aquel tacto que las había consolado de niñas. Cuando hubieron terminado de hablar de las menudencias de la vida, Sonsoles pasó a explicar las circunstancias que la habían conducido al dominio del doctor Porisme. Su voz sonaba quebrada por sustancias inyectadas.

—Hubo un tiempo en que amé a Robert, aunque más cuando perteneció a otra que cuando fue mío. Luego le tuve cariño, pero ante todo, pese a la lejanía y nuestros esporádicos encuentros, lo veneré siempre por su arte. Él era mi maestro, mi canon de belleza, mi Capilla Sixtina. Cuando fotografiaba modas, cuando vivía el oropel de las fiestas, siempre pensaba en Robert. En todo momento me remordía un sentimiento de culpa por no haber sabido seguir su camino, por no persistir e intentar imitarlo siquiera. Por eso sabía que cuando me presentase ante él en Saigón su juicio me redimiría, Lourdes, le demostraría que sabía igualar su arte, aun superarlo. Me planté en Indochina para sacar la boca del océano de la mediocridad y respirar por fin ese aire límpido del mundo que Vitali nos enseñó a amar. Le llevaba las pruebas de mi arte, el conjuro mágico de mi liberación. Sí, de mi liberación. Por desgracia, cuando

estaba a punto de enseñárselas, murió volado por una mina. Todo se me vino abajo. Sin embargo, para ser sincera, Lourdes, tanto afán y tanto esfuerzo de nada me hubiesen valido al fin y al cabo... —Empezó a llorar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lourdes.

—Dejemos al pobre Robert Capa que descanse en paz allá arriba, en el cielo ilustrado por Miguel Ángel...

El llanto de Sonsoles se entreveró con una risilla en falsete que produjo escalofríos en su prima. Su mente sencilla no podía comprender aquel chiste tan retorcido y cruel. Sonsoles cogió su neceser de encima de una cómoda y, de un doble fondo, extrajo un fajo de fotografías. Eran las fotos que Sito le había enviado desde Moscú. Dejó que Lourdes las contemplase. Con cierto malestar, la prima fue pasando una tras otra, sin recrearse mucho en los detalles morbosos.

—¿Y bien? —le preguntó Sonsoles—. ¿Qué ves?

—Son las fotos que tú tomaste de la muerte de Hitler y su mujer. Se lo has contado a todo el mundo.

Sonsoles sufrió un acceso de ira. Caminó en círculos por la habitación entre gesticulaciones y aspavientos.

—¡Aggg...! ¡Sigues siendo tan corta de entendederas como siempre! Precisamente, esas fotos NO son las que yo tomé. Mejor dicho, Lourdes, las tomé, sí, las tomé, pero de otra manera. La cabeza de Hitler estaba destrozada por el disparo, manchada de sangre, y no como aparece ahí, limpia, intacta, se diría que hasta maquillada. ¡Los rusos, Lourdes, los rusos han manipulado mis fotografías, con tal de demostrar que Hitler murió envenenado! Son maestros en realizar esos trucos. Si al menos Sito me hubiese enviado los negativos... Aunque quizá los hayan destruido hace tiempo. O a lo peor Sito es el responsable de esta falsedad, de este engaño que pretende meter por el culo del mundo entero por medio de su propia prima. —Volvió a llorar—. Esas fotografías ya no me valen..., son vulgares efigies estalinistas, muñecos de cera, y si las mostrase al mundo yo sería responsable de esa mascarada... ¡Estoy hundida, Lourdes..., estoy hundida, ya no me queda nada por lo que vivir...! ¡Berta me ha vencido por fin!

Sonsoles se arrojó sobre la cama. Lourdes fue a consolarla.

Cuando poco después el doctor Porisme y Peletier se asomaron por la puerta descubrieron a ambas mujeres llorando y abrazadas en la cama.

Al día siguiente, Lourdes regresó a la clínica para ver si su prima había salido de aquel abatimiento. Debía coger el tren por la tarde, pero no quería irse sin atisbar en Sonsoles un rayo de esperanza y mejora. Porisme le había dicho que su estado de ánimo sufría esas bruscas oscilaciones, apariencias de normalidad que enseguida se tragaba la psicastenia. El tratamiento de su dolencia iba para largo.

Sonsoles parecía haber superado el hundimiento del día anterior. Se sentó en la cabecera de la cama con Lourdes y, como de niñas, estuvieron un buen rato contándose sus cuitas. Aquella se centró en unos primeros síntomas de menopausia

que notaba, como sequedad de genitales y caída de pelo. Esta, más comedida, habló de sus hijos, Heriberto, Alberto y Roberta, imaginándoselos ilusoriamente como niños normales, e incluso sobresalientes.

En ese ambiente de afecto y calidez, Sonsoles sacó un álbum de fotografías, no de las tomadas por ella, o de su agitada vida social, o aquellas de la familia que les hiciera Vitali, sino de instantáneas de Robert Capa que ella había ido coleccionando.

Ahora sus comentarios no tenían el regusto de la amargura, sino el de una plácida y reflexiva resignación. Fue mostrando a Lourdes las obras maestras de Capa: la del café Marx de Marsella, de esos empíreos obreros bebiendo vino en un rato libre; la de la bolsa de París y su ambiente frenético; las de la Segunda Guerra Mundial; la de la muchacha de Chartres rasurada y con su hijo en brazos, vejada por el populacho por colaboracionista; la de la urna de las elecciones de México, rodeada de indias con coletas y holgadas faldas; las del nacimiento de Israel.

Una foto que todavía no estaba en su funda sobresalió entre las hojas del álbum. Sonsoles explicó que era la última que había tomado Robert un segundo antes de morir. El Ejército había sido tan amable de enviarle el carrete junto con su cámara Leica. Se veía un arrozal seco con el muro de barro de un bancale a un lado, a través del cual avanzaban algunos soldados desperdigados, expectantes, alerta ante un ataque sorpresa, sin pensar que el peligro podía venirles por los pies.

—Fíjate, Lourdes, hasta en su último trabajo Robert tuvo el don de la genialidad. Prácticamente es un retrato de su propia muerte. En esta imagen se nota la ausencia de algo sensible, es el redoble silencioso de algo inminente, el último destello de un alma instantes antes de ser llevada por las parcas. Qué cabronazo de Robert... —se dijo Sonsoles formando un tejado lastimero con sus dos cejas en exceso depiladas, con sus ojos húmedos fijos en la foto—, estoy segura de que lo hizo aposta para regodearse póstumamente en mis narices.

A continuación pasó a las fotografías que Sonsoles más apreciaba, las tomadas en la guerra de España. La muchacha sentada en la acera con su escaso equipaje, esperando no se sabe qué; la gente huyendo de los bombarderos; los civiles refugiados en el metro de Madrid. Por último estaba la fotografía que le parecía la obra cumbre de Robert Capa: aquella del soldado republicano que al salir de una trinchera cerca de Córdoba es abatido por un disparo.

—Pero qué jodido, Lourdes. —Sonsoles se rio entrecortadamente—. Hasta tuvo los cojones artísticos de averiguar que ese hombre muerto delante de su Leica se llamaba Federico Borrell...

Sin embargo, Lourdes no la acompañó en la risa. Se había quedado traspuesta, fija en aquella fotografía, aunque ya sin verla. Sonsoles se alarmó y meneó a su prima preguntándole qué le sucedía. Lourdes saltó de la cama y fue en una carrera hacia el cuarto de baño de la habitación. Se oyó cómo vomitaba, y luego tal vez unos ahogos sofocados. Cuando Sonsoles acudió, la encontró lavándose la cara con precipitadas abluciones.



—¿Se puede saber qué te pasa, Lourdes?

—Nada, Sonsoles... No te creas que tú eres la única que sufre en este mundo...

Y Lourdes no quiso comentar nada más del asunto.

Las primas se despidieron con la promesa de mantenerse en contacto más a menudo.

## Capítulo 41

**T**al y como había pretendido Berta, la vida en las obras del Valle de los Caídos no fue tan mullida para Rogelio como en el penal de El Puerto de Santa María. Se le había acabado su negocio de trapicheos con productos del estraperlo, lo que redundó en una alimentación más pobre y en la desaparición de sus pequeños vicios, como tabaco y bebida. Asimismo se le obligó —palizas de los guardias de por medio— a realizar trabajos penosos: abrir zanjas, llevar carretillas llenas de pesado granito o adentrarse en las galerías que horadaban la montaña donde se erigiría el templo, para a continuación cargar en capachos el cascajo dinamitado de la roca y sacarlo a rastras. Rogelio acababa los días reventado, siete veces a la semana, de forma que en cada crepúsculo caía sobre su jergón del campo como un árbol tronchado. Pero él era fuerte. No tendría principios políticos por los que luchar como sus miles de compañeros, pero la rabia lo sostenía, el recuerdo de Rufina y Aguilera anudados como perros, aullando y rozando de placer. Y cada amanecer lo levantaba del camastro el rencor contra todos los oficiales de Franco. Resistía como nadie, al contrario que muchos de los ocupantes de aquellas grandes y míseras tiendas de campaña, que caían muertos con el pico en las manos o aparecían en sus jergones tiesos por la escarcha. Todos iban a llenar la gran fosa común que adornaría un mausoleo.

De vez en cuando, Berta se tomaba un respiro de su vida mundana en Madrid, cogía su coche y enfilaba la carretera de La Coruña. Desviado después el vehículo por carreteras sin nombre, se adentraba por senderos de grava y pasaba controles de la Guardia Civil. Visitaba a su hijo y le insistía en que se arrepintiese, aunque fuese un camelo, que suplicase perdón al Generalísimo y que firmase esos papeles de lealtad a los principios del Movimiento. Pero Rogelio una y otra vez la mandaba a tomar por saco.

—Vete con tu subsecretario y tus camisas viejas —le decía al otro lado de la alambrada, aunque no con el furor de los primeros meses—. Hace mucho tiempo que debiste hacerte a la idea de que nunca has tenido hijos.

Berta se largaba, en absoluto afectada por unas palabras que hubiesen roto el corazón de cualquier madre. Al traspasar el portal del número 90 de la calle de Serrano, le comentaba al portero, de modo jovial y como de casualidad, que venía de El Pardo, de tomar un refrigerio con doña Carmen, o de Somontes, de darle al gatillo en el tiro al pichón —previamente había sacado del coche su escopeta y había comprado en una pollería media docena de pichones, que ahora colgaban de una de sus manos—. Ya en su amplio y lujoso piso, en la cocina entregaba la caza a su criada Candela, se cambiaba de ropa en su alcoba y luego se pasaba por el cuarto de su nieto Amadeo.

Amadeo Broto estudiaba Filología en la Complutense. Era un estudiante aplicado, aunque había en él síntomas inquietantes para su abuela. De vez en cuando lo

sorprendía con libros prohibidos o con escritos de contenido arriesgado. Berta ya había tratado de aclararle las cosas, ambos solos en su cuarto.

—Mira, Amadeitos... Ten por seguro que el hijo de puta de Franco caerá. —Y echaba un vistazo al pasillo por si Candela estaba escuchando—. Como cayó el marica de Azaña y el pusilánime de don Miguel. Pero no te creas que lo vas a derribar tú. Deja que las cosas sigan su transcurso natural.

—Pero abuela... —replicaba Amadeo—. Hay mucha gente que exige justicia y libertad. Como la pidió papá.

—Tu jodido padre está en la cárcel por cornudo. Además, tú y tus amigos hijos de papá no lucháis por la libertad, sino por el socialismo. La libertad es ajena al espíritu español, es una extravagancia de los ingleses, y el socialismo se lo apropió la Falange. Por lo tanto, que no te quepa duda, Franco morirá de viejo en su cama.

Aquella tarde en que Berta echó un vistazo al cuarto de Amadeo solo encontró una nota en su mesa de estudio. Estaba con Celsa, en la Biblioteca Nacional. Berta sonreía, porque veía que esos polvos clandestinos en algún lavabo oficial eran el mejor modo de vencer a Franco. Celsa era hija del señor Riquelme, el subsecretario del Ministerio de Justicia, del cual se decía que era amante suyo, porque se los veía juntos en todas partes.

A Melchor Riquelme le gustaba el lujo asiático en un país todavía casi africano, el glamur de la noche canalla y algo delictiva de las tascas y fondas de Lavapiés y la Arganzuela. Y Berta Broto le podía proporcionar todo ello. Ya estaba en los sesenta, pero era una mujer que aparentaba muchos menos años y, como siempre había sido muy bella y de carácter vivo, no había caballero que no se interesase por ella. Su leyenda al frente de la aduana de Canfranc, las peripecias tormentosas de su familia, sus manejos en el estraperlo de altura, venían a realzar su atractivo. Navidad tras Navidad, en las galas benéficas que se celebraban en el Teatro Real, siempre se las arreglaba para encontrar un palco no lejano al que ocupaba la primera dama. Mientras los cantantes se sucedían en el escenario, Berta no dejaba de hacer posturitas al lado de Riquelme, y cuando doña Carmen llevaba su mirada estrábica hacia ella, se llevaba una mano al pecho, como si así, con una sonrisa, le recordase la procedencia del ostentoso collar de perlas que lucía. Y ese recuerdo servía para todo el mundo, de modo que el fulgor y el misterio de su leyenda se avivaba, y, en su compañía, la posición de Riquelme.

Un día, mientras Berta y Riquelme tomaban unos cócteles en Casa Chicote —donde Berta solía entregar cajas de *whisky* que traía de Canfranc—, el subsecretario de Justicia le dio una noticia que le quitó el aliento.

—Tu hermano Rogelio, Berta, ha echado hace tres días la solicitud para pedir el perdón. Está dispuesto a jurar y a firmar lo que sea.

—Ya era hora, Melchor —dijo ella con exagerado abaniquero de sus manos rubias cargadas de oro—. Sabía yo que mi táctica no fallaría.

Se equivocaba. Porque no habían sido sus bajas maniobras las que habían vencido

la resistencia de Rogelio, sino que este había tomado su decisión a causa de La Larva.

La Larva era un prisionero legendario, que había ido a parar al campo de concentración del Valle de los Caídos por casualidad. Resultaba que Dionisio Ridruejo, poeta e intelectual falangista, había contemplado en una celda del penal de Ocaña a un preso especial, impresionándole tanto su estado que se vio impelido a dedicarle un poema titulado «La larva de Ocaña», donde se censuraba veladamente la represión del Régimen. El poema se publicó en la *Revista de Occidente*. De inmediato tuvo su repercusión en los círculos del poder, a favor y en contra. Se amonestó a tan prestigioso intelectual, y al incómodo preso se le trasladó a aquel infierno helado del Valle de los Caídos.

Pero La Larva no moría en los duros trabajos de la construcción de aquella basílica subterránea, como no lo había hecho ni fusilado tres veces ni ajusticiado con garrote vil. Los sanguinarios guardias, hez del Régimen, le habían cogido cariño, como se les coge siempre a los seres insólitos en las condiciones más espantosas. De modo que dejaban que pululase a su aire por aquel gigantesco campo de trabajos forzados, llevando un botijo para dar de beber a los presidiarios. Los forzados lo veían pasar con rumbo indefinido, así que desde sus zanjas le gritaban: «¡Botijo, Larva!». Entonces él, que nunca hablaba, se giraba sin mirar y se acercaba a quien lo había llamado. Dejaba que echase un trago de su botijo. Siempre lo llevaba bien lleno.

Rogelio Broto conoció a La Larva cuando una mañana lo llamó para beber. «¡Botijo, Larva!». Al acercarse, descubrió que aquel tipo lívido, de mirada perdida, de cabello blanco, de barba hirsuta, era el Ramiro de Jaca que había conocido de joven. El alias de La Larva le venía como anillo al dedo, porque no solo se le había vuelto blanco el cabello, como ocurre a menudo a los condenados a muerte, sino que su piel parecía de papel, casi traslúcida, húmeda y viscosa, como la cría de un insecto monstruoso.

Ramiro, larvada su conciencia, no reconoció a Rogelio, ni siquiera respondió a sus palabras, se limitó a recoger su botijo y dirigirse a la zanja donde ya alguien le gritaba: «¡Botijo, Larva!». Rogelio se quedó pensativo viendo cómo se alejaba. Y pensó muchas noches tumbado en su catre en la larva de Ramiro, no en el padre de los tres hijos idiotas de su prima Lourdes sobre los que le había informado Berta, ni en el enemigo de clase de aquellos años de El Consorcio de Pueblo Viejo, sino en el portador de un secreto.

Berta también había hablado a Rogelio del asunto del tren fantasma de los alemanes, del celo que habían mostrado los tres chiflados, Kurt, Otto y Tom, en guardar su contenido, del posterior asalto del convoy por parte del maquis, mandado por Ramiro, de la misteriosa desaparición de su carga. Había gente que rumoreaba que se componía de obras de arte antiguas; otros, entre los que se habían encontrado el brigada Montoya, afirmaban que estaba formado por lingotes de oro y piedras preciosas. Y en la actualidad solo Ramiro, La Larva inmortal, conocía su paradero.

Los demás habían muerto en los combates del monte o, como Montoya y acaso Damián —según se contaba—, habían desaparecido misteriosamente en su búsqueda.

A Rogelio se le ocurrió preguntar a Ramiro acerca de ese tesoro, pero de manera indirecta, poco a poco, ganándose su confianza.

—Oye, Larva —le decía con el botijo en vilo—, ¿fue muy dura la lucha por aquellos montes?

Pero La Larva, como si no lo hubiese oído, volvía a coger el botijo y se alejaba a través del barro.

—Me imagino, Larva... —le comentaba luego Rogelio limpiándose el agua del mentón con una mano—, que debían estar muy bien camuflados aquellos lugares donde os escondíais los del maquis...

La Larva continuaba en silencio.

Llegó un momento en que, mientras bebía, se limitaba a observarlo, a tratar de imaginarse dónde un sujeto como él, que no había sido de los más listos de Jaca, podía haber escondido aquel enorme tesoro. De su época de cazador, Rogelio creía conocer el monte como nadie, y no cesaba de hacer suposiciones sobre el lugar más inaccesible y recóndito donde pudiera haber estado.

Durante los siguientes meses, en esos breves momentos juntos, a Rogelio le pareció ver cosas extrañas en los ojos de Ramiro, manchas, destellos, movimientos lagrimales. Acaso La Larva se estaba volviendo ciega por esas cataratas que se adivinaban en sus ojos. Una vez trató de guiarlo en sus pasos, para así entablar una conversación más prolongada con él a ver si despertaba de su fase larvaria. Pero los guardias, que mimaban a su larva, le llamaron la atención y lo alejaron de ella a culatazos. No obstante, Rogelio se las apañó, mediante la compra de voluntades entre los otros presos, para ocupar el camastro vecino al de La Larva, donde esta se enroscaba por las noches, con la esperanza de entablar intimidad con ella. Amparado por la oscuridad, el gusano se arrastraba hasta La Larva y, como sabía que nunca dormía, le preguntaba por sus correrías de maquis, por los escondrijos donde guardaban sus armas. Hasta que una noche le recordó a Lourdes con un susurro al oído, diciéndole que él era su primo, es decir, casi pariente suyo. A la luz de la luna llena que se colaba por la lona rota, Rogelio vio en el iris negro de Ramiro una imagen que parecía ser evocada en ese preciso momento. Pensó que podría ser una nube reflejada, pero el cielo estaba completamente raso. Se fijó con más detenimiento. Aquello era la oscuridad cóncava de una cueva, en cuyo interior —se apreciaba perfectamente— se encontraban apilados montones de cuadros y estatuas.

Así pues, solo la riqueza inmensa revelada por La Larva sirvió de estímulo para que Rogelio se decidiese por fin a reconocer su crimen, a arrepentirse de él, a pedir perdón al jefe del Estado y a acatar fielmente los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional. Cuando llegó el momento, delante del alcaide y sus oficiales, llevado por su celo, en los papeles del indulto bajo su firma, Rogelio se atrevió a escribir unas frases bien legibles: «¡Arriba España! ¡Viva Franco!».

Cierto que ese tesoro, cuando lo encontrase, sería una riqueza de la que no tendría que agradecer nada a nadie, ni a Berta ni a Rufina Palop. Pero ante todo había enmendado su actitud por un afán de desquite de las miserias y vejámenes que había padecido durante tantos años, y que ahora, con un cambio providencial de fortuna, entreveía al alcance de la mano. Tenía pensado, en cuanto consiguiese ese tesoro, emigrar a algún país decente, tal vez a Sudamérica. Ya allí bien instalado, con parte de su fortuna mandaría a unos sicarios porteños que eliminasen a Berta, y luego financiaría una guerrilla para hacer caer a Franco. Sí, se lo debía a Sonsoles, a Cornelio y a Ramiro, La Larva.

## Capítulo 42

**D**espués de liberado, Rogelio fue a alojarse a la casa de su madre en Serrano. Berta dijo al portero y a sus amistades que era su hermano, un aventurero *bon vivant*, un *playboy* que regresaba de uno de sus safaris por África. Estaría allí hasta que se recuperase de la malaria contraída en Kenia. Rogelio estaba tan demacrado y baqueteado por años de presidio que no reconoció su imagen en el espejo del lujoso recibidor. Seguía siendo fuerte de estructura ósea y recio de carnes, pero sus ojos se habían hundido, sus pómulos parecían más salientes, sus labios habían desaparecido.

Fue a acostarse a una habitación entre la de Berta y la de su hijo Amadeo.

—Bueno, mi Rogelio, ya estás aquí... —le dijo Berta antes de cerrar la puerta de la alcoba y apagar la luz—. Me propuse liberarte y lo he conseguido, igual que haré para que esa santurrón de Rufina abandone sus votos y regrese contigo al colmado. O mejor aún, había pensado que podría abriros unos ultramarinos en la calle Preciados, cerca de esa sastrería de El Corte Inglés.

Rogelio no dijo nada, tumbado en la cama rodeado de oscuridad, con las manos bajo la nuca. Cómo le gustaría ser La Larva en ese momento, para enroscarse y aislarse de tanta podredumbre.

Mostró parecida indiferencia cuando apareció su hijo Amadeo cargado de libros y lo abrazó en medio del gran salón. Rogelio no hizo más que gruñir y enseñar unos dientes mellados que se asemejaban vagamente a una sonrisa. Durante todos esos años de cautiverio se había convencido de que Rufina, antes de que conociese al entonces comandante Aguilera, también se la había estado pegando con otros, y que tal vez Amadeo no fuera hijo suyo, y que Berta siempre lo había sabido. Cuánto le gustaría llorar por tanta humillación, allí de pie en aquel entarimado de cerezo. Pero no podría hacerlo porque ya no sabía cómo se lloraba, porque Berta le había borrado el llanto de la garganta y de los ojos antes incluso de que aprendiese a hablar. Algún día, algún día él le haría llorar sangre, y a Rufina supurar semen por los estigmas de su pecado, y a Amadeo berrear de vergüenza putativa.

Hubo una comida en la casa para celebrar su vuelta, que Candela preparó y que sirvieron dos doncellas prestadas por una vecina marquesa. En la presidencia de la mesa estaba Berta, al otro extremo don Melchor Riquelme, Rogelio al lado de su madre-hermana, y a su otro lado Amadeo, el nieto-sobrino, frente a su compañera de estudios e hija del subsecretario, la hambrienta Celsa. Y al lado de la chica se encontraba Nicanor, que regresaba de una de sus frecuentes visitas a Lisboa.

Si Riquelme le preguntaba por esos continuos viajes a Portugal, Nicanor argumentaba que eran para inspeccionar los negocios de Palop & Broto en el país lusitano. A nadie comentó jamás la existencia de Vita, el antiguo Vitali que todos conocían. Esa era una vida pasada, contaminada por hechos desagradables, que debía sepultarse. Su idilio con Vita en aquel apartado y fascinante rincón de Europa debía quedar al margen de la voracidad de la familia Broto.

—¿Tanta gente importante se muere en Portugal, señor Broto? —le preguntó Riquelme, no sin un tono de ironía.

—Señor subsecretario, en Lisboa hemos abierto una factoría de *brouty's bags*, aparte de la que tenemos en Bedous, especializada en surtir a los Ejércitos de las guerras coloniales. Yo debo inspeccionarla de vez en cuando.

—¡Ah, la descolonización...! —exclamó Riquelme mientras daba cuenta de su pichón—. Ya nos llegará a nosotros la hora en Guinea y en el Sahara.

—Será un momento esplendoroso para esos nobles pueblos sojuzgados —intervino Amadeo.

Riquelme hizo un gesto de fingido asombro a Berta, como dando a entender que su sobrino, aparte de sus ideas filomarxistas, empleaba un lenguaje de lo más relamido para referirse a lo que tan solo era una merienda de negros.

Celsa apoyó la opinión de Amadeo, de modo que entre ella, su novio y su padre se entabló una vivaz discusión. Mientras tanto, Rogelio comía y callaba, comía y callaba. Debía recuperar fuerzas cuanto antes, ni siquiera debía gastar sus energías en imaginarse que con el cuchillo de cortar el pichón, levantándose de su silla, podía asestar una puñalada mortal en el corazón de Berta. Lo había visto hacer varias veces en presidio. Aunque aquellas víctimas no tuvieran el corazón de pedernal como ella.

—Dime, Rogelio, ¿cuál es el recuerdo más agradable que tienes de la prisión? —preguntó Nicanor con la mejor intención, habida cuenta de que, estando el señor subsecretario de Justicia presente, no convenía tratar el asunto en sus aspectos más escabrosos. Nicanor seguía con su costumbre de contentar a todos. Aquella pregunta suya tan extraña acalló de inmediato la discusión sobre las colonias.

—Solo me acuerdo de La Larva, tío —dijo Rogelio con una decisión pasmosa—. La Larva era el único preso vivo del campo. Era mi amigo.

—¡Ah...! ¿Así que ha conocido usted a la famosa Larva? —intervino Riquelme, para a continuación explicar lo que sabía de ella—. Algo raro pasó hace años con el expediente de ese individuo, que desapareció sin más de los archivos del Ministerio. —Bajó el tono de voz y miró de soslayo—. Me arriesgo a pensar que las altas instancias pretendieron borrar todo rastro de él. Ahora, en el nuevo expediente, ese sujeto tan solo consta como «La Larva», sin origen conocido, sin antecedentes penales, sin condena concreta que cumplir. Prácticamente es la mascota del Valle de los Caídos.

Una nueva discusión se entabló entre los mayores y los jóvenes acerca del infernal sistema penitenciario del Régimen. Ajeno a todos ellos, Rogelio siguió cortando carne y engulléndola, preparándose para el trabajo hercúleo que lo aguardaba por los montes de Canfranc.

Tres semanas más tarde, recuperadas sus energías y algo de su fornida planta, Rogelio regresó a Jaca. Los dos falangistas que, por encargo de Berta, se habían quedado al



frente del colmado, Horacio y Virgilio, lo recibieron entre parabienes, aunque con algo de recelo. Rogelio les aclaró las cosas en la trastienda: debían continuar llevando el negocio como hasta entonces, él tenía otros proyectos que ocuparían todo su tiempo.

—Así que, cachorros del Caudillo —concluyó con sorna—, podéis robar y envenenar lo que queráis. Pero no me molestéis para nada, a menos que estalle una nueva guerra. —Y rio con desprecio guasón mientras se encaminaba escaleras arriba.

Horacio y Virgilio respiraron aliviados.

Para ordenar de nuevo su vida, lo primero que hizo Rogelio fue proveerse de los ingredientes necesarios para elaborar el revientafronteras. En el mercado negro que controlaban sus empleados sobraba el coñac, y había linimento de sobra en el almacén; en cuanto a la pólvora negra —especial para proyectiles de guerra, y no la de cartuchos de escopeta, inadecuada para las prestaciones que el mejunje exigía—, entabló contacto con sus camaradas suboficiales de la Ciudadela y estos se la pasaron en abundancia.

No tardó en llegar a las benedictinas la noticia del regreso de Rogelio Broto, perdonado por Franco por su nefando crimen. Sor Rufina del Perdón de Dios se espantó, temiéndose lo peor de su todavía esposo en la vida terrenal. Ya no estaban con ella Heriberto y Alberto, unos muchachos a los que no les convenía quedarse viviendo en el claustro de unas monjas, pese a la inocencia de sus mentes simples. Con el consentimiento de su madre Lourdes, se les había internado en la casa-escuela de los escolapios, no con la vana esperanza de que aprendiesen, sino para mantenerlos recogidos. Solo se había quedado con Rufina la pequeña Roberta. Hecho que había llenado de ilusión a la madre superiora, Gertrudis Ave María, que esperaba que algún día ese espíritu sin pecado y pleno de inocencia profesase los votos de la orden benedictina. De modo que, con la sola compañía en su celda de la deficiente y desamparada sobrina, Rufina no dejaba de pensar en que Rogelio saltase los muros del convento y, con su escopeta o con su pistola, intentase asesinarla de nuevo. A altas horas de la noche, mientras Roberta dormía en el catre contiguo, sor Rufina extraía de su colchón el retrato de Robespierre, que para ella era su amado Aguilera, y se lo pegaba a los senos hasta la hora de laudes, y esa era su única protección ante tanta acechanza.

Pero Rogelio tenía puestas todas sus energías en asuntos más trascendentes.

Nada más levantarse, se preparaba el revientafronteras del día, luego tomaba un par de tragos explosivos, y aún en cueros cogía un lápiz y se centraba en su tarea. Estaba decidido a hallar ese tesoro de los alemanes de forma científica y racional, así que había conseguido un plano militar muy detallado de la comarca de la Jacetania. Lo había dividido en cuadrículas, donde había marcado las cuevas que él conocía, o que había oído que existían, y calculó que podría haber un cincuenta por ciento más de cuevas todavía por descubrir. Su cálculo le daba una cifra de unas mil cuevas que debía explorar para dar con las obras de arte. Puesto que cabía pensar, según la ley de

probabilidades, que la hallaría hacia la mitad, por delante tenía el descubrimiento y la exploración de quinientas oquedades. Un trabajo ingente, colosal, pero que estaba dispuesto a arrostrar con tal de enriquecerse por su mano y de reivindicarse frente a Berta.

Una vez vestido, Rogelio bajaba por la escalera posterior de la casa, alcanzaba la trastienda, donde cogía su escopeta favorita, la que decapitó a Aguilera, pasaba por la tienda, donde saludaba a desgana a los dos dependientes mientras estos mezclaban lentejas con arena, y salía a la calle bien equipado con un morral lleno de comida y una cantimplora, tocado con su sombrero y abrigado con su gran pelliza de cuero sin curtir. De esa guisa iba a la estación y cogía el primer tren que subiese a Canfranc. No podía ir en su furgón, puesto que los antecedentes penales le impedían tener carné de conducir, y estaba dispuesto a ser escrupuloso con la ley. Ya en la estación, salía de ella y se perdía por los montes durante días enteros, lloviese o nevase.

En la lejanía, entre matorrales y árboles de nuevo crecidos, se le veía chaparro, grueso, de andar decidido, husmeando por cada quebrada, por cada curso de riachuelo y por cada terraplén. A veces se tropezaba con las patrullas de la Guardia Civil, en ocasiones con el mismísimo brigada Heredia. En medio del bosque, mientras fumaban, charlaban unos momentos de asuntos intrascendentes, para luego separarse sin muchas preguntas de por medio. Heredia sabía que Rogelio Broto ya no cazaba, pese a que llevase su escopeta, tampoco creía que se dedicase al contrabando, como aquel Damián del que antaño se decía que era su padre. Más bien se inclinaba a pensar que había salido tan trastornado del presidio que prefería vagar por los montes antes que embrollarse con la sociedad humana. Por si acaso, había que mantenerse alejado de él. Por su parte, Rogelio miraba de soslayo y con una sonrisa atravesada a Heredia y sus hombres Vargas y Amayas mientras bajaban la ladera sembrada de hojarasca, parecía que con prisa de alejarse de su persona. «Comemierdas andaluces...», se decía. «Cuando consiga esa fortuna declararé la independencia de la Jacetania, y todos vosotros tendréis que volveros a la sombra de vuestras olivas de mierda».

Esos contratiempos apenas interrumpían su tenaz búsqueda espeleológica. Encontraba una cueva, encendía su linterna de carburo y la exploraba. Así una y otra vez, una y otra vez, sin desanimarse por los constantes fracasos. Sabía lo que había visto en los ojos de La Larva, sabía que esa imagen real se había quedado grabada en sus ojos, y que ese tesoro abandonado estaba esperando su llegada. Con eso le sobraba para persistir.

Un día, al cabo de dos años, se encontró al pie de un monte que todavía no había peinado. Una intuición honda le dijo que allí, entre sus recovecos frondosos, se escondía lo que tanto ansiaba. Al borde del sendero sacó de su pelliza su botella plana y echó un largo trago de revientafronteras. Después de unos espasmos en la respiración y calambres en el espinazo, Rogelio se dio unos puñetazos en el pecho y emprendió la subida con un brillo malsano en los ojos.

## Capítulo 43

**H**abía transcurrido casi un año desde que Rogelio subiera aquella montaña, localizara un calvero pedregoso y descubriera la cueva que se abría entre peñascos, por debajo de un talud. Ahora, después de centenares de exploraciones por aquellos parajes, se disponía a subir otra vez por un sendero diferente, muy alejado del primero, tan cerca del valle por donde se extendía Canfranc que Rogelio, rascándose la coronilla, no se explicaba cómo no había andado por allí antes.

En la primera ocasión su búsqueda había dado su fruto. Sorteó los pedruscos de la entrada y penetró en aquella cueva de roca caliza. Parecía una más de las muchas que durante los dos años anteriores había explorado, aunque esta daba la sensación de ser más larga. Rogelio no se desanimaba cuando daba con una gruta que se adentraba demasiado en las entrañas de la tierra, o que en un momento dado se volvía tan angosta, o aparecía tan llena de agua, que hacía muy penosa e incluso peligrosa su exploración. Llevaba carburo abundante para alumbrarse, se arrastraba como una lombriz entre las tinieblas, chapoteaba por los lagos subterráneos, pero siempre llegaba a su término. No emprendía la salida hasta que no acababa convencido de que allí no había rastro alguno de las obras de arte.

Aquella vez su linterna descubrió algo caído en una grieta de la roca que le llamó la atención. Parecía una tablilla de treinta por treinta centímetros, y se diría que en ella había algo pintado. Ya a la luz del día, con el pulso alterado, comprobó que era una pintura donde un ángel extraño anunciaba algo a una mujer rara en medio de una casa caprichosa. Desde luego que parecía muy antigua. Hinchó su pecho de satisfacción. Por fin su labor paciente comenzaba a dar frutos. Aquel era un rastro del tesoro de los alemanes, que, por algún motivo que no alcanzaba a imaginar, había desaparecido de la cueva.

Puesto que Rogelio no entendía nada de aquellos asuntos, y no se fiaba de nadie en el mundo, buscó la ayuda de su tío Nicanor, un hombre culto y lo suficientemente antiguo y honesto como para no traicionarlo de inmediato. Nicanor se llevó una sorpresa cuando su sobrino Rogelio entró en su gabinete del hotel Mur, sacó la tablilla de una talega y se la puso delante de las narices.

—¿De qué iglesia la has robado? —le preguntó mientras se ajustaba sus gafas de lejos.

—La he encontrado en el monte, tío —respondió Rogelio con voz hosca—. Quiero que me digas cuánto puede valer.

Nicanor no necesitó pensar mucho para comprender que aquella tablilla pertenecía al tesoro de los alemanes. Antes de caer en manos de Montoya, Ramiro le había ido dando a lo largo de los años varias tablas parecidas a aquella que le mostraba su sobrino, aunque mucho mayores, todas del Renacimiento. Eran regalos personales, o pruebas que le entregaba del gran alijo que permanecía oculto, para que las fuese estudiando. Nicanor se las había llevado una a una y con tiento a Lisboa, de

modo que ahora decoraban, junto a los iconos de Vita, las paredes de la buhardilla. Nunca consideró que se pudiesen vender, pues estarían catalogadas y se acusaría a su poseedor de expolio. Solo cabía la posibilidad de sacarlas a la luz pública si aparecía todo el tesoro junto, demostrando así que el convoy de Goering no era una leyenda.

Hacía tiempo que Nicanor sabía que La Larva con la que Rogelio había tratado en el Valle de los Caídos era Ramiro. Lo había deducido de las palabras de Riquelme y de una conversación con Dionisio Ridruejo en el Ateneo de Madrid, en la cual el poeta le había descrito su aspecto. En agradecimiento, Nicanor había proporcionado una sustanciosa rebaja en el precio del ataúd del bardo falangista, camarada suyo y también descontento con el rumbo que había tomado el Régimen.

Aquella nueva fue para Nicanor como un soplo de aliento fresco. Al igual que había hecho Berta con su hijo, Nicanor estaba dispuesto a remover cielo con tierra para rescatarlo. Siguiendo pues la pista del hombre que había puesto al frente del desaparecido maquis, otros amigos con carné de FET de las JONS y poderosos clientes de Palop y Broto le habían ido informando. Jamás habría perdón para él. El caso de La Larva era alto secreto, ya que había ofendido la dignidad de la Jefatura del Estado de un modo que ni siquiera con la vida se podía pagar. Nadie se explicaba cómo un pobre guerrillero medio analfabeto podía haber ofendido al hombre más poderoso de España, pero le bastó a Nicanor con intentar visitarlo en el Valle de los Caídos, cosa que le negaron las autoridades penitenciarias, para comprobarlo.

En consecuencia —siguió elucubrando mientras sacaba sus gafas de cerca—, cabía suponer que La Larva-Ramiro había confiado a Rogelio en el campo de trabajo el paradero del tesoro alemán. Difícil de admitir, aunque cabía la posibilidad. Nicanor dudaba que el bruto de su sobrino Rogelio hubiese dado con todo el tesoro, porque de ser así no le hubiese preguntado por el valor de una miniatura. Qué más darían unos reales más o menos dentro de una fortuna fabulosa. Por alguna circunstancia, en el escondite solo había encontrado esa pieza. Tal vez Ramiro y los suyos, por seguridad, habían trasladado el tesoro a otro lugar, y esa pieza había quedado allí perdida.

Se calló todo esto y examinó la tablilla. Le pareció una miniatura del Renacimiento italiano, una Anunciación del estilo de Fra Angelico. Calculó que podría comprarse con ella Jaca entera.

—Tendré que llevarla a un tasador, Rogelio. Si confías en mí —le dijo por fin.

Rogelio se lo pensó unos segundos, sin despegarse de la puerta del gabinete.

—Está bien, tío. —Se giró para salir—. Y mira la manera de venderla.

Nicanor sonrió sin mover un músculo facial. Aquello era una prueba más de que su colección solo se componía de un Fra Angelico.

En el primer tren que llevó a Nicanor a Francia, se pasó por París y por el modesto apartamento donde Domingo Malagón vivía con su esposa española y tenía su taller. Era el mayor experto en arte que conocía, el único en quien podía confiar y, en caso

de querer vender la pieza, él le podría remitir a quien estuviese interesado en comprarla. Malagón la examinó con su lente de joyero, a la luz que penetraba por el balcón de su apartamento en el Marais. Enarcó las cejas y meneó la cabeza de un modo enigmático.

—Camarada Nicanor, algo no me gusta de esto —le dijo—. Los de la profesión olemos el humo a muchos kilómetros. Tendría que ver esta pieza alguien más especializado.

De nuevo Nicanor cruzó el hexágono de Francia, ahora en dirección sudeste, en pos de la dirección que le había proporcionado Malagón.

El hombre que buscaba vivía en el abigarrado barrio de Lazaret de Marsella, en un caserón decrepito de la Rue Jourdan. Por entonces se hacía llamar Elmyr de Hory, de origen húngaro y noble. Se había hecho famoso en la posguerra por pintar y vender Picassos y Monets con su propia firma, de modo que no se podían considerar falsificaciones. Recibió muy amablemente a Nicanor, recordándole que tenía contratado con Palop & Broto un ataúd en forma de gran tubo de pintura al óleo, de color blanco de España, pues era amante de los tonos de sus pueblos mediterráneos, donde le gustaría instalarse un día.

Ya en el estudio, adornado con Van Goghs, Pissarros, Cézannes y Matises de dudosa firma, Nicanor extrajo la tablilla de su cartera y se la mostró a De Hory. De súbito al hombre se le doblaron las piernas y los ojos parecieron saltarse de sus órbitas. Pasados cinco minutos, con un vino en la mano y recostado en un sofá, el pintor dio signos de recuperación.

—Veo... Veo, señor Broto, que ha dado usted con La burla de Goering —dijo con voz desfalleciente.

—Explíquese, señor De Hory —le exigió Nicanor, sentado en un sillón cercano.

—Sepa que yo he pintado ese Fra Angelico.

Nicanor, procurando dominar el humor sanguíneo, sorbió de su vaso, paladeó el caldo y aguardó una larga historia.

De Hory empezó hablando de Aue, un pueblo encaramado en las estribaciones boscosas de los montes Metálicos, en la Alta Sajonia, cerca del balneario checo de Karlovy Vary. Allí había un gran castillo levantado sobre un risco inaccesible, Schloss Auel. El jerarca nazi Goering se había hecho con él a raíz de que su legítimo dueño, el barón de Hazenhazeschki, sufriera un ligero percance con un gancho de carnicero en el cuello cuando el asunto bochornoso de Röhm. Goering era un sibarita en el comer y en el beber, extravagante en rodearse de los mejores lujos y famoso por buscarse los caprichos más insólitos. Todo el mundo conocía su amor por el arte, o más bien la ostentación que hacía de la belleza artística. Ese plan se le ocurrió bien pronto, cuando el Reich comenzó a ocupar territorios vecinos y numerosos palacios y museos fueron quedando a merced de los conquistadores. Goering fue picoteando por aquí y por allá piezas, a veces colecciones enteras, todas las cuales iba atesorando en el castillo de Auel. Tenía especial predilección por las obras del Renacimiento. Había

tenido la idea de hacer por cada pieza que conseguía una réplica exacta de ella, con el propósito perverso, si en un futuro el Tercer Reich era derrotado —Wotan no lo quisiera—, de devolver esas réplicas como si fuesen los originales, mientras pondría estos a buen recaudo. Para todo ello se fue haciendo con todos los buenos artistas que iban cayendo en poder de los nazis, muchos de ellos judíos, a los que encerraba en el castillo y les ponía a la tarea con la amenaza de enviarlos al campo de concentración. Por supuesto que todos hicieron su labor con gran pericia, entre ellos Elmyr de Hory.

Schloss Auel se convirtió en un inmenso estudio de pintura, escultura y grabado. Nunca se había juntado tanto talento artístico en tan poco espacio. Se cuidaron todos los detalles. Las maderas de las tablas flamencas debían ser de especies de la época, convenientemente tratadas, los lienzos debían ser tejidos a la usanza antigua y envejecidos con antelación, los pigmentos habrían de ser los existentes en épocas pasadas, oxidados a propósito hasta hacerlos pasar por rudimentarios, el papel de los grabados tenía que elaborarse con las fórmulas originales, el mármol sería de las canteras más viejas de Carrara, los bronce procederían de aleaciones caídas en desuso. Por supuesto que el trabajo del artista debía ser fiel al original, en todo caso se adaptaba el estilo natural del autor a la época más apropiada al mismo. Y quien no alcanzaba tales grados de excelencia ya sabía que tal vez una mañana no aparecería acostado en su cama.

—Por supuesto, señor Broto, que los artistas que trabajábamos allí forzados éramos gente honrada. Así que nos las ingeniábamos para introducir en las obras falsas determinados detalles que posteriormente delatarían su origen espurio, con tal habilidad que debían pasar inadvertidos a los inspectores que regularmente revisaban nuestra labor: una fecha variada era lo más burdo y frecuente, pero también abundaban cambios en las expresiones de los santos de un Van Eyck, un reloj de pulsera semioculto en una *Adoración de los Reyes Magos* de un Giorgone, unos eucaliptos asomados en un paisaje toscano de Giotto, mucho antes de que se descubriese Australia. Por ejemplo, fíjese en esta supuesta *Anunciación* de Fra Angelico ejecutada por mí. Ese cordero que ve ahí, echado a los pies de la Virgen María con esas pupas diminutas en el hocico, y mire que me costó pintarlas, está afectado de carbunco del Indostán, enfermedad del ganado lanar que tardaría en llegar a Europa.

Tras observar someramente al cordero de la miniatura con sus gafas de cerca, Nicanor miró a De Hory por encima de las lentes, suponiendo que el pobre hombre debió pasarlas muy crudas en aquel castillo.

—¿En qué acabó todo ello, señor De Hory?

—Todo terminó con el fin de la guerra. Después de nueve años de duro y paciente trabajo, Schloss Auel rebosaba de miles de obras de arte. Unas, las verdaderas, almacenadas en sus amplios sótanos, las otras arriba, listas para iniciar la mascarada. Goering había pensado en transportar todas las falsificaciones por tren cruzando media Europa hasta un lugar seguro. Previamente sus agentes se habían encargado de

difundir entre el enemigo la existencia de ese convoy, a fin de que, habida cuenta de sus conocidas aficiones de rapiña y expolio, todo el mundo pensase que trataba de poner a buen recaudo ese botín artístico, de suerte que en la posguerra se recuperasen todas esas obras para sus legítimos propietarios. Mera añagaza que ocultaría el paradero de las obras verdaderas. Eso era lo que luego entre los entendidos llamaríamos «La burla de Goering». No obstante, hubo algo que alteró esos maquiavélicos planes. Según he sabido después, aquel convoy no llegó a un puerto meridional de España, donde a buen seguro los aliados obligarían a Franco a retener ese cargamento. Unos incidentes en los Pirineos lo hicieron desaparecer. En fin, en cuanto a los artistas, la gran mayoría fue al campo de exterminio de Dachau. Yo pude escapar porque previamente había pintado a escondidas durante años un *Amor impuro y amor prohibido*, al estilo de Tiziano, de tema harto sensual. Enrollé el lienzo en mi tórax mientras los carceleros nos iban sacando de nuestros calabozos. Y antes de montarme en el camión que me llevaría a Dachau, me lo saqué y con él pude sobornar a un oficial de la SS. Corrí hacia los bosques cercanos para esconderme. Desde allí, al día siguiente, logré ver cómo la aviación aliada bombardeaba Schloss Auel, en la creencia de que sería un puesto de mando germano, destruyendo en sus sótanos las miles de obras de arte verdaderas.

Después de aquella prolija explicación, Nicanor tuvo que explicar a su vez a De Hory el origen de su *Anunciación* de Fra Angelico. Le dijo que, en efecto, había oído la leyenda del convoy alemán, de su asalto en los Pirineos, no en vano él era de allí. Esa tablilla se la había encontrado en aquellos montes un patán de Jaca, que le había hecho el encargo de venderla. Posiblemente sería un resto perdido de aquel asalto.

—Me aliviaría mucho que así fuera, señor Broto —le dijo De Hory cuando lo conducía hacia la puerta a lo largo de un pasillo lleno de Mirós apócrifos—. Si apareciesen de repente todas esas obras, inundarían de arte falso todos los museos de Europa. Sería el fin de la civilización. —Y antes de despedirse de su visitante, en el quicio de la entrada le hizo una propuesta—: Señor Broto, yo le podría comprar esa *Anunciación*, más que nada por sentimentalismo. Pero no estaría bien, porque seguro que pronto haría unas cuantas reproducciones tuyas. Los nazis me destruyeron el alma de tal modo que ya solo puedo pintar copias. Si quiere, yo le podría buscar algunos compradores, habituales clientes míos, americanos y japoneses. En cierto modo, con el castillo destruido, ahora lleva usted un original.

—Muchas gracias. Me lo pensaré, señor De Hory. —Nicanor se encasquetó su sombrero hongo—. Buenas tardes.

De regreso a España, Nicanor se encontró de casualidad en la estación de San Carlos de Marsella con su sobrina Lourdes. Se besaron, tomaron el mismo tren e hicieron juntos el trayecto.

Lourdes volvía de Cannes. Había tomado por costumbre ir a visitar a Sonsoles un par de veces al año a su villa de la Costa Azul. La prima había abandonado la clínica del doctor Porisme algo más rehecha, pero no había tenido fuerzas para regresar a su antigua vida. Así que hacía tiempo que había liquidado el estudio fotográfico de Sonsoles Broteau en París. Ahora aquel esquinazo de la plaza de L'Étoile pertenecía a Monique, donde había abierto un comercio de ropa pija llamado Molotov, en recuerdo de su amado caniche muerto. Peletier seguía al lado de Sonsoles, como administrador de su ingente fortuna y tutor de sus cinco hijos exóticos.

Sonsoles se había retirado igual que Greta Garbo, en el cenit de su carrera, encerrándose entre los muros de su villa. Pero no estaba aquejada de misantropía sino de hartazgo. De vez en cuando recibía las visitas de sus antiguas amistades, las más sinceras, entre los que se encontraban Malraux o el cantante Trenet. En otras ocasiones acudían a ella, como si fuera una curiosidad intelectual, viajeros de sitios más lejanos. Un escritor alfeñique y yanqui llamado Capote se alojó en la villa unos días, entablado honda amistad con Sonsoles y, en especial, con *Monsieur* Peletier. Si bien Lourdes carecía de la brillantez de esos personajes, era una grata compañía para su prima. En sus largos paseos por el gran jardín, sabía escuchar sus largas peroratas acerca del significado profundo del arte, o de las máscaras de la infancia que van conformando al adulto, o sobre su tema favorito, Robert Capa que estás en los cielos, incapaz de amar después de la muerte de Gerda, como ella después del fusilamiento de Fermín Galán, por ser ambos rehenes de una Leica.

Lourdes regresó de otra de esas visitas a Cannes acompañada de un gigante y gordinflón yanqui. Orson Welles se había interesado por las fiestas de Jaca, por sus corridas de toros, y por eso ahora, para asistir a ellas, acompañaba a Lourdes en su compartimento.

—Me hace ilusión conocer a tu tía Berta —le comentaba con un español de acento mexicano y con un gran puro en la boca—. Si solo es la mitad de interesante que su hija, habrá valido la pena el viaje. ¿No te parece, Lourdes, que a Berta le impresionará conocer a gente tan famosa amiga de su hija Sonsoles?

—Desde luego, señor Welles... —Lourdes sonrió porque entendió meridianamente la sutileza de sus palabras.

Lourdes sabía que tía Berta estaría por esas fechas en las fiestas de Jaca. No solía faltar con tal de darse postín ante todos los pueblerinos, que habían echado pestes de ella antaño, menos aún si se traía de Madrid al mismísimo subsecretario de Justicia, el señor Riquelme, por ende muy aficionado a los toros. Welles se alojó —cosa poco frecuente entre viajeros corrientes— en una habitación del hotel Mur. Quedó impresionado por Jovita, por su belleza sensual y al mismo tiempo dura —como la de su añorada Dolores del Río—, erguida y orgullosa en esa silla de ruedas. Enseguida captó el entendimiento sutil que había entre ella y su chófer Fortunato, de modo que se conformó con un par de chicas del local. Pero cuando llegó Berta, seguida de Riquelme, su hija Celsa y Amadeo —ambos ahora opositores a algún puesto en la



universidad o en la Administración—, Orson se quedó deslumbrado. Qué fuerza de la naturaleza, qué facundia, a la vez soez y socrática. Era un Falstaff femenino. En cierto modo esa mujer se parecía a él. Para decepción de Welles, el grupo venido de la capital se alojó en el caserón del colmado.

El día de la primera corrida la plaza estaba abarrotada. Seguida de todos los demás, Berta se acomodó en el palco de la presidencia, donde pudo extender su mantón de Manila. Estaba flanqueada por Melchor Riquelme y Orson Welles. Más allá del subsecretario, se sentaba el presidente del festejo, el coronel Sotomayor de la Ciudadela, y a continuación Celsa y Amadeo. Al lado del director americano se encontraba Lourdes, y después de esta el señor alcalde y Arthur Cordelier, con la llama de la esperanza todavía viva en su corazón. A Lourdes no le gustaban esos espectáculos, le repelían las multitudes, tanta humanidad represada, vociferante e intranquila. Pero con tal de acompañar a su invitado ilustre, ese año había hecho un esfuerzo. Antes de bajar desde Canfranc, se había asegurado de que a Silvestre no le faltara de nada. Lo había dejado en su cueva tal y como lo encontrara a su regreso de Cannes hacía dos días: enfrascado en la redacción de sus inagotables y misteriosas memorias.

En ese momento alguien del pueblo pero ajeno a sus fiestas seguía ascendiendo por la montaña que albergaba la cueva. Rogelio no se había creído que la tablilla de la *Anunciación* fuera una falsificación, con más valor para la Policía que para los coleccionistas. Sospechaba que, al fin y al cabo, su tío pretendía engañarlo, de modo que se confiase para cuando encontrase el grueso del tesoro, y entonces apoderarse de él junto con ese jorobado empleado suyo, Arturito Corcovado. Desde entonces había transcurrido casi un año. El afán de Rogelio no había menguado, más bien su búsqueda incesante del escondite proseguía con renovada intensidad, de una forma implacable, tenaz, científica, alimentada de rencor y revientafronteras.

Ahora ascendía por aquel sendero —demasiado marcado por pisadas para ser un monte poco frecuentado—, que parecía conducir al umbral de una oquedad.

En la boca de la cueva se encontraba Silvestre, sentado sobre una piedra, escribiendo afanosamente en su libro. Veía bien pese a su avanzada edad, pues su segundo deseo concedido implicaba una buena salud. De todas maneras no se apercibió de que Rogelio aparecía por la cuesta, que del hombro descolgaba su escopeta, que se acercaba a él apuntándolo y que rompía su concentración con un plantillazo en el costado que lo hizo caer y rodar.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos en esta cueva? —se preguntó Rogelio sonriente, satisfecho de esa novedad prometedora—. ¿Quién cojones eres tú? ¿No serás un maquis de esos, un loco rezagado que dejó La Larva aquí para cuidar de su tesoro?

Silvestre salió de su sorpresa revolviéndose a cuatro patas como un gato rabioso.

—¡Maldito Broto! ¡Estúpido joven Broto...!

—¿Así que me conoces, viejo salvaje? Eso es bueno, porque significa que

también debes conocer a La Larva. —Rogelio se fijó en el libro mayor, tirado por el suelo—. ¡Ah, sabes escribir! Veamos qué te tenía tan entretenido. Conozco esta clase de libros, también los tengo en el colmado, sirven para anotar listas y cuentas. Mis dos tenderos falangistas los llenan con yugos y flechas siempre que cuadran un balance. A lo mejor..., a lo mejor hacías una relación de todos esos cuadros de La Larva, ¿eh?

Rogelio rio brevemente mientras, sin dejar de apuntar a Silvestre, recogía el libro. Se puso a leer con dificultad, más por su escasa instrucción que por la caligrafía del viejo. Leyó lo primero que se abrió ante sus ojos, por la mitad del libro:

Aquel mes, finalizada con éxito la campaña de Larache a mi mando, di permiso a unos cuantos oficiales de mi Estado Mayor que se habían distinguido. Fueron a divertirse a Tánger. Fue allí donde ocurrió el bochornoso *affaire* del comandante Francisco Franco Bahamonde con la adolescente judía Genoveva Casanova. La sedujo en el Petit Zoco, mientras ella iba de compras con sus hermanas mayores. Franco consumó su fechoría detrás de las adelfas del patio de su casa, en tanto que sus compañeros, dos oficiales jóvenes cuyos nombres no vienen al caso, entretenían a las hermanas de la víctima. Fue un escándalo que yo entonces, erróneamente, procuré ocultar, pero con el que volví a tropezarme al cabo de dos años en forma de una muchacha de nombre Genoveva repudiada por su familia, que hacía la calle en Melilla con un niño en brazos, llamado...

Rogelio dejó caer el libro al suelo como si quemara. Se quedó fijo en el rostro peludo de canicie de Silvestre, y este, con ojos saltones de inquietud, fijos en él. Entonces Rogelio rompió a reír, se recostó sin fuerzas en la pared de la cueva y a punto estuvo de que la escopeta se le disparase bajo un sobaco.

—¡Si el sargento Heredia leyese eso te colgaría por los huevos! —exclamó con los ojos empañados de lágrimas.

Silvestre se le encaró, agazapado entre la sombra y la luz.

—¡Estúpido Broto, como todos los Broto, solo os creéis vuestras mentiras! ¡Berta os envenenó la sangre a todos!

Esas palabras produjeron un súbito desasosiego en Rogelio, ese demente abandonado en el monte llevaba razón. Pero no quiso preguntarse de qué conocía a su madre y se centró en su afán. Una vocecita le decía que ese viejo tenía algo que ver con el tesoro. Seguramente estaría en esa cueva, cueva que —forzó la vista hacia su oscuro interior— parecía muy profunda. Rogelio se olvidó de Silvestre, encendió su linterna y se adentró en la oscuridad.

Al cabo de un buen rato de avanzar entre tinieblas, se tropezó con algo que en principio se le antojaron tablillas semejantes a su *Anunciación*. Se agachó y se fijó

mejor. No, maldita sea, no eran más que revistas y periódicos del viejo loco, cuyas noticias subrayadas hablaban de temas relacionados con Marruecos y la guerra. Y parecía que estaban apilados allí como... como ¡un tesoro! Ansioso, Rogelio apuró el paso entre la roca viva, hasta que después de un buen trecho se topó con una pared cóncava, el fin de la cueva, de toda búsqueda. Desesperado, contuvo la rabia y tomó resuello. Su respiración sonó como un jadeo. Echó un largo trago de revientafronteras. Mientras se relamía los labios, observó algo raro en la roca. Al acercar su mano, el fondo parecía retroceder alejándose de sus dedos, como si la gruta estuviese viva. Rogelio sacudió la cabeza. Debía de ser efecto del revientafronteras. Embargado de un indefinido terror volvió sobre sus pasos.

De nuevo en la boca de la caverna, Silvestre lo esperaba encorvado, silencioso, a la espera de que ese intruso se largase. Mientras volvía a tomar otro trago de su petaca, Rogelio se fijó en un objeto que brillaba sobre unas pieles, cerca de la entrada.

—¿Qué es eso...?

—¡Déjala, es mía, es mía...! —gritó Silvestre.

El viejo porfió con el bruto sobre las pieles. Pero Rogelio lo dejó inconsciente de un culatazo, persuadido de que al menos ese objeto sería valioso.

—¡Hum...! Este candil parece de oro... —murmuró entre dientes al agacharse por él.

No tardó en desengañarse al sopesarlo. Tan solo era de vulgar latón dorado. De nuevo Rogelio maldijo su mala suerte, a La Larva, a Berta, a Franco y su Valle de los Caídos, a Riquelme y su puta hija Celsa, a la sucia de Rufina y al bastardo de Amadeo. Ofuscado, con su sombra extendida sobre el cuerpo de Silvestre, echó otro trago de revientafronteras, y a continuación vertió un chorro por la piqueta de la lámpara.

—¡Tómala, loco, y alúmbrate con revientafronteras para escribir esas locuras!

Rogelio arrojó la lámpara del Genio hacia el interior de la cueva, y se alejó de allí entre carcajadas.

## Capítulo 44

Nada más emprender Rogelio el descenso de la montaña, en la cueva comenzó a suceder algo maravilloso. El revientafronteras había hecho su efecto en el Genio, un efecto devastador en un creyente fiel al precepto musulmán de no probar el alcohol. El Genio salió despavorido de su hogar en forma de hirviente chorro de espuma, chocando contra las paredes de la cueva, agitándose en zigzags tornasolados, al mismo tiempo que en el exterior estallaba una tormenta de granizo tan repentina y pasajera que enseguida de nuevo salía el sol, para al segundo volver a ponerse y dejar paso a un vendaval de estorninos desorientados, cuyo infinito piar se ahogaba enseguida en un crepitar vertiginoso de átomos de oxígeno incandescente. Atraído por ese revuelo, Rogelio volvió la cabeza hacia la cumbre de la montaña, ahora de súbito anochecida, sobre la cual se removía una gigantesca lechada de vientos legamosos y de mil colores, mientras que de la cueva parecían surgir rayos endebles y lentos, llamaradas heladas y pompas de jabón. Como si un granuja huyera del lugar de su crimen, Rogelio echó a correr terraplenes abajo, lleno de espanto y cobardía.

Esas pompas eran la esencia misma del Genio, parte de ella que se había desprendido de su ser en los eructos de su ebriedad, de modo que se diría que eran deseos caprichosos aún no concedidos. Las pompas, no más grandes que un balón de fútbol, se extendieron a cientos por los cuatro puntos cardinales, tanto más abundantes cuanto más cerca de la cueva. Y comenzaron a descender sobre seres y cosas concediendo sus deseos implícitos. Aunque también hubo muchas que se mantuvieron flotantes en las altas capas de la atmósfera, hasta que, con el transcurso del tiempo, fueron cayendo y produciendo efectos prodigiosos e inesperados.

Una pompa cayó allí cerca, sobre uno de los árboles quemados del incendio de hacía diez años. Como se veía que la planta quería reverdecer, la pompa le concedió el deseo de rebrotar con una fuerza inusitada, y de inmediato le salieron ramas nuevas, y hojas verdes en estrella de haya. Otra pompa fue siguiendo el curso del río Aragón abajo, hasta que descendió mansa sobre un bloque de piedra medio hundido en su orilla, que no era sino la lápida robada por el capitán Matamoros y sus secuaces. Como su inscripción decía «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución», al instante la lápida se elevó por los aires y, en un vuelo de centella, remontó el río, alcanzó el cementerio de Pueblo Viejo y fue a instalarse en el exacto lugar que ocupaba antaño en el sepulcro de don Deodoro. Otras pompas fueron mucho más lejos. Una llegó a la selva del Amazonas, alcanzando a una vulgar polilla, de suerte que la convirtió en una espléndida mariposa de especie nueva, clasificada más tarde como «Vladimirica Nabokovica». Otra cayó sobre un par de jóvenes que hacían el amor en una playa de Tahití, concediendo de tal manera sus deseos más furibundos que ambos tuvieron un orgasmo de un día entero. Algunas pompas tardaron en caer unos cuantos años, varias eligieron París, una aterrizó exactamente sobre la cabeza de Georges Perec. Así fue que se cumplió su deseo secreto de

catalogar el mundo, y escribió *La vida, instrucciones de uso*.

Aquel día el viento llevó unas pompas hacia Jaca.

El tercer toro de la tarde estaba en la suerte de muleta cuando una pompa apareció por el cielo de la plaza. Sin que nadie se diese cuenta, se precipitó sobre la cabeza de Aniceto, el practicante del pueblo, cantamañanas e intelectual reconocido y asiduo del casino La Alegría Juvenil. El efecto fue inmediato. Aniceto se agitó de escalofrío, se abrió paso por las gradas, saltó al ruedo, arrebató la espada y la muleta a Antonio Bienvenida y se encaró con el toro. La irrupción del espontáneo provocó el alboroto general, tanto más cuando Aniceto, en una extraña mezcla de vocación y deseo concedido, comenzó a pinchar con el estoque los cuartos traseros del astado. En el palco presidencial don Melchor Riquelme se ahogaba del bochorno, Orson Welles se divertía como nunca, mientras que Berta, blandiendo su abanico, era fiel a sí misma.

—Siempre he sospechado que el jodido practicante Aniceto era un carnicero — comentó entre el griterío.

Al otro lado de la enorme panza agitada de Welles, su sobrina Lourdes permanecía aislada de aquel tumulto. Y siguió así durante la cena que se celebró en el Mur en honor del director de cine americano.

Más tarde, mientras en el salón continuaba la bebida y la animada charla en torno al escándalo de Aniceto —reducido en medio del albero por cuatro guardias civiles Vargas, Amayas, Montoyas y Heredias—, Lourdes salió discretamente del hotel y bajó por la calle. Recorridas unas manzanas, torció por una calleja y dio con el hotel del Comercio, donde se alojaban los toreros. No se le iba de la cabeza aquel hombre de edad media, trajeado y con sombrero de ala ancha, a quien había visto moverse por la barrera de la plaza. El señor alcalde le había informado que se trataba de Joaquín Monzón, apoderado del maestro Finito de Mataró. Lourdes creía haber apreciado en él una cojera que le producía escalofríos.

En la recepción del Comercio se extrañaron mucho de ver por allí a una de los Broto, parientes de los Mur. De todas maneras le indicaron la habitación donde se hospedaba el señor Monzón. El señor apoderado no estaba en su cuarto, según un banderillero que atendió a Lourdes en el pasillo de la primera planta, sino que se encontraba en la habitación del maestro Finito de Mataró, con el resto de la cuadrilla y unos vinos. Ella le rogó que lo llamase.

A los pocos segundos aparecía por la puerta Finito de Mataró. Es decir, el que fuera Finito de Mataró lisiado de los años treinta, es decir, el mismo Federico Borrell de la foto de Robert Capa que Sonsoles atesoraba. Lourdes sufrió un leve vahído, trató de apoyarse en la pared encalada, y hubiese caído al suelo si no fuese porque un soldado republicano muerto en la Guerra Civil la sostuvo con sus brazos.

Transcurridos unos minutos, ambos habían pasado al cuarto reservado a nombre de Joaquín Monzón. Mientras Lourdes permanecía exangüe en una silla, el ahora Joaquín se movía nervioso al borde de la cama, con una acusada cojera. Tal vez había engordado algo en los veinticinco años pasados, pero en esencia presentaba la misma

planta que el primer Finito de Mataró, y que el soldado republicano de Córdoba: cara enjuta, nariz aguileña, pelo liso echado para atrás.

—Qué le vamos a hacer, Lourdes —decía Joaquín—. Era lógico pensar que viniendo a Jaca pudiera ocurrir esto. Aunque en cierto modo me alegro de que haya pasado.

—Finito, te creí muerto cuando te vi en una foto... —musitó ella.

—Y muerto debo seguir, Lourdes. Por rojo manifiesto y destacado no duraría libre ni una hora, ni vivo un mes.

Joaquín Monzón pasó a exponer las circunstancias que habían coadyuvado a ese estado de cosas. Después de su huida del valle por los sucesos del año treinta y cuatro, Finito había buscado refugio entre los camaradas del Partido. Dos años en los que no trabajó en nada concreto, sino que se empleó de agitador de fábricas y barriadas. Al estallar la guerra se encontraba en Alcoy. Integrando una columna de milicianos, partió hacia Córdoba para unirse a las tropas del general Miaja. Ocurrió que un día de recios combates tuvo una visión, después de que un obús estallara no muy lejos de él, sobre unas zarzas que ardieron. Esa visión le dijo que su lucha estaba condenada al fracaso, que los sublevados ganarían la guerra, ya que habían cogido la bandera más sencilla y poderosa: mantener íntegro un Estado. La desmesura de los republicanos era su perdición: república, democracia, socialismo, comunismo, dictadura del proletariado, anarquismo libertario, colectivismo, autogestión, autonomía, soberanía, internacionalismo, etcétera.

Recuperándose de la conmoción del estallido, en un cortijo conoció a un fotógrafo extranjero, a Robert Capa, a quien su compañera Gerda seguía como una sombra. Ambos hombres congeniaron y se contaron sus cuitas. Uno, Federico Borrell entonces, veía un futuro negro. El otro, Capa, intuía que a partir de aquella contienda empezaría para él un futuro más brillante. Después de que vaciasen dos botas de Moriles, llegaron a un acuerdo que beneficiaría a ambos. Así fue que, al día siguiente, saliendo de una trinchera, en medio de un campo pelado bajo un cielo raso, Federico Borrell se estiró y abrió los brazos, dejando caer su fusil, igual que si en ese instante hubiese sido alcanzado por un disparo del enemigo —para parecer más verosímil se acordó de la cogida de aquel maldito toro, *Azafrán*, que lo dejara lisiado— mientras Capa, agachado en la trinchera, disparaba su Leica en contrapicado. Puesto que la crónica subrayaría que aquel soldado republicano muerto se llamaba Federico Borrell, el nombre de este quedaría borrado del mundo de los vivos, descartado de las futuras represalias de los vencedores. Y Robert Capa con aquella sensacional fotografía se consagraba universalmente.

—Eso fue lo que ocurrió, Lourdes —se explicaba Joaquín Monzón con un pitillo que iba de sus labios a sus dedos con extrema rapidez—. A partir de aquel momento cambié mi nombre por el de Joaquín Monzón. No sé por qué, me sonaba muy literario. Y logré perderme en la vorágine que engullía al país entero. Debido a mi cojera nadie osó llamarme a filas. Me busqué la vida en trabajos de poca monta.

Hasta que con el paso de los años, como la afición podía más que nada, decidí volver al mundo del toreo apoderando a jóvenes promesas. El nuevo Finito de Mataró es mi sobrino.

—¿Estás casado, Finito? —preguntó ella con un tono monocorde.

—Sí, Lourdes, y con cuatro hijos. Así es la vida..., que nos impone sus servidumbres. Pero créeme, durante todos estos años he pensado muchas veces en ti. Me imaginaba lo felices que podíamos haber sido juntos, tal vez en aquel valle, o lejos, en México, donde hay buenas ganaderías bravas. —Joaquín tiró el pitillo y se arrodilló con dificultad a los pies de Lourdes, a quien cogió de las manos—. Lourdes, Lourdes... Te sigo amando. Podríamos romper con este mundo de esclavos. Quizá en una gira de mi sobrino... El barco nos llevaría a Veracruz.

Lourdes se levantó alterada. No con emoción, sino más bien hosca.

—No te puedes imaginar cuánto daño has hecho. Y no solo a mí, no solo a mí...

Joaquín la abrazó, procurando contener su retirada.

—Lourdes, preciosa, perdóname, quiéreme... —dijo con pasión—. Amémonos como aquel día dentro del círculo de pinos. Ven... ven...

Trató de llevarla hacia la cama. Lourdes se desembarazó de él y llegó a la puerta.

—Déjalo, Finito. Tú nunca has existido...

Al salir corriendo del cuarto del apoderado Joaquín Monzón, Lourdes se tropezó con un par de subalternos achispados, que se echaron a reír por lo que parecía implicar aquella espantada.

Cuando llegó de nuevo el momento de visitar a Sonsoles en su villa de Cannes, Lourdes no dejó de llorar durante los dos días que permaneció allí. Su prima le preguntaba por las causas de esa tristeza, pero ella no respondía nada porque no quería hablar, y, aunque hubiera querido, no hubiese sabido explicárselo. Así que echaba a correr hacia una balaustrada de mármol que separaba la finca de un acantilado. Al borde de aquel precipicio, de cara a un mar tibio y plano, Lourdes confundía su existencia con la inmensidad de tanta agua, que de ese modo era como le parecía la vida, un mar tranquilo que escondía toda clase de monstruos abisales. Una monstruosidad de dos pillos había llevado a Sonsoles al borde de la locura, y ella sabía de su origen. Pero allí plantada se juró que jamás se lo diría, porque sería como darle muerte.

## SEXTA PARTE



## Capítulo 45

**E**l libro de las memorias de Silvestre se había quemado por la explosión de rayos y la emanación de llamas dentro de la gruta a consecuencia de la borrachera de revientafronteras del Genio. Incluso al mismo Silvestre, que había permanecido inconsciente boca abajo en el exterior, se le chamuscaron sus greñas y sus pieles. Cuando subió Lourdes y lo vio de esa guisa, se alarmó y le echó la bronca por lo que parecía una travesura de niño con la fogata. Cuantos más años tenía más infantil se comportaba.

—Así es, señora Broto —replicó el viejo, sentado en una piedra del exterior de la cueva, mientras Lourdes le cortaba los pelos quemados con unas tijeras y el Genio se reía de él, pero de modo que la hurí no lo viese—. Y moriré de niño sin ver cumplida mi misión.

Lourdes paró de trasquilar, se puso delante de él y lo miró a los ojos.

—General Silvestre, en lugar de escribir tantas memorias inútiles, ¿ha pensado en dirigirse escuetamente al Caudillo y exponerle su situación? A lo mejor él, también con la edad, se ha vuelto menos soberbio.

—Pensándolo bien... —murmuró Silvestre al tiempo que miraba al cielo de sus ojos.

—¡Oh, oh, oh...! Inocencia y candor de los oasis... —dijo el Genio dirigiéndose a Lourdes—. ¿Es que no ves la televisión, la francesa, esa pálida imitación cristiana de mi pantalla líquida? Si el reino misterioso de España se agita aquí y allá por huelgas de tranviarios y mineros, por algaradas de estudiantes, ¿cómo pretendes que se ablande el Gran Califa por las súplicas de un loco cuando únicamente se puede permitir el filo de la cimitarra vengadora? Aunque bien mirado, Lourdeshar al Brut ibn Jaccah, sería un giro inesperado en este largo cuento tan insensato.

Días más tarde, habiendo pensado bien lo que tenía que escribir, Silvestre cogía pluma y papel. Debían ser mensajes escuetos, admonitorios de un oficial superior a uno inferior que por azares del destino se había encumbrado a la más alta magistratura. En principio tendrían que ser anónimos, pues el general Manuel Fernández Silvestre no solo hablaría en nombre de él, sino en el de tantos miles de valientes que cayeron bajo su mando en Annual. El primer mensaje rezaba:

*Exigimos justicia, Excelencia, estamos en nuestro derecho como sacrificados soldados de España. Aquí yacemos en las arenas ardientes de este desierto, ya somos meros huesos del Desastre. Hable por Radio Nacional de España, la Cadena SER o esa TVE suya, dando una explicación convincente de lo ocurrido en Marruecos.*

Una vez escrito el papel, Silvestre se lo entregó al Genio, dándole el encargo de

llevarlo al palacio de El Pardo y depositarlo en la alcoba de Su Excelencia, para que hubiese la seguridad de que lo leería. Como aquello no era un deseo, sino órdenes que coadyuvaban al cumplimiento de su tercer deseo concedido, el Genio no puso ningún inconveniente en hacer de cartero. Muy al contrario, le vendría bien entretener su eternidad contemplando otros paisajes.

El Genio se elevó por los aires como un haz rechoncho de fotones. Enfiló la Península hacia el sur y sobrevoló montañas agrestes y páramos resecos hasta que descubrió una gran ciudad rodeada de verdor en forma de media luna. Pero su destino se encontraba fuera de esa urbe, en un monte donde se alzaba el palacio del Gran Califa. Ya de noche cerrada, penetró por una ventana del edificio y encontró al destinatario del mensaje. Dormía en una cama, mientras que en la otra lo hacía su esposa. El Genio, de puntillas en sus babuchas para no despertarlos, depositó el papel en la pequeña capilla del Apóstol Santiago que se alzaba entre ambos lechos, al pie del santo sobre una concha de oro. Cuando se fijó mejor en la señora, le extrañó que durmiese con un collar de perlas puesto.

¡Ah...! —se dijo el Genio—. Esto no se lo he visto hacer ni a las reinas de Samarcanda.

Por la mañana, la conmoción que produjo en palacio aquel mensaje fue mayúscula. No tanto por lo que decía, sino por cómo había llegado allí, burlando todas las medidas de seguridad. Se destituyó al jefe de la Guardia Mora, un tal Enrique Mohamed Busián, se redobló la vigilancia, se optó por cerrar todas las ventanas y puertas.

Silvestre aguardó unas tres semanas a ver si su mensaje producía alguna reacción. Pero el Genio no descubría nada fuera de lo usual en la pantalla líquida de la fiambrrera. La gente seguía escuchando por sus radios y viendo por sus televisiones los habituales actos públicos del Caudillo: inauguración de pantanos, recibimiento de embajadores extranjeros, asistencia a corridas de toros, recorrido por la fábrica de la SEAT. Silvestre pensó que el generalito necesitaba un estímulo más directo. La siguiente misiva que escribió se expresaba en términos más enérgicos:

*Se está acabando nuestra paciencia, Francisco. Como camaradas tuyos, te conminamos a que de una vez por todas des a conocer al mundo entero las conclusiones del Informe Picasso. Nos conformamos con que la prensa extranjera se entere. Ya llegarán los rumores a España por medio de Radio Pirenaica. Te lo advertimos. No nos obligues a hablar de lo tuyo con Genoveva. No nos obligues, Paco.*

El Genio hizo otra vez aquel recorrido hacia el sur. La gente de los campos vio atravesar por el cielo un rayo de luz tornasolado que lo iba alterando todo. Muchos aseguraron que el firmamento sangraba, que las estrellas se movían, que en el blanco de la Luna habían aparecido los colores de la bandera republicana. Todo como en las

postrimerías de la República: signos inminentes de una nueva guerra. La radio oficial se apresuraría a decir que eran fenómenos normales, producidos por la carrera espacial entre rusos y americanos.

El mensajero de Silvestre se burló de aquella Guardia Mora que vigilaba cada ventana de palacio, de aquellos cerrojos que sellaban todas las puertas. El Genio penetró por los conductos del aire acondicionado y fue a salir por una rejilla de la alcoba magna. De nuevo dejó el mensaje en la concha de oro a los pies del santo. Por la mañana, en la pantalla de la fiambarrera, Silvestre espía la reacción de Franco al levantarse. Como El Pardo estaba tan lejos de la cueva y ahora había interferencias de TVE, apenas se veían las imágenes, pero los sonidos llegaron claros. El Caudillo achacó el mensaje al santo, el único superior a él en el país, a algún aviso enigmático que quería transmitirle. Mientras, doña Carmen no cesaba de preguntar por esa tal Genoveva, de lo *suyo* con ella. Hubo una discusión bronca entre el matrimonio, a causa de la cual un jarrón de Sargadelos voló por los aires y Franco resultó herido en una mano con una esquirla de porcelana. Hecho que la prensa oficial posteriormente achacó a un accidente de caza.

En la caverna, Silvestre no dejaba de tirarse de los pelos, viendo la estulticia que gobernaba al país. No obstante, aguardó otro mes a ver si Paco entraba en razón. Pero las radios y las televisiones siguieron transmitiendo la normalidad del jefe del Estado: con una mano vendada se le veía inaugurar más pantanos, asistir a la demostración sindical en el estadio Santiago Bernabéu —parecería que como reparación por las advertencias del santo— o navegando por el Mediterráneo en su yate *Azor*.

Daba la impresión de que ese nuevo intento de Silvestre había fracasado. Ahora bien, poco a poco algo genial había ido anidando en su cabeza. Era una mezcla de la astucia mora aprendida en sus años en Marruecos y del análisis riguroso del espíritu de los poderosos llevado a cabo durante su largo aislamiento. Si él no podía ir a Franco, si Franco hacía caso omiso de sus advertencias, acaso Franco podría venir a él. La clave estaba en esos pantanos que tanto le gustaba inaugurar.

Volvió a coger pluma y papel y redactó otro mensaje:

*Seguimos teniendo sed de justicia. Vivimos en un desierto consumiéndonos en los huesos. Somos veteranos soldados de Marruecos retirados en Canfranc, a los que nos falta de beber en los resechos veranos de estos montes, y a los que, a contrario sensu, las riadas nos arrastran vidas y haciendas. Te rogamos, Francisco Franco, Caudillo de España, que pongas remedio a nuestros males con alguna presa que guarde agua para nuestras gargantas y que a la vez la dome.*

El tercer mensaje produjo aún más desconcierto que los anteriores. Ya no eran amenazas de uno o de varios locos, sujetos que podían permitirse llegar a su alcoba cuando se les antojase, sino que ahora pedían, rogaban, que les subsanase un mal con

una obra pública. Franco se reunió con sus asesores de más confianza y les enseñó los mensajes —previa tachadura del nombre de Genoveva con lápiz rojo—. Los consejeros concluyeron que esa pandilla de Canfranc debía contar con aliados muy poderosos en Madrid, demasiado cercanos al poder. Sus peticiones eran confusas, pues primero exigían explicaciones sobre unos hechos remotos de los que ya nadie se acordaba, y luego parecía que refrenaban su chantaje, o que desvelaban su verdadero objetivo: la construcción de un pantano en su comarca. ¿Acaso el Desastre de Annual no había tenido su principal causa en la falta de agua de los soldados? Eso era lo que pedían quienes todavía se acordaban de él. Los asesores recomendaron pues a Su Excelencia que emprendiese esa obra pública, obra que engrandecería aún más su Gobierno.

De esa reunión fue testigo sonoro Silvestre a través de la fiambarrera mágica. Y se congratuló de su astucia dando saltos por la cueva.

Esperó un tiempo para ver resultados. Hasta que un día observó escondido entre la maleza que por el contorno se movían grupos de ingenieros y ayudantes, con sus teodolitos, sus metros y sus planos cartográficos. Entonces envió otro escueto mensaje a El Pardo:

Bien hecho, Generalísimo de todos los Ejércitos  
por la Gracia de Dios. Los veteranos de Canfranc  
y las generaciones futuras te lo agradecerán.

La conmoción que produjo esta nota rebasó todo cálculo, porque era la prueba fehaciente de que sus enemigos se enteraban *ipso facto* de cualquier decisión que tomaba. Como consecuencia, al día siguiente Franco padeció la primera embolia de su vida, de la que estuvo convaleciente tres meses.

En ese tiempo los ingenieros cayeron sobre el valle del río Aragón como la langosta en un sembradío. Por todas partes pululaban con sus artilugios de medición, con sus planos llenos de enigmáticos signos. Recorrieron toda la ribera del río para ver la manera de encauzar esa corriente salvaje y encontrar el sitio donde levantar un dique de hormigón de orilla a orilla.

Por medio del visor de su teodolito, el ingeniero Pascual Bocanegra descubrió algo que le llamó la atención. Al otro lado del río, una mujer de unos cincuenta y tantos años, atractiva no obstante, de pelo gris recogido en un gran moño, avanzaba en silla de ruedas rumbo al cementerio de Pueblo Viejo. Debía de ser Jovita Lecumberri, la *madame* del hotel Mur de Jaca, según empleados de la constructora que ya se habían pasado por la casa, y de la posada Mur, que se veía allá colgante en lo alto del promontorio.

Una vez dentro del cementerio, Jovita volvió a enfrentarse con la lápida que durante once años había estado en paradero desconocido, y que desde hacía tres volvía a levantarse en el mismo lugar donde los obreros del treinta y cuatro la habían

erigido entre banderas rojas y puños en alto, y con la misma leyenda: «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución». Aún se distinguían las huellas que habían producido los cortafríos del capitán Matamoros y sus compinches para separarla del sepulcro.

Desde que supiera de esa inexplicada reaparición, Jovita había retomado su penoso calvario y había expulsado a Fortunato de su alcoba. No lo había despedido como chófer del Mur, porque llevaba en la empresa desde mozo, desde que lo contratara Digna para conducir su Hispano Suiza. Pero durante los diarios viajes de Jaca a Pueblo Viejo, él al volante y ella sentada detrás, entre ellos ya no se cruzaban una palabra, ni una mala mirada de comprensión por el retrovisor.

Jovita había pedido a Fortunato que arrancase de nuevo la lápida de Deodoro Rivas, cosa más sencilla que «para quien lo hiciera la vez anterior», pues ahora estaba simplemente superpuesta. Pero Fortunato era un hombre demasiado religioso, o supersticioso, como para cometer aquel sacrilegio. Por lo tanto, sabedor de que Jovita no podría despedirlo del hotel Mur, al menos mientras don Nicanor viviese, renunció a la sal de su cuerpo. Si no había verdadera posesión, si todo era lamer la piel de la maestra vasca, mordisquear sus pezones, comerle las orejas, extravagancias de burguesa de San Sebastián, mejor era buscarse el puchero caliente en otra parte.

Ese desprecio de Fortunato había exasperado a Jovita, aunque fuese un mero contratiempo en su trágica historia. El saber estar y la exquisita educación de la antigua maestra dio paso a un genio agrio con el personal a su cargo, a respuestas destempladas con los clientes, incluso a desplantes con su jefe Nicanor siempre que este regresaba a Jaca. Para el observador avisado, todo tenía su concatenación: vuelta al cementerio, romance roto (o placer esfumado), malos modos.

Una tarde Nicanor logró llevarla a su gabinete para hablar sobre ello.

—Pero, Jovita, mujer, explíqueme qué le pasa. No puede seguir tratando a los oficiales así, pues tenga en cuenta que si el Mur está abierto es por sus clientes de la Ciudadela. Ya sabe que hace seis años la ONU decretó el cierre de las casas de tolerancia de todo el mundo, y el régimen de Franco, siendo más papista que el papa, ha seguido la recomendación. Si nosotros seguimos abiertos es por los poderosos clientes que tenemos y mi amistad con camisas viejas como Girón.

—¡Ja...! —exclamó Jovita—. Me río yo de que a sitios como este se les llame «casa de tolerancia», en un país donde nunca ha existido ese concepto.

—¿Se trata de esa lápida, verdad? —le preguntó Nicanor a su encargada desde su escritorio, sin distraerse en melindres de intelectual—. ¿Qué clase de deuda tiene contraída con un marido muerto hace casi treinta años? Dígamelo, Jovita, se lo ruego.

—Todos tenemos contraídas deudas del corazón, yo igual que usted. Don Nicanor, usted nunca quiso a Digna y, en cambio, ha sepultado su memoria en un cenotafio. Así que déjeme a mí que lleve como me dé la gana mi losa. Con un mohín de desprecio, dio media vuelta a su silla y salió del gabinete sin despedirse.

Desde el salón llegaron sus reprimendas a las chicas.

Nicanor no se desanimó, de acuerdo a la constante de su carácter. Habló con su sobrina Lourdes, que era la única amiga de Jovita. Ella sabía lo que ignoraba su tío sobre el asesinato de Deodoro Rivas, de modo que por ahí encaminó la conversación con Jovita, una tarde en que se encontraban solas en el mirador de la posada Mur.

—Es cierto, Lourdes, es por esa lápida revivida. —La señaló con la mirada, desde tan lejana distancia que solo se podía ver el cementerio en su conjunto, aunque parecía que ella tuviese vista de águila—. No es que esa inscripción me recuerde mi crimen, es que me recuerda al asesinado, a un tipo que ni siquiera se merece una tumba.

—Pero, amiga mía... —Lourdes se agachó a la altura de la silla y cogió las manos callosas de la paralítica—. Así sigues siendo cautiva de don Deodoro, te domina desde el más allá.

—Nuestra lucha continúa, Lourdes. No te puedes imaginar lo que me hizo en la cama.

De ahí no pasaría la charla: aunque Lourdes podía haber profundizado hasta enfrentar a Jovita con sus despropósitos, carecía de la sutileza intelectual para lograrlo. Pero fue la propia Lourdes quien presentó a Jovita al ingeniero Pascual Bocanegra.

El hombre, sesentón y de gran corpulencia, la bajó desde Canfranc a Jaca en su coche. Lourdes, como siempre una vez al mes, empleaba una tarde para ver a sus tres hijos internados, Roberta en las benedictinas con su tía sor Rufina del Perdón de Dios, y Heriberto y Alberto en los escolapios, de continuo los tres llenos de babas y en la inopia de su subnormalidad. Antes de esas visitas se acercó por el hotel Mur y presentó al ingeniero a su amiga Jovita Lecumberri. Al poco, bastó que Bocanegra aludiese a la posibilidad de realizar obras en el río para el futuro embalse para que Jovita tornase su primer desprecio en repentino interés. Lourdes se despidió de ellos. Ingeniero y *madame* se pusieron a hablar en un rincón del salón, apartados de los oficiales que flirteaban con las chicas.

—Sí, doña Jovita. He calculado que, aparte del embalse, habrá que encauzar trechos del río Aragón, para así evitar posibles crecidas. Seguramente tengamos que hacer un muro de contención por la zona del cementerio de Pueblo Viejo, lo que conllevaría la desaparición de ese camposanto tan mal ubicado.

Los ojos de Jovita veían chiribitas.

—Debe ser una vida muy dura la de ustedes, los ingenieros de caminos, canales y puertos, que se pasan los días por el campo entre mediciones y sondeos —comentó ella, aparentemente cambiando de tema.

Bocanegra las cazaba al vuelo.

—Sí, siempre lejos del hogar. La familia en Zaragoza, y a veces se olvida uno de ella.

Hubo contacto de manos. En los días sucesivos, en la soledad de una salita o en la vacuidad del antiguo estudio de Vitali, brotó algún que otro beso, forzado a causa de

los distintos niveles labiales. Se los vio juntos en los meses siguientes, siempre que el ingeniero Bocanegra regresaba de Zaragoza o de Madrid, de ver a su familia o de consultas en el Ministerio. Él llevaba a Jovita en su propio coche, en lugar de usar el Hispano Suiza y a Fortunato. Le enseñaba con delectación los trabajos previos para la construcción del embalse, unos cientos de metros río arriba.

Un día, el hombre grande y fuerte que era Bocanegra sacó como siempre en brazos a Jovita de su coche, para iniciar su paseo de supervisión de las obras. Pero en aquella ocasión no la posó en la silla. En la soledad del bosque, la llevó aparte del camino, a un lecho de hierba. Pronto el ingeniero se las apañó para abrirse paso ávido con una mano por el sostén de Jovita, mientras con la otra, nervioso, ahondaba entre sus muslos inertes y, sin embargo, cálidos.

—¡Déjeme, Bocanegra, o tendrá que sacarme muerta de aquí!

El hombre no comprendía la estrechez de miras de una *madame*.

—¿Es que acaso su invalidez no le permite...?

—No me poseerá plenamente hasta que no construya ese muro y arrase el cementerio.

A partir de aquel día, el mayor empeño de Bocanegra cuando se entrevistaba con sus superiores del Ministerio consistió en convencerles de la necesidad urgente de construir aquel muro de contención, hubiese o no presupuesto.

## Capítulo 46

**L**a nueva pareja se pasaba de vez en cuando por la estación para saludar a Lourdes. El ingeniero Pascual Bocanegra tenía todo el tiempo del mundo para sus andanzas, mientras los capataces de la constructora dirigían las obras y sus ayudantes las supervisaban. Jovita, por su parte, se desentendía del Mur, haciendo caso omiso de la advertencia que le había dirigido Nicanor: un prostíbulo sin orden enseguida se convierte en un muladar. Jovita se mostraba tan agradecida con Lourdes por haberle presentado a Bocanegra que aprovechaba cualquier ocasión para hacerle un poco de compañía en una aduana sin apenas trabajo de una estación sin apenas tráfico.

En el antiguo despacho de Berta, ahora plenamente de Lourdes, los tres tomaban café —de las remesas brasileñas que había dejado Berta después de su jubilación—, y a veces se les unía Arthur Cordelier, que no dudaba en bajar de vez en cuando de Bedous con cualquier excusa. Su amor no solicitado, no expresado siquiera, se había convertido en un cortejo sin premeditación.

Cordelier y Bocanegra se llevaban bien. Ambos eran hombres cultos, amantes de la buena mesa y los buenos vinos. Más de una vez los cuatro comieron en El Roble, la antigua taberna de los socialistas de Pueblo Viejo ahora convertida en un mesón para los turistas que se dirigían a las pistas de esquí de Candanchú. Jovita también participaba de sus disputas intelectuales. Su controversia más frecuente era de índole literaria, pues el francés, naturalmente, era defensor de Proust, y el español de Faulkner. Jovita mediaba entre ambos sacando a colación a Joyce, y les hacía ver que el monólogo de Molly Bloom era una síntesis de sus dos autores favoritos. Además, la maestra se sentía halagada de acompañar a un ingeniero que después del treinta y nueve había sido represaliado por el Régimen, incluso había pasado dos años en la cárcel. Le recordaba sus inicios de maestra.

Con Jovita plenamente integrada en las discusiones masculinas, Lourdes a menudo se veía sola y apartada en un extremo de la mesa. De ello se apercibió el ahora brigada Heredia mientras se tomaba un vino en la barra. Y se lo hizo ver cuando la visitaba en su despacho de la aduana, al igual que antaño frecuentaba su antecesor Montoya a su tía Berta. En ese trato frecuente que se traía el guardia civil no había más pretensión que matar el tiempo, y ningún matiz libidinoso. Heredia le decía que ellos dos no eran de ese mundo de cháchara huera y petulante de sus amigos, sino gente sencilla, ella al cuidado de mercancías y él al cuidado de personas. Eran chusqueros de la vida.

—Fíjese en la decadencia de la estación, señora Broto. —Heredia, al otro lado del escritorio, señalaba un exterior desangelado que apenas se veía—. Algún día, por algún motivo extraño que solo comprenderán sus amigos intelectuales, la cerrarán. Y nosotros, los chusqueros, nos tendremos que ir con viento fresco.

Hacía muchos años que el Gobierno francés había abandonado su aduana,



adornada ahora de telarañas, por donde corrían las ratas y cuyos documentos se barajaban con las ráfagas de viento. Lourdes se estremecía de aprensión, de imaginarse lejos de aquel lugar donde había pasado tantos años. Se veía como Jovita en los años de la guerra, desamparada, sin cobijo, entre forasteros.

Las visitas de Jovita a Lourdes un día se interrumpieron sin más explicaciones, si bien transitoriamente. Fue a raíz del inicio de la excavación para levantar el muro de contención que arrasaría el cementerio de Pueblo Viejo. El obispo de Jaca puso el grito en el cielo y las obras se interrumpieron. Bocanegra —acuciado por una histérica Jovita— se presentó en el obispado con un par de representantes del Ministerio, a fin de negociar un acuerdo. No y no, insistía monseñor Atanasio Mur, aquello era un hediondo sacrilegio, a menos que, a modo de reparación espiritual, se reparasen cuatro o cinco iglesias ruinosas de su diócesis. Pasaron los meses y nadie quería comprometerse en esos gastos. Hasta que Franco —con una nueva misiva de Silvestre depositada en la concha de Santiago Apóstol, en la cual se quejaba del retraso— puso a todo el mundo firmes y a los pies del obispo. De nuevo Jovita volvió a sonreír, y Bocanegra a mordisquear unos pechos que jamás habían amamantado, aunque, estaba advertido, sin pasar todavía de ahí.

Una mañana en la que Lourdes no esperaba visitas, uno de sus subordinados llamó a su puerta y la avisó de que tenía un par de ellas: su primo segundo Amadeo y su novia Celsa Riquelme, cansados de un largo y azaroso viaje, se presentaron con un equipaje escaso. La Brigada Político-Social los perseguía por los recientes desórdenes en la Complutense. A la sazón ambos habían aprobado sus oposiciones y eran profesores en la universidad de Madrid, con escasa libertad de cátedra. Puesto que la Policía los esperaba en los aeropuertos, puertos y demás pasos fronterizos, no habían tenido más remedio que acudir a aquel paso apartado de Canfranc para que su tía los ayudase a cruzar a Francia.

Al caer la tarde, Lourdes los llevó a su casa y los alojó en una habitación. Y estuvo atenta de que Anita, por si le podían sus instintos delatores, no saliese a la calle en toda la noche, mucho menos que cogiese el teléfono. Después de la cena, los tres charlaron en la salita en voz más bien baja.

—¿Se puede saber qué barbaridades habéis hecho en Madrid?

—¿Qué vamos a hacer, tía? —contestó Amadeo azorado por tener que referirse a algo tan obvio—. Luchar contra la dictadura.

Lourdes se dirigió a Celsa:

—Y tu padre, el señor subsecretario de Justicia, ¿no puede hacer nada por vosotros?

—Señora Broto, mi padre es franquista hasta el tuétano, se alegraría de que nos llevasen a los calabozos de la calle del Correo. Además, hace poco lo cesaron de su cargo.

Por ahí empezó Lourdes a sospechar algo raro: el señor Riquelme no solo estaba en contra de sus ideas sino que se oponía a su relación sentimental. Eso era

sorprendente, pues Amadeo, por parte de su madre sor Rufina del Perdón de Dios — segunda socia de Palop & Broto— y de su abuela Berta, podía considerarse un excelente partido, el sueño de todo chusquero del franquismo de ver a su descarriada hija casada con el miembro de una familia de dudosa extracción social pero muy rica.

Las siguientes preguntas revelaron que Riquelme y Berta habían roto su relación un tanto pintoresca. Lourdes pensó enseguida en la ruptura enigmática de su tía y Montoya después de la guerra, sospechaba que por alguna razón muy parecida a esta. Y luego, cuando salió a colación la palabra «chiflados» por boca de Amadeo, todo comenzó a tomar cuerpo en su mente sencilla pero tenaz.

Resultaba que los tres chiflados, Kurt, Otto y Tom, habían vuelto a aparecer en la vida de Berta. Los antiguos oficiales de la Wehrmacht, ahora caballeros maduros y ociosos, habían hecho fortuna en negocios de la construcción, sobre todo con viviendas de protección oficial para oficiales del Ejército y guardias civiles. La conocida inmobiliaria KOT era suya, como delataban sus iniciales. Seguían siendo tres calaveras, solteros a machamartillo, mujeriegos empedernidos, dilapidadores de la noche madrileña. Vivían en un chalé lujosísimo de Puerta de Hierro tras altos muros y frondosos árboles, decorado con ampliaciones gigantescas de una baraja antigua de fotos más que lujuriosas.

Berta bailaba con Riquelme en la céntrica sala de fiestas Pasapoga, a los sonos de la trompeta de Pérez Prado y su orquesta, cuando algo le llamó la atención entre el gentío distinguido de danzantes: tres tipos maduros, de aspecto nórdico y decadente, bailaban con tres chicas rubias y altas que le recordaron a su hija Sonsoles de joven. No tardaron en reconocerse todos. Berta abrazó a sus tres chiflados y Kurt, Otto y Tom se echaron a llorar en medio de la pista.

—¡No lloréis delante de mí, jodidos germanos! —exclamó Berta en cierto modo enternecida—. ¡Ea...! Vamos a tomarnos unos cubalibres. —Y los condujo a la mesa donde ya aguardaba Riquelme.

Al todavía subsecretario Riquelme no le agradó esa amistad reverdecida, no por celos de lubricidad, sino porque esos germanos distraían a Berta Broto de atender a sus numerosos contactos con la alta sociedad del Régimen. Él no dejaba de ser un vulgar servidor del Estado con un magro sueldo y en un puesto donde poco se podía substraer, susceptible además de ser destituido en cualquier momento. Berta, en cambio, creyó rejuvenecer con ese providencial reencuentro. Su vida laboriosa, cuajada de sisas, salpicada de oscuras influencias, estaba ya en declive, y encontrarse con esos tres antiguos amantes que la adoraban por adorar a su hija era como si volviese a ser joven, igual de laboriosa, influyente y arrolladora a como lo había sido en Jaca y en Canfranc.

No tardaron los tres chiflados en llevarla a su chalé de Puerta de Hierro y enseñarle uno por uno los gigantescos naipes subidos de tono que en su día había

fotografiado Sonsoles Brotenn. Y trataron entre los cuatro, ahora por un pasillo, ahora en un cuarto de baño, de imitar las posturas de las grandes reproducciones. Mientras Berta se enjugaba el sudor ajeno de su milagrosamente terso cuerpo con una toalla de felpa —reproducción de un naipe, cuya baraja los alemanes habían hecho serigrafiar en toda su ropa de hogar en Ámsterdam—, Kurt, Otto y Tom habían caído rendidos a sus pies. Más tarde se recuperaban de esos juegos de cartas engullendo salchichas de jamón, elaboradas especialmente para ellos en Jabugo. Estaban recostados al borde de la piscina cubierta mientras Berta se cepillaba su cabellera todavía amarilla. Los chiflados recordaron sus años en la aduana de la estación de Canfranc, al frente del control de wolframio y trigo para el Reich. Estaban seguros de que, en el lamentable episodio del asalto del tren de la falsa Cruz Roja, acaecido mientras Berta estaba en el sur visitando a su hijo Rogelio, había tenido algo que ver su sobrina y sustituta, *Frau Lourdes*, no en vano por entonces era la amante del jefe de la guerrilla. Por su culpa casi mueren en aquella emboscada, como le ocurrió a Galvauder.

—Ese cabronazo de Galvauder se lo merecía —sentenció Berta con media sonrisa.

Sin más sensiblería, *ipso facto* pasaron a referirse al contenido del aquel convoy, que ellos habían visto vagón por vagón: miles de obras de arte que con seguridad todavía permanecían ocultas en algún lugar de los Pirineos. Lo habían buscado en años posteriores, habían pagado a investigadores, habían venido camaradas de Sudamérica llamados para tal propósito, pero todo había sido inútil. Bien valía encontrar ese tesoro —suspiraron—, con el que se podría levantar el Cuarto Reich.

No tardó Berta en llamar por teléfono a su hijo Rogelio. Sabía que ese imbécil había estado buscando cuevas durante años, sin explicarle a nadie el objetivo. A la tercera llamada Rogelio se puso al habla, gruñendo.

—Idiota, ¿no se te ha ocurrido pensar que tu prima Lourdes puede saber el paradero de ese tesoro? —Berta no esperó la respuesta al otro extremo del hilo telefónico—. Deberías buscar en una cueva especial, a donde esa coneja va mucho. ¿Me oyes?

—Ya he estado allí, y no hay nada, nada, solo un viejo chalado. —Rogelio colgó con fuerza.

Horacio y Virgilio se quedaron tensos más allá de la puerta de la trastienda, por cómo el jefe trataba a la dueña. Rogelio, rumiando imprecaciones contra su madre, enfiló la escalera en pelotas para continuar con el ritual mañanero de la preparación del revientafronteras interrumpido por esa absurda llamada.

## Capítulo 47

**E**n la vida de Rogelio había desaparecido todo aliciente. Después de explorar las mil cuevas del monte sabía que ya no quedaba ninguna por descubrir. Pensó que tal vez aquella donde había encontrado la tablilla de la *Anunciación* —guardada ahora en un armario junto a los ingredientes del revientafronteras— hubiera sufrido un desprendimiento, de modo que todas las demás piezas habrían quedado sepultadas por miles de toneladas de roca. También había calculado que la cueva del viejo loco, por estar en otro extremo de la montaña, se comunicaba con aquella del hallazgo, de modo que un segundo camino podía conducir a un extremo intacto del tesoro. Pero algo misterioso y escalofriante albergaba esa cueva. Aunque no había encontrado nada en ella, había tenido la sensación por unos instantes de estar cerca de una riqueza y de unas imágenes que lo hubiesen enceguecido. Durante un tiempo le había rondado la idea de regresar a la primera cueva y, con pico y pala, cavar hasta dar con los cuadros y las esculturas. Pero a la postre se había preguntado para qué. Quizá malgastaría en ese esfuerzo varios años, al igual que los había malgastado para Franco en las excavaciones del Valle de los Caídos. En todo caso, se temía que después de aquella tarde en que volvió la cabeza y vio salir por su boca llamas frías y rayos tranquilos, la cueva se habría derrumbado en su totalidad, sepultando en ella al viejo loco, apropiado guardián que había puesto allí La Larva.

—La Larva... —Se reía a trompicones Rogelio echado en su cama, borracho de revientafronteras—. La Larva se debe estar retorciendo ahora en las cámaras secretas de los muros de esa maldita basílica de la cruz priápica, esperando que algún día llegue tieso el cuerpo que ha de roer como alimento.

Las palabras derivadas de «priapo» rondaban ahora de continuo por la cabeza de un sujeto inculto como Rogelio Broto, debido a los problemas de índole eréctil que había notado de un tiempo a esta parte. Desde su salida de presidio poco había frecuentado a las mujeres, pero cuando lo había hecho, en los jergones más sucios de Jaca, había comenzado a notar que ya no atacaba como antes de la guerra, ni qué decir como antes de casarse con Rufina, cuando se divertía en compañía de su pobre hermano lelo. «Cornelio, Cornelio... ¿Dónde estará mi Cornelio? Quizá en el antro de La Larva, envuelto en seda como alimento priápico». La palabra se la había mencionado Aniceto en el casino La Alegría Juvenil, en una consulta indirecta sobre su problema. Pocas esperanzas le había dado el practicante: «Cuando el dios Priapo abandona al hombre solo queda ante sí el ruedo de la muerte». Aunque le había sugerido la posibilidad de dejar de beber el revientafronteras, que absorbía todas sus energías, Rogelio lo había intentado en vano, porque sabía que ese vicio de la guerra no lo abandonaría hasta que él, el alférez provisional que nunca debió serlo, acabase por morir, como una baja muy tardía de la contienda.

—Si hubiese ido a Rusia con la División Azul, si hubiese ido... —farfullaba por las calles mientras tropezaba y daba tumbos—. Ahora estaría en una cabaña del

bosque viviendo con cuarenta viudas esclavas a mis pies... Y tendría mil hijos... Ellos serían mi horda priápica de cosacos...

En un esfuerzo desesperado, había intentado que Rufina volviera a juntarse con él. Si antaño había sido la más puta del mundo, después de tantos años con las monjas seguramente ahora se habría convertido en una santa. La sola idea de follar con una monja, de forzarla en el lecho, a veces hacía reaccionar al dios Príapo. Pero su mujer había hecho votos perpetuos, como la condena que le había caído a raíz de la muerte de Aguilera, y no quería ni verlo cada vez que él se presentaba en el torno del convento. Sor Rufina del Perdón de Dios había encontrado su vocación instruyendo a su sobrina Roberta, ya una jovencita con los hábitos blancos de novicia, a la que hacía ver la magnificencia de la Creación en esos cipreses elevados hacia el cielo, en esos gorriones saltarines sobre el tejado, en las rosas aterciopeladas del claustro. No quería saber nada de las tentaciones del mundo.

Había días en que Rogelio rondaba el jardín de las benedictinas, con la seguridad de que al otro lado Rufina estaba sentada en un banco con Roberta. Pegado a las piedras del muro, entonaba una frase.

—Sor Rufina del Perdón de Diooooo..., aquí te aguarda el dios Príapooooo...

Rufina se escandalizaba, se santiguaba, cogía de una mano a su sobrina y salía corriendo hacia su celda, a rezar y cobijarse con la efigie del Aguilera robespierrano bajo su cama. Atrás, en la calle, Rogelio se reía por su mala uva. Y fue en una de estas risas cuando notó que escupía sangre.

Así, pues, por entonces poco podía importarle a Rogelio todo lo que le contara su madre Berta sobre el tesoro de los alemanes. Ya nada de la vida le importaba, excepto la presencia espectral en sus sueños de La Larva, albina, legamosa, repugnante. Bien es cierto que Berta no insistió mucho. Supuso que si Rogelio no lo había encontrado en años de búsqueda es que el cabronazo de Ramiro habría llevado al otro lado de la frontera salvaje su tesoro. Seguramente esas obras de arte —cuyo importe habría ido a engrosar las arcas suizas de la Internacional comunista— ahora adornaban los museos de Massachusetts y las mansiones rústicas de los petroleros de Texas. Así se lo hizo ver a los tres chiflados, y estos se quedaron conformes.

Para consolarlos de su desilusión, una noche Berta los invitó a su casa de Serrano. Quería revivir con los calaveras de Kurt, Otto y Tom el apareamiento múltiple de sus años jóvenes. Estos habían intentado ponerse muchas veces en contacto con Sonsoles Brotenn, no con la esperanza de repetir los placeres de esos días de la guerra sobre el sofá redondo de Eugenia de Montijo, pero sí con el convencimiento de que su sola visión totémica los rejuvenecería. Pero Sonsoles hacía mucho que se había retirado de la vida pública. Vivía en una villa espléndida de Cannes, cuyo administrador, el señor Peletier, era un fiel cancerbero contra las visitas inoportunas. De modo que les encantó que la madre quisiese repetir lo que les había enseñado en el caserón de Jaca sobre la cama que una vez sirviera de lecho a la hija. Y entraron tan alborotados en la casa que despertaron a la criada.

Poco después, Candela avanzaba por el pasillo siguiendo unos gemidos entrecruzados, entreabría la puerta de la alcoba de su señora y miraba a donde nunca se debe mirar. Al día siguiente, cuando doña Berta y los tres caballeros se hubieron largado al hipódromo de la Zarzuela, Candela no tardó en llamar al señor Melchor Riquelme. Lo que le contó por teléfono fue suficiente para que Riquelme vomitase en el paragüero de su despacho. Mientras se limpiaba la boca, se juró que jamás consentiría que una hija suya se emparentase con una familia tan degenerada como los Broto. Ya sospechaba él que Rogelio, el convicto por asesinar al amante militar de su mujer, no podía ser hermano de Berta, y que Amadeo no podía ser su sobrino, y que la legendaria y nauseabunda Larva de los expedientes secretos y los poemas de un falangista vergonzante era otro Broto, a saber hijo de quién.

Aquello fue un escándalo subterráneo de la España desarrollista. Porque Candela habló con más gente de lo que su boca podía soportar, de suerte que al poco tiempo todo el Madrid bien del barrio de Salamanca sabía de las *osadías* —se repetía con recato— de cama de su señora. Berta la despidió. También cesaron a Riquelme de su puesto, aunque, como el toro herido de muerte, tuvo casta todavía para embestir. Posiblemente de los disturbios de la Universidad Complutense el profesor Amadeo Broto hubiese salido con bien, pero Riquelme se valió de sus influencias para perseguirlo, a él y a su hija, que no lo dejaba.

Esta fue la conclusión sencilla a la que Lourdes llegó la noche en que habló con Amadeo y Celsa; ellos hubieron de admitirla como cierta. Sería imposible que pudiesen atravesar legalmente la aduana, por mucha influencia que tuviese ella, ya que estos no eran los tiempos de tía Berta y Montoya. Y el brigada Heredia no era un hombre tan relajado como su paisano. Aunque no todo estaba perdido.

—En fin, muchachos —les dijo cuando les daba las buenas noches a la puerta de su cuarto—. Mañana tendré que llamar a *Monsieur* Cordelier. Lástima que no esté por aquí tío Nicanor. Él lo arregla todo con asombrosa facilidad.

La conferencia de Lourdes con Arthur Cordelier —en su oficina, no en su casa, de la que ignoraba su número de teléfono— fue poco alentadora. Él le advirtió que no sería posible alojar a su primo prófugo y su chica en el *Hôtel Savoir-vivre*, ni en ningún otro, pues en recepción les exigirían pasaportes debidamente tramitados.

—¿Y cómo piensan llegar hasta aquí, Lourdes? —mencionó la principal cuestión.

—Déjelo de mi cuenta, Arthur.

Ese día Lourdes no fue a trabajar a la aduana, explicando al subordinado que la llamó que se encontraba enferma. No perdió de vista a Anita y, por supuesto, no dejó que saliese de compras. Avanzada la noche, se echó encima su viejo capote rojo, se calzó unas buenas botas e hizo que los jóvenes se abrigasen bien. Los tres salieron a la calle cuando comenzaba una lluvia torrencial de otoño. «Mejor, la lluvia nos protegerá algo». El propósito de Lourdes consistía en cruzar la frontera monte a

través, tal y como hiciera Sonsoles un día. Claro que su prima había tenido la ayuda de tío Damián, el hombre que con sus pisadas formó la mayoría de los senderos. No obstante, juraría que en ese momento no había nadie que conociese aquel monte como ella, salvo quizá el propio Silvestre.

—¿Y por qué no vamos a pie por el túnel de Somport, tía? —preguntó Amadeo impresionado por tener que escalar esas montañas.

Lourdes sufrió un escalofrío ante la perspectiva de tener que adentrarse a pie por un agujero de diez kilómetros.

—No, Amadeo —le contestó mientras avanzaba por la grava de la vía férrea—. Siempre hay un retén de soldados en cada boca.

Sin más palabras, se pusieron a subir cuestas y pendientes arboladas hasta que el valle desapareció tragado por la oscuridad de la noche y la cortina de agua. El avance se hacía dificultoso pero Lourdes, acostumbrada a todas las adversidades, pese a no ser de allí y a su edad, iba sorteando las dificultades del terreno con una sencillez que asombraba a Amadeo y Celsa, que a duras penas podían seguir su paso.

Serían las cuatro o las cinco de la madrugada cuando abandonaron el cobijo boscoso y tuvieron que adentrarse en los parajes pelados de las cumbres. Allí nevaba copiosamente. Lourdes no sentía el frío, mientras que Amadeo y Celsa, con tal de estar a la altura de esa obrera, procuraban no quejarse. Al salir de un ventisquero, Lourdes frenó en seco y detuvo a los chicos. Su aguda vista había descubierto una patrulla de la Benemérita. Era de esperar algo así, pero es que, además, en la patrulla iba el brigada Heredia —Lourdes lo distinguía por su fino porte de flamenco andaluz—, cosa que no era habitual, a menos que tuviese un especial interés para andar por allí a esas horas y en esas circunstancias. Mucho se temió Lourdes que Anita los habría delatado, chivata ella como todas las criadas. Pensó que si los guardias habían llegado antes que ellos al paso era porque no llevaban la rémora de dos hijos de papá de la ciudad, que correrían muy deprisa delante de los grises, pero que ante los peñascos no dejaban de tropezar.

Con alarma, Lourdes advirtió que la patrulla venía hacia ellos. Los jóvenes también se dieron cuenta y protagonizaron un conato de darse media vuelta.

—Poneos detrás de mí y no os mováis —les dijo Lourdes—. No os mováis...

Entonces se agachó —y con ella Amadeo y Celsa—, de la forma en que lo hacía de niña para parecer un ratoncito. Poco después la patrulla estaba a pocos metros de ellos, de tal forma que ni la densa nevada hubiese impedido que los descubriesen. Pero en aquella grieta del risco solo parecía haber un ratón de monte, acurrucado por la tormenta, esperando morir de frío. Los tricornios pasaron de largo.

El ratón dio un brinco y animó con ademanes rápidos a sus congelados acompañantes a que lo siguiesen hacia la libertad. Cuando alcanzaron los bosques de la vertiente francesa a media mañana del día siguiente, Arthur Cordelier los estaba esperando con su coche en un cruce de caminos convenido. El Citroën Doscaballos sorprendió a Lourdes y la hizo sonreír. Un hombre que podía comprarse el automóvil

más caro del mundo llevaba uno corriente y, además, con un capó que parecía una giba como la suya. Los tres viajeros, calados hasta los huesos, se montaron sin muchos comentarios. Irían a casa de *Monsieur* Cordelier, un lugar grande y seguro, y ya verían qué hacer después. Durante el trayecto Lourdes no salía de su asombro, por ver a Arthur conduciendo a su lado de forma tan cómica: ya que era muy corto de tronco, llevaba la cabeza pegada al volante, de modo que su joroba le daba aspecto de ciclista doblado sobre el manillar.

Aquello solo fue el principio de una fascinación.

Tras apearse del coche, Lourdes no se podía creer lo que descubrió. Llevaba razón tío Nicanor cuando le contaba que Cordelier hijo vivía en una casa de cuento, que parecía hecha de caramelo y chocolate. Mientras cruzaba la puerta principal, Lourdes pasó una mano por la jamba y se la llevó a la boca. Tío Nicanor decía que todo era artificial, de plástico imitación al chocolate, y caolín que parecía azúcar cande, pero ella notó que la mano le sabía dulce. El interior no era menos sorprendente. Arthur había mandado construirla de tal forma que era mucho mayor por dentro que por fuera. Las paredes parecían de crema, el suelo estaba salpicado de anises, los muebles eran de madera pintada en múltiples colores y de formas infantiles, las contraventanas formaban un corazón hueco en el centro, las lámparas se encontraban en caras de muñecos o payasos cuyas narices se iluminaban, había escaleras de caracol por todas partes, cayados de caramelo blanco y rojo por los rincones, paisajes pintados con regaliz en lugar de óleo.

El anfitrión condujo a sus tres invitados a dos habitaciones de la planta alta, a la que se subía por un ascensor en forma de cucurucho de helado. Debían cambiarse de ropa antes de que pillasen una pulmonía.

—Evidentemente mi ropa no os va a servir —les dijo Arthur con un desenfado referido a su tara que los hizo sonreír, especialmente a Lourdes—. Poneos unos albornoces de la docena que tengo. Mientras, pondré vuestra ropa a secar en la chimenea de leña.

La habitación de Lourdes parecería un cuarto de recreo para los niños, excepto que tenía una cama diminuta, en cuya almohada estaba recostado un gran muñeco de tambor de granaderos de la Guardia Imperial con dos círculos rojos en las mejillas. Se desnudó —sin apercibirse de que los ojos del muñeco seguían sus movimientos— y entró en el cuarto de baño. La bañera donde se tenía que asear era un gigantesco barco de papel lleno de patos amarillos y ranas verdes. Se echó a reír cuando vio que el chorro de agua caliente provenía de las pipas de un girasol, y que tenía un agradable perfume.

Después Arthur condujo a sus invitados a un enorme comedor de mesa y sillas muy bajas. Como buen francés, les había preparado un exquisito almuerzo. Mientras comían hablaron de los siguientes pasos para sacar del apuro a Amadeo y a Celsa. Los jóvenes querían viajar inmediatamente a París, pero Arthur les disuadió en vista de que no tenían documentación. Cuando regresase don Nicanor de Lisboa se



encargaría de conseguirles los documentos necesarios. Entretanto, Arthur los llevaría a la villa de su tía Sonsoles en Cannes, un lugar apartado donde nadie preguntaría por ellos. Cansados de tan difícil viaje, la pareja se retiró a su habitación. Arthur y Lourdes se quedaron a tomar café. Ella se interesó por el motivo de tan maravillosa casa.

—Verá, estimada Lourdes —le explicó Arthur juntando sus largos dedos de pianista—, siempre he vivido echando de menos una infancia normal, llena de juegos, regalos e ilusiones. De modo que en cuanto tuve el suficiente dinero hice construir esta casa de acuerdo a aquellos deseos que nunca disfruté. Pero no crea que... —Se interrumpió al ver que Lourdes se llevaba las manos a la cabeza en un gesto de dolor.

Se sentía mareada, arrastrada por un abismo de sensaciones pasadas. Creía recordar de pie delante de su mostrador al niño contrahecho Arturito Corcovado, pero esa imagen se mezclaba con un batiburrillo de hechos que no recordaba haber vivido. Una y otra vez subía al monte con la cesta de comida al encuentro de Silvestre, una y otra vez sospechaba que bebía de ese tazón emponzoñado que le preparaban Berta o Paula, una y otra vez veía a Berta picada por la serpiente cornuda, o tal vez era tío Damián quien se arrastraba hacia ella. Una y otra vez se preguntaba por la suerte que había corrido su padre en el Desastre de Annual, y, en algún instante perdido en un rincón de la memoria, creía haber sabido de su suerte. Pero ahora todo se confundía en su cabeza, que parecía estallarle con ese eco de tía Berta que resonaba siempre por las noches en su cuarto: «Para las ratitas curiosas».

—Perdón, Lourdes, ¿se encuentra bien?

—¡Oh...! —Ella salió del vórtice de recuerdos—. Disculpe, Arthur, ha sido un ligero mareo.

—Debería descansar, Lourdes. Ha sido un duro viaje. —Puso sus manos sobre sus hombros.

—Déjelo, déjelo... Veamos qué otras cosas sorprendentes tiene por ahí. —Lourdes se levantó con gran energía.

Arthur le enseñó el resto de las maravillas que guardaba en su casa de caramelo. Llegaron a un gran salón donde tenía su colección de autómatas, muñecos de cuerda que hablaban, tocaban instrumentos y se reían. También había varias máquinas de *pinball*, traídas expresamente desde Brooklyn. Pasaron a una gran biblioteca, cuyos estantes contenían miles de volúmenes con cuentos de todo el mundo. Lourdes se sorprendió al encontrar un volumen ilustrado de *Las mil y una noches*, mucho más grueso que el suyo: era un ejemplar del original traducido directamente del árabe por el capitán Richard Burton, que incluía todos los cuentos.

Finalmente, Arthur la condujo a la bodega, en cuya puerta había un desconcertante cartel: «Je bois comme un templier». De Rabelais. Bajaron por una escalera de caracol al sótano, iluminado tan solo por las dos bombillas peladas de rigor. Allí se almacenaban miles de botellas con los mejores caldos del mundo. Allí era donde el dueño tomaba las grandes decisiones sobre su vida, incluido su suicidio.

Después de mostrarle las marcas que más apreciaba, Arthur se volvió hacia Lourdes entre las penumbras con expresión severa y solemne.

—Lourdes, yo... Ya sabe lo que siempre he sentido por usted...

—Señor Cordelier —dijo ella poniendo los brazos en jarras sobre su albornoz lleno de cervatillos—, ¿no pretenderá declararse en un lugar como este? A mí me da aprensión la oscuridad.

Subieron al cuarto destinado para ella. Lourdes se desprendió enseguida de todos aquellos cervatillos, pero a Arthur le costó más trabajo deshacerse de su traje de rayadillo, signo distintivo de la clase de Palop & Broto. No podían hacer nada en aquella diminuta cama, así que se tumbaron en la alfombra, que estaba trenzada con cabellos de ángel. Lourdes se agarró a la joroba de él, mientras que Arthur la asió por sus caderas regordetas. En un momento dado la cama se movió mientras trajinaban, y, puesto en marcha su mecanismo, el tambor de granaderos empezó a tocar su instrumento al tiempo que gritaba en francés: «¡He, he...! ¡He, he...! ¡He, he...!».

## Capítulo 48

Una vez a la semana, Silvestre bajaba por el bosque que bordeaba la carretera hasta la zona de obras de la presa, ya cerca de Pueblo Viejo. Se subía a un árbol con la lentitud del perezoso que le producía su lejanía de la cueva, y desde allí observaba con ansia la construcción del embalse en el Aragón: las casetas de los obreros, las excavadoras, los equipos electrógenos, los almacenes de material, los cimientos de hormigón que iban echando en el lecho del río, del que aprovecharían un quiebro en su curso para tender el dique y los desagüaderos. Más abajo, estaban excavando una zanja cuyo trazado enfilaba la lengua de tierra que conducía al cementerio del pueblo, sin duda que para encauzar la corriente con un muro secundario e impedir que una crecida alcanzase a las casas.

Juzgaba las obras a la luz de sus conocimientos militares sobre ingeniería civil. A veces Silvestre meneaba la cabeza en señal de desaprobación, pensando que él hubiese hecho tal o cual cosa mejor y más rápido. Si se producía cualquier contratiempo en las obras se inquietaba sobremanera, y daba vueltas en la cueva preguntándose por las causas, acaso negligencias delictivas en el Ministerio, o tal vez simple pereza del ingeniero jefe, el señor Pascual Bocanegra. Y es que Bocanegra —observaba Silvestre desde la espesura cuando el hombretón bajaba a Jovita de su coche— parecía haber perdido la cabeza por esa meretriz paralítica ya entrada en años. Para remediar tanta demora injustificada Silvestre hacía que el Genio llevase de vez en cuando una nueva nota a los pies del Apóstol Santiago, para apremiar a Franco a que concluyera la obra prometida. Bien sabía Silvestre que el tiempo se le acababa, que avanzaba a pasos agigantados el día en que o se cumplía su tercer deseo, o moría de acuerdo a su segundo deseo, o las dos cosas a la vez.

Aquella noche de intensa lluvia —en la que Lourdes conducía a Amadeo y Celsa a Francia—, Silvestre se agitó muy inquieto en la boca de la cueva mientras veía llover. Esa forma salvaje de caer agua no le gustaba nada, pues se temía que se produjesen desperfectos en las construcciones, o algún arrastre de material, y de nuevo se retrasasen las obras.

Por la tarde había estado inspeccionando encaramado a un árbol. Había visto que en la otra orilla, sobre el promontorio cruzado por un camino en zigzag, se encontraba Bocanegra asomado al mirador de la posada. Silvestre gruñó. En lugar de estar estudiando planos y solventando problemas de logística, el ingeniero mataba su tiempo en un burdel.

Mientras fumaba en el mirador, el ingeniero contemplaba cómo Jovita se esforzaba por cubrir el camino que conducía a la tumba de su esposo Deodoro Rivas. Esa sería la última vez que tendría lugar ese ritual enigmático, ya que al día siguiente estaba previsto que comenzara el desmantelamiento del camposanto, con la llegada del señor obispo para un responso y la exhumación y traslado de los restos a un osario de Jaca. Una vez que Jovita hubo estado de vuelta, ambos cenaron junto con

Fortunato y las dos chicas que quedaban en el establecimiento. El local había entrado en franca decadencia, y si Nicanor no lo había cerrado ya era por dar servicio a los obreros de la presa. Pero la presa algún día tendría que acabarse.

A veces Fortunato seguía con su Hispano Suiza al coche del ingeniero Bocanegra, donde también iba su patrona, por si los tórtolos se separaban y tenía que recogerla. Esa tarde ambos vehículos estaban parados frente a la posada Mur bajo un cielo plomizo. Cayó la noche y una luz iluminó una habitación de la planta alta, donde sin duda se encontraban Fortunato y las dos chicas, haciendo la digestión de la cena. Otra iluminaba el cuarto de abajo reservado para Jovita. En vista del tremendo chaparrón que caía, Bocanegra no se había ido, de modo que también estaría digiriendo algo con Jovita Lecumberri.

Un trueno sobresaltó a las dos chicas. Pero Fortunato, tendido entre ellas, no creyó que aquello fuese un trueno, ya que no sufrían una tormenta de verano sino una intensa lluvia de otoño. Sospechando algo, bajó las escaleras desnudo, seguido por las chicas en cueros. Antes de llegar a la planta baja —que estaba en penumbras—, se abrió la puerta del cuarto de Jovita y su luz se hizo ver. Jovita apareció sentada en su silla, desnuda también, con el moño deshecho increíblemente, con la expresión traspuesta, carente de vida, y el revólver de sus tiempos de agitadora sujeto entre las piernas como si emanase de la pelambre negra de su sexo, con el cañón aún humeante. Las chicas chillaron y Fortunato retrocedió un escalón. Los estupefactos testigos vislumbraron que sobre la cama de su cuarto quedaba tendido el corpachón desnudo del ingeniero Bocanegra, con un tiro en el pecho. Jovita ya enfilaba la puerta que conducía al mirador y al camino en zigzag. Las chicas trataron de ir hacia ella, pero Fortunato las contuvo con un brazo.

—¡Dejadla, dejadla...! —gritó con la boca reseca—. Por fin ha roto su locura.

Después de encender las luces del mirador, los tres sirvientes salieron a la terraza bajo una cortina de agua. Desde allí vieron cómo Jovita descendía por el sendero que culebreaba por el talud con tal energía y tal equilibrio que era capaz de sujetar la silla en una cuesta que se había convertido en un arroyo. Por fin alcanzó el llano que bordeaba el río, que bajaba tan crecido que llegaba a la altura de los ejes de las ruedas de la silla.

Ayudada por la fuerza de la corriente, Jovita avanzaba con una decisión demoníaca hacia el cementerio. Fortunato supuso que, visto lo ocurrido con Bocanegra, iría a suicidarse con la pistola delante del sepulcro de su esposo, como si reconociese que le había vencido desde ultratumba. En ese momento la riada se hizo tan intensa que despegó la silla y a su pasajera del suelo, y, como si fuera una barca a la deriva, la agitó de aquí para allá hasta que la metió por la entrada del cementerio y la varó encima del sepulcro de don Deodoro. Por detrás venían rodando entre la corriente encrespada árboles arrancados de cuajo, máquinas de las obras, alguna caseta de material. Un equipo eléctrico avanzaba sobre las tumbas ya anegadas, dando vueltas como una peonza hacia Jovita. Esta había levantado su pistola

chorreante, pero no apuntaba a su sien, como había creído Fortunato durante un instante, sino a la leyenda grabada en la lápida: «Aquí yace Deodoro Rivas, muerto por defender la Revolución».

Las chicas chillaron espantadas, Fortunato se mordió la lengua, el equipo electrógeno pasó por encima de Jovita y la memoria de su marido, y la riada lo arrastró todo.

La riada del Aragón anegó las calles de Jaca durante aquella fatídica noche. Cuando al amanecer comenzó a descender el nivel de las aguas fueron descubriéndose una ingente cantidad de escombros y objetos que emergían del barro. Como el practicante Aniceto había dormido la mona en el casino, al despuntar el alba fue el primero en descubrir que se había inundado la planta baja, y que en el tapete de uno de los billares habían quedado los restos tegumentarios, disecados, de dos cadáveres, enganchados por los brazos. Uno llevaba pelliza y botas de borrego de contrabandista, y el otro uniforme de brigada de la Guardia Civil, y le faltaba una mano. Aniceto resbaló de pavor y cayó al barro.

Sobre la escalinata de la catedral, en el rincón donde se reunían las viejas desdentadas apareció una lápida dedicada a un legendario maestro republicano llamado Deodoro Rivas. Y enfrente de la puerta del hotel Mur, sentada en su silla, agarrada con manos muertas a las dos ruedas, los vecinos de la calle descubrieron a Jovita Lecumberri, la *madame* del local, desnuda, ahogada e intacta.

Enterraron a los muertos, limpiaron las calles. Nicanor cerró el hotel y la posada Mur, pues habiendo sido obra de su Digna, legada a la también difunta Jovita, ya no encontraba ningún motivo para mantenerlas abiertas. Despidió a todos los empleados con tan generosa indemnización que podrían abrir negocios propios modernos, como tiendas de electrodomésticos o bares. La posada se la vendió a un vecino de Pueblo Viejo por un precio irrisorio. El Hispano Suiza se lo regaló a Fortunato. El hotel lo donó al obispado de Jaca, a monseñor Atanasio Mur, pariente de Digna. De esa forma lo que había sido de los Mur volvía a los Mur. El obispo, previa bendición a modo de exorcismo, instaló allí una institución benéfica, dedicada a acoger a madres solteras descarriadas.

Cuando hubo puesto todos estos asuntos en orden, al cabo de unas semanas Nicanor regresó a Lisboa.

En cuanto puso el pie en la tienda de Fotos Broteira se arrojó llorando sobre el mostrador. Vita le quitó el sombrero hongo y acarició su cabellera de ceniza. Subieron abrazados a la buhardilla.

Sentado en la cama, mientras Vita en la pequeña cocina preparaba la comida, Nicanor se lamentó de tanta desgracia. De qué le valía ser tan rico —fortuna acrecentada día a día con el éxito de las *brouty's bags* en Vietnam—, si tenía que ir enterrando a todos los suyos. Rogaba pues a quien dominase el mundo y tuviese

poder sobre la vida y la muerte, fuese Dios, el presidente Johnson o el capitán Acab, que se lo llevasen antes que a su adorada rusa. No había sido buen padre ni buen esposo, su hermana Berta era un mal bicho, sus sobrinos habían naufragado ante los primeros escollos de la existencia. Solo la pequeña Lourdes, pese a tanta tragedia como había caído sobre ella, todavía se mantenía entera. Pero ¿hasta cuándo?

A menudo Nicanor le decía a Vita que podía comprar para ella la mansión más hermosa de Lisboa, con criados y todas las comodidades modernas, con ascensor, igual al que Cordelier tenía en su casa de muñecas, y no tener que subir a pie las cinco plantas hasta la buhardilla, porque ambos ya se estaban volviendo viejos. Esa tarde también se lo propuso, como si cualquier cambio del mundo físico pudiese aliviar sus pesares internos.

—Ya sabes que me gusta esta buhardilla, Nicanor. No quiero más lujos —le volvió a contestar Vita, que disfrutaba aquella vida sencilla en el centro del Lisboa antiguo.

Llevar su pequeña tienda de fotos y marcos, limpiar a diario la estrecha buhardilla, prepararse su propia comida en el pequeño infernillo. Después de haber sido una princesa rusa consentida, y una libertaria desmandada, y un quinqui errante por los yermos, se conformaba con lo que tenía, y con esperar su regreso, que apareciese por la puerta de la tienda llorando o riendo.

Mientras comían en un rincón bajo una pequeña ventana, Nicanor recuperó su ánimo. Todavía tenía fuerzas para seguir luchando por Palop & Broto, firma de la que dependían tres mil quinientos empleados. Sí, aún le quedaban muchos kilómetros que recorrer por el ferrocarril de su existencia.

—¿Por qué no lo dejas ya, Nicanor? —le dijo Vita al posar una mano suya sobre la de él en la mesa—. Deja el negocio a Cordelier, pásaselo a tu hijo y a tus sobrinos y vente a vivir aquí conmigo.

—Vita, Vita..., no puedo... —Nicanor sonrió con un rictus amargo, al tiempo que se llevaba esa mano de extraña rudeza femenina a la boca para besar sus dedos de artista y poeta—. Hay algo que me atenaza el corazón, una tarea que he de cumplir antes de cerrar mi último cuaderno, cuya última frase diga «O tempora, o mores!». Porque sospecho que si dejase de moverme, de hablar con gente y tratar con clientes, dejaría abandonada esa misión. Entonces no podría morir en paz.

Así fue como salió a colación el misterio que Vita hacía tiempo había entrevisto tras la mirada de Nicanor. Un secreto, una reserva, que ni siquiera a ella se atrevía a revelar. Pero aquel día Nicanor se lo confió, como se confía uno de esos secretos que —según Vita— conforman a toda persona, y sin los cuales se pierden atributos humanos. Fue por la tarde, cuando bajaron al bar A Brasileira, a tomar unas copas con los heterónimos.

En la misma mesa en la que su amigo Pessoa había tomado café tantas veces, mientras los poetas Caeiro, de Campos, Reis y Soares discutían a un extremo sobre lírica, Nicanor buscó la oreja de Vita y le susurró algo al oído. Ella dejó caer unas

lágrimas y acarició las arrugas de su hombre.

## Capítulo 49

Lejos quedaban los tiempos en que Nicanor debía ir apretujado en los compartimentos, sin espacio ni intimidad para estirar las piernas o para anotar y dibujar en sus libretas negras. Ahora viajaba en un vagón particular, con cambio automático de ejes y algunas comodidades que hubiesen escandalizado a Vita: litera de doble ancho, *office* coqueto donde un camarero le preparaba café y tentempiés, cubículo para una radio de onda corta y un teléfono inalámbrico —atendido por un empleado de Palop & Broto— que le permitía estar comunicado con el mundo exterior mientras viajaba, además de un par de literas para invitados importantes. Y un pequeño almacén para los modelos de féretro más renombrados. Las compañías ferroviarias se encargaban en las estaciones de hacer los transbordos necesarios del vagón de un convoy a otro, y si surgía una urgencia, en cualquier cambio de vías. Siempre que el viajero viese aquel vagón negro con apariencia de gigantesco ataúd —los amigos de los casinos y los ateneos decían que el ataúd de una ballena azul, y Nicanor, con una sonrisa, decía que de *Moby Dick*— con el nombre de Palop & Broto escrito en sus costados significaba que don Nicanor Broto estaba allí.

Un día aquel vagón paró en la estación de Atocha de Madrid, como tantas veces. Nicanor cogió un taxi que lo llevó a su hotel de las afueras, el Monte Real. Siempre se hospedaba en el mismo hotel, como en todas las ciudades. Allí, donde el Real Madrid estaba concentrado, aprovechó la ocasión para hacer un contrato de Palop & Broto a Santiago Bernabéu. Dos días más tarde llegó la llamada esperada. Poco después un nuevo taxi lo trasladaba al centro de la ciudad, a la calle San Bernardo, sede del Ministerio de Justicia. Ahora el subsecretario era el señor Marcial Rupilanchas, un criptodemocristiano del Opus Dei, es decir, compañero de congregación de Nicanor (el camarada Malagón había hecho una obra maestra con su carné de la Obra). Rupilanchas recibió a Nicanor con los brazos abiertos. La donación piadosa y en cierto modo expiatoria del hotel Mur al obispado de Jaca era objeto de admiración en todas las congregaciones y todas las sacristías.

Reclinados en dos butacas, en tono confidencial, ambos caballeros hablaron un buen rato. Lo que tratasen no debía salir de aquellas cuatro paredes. La Larva seguía siendo objeto de absoluto mutismo en las altas instancias del poder.

Nicanor no había cejado en su empeño por localizar a Ramiro. Él le había metido en la boca del lobo con el maquis, él debía procurar ahora su rescate. Pero así llevaba muchos años. De nada habían servido sus amistades en el Régimen, verdaderamente poderosas y no las de pura fachada de su hermana Berta, inútiles habían sido sus sobornos: todo rastro de aquel preso había desaparecido de la faz de Iberia.

Hacía siete años que se había inaugurado la basílica del Valle de los Caídos, por lo que los presos que la habían construido ya no estaban allí, mucho menos la legendaria Larva. Cuando poco después se trasladaron los restos de José Antonio a su tumba de la basílica —la primera en ser ocupada de las miles previstas—, Nicanor



asistió al acontecimiento como destacado camisa vieja y, además, tuvo un lugar preeminente entre la multitud de jerarcas como donante del ataúd del Fundador. Durante la ceremonia, se sumergió en una profunda angustia, zozobra que quienes estaban a su lado creyeron sentida emoción por el solemne acto nacionalsindicalista. Pero Nicanor solo pensaba en la suerte de Ramiro, que habría tocado esas paredes y esos adornos sacros, que había arrastrado su sufrimiento por aquel suelo pulimentado que un día albergaría el cuerpo de su mayor enemigo.

Después de tanta frustración, Nicanor había llegado a la cita con el subsecretario Rupilanchas esperanzado de dar por fin con la pista de Ramiro. Tendría tan solo cincuenta y dos años, luego confiaba en que todavía estuviese vivo. Sin embargo, Rupilanchas no le pudo confirmar si vivía, o en qué lugar lo mantenía preso el Ministerio de la Gobernación. Solo había logrado averiguar el periplo que había seguido desde su detención en los Pirineos hasta su aparición como La Larva en el Valle de los Caídos. Era más —bajó el tono de su voz hasta convertirla en un rezo de beata—, sabía que existía una persona que acaso conocía el motivo por el cual había sido tratado con tanta impiedad.

Rupilanchas se acercó a un cajón de su escritorio, que abrió con una llave, y de él extrajo la carpetilla azul de un expediente. Regresó a su butaca y se la entregó.

—Don Nicanor, lea aquí ese expediente —le ofreció—. Esos papeles no deben salir de mi despacho.

—Le agradezco este favor, Rupilanchas —dijo Nicanor mientras tentaba la carpetilla algo nervioso—. Sé que con esto se juega mucho.

—Esto es caridad cristiana, hermano —contestó el subsecretario—. Perdóneme mi indiscreción, don Nicanor, pero no he tenido más remedio que leerlo. Supongo que esto lo hace por interés familiar...

—Lo hago por caridad cristiana, hermano.

Rupilanchas cerró los ojos como si orase y se puso un broche en sus labios. Nicanor abrió la carpetilla azul. Eran solo unos cuantos papeles amarillentos, la mayoría escritos a mano, sin membrete y sin sellos oficiales. Era de esperar que allí constasen algunos datos imprecisos.

Se sabía del encausado que su posible apellido era Broto, de acuerdo a las declaraciones agónicas de un viejo republicano llamado Antonio Beltrán, conocido por Esquinazao. Broto era un apellido frecuente en los Pirineos de Huesca, donde se suponía que había nacido. Se desconocía quién había sido su madre, aunque se creía —según el antedicho Esquinazao— que su padre había sido un contrabandista llamado Damián. Contaba con antecedentes como ladronzuelo en las calles de Jaca, en cuya cárcel había pasado una temporada. Al cabo de los años, en dicha localidad tuvo protagonismo como cabecilla de una célula ugetista-comunista, causante de la revuelta del año treinta y cuatro. Se creía que había sido apresado por las tropas nacionales al inicio de la Cruzada, pero después de un tiempo reapareció en Francia, entre los círculos de exiliados rojos. Concluida la guerra europea, ayudado por un

misterioso personaje del que se desconocía su identidad, tal vez un agente soviético, había organizado una partida de maquis en las montañas de Huesca. Sus acciones habían ocasionado muchas muertes entre soldados y guardias civiles, así como ingentes pérdidas materiales. Una vez capturado, se le intentó ejecutar por tres veces, siempre inútilmente. Un eminente prelado —sin identificar— había intercedido por él, de suerte que las autoridades de Prisiones optaron por que el mismo sistema penal lo matase más lentamente.

Otros datos eran novedosos para Nicanor. Ramiro había sido internado sucesivamente en Nanclares de Oca, en la barcelonesa cárcel de Cuatro Caminos (antiguamente conocida con el apelativo antiespañol de Quatre Camins), en un campo de concentración de Tarazona y en una granja para penados locos cercana a Ponferrada. Como comprobaran las autoridades que el mencionado preso pervivía, decidieron trasladarlo al penal de Ocaña, el pudridero del sistema. Allí fue objeto de estudios por el doctor Coma. —¡Ojo!, se dijo Nicanor—. A fin de averiguar si dentro de aquel cuerpo había todavía un espíritu sensible y cognoscitivo, el doctor Coma le sometió a pruebas, a experimentos y a exploraciones. Los resultados se habían remitido a instancias de la máxima altura.

Después vino el escándalo protagonizado por el renegado falangista Dionisio Ridruejo, cuando contempló al preso enroscado sobre sí mismo al fondo de una oscura celda individual. De ella se le trasladó a las obras del Valle de los Caídos. A partir de aquí los documentos solo mencionaban que el penado ahora conocido como La Larva, con las obras de la basílica ya concluidas, fue montado en un camión pintado de caqui con rumbo desconocido.

Nicanor cerró la carpetilla, procurando no traslucir sus emociones. Aquella entrevista no daba más de sí, que había sido poco —tal vez demasiado, según se mirase—, así que se despidió de Marcial Rufilanchas, no sin antes satisfacer su curiosidad, acerca de que, en efecto, Palop & Broto había contratado con la Santa Sede las pompas fúnebres de Pablo VI, con la misma magnificencia que las de Juan XXIII.

Nicanor regresó blanco al hotel Monte Real por lo que acababa de averiguar. Pero enseguida superó el abatimiento. Durante los siguientes meses puso en marcha una gigantesca operación de búsqueda gracias a los enormes recursos financieros de los que disponía. Contrató detectives —venidos de fuera, pues en España era una profesión ilegal— a veces con la supuesta actividad de hispanistas, otras camuflados como turistas. Volvió a sondear los tentáculos más sórdidos del Régimen. Habló con los señores Kurt, Otto y Tom, sujetos fiduciarios de una extensa red germánica metida en los asuntos más turbios. Naturalmente, Berta no tardó en enterarse de todas esas gestiones de su hermano mayor.

—Pero qué cabezón eres, Nicanor —le dijo durante una comida en la casa de Serrano—. Este caso es muy distinto al de mi idiota de Rogelio. Ese imbécil de Ramiro se buscó su propia suerte. ¿Qué se creía, que con cuatro escopetas iba a

vencer al granuja de Franco? ¡Vaya Che Guevara de pacotilla que estaba hecho! No es capaz ni de morirse cuando lo matan. —Soltó unas carcajadas de ácido muriático—. Y a ti más te valdría disfrutar de ese dinero que te estás gastando inútilmente, porque no te creas, Nicanorcito el enterrador, que vas a vivir más que todos tus clientes.

La había estado escuchando al otro extremo de la mesa como en el potro de tortura, y de repente no pudo soportar más tanto silencio como llevaba tragado delante de su hermana. No solo por ese desprecio hacia Ramiro, ni por el desdén ante la huida de Amadeo a Francia, ni por la indiferencia con que llevaba la penosa enfermedad de su hijo Rogelio, ante todo fue por tantos años de humillaciones, de caprichos, de abusos contra todo lo conocido y honesto. Se levantó de la silla.

—¡Calla de una vez esa boca de siete leguas, Berta! —gritó y supo que había dejado pasmada a su hermana—. Nunca te ha importado nadie, solo tu persona. Para colmo, ni siquiera has ido al entierro de los restos de Damián. Te traía sin cuidado que Rogelio estuviese preso, tú solo querías liberarlo porque su estado ofendía tu amor propio, no por sus sufrimientos. Pobre Sonsoles, que se atrevió a parecerse a su dinámica y bella madre y, puesto que no podía haber dos pavos reales en el mismo corral, la expulsaste a picotazos donde más duele, en el corazón. ¿Y qué decir de la pequeña Lourdes? Solo la encumbraste al puesto de la aduana porque querías tener un pelele a su frente, que dijese «Sí, bwana» cuando aparecieses por allí a pavonearte con tus amigotes de la capital. Sí, ya sé que yo he cometido muchos errores, pero mientras viva trataré de enmendarlos. Y el de Ramiro es el principal de ellos, y me importa un pito tu opinión. —Nicanor se limpió la boca con una servilleta, se separó de la mesa sin mirar a su hermana, que permanecía con los hombros hundidos y se dirigió al vestíbulo para recoger su hongo.

Cuando en los meses sucesivos Berta llamaba al vagón fúnebre de Palop & Broto, Nicanor no quiso ponerse al habla. Que se quedase en su calle de Serrano con sus amigas pintarrajeadas, de escopeta y perro, que se fuese con sus tres chiflados alemanes a follar en aquel rijoso as de corazones que adornaba el fondo de la piscina de Puerta de Hierro. Debía olvidarse de Berta, debía sobrevivir a ella por el bien de los Broto.

El habitual genio relajado y condescendiente de Nicanor se había trocado en otro más áspero, más impaciente. El asunto de Ramiro lo apremiaba más que nunca, y absorbía sus energías más valiosas y nobles. A veces, en la soledad de su litera doble, mientras oía el traqueteo cadencioso del tren cubriendo millas, pensaba si Berta no tendría razón. Porque toda su búsqueda pasada de Ramiro había sido estéril. El sentimiento de culpa lo ofuscaba y lo llevaba a cometer errores garrafales, como hablar con los tres alemanes. No obstante, ahora había variado de táctica, pues la investigación no se centraba en hallar directamente a su hombre, sino en encontrar al individuo que le había estudiado en el penal de Ocaña, ese misterioso doctor Coma, de inquietante apelativo. El doctor Coma habría hablado con él, lo habría

diagnosticado, quizá incluso se habría enterado de la ofensa que ese infeliz infligiera un día al jefe del Estado, y hasta podría saber su paradero actual. Con sentido común juzgaba que un médico destinado al estudio de un solo prisionero debía tener acceso a las más altas instancias.

Pero las noticias que le iban llegando no hacían más que desalentar a Nicanor. Sus detectives hispanistas no averiguaban nada del doctor Coma. Y los detectives turistas no habían oído hablar en ningún lugar del doctor Coma. Parecía que el doctor Coma había desaparecido junto con su más célebre paciente.

Un día, el taxi dejó a Nicanor a las puertas del Hôtel D'Isly en el barrio Latino. Venía de ver a su sobrino-nieto Amadeo y a su compañera Celsa Riquelme. Los jóvenes estaban muy bien situados en París. Antes de abandonar su villa —donde permanecieron un mes mientras Nicanor arregló sus papeles con Malagón—, Sonsoles les había procurado colocación. Bastó una llamada telefónica a su antiguo amigo André Malraux, actual ministro de Cultura con De Gaulle, para que encontrasen puestos vacantes en la Universidad de Nanterre como profesores visitantes. Su sueldo no era muy elevado, pero viviendo juntos en el mismo apartamento, les permitía llevar una vida apañada. Y de vez en cuando Nicanor visitaba a la pareja para pasarles un cheque sustancioso.

Cuando el caballero entraba en aquel apartamento, de un extraño olor a hierba quemada, decorado con pósteres del Che, de Lumumba y de Ho, lleno de guitarras rotas y de bragas sucias, se daba cuenta de que su estipendio para Amadeo caía en saco roto. A menudo la casa estaba llena de gorriones, con el pelo rozando las orejas de ellos, con las faldas rozando las nalgas de ellas, que charlaban con los anfitriones sentados sobre esterillas y entre montones de libros, acerca de materialismo dialéctico o de espiritualismo oriental.

Algún despabilado de vez en cuando hasta se metía con la visita.

—Tú, gran burgués —le decía un tipejo de pecho hundido—. Tu mundo se viene abajo.

—Caballero —le contestó Nicanor sentado en un rincón de la habitación, con una taza de un té de efectos demasiado euforizantes para su gusto—, mi mundo siempre ha estado más abajo que el suyo.

Así había dejado aquella mañana Nicanor a Amadeo y a Celsa, embriagados por Marcuse y desvistiéndose para Reich. En el vestíbulo del D'Isly, una recepcionista gallega y simpática llamada Elvira, llamó su atención: *Monsieur* Cordelier le rogaba que lo llamase sin dilación a Bedous. Ya en su *suite*, Nicanor se puso al habla con Arthur, que le dio buenas noticias. Había recibido un informe de uno de los detectives hispanistas en el que se hablaba del doctor Coma. El detective había oído ese nombre en la Universidad de Verano Menéndez Pelayo de Santander, por boca del doctor López Ibor.

Sentados en unas butacas apartadas de la biblioteca, López Ibor le descubrió al supuesto hispanista que «Coma» era un acrónimo, compuesto por las primeras sílabas

Cósimo y de Matassa, una broma de sus colegas que él hizo propia. El doctor Matassa era de origen italiano, especialista en Psiquiatría, y había trabajado con él en el hospital Gómez Ulla. Hacía mucho que ignoraba su paradero.

Con los pulmones henchidos de satisfacción, Nicanor apremió a Cordelier a que el equipo de detectives hiciese hincapié en esa vía, costase lo que costase. La ardua investigación posterior concluyó que el doctor Cósimo Matassa, llamado doctor Coma, había sido facultativo del propio Mussolini en sus últimos días, durante la efímera República de Saló. Huyendo de Italia por posibles crímenes de guerra, se había refugiado en España, donde se integró en el sórdido sistema sanitario del Régimen. En el Gómez Ulla fue encargado de tratar graves demencias en militares, uno de cuyos casos más destacados había sido el de un tal coronel Amundi Ferreira, que se creía un lobo. Desde instancias muy elevadas se habían requerido sus servicios para visitar a un preso muy especial internado en el penal de Ocaña. Por último, la pista le suponía residente en Argentina, recompensado espléndidamente por sus servicios.

No tardó Nicanor en cruzar el Atlántico en avión. A través de la ventanilla, mientras observaba el mar de nubes, calculó que ese viaje apenas cubría el tres por ciento del kilometraje recorrido por él en ferrocarril durante más de treinta años. Ya en Buenos Aires, cogió un tren hacia el límite de la Pampa Húmeda, hacia un pueblo llamado El Triunfo. Cerca de allí, el doctor Coma poseía una estancia tan grande como Luxemburgo. Previamente por teléfono, Nicanor y el doctor Coma ya habían convenido entrevistarse. El primero se presentó como Nick Brotopoulos, un productor cinematográfico de Hollywood, griego de origen, que había oído de la existencia en España de un tal Ramiro Broto, quizá lejano pariente suyo. Era tan asombroso lo que se contaba de él que quizá hiciese una película sobre su historia. Estaban de moda los filmes de nazis y de campos de prisioneros, como esa de *La gran evasión*.

Ya en el apeadero de El Triunfo, un coche —mandado desde su hacienda por el doctor Coma— adentró a Nicanor por un camino encharcado en la inmensidad herbácea y plana de la pampa. Como era verano austral, iba vestido con traje y sombrero blancos, indumentaria que le daba aspecto de aventurero yanqui. Al cabo de una hora, un ombú gigantesco de cuatro troncos indicó que por fin alcanzaban las casas de la hacienda.

Aquello era una propiedad próspera alrededor de una mansión, con cuadras, establos, silos, almacenes, corrales para el ganado. Cósimo Matassa era un anciano de edad similar a la de Nicanor, que vestía pantalones de gaucho y camiseta de la selección argentina de fútbol. Recibió a Nicanor muy amablemente, rodeado por una pléyade de familiares, esposas, empleados y deudos.

Matassa le mostró orgulloso parte de la estancia, especialmente las cuadras y los establos.

—Estoy tratando de cruzar yeguas con camellos, Mister Brotopoulos —le explicó

al borde de una empalizada—. Quizá un día Hollywood se interese por los híbridos, ¿no cree?

Nicanor estuvo en la tentación de dar una respuesta descarnada, pero prefirió que Matassa interpretase su silencio como un estado *epaté*, cosa que hizo sonreír al doctor de regocijo.

Ambos ancianos se sentaron a una mesa dispuesta bajo la sombra tupida del ombú, donde reposaba una pequeña fotografía enmarcada de Perón con Evita. No tardaron unas mucamas de cejas negras y ojos azules en servirles unos mates.

—¿Así que se interesa por mi relación con Ramiro Broto, llamado posteriormente La Larva? —comentó el doctor Coma, como insistió en que lo llamase, sin mucha aprensión de que buscadores de criminales de guerra diesen con él.

Su invitado hablaba un inglés aprendido en sus tratos con los americanos del Cuartel General de Múnich y de la OTAN en Bruselas, sin pudor de que se le notase un acento oriental, acaso ruso o griego.

—¿Sabe que a los productores de mi especie en Hollywood nos llaman *story-hunting*, es decir, cazadores de historias? He pensado que quizá de ese hombre, a lo mejor pariente lejano mío, se podría sacar un argumento aprovechable. Ya sabe: guerrillero que luchó contra Franco, prisionero en sus durísimas cárceles, eventualmente una fuga espectacular, llegada a una tierra de promisión...

—Sí, a lo mejor se encuentra en la Argentina y nosotros lo ignoramos. —El doctor Coma se echó a reír, risa que ahogó con unas chupadas de su mate—. Desengañese, Mister Brotopoulos. Ese hombre era uno de los casos clínicos más extraños que he encontrado en mi larga carrera, sin espíritu siquiera para ir solo a las letrinas. Cuando a mí me pidieron que lo viese en el penal de Ocaña, no fue para una posible cura. Ya se puede imaginar que el Caudillo no se iba a molestar en sanar a sus enemigos. Enseguida vi que aquel hombre allí acurrucado en la profundidad de un calabozo se había hundido definitivamente en la sima de la demencia. No me costó mucho diagnosticar que debía sufrir una singular mezcla de psicosis maniacodepresiva y delirio perulante paranoide.

Lo habían llamado porque querían que le sacase determinada información de su mente oclusa. De nada habían valido las torturas, los periodos de hambre y sed, aquel hombre superviviente de tres ajusticiamientos era inasequible al castigo. El doctor Coma se dispuso a hipnotizarlo, porque incluso el ser más encerrado en sí mismo siempre tiene una abertura de su cerrojo por donde acceder a él. Empleó un juego de luces de unos prismas especiales, ya probado por él sobre determinados espías capturados por el Duce. Pese a mostrar todos los síntomas de encontrarse bajo hipnosis —relajación de músculos, boca reseca, sudoración contenida, insensibilidad cutánea—, La Larva seguía sin responder a sus preguntas. Entonces se le ocurrió observar sus ojos. Sacudido por un escalofrío, comprobó que su circunstancial paciente respondía por medio de imágenes que proyectaba en sus pupilas.

—Posiblemente esa fue la causa de que poco después me retirase de la profesión,

señor Brotopoulos —dijo Cósimo Matassa inquieto en su asiento de mimbre—. De algún modo supuse que había dado con la cuerda principal del alma, aquella que solo tañe Dios, y que el Altísimo no me lo perdonaría. Por ejemplo, cuando le preguntaba al preso dónde se había criado, por medio de una lupa en sus ojos yo veía el claustro de un convento, y una celda, y un refectorio donde comían frailes dominicos. Dominado por mi sensualidad italiana, le pregunté cuál había sido su primer amor, y me mostró la cara de una chica morena y menuda, *bellisima*. Y luego, sorpréndase Mister Brotopoulos, cómo la tomaba en la litera de un vagón lujoso, y más tarde en el fondo de una cueva, ella grávida haciendo el amor, con el yoni sentado en su lingam.

Nicanor lo escuchaba con una expresión leñosa, dolorida, que le hacía pasar por un tronco más del ombú.

—Pero los superiores querían saber dos cosas muy importantes, cosas que ahora, a mi edad y en la lejanía de esta estancia perdida, me atrevo a revelar a usted, un hombre que parece de mundo, que viene de un país donde nada sorprende. La primera cuestión consistía en dónde había escondido «el tesoro de los alemanes», tal y como me habían dicho que le preguntase. En los ojos de ese hombre se dibujó una respuesta que me echó para atrás. Aparecieron imágenes sacras, pinturas del Renacimiento, obras que yo reconocí como ejecutadas por manos italianas de hace quinientos años. No me mostraba ningún lugar, Mister Brotopoulos, sino ilustraciones de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, de la vida contemplativa de anacoretas, hechos de santos, episodios de la mitología pagana. Me pregunté si no sería ese el tesoro. Cuando más tarde me enteré de una extraña leyenda, supe que esas pinturas componían el «tesoro de los alemanes». Pero en aquel momento yo creí que ese hombre me hablaba por medio de evocaciones simbólicas y no de realidades geográficas. Así lo hice constar en mi informe.

La segunda respuesta de La Larva desconcertó aún más al doctor Coma. Él debía averiguar qué sabía de una tal Genoveva Casanova, de dónde había sacado él esa información. Previamente, al doctor le habían dado un facsímil de un escrito hológrafo donde se hablaba de esa sefardí tangerina y de un hijo suyo habido con Francisco Franco, al objeto de que el prisionero lo reconociese y confesase la identidad de quien se lo había entregado. La consiguiente imagen de sus ojos reveló a un anciano de barbas y melenas níveas, de mirada extraviada, acaso alguien ya muerto, o tal vez alguien de naturaleza celestial —el doctor se santiguó en medio del calabozo—. Cuando le preguntó por su nombre, con la reserva de que el preso no sabría expresar conceptos tan abstractos por medio de imágenes, en sus pupilas aparecieron los rizomas de unos lirios silvestres, que en menos de dos segundos brotaron de la tierra y crecieron medio metro. Así fue como lo hizo constar Cósimo Matassa en el informe confidencial.

—Concluido mi trabajo, caballero —prosiguió el doctor Coma—, entregué el informe a quien correspondía, que a su vez me recordó la reserva perpetua que conllevaba. De aquel preso no volví a saber nada más, salvo los ecos del escándalo

que ocasionó el poema de Dionisio Ridruejo. Me pagaron generosamente y me pusieron al frente de una sección nueva del hospital Gómez Ulla. Pero yo ya había tomado la decisión de desaparecer. Sabía cosas que me podían costar la vida en un accidente de tráfico. ¿Me explico, Mister Brotopoulos, o debo llamarle señor Broto?

Aquel relato le había llenado de tal espanto que aquella finta de su anfitrión no alteró en absoluto a Nicanor. Chupó de su mate para humedecer su boca reseca y contestó:

—En efecto, doctor Matassa, llámeme Nicanor Broto. Le felicito por su perspicacia. Resultaba ridículo que a un hombre de su preparación pudiese engañarle con una falsa identidad. Llevará razón un hijo que tengo, cuando dice que ya chocheo, y que hago cosas de chiquillo. —De repente Nicanor aparecía consumido, vestido con un traje de muchas más tallas, torturado por una pasión sofocada—. Estimado doctor, soy un viejo peregrino que ha venido a este rincón del mundo en busca de respuestas, y usted me ha dado algunas. Me duelen, me llenan de desconsuelo, pero se lo agradezco.

El doctor Coma se inclinó sobre la mesa, con una expresión de profunda simpatía hacia su invitado. En cierto modo esa visita le había descargado de un pesar de conciencia.

—Me imagino que ese hombre debe ser para usted alguien muy importante.

—Como habrá supuesto, es pariente mío. En eso no le he mentado.

—Confío en que aún viva.

Ambos ancianos estuvieron una hora más hablando a la sombra del ombú. Las mucamas les sirvieron nuevos mates. Sentado allí, Nicanor luchó contra un nuevo ataque de abatimiento. En medio de aquel desierto verde por donde trotaban los potros y pastaban las vacas tenía la sensación de haber abandonado el mundo, de haber aparecido bajo un ombú, árbol imposible, sin que supiese cómo. Ahora no sabía de dónde había venido, y aunque lo supiera, no estaba seguro de si querría regresar.



## Capítulo 50

**A** Nicanor le parecía ridículo, pero Vita le había obligado a llevarlo, recordándole que en sus tiempos mozos de Jaca había usado bastón. Antaño lo llevó por presumido y ahora lo rechazaba por lo mismo. La diferencia era que ahora lo necesitaba. Ya había tenido Nicanor unos tropiezos, unos fallos de las piernas que le habían producido alguna que otra magulladura. En la escalera que conducía de Fotos Broteira a la buhardilla se había hecho daño en un tobillo, y no pudo levantarse hasta que Vita apareció por allí. Entre ella y un vecino lo subieron al último piso. Y en la escalerilla de acceso al vagón Palop & Broto había perdido pie, yendo a dar con la frente en el borde metálico del último escalón. Sus empleados lo ayudaron a incorporarse, mientras unos hilos de sangre bajaban hasta sus cejas blancas y rebeldes.

—Gracias, muchachos... —les dijo—, esto solo es el anticipo de la muerte.

Vita le regaló el bastón, un bastón de mango curioso, pues se componía de las cabezas de dos dioses egipcios, la de halcón del dios Horus, hijo de Osiris y señor del mundo de los difuntos, y la cabeza de ibis del dios Tot, protector de las artes, de las ciencias y encargado de llevar la lista de los muertos. Con su bastón faraónico y un pequeño parche en la frente, Nicanor paseaba nervioso por el salón de su *suite* en el Hôtel D'Isly. Su decadencia física era un inconveniente, pero a veces la veía como un estado degenerativo que algún día lo liberaría. Su pesar por la suerte de Ramiro era un sentimiento más doloroso, sobre el cual se obligaba a la amnesia para poder subsistir. En ese momento le preocupaban dos asuntos si se quiere anecdóticos, pero a los que él impregnaba de trascendencia para olvidar los importantes.

Había llegado a París con Arthur Cordelier para ser protagonista de un acto solemne. El presidente de la República le iba a imponer la Cruz de la Legión de Honor. Ya tenía un par de ellas de la mano de Domingo Malagón guardadas en Lisboa, pero le picaba la curiosidad de comprobar si el original se correspondía con sus copias. Aguardaba en su hotel parisino la ceremonia, retrasada por un inesperado viaje de De Gaulle a Rumania. Había aprovechado el tiempo para visitar las delegaciones de Palop & Broto por la Isla de Francia a modo de despedida.

La segunda preocupación se derivaba de la primera. No le había gustado nada el ambiente revuelto de las calles de la ciudad: los hijos de papá se habían levantado con hambre y no dejaban de berrear por las aceras reclamando su biberón.

—Y exigen libertad en Francia, señor Cordelier —le había dicho escandalizado a su administrador general antes de que este desapareciera en un paseo arriesgado—, que es como pedir arena en el Sahara.

—Dicen que esta sociedad no les gusta, *Monsieur Broto*.

Nicanor esgrimió su bastón como un viejo general cascarrabias.

—¡Eso es lo que dicen siempre todos los reaccionarios! —Y comenzó a perorar sobre todo lo divino y lo humano—. Ya me lo aseguró hace dos años un psiquiatra

muy afamado: el diez por ciento de los seres humanos nacen con graves trastornos mentales, siempre es así, no varía, y ese porcentaje de desequilibrados se vale del fanatismo que les imprime su locura para hacerse con los puestos dirigentes de la sociedad. *Monsieur* Cordelier, todos los locos quieren hacerse con el poder, o, lo que es peor, valerse de los demás para la consecución de sus delirios. Tontos o listos, instruidos o ignorantes, todos caen en sus redes fanáticas. Esos estudiantes que lloran ahí fuera son los peores. Durante uno de mis viajes hice un cálculo, Cordelier, y llegué a la conclusión de que el noventa y cinco por ciento de los hombres son reaccionarios, porque está en la naturaleza de los pusilánimes hacerse conservadores, siendo rehenes de la disolución de la entropía, porcentaje que sube al noventa y nueve por ciento en el caso de los intelectuales, de los escritores en especial. ¡Ah...! ¿Qué, si no, es *Moby Dick*? El canto de un funcionario de aduanas como Melville por la imposibilidad del conocimiento más allá de la aduana de la consciencia. Pero todo se puede conocer, Cordelier, todo se puede conocer...

Ese discurso disparatado se vio interrumpido por un alboroto en la calle. Ambos hombres acudieron a una ventana para mirar. Una riada de estudiantes pasaba por delante del hotel, repartiendo cervezas —que lanzaban como aleros de baloncesto— a los vecinos que se asomaban por los balcones.

Puesto que parecía que los revoltosos se concentraban en el barrio Latino en torno a La Soborna, Arthur Cordelier había salido del hotel rumbo a la delegación que la compañía tenía en el cercano bulevar de Saint-Michel, la más antigua de Francia. Ya que había huelga en la compañía telefónica, debía ordenar a los empleados en persona que por precaución cerrasen las oficinas y echasen bien los candados.

Al cabo de media hora, la preocupación por su tardanza dio paso a la sorpresa en Nicanor cuando lo vio aparecer jadeante, con su oscuro traje hecho jirones y, lo que era mucho peor, con el pañuelo de su chaqueta arrugado en el bolsillo.

—¡Qué desastre, don Nicanor! —gimió Arthur al tiempo que traspasaba la puerta de la *suite*—. Están asaltando la delegación, dicen que es un antro de costumbres burguesas... Y... y yo he tratado de oponerme pero... pero míreme...

Nicanor clamó indignado al cielo. ¿Cómo se atrevían a atacar a un tullido? Buscó su sombrero hongo y se dispuso a ir al encuentro de esa turba.

—¡No lo haga, don Nicanor! —le pidió Arthur tratando de retenerlo—. Es peligroso. No respetan nada. Se lo ruego...

Pero Nicanor con su bastón, seguido de un atribulado Cordelier, cogió el ascensor, cruzó el vestíbulo del D'Isly con trabajosas y esforzadas zancadas, bajó los tres escalones de su puerta y salió a la calle. No tardaron en mezclarse con el gentío juvenil.

Tras diez minutos de avance dificultoso, Nicanor, con Arthur detrás, divisó la entrada de la delegación de Palop & Broto hacia la mitad del bulevar Saint-Michel. Una muchedumbre se había congregado a su alrededor con banderas rojas y puños en alto. Por el portón de la funeraria los estudiantes estaban sacando ataúdes igual que si

arramblasen con chorizos de una charcutería, féretros que iban apilando en las bocacalles o en el mismo bulevar para levantar barricadas. Ante ese ultraje, Nicanor intentó abrirse paso entre aquellos muchachos que hacían novillos.

—¡Dejad esa propiedad privada! —gritó—. ¡Ladrones! ¡Fascistas...!

Sus gritos los recogieron los estudiantes en un coro de eslóganes:

—¡Abajo vuestra propiedad, ladrones y fascistas sin piedad! —repetían—. ¡Abajo vuestra propiedad, ladrones y fascistas sin piedad!

Nicanor alzó su bastón y braceó en señal de queja contra el muro de estudiantes. Algunos volvieron el torso y, viendo a aquel anciano burgués que los agredía, lo apartaron a empellones y entre risotadas, sacaron a su vez garrotes y piedras, aun los palos de sus banderas, agitando todo ello sobre sus cabezas en una ola de explosiva rebeldía.

De repente, cuando un ataúd colosal asomó por el portón, se hizo un silencio súbito. Los saqueadores de Palop & Broto habían hallado en el fondo de su almacén el sarcófago momiforme que un día Nicanor había construido para Stalin. Lo sacaban sobre una pequeña plataforma rodante, usada por la funeraria para los entierros de mucha pompa y circunstancia. Cuando lo alzaron más de veinte tipos en mitad de la calle, esa efigie de seis metros de alto, en uniforme severo, con bigote y sonriente, saludando con una mano a la altura del hombro, levantó un clamor de admiración.

De nuevo estallaron los eslóganes cuando por detrás Nicanor farfulló «mi imaginación arrastrada por la chusma...». Los estudiantes interpretaron sus palabras en contra de la entropía y gritaron: «¡La imaginación al poder! ¡La imaginación al poder...!». Sin embargo, no todos los jóvenes estaban de acuerdo con aquella inesperada e imponente presencia. Allí se encontraban miembros del Comité de Enlace de Estudiantes Revolucionarios, de la Unión de Juventudes Marxistas-Leninistas, del Movimiento 22 de Marzo, de los Comités Vietnam, de la Unión de Profesores Visitantes Proletarios de Nanterre, de la Voz Obrera, del Comité de Acción de los Liceos, etcétera, cuyos dirigentes disputaron entre sí sobre el Stalin aparecido. Algunos opinaron que tal vez se habían equivocado al asaltar tan a la ligera Palop & Broto, otros quisieron utilizar la efigie para atravesarla como barricada en una bocacalle, y otros pretendieron llevar al camarada Secretario General a modo de ariete proletario contra las fuerzas del Gobierno que acechaban por los alrededores.

Esta discusión asamblearia terminó abruptamente cuando las Compañías Republicanas de Seguridad (CRS) con sus escudos y sus porras iniciaron un asalto inesperado a las barricadas de ataúdes. El bulevar Saint-Michel se agitó a todo lo largo, los estudiantes comenzaron a defenderse a pedradas y a arremeter con sus palos. El enfrentamiento se extendió por todas las calles alrededor de La Sorbona. Las carreras y los lanzamientos de botes de humo se sucedieron. Una de las estampidas arrolló a Nicanor, que fue a rodar por una acera en medio de piernas que corrían, entre humos de gases lacrimógenos. Arthur acudió en su auxilio.

—Don Nicanor... *Monsieur*... ¿Está bien? —le preguntó con el bastón rescatado,

al tiempo que le alzaba el torso y lloraba, no precisamente por el gas.

—Mi obra quemada, Cordelier, arrastrada por los suelos... Todo está perdido...

—Déjelo, don Nicanor... —lo animó Arthur mientras lo ayudaba a incorporarse —. Esto solo es un insignificante contratiempo en Palop & Broto...

Cuando enfilaban la calle de vuelta al Hôtel D'Isly, algo maravilloso sucedió a sus espaldas aunque ellos no lo pudieron ver.

Una de las pompas de deseos desprendidas hacía casi diez años del Genio, suspensas desde entonces en la estratosfera, descendió sobre el barrio Latino, sorteó los torbellinos de humo lacrimógeno y fue a caer a la cabeza del sarcófago momiforme de Stalin. Evidentemente le concedió el deseo que representaba su nombre, es decir, ser más acero. Como Nicanor había ideado un sarcófago articulado con ingeniosos mecanismos, de forma que, cuando en su momento hubiese desfilado en su plataforma alrededor del Kremlin camino de su nicho en las murallas rojas, movería los brazos en señal de saludo a la muchedumbre moscovita devota y ejecutaría unos pasos, entonces la efigie adquirió movimiento. La masa de estudiantes que se defendía a su alrededor, cobijada a su sombra de la arremetida de las compañías republicanas, trocó su inicial estupor en un arrebato de entusiasmo. El gigantesco muñeco articulado comenzó a avanzar desde el bulevar Saint-Michel hacia el perpendicular bulevar de Saint-Germain. Evidentemente hacia donde más acero había en cien kilómetros a la redonda, hacia aquella estructura metálica en forma de torre que se adivinaba en el horizonte al noroeste. Envalentonados, los estudiantes lo siguieron. Los guardias poco podían hacer con sus botes de humo contra aquel gigante, al cual Nicanor había dotado de una capa interior de acero que serviría para guardar mejor el cadáver. Cuanto más disparaban hacia él, más se alimentaba Stalin de la fuerza cinética del metal que impactaba en su superficie.

La columna de banderas rojas avanzaba imparable a todo lo ancho del bulevar Saint-Germain. A la cabeza iba el sarcófago ambulante del Secretario General, y por detrás los estudiantes de aquel mayo parisino. El ninot construido por los valencianos de Palop & Broto apartaba las barricadas a brazadas, los coches quemados a puñetazos, derribaba a guantazos a los guardias republicanos a quienes luego los muchachos se encargaban de rematar sobre los adoquines y en las aceras con sus garrotes. Al cabo de un rato, Stalin dobló hacia la derecha y enfiló la Rue Bonaparte, vía mucho más estrecha, pero donde tampoco la Policía pudo detenerlo. Llegó al Quai Malaquais y giró a su izquierda, con el río Sena en su otro costado y con una nutrida compañía de fuerzas antidisturbios enfrente, esperándolo con los ojos inyectados de sangre.

Allí los fotógrafos y los cámaras tomaron todas las imágenes que quisieron de un sarcófago momiforme a la usanza egipcia, en cuyo derredor se desarrolló una batalla campal de incierto resultado. El uniformado bigotudo de seis metros continuaba en su afán de ir hacia la torre Eiffel con tal que se cumpliera ese deseo insuflado. Sin perder su sonrisa, pisaba cuerpos de uniforme azul, arrollaba caballos policiales,

volcaba autobuses. Al mismo tiempo, sus partidarios, con un bosque de banderas rojas flameantes y en cuña a modo de picas, chocaban contra los últimos restos de las CRS. La Policía de elite escapaba despavorida. A través de la humareda sonaban *La Internacional* y los tonos de Georges Brassens. Parecía que aquella revolución espontánea triunfaba.

Expedito el camino del París monumental, cuando Stalin parecía alcanzar el Quai Voltaire con la intención de cruzar el río por el Pont du Carrousel, un Renault que bajaba veloz por la Rue de Saints-Pères, cuyo dueño huía de la furia estudiantil, fue a chocar contra él. El golpe lo elevó por los aires, lo hizo rodar y, como consecuencia, se precipitó por el muelle al Sena. El sarcófago estaba hueco y podía flotar, pero el impacto había separado sus dos partes, de forma que el agua entró a borbotones en el espacio que nunca ocuparía el cuerpo de Stalin. Trató de nadar, algunos muchachos se arrojaron al río para socorrerlo —imprudencia que a más de uno le pudo costar cara—, pero enseguida se hundió ante el estupor de miles de estudiantes atónitos en el muelle.

*Le Figaro* dijo que el autómatas había salido de los laboratorios de ingeniería de la universidad; un autómatas que era un golem comunista construido clandestinamente entre profesores y alumnos para sembrar el terror en París. *Le Monde* habló de símbolo, de fuerza proletaria que se había malogrado por el choque frontal con un vulgar producto de la sociedad capitalista. En cambio, *L'Express* publicó en primera plana una caricatura que pervertía lo ocurrido: un gigantesco Stalin puño en alto y rodeado de potentados con chistera, de curas con sotana y de militares espadones, todos patas arriba y derrotados por su fuerza. Años más tarde, intrigada todavía la *gauche divine* por ese fenómeno, *Libération* inició una campaña para su rescate del fondo de las aguas. Pero la draga no encontró nada en el lógamo del río.

Después de ese suceso el movimiento estudiantil dio signos de perder fuerza. Las huelgas por toda Francia comenzaron a remitir; hasta los taxis pudieron moverse libremente por París.

Nicanor iba leyendo todos los periódicos en el taxi que dos días más tarde lo sacaba de la ciudad. A su lado iba Arthur Cordelier, aún sembrado de magulladuras y contusiones, igual que su jefe. Nicanor había acabado por aceptar con resignación el saqueo de la delegación de Palop & Broto en el barrio Latino y, en cierto modo, había dado por bueno aquel final para su creación más original de sarcófago momiforme. A veces los pueblos —le había dicho a su colaborador—, aun las empresas y los hombres, necesitan catarsis que les hagan ver las miserias de su realidad.

Transcurridos otros kilómetros más hacia Colombey, Nicanor le señaló a Arthur una de las fotos de *Le Matin*. Mostraba la cabeza de una manifestación de estudiantes con una pancarta en la que se leía «Enseñanza gratuita», de la que destacaban en primer plano sus principales dirigentes, Alain Geismar, Jacques Sauvageot y Daniel Cohn-Bendit. Detrás de ellos iba un hombre de unos treinta y seis años, calvo y con gafas: Amadeo Broto, profesor visitante de Nanterre. A Nicanor le recordó aquella

otra fotografía que se tomara su abuela Berta en la Puerta del Sol de Madrid cuando la proclamación de la Segunda República.

—Fíjese, Arthur, mi sobrino-nieto un día heredará buena parte de Palop & Broto, lo que le convertirá en el revolucionario más rico de Europa.

El jorobado acompañó la risa cansina de su jefe y sentenció:

—¡Ah! No hay quien entienda la condición humana, don Nicanor...

Llegaron a Colombey, donde el general De Gaulle tenía su residencia veraniega y a donde había ido a hacerse cargo del país después de un extemporáneo regreso de Rumania. Pese a la grave situación nacional, el presidente había pedido a Nicanor que acudiese para recibir de su mano la Cruz de la Legión de Honor.

El ambiente era tenso, pero recibieron a Nicanor Broto con el protocolo que el acto requería. Los dos viejos amigos se saludaron rodeados por ministros y generales, entre los que destacaba André Malraux, autor de *La condición humana* y gran farsante. Se notaba en sus rostros la tensión de los días, especialmente las lesiones faciales de Nicanor, muestra evidente de su resistencia a los revoltosos y detalle que no dejaron de alabar los presentes.

Después del emotivo y breve acto, el general y Nicanor se retiraron solos a una salita. Sentados en sendos sillones hablaron de su antigua amistad, de lo mucho que había hecho Palop & Broto por la industria nacional, y de los graves sucesos que convulsionaban Francia.

—Señor presidente —le dijo Nicanor al cabo de un rato—, a veces las guerras tienen que terminarlas otros generales.

Era una frase de un libro que le había dado a leer Vita, sobre las bajezas del poder.

—¿Usted cree, *Monsieur* Broteau? —replicó un demacrado De Gaulle—. Ya veremos si el pueblo francés me da la espalda.

Se la dio, y al cabo de un año había perdido el poder, y poco después la vida. Por supuesto, fue enterrado en una ataúd de Palop & Broto.

Por entonces ya Nicanor se había retirado al frente de la compañía. Pasaba sus días en la buhardilla de Lisboa, leyendo, anotando y pensando. Pensaba con amargura que había sido como el general De Gaulle, que en su última batalla, el rescate de Ramiro, había fracasado.

## Capítulo 51

**E**l hospital Miguel Servet de Zaragoza es conocido como La Casa Grande. En una de sus alas estuvo hospitalizado Rogelio una buena temporada. Lo sometieron a una operación de esófago y tráquea, pero no hubo manera de extirpar completamente el cáncer cuya metástasis había alcanzado su cerebro. El revientafronteras que había estado ingiriendo durante más de treinta años se estaba cobrando su tributo.

Lourdes procuraba visitarlo siempre que podía, nunca más de tres días seguidos, pues cuando faltaba de Canfranc durante tanto tiempo se sentía inquieta. No hacía más que pensar en Silvestre, en su edad tan avanzada, en los cuidados que requería de su parte. El viejo general se mantenía tan sano como siempre, aunque algo más torpe de movimientos y un poco más espeso de ideas. Pese a que sabía que no necesitaba comer y que el frío no lo afectaba, Lourdes le dejaba todo lo necesario para pasar esos días sin ella. Sentía la necesidad imperiosa de cuidarlo, y cuando un día dejaba de hacerlo tenía la sensación de no vivir la jornada. Sería que después de tantos años ese ritual de subir a la cueva y atender a su amigo secreto se había grabado en su médula.

Quien cuidó de Rogelio en La Casa Grande fue Rufina, todavía su esposa legal aun en hábitos de benedictina. Parecía que, ya con la vejez en puertas, con ese gesto de caridad tratase de reparar sus faltas de juventud, su indiferencia por los asuntos de la familia. El obispo Atanasio Mur, de la familia, le dio dispensa para abandonar el claustro todo el tiempo que requiriese cuidar a su esposo. Sor Rufina del Perdón de Dios se instaló en las dependencias de las monjas enfermeras del hospital, de aparatosos griñones blancos, y cumplió con creces su voto de servicio, no solo con Rogelio sino con los demás pacientes.

Fue Rufina quien tomó la decisión de practicarle una segunda operación a Rogelio. Había oído de un especialista en Madrid que había estudiado en el extranjero, y del que se decía que podía hacer milagros. Consiguió que tío Nicanor le dejase el vagón fúnebre de Palop & Broto para trasladar al enfermo desde Zaragoza a la capital, lo que no parecía un buen augurio.

Aquel afamado cirujano operó a Rogelio de nuevo en el hospital de San Carlos, enfrente de la estación de Atocha. Pero observó que la metástasis ya le subía casi hasta la boca y advirtió a sor Rufina que más valdría dejarlo en manos del Señor, procurando aplacar los dolores de sus últimos días con la morfina que precisase. Cuando el fatal desenlace se acercaba, Rufina llamó a los familiares. Solo acudió Lourdes, acompañada de Arthur Cordelier. Su suegra Berta, que vivía allí, no dio signos de vida. Nicanor llamó excusándose desde su misteriosa residencia de Lisboa; no estaba para muchos trotes. En cuanto a su hijo Amadeo, había pasado a la clandestinidad en Francia, se decía en Bedous que como ideólogo de Acción Directa.

Ya que los Broto se lo podían permitir, Rogelio se encontraba en una habitación

individual del San Carlos. Rufina y Lourdes, sentadas con las manos cogidas, esperaban resignadas a un lado de la cama, mientras Arthur, de un inquietante negro riguroso, mantenía su contrahecha figura cerca de la puerta. En un momento dado, Rogelio dio signos de salir de su sopor narcótico, y luego sacó la lengua cuarteada, al tiempo que pareció que se ahogaba o que quería hablar. Rufina acudió a su cabecera.

—Dime, hermano Rogelio, ¿necesitas algo? —preguntó la seudobenedictina.

Rogelio meneó la cabeza, renegando más que negando, soltó una mirada asesina a la esposa en hábitos que lo cuidaba y llevó sus ojos vidriosos hacia Lourdes.

—Prima Lourdes... —farfulló con enorme dificultad—. Ven... ven...

Ella se colocó al otro lado de la cabecera. Con un movimiento de párpados, Rogelio le pidió que se agachara. Ella pegó su cara redonda de suaves arrugas a la altura de la boca de su primo.

—Prométeme una cosa, Lourdes...

—Sí, Rogelio. Dime...

—Prométeme que le dirás... a Berta que... le agradezco que no haya venido... — El agonizante soltó una risa débil y entrecortada, y escupió bilis negra. Cuando vio que Lourdes se alejaba, agarró con una mano ganchuda el borde de su rebeca.

Ella pensó que la broma del moribundo tal vez continuaba, y de nuevo lo atendió. Lo que ahora le dijo Rogelio entre susurros no lo oyeron ni Rufina ni Arthur.

La noche anterior se le había aparecido La Larva, Ramiro, el padre de sus tres hijos idiotas. La Larva se había arrastrado por el cuarto con su piel gomosa y lampiña, sin brazos ni piernas había subido a su cama, se había introducido por debajo de la manta y había reptado a lo largo de su cuerpo hasta alcanzar con su trompa roedora y babosa su boca. Le había encargado que le dijese a su chica, su prima Lourdes, que debía regresar a la cueva del loco, a la cueva donde se guardaba el tesoro de los alemanes, que lo había escondido allí para ella, y que ella era la única que podía verlo. Porque hacía años que Berta le había dicho a él, su primo Rogelio, que su prima Lourdes sabía de qué cueva se trataba, aunque no le había hecho caso. Ella lo sabía, ella lo sabía... Dicho eso, La Larva se había bajado de la cama y se había vuelto a esconder debajo, en espera de que muriese para alimentarse de su cuerpo.

—Haz caso de La Larva, Lourdes... —terminó Rogelio antes de expirar—. Mírala..., mírala cómo asoma su hocico pringoso... Ya viene hacia mí...

Se trasladó el cuerpo de Rogelio al cementerio de Canfranc, al panteón que Nicanor había hecho construir para los Broto. Allí reposaban ya los restos inexistentes de Digna en su cenotafio, los momificados de Damián y los sentados de Jovita. Asistió al sepelio mucha gente, cazadores de Jaca, los empleados del colmado, soldados y suboficiales de la Ciudadela, incluso la Asociación Nacional de Alféreces Provisionales mandó una nutrida delegación. Meses después, se recibió en el caserón



del colmado una carta del Ministerio del Ejército, solicitando a los deudos de Rogelio Broto que, como soldado de la Cruzada y poseedor de la Cruz Laureada de San Fernando, consintiesen en trasladarlo a la Cruz de los Caídos, donde reposaban ya setenta mil almas junto al alma Fundadora y en espera del alma Victoriosa. No hubo respuesta.

Mientras sor Rufina del Perdón de Dios velaba el cadáver de su esposo, arrodillada y con las manos juntas en la boca que rezaba, con el retrato de Robespierre como Aguilera bajo su hábito y al calor de sus senos a modo de cilicio, en aquel desapacible día de primavera Lourdes y Arthur salieron por unas horas del tanatorio del hospital. Fueron a la calle de Serrano, a hablar con tía Berta. Su intención era comunicarle el fallecimiento de su hijo Rogelio y, si era necesario, rogarle para que acudiese a ver su cuerpo y asistiese a sus exequias. Pero el portero les dijo que doña Berta ya no vivía allí, que hacía años se había mudado a un chalé de Puerta de Hierro, no sabía su dirección exacta, aunque había oído que vivía con tres extranjeros.

—No obstante, señores —les confió el portero—, sé dónde para casi todas las noches.

El tugurio se llamaba La Castiza y se encontraba en la céntrica calle de la Salud. Era una sala de baile sita en un sótano, adonde acudía gente de cierta edad. Como si fuesen una pareja más, Lourdes y Arthur pagaron sus entradas y bajaron por una escalera de paredes rojas hasta un gran espacio, estridente de notas de Los Cinco Latinos. Había mucho movimiento en su pista, gente que se resistía así a la vejez, a menudo mujeres que bailaban unas con otras. En el centro localizaron a tres sujetos altos, emaciados, vestidos como cónsules caribeños, con las cabelleras teñidas de tinta china. Bailaban, ora uno ora otro, con una mujer no menos alta que ellos. Lourdes se acercó a Berta, que se volvió hacia ella sin haberla visto, como si la hubiese estado esperando, o la hubiese olido. El corazón le dio un vuelco. Berta era una mujerona de culo grande, de pechos desmesurados que le caían hasta el ombligo, pintarrajeada como un payaso de cara arrugada. Esgrimiendo una sonrisa defectuosa, mellada, habló con una voz rota de cazallera:

—¡Vaya, vaya...! ¿A quién tenemos aquí, muchachos? Al ratoncito del monte.

Los tres chiflados se rieron, también ellos con labios y ojos retocados.

—Tía... Yo... yo he venido a decirte...

—No hace falta que lo digas, Lourdecitas. El imbécil de Rogelio por fin se ha ido al infierno, como se fue el idiota de Cornelio. Como se fueron al carajo la puta de Sonsoles, la simple de Digna y el bobo de Amadeo. —Berta besó en los labios a uno de los chiflados, para tomar resuello venenoso—. Todos, todos se han ido al cuerno quemado. Me habéis dejado sola, soportando con mis espaldas el jodido mundo. Y ahora vienes tú aquí, a cantarme delante de mis amigos la palinodia sobre las obligaciones con la familia, y que si hay una monja desconsolada y mal follada que está rezando por mi hijo. Vete con Dios, niña...

—Tía, no tienes vergüenza. Nunca la has tenido —se atrevió a replicar Lourdes, ante la sorpresa burlona de los tres chiflados, Kurt, Otto y Tom, y la inquietud de Arthur—. No derramas ni una lágrima por tu hijo muerto, como por nadie has llorado. Ya sé por qué nunca te han gustado los llantos, porque te recordaban que los demás también tienen sentimientos, y que aunque sea por caridad, tenemos una responsabilidad hacia ellos.

Los tres chiflados seguían con sus burlas, llorando simuladamente, poniendo pucheros, como si estuviesen en un cabaré del Berlín de entreguerras. Berta abrazó a dos de ellos, haciendo como que los consolaba, mientras el tercero la agarraba por detrás de una manera indecorosa.

—A mí me vas a reprochar nada... —le dijo la tía y meneó el trasero con exagerado gusto—. Cuando durante tantos años he tenido que cuidar a gente que no tenía por qué. No te hagas la jodida ingenua conmigo. O qué te crees, ¿que porque desde que te caíste por aquella puta escalera del colmado y tengas trastornos mentales los demás nos olvidamos de lo que hemos hecho?

En ese instante Lourdes creyó ver una lengua de doble pico de serpiente que bailaba entre los labios de su tía, y se llevó las manos a la cara, a la vez que un sofoco en sus pulmones ahogaba un grito que apenas pudo salir a través de sus dientes enclavijados. Arthur la agarró y procuró alejarla del centro de la pista.

—Vámonos, Lourdes. Vámonos de este antro.

Berta rio soezmente por detrás de ellos, y acto seguido se llevó una afectada mano al canal de la Mancha de sus pechos.

—¡Huy, chicos, ha dicho *antro!* ¡Qué fino es el franchute! —Se carcajeó—. Sí, ratita, vete con Arturito Corcovado. Vete... Seguro que él te puede hacer un hijo normal. No como La Larva...

Las risas de Berta y los tres chiflados se mezclaron con los primeros acordes de una melodía de Luis Aguilé que sonaba por los altavoces. Los cuatro se pusieron a bailar de una forma grotesca. Por fin Arthur pudo sacar a Lourdes de La Castiza, al fresco de una noche lluviosa.

Después de aquella escena, durante el regreso a Jaca y durante las exequias de Rogelio, Lourdes no dio signos de salir de la sofocación que la asaltó en la sala de baile. De nada valieron las palabras de consuelo de Arthur. Ella se dejaba conducir de un lugar a otro en un estado de abandono y ausencia.

Lourdes no estaba presente en el metabolismo de su cuerpo, sino en el fondo de una sima de claroscurios donde rumiaba una y otra vez las reminiscencias que habían suscitado las palabras de Berta en su cabeza. De nuevo era la Pitonisa que no sabía sus propias preguntas. En algún lugar del pasado, a partir de aquella caída por la escalera, debía encontrarse la parte de su vida que nunca había logrado retener, ese mundo de las verdades reveladas y simultáneamente embrolladas, de los sueños cumplidos al tiempo que olvidados. Tenía la sensación de que Berta, en su vida común desde la orfandad, la había hecho cómplice de algo, de un crimen encadenado

a la aduana, de unos actos que habían estado siempre delante de sus narices, de su pequeño hocico de ratón, y que ella, con su consciencia apagada, a modo de difumino, los desvanecía, los velaba con la cotidianidad, porque su visión cruda y nítida era demasiado terrible. Y todo le indicaba que la pregunta que debía hacerse, las respuestas que al sonar debían despejar el vaho de sus ojos, se encontraban en la cueva de sus pesadillas. Allá en la gruta del monte cuya oscuridad siempre la había inquietado.

Lourdes no quiso que Arthur la acompañase una vez concluido el entierro, dejando que entre él, Rufina y Anita atendiesen en casa a los amigos que habían asistido al sepelio. Se puso su capote rojo de siempre, llenó su cesta como de costumbre, salió a la calle, cruzó Canfranc y siguió las vías frías de una línea ya casi muerta. Luego se adentró en el monte.

La subida a la cueva le pareció más tortuosa que nunca, y llegó a su umbral con la respiración entrecortada. Pensó que cincuenta y cuatro años no pasaban en vano. Se sentó en una piedra de la boca a descansar. No veía a Silvestre, pero pese a los cuatro días de ausencia de Canfranc, no se inquietó por él. Sabía que, más o menos, ya habría llegado el tiempo de su tercer deseo, también de su muerte, y que estaría allí donde ambos habrían de cumplirse.

Se fijó en los restos de su libro mayor de memorias, medio ocultos entre la tierra y un matojo. Con la cabeza todavía mareada y dolorida, se agachó a por él. Casi todas sus hojas estaban quemadas, tan solo algunos recortes renegridos dejaban ver unas líneas escritas:

*Ese soldado de pacotilla de Ramiro no pudo encontrar peor escondite para su tesoro. Así que, después de la caída de ese infeliz, me llevó más de tres años, viaje a viaje por la maleza y las peñas, esconder esa multitud de obras de arte en un lugar más seguro. Ahí quedarán, hasta que la señorita Broto sepa sacarles el mejor...*

Silvestre confiaba en que ella daría con las pinturas y esculturas que él había cambiado de lugar pacientemente para entretener su soledad. El pobre Ramiro se había callado su paradero en las peores circunstancias, mientras el primo Rogelio lo buscaba frenéticamente. Tal vez había hallado algo, o al menos sospechado dónde se encontraban, aunque de algún modo no había podido apoderarse de ellas. Fuese cual fuese la explicación de ese misterio, a ella le correspondía encontrarlas. Y sabía dónde hacerlo, porque Rogelio, Ramiro y Silvestre se lo habían dicho de una forma u otra. Sacó de su cesta una linterna de carburo de la estación, la encendió y, con cierta prevención, se encaminó al interior de la gruta.

Nunca le agradó aventurarse en la cueva de Silvestre hasta su fondo para

limpiarlo, mucho menos luego, cuando en el transcurso de los años se acostaría con Ramiro en la profundidad. Hasta llegó a tener la sensación de que a sus espaldas la gruta crecía hacia el interior, que el lecho de tinieblas y pieles que gozaba con Ramiro hacía tiempo que se había quedado a medio camino de su fondo. Ahora, en esa exploración, le parecía haber sobrepasado con creces ese lugar donde se concibieron sus tres hijos tontos, un lugar maldito, de fatuo placer. Siguió su avance, deduciendo al cabo de un rato que ya debería haber dado con las pinturas apiladas allí por Silvestre. Sin embargo, la luz blanquecina del carburo solo le iba descubriendo roca viva. Hasta que delante de ella se iluminó un amplio redondel. Había alcanzado el final del agujero.

Se iba a dar la vuelta cuando sintió que una corriente de aire la rozaba, que agitaba algo su cabello, y que seguía más hacia delante de la pared, como si esta fuese porosa o tuviese grietas imperceptibles a simple vista. Trató de comprobarlo con la mano libre. Pero en cuanto tocó la roca, esta retrocedió, igual que sucede con los pólipos marinos, que el solo empuje del agua los retrae ante los dedos del submarinista curioso. Los ojos de Lourdes se pusieron aún más tensos, sus manos redoblaron su temblor. Pero sus piernas dieron un paso, y luego otro, y otro más, mientras la roca retrocedía y se ahuecaba a su alrededor hasta formar un túnel natural. Por fin esa sorprendente abertura desembocó en una oscuridad más densa, más fría, más amplia. Lourdes alzó la linterna y descubrió una sala cavernosa que se adivinaba enorme más allá de donde alcanzaban las claridades de la luz. No había ni estalagmitas ni estalactitas, pero evidentemente se trataba de un claustro formado por el remanso de un desaparecido río subterráneo, que había dejado una pequeña laguna de agua albina en su centro. Lourdes la fue rodeando, mientras escrutaba cada rincón, cada hueco que parecía conducir a nuevas salas.

Al otro lado de la laguna, sobre una sucesión de pequeñas mesetas de piedra, había una extraña masa de estratos superpuestos. Se acercó, y la luz descubrió pilas y más pilas de cuadros amontonados según su tamaño, mientras que por detrás de ellos, pegados a la roca, se extendía una sucesión de bustos y cuerpos esculpidos que parecían adquirir vida con el movimiento de la linterna. Ahí estaba el tesoro de los alemanes, la burla de Goering, lo que perdieron los tres chiflados, lo que Ramiro había escondido ávidamente y que tal vez le había costado su perdición, lo que había trastornado a Rogelio, y lo que Silvestre había guardado para ella. Los restos de hachones con los que se había alumbrado tirados por el suelo húmedo así lo atestiguaban.

Como si estuviera en los muelles de la estación y ejerciera su cargo de inspectora de Aduanas, Lourdes se puso a inspeccionar aquel alijo. Calculó que debía de haber cientos de esculturas, no muy grandes, miles de cuadros —lienzos y tablas— tampoco de amplias dimensiones, y docenas de cartapacios que guardaban dibujos y grabados. Sonrió al descubrir que los alemanes —fieles a sí mismos hasta en el saqueo— habían ordenado las obras de forma metódica. Las pinturas no tenían

marco, pero pegados en su dorso había unas prolijas etiquetas. Lourdes vio que estaban escritas en cuatro idiomas. En alemán, la lengua de la ciencia y la del expoliador; en inglés, la lengua del comercio; en francés, la del arte; y en italiano, la del origen de la mayoría de las piezas. En las etiquetas se hacía constar título, autor, probable fecha de ejecución, dimensiones y una breve reseña de su procedencia. Ignoraba Lourdes que tanto rigor solo era una burla, pues estaba destinado a hacer pasar por verdadero lo falso.

Al final de la larga fila de montones, allá donde la laguna terminaba, la linterna de Lourdes iluminó algo que forzosamente debía suscitar su atención: una hilera de obras colocadas igual que si estuviesen expuestas, sin duda que por capricho de Silvestre. Se puso a contemplarlas con un difuso mareo y una sutil turbiedad de vista, que poco a poco se harían más intensos conforme fuese avanzando en su observación.

Se fijó en la primera obra, una tabla, y en su etiqueta. La leyenda francesa decía que se titulaba *La adoración de los Reyes Magos*, cuyo autor era Fra Filippo Lippi. Se trataba de una convencional adoración de un Renacimiento temprano, con los tres Reyes y su cortejo llegando a la cueva de Belén, donde se encontraban la Virgen María y san José, y el Niño Jesús a sus pies, y por detrás de ellos un buey y un pollino, y un ángel con ropajes del Cuatrocento anunciando la buena nueva a un lado. Ahora bien, al agudo sentido de la observación de Lourdes —adiestrado durante décadas en las inspecciones aduaneras— no se le escapó un detalle: en la bandeja de regalos de Baltasar se veía un zarcillo apenas escondido tras un cofre. Esos no eran presentes para María, sino para Jesús, así pues, ¿por qué llevaba el rey negro un regalo de niña para el Niño Jesús?

Ignoraba Lourdes que aquel zarcillo —ejecutada la obra por un tal Samuel Lifschitz, asesinado en Dachau— era el aviso sutil que había puesto allí el falsificador para que eventualmente se descubriese la falsedad de la pintura. Sin embargo, ese detalle de astucia y pillería entre tanta falacia provocó en Lourdes una imagen que golpeó su mente, como un retazo vívido y vivido, densamente real, donde ella se vio entre su madre Soledad y su padre Rafael, en su cama con ellos, antes de que él se marchase a Marruecos. Supuso que debía ser una simple evocación que el cuadro le suscitaba, así que, temblorosa, pasó a la siguiente pintura.

Era un lienzo titulado *Partida de los cruzados para Tierra Santa*, de Piero della Francesca. Representaba a un grupo de caballeros en armadura sobre sus corceles, rodeados de pajes y palafreneros, en medio de un paisaje toscano, mientras unos religiosos de distintas órdenes parecían darles la bendición. Por detrás de la escena principal —semejante a escenas secundarias de sus futuras correrías en Tierra Santa—, los mismos caballeros luchaban contra sarracenos de aviesa estampa, entraban en la cueva del Santo Sepulcro, asaltaban una fortaleza, y cortejaban a una dama, sobre un fondo marino donde destacaban unas naves ancladas. Enseguida Lourdes clavó su atención en el aviso del falsificador: el bigote de un caballero cruzado. Bien sabía ella, por lo que había visto en las estampas de la librería de Jaca, que los hombres del

siglo xv no usaban bigote, y menos de ese porte. Se parecía al bigote de ostentosas guías de principios del siglo xx, propio de aristócratas y militares. Le recordó al de su padre, y entonces las fuerzas de sus piernas le fallaron y cayó de rodillas al suelo.

Lourdes trató de contener una angustia que le daba náuseas. Veía a su padre montado en el tren de la estación de Badajoz, el día que partía para la guerra. Aún recordaba ese bigote suyo tan espeso, levantado hacia el cielo. Era el rasgo más característico de su fisonomía, el único que había podido recordar a lo largo del tiempo. En consecuencia, tuvo la sensación de que aquella sucesión de pinturas se componía de fotografías retocadas —concepto que le había explicado su prima Sonsoles en Cannes— de su propia vida. Y se dijo que tal vez ello fuera una broma pesada de Silvestre.

Desde el suelo alzó la linterna y se fijó en la siguiente imagen.

Una pequeña tabla circular llevaba por título *Los faunos y el asno*, de Cima di Conegliano. Representaba a tres faunos de piernas y vientre cabruno, con cuernecillos en sus cabezas de rufianes, uno de los cuales —parecía que el jefe— iba sentado en un burro, tal vez una yegua. Los tres portaban jarras de vino, con aspecto ebrio, como si disfrutasen de una juerga. Avanzaban por lo que parecía ser el muelle de un puerto de una ciudad oriental, árabe, se diría que del norte de África. Esta vez Lourdes tardó más en descubrir el aviso del anónimo falsificador: una singular nube. Ya era raro que en aquel paisaje desértico hubiese tantas nubes —capricho o ignorancia del original artista italiano—, pero una atenta observación de una la hacía parecerse a la humareda de una locomotora de vapor saliendo del horizonte.

Entonces un tren a vapor que soltaba un espeso humo se precipitó hacia Lourdes. Era un naranjero del Levante que entraba en la estación de Canfranc, mientras ella, una muchacha, lo observaba desde el andén al lado de Berta. Oyó la voz de su tía: «De allí, del jodido sur, vienen todos los buenos manjares, pero también los vicios que han perdido a tantos hombres». Y este recuerdo rebotó hacia delante, hacia pocos años más tarde, cuando ella se encontró con el coronel Ferreira en el bosque, y el coronel le dijo que él y su padre y otros oficiales se habían divertido mucho en Marruecos, pero que el kifi de los moros no volvía loca a la gente.

—No, no la vuelve loca... —murmuró Lourdes en la soledad hueca de la inmensa caverna.

Respirando con dificultad, se acercó a la siguiente ilustración, que era un dibujo sobre papel titulado *La batalla de los dragones*, de Jacopo Bellini. El título lo decía todo: varias docenas de caballeros con armadura que desde sus corceles luchaban contra unos cuantos dragones alados. Aquí Lourdes descubrió dos detalles chocantes en sendos jinetes al fondo de la batalla —extrema osadía del falsificador de Galitzia que pasó desapercibida a los inspectores nazis de Bellas Artes—. Uno de los caballeros no esgrimía una espada, como el resto de sus compañeros, sino que golpeaba con un sable, un sable de la caballería moderna, un sable semejante al que había visto portar a Ferreira y demás oficiales de la Ciudadela, y sobre todo al general

Silvestre, que había sido del arma de Caballería. El otro detalle era una carencia: uno de los guerreros golpeaba sin empuñar nada. ¿Cómo podía luchar un soldado sin arma alguna?, se había preguntado muchas veces Lourdes pensando en su padre, el capitán Rafael Broto, que había sido de Intendencia.

Dejó en el aire la respuesta —en todo caso, el resultado de la batalla parecía más que incierto para los caballeros— reclamada por la siguiente imagen.

Era un lienzo titulado *San Patricio cruza las aguas para predicar en Hibernia*, de Vittore Carpaccio. En el cuadro había una gran carraca en su travesía de dos costas, navío que llevaba al mencionado san Patricio junto a numerosos acompañantes: otros monjes, criados, marineros, gentes de armas, caballos y animales domésticos. Enseguida Lourdes llevó sus ojos morenos al detalle que delataba la falsedad de la obra respecto a su original. Uno de los viajeros, a un extremo de la carraca y parecía que escondido detrás de unos barriles como si fuera un polizón, presentaba una cicatriz en la frente. Aquello era un verdadero alarde por parte del anónimo falsificador, pues, siendo la figura muy pequeña, Lourdes la apreció con gran naturalidad. Parecía que el personaje acabase de hacerse la herida, y que su cicatriz todavía estuviese curándose. Le recordó la que lucía Silvestre en su frente, que decía que se la habían hecho los mambises de Cuba cuando era joven. Aunque acto seguido unas palabras resonaron en su memoria y aclaraban su origen. No sabía quién las había pronunciado, parecían surgir del eco de una cueva, acaso no tan amplia como esa. «Mira lo que le hicieron los putos moros a tu padre. Eso y el maldito kifi lo trastornaron para siempre».

Ese eco de la consciencia produjo un intenso dolor en los oídos de Lourdes, que se hubo de tapar las orejas y gritar, y negar con la cabeza para no oírlo más. Entretanto, el eco de su propio grito resonó en la caverna:

—¡Mi padre desapareció en Annual! ¡Mi padre desapareció en Annual! ¡En Annual... en Annual... en Annual...!

Sudorosa y temblando, Lourdes fue a encontrarse con el siguiente cuadro. Se titulaba *El hijo pródigo regresa a su casa*, de Antonio del Pollaiuolo. Un miserable viajero caminaba por medio de una aldea, que presentaba diversas escenas de la vida próspera de sus habitantes. Sin duda que el hijo pródigo, el viajero, había residido antes allí. Había un panadero haciendo el pan, un herrero forjando el hierro, un mesonero atendiendo a sus parroquianos, un sacerdote predicando, un pastor con su rebaño. Lo que llamó la atención de Lourdes fue que el hijo pródigo se encaminaba a una tienda de cacharros de cobre, uno de los cuales —aquí estaba la trampa del falsificador— parecía una lámpara de orfebrería oriental, no de la Italia renacentista. Aunque lo más sorprendente para Lourdes residía en que quien estaba al frente de la tienda no era el padre del hijo pródigo, sino la madre, y que, además, esa madre, rubia y bella, aparentase similar edad que el hijo que se acercaba.

El intenso mareo condujo a Lourdes a la última obra, la de mayor formato, titulada *La Arcadia*, de Mantegna. Un amplio paisaje montañoso de luz cenital, con

distintas escenas de carácter bucólico o pagano. En la Arcadia un dios, tal vez Mercurio, salvaba a una niña de matarse al caer por un precipicio, una musa rubia coqueteaba con tres hoplitas de armadura en los pechos y de nalgas al aire, dos cazadores desaparejos seguían el rastro de un venado, un adonis cruzaba un río a lomos del Minotauro, en una cueva una pareja desnuda, Marte y Venus, se levantaba de la *kline*, en otra cueva un filósofo cínico escribía sobre un papiro, y hacia esa misma cueva se dirigían dos viajeros en sendas mulas: uno era una dama hermosa de generosas carnes desnudas cabalgando la bestia, el otro era un arcadio de aspecto rústico que conducía a pie la segunda mula, animal en cuyas alforjas cargaba telas preciosas y distintos cacharros. Pero lo que definitivamente conmocionó a Lourdes fue la carga que llevaba la alforja visible de la primera mula, la de la dama hermosa. En ella se apreciaba un recipiente que le recordó los botes de tía Berta, y sobre el recipiente había enroscada una serpiente, y la serpiente se cernía sobre la cabeza de un ratón que se asomaba. Ese detalle había sido el ardid del falsificador de Schloss Auel.

Lourdes perdió el sentido. Mientras caía por la oquedad sin fondo del monte Pito, de lo sensible y de lo inconsciente, sintió que recordaba una historia secreta de su vida hecha jirones: esbozos, apuntes de imágenes que le decían que su tío Damián y que su tía Berta habían cuidado de su hermano Rafael en aquella cueva del monte hasta que ella había tenido edad para hacerse cargo de su propio padre, no un muerto ni un desaparecido, no un héroe, sino tal vez un desertor. De eso hacía ya más de cuarenta años, después de aquel accidente en la escalera del colmado del que ella renació para vivir mil fábulas.



## Capítulo 52

**S**i, antes de salir de la cueva precipitadamente, Lourdes hubiese observado mejor el resto de las miles de pinturas y esculturas, se habría dado cuenta que las expuestas para ella por Silvestre tan solo contaban una historia. Allí dentro se contaban infinidad de historias, unas verídicas, otras apócrifas, y alguna más que también tenía que ver con ella. Bastaba con hacer las combinaciones precisas para descubrirlas.

Quizá hubiese encontrado la de tío Nicanor en su afán por dar con el paradero de Ramiro. Una tabla de Jan van Eyck ilustraba el último acto de esa búsqueda: *Descanso de un mercader de Brujas*. Un viejo mercader sentado a la mesa de su estudio, leía un libro. Descansaba, porque se le apreciaba inmerso con deleite en la lectura de tal vez una novela de caballerías, mientras la balanza de su oficio y sus pesas se encontraban apartadas en un extremo de la mesa, junto a un montón de monedas. En una de estas monedas residía el aviso del falsificador anónimo de Schloss Auel: un dólar de plata con la efigie de George Washington. Por detrás del mercader flamenco se apreciaba un espejo convexo —detalle tan caro al artista— en el que se reflejaba alguien que se hallaba fuera del cuadro. Era una mujer, tal vez la esposa del comerciante, que entraba por la puerta del estudio y que llevaba una carta, posiblemente remitida desde un lejano país.

La carta que entregó Vita a Nicanor se la acababa de dar un mensajero de la embajada española de Lisboa en Fotos Broteira. Ella se la había subido.

Después de su retirada al frente de Palop & Broto, Nicanor mataba su tiempo de encierro en la buhardilla leyendo. Eran lecturas voluminosas, pues a veces le decía a Vita —que se lo reprochaba por el bien de su vista— que las novelas con menos de cuatrocientas páginas no merecían ser escritas. En ese tiempo la serie que comenzó con *Moby Dick* allá en el hotel Mur, que prosiguió con *La montaña mágica*, *Crimen y castigo*, *La Regenta*, *Bajo el volcán* y tantas otras, ahora continuaba con la lectura de *El señor de los anillos*. De vez en cuando tomaba notas en su cuaderno de tapas negras. Eran frases de la narración, frases que él consideraba muy significativas, como si fuesen máximas, lecciones sobre la vida del hombre en la Tierra Media. Escribía «los colmillos retorcidos como cuernos», «pero la flecha rebotó en la malla escondida», «el Jinete Negro emergió de la carroña», «las cumbres se perdían en una alta bóveda de humo». Así juzgaba Nicanor que era la existencia humana, una sucesión de frases inconexas y de hechos insustanciales, un continuo porfiar sin sentido, un entretenimiento con tal de regresar lo más tarde posible al lugar de donde se había partido, a la nada. Alguna vez anotó al estilo de Berta: «Jodida vida, vivo porque me obligas a vivir, pero que conste que lo hago a disgusto». Y a menudo pensaba si su forma de abandonar este mundo no debía ser en contra de su vocación,

la antítesis de su industria de ataúdes. Puesto que no creía que más allá del instante en que se disuelve la conciencia de nuestro pasado y la expectativa de nuestro futuro existiese nada más, para ser consecuente debía procurar la cremación de su cuerpo, la carcasa dejada atrás, sí, y debía hacerlo en la pira que formasen todos aquellos cientos de libretas negras que había ido rellenando. Sería la hoguera hindú que borrara todo rastro suyo, que consumiese todas las reflexiones vacuas, los proyectos delirantes, los deseos desmesurados. A semejanza de Digna con su cenotafio Gupta, el orbe entero sería su propio cenotafio. Sin embargo, no parecía llegar ese momento anhelado, se demoraba. Tal vez porque en el fondo de su ser aún conservaba una tenue esperanza de resolver su tarea y de así redimirse, acaso porque sospechaba que cuando acabase la historia de Frodo, Sam y Pippin su vida, su relato, incluso con esa tarea irresoluta, habría llegado al final.

Así eran los sombríos pensamientos de Nicanor por aquellos días. Sin embargo, la carta que aquella tarde le subió Vita vino a iluminar sus ojos ya de brillo apagado. Apartó la mirada del papel, besó a Vita y lloró.

—Aquí no habla nada de lo que tanto he ansiado, Vita —dijo emocionado mientras ella con una mano enjugaba las lágrimas de sus cansados ojos—. Pero esto... Esto es un pagaré para este viejo comerciante. Ya lo creo que lo es...

La carta era una invitación para el palacio de El Pardo, residencia de Francisco Franco. Su Excelencia el Generalísimo quería hablar con él.

Al cabo de una semana, Nicanor acudía a la residencia del hombre al que antaño había jurado echar del poder y que, sin embargo, resistía en su puesto. Fiel a sus costumbres, no consintió que lo llevase un coche oficial, ni siquiera se presentó con alguno lujoso de la empresa, sino que en la explanada de la entrada se apeó de un taxi corriente, negro y con una franja roja horizontal. Iba elegante y severamente vestido, de acuerdo a los cánones de Palop & Broto. Ya no había Guardia Mora en palacio, sino guardias civiles en uniforme de gala. Un alto funcionario que hacía mucho había abandonado la camisa azul, al que conocía del Círculo de Bellas Artes, lo condujo por las distintas dependencias. Nicanor avanzaba con dificultad, apoyándose en su bastón egipcio. En la antecámara lo obligaron a dejarlo por motivos de seguridad. Nicanor sonrió mientras un custodio carlista lo cacheaba. Pensó que bien podría matar a Franco con el bastón, con el agudo pico del ibis que interesase la carótida del dictador, o con el poderoso pico falconiforme que machacase su cráneo.

Así pues, Nicanor entró en la cámara renqueante, encorvado, procurando apoyarse en los muebles para no caer. Franco lo observó en silencio mientras avanzaba, sin levantarse de su escritorio, como un aguilucho escrutador en la atalaya de su nido, y no se dignó siquiera a ofrecerle asiento. Pero Nicanor se sentó en una de las dos butacas dispuestas enfrente de la mesa. Cara a cara estaban dos hombres de edades similares, uno el que más españoles había matado ese siglo, y otro el que quizá más españoles había enterrado, uno sedentario, el otro viajero, uno con mentalidad arcaica, el otro de ideas audaces, ambos con sus achaques. Franco trataba

de disimular su enfermedad de Parkinson ocultando su mano derecha —que tantas penas de muerte había firmado en ese mismo lugar— por detrás del escritorio, sobre su regazo, de tal modo que se diría que ese movimiento lo producía una actividad de onanismo.

Sin haberse saludado y después de estudiarse en silencio, pasaron al asunto sobreentendido que los tenía reunidos allí.

—Broto —dijo Franco con voz de flauta rota, obviando el tratamiento de «señor»—, ya sabe por qué le he llamado, y yo sé por qué ha venido usted. Usted tiene algo que me interesa, y yo tengo algo que le interesa a usted. Palop y Broto ha enterrado al general Eisenhower, al general De Gaulle, a Churchill, a Kennedy, tiene contratados los entierros de Salazar, de Ceausescu, de Fidel Castro, de Bernabéu, incluso de mi ministro Carrero Blanco. Usted, Broto, posee un ataúd que me corresponde.

—Entonces sabrá, señor Franco —dijo Nicanor con toda la intención—, que he hecho muchas gestiones en pos de un fin. Conozco el expediente secreto, he hablado con el doctor Coma...

Franco lo interrumpió.

—No se ande con rodeos, Broto. No me preocupa en absoluto que conozca ese asunto de Genoveva Casanova. Como podrá suponer, que saliese a la luz pública una aventura tal redundaría a favor de mi hombría. —Sonrió con dientes postizos y ojos legñosos—. Por supuesto que yo también conozco cosas de usted. Sé que organizó el maquis de Huesca, que es comunista, falangista, liberal, socialista, anarquista, monárquico, republicano, del Opus Dei, ateo. Nada de lo que soy yo. Además, he oído que anda diciendo por ahí que tiene un hijo que es general del Ejército Rojo...

Ahora fue Nicanor quien interrumpió al jefe del Estado.

—Le quiero decir, señor Franco, que he estado buscando durante años a Ramiro Broto, conocido como La Larva, preso de su cruel sistema penitenciario. Si usted quiere un ataúd de Palop & Broto, habrá de devolvérmelo, vivo o muerto.

La tensión entre ambos hombres era extrema. Se quedaron durante unos segundos en silencio, leyendo las facetas de sus ojos. Esos momentos de hielo los rompió Franco poniendo su mano bailadora sobre el cartapacio del escritorio y volviendo a hablar.

—Admiro su tesón, Broto. Si yo hubiese tenido un hijo en parecidas circunstancias, también habría hecho lo mismo por él.

Aunque a veces chochease, Nicanor enseguida se apercibió de que ahora no se refería a Sito, sino a Ramiro. A su hijo Ramiro Broto. Ese había sido el pesar absoluto de su vida, producto de una aventura fugaz e irresponsable.

Había sucedido cuando Digna se encontraba en avanzado estado de gestación de Sito, poco antes de la Gran Guerra. Él, su cuñado Damián y Esquinazao —un juerguista impenitente— salieron con el taxi a divertirse por los alrededores de Jaca. Llegaron borrachos a una granja cercana al fuerte Rapitán, donde una joven viuda los

acogió a cambio de unas ayudas para su hacienda. Los tres se acostaron con ella, pero a Nicanor siempre le había constado que en la embriaguez solo él había podido consumir una unión. Volvió a la granja más veces, buscando el consuelo que por aquellos días una delicada Digna no le otorgaba. Luego la granjera murió de parto, y Nicanor se hubo de hacer cargo de la criatura. Pagó a un ama de cría, y más tarde puso al niño al cuidado de unos dominicos de Jaca. Así fue que Ramiro, apellidándose Broto, se crio lejos de su padre, que no tuvo valor de reconocerlo, de educarlo, como tampoco atendió como se merecía a Sito. Con ese pesar había vivido desde entonces. Falta que más tarde, en la madurez del hijo, trató de reparar poniéndolo al frente del maquis. Craso error, porque era casi como ponerlo en el disparadero. Cuando cayó Ramiro, el sufrimiento de Nicanor rasgó sus entrañas, y su posterior deambular de prisión en prisión como La Larva le laceró el alma. Si lo buscó durante años no fue para paliar ese tormento, que sabía que merecía, sino por el amor tardío de un padre hacia su hijo.

Por supuesto que Franco conocía del origen de esa historia —pensó Nicanor delante del hombre que lo sometía a un execrable chantaje—. La conocía por medio de Esquinazao, que en prisión, antes de desaparecer en una saca, había hablado por los codos. Sin duda Esquinazao habría contado que el padre de Ramiro Broto era Nicanor, en absoluto habría mencionado a Damián. Pero posteriormente los sicofantes del Régimen se habían encargado de difundir la idea contraria. La intención se hacía ahora patente: llegado el momento de requerir los servicios de Palop & Broto, el dictador contaba con una baza todopoderosa para que accediese a su deseo alguien que en cualquier otra circunstancia se lo habría negado.

Satisfecho por el abismo de pensamientos que había provocado en su invitado, Franco quiso zahondar en el pesar de ese hombre.

—Broto, Broto... Conocí a un Broto en Marruecos en mis años jóvenes. Era el capitán Rafael Broto. Supongo que debía ser pariente suyo... —Franco esperó una reacción de Nicanor, pero este permanecía en silencio, sin expresividad—. Yo por entonces era comandante. Pero a pesar de nuestra distinta graduación nos llevábamos muy bien. Junto con un paisano mío pasamos momentos muy agradables, de verdadera camaradería castrense. Lástima que cayese en Annual. Nadie se salvó de aquella carnicería. Cuántos valientes perecieron allí...

Nicanor salió de su mutismo con un tono que agitó el espinazo del dictador.

—Sí, señor. Muchos cuerpos se quedaron sin enterrar en Annual. Y sepa usted, se lo dice un experto, que quienes no reciben sepultura vagan sin descanso por el mundo de los vivos, demandando solución a sus agravios.

El rostro de Franco se había quedado lívido, momento que aprovechó Nicanor para apoyarse en los brazos de la butaca y recomponerse.

—Bien... Esta conversación ya no da más de sí. Convengamos, pues, que en cuanto tenga a mi hijo le proporcionaré el modelo de féretro de mi empresa que usted elija.

—No vaya a pensar que he mantenido a su hijo como rehén, Broto. Sabe que se merecía la pena que ha purgado.

Nicanor resopló. Se levantó algo mareado de la butaca, procurando mantener la dignidad. Antes de encaminarse hacia la puerta volvió a hablar:

—Nadie en España se merecía lo que ha sufrido Ramiro Broto, señor. Es más, ningún español se merecía la prolongación de los dolores de la guerra. Usted no ha tenido hijos varones, así que sus descendientes no llevarán esa vergüenza en su apellido. Adiós, caballero.

Franco vio que aquel hombre abandonaba su despacho más erguido y con paso más firme que cuando había entrado. Por unos momentos el temblor de su mano desapareció, igual que si hubiese muerto.

El carácter berroqueño de Franco enseguida se recuperó de aquel golpe a su arrogancia. Continuó con sus audiencias, con las corridas de toros, con los partidos de fútbol, con los festivales de danzas folclóricas. De todo ello iba dando cuenta a la nación el NO-DO en los cines.

Un día el tren de Jaca lo subió a las profundidades de los Pirineos, y las cámaras estaban allí para grabar otro magno acontecimiento. Acompañado del nuevo príncipe Juan Carlos, el Generalísimo iba a inaugurar en Canfranc el enésimo pantano. No era muy grande ese embalse, pero él mismo se había empeñado en que se construyera.

Las autoridades y su cortejo tomaron unos refrigerios en la posada Mur, ahora un bar para turistas. Después bajaron por un sendero empedrado que los condujo a un extremo del dique que contenía las aguas del río Aragón. Allí los esperaba un público compuesto de protoadmiradores, algunos trabajadores de las obras, directivos de las mismas, Policía secreta y periodistas. Franco y el príncipe —de paisano ambos— se colocaron delante de una peña, rodeados por un enjambre de gerifaltes, fotógrafos y escoltas. El Caudillo, con sombrero de fieltro que le daba un aire de pensionista de Babiera, se adelantó y corrió una cortinilla dispuesta en la peña. Descubrió una placa negra con letras doradas que decía:

Francisco Franco / Caudillo de España / Por la Gracia de Dios / El año del Señor de 1971 inauguró el Pantano de Canfranc para bien y provecho de toda la nación / Arriba España.

Entonces, cuando comenzaron los aplausos, alguien que había cruzado el río por el dique la noche anterior y que se había ocultado detrás de unos arbustos cercanos a la peña, se abrió paso entre la gente y se plantó delante de las autoridades. Los escoltas y policías secretas no se apercebieron hasta que ya fue tarde, pues eran tan lentos los movimientos del intruso que de ningún modo podía haber levantado sospechas. Atónitos todos por lo que parecía un viejo yeyé, un Silvestre barbado y greñado de canas y cubierto de pieles se cuadró delante de Franco a tres metros y lo saludó al modo militar, muy despacio, aunque a los demás les costaba reaccionar.

—Mi general, a sus órdenes —dijo con un cuarenta por ciento de lentitud sobre el habla corriente.

Cinco escoltas y policías se abalanzaron sobre él, pero en cuanto lo tocaron no pudieron moverlo del sitio. Se hubiesen necesitado de diez a doce hombres para desplazar su lentitud. El joven príncipe intervino a su favor. Sabía que esos asaltos espontáneos ocurrían a menudo en los distintos actos de Su Excelencia, gente sencilla del pueblo que siempre tenía que hacer alguna petición. Por ejemplo, aquel sujeto que en la carretera de Úbeda a Cazorla, a la altura de Torreperogil, se abalanzó sobre el Mercedes blindado del Caudillo. La Guardia Mora lo molió a palos cuando simplemente era un labriego que buscaba su intercesión por un pleito de lindes.

—Perdón, Excelencia —dijo Juan Carlos inclinando su espigado torso—. A lo mejor este buen hombre de edad tan avanzada tiene algo interesante que decir. En mi opinión, debería escucharlo.

Franco estaba lívido, recordando los misteriosos mensajes recibidos a los pies del Apóstol Santiago de su dormitorio. Parecía que ese estrafalario sujeto, de ademanes militares, un loco, era uno de los autores de esos mensajes, quizá el único responsable. Asintió a las palabras de su pupilo con un gesto.

—A ver, señor —se dirigió satisfecho Juan Carlos a Silvestre—. Exponga lo que tenga que decir.

Los guardaespaldas soltaron a Silvestre, quien reaccionó tosiendo, como si aclarase su voz. El momento que tanto había deseado durante cincuenta años por fin había llegado. Los fotógrafos, cámaras y reporteros no se perdían detalle.

—Soy el general Manuel Fernández Silvestre —dijo cadenciosamente, con toda la fuerza que pudo—, comandante en jefe de las fuerzas del Protectorado de Marruecos que...

Sonó un rumor general. Franco retrocedió un paso. Juan Carlos interrumpió a Silvestre.

—Pero, buen hombre... —Hizo un rápido cálculo mental, aunque de ímprobo esfuerzo—. El general Silvestre debería tener ahora más o menos cien años.

—Así es, Alteza. Todo ese tiempo he permanecido escondido en estos montes, con el único afán de...

Con la expresión traspuesta, Franco se pronunció como un tenor con dentera:

—El general Silvestre no sobrevivió al Desastre de Annual —sentenció—. Nadie lo hizo...

Durante unos intensos momentos Silvestre pareció dudar de sus convicciones, de su identidad. Quizá se debía a su edad tan avanzada, que ya le confundía la mente y le robaba la memoria. Hizo un esfuerzo supremo con tal de que su tercer deseo pedido al Genio se cumpliera por su boca ante aquellos periodistas.

Se presentó de nuevo como el general Manuel Fernández Silvestre, jefe del Ejército de Marruecos, que había sobrevivido para que todo el mundo supiese por él de la traición que los valientes caídos en Annual habían sufrido por parte del Alto

Comisario Dámaso Berenguer, del rey Alfonso, abuelo calavera del príncipe allí presente, de la casta militar de los africanistas, representada allí por Francisco Franco. Poco importaba lo que dijese el Informe Picasso, una sarta de vaguedades, porque él, y solo él, era quien conocía la verdad, que era esa.

En ese instante, cumplido su tercer deseo, resonó sobre el angosto valle un trueno como nunca se había oído por esas latitudes. Unas súbitas y oscuras nubes se revolviéron en el cielo, como bóveda de humo por donde se perdían las cumbres. Comenzó a llover sobre el pantano, se desató un vendaval, los asistentes se agitaron de temor y Silvestre se desplomó muerto a los pies de Franco.

Aquellos hechos, naturalmente, no salieron en el NO-DO. Tampoco las autoridades permitieron que los periódicos reprodujesen nada de lo que había acontecido en la inauguración del pantano de Canfranc, ni que se mencionase la extraña irrupción del viejo loco. Se elaboró una noticia con un montaje de otras inauguraciones, de pantanos mucho más grandes y tranquilos. Se llevaron el cuerpo de aquel anciano que había muerto a los pies del Caudillo, y nunca se supo nada más de él.

A las pocas semanas, un tren de mercancías de camino hacia Bedous sufría un sospechoso accidente nada más salir del túnel de Somport, precipitándose vagón a vagón por el puente de L'Estanguet. En consecuencia, como si ese accidente hubiese sido providencial, tanto las autoridades españolas como las francesas cortaron el tráfico ferroviario de una línea que habían dejado languidecer desde hacía mucho tiempo. La estación internacional de Canfranc se cerró, sus empleados fueron trasladados a otros lugares y el pueblo perdió más de la mitad de sus habitantes a causa de la emigración.

Un acontecimiento, sin embargo, vino a suceder en la estación años más tarde, enterrado ya Franco en el Valle de los Caídos y sentado en el trono el rey don Juan Carlos.

Gente del pueblo y venida de fuera se congregó en la estación abandonada. Se habían formado corros a lo largo del denominado andén español, con personas que charlaban y fumaban mientras aguardaban. En uno de esos corros se encontraban las primas Sonsoles y Lourdes Broto, y en torno a ellas la monja benedictina sor Rufina del Perdón de Dios, Arthur Cordelier y *Monsieur* Peletier, todos vestidos de luto. Un poco apartados de ellos se hallaban los más jóvenes, Heriberto, Alberto y Roberta, platicando con su primo Amadeo y con Charles Aznavour, amigo de la familia.

En más de cuarenta y cinco años, era la primera vez que Sonsoles pisaba la tierra que la viera nacer. Ya nadie se acordaba de ella en Francia, ni qué decir en el resto de Europa, donde quizá en muchos viejos arcones y armarios todavía se guardaban sus legendarios almanaques picantes y sus famosos juegos de cartas eróticas. En eso habían devenido sus sueños de niña. Por entonces hacía tiempo que las primas habían

hablado de un asunto crucial. Abrazadas en una alcoba de la villa de Cannes, Lourdes había creído oportuno contar a su prima la verdad sobre la renombrada fotografía tomada por Robert Capa del soldado republicano de Córdoba.

Sonsoles se lo había tomado con filosofía.

—Así es como vivimos, Lourdes, en pos de espejismos —comentó Sonsoles con media sonrisa, con un aliviado tono de voz mientras fumaba—. Los seres humanos vivimos en un mundo pequeño, limitado, a menudo engañoso. Para nosotros podrá contener todos los horrores posibles, pero lo queremos con fruición como si estuviese lleno de maravillas, y luchamos por no perderlo. Ahora bien, siempre tenemos la sensación de no vivir en plenitud, en un mundo superior, de ideas perfectas, de belleza absoluta, de hechos trascendentes. Tal vez sea un mundo elucubrado por la ciencia, soñado por el arte o alucinado por la fe, en todo caso es un mundo deseado. Acuérdate del reino perfecto de la imaginación del que nos habló Vitali de niñas. Sin embargo, después de mucho soñar y de mucho desear, nos tenemos que resignar con ser soberanos de este imperio pigmeo de la realidad, un lugar mezquino, que es meramente nuestro tormento, Lourdes, aunque sea también nuestro único otero.

Lourdes sabía que las palabras de Sonsoles eran sentidas y sinceras, aunque se daba cuenta de que contenían una sabiduría que se escapaba a su entendimiento. Pensaba que quizá las cosas no eran tan complicadas, que no había que romperse la cabeza en buscar tres pies al gato. Lo mejor era tomarlas como venían. Al principio harían sufrir, igual que la verdad cruel sobre Finito, pero después, como no habría ni misterio ni significado oculto en ellas, se hacían más llevaderas.

Así había sucedido con el cierre de la estación. Lourdes había llorado pensando en el lugar donde había pasado casi toda su vida, bajo su tejado de pizarra y vidrio, entre sus columnas de hierro, cerca del quiosco de chucherías, a lo largo de sus andenes, caminando por encima de sus vías, pero luego había aceptado resignada su nuevo destino. La Dirección General de Aduanas la había trasladado a Irún, cerca de otra frontera, como todo en su vida. Allí esperaba el momento de su jubilación, viendo pasar por delante de ella fenómenos concretos, personas, equipajes, mercancías, papeleo. Se decía que los hechos, las cosas de la aduana, eran reales, y que la imaginación, todo lo de fuera, resultaba engañosa. No otra había sido su conclusión cuando en Bedous, en la casa encantada donde le gustaba pasar las noches, Arthur le había comentado lo que opinaba su tío Nicanor sobre las obras de arte del tesoro de los alemanes: todas eran falsas, una burla de los nazis a la credulidad de las personas.

«Claro que sí. Tío Nicanor sabe mucho de esas cosas», se decía Lourdes muchas de esas noches, acostada al lado de Arthur. «Todos aquellos cuadros de la cueva eran falsos, como falsa era la historia que me había dispuesto Silvestre con las pinturas alineadas por él. Sabía lo que yo sentía por mi padre, y quiso burlarse de mí como otras veces, forzando mis sentimientos. Me podía haber matado. Pero la mentira solo mata al doliente en el principio, no al final».



Porque el trueno del tercer deseo concedido a Silvestre fue tan fuerte que penetró por la cueva retumbando entre las entrañas de la tierra, agitándolas a cada eco. Comenzaron a caer piedras y polvo, y eso fue lo que despertó a Lourdes, que tuvo la entereza de ánimo de echar a correr con la linterna en la mano mientras por detrás se derrumbaba la sala de la caverna. Pudo llegar a la boca con el estruendo de las rocas en sus talones, a tiempo de coger la lámpara maravillosa y rodar por el sendero. Atrás quedaba sepulto todo el engaño, hasta la pistola mohosa y el sable mellado de Silvestre. Luego, al cabo de la semana, como a Lourdes le llegaran rumores de lo acaecido en la inauguración del pantano de Canfranc, supuso que el Genio ya había quedado liberado de su servicio con Silvestre. De modo que en la soledad de su despacho frotó la lámpara. A continuación apareció el Genio, y ella le pidió sus tres deseos.

Los hechos consecuentes que sucedieron a partir de ese momento se tomaron como milagros en los conventos de las benedictinas y de los escolapios.

La monja sor Roberta de la Inocencia se encontraba en un rincón del cuarto de costura, a veces observando las labores de sus hermanas, a menudo con la mirada de su rostro achinado de mejillas sonrosadas perdida en el techo, de suerte que parecía raptada por un arrobado éxtasis místico. Y sucedió que se levantó de repente, avanzó rozando sus hábitos con los otros hábitos, y fue a sentarse frente a un bastidor de costura desocupado en ese momento. Se puso a bordar con una habilidad y un arte tal que, ante los atónitos ojos de toda la congregación, en la tela fue apareciendo una adoración de los Reyes Magos. La madre superiora, su tía sor Rufina del Perdón de Dios, se prosternó de rodillas, abrió los brazos y elevó alabanzas al cielo. Al cabo de un año, Roberta Broto era una reputada pintora de bordados de hilo bramante sobre arpillera, que había abandonado los hábitos y que exponía en las galerías de arte Kreisler y Durán.

Su hermano mayor Heriberto, con sus babas colgantes hacia el suelo, se encontraba barriendo en un aula del colegio de los escolapios. Cuando se acercaba la hora de la siguiente clase, el padre Prudencio, profesor de Física, se lo encontró en el estrado, rellenando la gran pizarra con enrevesadas fórmulas matemáticas. Fórmulas que, en medio de su estupor, pudo interpretar como referentes a la Ley de la Relatividad General. No tardaron los escolapios en promocionar a su fenómeno para una cátedra en la Universidad de Deusto.

En cuanto a Alberto, el mediano, andaba tirado por un pasillo del colegio, con las muñecas de las manos dobladas hacia sí, abandonado a su suerte por los escolapios. Entonces cogió del suelo un lápiz perdido por alguno de los alumnos y se puso a escribir en las baldosas blancas del piso ajedrezado. Cuando lo descubrieron los padres se dieron cuenta de que había escrito a lo largo del pasillo una síntesis de los cuatro Evangelios. Despabilado, Alberto Broto salió del colegio, buscó cobijo en la casa de su madre Lourdes y en dos años había escrito la novela *La vida íntima y locuaz de Jesús*, que no se pudo publicar en España, pero que fue un éxito de ventas

en Francia.

Esos habían sido los deseos de Lourdes, el rescate de sus tres hijos de la estulticia fantasiosa. Ahora los tres charlaban a pocos pasos de ella en el andén como jóvenes brillantes con su primo Amadeo, que acababa de salir de unos años de reposo en la clínica La Santé de París. Del Genio nada había pedido para ella, el ratoncito se conformaba con ser testigo de las maravillas del mundo desde un rincón.

Un pitido que ella bien conocía rescató a Lourdes de sus pensamientos. Eran tres pitidos que se sucedieron acompasados, procedentes de una Mikado que entraba en la estación, locomotora que arrastraba detrás de sí siete vagones. La gente que aguardaba en el andén rompió sus conversaciones y puso toda su expectación en el último convoy que subía por esa línea de Jaca a Pau. Instintivamente, Lourdes y Sonsoles se estrecharon las manos y, entre emocionadas y desconcertadas, se sonrieron de soslayo. La locomotora soltó el vapor a sus pies mientras se paraba. Todos se quedaron fijos en el primer vagón, negro y con la leyenda amarilla de Palop & Broto. En realidad todo el tren era de Palop & Broto, dispuesto por Nicanor para sus exequias.

Después de unos interminables minutos en los que parecía que no sucedía nada, inquietos los espectadores, se apreció movimiento en el vagón de la empresa.

Alguien abrió una puerta del vagón, y a continuación dos empleados con levita y chistera extendieron una rampa, por la que acto seguido cuatro individuos de trajes raídos y antiguos, de aspecto desmejorado, comenzaron a bajar un ataúd. Los cuatro hombres eran los poetas heterónimos de Pessoa, delante Alberto Caeiro y Álvaro de Campos, detrás Ricardo Reis y Bernardo Soares. Una vez que hubieron alcanzado el andén, otros seis empleados de Palop & Broto bajaron un segundo féretro, este de Ramiro Broto. El ataúd del hijo por fin recuperado era de palisandro con herrajes de plata, sin crucifijo, de un diseño sencillo y elegante. La caja de Nicanor tampoco llevaba crucifijo, aunque estaba construida con pinturas ejecutadas en tabla, de las que Ramiro en tiempos le había dado del botín del tesoro alemán. El ataúd mostraba escenas bíblicas, alegóricas, profanas. Serían falsas pero, al fin y al cabo, parecían del Renacimiento.

Lo que dejó aún más atónitos a los presentes fue cuando por la rampa apareció una figura femenina. Era una anciana que acompañaba los ataúdes, pero que no iba de luto, sino vestida con jersey malva de cuello de cisne y pantalones vaqueros. Unos escalofríos sacudieron a Lourdes y Sonsoles cuando se apercibieron de que la anciana llevaba un violín y su arco, parecido al que en tiempos usara Vitali.

Acto seguido, del vagón salió volando como una exhalación un ave que fue a posarse encima del ataúd de Nicanor, sobre los muslos de una ninfa griega. Era una mina —ave negra de la India semejante a una paloma, de penachos amarillos sobre los ojos—, la criatura que mejor imita la voz humana. En sus últimos meses de vida, Nicanor la había adiestrado para que en su funeral declamase un verso de Pessoa. El pájaro comenzó a repetir con un portugués excelente:

*El poeta es un fingidor  
que finge constantemente,  
que hasta finge que es dolor,  
el dolor que en verdad siente.*

Los familiares y amigos de los difuntos se disponían a colocarse detrás de la anciana del violín y de los ataúdes para iniciar el desfile hacia el cementerio de Canfranc cuando un ruido múltiple y sordo los sobresaltó. Se habían abierto todas las puertas de los restantes seis vagones. Precedidos por cánticos, salmodias, rezos y conjuros en infinitud de lenguas, comenzó a descender toda una muchedumbre de personajes pintorescos, ataviados con ropajes de índole sacra. Eran servidores de múltiples religiones que Nicanor había contratado por doquier para su enterramiento y el de su hijo. A semejanza de Gengis Kan, que creía en todas las religiones por si alguna era la verdadera, deseó que en su postrera hora estuviesen presentes todas las creencias que entretienen al ser humano mientras vive.

La larga y nutrida procesión inició su andadura por las vías férreas hacia el pueblo cuando la anciana, detrás del ataúd de Nicanor, comenzó a tocar con su violín una melodía que sonaba como un lamentoso fado portugués. Siguieron sus pasos Lourdes y Sonsoles, los demás Broto, amigos, vecinos y la retahíla trascendente.

La encabezaba un cura católico, aunque de una barriada obrera, que se abría paso con un gran incensario. Por detrás iban un muftí sunnita, un imán chiita, así como un derviche giróvago sufí que no paraba de dar vueltas. Continuaban pastores protestantes: un evangelista, un metodista, un episcopaliano, un anglicano, un presbiteriano, un metodista, un baptista negro, un baptista renacido, un anabaptista, un adventista del Séptimo Día, un testigo de Jehová, un pentecostista, un mormón, un cuáquero, un menonita, todos recogidos en un murmullo de oraciones. Agrupados y solemnes con sus espesas barbas, iban un pope ortodoxo de la Iglesia rusa y otro de la griega, junto con el archimandrita de Esmirna. Por detrás cantaban un sacerdote copto, un uabu rasurado del antiguo Egipto —localizado en una cueva del Valle de los Reyes— portando un vaso canópico de alabastro, un pontífice romano de Júpiter con la toga sobre la cabeza, un druida celta lleno de muérdago, un druso, un maronita, un nestoriano, un bogomilo, un cátaro, un husita, un arriano, un valdense, un chamán, un mago de la Tierra Media con un capirote lleno de estrellas. Los seguían en una danza cadenciosa un helach uinic maya, un uillac umu inca, un sacerdote del Vichilobos azteca, cuatro apaches, sioux, cheroquis e iroqueses haciendo cantar los sonajeros de sus pies. Por detrás, tocando címbalos, platillos y carracas, iban un monje sintoísta, otro budista amida, uno del caodao, uno del hoa hao, un confucionista, un fashi taoista, un lama del Tíbet, un mánager de la secta Moon y su esposa. Los seguían leyendo pequeños volúmenes un rabino ortodoxo, un rabino hasidita y un rabino canaita. A continuación desfilaban un brahmán hindú, un gurú sikh, un asesino thug de la diosa Kali y un jainita apartando a los insectos de su boca

con un largo plumero. Cerraban el desfile un brujo animista bantú entre sorprendentes contorsiones, otro xoxa y otro mandingo, un macumbeiro de Brasil danzante del candomblé, un yogui en posición inverosímil, un faquir atravesado por agujas, un hagam macho y un mambo hembra del vudú seguidos de dos zombis, y, por último, un satanista de Turín cubierto con una capa.

Por detrás quedó la vieja estación de Canfranc en ruinas, olvidada de todos, una estación hueca y sin vida, pálido reflejo de lo que fue, o de lo que quiso ser. Rotas las taraceas de pizarra de su techo, caídos los cristales de su bóveda diseñada por Eiffel, oxidados los pilares, podridas las puertas, pringosas las paredes. Los hierbajos crecían en los lavabos, el polvo cubría los pasillos, la mugre se extendía por los mostradores, la basura se acumulaba en el vestíbulo. Aquí y allá se arremolinaban las hojas de los árboles, en las dependencias vacías corrían las ratas y pululaban las cucarachas, en las oficinas el viento penetraba por las ventanas desvencijadas, revolviendo una y otra vez los documentos abandonados.

En un despacho de la aduana española, de muebles rotos y carcomidos, de frisos desconchados y techo abombado, donde un pequeño y descolorido cuadro colgado en la pared representaba a un personaje patético, una serie de archivadores metálicos se apreciaban rotos, como desvalijados, cubiertos por la herrumbre indefinida de años de abandono. En uno de sus cajones, detrás de unas telarañas, al fondo oscuro, se encontraba una lámpara de apariencia dorada. Ahí aguardaba el Genio a que alguna vez alguien, quizá cuando se volviese a abrir aquella estación, frotase su morada de falso oro y así concederle tres deseos de falaz trascendencia.

## Agradecimientos

**M**i más sentido agradecimiento a Esther Aizpuru, a quien tanto debe la redacción final de esta novela. Asimismo, agradezco la confianza depositada en esta obra a Jesús Maeso, Salvador Compán, Blanca Rosa Roca, Luis Foronda, Magdalena Alberro Andrés, Teo Palacios, María Dolores Aguayo, Alberto Sanfrutos y Pablo Lozano.



FRANCISCO BALBUENA DE LA CRUZ (Torreperogil, Jaén, 1966). Es escritor y periodista; estudió Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Trabajó como periodista en Caracas durante tres años y actualmente presta sus servicios en el Ministerio de la Presidencia en la Moncloa. Su novela *El jardín del ajenjo* fue la ganadora del XI Premio Río Manzanares de Novela. Ha conseguido otros galardones literarios como el IV Premio de Novela Ciudad de Badajoz con *Portentos de ultramar* y el IX Premio de Novela Francisco García Pavón de Tomelloso con *El oráculo de la tortuga*. Ha ganado también el Premio de Novela Negra Ciudad de Getafe por su obra *No hay perro que viva tanto*.